FLORA BASULTO DE MONTOYA

AVENTURAS DE RAFLO Y RAÚL ALREDEDOR DEL MUNDO

TOMOS I - II

CAMAGÜEY · 1928

Aventuras de Raflo y Raúl Alrededor del Mundo

por

Flora Basulto de Montoya

Primera Edición

Ernesto Varona Alonso
Editor
República Núm. 147
Camagüey

Es PROPIEDAD DE LA AUTORA.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Flora Basulto del Montoya

NOTA A ESTA EDICIÓN

AVENTURAS DE RAFLO Y RAÚL ALREDEDOR DEL MUNDO se publicó por primera vez en Camagüey, Cuba, en 1928. Su autora, Flora Basulto de Montoya, escribió en su prefacio que la obra fue compuesta para sus propios hijos, bajo su triple misión de madre, mentora y escritora.

Tras la revolución de 1959, la hija de la autora, Elida Montoya de Pérez-Reinaldo, trajo a los Estados Unidos el único ejemplar sobreviviente. Su hijo, Ricardo Pérez-Reinaldo, guardó el libro durante muchos años. En 2026 se lo prestó a su primo Rolando Montoya, nieto de Flora, quien lo leyó y decidió que el libro de su abuela no debía seguir siendo un único y frágil ejemplar.

Rolando le llevó la idea a su yerno, Thomas Morton, quien fotografió cada página del original. Con la ayuda de modernas herramientas de transcripción por inteligencia artificial se recuperó el texto en su totalidad, y Rolando dedicó luego varias semanas a revisar y corregir la transcripción cotejándola con el original, línea por línea. La edición que tiene usted en sus manos es el resultado.

Casi cien años después de que Flora Basulto de Montoya escribiera este libro para sus hijos, su nieto lo devuelve a la imprenta para las generaciones que siguen.

PREFACIO

AMABLE LECTOR:

No encontrará Vd. en esta modesta obra, una joya literaria, pero sí el beneficioso entretenimiento, que proporciona, leer sobre costumbres, países, etc., etc.

Quizás los lectores encuentren, que los personajes principales, están poco humanizados, y sí muy ideales. Debo aclarar que esta obra fué escrita para mis hijos, a los que gusto de presentar estos caracteres. Muchos amables lectores, que ya conocen esta obra, son los que me han estimulado a editarla. Así pues, al darla al público, pido a la crítica, la misma benevolencia de aquellos, para juzgar esta obra que ha sido escrita bajo la triple misión: de madre, mentora y escritora.

LA AUTORA.

A LOS LECTORES

La señora Flora Basulto de Montoya, la excelente educadora camagüeyana, triunfadora por su talento en diversas justas celebradas entre el profesorado de esta provincia, me ha honrado al rogarme que calce con mi modesta firma estas cuatro palabras de introducción a su obra.

LAS AVENTURAS DE RAFLO Y RAUL ALREDEDOR DEL MUNDO, constituyen la consagración definitiva de su autora como elemento representativo dentro de los intelectuales camagüeyanos.

Esta obra de la señora Basulto es un alarde magnífico de sus grandes conocimientos históricos y de su gran inventiva que ella ha sabido combinar perfectamente, dando a las AVENTURAS un interés extraordinario, de tal manera que, una vez leído un capítulo, se siente verdadera necesidad de conocer el que le sucede, porque la trama que ella va tejiendo en sus historias, resulta llena de emoción y el lector, siempre curioso, quisiera leer de una sola vez toda la obra para llegar a conocer el desenlace definitivo de las aventuras de que son protagonistas personajes que la señora Basulto ha tenido muy buen cuidado de caracterizar en forma que resulten atractivos y simpáticos.

Vaciadas estas Aventuras en realidades históricas, geográficas y de otros órdenes; y teniendo en cuenta la forma exquisita y amena en que toda la obra se desarrolla, es inútil que yo afirme aquí que LAS AVENTURAS DE RAFLO Y RAUL ALREDEDOR DEL MUNDO, han de constituir un verdadero éxito de librería, porque el público, y muy especialmente los jóvenes y los niños, han de tener interés enorme en poseerla.

Desde el punto de vista del regionalismo, los camagüeyanos han de sentirse orgullosos de que en esta Ciudad se haya intentado la edición de esta serie de aventuras, y por espíritu de ciudadanía han de cooperar al triunfo de la señora Basulto, que de este modo ha de verse estimulada, para continuar laborando por el mejoramiento de métodos de enseñanza, que no otra cosa significa ofrecer a la juventud lecciones de Historia, de Geografía y de otras ramas del humano saber, en la forma amena y agradable en que la señora Basulto las suministra en sus AVENTURAS DE RAFLO Y RAUL.

Camagüey, agosto de 1928.

ROGELIO RODRIGUEZ BLANCA

Subdirector de "El Camagüeyano".

El Talismán de la Maga

El Talismán de la Maga

En una espléndida mañana del mes de mayo de 19..., en que el sol con sus vivificantes y ardientes rayos, absorvía las líquidas perlas que, con profusión, el rocío formara la noche anterior sobre las esmeraldinas hojas de árboles y plantas; se veía un viajero en el tren del Norte, que pone en comunicación la costeña ciudad de Nuevitas, con esta legendaria de Camagüey.

Vestía correctamente, aunque sin afectación, y su estatura parecía alta y arrogante. Hacía más de una hora que el tren corría rumbo a Camagüey, y aquel desconocido viajero, que no llevaba ni un maletín como equipaje, no había apartado una sola vez la vista de las llanuras que recorrían.

El viajero parecía cruzar por primera vez la espléndida y verde llanura, profusamente adornada por múltiples variedades de silvestres flores, en donde con profusión, las sutiles y bellas mariposas volaban de una en otra buscando su sustento. Hallábase extasiado en la contemplación de esos seres alados y multicolores, que inquietas vuelan por nuestros campos y jardines, cuya efímera existencia nos dá la sensación, de que los seres animados venimos a este planeta en cumplimiento de una misión, cumplida la cual, nuestro espíritu deja la deleznable materia que lo envuelve, y vuela a las regiones siderales.

—¿Cuál será mi misión en este mundo?—se preguntaba—, y aquí su imaginación quedaba en suspenso.

No tengo a nadie en el mundo; ningún afecto me sostiene en la tierra y, a mi partida ¡ay! no dejaré ni un hijo, ni un libro, ni un árbol...

¡Qué gran afinidad existe entre los tres! ¡Es innegable! El libro cual un hijo, es algo que late, que palpita en la imaginación del autor, que se desarrolla hora tras hora, y que, cuando se siente con fuerzas, con avasallador empuje trata de salir de la mente que lo aprisiona; quiere ver la luz, y bajo este mandato irresistible se produce en forma tangible, el tema concebido: ¡Ese hijo es un libro!

El árbol, es como un hijo tambien: un hijo cuya fecunda simiente sembrada, brota de la tierra y cual un niño, con sus manos juntas nos pide protección. Cuidamos y protegemos esta tierna existencia, como lo hacemos con los hijos, y como a éstos, le corregimos las malas inclinaciones, tratando de que se eleven rectos... y así podemos contemplarlos, cuando no necesiten de cuidado y protección, cuando estén en el apogeo de su desarrollo, arrogantes y bellos, dando ópimos frutos y grata sombra.

Así pensaba nuestro viajero, mientras un hondo suspiro levantaba su pecho.

¡Ay!—decía—pero yo... yo no dejaré nada en este pequeño planeta! ¡Mi paso por él será como el de una estrella fugaz!...Sin dejar nada, nada... ¿Será este mi destino? ¿Estaré condenado a tan estéril existencia?...Así monologaba, mientras los viajeros curiosos lo miraban, pareciéndoles misterioso aquél hombre, que no se había vuelto para ver siquiera quienes eran sus compañeros de viaje. Entre éstos, los que con más insistencia lo miraban eran dos jovencitas que se proponían a toda costa que el viajero, que era joven, quizás de 26 a 28 años, se volviese hacia ellas.

Hablaban en voz alta a fin de que el joven las oyera y tomara parte en su conversación.

—María, qué bueno quedará esta noche el baile del Liceo...!

Al decir esto le guiñó un ojo a su compañera, indicándole al joven.

—Oh, si! ¡Estoy deseando que llegue la hora, para estrenarme mi traje color rosa...¿y tú cómo te vestirás?—Contestó María riendo y comprendiendo que su amiga trataba de que el joven mirase.

—Yo voy del color del cielo... Me han hecho un vestido azul con encajes blancos como las olas y espumas del mar...

—¡Qué linda lucirás con tus cabellos de oro; parecerás una ondina saliendo de las aguas...!

Nueva esperanza de que el supuesto adonis mirara, pero éste permanecía con la cara hacia el campo, admirado de su belleza.

—¡Que zalamera! Y tú, con esos cabellos de azabache ,esa frente de azucena y mejillas de coral, vas a ser el hada de la primavera saliendo de una rosa...

Dicho esto, miraron insistentemente al joven viajero, esperando se volviese a mirar sus personitas, por igual lindas, y al ver que permanecía impasible, sin cambiar de posición, rompieron en estrepitosa carcajada.

—Yo creo que es un muñeco que han sentado allí—insinuó María riendo.—

—¿Será sordo?—repitió su amiga.

—No, niñas, no sean así: es un extranjero que no entenderá nuestro idioma; así es, que ustedes han perdido sus palabras—dijo una señora de mediana edad, que parecía ser dama de compañía de las jóvenes.

—¡Es verdad!—repitieron a coro las muchachas.

—¡Y qué cabello más lindo tiene...!

—¡Sí chica, a mi me encanta una cabeza así!

En realidad, el joven tenía un cabello ondulado y de color castaño dorado, que juguetonamente el aire, que por la ventanilla entraba en profusión, movíalo constantemente, como para demostrar toda su belleza.

—Más que sus cabellos me gustan sus manos, mira que blancas y aristocráticas son...

—Si en el modo de apoyar la cabeza en ellas, tal parece que las quiere lucir...

Al decir estas palabras, notaron que el cuello, las orejas y las sienes del joven se ponían purpúreas, por lo que cuchicheando entre sí dijeron:

—¡Oye, yo creo que nos ha entendido...!

—Parece que sí, porque está rojo...

—No hablemos más de él no sea que...e interrumpiéndose interrogó así a su amiga: ¿Te has fijado en la clase de perfume tan delicioso que usa?...

—Sí, pero qué mentecato...qué nos deje ver su cara—dijo Rosa muy bajo.—

—¿Será tuerto...?

¡Ja, ja, ja...o vizco!

—Entonces que no nos mire, que nos fataliza. Ambas rieron el chiste y ya no se ocuparon más del viajero, como si esta sola idea quitase todo atractivo al joven.

Este así lo comprendió, y una nube de tristeza cubrió su hermosa frente, mientras pensaba:

¿Porqué ironía del destino, tendré algo bello, de manera que parezca un buen tipo? ¡Oh, sarcasmo, cuando soy un monstruo de fealdad... tanto más notable ahora, por haberse formado una idea contraria de mí...!

¡Qué bellas y graciosas son las mujeres cubanas, a juzgar por éstas simpáticas jovencitas! ¡Qué dulce y armoniosa su voz! ¡Qué exquisita feminidad! ¡Cuán feliz sería yo si pudiera platicar con ellas...! Pero nó, no les

dejaré ver mi horrible faz, aunque tenga que permanecer todo el día en esta posición... ¡Oh, qué triste destino el mío! ¡Vivir condenado al celibato, sin recibir jamás una palabra de ternura de ninguna mujer...! Hasta hoy las había mirado con desdén, casi con odio, por las humillaciones que me han hecho sufrir; jamás había ocultado mi rostro ante ninguna, pero hoy, ¡oh martirio! después de oir de estas criaturas tantos elogios, no me siento con valor para mostrarme ante ellas tal cual soy; no, por nada he de romper el dulce hechizo de sus palabras, que cual melodiosa música suena en mis oidos; no quiero ver sus lindas caritas contraídas por el espanto que la mía les produciría. Quiero que de mí guarden un recuerdo de varonil belleza, ya que la belleza de sus campos logró despertar mi admiración, ensimismándome en su contemplación de manera que no han visto mi feo rostro: ensimismamiento que luego hizo forzoso, su deseo de verme la cara. Pero no, no cambiaré de posición hasta que ellas se bajen, no... no me verán... pues la sola idea de que tenga algún defecto ocular, ha hecho que renuncien al deseo de mirarme!

Al llegar aquí en sus meditaciones, sintió un movimiento inusitado en las jóvenes y sus acompañantes, a la par que, la locomotora lanzaba al espacio su agudo y penetrante silvido, anunciador de próxima parada, que lo llenó de satisfacción, pensando en que las jóvenes llegaban al fin de su viaje, y por tanto él, podía cambiar de posición tan molesta, en que llevaba dos largas horas.

Antes que el tren parase, ya las jóvenes estaban junto a la puerta de salida, cuando él oyó la voz que anunciaba: "¡Camagüey!", y se estremeció al pensar que él también debía bajar allí, pues había abandonado por algunas horas el hermoso trasatlántico en que viajaba, para visitar esta legendaria ciudad; atraído por la fama de valientes de sus guerreros y por la belleza de sus mujeres, y, aunque él vivía desengañado y despreciado por todas, viajero impenitente, tomó el tren en que lo hemos visto, impelido por misterioso impulso.

¿Habría otra causa por la cual él visitara esta ciudad de tierra adentro?

¡Quizás!

Las muchachas bajaron atropelladamente sin pensar más en él, pero varios de los viajeros se quedaron rezagados con el fin de descubrir el misterio que encubría al extraño acompañante.

—¡Eh, Mister—le dijo uno creyéndolo americano—ya llegamos!

—Sí, muchas gracias— contestó en correcto castellano—volviéndose al desconocido. Grande fué primero, el asombro que experimentaron al oirlo, y después el de verlo; y todos con la vista buscaron a las alegres jovencitas, que tanto interés habían demostrado por verle la cara.

El joven, poniéndose de pie con gesto de desdén, salió sin volverlos a mirar.

Tan pronto desapareció, todos a una soltaron la risa diciendo:

—¡Si las muchachas lo hubiesen visto...!

—¡Qué feo!

—¡Por eso él tanto se tapaba!

—¡Claro, y lo bien que las entendía!

—¡Sí, sí; el pobre! ¡Cómo sufriría!

—¡Así! ¿Pero se fijaron ustedes en lo alto que parecía siendo más bien bajito?

—¡Sí, cómo nó!

Estos y otros muchos comentarios se oyeron al cruzar el andén, mientras cada cual se dirigía a tomar el coche que habría de llevarlo a su destino.

Y en verdad, había para asombrarse. El joven, sentado y de espaldas, parecía un Adonis, siendo en realidad feísimo, de una fealdad tal, que ni simpatía, ni bondad, ni cultura, podía disminuir a los ojos de las mujeres.

Sus ojos ligeramente separados por finísima naríz, eran desmesuradamente grandes: uno era negro como la noche, contrastando con el otro de un color azul profundo de cielo.

Pero esta anomalía no era la principal causa de su fealdad. Para colmo de su desdicha, sus nervios oculares estaban tan fuertemente cruzados, que el extravismo era horrible; podía decirse que era un vizco repulsivo, de esos que la gente fanática no quiere encontrarse de mañana. El óvalo de su cara era perfecto y de una tez nacarada; pero en sus mejillas tenía en forma de ojos, dos manchas que formaban contraste con los verdaderos, pues debajo del azul, la pigmentación era negra, y bajo el negro esta se veía azul. La boca, tan excesivamente chiquita, lucía mal con unos grandes dientes, aunque bellos.

En fin, la elegancia aparente de su esbelto talle, quedaba destruída por sus asimétricas y cortas piernas, por lo que, al ponerse de pie, en vez de un hombre elegante, resultaba ser bajito, de largo talle y cortas piernas.

Además, la asimetría de sus piernas hacía que al caminar, produjese un ruido especial que no se confundía con otro; si bien es verdad que éste

defecto, era el único que él sabía hacer desaparecer por medios industriosos, pero que en la ocasión presente lo había descuidado.

El viajero cruzó la estación y como el que conoce de fijo la ciudad, y con la desenvoltura propia del que ha viajado mucho, tomó por la calle de la República, como si se dirigiese a un lugar determinado.

Pero no era así, caminaba al azar, y como tenía varias horas de que disponer, se propuso ver la extensión de la primera calle que encontró al paso; esto al menos creía él.

Caminaba sin detenerse; como el acero sigue al imán, así una fuerte y misteriosa corriente de atracción, lo impelía a marchar adelante sin titubear en ninguna esquina.

Esta calle es larga, larguísima, como todos sus habitantes saben, pero al joven no se le ocurría tomar otra, y seguía adelante, siempre adelante.

Al llegar a la plazuela del puente de la Caridad, subió por la derecha, contempló un instante las verdes y florecidas orillas de la serpentinosa corriente del Hatibonico; aspiró con fuerza el aire perfumado y rico en oxígeno, y al terminar la bajada del puente, cruzó éste y tomando la calzada de la izquierda siguió por ella tranquilamente.

¿Dónde iba? ¿Qué misteriosa fuerza lo atraía?

Cuando hubo dado algunos pasos, fijó su vista en la ámplia y hermosa Avenida de la Libertad, que con su espaciosa alameda sembrada de árboles y bajo éstos, sus cómodos bancos, parecen invitar al caminante al reposo.

Todo lo alcanzó el viajero en una sola ojeada, e intentó tomar la Avenida; pero apenas hubo dado algunos pasos en aquella dirección, una ráfaga de aire le arrebató el sombrero, que rodó por tierra hasta irse a detener junto al contén de la calzada que antes había abandonado; motivo éste que decidió al forastero a seguir aquella dirección hasta penetrar en el hermoso Casino Campestre, el más bello paseo de la ciudad y aún de Cuba.

¿Qué mano invisible le arrebató el sombrero, obligándolo a seguir por la ruta abandonada? Misterios del arcano.

¿Era para su mal? ¿Era para su bien? ¿Qué podía encontrar en aquél bellísimo retiro, que él ignoraba existiera? Ya lo veremos.

Nuestro viajero cruzó la verja del hermoso paseo y se encontró de lleno en un expléndido jardín. Allí se detuvo algunos instantes leyendo los letreros que manos hábiles formaran con pequeñas plantas de multicolores hojas.

Ya era hora de que los concurrentes se fueran retirando, y nuestro joven contempló a su gusto a las bellas y graciosas camagüeyanas, notando en todas y cada una, ese gesto de asombro y burla que en todas partes suscitaba su presencia, más acentuado en éstas por su temperamento alegre y expresivo.

¡Pobre joven! Debía estar ya acostumbrado a contemplar la desastrosa impresión que su persona causaba, y no obstante, esta vez sufría más si se quiere. Pero no trató empero, como en otras ocasiones, de ocultar su rostro a la vista de las paseantes.

Siguió el paseo por el lado de la derecha y al ver una extensa glorieta formada por perfumadas madreselvas, tomó por la calzada que a ella conducía. Parecía estar desierta; pero ya por la mitad del trayecto se detuvo de improviso al ver una lindísima joven vestida de azul pálido, con profusión de riquísimos encajes blancos...; la joven, al sentir sus pasos, volvió la cabeza hacia él, y sus bellas facciones no denotaron asombro sino dulzura. El, todo confuso, reanudó la marcha, sintiendo que el corazón quería estallarle en el pecho; caminó unos cuarenta metros y se dejó caer jadeante en un banco de mármol de los que allí abundan.

¿Qué sentía en su pecho que jamás hubiera sentido? Tenía ganas de reir y llorar a la vez. De correr hacia aquella beldad y arrodillarse a sus plantas y llorar, llorar mucho su desgracia, y luego morir: morir a sus pies.

¿Qué don poseía aquella criatura, que había conmovido así su monótona existencia? ¿Acaso le había lanzado una mirada vampirezca para después burlarse? ¿Qué hechizo poseía que lo había envuelto en él...?

Arcanos. Aun estamos ciegos para descifrar los enigmas de la Naturaleza; y seguiremos ignorándolo, por los siglos de los siglos. Solo hay unos pocos seres predestinados que pueden ver más allá de nuestro presente, pero jamás el propio.

Cuando el joven vió el traje con encajes blancos se detuvo, pensando en la compañera de viaje; pero no, aquella era rubia, alegre. vivaz... y ésta parecía un ángel entre nubes blancas; sus cabellos y ojos eran negros, y este par de hermosos luceros tenían un brillo especial; una infinita expresión de tristeza y ternura había en ellos cuando se posaron en él.

—¡Oh, angelical criatura— pensaba— linda entre las lindas, única mujer que me ha mirado así! ¡Mi rostro no te ha causado repulsión! ¡oh, bendita seas! Quiero verte otra vez de cerca aunque después muera. Diciendo esto se levantó del banco que ocupaba, y temblándole las piernas, echó a andar;

cuando estaba a poca distancia de la joven, vió que una pequeña corría hacia ella con una maceta de flores, diciéndole:

—Estrella, ya vino el coche; pero espera, deja arreglar mis flores; y diciendo esto se arrodilló junto al banco poniéndolas en orden.

La nombrada Estrella suspiró a la vez que decía:

—¡Qué grato perfume! y levantó sus lindos ojos hacia el joven, a la vez que intenso rubor la cubría y un suspiro se escapaba de su pecho.

El desdichado viajero se convenció que no inspiraba horror a la bella joven; y al ver el rubor que cubría sus mejillas, dijo para sí: ¡es un ángel de bondad y tanta lástima le inspiro, que le hace padecer!

¡No!, criatura angelical, no me verás más—se decía—. Quiero llevar grabadas en el fondo de mis pupilas, tus dos tiernas miradas, sin exponerme a una tercera, que quizás arranque para siempre la dulzura que hoy mi triste corazón experimenta. Ahora viviré para recordar esa voz melodiosa, que cual música celestial resuena en mis oídos. Viviré para recordar que esos tiernos ojos me han mirado hasta el fondo de mi alma!

La acompañante de Estrella, ni siquiera miró para el joven. Quizás si lo hubiese visto, habría reido en su cara, en contraposición con la actitud de la bella joven!

No muy lejos de allí, un lujoso coche tirado por hermoso tronco color moro azul, yacía estacionado en la calzada principal, como en espera de alguien. El caballo, inquieto por romper la marcha, piafaba de continuo; en tanto que, en el pescante, erguido como una palma, un negro africano, de bastante edad, vestido completamente de blanco, parecía orgulloso de gobernar aquél noble bruto, causando envidia a los de su oficio.

El extranjero, acercándose a él le dijo:

—¿Este coche espera a alguien?

El cochero, que a pesar de estropear el lenguaje, o mejor dicho, de no saber hablar apenas, gustaba de no desperdiciar oportunidad de darle movimiento a su estropajosa lengua, contestó:

—¡Ah, sí siñó, e propio de mi hija!

—¿De quién dice?—preguntó el viajero—asombrado de oir en Cuba, quien hablara así.

—De la niña Estrella de Sol, míe que linda e; y señalaba hacia la joven.

—Efectivamente, es deslumbradora como la estrella del sol—dijo el joven alejándose—; y sus pasos producían el peculiar ruido de su pierna

izquierda, ligeramente más corta que la otra, que como a la bajada del tren, también ahora descuidara, y el que, se hacía inconfundible con otro.

Estrella, ante aquellas pisadas, que repercutían en su corazón, sin explicarse el porqué, se sintió confundida y ruborosa.

Apenas subió al coche, el negro radiante de alegría le dijo:

—Mira, mi niña linda, que ha conseguío que e galán se namore perdío de mi niña. Dicí que e etrella de vedá, que alumbra como e sol, que e un ángel caío del cielo y... que se yo... mucha cosa bonita.

—¿Será el del delicioso perfume?—preguntó Estrella.

—E mimito—contestó el negro.—La vedá que güele e niño.

—¡Si Julián quisiera buscarme ese perfume para usarlo...!

—¡Cómo no, niña; yo se lo bucaré—dijo Julián—que se desvivía por complacer a la joven a quien mucho quería.

Estrella siguió pensativa todo el trayecto, sin atender a la incesante charla de su compañera, y al llegar a su casa se arrojó vestida en su lecho y rompió a llorar. Esto duró un instante, pues, reponiéndose enseguida, secó sus lindos ojos diciendo: ¿Porqué lloro? ¿Qué ha pasado en mi ser desde que olí ese delicioso perfume? ¿Acaso un perfume puede ser capaz de transformar una existencia?... ¡Sí, yo anhelo ese perfume!

—¡Oh, no es solo el perfume el que se ha infiltrado en mi alma; es él, es su mirada quien ha llegado hasta lo más recóndito de mi corazón, derritiendo el hielo que allí había! ¡Sí, sí, la he sentido en todo mi ser! ¡No debí haber ido hoy a ese Casino, donde tantas veces he ido, sin que nada me hubiese sacado de mi letal melancolía. Hoy cumplo veinte años, y nunca hasta ahora, he sentido la sensación que embarga todo mi ser. No iré más al Casino; estoy segura que él volverá—, y no debe verme más. Creo que su corazón también latió por mí.

¡Oh martirio... y saber que no me podrá amar!...

¡Ah, cómo gozaría yo entregándome a esta dulce ilusión... cómo lo amaría!

¡Pero que loca soy...! ¿acaso soy digna de ser amada?... ¡Fuera de mi mente ilusiones vanas! ¡No me verá más, no quiero alimentar una pasión que le será funesta y... ¡ay!... mucho más a mí!

De estas reflexiones vinieron a sacarla un grupo de bulliciosas amiguitas que venían a felicitarla en su cumpleaños.

—¡Oh, qué linda está Estrella!

—¡Parece un pedazo de cielo!

—¡Hoy luces más angelical que nunca!

Así le hablaban sus amigas mientras la felicitaban.

Estrella correspondía sonriente y al parecer feliz a estas muestras de cariño.

Cuando le pidieron que tocase un rato el violín, ejecutó una canción, tan en boga entonces, que hasta los chiquillos la cantaban por la calle: "No puedes amarme"; y tal fué la ternura que puso en su voz al cantarla, y tal la armonía de las vibrantes notas del violín, que los concurrentes se sentían emocionados; nunca la habían oído así, jamás labios humanos la cantarían igual; aquella canción que tanto habían oído sin sentir la más simple sensación, ahora les extremecía... ¿qué misterio podría encerrar ese violín y esa voz...?

Cuando terminó, los melodiosos arpegios del violín, semejaban a un ser que llora, y Estrella prorrumpió en un sollozo desgarrador.

No hubo aplausos, pero sí muchos pañuelos fueron llevados a los ojos, y Estrella fué varias veces estrechada en brazos cariñosos, sin que nadie pronunciase una sola palabra. La concurrencia masculina, poca por cierto, sentía cierta sensación de malestar y pronto se retiró. Al salir, algunos dijeron:

—¡Pobre Estrella! ¡Cuánto sufrirá!

Las amigas se despidieron y de nuevo Estrella se encontró sola, con gran contento de ella.

Se sentó a escribir en su diario. ¿Qué escribiría? ¿Cuál era el triste misterio que encerraba aquella joven que parecía un ángel? Ya lo sabremos.

Mientras esto acontecía, nuestro viajero se sentía feliz; el fulgor de aquella mirada que se le antojó divina, había transformado su existencia: ya no le preocupaba que los demás se burlasen al verlo. En tanto almorzaba pensaba: ¡Oh, benditas sean las mujeres de Camagüey; únicas que me han hecho sentir las delicias que me eran desconocidas! Primero, aquellas chispeantes chiquillas celebraron mis manos y cabellos, después ¡oh dicha! veo a la angelical Estrella, mirarme con ternura, sin asombrarse de mi fealdad! ¡Oh bendita mil veces sea!

—¡Ah, cómo late mi corazón al pensar en ella! ¡Jamás había sido así mirado por ser alguno!... Preciso es que yo le demuestre de algún modo mi gratitud y...?cómo hacerlo?

Así pensando, se encontraba sentado junto a la puerta del hotel "X" en la calle de Maceo, cuando vió junto a él detenerse al negro cochero que había visto en el Casino, el que, bajando del pescante le dijo:

—Oiga niño, su mecé pedoná: niña mía tá empeñá en tené sencia como la tuya, y po má que bucá no podé güelé. Suplico a su mecé dicí como ñamá y onde encontrá.

El joven no cabía de gozo al ver la oportunidad que se le presentaba de poder demostrar su agradecimiento a la bella Estrella; así es que, sacando un exquisito estuche, le mostró un pomo en forma de cupido y le dijo:

—Es un talismán que me dió una nigromántica en Creta; dice que atrae el amor. Yo sólo lo he tomado hoy, al salir del vapor, y al ver a su señorita he sentido ese influjo. ¡Lléveselo!

El cochero no cabía de gozo de poder llevarlo a su niña.

El joven tomó una finísima tarjeta en la que se leía: "Raflo Lórida. Fócida número 200, Grecia"; y escribió: "Criatura angelical, el destino me deparó visitar esta Ciudad, para que sobre mí se posara su tierna y dulce mirada; es la única que en mi vida he contemplado así, y que jamás olvidaré. Acepte usted mi talismán, el que, aunque quiera no podrá devolverme, pues dentro de poco estaré a bordo del trasatlántico que me llevará lejos de esta tierra bendita. Gracias mil."

El cochero partió veloz y el joven tomó un coche que lo condujo a la estación, y pocos momentos después iba en el tren de Nuevitas, para volver al vapor que pocas horas ante dejara.

Mientras el cochero se acercaba a la casa de su niña, llena el alma de gozo por la posesión de aquél objeto deseado por ella, iba pensando lo que habría de decirle. Primero ideó mentir diciendo que lo había comprado, pero recordando la tarjeta pensó, que su niña se alegraría de saber lo que decía, y decidió contar la verdad. Así es que llegó dando salticos ante Estrella diciendo:

—¡Niña, niña, tu va tá cuntenta, aquí tá la sencia que mandá niño pa tí.

—¡Julián! ¡Qué has hecho! ¡Lo buscaste...se lo pediste...!

—La niña me pedoná, yo no pedí. Niño me vé, ñamá y dicí: ¡E Julián, tomá, llevá a la niña la sencia que la negra manca min dá en Crito pa ella...!

—¡Juliáu, por Dios! ¿Qué cúmulo de mentiras estás diciendo? ¿Cuándo dirás algo que pueda creerse? ¡Anda Julián, dime, ¿dónde conseguiste ese bellísimo frasco? ¡Dí la verdad!

Anjá niña... yo dicí vedá. Ese son manantial pa lamor, dicí él.

—¿Manantial? ¡Será talismán!...

—Je, je, ta, ta, jeso mimito.

—Toma negro, llévaselo pronto—dijo Estrella algo nerviosa.

—No pué sé, niño, se va lejo y mandá papilito pa tí.—Y le entregó la tarjeta.

Cuando Estrella se enteró de su contenido, no pudo contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, y rompió a llorar como si el que se alejase fuése un ser querido.

—¡No llorá niña, vo secreta me dicí niño viene po tí!—le dijo Julián tratando de consolarla—.

¿Quién era aquella joven a quien llamaban Estrella de Sol? Pocas palabras bastarán para que los lectores la conozcan.

Era una noche lluviosa del mes de mayo del año... no, no diré el año, baste saber al lector, que el día que nos ocupa, se cumplían veinte años de los sucesos que voy a narrar.

Se veía en esa noche tormentosa, un hombre alto, erguido, elegante, que envuelto en una capa negra, cruzaba calles y más calles como quien no sabe que rumbo tomar; pero, ¡cosa rara!: cuando había andado mucho, volvía atrás por las mismas calles que recorriera, hasta detenerse ante un zaguán de una amplia casa de la calle de Avellaneda...

¿Quién era aquél hombre? Nadie lo conocía. Había llegado esa mañana de la Habana, en el mismo tren que a los veinte años arribara Raflo a esta Ciudad.

Aquel hombre, joven aún, que tenía aspecto de militar, según bajó del tren, fué recibido por un negro africano que le dijo:

—La niña mandá eto. Y le entregó una carta.

El desconocido, después de leer aquellas líneas trazadas con mano trémula, le dijo:

—Y bien, negro. ¿Podemos contar con tu fidelidad?

—Sí niño, y con la de Juta también.

—¿Justa accede a casarse contigo?

—Juta, dicí, casá sí, mancebá no.

—Bueno Julián, se casarán, y ya no tendrán que trabajar sino en su casita. ¿Estás contento?

—¡Cómo no, niño! ¡Dicí yo, y con niña branca!

—¿Con niña branca? ¿Acaso ha nacido ya? ¿Dí?—interrogó impaciente el desconocido.

—No, tovía no llegá; pero ete me dicí—tocándose el corazón—que e un niña branca.

—Blanca tiene que ser, tonto; pero no me digas niña, que esta sola idea me espanta.

—¿Y qué queré que sea?—se atrevió a decir Julián.

—Tonto, pues varón, para que sea un militar valiente. No quiero una muñeca que cualquiera engaña—contestó nervioso.

—¡Ah, siñó, musotro la queré jasí!

—¡Calla estúpido, que me pones de mal genio. Mira..., la sola idea de que no sea hombre me hace cambiar de pensamientos! ¡Calla y no hables más, porque te aplasto!

—¡Ya callá, siñó!—dijo el sumiso negro—. ¿Qué dicí a la niña Luz?

—Que dé a luz un varón y no se acuerde de molestarme más, que "tras la culpa lleva el castigo"; que no vuelva a escribirme, pues caería en mano de mi esposa...

—Cribaniá to eso siñó, que son mu largo pa yo cordá.

—No, no le escribiré. He dado este viaje por no escribirle. Dile que me voy para España enseguida. Que si es varón, le pongan Carlos del Sol. Es decir, yo no me iré sin saber lo que es...! ¡Vete, negro!

—¿Dónde visaré al siñó?

—Yo caminaré toda la noche pasando por la casa hasta que me lo enseñen.

Después de esta conversación, el negro se retiró apesadumbrado.

—¡Ah, toma Julián! El negro volvió y el desconocido le entregó una bolsa llena de onzas de oro diciéndole: dale a Luz.

Aquél hombre parecía violento. El negro echó a andar y poco tiempo después, se detenía junto a un zaguán que permanecía abierto.

—¡Julián!—se oyó una voz de mujer, dura y brusca.

—Siñá:—contestó Julián—.

—¡Hace rato que te llamo y no contestas!

—Pué, siñá, yo taba aquí

—¿Qué estabas allí dices, y tanto como te he llamado?

—Y ya contetá siñá, siñá; y siñá no dicí ná—contestó el embustero Julián.

—¡Mira, negro, vete, que yo no te vea más por el contorno de mi casa... vete lejos a exasperar a otra, no quiero sufrir más tus mentiras!—dijo la dama en tono que no admitía réplica—.

—¡Tá bien siñá. Dejá mirá la niña Lu utima ve!

—¡Anda, que también Luz me tiene más cansada...! Parece que quiere ser monja y convertir su cuarto en celda. Creo que hace dos meses no sale del cuarto, por su promesa. Yo, por mi parte, no he de entrar a verla, mientras ella no salga de allí. ¡Mentecata!...

La que así hablaba, era una mujer altísima y delgada, de tez amarillenta y ojos grises de fiero mirar. Esta era una tía solterona de Luz, que odiaba a su sobrina (a quien había criado) por el hecho de ser bella como su difunta madre. Luz era una linda muchacha, criada sin el afecto de su tía, a quien únicamente la negra Justa amaba. Justa, criada de la madre de Luz, y por lo tanto, odiada de la hermana solterona; era una negra hermosa, de unos cuarenta años, la que por único cariño tenía el de Luz, y por inmarcesible deseo el casarse, llevando el velo que su buen ama le había regalado antes de morir, y el cual usara ella en su matrimonio. Julián era un cochero que hacía poco había adquirido la tía, tan aficionado a mentir, que a penas si podía creérsele la centésima parte de lo que hablaba.

Julián fué a la habitación que la pobre Luz tenía por voluntaria cárcel, donde lo esperaba ansiosa en compañía de Justa.

—¡Ay Julian...cuánto has tardado! ¿Vino? ¿Lo viste? ¡No me mientas, por Dios...!

—Decuida niña. Juro po la vigencita decí vedá. Lo ví...se la dí... la leyó... y me dicí así: Y Julián con su estropajosa lengua contó cuanto ya sabemos, sin decir una mentira.

La joven lloró desoladamente, y después de haberse calmado un poco dijo a aquellos seres:

—Oigan bien lo que les voy a contar: Sé que tendré una niña. ¡Ay, una niña ciega! Esto lo he soñado tres veces. Mi niña será muy linda e inteligente, podrá aprender mucho. La he visto el día que cumplió veinte años sentada en un hermoso paseo no sé de donde, pues no lo conozco. Un hombre la ha mirado y la ha amado. Ella también lo ha visto con unos ojos que le salían del pecho y lo ha amado también. Después mi hija ha estado melancólica por mucho tiempo y, finalmente ¡oh dicha! la he visto salir casada, no sé con quien, porque aquí se deshizo la visión de mi sueño.

—¡Oh, niña, su sueño es muy lindo!—dijo Justa—que no hablaba como Julián—.

Después de oir este relato, Julián se retiró del cuarto de Luz, y al pasar junto a la intransigente solterona le dijo adios, no siéndole contestado.

Salió a la calle y siguió por ésta hasta doblar la primera esquina, encontrándose a pocos pasos con la de San Fernando; dobló por ésta y a poco de andar tocó en una portada, que fué abierta por Justa; y ambos rieron de la treta jugada a la dueña de la casa, seguros como estaban de que ella, como de costumbre, no pasaría de la sala, su cuarto y el comedor, pues el resto de la casa, jamás la caminaba. Julián, queriendo quizás interesar a la hermosa negra, de la que tan enamorado estaba, le dijo al entrar, sacando de su bolsillo una bolsa con dinero:

—Mira Juta, lo que me contrá.

—Eso es mentira Julián. Te lo han dado para la señorita.

—Tu son divina mujé.

—No es preciso adivinarlo, esas cosas no se adivinan, bobo. Dáme acá, voy a llevárselo. Y tomando la bolsa de manos de Julián, fué al cuarto de Luz para entregarle el dinero; pero Luz, sin tocarlo le dijo:

—Ese dinero es para tí y Julián. Casénse y disfrútenlo en paz. Ya he hablado al padre que los va a casar. Dí a Julián que vaya a buscarlo para que los case y confesarme. ¡Qué venga pronto, que me siento que voy a morir!

Julián, al oir lo que Justa le decía, entre contristado y alegre, salió a toda prisa a cumplir la orden que se le daba. Cuando estuvo delante del cura le dijo así:

—Padre, dicí la niña Lu, que vaya, que la noche ya tá murí y queré casá a mí y Juta.

—Bueno, hijo, voy enseguida. Dile a esa pobre penitente, que no tema nada, que pronto estaré a su lado.

Julián, a su regreso, recogió de la sastrería los trajes que Luz le había mandado a hacer, y loco de contento, entró a su casa por la puerta de San Fernando. Allí, después de vestirse de gala, presentóse en la habitación de la infeliz Luz, que en medio de sus dolores estaba acicalando a la buena Justa y prendiéndole el velo de novia, que tantos deseos de llevar tenía.

La noche avanzaba triste y lluviosa. Los relámpagos se sucedían y los truenos retumbaban, haciendo que los transeuntes se recogieran y los vecinos cerrasen sus puertas.

Julián, a instancias de Luz, volvió de nuevo a la sacristía en busca del padre, quien en una escapada, entre aguacero y aguacero, se decidió a ir, por confesar a Luz y tranquilizarla.

—Vamo pronto, que la niña e ¡ma linda!, ya nacé y la vamo a boltizá.

Los lectores ya conocen, que éste negro era un mentiroso incorregible. Pero esta vez no fué descubierto en su mentira, pues cuando ellos llegaron, Justa, con su traje y velo de novia, que para nada se había quitado, ultimaba de vestir una linda niña, que puso en brazos de Luz, quien la besó con deleite diciendo:

—¡Hija de mi alma! ¡Nunca sabrás quien es tu padre! ¡No tienes padre... ni madre, pues yo pronto moriré... pero Justa y Julián te amarán por mí y te cuidarán; y yo, alma mía, desde la región sideral velaré por tí!... ¡Ama esos padres negros que te lego, cuya alma es muy blanca! Todos lloraban al oir hablar así a la pobre e infeliz joven, cuyo rostro parecía animado de felicidad.

Luz, dirigiéndose al sacerdote le dijo:

—Padre, case usted estos buenos seres, para que ya casados sean los padres de mi hijita.

Era extraño el espectáculo que formaban aquellos buenos negros, llorando a su ama mientras cumplían con el séptimo mandamiento. Tomaron la tierna criatura en brazos, y un momento después, según nuestra religión, ya era cristiana, llevando por nombre María Estrella del Sol.

—Padre—dijo Luz con voz débil—su misión no ha terminado, tiene que administrarme los santos sacramentos, pues Dios me llama a su lado.

—Se los administraré como un consuelo, hija mía, pero no tema morir.

—No padre, no temo. Mi hija queda en buenas manos y muero tranquila.

La muerte la tomó como una bendición de Dios.

El buen padre, muy conmovido, administró los santos sacramentos y al terminar, Luz dijo:

—Justa, mi testamento está hecho, el padre X es testigo. El te guiará y será el tutor de mi hija. No me llores y cuida mucho de ella...

Un momento después, el ángel de la muerte batía sus sobre Luz, que expiró con una infinita expresión de dulzura en su rostro. El cuadro era conmovedor, el sacerdote bendecía de rodillas aquel ser, cuyo espíritu había dejado la materia que lo aprisionaba y volado en silencio. La pareja de recien casados, en traje nupcial la novia y con la niña en brazos, lloraban de rodillas, aquella víctima de la maldad de los hombres, que había dejado ya, quizás, de sufrir. Eran las once de la noche, y el sacerdote se retiró, recomendando Justa a su marido, que lo acompañase hasta la iglesia. Julián despidió por el zaguan al padre, y dió vuelta por Avellaneda, dando tiempo

a que Justa creyera que había cumplido con su recomendación. En este rodeo se encontró con el encapotado desconocido que le dijo:

—¡Oye, negro!

—¡Ah, siñó, ya musotro casá y...!

—¡No quiero saber eso, torpe!

—La niña e nuetra hijá...

—¿Qué niña?

—La niña de la niña Lu.

—¡Pues dile a Luz, que no se acuerde...

—No necitá dicí siñó, ya ella murí.

—¿Qué dices? ¿Que ha muerto?

—Si siñó, y etá mu naturá.

—¡Calla negro! ¿Tú sabes mi nombre?

—Epero que e siñó dicí pa sabé.

—¡Pues, espéralo!

Aquel hombre de bella apariencia, no tuvo ni un suspiro para la infeliz joven que acababa de morir. En cuanto a la tía, cuando al siguiente día se enteró de la muerte de Luz, le dijo a Justa:

—Vete de aquí con esa criatura, pues no quiero que la gente crea que es mía.

—¡Nadie lo supondrá!—dijo Justa con tono agrio.

Los nuevos esposos se fueron con la reciennacida para la modesta casita que por mediación del buen sacerdote, Luz les había hecho preparar.

Ese día, hacía veinte años de éstos sucesos, y Julián había querido llevar a Estrella a ese paseo, que en la actualidad era el mejor. El mismo no sabía porqué había ido. No hacía mucho tiempo que Estrella había tenido una enfermedad en la vista quedando ciega, sin que nada lo denotara, ni aun la expresión de su mirada, pues ésta tenía un sello de ternura indefinible. Esto fué lo que impresionó al viajero, y cuando se encontró de nuevo a bordo, parecía feliz y sociable. Los compañeros de viaje, que con razón lo nombraban "el misántropo", quedaron asombrados de ver el cambio que se había operado en el joven, o sea Raflo, como seguiremos llamándole, en ese viajecito de tierra adentro; que no sólo volvía alegre, sino transformado de su misantropía y muy locuaz, pareciendo tener necesidad de expansionarse con sus compañeros, lo que hacía con una verbosidad de que nadie le hubiese creído capaz, poniendo de manifiesto su sólida cultura y exquisito trato.

¿Qué cosa pudo haber transformado al antes escéptico joven? ¿Qué poder humano en tan pocas horas, pudo realizar esa metamorfosis en aquel carácter por demás taciturno? Sólo el poder de una mirada, endulzó así aquella áspera existencia.

Los días transcurrían y la sociabilidad del joven aumentaba. Entre los viajeros se encontraba un jovencito, que parecía rehuir del trato de todos, a excepción del de Raflo, que era el único con quien conversaba. Raflo, por su parte, también distinguía entre todos a aquel jovencito, que tan circunspecto veía.

Una noche, en que diáfanas nubecillas cruzaban rápidas el espacio, y fuertes ráfagas de viento se sentían de vez en cuando, los dos viajeros se encontraban sobre cubierta: Raflo, porque no sentía temor, el otro, quizás por lo contrario, pues su cuerpo pequeño y delgado y la languidez de su ser, no denotaba gran valor, aun cuando en el transcurso de sus aventuras, tuvo que ponerlo a prueba muchas veces. Los demás viajeros se habían recogido, amedrentados ante los preliminares del huracán que parecía aproximarse.

Raúl, que era el nombre del intrépido jovencito, que también viajaba solo, prefirió quedarse en compañía de aquel hombre que le parecía tan singular. Raflo, por su parte, había tomado afecto á aquel muchacho, que tan triste y solitario veía siempre.

Raúl representaba unos diez y ocho años, aunque él aseguraba haber cumplido veinte y cuatro. Su tez era pálida, pero de vez en cuando se le veía colorear por el rubor, y esto, unido a que usaba sus cabellos más largo de lo conveniente, le daba una expresión de feminidad, que tanto le desagradaba que notaran. Y esa noche aprovechó la soledad, para interrogar a Raflo respecto de su viaje a tierra.

—Raflo:—dijo—¿Usted tiene familia en la ciudad que visitó?

El joven sonriendo afirmó

—Jamás nadie de mi familia vino a Cuba.

—¿Tendrá usted allí amigos...?

—Ninguno...

—Entonces ¿adquirió usted amistad con alguien?

—Sólo hablé con un negro africano, que apenas sabía hablar.

—¡No me explico!—dijo el viajero como hablando consigo.

—¿El qué no se explica usted?

—¡No...nada!—dijo el otro turbado.— Quería decir...

—¿Qué porqué fuí entonces a esa ciudad de tierra adentro?—dijo Raflo sonriente; voy a satisfacer su natural curiosidad, y le relataré la segunda aventura de mi vida:

—"Hace poco más de tres meses, (perdone que me remonte, pero yo creo que este hecho se relaciona íntimamente con mi visita a esa ciudad) me encontraba en unas minas de plata que tengo en explotación en Atica, cerca del monte Himeto, en Grecia, cuando, por mi carácter siempre agrio, hube de requerir demasiado fuerte a un extranjero que hacía de capataz; el que me contestó:

—"Ese no es el lenguaje que debe usarse con un caballero".

—¿Caballro?. Usted no es caballero. ¿Dónde están sus caballos?—le dije.—

El hombre montó en cólera proponiéndome batirse.—Soy muy caballero—dijo—.

Y yo le repetí: Es que yo no le he visto sus caballos.

El hombre pareció calmarse y me contestó:

—¿De dónde ha sacado usted, que es necesario tener caballos para ser caballero?

—¿De dónde? De mi País, de la isla de Creta; donde el caballero ha de tener por insignia de dignidad, dos caballos.

—¡Ah,—dijo riendo—comprendo... sólo a los cretinos se les puede ocurrir eso!

—No soy cretino, soy cretense—le contesté—.

—¡Es lo mismo...!

—No se lo permito. Cretino es el que padece de embrutecimiento como usted, así como caballero sólo es el que puede y posee dos caballos. Esto es en mi patria, el país civilizado, que no permite el orgullo y vanidad, porque todos los niños pobres y ricos, van a las "ageles"; el país quizás único en el mundo, en que el estado paga las "andrias" o comidas públicas, a que asisten sin distingos pobres y ricos, por lo que no existe la envidia que a ustedes los corroe.

—Todo lo que usted dice—añadió el extranjero—es propio de cretinos.

—De cretenses—repetí yo—; donde hay verdaderos caballeros y no falsos como usted.

Cuando terminé, ya tenía sobre mí al extranjero blandiendo un largo puñal; y a no ser por la educación física que recibimos los cretenses, que nos hace ágiles por medio de la "danza armada", a esta hora no estaría yo

aquí. Con suma facilidad pude desarmarlo, y considerándome más potente que él, por estar acostumbrado, como todos los de mi país, a la lucha, que nos hace insensibles a los golpes, así como al calor y al frío; no quise reñir cuerpo a cuerpo con él, y se lo hice presente. El me pidió mis duras palabras, a lo que me negué, diciéndole que nos batiríamos hasta que uno de los dos venciera. En esto se presentó un anciano de venerable aspecto y gallarda figura, quien rogó al extranjero le permitiese representarlo en la demanda que conmigo sostenía, a lo que el extranjero accedió. Y dirigiéndose a mí me dijo:

—En nombre de Dios te emplazo para que dentro de treinta días, cuando el sol esté en el cenit, me encuentres en el Monte Ida, para que allí, después de darle tres vueltas, emprendamos la ascensión, y ver si tienes valor de llegar a la cúspide conmigo. Dicho ésto se alejó de nosotros.

Llegada la fecha citada, me dirigí al lugar en que debía esperarme el anciano, y allí lo encontré. Al acercarme a él, y sin cruzar entre ambos una sola palabra, echó a andar, siguiéndole yo a corta distancia. Después de dar las tres vueltas al monte, ví con satisfacción, que mi rival no tenía el más ligero signo de fatiga, y que a pesar de su avanzada edad y no obstante ser muy escarpada aquella montaña, subía con gran facilidad. Esto me quitó la ligera pena que sentía de haber aceptado el reto a un ser que creía vencer sin dificultad.

El que aquel desconocido fuera mi rival, no fué óbice, para que por él sintiera viva simpatía, máxime cuando notaba en su semblante cada vez que se volvía hacia mí, a pesar de que no me hablaba, cierta dulzura y complacencia.

En medio de la soledad tan absoluta, y a tanta altura sobre el nivel del mar, empecé a sentirme algo supersticioso; parecíame que aquel hombre no era tangible y hasta por algunos instantes me parecía que su persona se hacía diáfana, y que a través de su cuerpo veía las cosas. Seguramente, esto me lo producía el conocido mareo de la montaña.

Ya estábamos cerca de la cima y era cada vez más difícil la ascensión, cuando oí su siempre extraña voz, que parecía salir de ultratumba que me decía:

—Eres animoso y valiente, pero díscolo, debes llegar a la meta.

Me adelanté cuanto pude sin alcanzarlo; oí un ruido como de un cuerpo que se despeña, y al levantar la vista no lo encontré, y pensé que era ya inútil seguir adelante, por creer que mi acompañante se había precipitado

al abismo. Cuando intenté bajar, oí en la cima una carcajada burlona, y tan rápido como me era posible, llegué a la cúspide, pensando encontrar allí mi rival, que de mí se burlaba creyéndome incapaz de poder llegar, pero en su lugar encontré una anciana que me decía:

"Eres animoso y sufres mucho, pero pocos años de sufrimiento te faltan. Hay una isla cubierta de verdor todo el año, bajo un cielo azul profundo; sus campos en los meses de las nieves, están verdes y cubiertos de perfumadas y blanquísimas flores silvestres, donde toman el más rico néctar las industriosas fabricadoras de la miel. Sus mujeres son dulces, puras y bellas. Ve a su costa, introdúcete tierra adentro y darás este talismán a alguien. En esa tierra bendita encontrarás el tesoro que te hará feliz."

Extendió la mano y me entregó un frasco de deliciosa esencia que al olerla me hizo cerrar los ojos; cuando los abrí, me encontré completamente solo, y a no ser por el pomo que aprisionaba, hubiese creído que todo era un sueño. La luz crepuscular se disipó y las tinieblas reinaron. Me senté, el sueño me rendía; poco después soñaba que venía descendiendo de una gran altura, y que una nube azul que parecía una mujer, iba delante de mí. También contemplé las bellísimas auroras boreales, que en el Polo contemplé indiferente... No sé lo que me pasó, pero a la mañana siguiente me desperté en la base de la gran montaña, sin saber como la había bajado. Me tocaba el cuerpo para ver si me había despeñado y nada me dolía. Nada indicaba violencia.

¿Qué pasó por mí? ¿Me adormecería el perfume y bajaría en un estado de subconciencia? Esto creo yo. Pero ¿y el misterio del frasquito? ¿Qué se hizo mi acompañante? ¿Qué fué de la anciana? Este arcano es para mí indescifrable...

—¿Y usted conserva el pomo de esencia?—le dijo su interlocutor—algo incrédulo, viendo que el joven se quedaba pensativo.

—No,— dijo Raflo, saliendo de su ensimismamiento.—Me alejé demasiado del asunto; y prosiguió:

Salí de Creta y fuí de nuevo a Atica, a ver mis minas; llegué, me picó una abeja, pues ya usted sabrá que allí las hay en abundancia, y que fabrican una miel deliciosa. La picada me hizo recordar lo que me había dicho la hechicera, y creyendo que allí encontraría mi felicidad, me propuse esperarla. Pero no se presentaba en ninguna forma, y en cambio, las abejas, que antes no se acordaban de mí, entonces me perseguían obstinadas, siendo lo curioso del caso, que a medida que pasaban los días, aumentaba igual

el número de las que me acariciaban con su aguijón, por lo que determiné abreviar mi proyectado viaje a la América del Sur.

¿Qué misterio había, que hasta esos industriosos seres me aguijoneaban marcando así los días que transcurrían? ¿Esos seres obedecían los mandatos de la anciana? ¿Eran copartícipe de aquella aventura?. Por extraño que parezca lo que me ocurrió en el Monte Ida, más extraño encuentro los aguijonazos, que en determinado número, me propinaban cada día, aquellos seres alados.

Lo demás del viaje usted lo sabe, pues me ha visto a diario, pero lo que no sabe es, que cuando llegamos al puerto de Nuevitas, me pareció ver a la dama de la montaña que me llamaba, e instintivamente tomé el pomo de esencia y salté a tierra.

—¿Dónde iba la dama?—le preguntó Raúl.

—Me pareció verla que subía a un tren; y como sabía que el vapor permanecería en puerto todo el día, y me informara además, que aquel tren regresaría por la tarde, me propuse seguirla, y a la vez visitar a Camagüey, para convencerme si sus mujeres eran tan bellas como la fama decía, y ver si en realidad era mi desconocida la misma que suponía; y en un paseo ví una encantadora joven, que al clavar sus lindos ojos en mí, no tuvo ese gesto que en todas las mujeres he encontrado, sino que me miró con ternura, y... le agradó tanto mi perfume, que mandó a su cochero a comprar uno igual, y sabiendo por éste que no lo había encontrado, se lo envié. Desde que una mirada de esa mujer se posó en mí de tal manera... como jamás nadie me había mirado, he notado que un gran bienestar se ha apoderado de mi ser. No sé si debí darle mi talismán al negro; no sé si a esta tierra se refería la maga; pero, de todos modos, esa joven me ha hecho feliz.

—¡Sí, es verdad! ¡Ha cambiado usted radicalmente su misantropía! Y, diga usted, ¿quién era la dama que subió a ese tren?—dijo Raúl.

—No la ví en él, sólo que de lejos se me pareció... y después de una pausa añadió: sería tal vez espejismo u obsesión de mi mente!

—¡Es extraño! ¡Muy extraño!

—El espejismo, es más frecuente de lo que usted lo cree.. Yo he visto en las regiones árticas y en medio del mar helado... ¡cada espejismo que...

—¿Ha visto usted las auroras boreales? ¿Son bellas?—le interrumpió Raúl—.

—¡Bellísimas, Raúl, bellísimas; pero cuando yo las veía, su contemplación no me entusiasmaba, y en vez de apreciar su belleza, sentía una fuerte

opresión en el pecho, como si los hielo que habitaba, me circundaran el corazón! ¡Oh... cuánto sufrí! ¡No quiero recordarlo ahora...! Miró para el cielo cuya última estrella desaparecía y pensó: ¡también tu te ocultas a mis miradas! Y recordando a Estrella añadió: Pero tu imágen no se apartará de mí; pues de mi retina ha bajado al corazón, y allí no irá ninguna otra visión a turbarla.

Raúl, viendo que permanecía callado, le dijo en tono algo cohibido:

—Perdone usted Raflo; quisiera saber a donde se dirige usted ahora. No lo tome por indiscreción.

—Ahora voy por la América del Sur, en busca de aventuras que me hagan con algún objeto la existencia—contestó Raflo—.

Raúl quedó durante un rato silencioso y como sosteniendo una lucha consigo mismo.

Mientras tanto, el viento arreciaba; altas olas llegaban a salpicarlos, y Raúl, que quizás viajaba por primera vez, le amedrentaban aquellos preliminares del terrible huracán que parecía iba a desencadenarse. Joven inexperto, sentía la necesidad de un ser que lo apoyara y sostuviera en este mundo, que para él era infinito... ¿Qué misterio encerraba aquel jovencito, casi un niño, y al parecer de constitución femenina, para que así se lanzara solo por el mundo, sin rumbo fijo? Este al fín, venciendo escrúpulos de su mente, dijo precipitado, para no arrepentirse:

—Tengo bastante dinero, y una necesidad infinita de recorrer tierras... Estoy seguro de no encontrar jamás, un hombre que me satisfaga para amigo como usted. ¿Quiere que seamos compañeros de aventuras? No soy valiente, lo confieso; pero soy fiel...y quizás le sea útil.

—Con mucho gusto Raúl—contestó Raflo—; estaré contento de tener un compañero fino e inteligente como eres.

Ambos se estrecharon afectuosamente las manos en señal de pacto; y Raúl pensó para sí: ¡Mi suerte está echada!

En esos momentos se les acercó el Capitán diciendo:

—¿Eh?, jóvenes. ¿No temen ustedes al ciclón? Son los únicos viajeros que permanecen fuera de sus camarotes. ¿Cómo es eso? Dentro de pocos momentos nadie podrá permanecer ni sentado, pues este inesperado huracán, es de los que prometen...con que, ¡a sus camarotes!—terminó con voz de mando.

Raúl estaba aterrado y no tenía deseos de separarse de Raflo, al que veía tan valiente, que parecía confortarle su valor.

Al pararse, como el vapor cabeceaba, se sujetó varias veces del brazo de Raflo, que parecía acostumbrado a estas furias del aereo y líquido elemento. Cuando llegó a su camarote, se arrojó temblando en su lecho y dijo: ¡Expiación...!

¡Pobre Raúl, como si Quien Todo lo Puede, necesitara remover los elementos para hacer expiar a una sola criatura, condenando por ella a muchísimos más!

Pero... ¿y esa expiación porqué...?

En el transcurso de los siguientes capítulos lo sabremos.

Mientras Raúl temblaba echado en su litera, Raflo no se daba reposo en la preparación de cuanto juzgó necesario, para en el caso eventual de un naufragio, no verse expuestos a privaciones, si de él se salvaban. Así lo vemos correr precipitadamente de su camarote a la popa, donde tenía amarrado un bote salvavidas, que contrastaba con los otros, por su aspecto y construcción. Al contemplar a su "Dórida" (que así se llamaba el bote) en disposición de luchar nuevamente con las embravecidas olas, ligera sonrisa se dibujó en sus labios, y sus ojos se iluminaron cual si denotaran algo así como cariño y agradecimiento. ¿Pueden experimentarse esos sentimientos a la vista de un objeto inanimado...? ¡Sí, porque su presencia puede traernos gratos recuerdos! Lo cierto es, que Raflo, tenía grandes motivos para mirar así aquel bote, y hasta sentir por él, hondo agradecimiento; ¿porqué?. Ya lo sabremos.

El ciclón había arreciado, presentábase imponente y aterrador. Las gigantescas olas barrían la cubierta; el viento huracanado arrancaba los cabos, no permitía amarres; silvaba, mugía, desesperaba...!

El trueno dejaba oir su ensordecedor rugido, y los relámpagos se sucedían dejando ver sus deslumbrantes y siniestras luces, para dejar de nuevo a la nave envuelta en lobreguez absoluta, cuyas tinieblas hacían más horrible la tempestad.

El vapor, tan pronto estaba sobre empinada ola, como parecía que descendía al fondo para no salir jamás. En medio de las voces de mando dadas a la tripulación, se oían ayes desgarradores, gritos lastimeros y hórridas imprecaciones! ¡El agua invadía las bodegas y las bombas resultaban impotentes para achicarla!

Un nuevo estallido más fuerte que los otros se oyó, seguido de un fuerte crugido! ¿Qué pasa... ¿qué ha sido?—se oía por todas partes, entre llantos, súplicas e imprecaciones!...

En medio de aquel caos, se oyó la voz del Capitán que ordenaba:

—¡A los botes, no hay tiempo que perder!

En ese preciso momento, Raflo llamaba a Raúl, que todo tembloroso y pálido como la muerte, dejaba su camarote con las mejillas bañadas por el llanto.

—¡Vamos Raúl, vamos, sé fuerte como yo...!

—¡Ay!... es que yo...yo no...

Se interrumpió, pues algo que le importaba callar iba a decir.

No te detengas, toma algo, lo más preciso; ¡pronto hombre,hay que ser precavidos!

Raúl obedeció, y a la voz de aquel hombre singular recobró valor, y hasta llegó a creer que vencerían fácilmente el peligro. ¡Ah, cuanto me alegro de que sea él quien me proteja!—¿Qué seria de mí sin su apoyo?

Raflo, también se alegraba de tener a su lado aquél pobre e irresoluto muchacho, que lloraba como una mujer.

El trasatlántico era juguete de las enfurecidas olas, y parecía que por momentos se hundía en aquel abismo de agua. Los viajeros corrían y se atropellaban por ocupar los botes, gritando unos, orando otros y todos con la desesperación pintada en su semblante. Raúl sentía gran emoción y compasión por la suerte de aquellos seres, que le parecía sería peor que la suya, ya que él junto a su amigo podría vencer el peligro.

Un momento después la ligera embarcación herméticamente cerrada, seguía el impulso del vendabal. De cuando en cuando, al sentir Raflo, que la frágil embarcación era elevada por una gran ola, abría una especie de válvula por donde se sentía entrar una corriente de aire fresco, que permitía renovar el del interior.

De esta manera no había temor a morir asfixiado. Se veía que esa pequeña embarcación había sido construída para tales huracanes.

Raúl oraba fervorosamente, lo que al notar Raflo le dijo en tono de familiaridad:

—¿Qué es eso amigo; tienes miedo?

—¡No, Raflo, no tengo miedo, pero me preparo por si paso a otra vida!

—No temas amigo, que éste no es el primero ni el último vendabal que corro en mi "Dórida". No creo que por ahora perezcamos.

A Raflo no le disgustó ver la actitud de su compañero, ya que valor y energía era inútil para aquel elemento, y sólo les quedaba esperar pasiva-

mente. A ninguno se les ocurría mirar la brújula, seguros de que no podrían variar rumbo.

Así anduvieron al garete por espacio de algunas horas, hasta que, a eso de la madrugada, el tiempo empezó a calmar, y los movimientos de la "Dórida" fueron haciéndose menos intensos, hasta conseguir una completa estabilidad; entonces los náufragos pudieron abrir la pequeña embarcación y contemplar un hermoso amanecer.

¡Cuánto alborozo! ¡Cuánta alegría reflejaba el semblante demaciado del pálido jovencito! Había pasado horas de intensa angustia durante aquella borrascosa noche, que por siempre recordaría; y al poder contemplar la luz del nuevo día, habíanse disipado los tenebrosos pensamientos que tanto lo torturaron, dejando en su lugar una grata sensación de bienestar, que lo hacía feliz en aquel momento. Sólo el recuerdo de la triste suerte de sus compañeros náufragos, vino a mermar aquella explosión de alegría, trayéndolo a la realidad del momento. Estaban aún en alta mar, en un pequeño barquichuelo, y no sabían si podrían llegar con vida a tierra o ser recogidos por alguna otra nave, sin correr de nuevo los peligros por que antes atravesaron.

Así es que, diéronse a consultar sus brújulas para orientarse, y horas después, cuando el sol con sus ardientes rayos les produjo la sed consiguiente, se encontró Raflo, con que su provisión no había sido completa, pues carecían de lo más indispensable, el agua, y allí, en medio de la inmensa cantidad del precioso líquido, la sed se hacía más intensa.

Raúl, animado de un grato pensamiento, que no había exteriorizado, probó el agua del mar, y Raflo rió de la ingenuidad de su amigo.

—No se ría usted, Raflo, pronto podremos tomar agua del Amazonas.

—No es posible, amigo.

—Sí lo es, ya el agua va perdiendo su amargor a causa de la corriente del rio más caudaloso del mundo.

—Entonces, según eso, ya estamos cerca del Brasil.

—Poco más de cien kilómetros; pronto podremos apreciar prácticamente si el Amazonas endulza las aguas del mar a cien kilómetros de su desembocadura.

—Según esa teoría, en breve tiempo podremos mitigar la sed.

—Ciertamente, y después que tengamos agua suficiente, debemos abandonar la corriente que nos atrasaría mucho, por la fuerza de su caudal, pues

hay que tener presente, que este río, hasta 400 Kl. de su curso, tiene unos ochenta de ancho.

—Verdaderamente, el Amazonas viene a ser un mar de agua dulce.

—¡A mí me encanta viajar por los ríos!—dijo Raúl—

—Y a mí...siempre que no sean de Islandia.

—¿Por qué...?

—Porque en esa árida región, de clima tan inclemente, existen ríos de agua hirviente.

—¡Qué sabio y bueno es El que hizo el mundo!—exclamó Raúl.

—¿Por qué?—interrogó a su vez Raflo.

—Porque en un clima tan frío, pone ríos calientes para templar la atmósfera.

—En cuanto a eso es verdad. Aun me parece que veo el Gran Geyser, que arroja una hirviente columna de agua a más de veinte metros de altura, y cuyos vapores son capaces por sí, de levantar ampollas en la piel.

—¡Cómo contiene fuego allí las entrañas de la tierra!

—Pero... donde más he sentido las delicias de viajar en pequeñas embarcaciones, por agua dulce, es en el Rhin y el Danubio.

—¡Oh, cómo me gustaría surcarlos en una noche de luna!—exclamó con vehemencia Raúl.

—Y detenerte con un laud, junto a uno de sus hermosos castillos ¿verdad?—interrogó Raflo sonriendo.

—¡Sí, sí...aunque yo no fuese el trovador!—Esto lo dijo con cierto tono que Raflo no fijó en él su atención—Creo que esos son los ríos más favorecidos por los castillos... Son ríos de leyendas...

—Y de dulces realidades—dijo sonriendo enigmático Raflo.

—¿Tiene usted algún grato recuerdo?

—Sí...

—¿Protagonista?

—No. Sólo fuí testigo y...iterciario!—dijo riendo esta vez francamente.

—¡Cuénteme!—exclamó curioso Raúl.

Raflo se sentó muellemente en su "Dórida", y como si estuviese dando un paseo por un río conocido, en viaje de recreo, exento de peligros, se dispuso a comenzar su relato diciendo: Es a tí el único a quien he de contarle esta aventura. Escucha:

Era una hermosa noche de luna, en que encontrándome en Hessen, sentí infinitos deseos de bogar a solas por el Rhin. Ningún botero estaba

dispuesto a alquilar su embarcación sin guiarla él, y yo, aguijoneado por las negativas, sentí con más vehemencia el deseo de pasearme solo; así es que, pagué en compra, lo que me pidieron por una pequeña chalupa, y ya satisfecho, me lancé por las aguas del Rhin, tan contento como si hubiese hecho el mejor negocio del mundo. Remé cuanto quise y después, tendido bocarriba, contemplando la luna casi llena, me dejé llevar por la corriente. No sé que pensaba, pero me sentía tan feliz, como jamás lo había soñado. No se las horas que pasé así, pero sí recuerdo, que en esa posición, vi destacarse imponente, por la orilla derecha, las ruinas del soberbio castillo de Ehrenfels. Te aseguro, que en aquella hora, me pareció sugestivo y encantador, casi divino. A mi mente vino la idea, de que en algún tiempo una bellísima doncella se reclinaría en alguno de aquellos ventanalaes, a contemplar cual yo, la pálida Febea; y que, algún galán, vendría a cantarle sus tiernos amores. Con estos pensamientos estaba, cuando sentí que mi pequeña embarcación quedaba detenida por unas plantas aromáticas, especie de arbustos, cuyas ramas caían al río. Iba a dejar mi posición de abandono para separar de allí mi chalupa y que siguiese el curso del río, cuando quedé como alucinado, ante la presencia de una blanca figura que se deslizaba silenciosa por una escalinata del derruído castillo.

—¿Y quién era? ¡Oh, eso es interesantísimo!—exclamó con énfasis Raúl.

—¡Ya lo creo que es interesante—contestó Raflo.

—¿Pero quien era?—repitió el joven impaciente.

—Una joven, que a la luz de la luna, lucía angelical. Su blanco traje se me antojaba en aquella hora, como una blanca espuma del mar, como un girón de nube...!

—¿Sería de gasa?—preguntó Raúl.

—No, de percal...—contestó riendo Raflo.

—¡De percal...! ¿Qué dice? ¿Cómo usted lo veía vaporoso?

—Por la hora...la ocasión... por el estado de mi mente, por el influjo de la claridad lunar...¡Qué sé yo!

—¡Ah, pero... continúe!

—No creas que el percal le restó mérito al asunto,—dijo Raflo a su amigo, en cuyo rostro conoció, que la burda tela parecía haber mermado la novedad de la narración.

—¡Veamos!—contestó Raúl, más curioso que interesado.

—Como te decía, ví la blanca figura que bajaba como visión celestial.

—¡Sí, vestida de percal!—añadió riendo Raúl.

—¡Y qué, la tela no hace la cosa! De pronto ví, que de las manos de la beldad, que se me antojaron marfileñas, brotaba una pequeña luz, lo cual aumentó mi fascinación. Yo estaba que no respiraba, pero creo que los latidos de mi corazón se percibían a varios pasos de mí... ¡Debo advertirte, que yo sólo contaba entonces diez y ocho primaveras!

—¡Bien, bien, me interesa, sigue!— exclamó de nuevo entusiasmado Raúl.

—La luz, de las para mí liliales manos, pronto se extinguió; pero de momento, el ténue reflejo de otra luz que salía de un arbusto cerca al que yo me encontraba, vino a herir mi vista, y una blanca y varonil figura apareció. La joven corrió como una gacela y se colgó del brazo del galán, y en idilio, vi temblando: que aquellos dos sugestivos seres, se aproximaban hacia el lugar donde yo estaba. De un salto me enderecé, pero... estaban tan cerca, que me volví a quedar quieto. Tanto se aproximaron, que quedaron envueltos en la sombra del arbusto que de ellos me ocultaba, y se sentaron de espaldas sin notarme. Ella le habló de su madrastra, a quien ya no podía soportar; y el galán, con un prolongado suspiro le dijo: que él robaría una barca y a la noche siguiente vendría por ella para huir muy lejos.

—¡Oh, si fuera esta noche!—le dijo ella.

—No puede ser...pero mañana será.

A mi mente vinieron infinidad de cuentos de princesas cautivas, de donceles enamorados que por ellas arriesgaban sus vidas... de viejas ogros y, ...¡qué se yo cuantas otras cosas...!Sin saber lo que hacía, salté a tierra, causando el asombro de los enamorados; y señalando la barca les dije: ¡Es para ustedes...!

Los tórtolos me tomaron por una aparición celestial, lanzando ella un grito. Yo, más emocionado que ellos y con mi brazo extendido, mostraba la embarcación, sin poder articular sonido.

Seguramente, que este gesto fué lo que más les impresionó, y viéndose luz en una de las ventanas del castillo, los jóvenes no esperaron más, y saltando a la barca se alejaron rápidamente, sin darme las gracias...

—¿Para qué? ¡Si te creyeron un ser sobrenatural que había aparecido; si eras un genio!—dijo Raúl riendo.

—Eso me sentí yo contestó Raflo, riendo por primera vez aquella aventura, de la que tantas veces se había abochornado.

—¡Ja, ja, ja—Reía Raúl.

—Dormí poco en la dura y fría tierra, y sólo cuando los tibios rayos del sol, sustituyeron a la pálida Febea, pude darme cuenta, que lo que había hecho era, favorecer al más vulgar de los raptos...un papel...

—¡Ja, ja, ja,—reía Raúl como si le hiciesen cosquillas.

—Ya ves amiguito—dijo Raflo, riendo también—, que no debes dejarte fascinar por la luz de la luna bogando en las plateadas aguas de un hermoso río.

—¡No, no, me servirá de experiencia!

Y los dos jóvenes reían como si aquello fuese contado en el lugar más seguro de la tierra, como si no estuviesen en frágil barquichuelo, juguete de las inmensas olas del mar.

¿Qué sería de los alegres náufragos? Alegres sí, pues el melancólico jovencito y el hombre misántropo, habían dejado su sitio a la alegría de la juventud, que solo necesita una ligera oportunidad para presentarse desbordante, y ésta era la alegría que en nuestros náufragos se presentaba, en medio del piélago inmenso en que se encontraban.

¿A qué puerto arribarían estos dos seres? ¿Qué sería de ellos? Ningún mal pensamiento respecto a su destino embargaba en ese momento a los jóvenes, que reían a mandíbula batiente, la aventura de la noche de luna.

—¿Y qué pensarían ellos de su fantástica aparición, como de un genio benéfico...?

—No lo sé; pero sí te aseguro, que después me dí cuenta, que debían ser unos pobres seres sin instrucción ninguna, a juzgar por el vulgar lenguaje que usaban; vulgaridad que no le reconocí, sino cuando el sol había disipado el romanticismo, en que la luz lunar y el fresco y suave rumor de la corriente me había sumido.

—En cambio, ellos, al volver en sí del asombro que tu aparición les causara, se encontraron con la realidad del barquichuelo, que les permitió realizar su sueño.

—Por lo menos, mientras vivan no olvidarán esa hermosa noche ...—dijo Raflo.

—¡Qué van a olvidarla! ¡Ni usted tampoco!—agregó Raúl.

—¡Y se preguntarán...¿quién sería ese bobo?—dijo Raflo meditabundo.

—Le creerán un ángel, como el compañero de Tobías.

—¡Eso si son cristianos!

—Y si no lo son ,también pensarán que es un enviado de Dios, sea El quien sea.

—Pero en su sueño realizado, tienen la prueba de que no es asunto celestial, o sea, en la embarcación que no tuvo necesidad de robar.

—¡Es verdad! ¡Esa aventura es muy simpática!

—Te aseguro, que es ésta la primera vez que la río, pues hasta hoy, su recuerdo sólo me había servido de mortificación.

—¿Y qué era la luz fantástica que brotó de las manos de los enamorados?

—¡Una vulgaridad! ¡Esto!—dijo Raflo, a la vez que rayaba un fósforo.

Raúl dejó escapar una sonora carcajada, que parecía increíble en el taciturno jovencito.

—¡Ya ves amiguito, que hasta lo más vulgar en ciertas circunstancias y estado de ánimo, nos parece algo sobrenatural.

—¡Me cobijaré bajo su experiencia!—contestó Raúl.

—Que te sirva de algo es mi deseo.

Al decir estas palabras, Raflo miraba alrededor de su bote, pues había sentido un golpe en su fondo, y buscaba la causa de él.

Raúl, al percibir aquella sacudida, palideció intensamente, y todo su buen humor desapareció, dándose cuenta que sostenían tan alegre charla, en medio de aquel piélago plagado de peligros, atreviéndose solo a decir:

—¡Tratan de volcarnos la embarcación!

—No temas, que eso no lo lograron las morsas, cuando furiosas me acometían—se apresuró a decir Raflo.

Raúl no estaba en disposición de preguntar, cómo y en donde le había ocurrido eso, cuando de nuevo sintió el choque, si bien en esta vez más ligero que en la anterior. Y en el instante, muy cerca del bote, se hizo visible un feroz escualo, que los miró con su petrificante mirada verdosa, demostrando el deseo de hacerlos su presa.

Raflo, que desde mucho tiempo antes se había dado cuenta de la proximidad de aquél feroz enemigo, había hecho todo lo posible porque su amiguito no lo notara, y lo había conseguido contándole aquella simpática aventura, que jamás hubiera contado, a no ser apremiado por las circunstancias y no ocurriéndosele otra cosa de que hablar; acabando por reirla con su camarada, olvidando así la presencia de la temible fiera marina, hasta que el choque primero de ésta con su bote, vino a recordarle su proximidad.

—¡Qué horrible mirada!—dijo temblando Raúl.

—No le temas, aquí no nos atacará. ¡Mira que rápido se aleja!

En efecto, el tiburón había notado los enormes saltos de un delfín, y se aprestó a su caza, buscando la manera de que en uno de sus saltos, cayese

en sus temibles fauces. De esta manera se alejó de los náufragos, que no le ofrecían tan lisonjera esperanza.

—¡Ah... qué susto he pasado!

—¿Viste los peces que tiene pegados en su cuerpo?

—Sí, yo había oído hablar del viajar de las rémoras pegadas al tiburón y lo dudaba, y ahora veo que es cierto cuanto dicen de ellos, asombrándome del valor de tan pequeños seres.

—Más que valor, astucia, pues ellas se pegan en donde no corren peligro ninguno.

PRISIONEROS DE LOS INDIOS CANIBALES

Un buen rato desués, pudieron refrescar el ardor de la sed, que tanto les hacía sufrir, y no obstante, no divisaban las costas. Después de abastecerse de agua, cambiaron rumbo, y tanto se desviaron que se apartaron de la corriente del Amazonas, y, después de mucho tiempo de un viento favorable, que inflamaba sus desplegadas velas, entraron por un río que creyeron era el Amazonas, siendo en cambio el hermoso río Xingú. Allí desembarcaron y exploraron el terreno cubierto de exuberante vegetación, en donde se descubrían inmensos bosques de maderas de construcción, entre la que se mezclaban grandes árboles frutales y medicinales.

Durante varios días se alimentaron con gran variedad de frutas, sobre todo de las nueces del Brasil, que son enormes frutas redondeadas, de corteza durísima, que semeja al marfil, de la cual los industriales hacen botones y otros artículos, en grandes fábricas. Estas frutas encierran unas veinte nueces muy agradables. También cazaron diversas aves y algunas tortugas que les ofrecían exquisito alimento. Estaban admirados de aquella exhuberante vegetación y de la variedad de sus animales, que todos alcanzaban un tamaño mayor al de otros paises. Habían dado muerte a gran número de gigantescos caimanes, culebras y majaes de descomunal tamaño. Contemplaban a su gusto los loros y gran variedad de aves de vistosos plumajes y grandes proporciones. Así pasaron varios días, regresando antes que oscureciese al bote en donde dormían, y cada mañana adelantaban un gran trecho río arriba, desembarcando de nuevo para recorrer las selvas y volver por la tarde. Pero una tarde ¡oh sorpresa! al regresar, el bote había desaparecido.

—Ya sabemos que tenemos seres humanos cerca—dijo Raúl.

—Indiscutiblemente. Los cocodrilos no se deben haber llevado la "Dórida". Me alegro, pues ya era tiempo de verle la cara a alguien.

—Yo creo que mejor sería para nosotros no encontrarnos por aquí. Deben ser indios salvajes. Quizás antropófagos.

—Pues yo creo, que no somos bocados muy agradables de tragar.

—Eso depende del número en que vengan a asaltarnos—dijo Raúl—, pues es seguro que vendrán.

—Conversaremos en portugués. ¿No es ese el idioma que aquí se habla?

—Sí, pero es la gente civilizada—contestó Raúl.

—Bueno; pues se aproxima una aventura. Esperémosla.

—A lo que yo temo sin el bote, es a esos insectos que parecen pájaros—dijo Raúl sacudiendo mosquitos.

—¡Verdad que no me hacen mucha gracia! —contestó Raflo.

—Procuremos dormir por turno, si es que alguien es capaz de dormir con tantos aguijonazos y ruido. ¡Si parece que la selva entera se mueve!

—Buena es la idea, pero yo no me dormiré—dijo Raflo.

—¡Mira que gigantesco quiróptero! ¡Otro! ¡Mira cuantos! ¡Estos si me inspiran horror!—dijo Raúl—, pues sé de casos en que le han chupado la sangre a los viajeros que han dormido en estos parajes. —¡No es posible que un solo animal de éstos, pueda chupar tanta sangre que ocasione la muerte al individuo.

—Uno solo no podría tomarse cuatro o cinco litros de sangre; pero entre varios sí. Además, que aun siendo uno, puede morir el atacado, pues ellos, como hábil cirujano, cortan una arteria detrás de una oreja; chupan cuanto pueden y al irse, dejan la herida abierta y por ella la sangre sigue brotando, hasta que la víctima sumida en un letargo, muere.

—Pues mira Raúl, prefiero morir así antes que ser devorado por una temible onza.

—¿Qué es una onza?

—Onza o jaguar, es una especie de tigre que abunda del río de la Plata para acá; que es muy sanguinario, y el cual lo mismo ataca a las venenosas serpientes, que a los ágiles monos, o pesca las tortugas en los ríos. Lo mismo entra en las cuevas que sube grandes árboles, teniendo predilección por la carne humana.

—¡Ay, que horror!—dijo Raúl extremeciéndose.—¿Es muy grande ese carnívoro?

—Tiene unos ochenta centímetros de alto y los más grandes alcanzan metro y medio de longitud, sin contar la cola que tiene unos 68 cm.; pero esta no tiene mas importancia, que el estar en su extremo adornada de tres

franjas negras. Su color varía, pero abunda el amarillo rojizo, todo salpicado de manchas que parecen flores negras.. ...Por la parte inferior de su cuerpo es blanco.

—Para que estés alerta te diré, que si uno de nosotros cae bajo de sus garras, el otro caerá después, porque lo buscará de seguro, pues este animal no come más de dos veces de una presa, pero... ¿Qué estás mirando?

—¡Paréceme haber visto dos puntos fosforescentes!

—Pudiera ser la aprensión de tan lúgubre conversación. Por más que no me extrañaría, pues ellos prefieren las orillas de los ríos—dijo Raflo—.

—¡Pues alejémonos pronto!

—Bueno, nuestra casa no está aquí, así es que podemos pernoctar en otra parte.

Los dos jóvenes se alejaron con cautela, alumbrados por la luz que proyectaban sus linternas, pues estas y sus armas nunca las abandonaban. Raúl parecía fuertemente impresionado, y varias veces buscó apoyo en el brazo de Raflo.

—¡Tengo mucho miedo!—dijo sin poderse contener.

—Eres muy joven Raúl, y las tinieblas muy densas, y cuando se sabe que estamos amenazados de tantos peligros, no se puede sentir uno muy valiente—le contestó su amigo con indulgencia.

—¡Sí, es claro!—dijo el joven apenado por su confesión.—Es que yo no soy muy valiente de noche ¿sabes?

—Pero en cambio tiras muy bien y eres listo. Una bala bien dirigida nos libra del enemigo que nos acecha. Así es que, en cuanto se aproximen los puntos lumínicos, dispara sobre ellos y... un enemigo menos.

Así hablaban los expolradores, cuando de improviso sintieron en la maleza fuerte ruído acompañado de infinidad de chillidos lanzados por los monos, que perseguidos de cerca por las fieras, huían desesperadamente. Raflo, tratando de desviar la dirección que aquellos seres traían y que por momentos se les acercaban, proyectó la luz de su linterna, pero el ruido lejos de decrecer aumentaba cada vez más, pareciendo como si la selva se desgajase.

—¡Valor Raúl, y prepárate!—le dijo Raflo.

Segundos después multitud de monos pasaban chillando a algunos metros de ellos, perseguidos por los carnívoros, quienes al hacer presa en alguna de sus víctimas, lo degollaban y lamían su sangre, para después proseguir la persecución.

Raúl intentó disparar, pero Raflo conteniéndolo le dijo: no, no desperdicies las balas, son pumas y éstos solo atacan al hombre cuando están hambrientos, y ya ves, llevan buen botín. Esta fiera llamada león plateado, es muy temible para los animales de la selva, pues mata por el gusto de matar y solo bebe la sangre. Sus saltos llegan hasta seis metros y es incansable en la carrera.

Cuando el ruido se hubo alejado y apenas se sentía alguno que otro chillido de los espantados monos, Raúl se atrevió a hablar y dijo:

—¡Qué horrible noche...!

Raflo, sintiéndose paternal con su joven compañero, contestó: —Mira Raúl, vamos a quedarnos junto a los troncos de éstos corpulentos árboles, y en tanto yo velo, procura dormir un rato y te hará bien.

—¡Dormir...! ¿Quién puede hacerlo en estas soledades, amenazado de tantos peligros y mortificado por el aguijonear constante de éstos insectos? Además, no quiero exponerme a que un vampiro de esos se alimente de mi sangre con peligro de mi vida.

De cuando en cuando los exploradores sentían un ligero ruido en la maleza, que desaparecía tan pronto proyectaban la luz de sus linternas, que al ser apagadas como vía de economía, porque las pilas de repuesto se encontraban en el bote, volvía a producirse como si alguien tratase de acercarse con cautela.

—¡Parece que nos acechan, Raflo!—dijo Raúl emocionado.

—¡Sí, Raúl, debe ser algún carnívoro! No alumbres más y procura distinguir los dos puntos fosforescentes y...en vez de continuar sonó una detonación seguida del ruido peculiar de un cuerpo que se debate. Raflo había disparado, porque muy cerca de él había descubierto los dos puntos luminosos. Aquella detonación hizo cobrar ánimo a Raúl, que un momento después disparaba también su arma, dejando sin vida a uno de sus más próximos enemigos.

Seguidamente y como si pareciese que la floresta se iluminase, vieron aparecer por todas partes los horripilantes puntos lumínicos, prueba fehaciente de la aparición de multitud de fieras, que al olor de la sangre derramada por sus compañeros muertos, acudían rápidamente al lugar en que se encontraban los extraviados viajeros.

—¡Estamos perdidos!—dijo Raúl al darse cuenta de lo que significaban las apariciones fosforescentes que contemplaba.

—¡Espera! ¡No desesperes! ¡Tengo una idea que ha de sernos provechosa! —dijo Raflo—, mientras sacaba de un bolsillo una latica aplastada y aplicaba de su contenido sobre las ropas de su compañero y suyas. Y en medio de la oscuridad que los envolvía, el polvo de fósforo, que no otra cosa era lo usado por Raflo, dió a sus cuerpos una iluminación, que bastó para alejar no solo a las fieras y los murciélagos, sino también a los mosquitos que huían de su olor.

Rendidos de fatiga se quedaron al fin dormidos junto a sus armas, y al amanecer eran despertados por el cántico de millares de pájaros que gozosos saludaban el nuevo día.

Nuestros jóvenes se enderezaron de un salto empuñando sus armas; habían oído unas fuertes campanadas que les causó sobresalto: era el canto de un uroponga del Brasil, blanquísima, cuyo canto en forma de campanadas emiten al amanecer, al medio día y por la tarde, pudiendo percibirse hasta a dos millas de distancia.

—¡Y dormimos al fin!—dijo Raflo—después de haberse convencido de que aquel sonido lo producía un ave ya admirada por ellos.

—¡Sí, la naturaleza hace cumplir sus ineludibles leyes!

—¡Hoy estás filosófico Raúl...!

—¡Y anoche pusilánime!

—¡No era para menos...!

—En lo sucesivo procuraré hacerte mejor compañía y vencer mi terror a las tinieblas.

—Dí mejor, a los peligros que ella oculta.

—¿Qué será de tu barco?

—De eso iba a hablarte. Me parece que debemos tratar de recobrarlo.

—Yo creo—dijo Raúl—que cuando volvamos a donde lo dejamos atado, lo encontraremos allí.

—¿En qué te fundas?

—En que los habitantes de estas comarcas son indios salvajes, y después que hayan conferenciado sobre el hallazgo del bote, habrán convenido en que esa embarcación tiene dueño, y que éste no es desde luego, indio... y volverán en su busca.

—Hablas como si lo vieras...¡Ojalá que acertaras!

—Acertaré. Estoy seguro; pero lo que no terminé de decir es, que se ocutarán para caer sobre nosotros, por sorpresa.

—¡Ah, ah! Ya comprendo. ¡Alerta a la aventura!

—¡Cómo que nos va en ella la piel!

—¡Qué ellos contarán con comerla tostadita...!

—¡Oh, calla, que me haces crispar los nervios!

—Pues, precaución y adelante...

A pocos pasos encontraron los jaguares que habían matado la pasada noche. Infinidad de vistosos tucanes levantaban el vuelo en medio de la inextricable floresta que recorrían, siempre escrutando los alrededores, para no ser sorprendidos por algún oculto enemigo.

¿Qué había sido de su embarcación...?

Mientras los jóvenes exploraban la selva, llegaron dos indios jóvenes y vigorosos, de aspecto salvaje y con la piel toda pintarrajeada de vivos colores, llevando como únicos trajes unas cortísimas faldas hechas con piel de jaguar. Cuando vieron la embarcación, sin perder momento saltaron a ella y cortando la amarra empuñaron los remos partiendo a toda velocidad, con la alegría propia de quien hace una gran adquisición; pero cuando llegaron a su pequeña tribu, el jefe los requirió por no haber llevado los dueños de aquel bote, con lo cual podían haber celebrado una fiesta, ya que los rostros pálidos venían de por sí, a que ellos los pasaran por sus fauces. Los indios dieron gritos de júbilo ante tal perspectiva y salieron cuatro en su busca; mientras los demás hacían grandes preparativos, para la fiesta que iban a celebrar, comiéndose a los viajeros asados, que es la única manera que cocinan la carne humana, prefiriendo siempre a los blancos. En el trayecto los sorprendió la noche y conociendo los peligros que pudieran correr en la oscuridad, resolvieron esperar al amanecer y permanecieron en la embarcación hasta el alba; entonces con vigorosos impulsos llegaron en poco tiempo al lugar en que encontraron el bote, amarrándolo allí y ocultándose en la maleza, como había previsto Raúl.

—¡Acertaste—le dijo Raflo—la "Dórida" está allí. . . !

—¡Y nuestros enemigos también!—añadió Raúl tratando de ocultar su temor.

—No hay que dejarlos acercar!

Pocos pasos habían dado cuando caía al suelo Raúl, víctima de una trampa, formada por un lazo hecho de bejucos. Tan pronto cayó trató de enderezarse; pero dos fuertes brazos lo aprisionaron. Rápido como el pensamiento, Raflo descargó la culata de su rifle sobre la cabeza del indio, que lanzó un grito horrible y cayó sin sentido. Un momento después los jóvenes se veían atacados por tres fieros indios, que dando alaridos aterra-

dores, trataban de hacerlos sus prisioneros. Los jóvenes comprendieron que intentaban cogerlos vivos, por lo que Raflo dijo a Raúl: ¡Ahorra los tiros! A tiempo que con un nuevo culatazo dejaba a otro fuera de combate.

Raúl saltaba como un bailarín, esquivando el ataque, sin atreverse a disparar su rifle ni hacer uso de su cuchillo; pero cuando Raflo lo salvó de nuevo derribando al que le había echado un lazo, vió que incontinente el otro le arrojaba un líquido que lo hizo caer sin sentido sobre el mismo indio, y acudió en auxilio de su compañero rematando al último de sus enemigos.

Raúl se arrodilló junto a su compañero, mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas y desgarradores sollozos salían de su pecho. Al auscultarlo notó con alegría que su corazón latía, y al limpiarle el líquido vió que se movía. Entonces pensó, que aquello pudiera ser efecto del olor del fósforo y determinó aplicarle un poco al rostro y...¡oh sorpresa!...Raflo se levantó rápidamente como si nada hubiese pasado por él. Entonces comprendieron que el fósforo era el antídoto de aquel anestésico.

—¡Raflo, huyamos de aquí; no tardarán en venir otros!—dijo Raúl.

—Vamos a sacar la "Dórida" y a internarla en el bosque.

—¡No, por Dios; huyamos—!

—¡Yo no dejo mi querido bote, que varias veces me ha salvado la vida! ¡Ayúdame a sacarlo!

—¡Pronto, vamos!—dijo muy nervioso Raúl.

En pocos momentos la "Dórida" se encontraba en tierra, y con ella en hombros se alejaban los exploradores del lugar de la tragedia; tarea que penosamente llevaban a cabo, por medio de la intrincada selva.

Dejemos ahora a los exploradores empeñados en su afanosa misión de ocultar su bote lo más posible, a la vista de ojos humanos, y veamos lo que acontecía a los indios de la tribu.

Como recordarán los lectores, en la tribu se hacían los preparativos consiguientes para cuando retornasen sus mensajeros con los prisioneros, que constituían para ellos el más codiciado festín. Y como hubiese transcurrido ya el tiempo prudencial para el arribo de los suyos y éstos no regresaban, aun después que el sol había recorrido un cuarto del espacio, una docena de ellos se reunió y después de un breve cambio de impresiones, saltaron a sus ligeras canoas, y marcharon en busca de sus camaradas, pudiendo percibir en el trayecto el grito de muerte lanzado por sus compañeros, y remaron entonces con más vigor.

A la escrutadora mirada de estos seres, acostumbrados a seguir las huellas de sus congéneres, no pasó desapercibida las dejadas por los suyos en el lugar por donde tomaron tierra, y por allí bajaron también, siguiendo paso a paso la ruta que ellos antes siguieran, hasta encontrarse con sus cadáveres. Allí lanzaron su lúgubre grito de muerte, cuyo sonido hace estremecer al menos sensible, que fué oido por los exploradores poniéndolos en espectación.

—¡Son muchos, no podemos escapar!—dijo Raúl tristemente.

—¡Espero que sí—contestó su amigo. Por lo que hemos visto, estos indios nos quieren llevar vivos, y parece que usan ese líquido como anestesia,—pues creo que no matan a sus víctimas sino que vivos los colocan sobre la hoguera; al menos esto he leído yo...

—¡Oh, qué horrible suplicio...!

—Peor sería si fuera en plena conciencia.

—¡Es verdad!—dijo Raúl tratando de reponerse.

—Ahora ponte fósforo en el rostro.

—¿Para qué? ¿Para que me de cuenta cuando me pongan en la parrilla...?

—¡No hombre, para que puedas hacer uso de tus facultades convenientemente.

¡Una voz me dice que aun nos quedan muchas aventuras que encontrar al paso!

Cuando Raflo terminó de hablar, ya Raúl se había embadurnado de los polvos, que a la luz del día son invisibles.

—En verdad que gracias a estos maravillosos polvos, nos hemos salvado dos veces.

—Y quizás ahora sea la tercera, pues estoy seguro que procurarán echarnos a la cara el activo y benéfico anestésico.

—No se oyen pisadas. ¿Qué será...?

—Que se arrastran como sierpes hasta que nos puedan echar garra.

—¿Cuántos vendrán?

—Lo menos seis...

Mientras los indios seguían fielmente las huellas de los jóvenes, cada diez pasos uno de los indios se tiraba al suelo y aplicaba el oído, en tanto los otros se detenían para saber el resultado de la investigación.

Varias veces habían repetido esta operación, hasta que a una señal del que aplicaba el oído, todos sus compañeros se arrojaron al suelo y comenzaron a andar arrastrándose.

Los jóvenes hablaban en voz baja, pero aún así no podía pasar desapercibido a los delicados oídos de estos salvajes, prácticos en esta clase de acechanzas, en la que no les superan los felinos.

A Raúl habíale fatigado la para él penosa tarea de cargar el bote, pues aunque era ligerísimo y con la quinta parte del peso que podía suponérsele, su delicada constitución no podía acompañar a la recia y robusta de su compañero, cuya educación lo había preparado para toda eventualidad. Así es que Raflo, comprendiendo el embarazo de su amigo, le dijo:

—¡Sentémonos, y ya que el peligro parece haberse alejado y tenemos con que alimentarnos, vamos a comer algo!

—¡Con eso nutriremos más a los salvaje cuando nos coman!—exclamó amargamente Raúl.

—¡No seas pesimista!—contestó Raflo, empezando a comer de las fiambres que llevaban.

—Creo que la aventura no es propicia al optimismo—contestó Raúl, comiendo también—.

El sol ya estaba en el cenit y la atmósfera tenía un fuerte y agradable olor de la aroma que despedían los recinosos árboles que tanto abundan en los bosques del Brasil.

Un ténue y agradable brisa batía suavemente el espeso follaje de los árboles, que producían un grato y acompasado murmullo, en tanto los inquietos pajarillos saltando de una en otra rama, lanzaban al viento el eco armonioso de sus dulces trinos; y todo producía en el ánimo de los viajeros una sensación de bienestar que los invitaba al más absoluto reposo. Los jóvenes así lo confesaron y Raflo añadió estirándose:

—¡Pues, amigo mío, creo que el peligro indio ha sido conjurado!

—¡Conjurado no, pero alejado sí!. No obstante, no debemos permanecer aquí mucho tiempo, nuestros pasos les dejan la ruta señalada y ellos no la abandonarán...

Una saeta vino a clavarse muy cerca de los jóvenes que los hizo saltar empuñando los rifles, pero sin ver quien la arrojara; enseguida silvó otra y vieron caer muy cerca de ellos a un indio, que arrastrándose había llegado sin hacer ruído.

En seguida se oyó el tétrico grito de guerra y una horrible lucha se entabló entre los indios que aparecieron en direcciones opuestas.

Los que aparecieron por el lado contrario al de los perseguidores de aquella mañana, tenían un aspecto horrible. Sus labios estaban atravesados

por grandes trozos de madera, así como sus orejas. Estos indios eran los "botocudos" del Brasil, que desde niño se perforan el labio inferior y las orejas, introduciéndose en ellos pequeños trocitos de madera, que van cambiando continuamente, hasta lograr introducirse otros de mayores proporciones, que llegan a medir varias pulgadas en circunferencia, en lo que cifran su orgullo, tanto mayor, cuanto más voluminoso sea el madero que puedan colocarse. Llevan el cabello largo con una banda en la parte superior de la frente y otra cruzándole el pecho. Su vestuario redúcese a una corta falda de burdo tejido, con una especie de estuche en que apoyar sus flechas. Son de piel tostada y se adornan con multitud de colores. Estos "botocudos", de ojos pequeños y de mirada feroz, que la noche anterior habían oído los disparos hechos por los jóvenes a las fieras, los buscaban, y orientados por los gritos lanzados aquella mañana por los perseguidores de los blancos, que éstos habían puesto fuera de combate, se encontraban al acecho, cuando descubrieron la presencia de sus encarnizados enemigos, los otros indios, y temiendo perder sus presas, empezaron a combatir fieramente.

Raúl sobresaltado por la aparición de tan fieros enemigos, parecíale que los otros eran inofensivos, y empezó a combatir junto a su amigo contra estos terribles caníbales, derribando a uno a muy corta distancia, cuya flecha estaba presta a clavarse en su cuerpo.

—¡Son enemigos Raflo, y aquellos tiran con flechas envenenadas: fíjate que mueren instantáneamente los que tocan!

—¡Sí, nosotros somos el botín a que aspiran ambas partes, sinó porqué la defensa que nos hacen?. Procuremos alejarnos y si hemos de ser prisioneros, caer en manos de los que asan vivos, pues de éstos tenemos más probabilidades de escapar.

Un nuevo disparo de Raúl sacó de combate a otro de los enemigos de sus enemigos y de ellos mismos. Luego otro y otro; y a cada uno que caía se oían gritos de alegría por la otra parte de los contendientes, y así iban mermando de contínuo el número de los "Botocudos", sobre quien enfilaron sus armas, pues los otros no les agredían.

Raúl, que había cobrado algo la serenidad con el ejemplo de valor demostrado por su amigo ante el peligro, le dijo así:

—Oye Raflo, yo creo que cuando queden en proporción de número, debemos dejarlos combatir y alejarnos con astucia.

—¡No, yo no abandono mi "Dórida", Raúl; a ella debo mi felicidad... cuando hayan pocos acabaremos con todos y salvaremos nuestro bote, que es el que ha de salvarnos después!...

Al terminar estas palabras, un grupo de indios apareció aullando por la misma dirección que habían traído ellos. Estos no eran botocudos y venían en auxilio de sus compañeros. Los jóvenes se ocultaron y ellos sin verlos acometieron junto a los suyos a la tribu enemiga, que empezó a retroceder.

—¡Vámonos!—dijo Raúl.

—¡Nos dejan libre la retirada... carguemos con nuestro bote,—dijo Raflo.

Así lo hicieron e intentaron ganar el río a ver si echando el bote al agua podían alejarse con más facilidad, de lugar tan peligroso. Ya habían adelantado bastante, cuando sintieron los aullidos acercarse. Era que los indios se habían dado cuenta de su fuga, y como tigres a quienes se les escapa la presa, se lanzaron todos en su persecución, procurando unos y otros no perder tan apetitosa comida. Los jóvenes combatieron mientras tuvieron con qué, y cuando se les hubo agotado las municiones Raflo dijo:

—¡Raúl, procuremos ahora acercarnos a los nuestros!

Al decir así se refería a sus primeros perseguidores, sabiendo que éstos los capturarían vivos y les aplicarían su consabido anestésico. Muy cerca de ellos se sentía la corriente del río, y Raflo, animado de esperanza dijo:

—¡Si pudiéramos al menos llegar al río con la "Dórida"!

—¡Con ella no podremos escapar!—contestó Raúl.

—¡Pues sin ella es inútil! Yo no tengo ni un solo cartucho disponible!

—¡Ni yo...!

Apenas dicho estas palabras, cuando el funesto lazo les hizo rodar por tierra y dos corpulentos indios les rociaban el rostro con el activo anestésico.

—¡No opongas resistencia!—susurró Raflo.

Nuestros jóvenes se dejaron hacer, y los indios los cargaron en hombros hasta la orilla del río. Momentos después se sintieron depositar en una embarcación, que con satisfacción reconocieron a la "Dórida". En seguida comenzaron a remar y pronto se alejaron rumbo a la tribu de que procedían.

Los aullidos de triunfo de una parte confundíanse con los de rabia lanzados por los derrotados, que desde la orilla les arrojaban sus flechas.

—Nos llevan cuatro—dijo como un suspiro Raúl, quien no había podido sustraerse al deseo de medir sus fuerzas con sus enemigos.

—No temas, aquí no celebran su festín, y además, que ahora son nuestros guardianes: después los despacharemos.

Así hablaban los prisioneros, tendidos en el fondo del bote, tan quedamente, que sólo ellos podían oirlo. Por más que los indios tenían confianza en que pasadas varias horas no volverían en sí, y este les hacía despreocuparse de ellos, para prestar toda su atención a la persecución que sus enemigos habían emprendido desde la orilla del río.

—¡Ya ves Raúl, como nos ha convenido estarnos acostados. Aquí ninguna flecha nos alcanzará.

—Por lo menos hemos alargado algo la vida, pero...¿qué son esos alaridos? ¡Vienen de otra parte!

Los indios de la "Dórida" contestaron los aullidos con otros de alegría.

—Son de la tribu de éstos—dijo Raflo al ver que cesaba el combate.

A pocos momentos sintieron que otros indios saltaban a la embarcación, y entonaban un canto.

—¡Ay, Dios mío, ahora son muchos! ¡No tenemos salvación!—dijo Raúl cuya voz denotaba la gran aflicción que oprimía su garganta.

—Confía en el destino, Raúl. No te aflijas, porque al fin estallarías en sollozos, y entonces conocerían que somos inmunes a su líquido, y ese descubrimiento haría que nos amarrasen, cortando así la libertad para escaparnos. ¡Fíjate, estamos relativamente libre y en uso de nuestras facultades, mientras ellos confiados creen lo contrario.

—Es una gran ventaja encontrarnos así, ¿pero qué hemos de hacer para salvarnos? ¡Paréceme imposible!

—Imposible no. ¡Difícil sí!

—¿Qué proyectas?

—Nada hasta ahora—contestó Raflo, no se me ocurre nada, pero confío en que saldremos bien de esta angustiosa situación.

—¡Calla, hemos llegado! ¡Dios mío!

—¡Confía en El y no te muevas! ¡Dios nos ilumine!

Efectivamente, habían llegado a una especie de muelle, y se sintieron transportar en hombros. No parecían conducidos por enemigos, por la relativa delicadeza con que los conducían. Pocos pasos habían dado cuando gran número de hombres, mujeres y niños, se les acercaron dando guturales gritos y palmadas de alegría, celebrando la llegada de sus compañeros con el botín. Algunos llegaron hasta ellos y los palparon para ver si estaban

gordos. El sol con sus últimos rayos alumbraba esta triste escena, que hacía estremecer a las dos víctimas.

Llegado que hubieron al caserío, los depositaron en el suelo con toda precaución, tapándolos con unas pieles de llama secas. Y todos dando saltos de júbilo se alejaron del lugar, penetrando las mujeres en sus bohíos en tanto los hombres procedían a recoger leña; acto que los exploradores miraban angustiados.

—Raúl, procura caminar con los codos como voy hacer yo, cuidando de mantener sobre nosotros la piel, que es la que favorecerá nuestra fuga. El río queda en dirección a nuestras cabezas y si logramos llegar a él sin que lo noten, estamos salvados.

—¡Lo creo imposible, pero probemos!

Con ese movimiento los jóvenes empezaron a ganar terreno hacía el río, sin despertar la más ligera sospecha de parte de los indios, que para nada se ocupaban de ellos, seguros como estaban de que la acción del narcótico derramado sobre el rostro de los prisioneros, aseguraba su inmovilidad por largas horas, que aun distaban mucho de tocar a su fin. Así es que Raúl, algo pesimista hasta entonces, empezó a tener confianza.

Ya el sol se había ocultado cuando vieron a las mujeres salir de sus bohíos engalanadas con sus mejores prendas, para asistir al festín que iban a celebrar. Los hombres al verlas tan ataviadas entraron a su vez, seguramente a renovar sus horribles pinturas y a ponerse coronas de vistosas plumas, ya que se trataba de una gran fiesta.

Las mujeres se acercaron al fuego y avivando las llamas se pusieron a bailar unas desaforadas danzas. Sus cuellos estaban adornados con lindísimos collares en los que se podían contemplar las más finas esmeraldas y deslumbradores brillantes, en que tan rico es el Brasil, los cuales a pesar de estar construídos de manera rústica, no por eso eran menos valiosos.

—¡Debemos huir ahora Raúl. Los hombres se están ataviando!

Raúl lo miró y dijo:

—¡Ay Raflo, si tu cara es un foco de luz!

—¡Y la tuya!—añadió Raflo.

En este momento vieron que las mujeres iban hacia ellos saltando. Pensaban echar a correr cuando se dieron cuenta de que aquellas acallaban sus voces y escudriñaban el suelo, tratando de adivinar lo que significaba la tenue fosforescencia que sus cuerpos habían dejado. Una de ellas tocó el polvo y mostró a las otras el dedo luminoso mientras señalaba el

firmamento, y todas se arrodillaban creyendo que se trataba de polvo de estrellas.

—¡Huyamos!—dijo Raflo.

—¡Ya vienen—añadió Raúl, pongámonos más de los polvos bienhechores!— Cuando lleguen nos pararemos y nos creerán seres celestes, y entonces echaremos a correr.

—¡Bien pensado! El río está ya cerca y fácil nos será escapar.

Unos momentos después las mujeres habían llegado junto a ellos y al tocar la piel que los cubría pusiéronse de pie tan rápidamente como les fué posible, causando la sorpresa y estupefacción de aquellos seres, que al ver sus caras irradiando luz, cayeron de rodillas en muestras de sumisión y les ofrendaron sus collares, a la par que apoyaron sus frentes en el suelo creyéndolos divinidades.

Nuestros jóvenes echaron a correr hacia el río, no sin antes apoderarse Raúl, de uno de los rústicos, pero deslumbradores y riquísimos collares que les arrojaron. Un momento después estaban a bordo del ligerísimo "Dórida", que se deslizaba veloz a favor de la corriente.

—¡De la que hemos escapado!—dijo Raúl.

—Pero el temor no fué óbice para que te apoderaras del collar—dijo Raflo sonriendo.

—¡No pude resistir su encanto!

—Pues para mí es indiferente esa prenda.

Raúl guardó silencio y sintió como si el rubor le quemara el rostro, por lo cual alcanzando el agua empezó a lavárselo diciendo:

—Alumbramos demasiado y en cuanto salgan de la impresión que les causamos, avisarán a los hombres que tratarán de perseguirnos...

—Ciertamente y esta fosforescencia puede facilitarles la persecución. Por más que les llevamos gran ventaja y creo no podrán alcanzarnos.

—No solo por eso debemos lavarnos, sino porque de llevarlo tanto tiempo puede sernos nocivo a la salud—agregó Raúl.

Después que hubieron refrescado sus ardientes rostros, Raflo dedicose al gobierno de su "Dórida", que por un momento descuidara, en tanto Raúl, ingenuamente y sin percatarse de que su compañero pudiera fijarse en lo que hacía, tomó el bellísimo collar y lo colocó en su cuello un instante, lo bastante para que su amigo lo viera y pensara: este Raúl con ese tipo y esas aficiones casi parece mujer... ¡Pero no, debo rechazar esta idea, que más de una vez me ha asaltado! Es un chiquillo.

BAJO LAS GARRAS DE UN JAGUAR

Los exploradores se habían ido alejando del lugar en que quedaron los caníbales, primero con la natural zozobra que produce una fuga a la vista de sus enemigos, que indudablemente habrían de perseguirlos y después, ya transcurridas algunas horas, con la confianza que dá la posesión de medios con qué defenderse, y más aún, al ver aumentar de contínuo la distancia que los separaba del peligro.

Después de comer algo, Raúl se tendió en el fondo de la embarcación. No tenía sueño, pero las muchas emociones lo habían abatido y no se sentía con deseos de hablar.

Raflo por el contrario, respiraba con fuerza las emanaciones campestres, y contemplaba el firmamento lleno de estrellas, pensando en aquella Estrella bellísima, cuyo recuerdo no se apartaba de su mente.

La noche era algo calurosa y ellos la sentían mucho más por haber tenido su epidermis en contacto tantas horas con el fósforo. Un buen rato llevaba Raflo sentado a la popa, cuando sintió que algo lanzado desde la orilla, caía con estrépito al agua.

—¿Qué pasa?—dijo Raúl enderezándose.

—¡Nos quieren cazar!

—¿Quienes...?

—No sé...¡Ah, ya veo, es un jaguar!

—¡Ya veo sus ojos! ¡Tírale!—dijo Raúl.

—No es prudente, ni hay tiempo—añadió Raflo agachándose y cerrando su embarcación.

Solo con esta precaución se hubiesen salvado por el momento de la terrible fiera, pues ésta de un potente impulso cayó sobre la cubierta de la "Dórda", que trataba de destrozar con sus garras, causando en Raúl un pavor que le hacía castañear los dientes

—No temas Raúl, no podrá rasgarla, está forrada con piel de morsa y es muy resistente. Aun no he podido contarte esta terrible aventura de la que escapé milagrosamente y por la cual obtuve la

"Dórida". Cuando estemos a salvo de estos peligros te la relataré, y te convencerás de que yo no muero tan fácil.

Raúl permanecía callado y casi podían percibirse los latidos de su corazón.

El jaguar se había echado sobre la embarcación, seguro de disfrutar de su presa.

Raflo de vez en cuando renovaba el aire viciado, abriendo la pequeña válvula que para ello había sido dispuesta, motivando que la fiera al sentir el olor de carne humana, se revolviese impaciente buscando la brecha por donde poder penetrar, y después de incesante ir y venir de uno a otro extremo del bote, volvía a echarse, esperando con la paciencia que caracteriza a los felinos, la oportunidad de caer sobre su presa.

Raúl abatido por tantas emociones se quedó dormido y al parecer presa de horribles pesadillas, que hacían levantar su pecho, por cierto demasiado abultado para ser de un hombre delgado...Pero Raflo no se fijaba en este detalle y en la hora que nos ocupa menos podía fijarse, por la oscuridad reinante dentro del bote. Su sueño era agitado por convulsiones y pronunciaba palabras incoherentes como éstas:

—¡No, no me descubras...! ¡vete...! ¡cruel...! ¡Vete o irás al patíbulo...! ¡Si Laura...! ¿qué importa? ¡Vete parricida!... ¡Tus hijos...!

¿A quién se refería Raúl? ¿Quién era ese parricida? ¿Qué misterio encerraba aquel jovencito?

Por las frases incoherentes del joven solo podía colegirse, que él guardaba un secreto. ¿Cuál?...

Por ahora no se sabe más: sino que hay un parricida a quien él odia y teme.

—¡No te acerques...vil... pediré auxilio!... ¡Ay, Raflo!— gritó el joven en su sueño y a su grito despertó sobresaltado diciendo:

—¡Por Dios...! ¡He hablado! ¿Qué habré dicho?

La fiera dejó oir un gruñido sordo y Raúl se encogió cuanto pudo repitiendo: ¡Oh Dios mío,...qué terror siento! ¡Al fin moriremos aquí asfixiados o la fiera acabará por destrozar esta frágil embarcación, que tan liviana como es no resistirá mucho cuando al jaguar lo acose el hambre!

—¡Cómo duerme Raflo! Menos mal que no habrá oído si he dicho algo que viole mi secreto. Así monologaba in menti el pobre Raúl.

¿Había oído Raflo lo que él había hablado? Pudiera ser, más lo cierto es que, al llamarlo, no contestó, por más que ello pudiera ser por discreción, para no darle a entender al pobre joven que había oido sus palabras, si bien es verdad que por ellas no pudo sacar nada en claro.

Un instante después sentía Raúl una ráfaga de aire fresco que bañaba su rostro. Era que Raflo había abierto la válvula con que renovaba el aire, por lo que la fiera al sentir las emanaciones de los cuerpos de ellos, estuvo un rato intranquila con el buen deseo de cenar.

Apesar del inminente peligro, que como espada de Damocles estaba suspendida sobre ellos, con el suave movimiento de la corriente volvieron a dormirse; y digo volvieron, porque Raflo había despertado en la pesadilla de Raúl, si bien no quiso demostrarlo, pensando en que algún recóndito secreto debía tener que no quería revelar. ¡No seré yo quien se lo arranque, y si por casualidad sus labios de mnera inconsciente lo confiesan, no debo demostrarle que me he enterado. Siento por él un afecto casi paternal y ya que no tengo un hermano, él lo será; y, sea quien sea, lo protegeré como a un hermano menor; y sonreía satisfecho. Entonces venía a su mente Estrella, aquella cubana que le había hecho latir por primera vez su corazón, por amor, y pensando en tan dulce visión se adormeció sonriente como si sobre ellos no llevaran la muerte en forma de un terrible jaguar, del que difícilmente podrían escapar.

Mucho tiempo debía hacer que dormían cuando Raflo despertó algo aletargado debido a la deficiencia del aire que respiraban. Su primer movimiento fué tirar del cordón de la válvula, y una corriente de aire fresco penetró al interior del bote, mejorando el ambiente que ya se hacía irrespirable.

Raúl que dormía profundamente aunque su sueño no debía ser muy agradable, por la agitación que demostraba, despertó súbitamente diciendo:

—¿Quién ha dicho Laura?...

—¿Sueñas con tu amada?—preguntó Raflo.

—¿Qué...yo he dicho un nombre de mujer?—inquirió Raúl sobresaltado.

—Sí, dijiste Laura...

—¡Oh,... ¿y qué más?

—Nada más...¿porqué te asustas?

El jaguar dejó oir un lúgubre gruñido como recordándoles que aún permanecía de centinela y resentido de haberlo hecho esperar tanto. Raúl se sobrecogió de espanto al escucharlo, con su sueño había olvidado que el temible felino viajaba sobre ellos dispuesto a no abandonarlos.

Otro gruñido más intenso aún que el anterior se dejó oir de nuevo y una detonación hendió el espacio y tras ella la "Dórida" se balanceó, escuchándose el ruido de un pesado cuerpo al caer al agua.

—¿Quién habrá disparado?—preguntó Raúl.

—Seguro que no son indios—contestó Raflo—, voy a abrir. Así diciendo levantó los cuarteles ante los asombrados ojos de una veintena de hombres que los contemplaban admirados. Todos eran jóvenes y vestían trajes de exploradores.

El sol había salido y daba de lleno en los rostros de nuestros jóvenes, que de pie en su "Dórida", miraban con gestos de simpatía a sus bienhechores. Al fin Raflo rompió el silencio diciéndoles sonriente en portugués.

—Buenos días señores, estamos muy agradecidos por habernos librado de esa fiera, que bien poca gracia nos hacía, y a la recíproca de ustedes por si en algo podemos servirles,

Aquellas manifestaciones fueron de buen agrado para los tripulantes del Yat, que en viaje de recreo surcaban al acaso aquellas aguas, y los que movidos de curiosidad por conocer la odisea de los tripulantes de tan singular embarcación, los invitaron a hacerles compañía, a lo que accedieron gozosos los exploradores por verse entre gentes civilizadas.

Ya en el Yat los náufragos y la "Dórida" amarrada sobre cubierta, fueron rodeados por los viajeros y acosados a preguntas, sobre todo a Raúl, que hablaba poco y esquivaba las miradas, demostrando cansancio y deseos de reposar.

—¿Dónde quieren ir ustedes?—preguntó el que parecía llevar el gobierno del Yat.

—A cualquier puerto del Amazonas; no tenemos rumbo determinado, andamos en busca de aventuras con qué disipar el espleen que la vida reposada nos produce.

—¡Pues no es poco peligrosa que digamos, la aventura de verse con un jaguar sobre sí dispuesto a devorarlos en el menor descuido! —dijo uno.

—Sí, no es del todo tranquilizador esa situación, pero ya que hemos saturado el alma repetidamente con emociones fuertes como esta, ahora

deseamos visitar algunas bellas y civilizadas ciudades en que reposar tranquilamente, para después emprender de nuevo nuestra perenne misión.

—¡Cómo que aventuras hemos corrido varias y no es ésta la más terrorífica por cierto!—añadió Raúl.

—¿Cómo? ¿Es posible que hayan pasado por otras más peligrosas?—dijeron algunos.

La inmediata intervención del Capitán dejó sin contestación estas exclamaciones al decirle a los exploradores: vamos amigos míos, a desayunarse y después a relatarnos esas aventuras que juzgamos emocionantes.

Mientras que con gran placer y evidentes muestras de apetito consumían los manjares que les habían servido, el Capitán daba sus disposiciones para tomar rumbo al Amazonas.

Cuando terminaron el desayuno, ya los viajeros del Yat los consideraban como buenos amigos y las bromas y chistes se sucedían entre aquellos jóvenes, que iban en excursión dispuestos a divertirse, y algunos con el deseo de encontrar variedades de orquídeas, de que eran coleccionistas; de aquí el vestirse como exploradores.

Siendo el aspecto de Raúl altamente simpático, casi todas las preguntas eran dirigidas a él, por lo que el jovencito contestó:

—Mi compañero y jefe les podrá relatar con más verbocidad, los tétricos momentos que hemos pasado y las terribles aventuras que nos han salido al paso. En cuanto a mí, sólo deseo descansar y si ustedes me lo permiten y me facilitan el medio, voy a retirarme. Y ya en disposición de alejarse preguntó distraidamente: ¿No llevan ustedes mujeres a bordo...?

—¿Eh? ¡Vaya con el jovencito!—dijo un bromista.

—¡Oh, ah,... es que me gustaría tener algunos momentos de charla con mujeres...!—dijo todo confuso.

—¡Vaya, vaya, es preferible charlar con mujeres! ¿No es eso? ¿eh?. A nosotros también nos gusta ¿sabes?; pero aunque lo sentimos, no traemos ninguna: las mujeres están buenas para los salones y hogares, no para exploraciones. ¡Bonito sería! Con que, confórmese con nosotros—le dijeron.

—¡Es que... ustedes dispensen...—balbució Raúl con el rostro encendido por el rubor.

Todos soltaron la carcajada y Raúl quedó tan cohibido, que estuvo a punto de romper a llorar. Raflo, viendo la confusión de su amiguito y sintiéndose siempre paternal le dijo:

—Anda Raúl, acuéstate, y no te dé tanta pena el que te gusten las mujeres.

—Todos asintieron y Raúl entró al camarote que le habían asignado; cerró y tirándose en la litera rompió a llorar como una mujer exclamando:

—¡Oh, Dios mío; cuando podré rasgar el misterioso velo que me envuelve! ¡Si Raflo supiera...! ¡Oh, no, que nunca lo sepa! Y con estas reflexiones se quedó profundamente dormido.

Mientras tanto, Raflo les relataba con lujos de detalles, todas las aventuras que habían corrido al desembarcar en tierra brasileña, que los jóvenes del Yat escuchaban admirados, sintiendo en su ser cada una de las emociones que aquellos tétricos episodios producían.

—¡Y nosotros vamos a correr esos riesgos...?—dijo el joven que había chanceado a Raúl. ¡Miren camaradas, vayamos a casita y hagamos nuestro cuanto estos jóvenes han pasado!

—¡Magnífica odisea la que hemos atravesado y salido sanos y salvos...! —añadió uno en tono burlón.

—¡No amigos, corrámosla nosotros también...!

—Sí, sí, vamos al encuentro de esos caníbales.

—¡Pero no sean locos! ¿Creen ustedes que nosotros saldremos tan bien librados como estos señores?—repitió otro.

—¡Claro que es muy aventurado el ir!

—¡Seríamos muy tontos si a sabiendas fuésemos a desafiar la muerte tan sin objeto y gratuitamente!

—¡Y lo que es peor...exponernos a que nos asen vivos!

—¡Guerra avisada...!

—¡En este caso no!—dijo otro sin dejar terminar al que hablaba.

—¡De todas maneras, no debemos retroceder! Debemos seguir en busca de las orquídeas.

—¡Es muy fácil decir eso...pero si encontramos las que estos jóvenes; me parece que no son variedades muy bellas ni sugestivas...!

—¡Yo no quiero seguir!

—¡Ni yo!

—¡Yo tampoco!

—¡A mí se me ha puesto la carne de gallina al oir esos espeluznantes relatos...!

—¡Y yo no tengo ganas de alardear de valor!

—Pues yo, señores, no soy valiente, pero opino que debemos seguir adelante.

—Eso pensaba yo—agregó débilmente otro.

—¡Sí hombre, debemos seguir aunque sea temblando!—dijo un tercero.

Así se expresaban los tripulantes del Yat, mientras Raflo los escuchaba distraído; su mente estaba en la tierra en que moraba aquella sugestiva Estrella que había conocido en su viaje a Cuba.

Los jóvenes seguían discutiendo sobre si debían seguir o nó su exploración, discrepando los más del parecer de algunos, que opinaban debían seguir adelante, y todos esperaban que Raflo terciara en la conversación y expusiese su opinión, pero éste, que parecía abstraído, nada contestó. Y uno de ellos dijo:

—¡Qué satisfacción, cuando lleguemos y podamos contar nuestras emocionantes incursiones por el territorio de los caníbales...!

—Si es que queda alguno para contarlo.

—¡Si de dos han quedado dos, yo creo que de veinte podemos quedar veinte!

—¡En ese caso...vamos!

—Sí, sí, vamos—repusieron varios.

—¡Qué dirían estos señores si nosotros retrocediésemos!

—¿Verdad que ustedes nos llamarían cobardes?—dijo uno en tono jovial dirigiéndose a Raflo, que aún parecía abstraído.

—¡Cobardes no...les diría prudentes! No todos los hombres son adictos a las aventuras peligrosas, y esta es de aquellas que no debe buscarse.

—Señor,—dijo a Raflo un joven que con otro venía por la parte donde estaba la "Dórida"—¿de qué clase de material es la extraña embarcación de ustedes? Mi amigo y yo no hemos podido resistir el deseo de examinarla, sin que por esto hayamos podido averiguarlo.

—Parece que está forrada con la piel del diablo—dijo el otro.

—Sí, es forrada con la piel de un diablo marino—dijo Raflo—, y añadió suspirando: ¡qué triste aventura aquella!

—¡¡Cuéntenosla!!!—dijeron a coro los bulliciosos jóvenes.

—Con mucho gusto. Pero ha de ser cuando se levante Raúl, pues aún no se la he referido y está muy interesado en escucharla.

Aquellos alocados jóvenes, que desde que saltaron a bordo del Yat, habían roto con todas las reglas de cortesía, corrieron atropelladamente a

llamar a Raúl, que aunque despierto hacía un rato, no había querido salir del camarote.

—Vamos, amiguito tenorio, levántese usted, que aunque no podemos ofrecerle la dama de sus ensueños, en cambio oirá algo sensacional que le agradará mucho...¡Venga!

Raúl pensó, que lo mejor para él en ese caso, era mantener la fama de tenorio, que muy a pesar suyo se había conquistado entre aquellos bulliciosos jóvenes, y en vez de ruborizarse, procurar aparecer lo más locuaz ante ellos, así es que en tono amistoso les dijo:

—Tendré mucho gusto en escuchar su aventura.

—¡No, si no es nuestra; es de su compañero...! ¡Ya quisiéramos tener algo que contar de tanto interés!

—¡Ah! ¡Si que tengo deseos de oirla!—contestó con vehemencia Raúl.

—Así hablando llegaron donde cómodamente sentado les esperaba Raflo.

—Vamos, amigo mío,—dijo uno—, ya estamos deseosos de que nos refiera esa horripilante aventura, que ya me pone los pelos de punta, pareciéndome ver aparecer los terribles caníbales.

—No, esta aventura no es de caníbales, y aunque para mí es la más emocionante, quizás para ustedes no resulte tanto.

"LA HORRIBLE PROMETIDA"

—Empiezo:

—Hace dos años que salí por primera vez en busca de aventuras, para disipar un tedio que me consumía. Entre varios amigos preparamos un pequeño vapor para ir a visitar el Polo Norte, deseosos de descubrir el misterio que lo rodea y con la esperanza de ir más allá de lo que habían llegado otros exploradores. Después de prepararnos con suficiente ropa de lana, abrigos de pieles y botas altas, hicimos provisiones para seis meses, aun cuando no esperábamos que nos encontrara en el Polo, la noche larga, esa noche que dura meses, sin que el sol asome ni por un segundo.

Una clara mañana del mes de agosto salimos de Londoderry, la ciudad más al Norte de Irlanda rumbo al Polo Norte. Entre nosotros iba un médico joven que no se cansaba de darnos explicaciones de lo que debíamos hacer en el probable caso de que se nos congelara algún miembro, cosa de que todos nos reímos, como si aquello fuese imposible. Durante el trayecto todos eran comentarios y alegría; estábamos contemplando los ligeros témpanos de hielo que a menudo se descubrían y el frío que hacía era aun soportable bajo nuestros abrigos. En el mes de septiembre ya divisábamos la costa de la isla más grande del mundo, de esa blanca Groenlandia. Los témpanos de hielo eran cada vez mayores y el frío mas intenso; las nevadas se sucedían. Entre nosotros ya alguno había sufrido congelaciones de los dedos por quitarse los guantes, teniendo necesidad el médico de hacer amputaciones.

Cierto día en que el médico se estaba bañando, el agua se heló súbitamente, corriendo él la misma suerte.

Algunos opinaban que debía tirarse al mar creyéndolo muerto; pero entre varios compañeros que no sustentábamos la misma creencia, lo friccionamos con nieve durante dos horas y cuando notamos que la circulación sanguínea se había restablecido, lo acostamos envuelto en una sábana mojada.

Después de darle varias veces poquitos de coñac, nuestro médico volvió en sí, y dándose cuenta del peligro en que había tenido su vida, saltó del lecho y vistiéndose a toda prisa empezó a hacer recios ejercicios, a la vez que decía sin cesar, que no quería saber lo que hubiese en el Polo, que regresáramos enseguida o todos pereceríamos helados. Yo tenía sentimiento de no seguir nuestro viaje, pero como todos estaban decididos a volver a tierra, tuve que conformarme con la opinión de la mayoría. Aquella noche las masas de hielo flotantes eran enormes y de gran espesor; la luna iluminaba aquellas islas movedizas arrancándoles rayos bellísimos. Nuestra embarcación quedó apresada entre los témpanos de hielo y la máquina fué inmovilizada.

Todos mis compañeros estaban en sus camarotes y yo en la cubierta contemplando entusiasmado aquella nívea blancura. De pronto me pareció oir como un resoplido y ver allá, muy lejos, junto a la blanca masa, algo muy negro, de tan grandes proporciones que parecía un islote. La curiosidad empezó a aguijonearme y resolví ir solo hasta aquel lugar para saber de qué se trataba. Tomé mi rifle y mi morral, y saltando del barco eché a andar sobre el hielo. ¿Cuanto caminé? Aun no lo sé. Veía aquel lugar negro, oía el mismo resoplido y caminaba, caminaba sin volver la vista atrás. La luna se ocultó y me encontré sin saber que dirección tomar. Los resoplidos parecía oirse cada vez más cerca, pero la oscuridad no me permitía avanzar. ¿Qué hacer en este caso? No podía permanecer mucho tiempo de pie en el mismo sitio apoyado en mi rifle, pues no sabía si el hielo tenía bastante espesor para resistir esa presión. ¡Oh, amigos míos! ¡Qué noche tan terrible aquella! ¡Al fin, decidí acostarme sobre el hielo, envuelto como estaba en mi gabán de pieles; al poco rato noté que había hecho un hueco donde estaba y... ¡créanme ustedes, es la única vez que temí morir! ¡Me crispaba la idea de que el hielo se abriera y yo fuera a las profundidades del océano Artico, sin que nadie supiera mi fin! ¡No me atrevía ni a respirar, temeroso de sufrir el desastre final, el hielo crujía bajo mi cuerpo y temía que se agrietase de un momento a otro y me sepultase! ¡Sí me ponía de pie, estaba perdido sin remedio, así es que opté por dar vueltas acostado, sin permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, hasta encontrar una parte más sólida!

—¡Ay, qué miedo!—dijo Raúl sin poderse contener.

—¡Yo estoy con los nervios crispados!—dijo otro.

—¡Y yo, creyéndome sobre el frágil lecho, estaba aferrado a los brazos de la butaca!—añadió un tercero riendo.

—¡Sí, sí, es muy emocionante eso, pero cállense para que continúe—se oyó decir a otro de los espectadores.

Continúe usted señor Raflo, que me estoy creyendo que usted no morirá nunca.

—¡Oh, gracias a Dios que yo sé, que afortunadamente he de morir algún día!

—¿Cómo afortunadamente?

—¡Claro está...¡ ¿Creen ustedes que yo deseo vivir eternamente?

—No lo interrumpas más, que estoy deseoso de saber cuando volvió a su barco—dijo uno en tono de impaciencia.

—¡No volví nunca...no lo ví más!

—Pero...¿cómo se salvó? ¿Cómo regresó?

—Ahora lo sabrán...

—No, señor Raflo, no nos vaya usted a dar un "corte" de aventura. Cuéntenos todos los detalles, que son muy interesantes—dijo uno.

—Pasé muchas horas dando vueltas para no romper con mi presión el hielo que me servía de lecho, y a eso del amanecer tuve la gran suerte de que el frío se intensificara y la capa de hielo se solidificase más, inspirándome confianza para levantarme. Hecho esto, empecé de nuevo a caminar ya mirando hacia el punto donde suponía estaría el barco, ya en la dirección en que oía aquel extraño resoplido; pero no veía el barco, y aquel trozo oscuro parecía a mas distancia que la noche anterior. Aquella situación era horrible, allá muy lejos, el mar, sin asomar ni un mástil y sin esperanza de que por aquella época viniese ya ningún vapor; pues sólo nosotros, hombres inexpertos, hubiésemos salido en ese mes. A mis pies se extendía inmenso desierto de hielo, y ante mis ojos un cielo blanquecino como el hielo que pisaba. No tenía esperanzas de encontrar ningún hombre, pues sabía que no pisaba tierra helada sino mar helado. El silencio era absoluto, emocionante, solo interrumpido de vez en cuando por aquel lúgubre resoplido, causa de mi soledad.

—¡Qué horror...!

—¡Es para helarse la sangre en las venas—!dijo uno de los oyentes.

—Esa tendencia tenía mi sangre; pero yo no le daba reposo, sino que caminaba, caminaba siempre, en dirección a donde veía agua del mar, esperanzado de que alguien me recogiese. Pero al fin me dí cuenta que el témpano de hielo me servía de barco, que corría con gran velocidad

¡ay! rumbo al Norte... Esto constituía una anomalía, pues estos témpanos generalmente se dirigen hacia el Sur.

¡Cómo deseaba tener poder para cambiar su rumbo y llegar a mares no helados donde encontraría seguramente algún vapor que me recogiera!

—Y, diga usted, ¿cómo se salvó...?

—¿De qué se alimentaba?

—¿Qué agua tomaba?... ¡porque el hielo sería salado!

—Efectivamente, el hielo era salado, pero no los blanquísimos copos de nieve con que era obsequiado, que me servían no solo para mitigar la gran sed que aquellos parajes me producía, sino que como el maná de Egipto me fortalecía.

—En cuanto a alimentos, no les he dicho lo que contenía mi morral para usarse en caso de emergencia: éste, como todos los de mis compañeros, contenía una buena cantidad de extractos de malta, preparado en sólida conserva, de manera que un pedacito insignificante contenía una gran dosis de alimento. Con especialidad habían sido escogidas las substancias alimenticias que desarrollan más calorías en el cuerpo humano. Además, un frasco conteniendo sales aromáticas y otro coñac...

—¡Ah, iba bien provisto!

—No se puede uno arriesgar a semejantes viajes sin tomar tales precauciones.

—¿Y como se le ocurrió a usted tomar su morral cuando salió a su excursión nocturna?

—¿Tenía usted algún presentimiento de que podía ocurrirle eso? —añadió otro.

—¡Oh, no! De haberlo sospechado no hubiese ido.

—¡Es que algún ángel vela por ti—dijo Raúl.

—Puede ser, amigo mío, pero yo tomé mi morral porque en él llevaba también varias cajitas de balas de revólver y rifle, así como un paquete de algodón y otro de gasa. Esto como les dije antes contenían todos los morrales.

—Ah, continúe, continúe usted!

—Los días sucedían a las noches y el frío era cada vez más intenso. Ya no consultaba mi reloj, ¿para qué? No tenía empeño en conocer el tiempo que llevaba allí.

—¿Y el punto oscuro que usted vió, qué era?

—Era una ballena gigantesca—contestó Raflo.

—¿Tan grande era?

—Pasaba de cincuenta varas, pues aun cuando dicen que crecen hasta cuarenta, esta era gigante; debía tener ya sus quinientos años.

—¿El resoplido era pues del monstruo...?

—Sí, se oía a varias millas de distancia.

—¡Ah...!—exclamaron varios.

—Yo quisiera ver una...

—Yo también, pero no en esas condiciones.

Raflo prosiguió:

—"Venía acompañada de un tierno hijito, un ballenato de quince metros.

—¡Qué monstruos—dijo Raúl.

—¡Sigue, sigue!

—Yo economizaba mis raciones cuanto podía, y para donde quiera que oía resoplidos allí me dirigía, pero éstos parecían alejarse. Una mañana salté de mi níveo lecho sobresaltado. Sentí como un choque a la vez que un resoplido, seguido de otro horriblemente fuerte. Como el peligro me amenazaba por doquiera, quise salir a desafiar aquel, que parecía como un huracán, pues los resoplidos débiles y fuertes se sucedían, conmoviendo el pack-ice en que me encontraba. Me apresté a luchar con quien se atrevía a sacudir así, mi isla flotante, y pronto pude distinguir dos chorros de agua que se elevaban a gran altura, sobre todo uno, y bajo estos chorros recibiendo la lluvia, dos enormes ballenas de que antes les he hablado. El hijo, herido por un arpón que llevaba clavado en su lomo, vino en busca de su madre, la que según parece tenía por casa el costado de aquella flot-ice, y que ya vieja no tenía deseos de andar en correrías. Esta, al verlo herido, sintió maternal dolor y lo expresó en aquel resoplido que jamás lo había emitido tan fuerte, y protegióle con su inmensa mole, cediéndole el lado en que se apoyaba en el pack-ice, lo que motivó la conmoción que yo había sentido.

No es para describir la emoción que experimenté a la presencia del amor maternal de este monstruo. Ni por un momento pensé en privarlos de la vida; me acerqué cuanto pude sin que hiciesen demostración de haberme visto. Mucho rato llevaba contemplando esos seres gigantescos, cuando divisé en lontananza diez ligerísimas embarcaciones que venían rumbo a aquel sitio. No puedo expresarles con palabras la alegría que sentí a la presencia de seres humanos. Disparé repetidas veces sobre el ballenato y

otras tantas sobre la ballena, en cuya piel rebotaban las balas, entonces corrí y busqué sus ojos e hice fuego sobre ellos un sinnúmero de veces. Se había apoderado de mí un loco frenesí de disparar mis armas, por oir sus trepidantes estampidos que contrastaban con el silencio del lugar.

Los que venían en las ligeras embarcaciones, se detuvieron al oir aquellas detonaciones y, reuniéndose parecían consultarse.

Yo les hacía señales para que se acercaran y hasta dejé caer mis armas para que al verme inerme, depusieran su temor. Yo no temía a aquellos seres, que para mí en aquellos momentos representaban la salvación; no me importaban quienes fueran, eran seres humanos y esto bastaba por el momento, aunque después muriese a manos de ellos: preferible era correr esa suerte a la de perecer por inanición en aquellos solitarios parajes.

Tantas fueron mis insinuaciones, que al fin los ví separarse y uno tras otro seguir en dirección a donde yo me encontraba. ¡Qué seres mas extraños aquellos! Parecían formar un solo cuerpo con su piragua a la que llaman Kayaks; éstas son unas embarcaciones de cinco metros de largo, treinta centímeeros de alto y cuarenta de ancho; están completamente cerradas con una abertura al centro para ser ajustada a la cintura del hombre. Son hechas con huesos de ballena y forradas con piel de foca, y en ellas soportan los más recios temporales.

Cuando los hombres estuvieron cerca de mí, pude descubrir en sus miradas la codicia que sentían por la posesión de aquellos monstruos, que si bien en otras circunstancias valían un capital, para mí, allí, no tenían otra importancia, que la de satisfacer mi curiosidad de contemplarlos a corta distancia.

Por señas les hice comprender que yo no quería parte en aquella pesca, y esto pareció satisfacerles.

—¿De dónde eran aquellos hombres?—le interrumpieron.

—¿Qué tipo tenían?—inquirió otro.

Aquellos hombres que venían persiguiendo al ballenato, eran esquimales; de estatura baja, apenas me llegaban a los hombros; sus ojos completamente redondos y de expresión salvaje; los dientes negros y puntiagudos como los de las fieras. Vestían chaqueta, pantalón, gorra y botas de piel de foca, despidiendo un nauseabundo olor, que me hacía cambiar de lugar para que no me llegase.

Yo les dí a probar mi coñac, que había reservado mucho, el que le serví en sus sucias manos, pues cualquiera de ellos se lo hubiera tomado sin

consideración a los demás. Esto hizo que sintieran por mí alguna simpatía. Yo estaba contentísimo de haberlos encontrado y hasta pensé haberles ofrecido mi conserva alimenticia, pero los ví atareados en enganchar al ballenato con sogas tejidas de cuero de foca y me puse a ayudarles en esta operación. Terminado que hubieron de preparar el remolque, saltaron todos a sus piraguas sin preocuparse de mí. Yo, temeroso de quedar de nuevo solo, tomé mis armas dispuesto a saltar detrás de cualquiera de ellos o sobre el ballenato, cuando ví que dos de ellos hablaban con lenguaje gutural, uno muy corpulento, con la cara tatuada y que el otro desembarcaba ofreciéndome su Kayaks; no me hice de rogar, salté a el ajustándome como lo ví hacer a los otros.

A un grito todos partimos arrastrando tras nosotors el monstruo más pequeño, quedando el grande al cuidado del que me cedió su piragua.

Después de muchas horas de viajar hacia el noroeste, esquivando los témpanos de hielo, llegamos a una inmensa tundra. ¡Llegábamos a Groenlandia! Las casas, si este nombre se le puede dar a una elevación de hielo ahuecado en forma de gruta, estaban diseminadas por doquiera, y de ellas vi salir a gatas hombres y niños, todos vestidos igual. Me extrañó mucho no divisar ninguna mujer.

—¿Cómo...? ¿No había mujeres?

—Sí, después, al ver una que parecía un hombre gordísimo, con la cara horriblemente tatuada, que lactaba a un niño, me fijé que todas las de esa figura eran mujeres, y que la que había hablado con el hombre que quedó junto a la ballena, era también mujer.

Allí me miraron como algo muy extraño, pero ni en una sola facción ví dibujarse la más leve sonrisa. En un momento empezaron aquellos hombres a descuartizar el ballenato y a tirarle a las mujeres, como si fuesen perros, sendos trozos de gordo o unto, que tanto hombres como mujeres y niños, devoraban con deleite, así crudo. Yo sentía en mi estómago horribles contracciones, que me producían vértigo, y entonces lamenté haberles dado mi coñac, que tan beneficioso me hubiese sido en aquel momento, y me alegré también de todo corazón, el no haber repartido mi conserva alimentícia, la que desde entonces consideré como un tesoro.

Después que hubieron consumido una gran cantidad de aquel nauseabundo alimento, gran número de hombres y varias de las corpulentas mujeres partieron en busca de la ballena. Por sus gestos comprendía que hablaban mucho del otro monstruo marino, pero en ninguno de los endu-

recidos rostros se veía una señal de asombro o de alegría, sus rostros eran completamente inexpresivos. No obstante esto, son buenas gentes y entre ellos no se cometen crímenes ni robos. Allí existe el matrimonio y en la oquedad de aquellos montículos de hielo, duermen los esposos con sus respectivos hijos en horrible conjunción.

Algunos hombres terminaron de descuartizar el ballenato y dar de comer a sus escuálidos perros, que son destinados a tirar de los trineos hasta que están viejos y enfermos, en cuyo caso se los comen.

Ya distribuido en cada vivienda las partes de carne y unto que a cada cual correspondía, las mujeres empezaron a freirla en grandes calderos colgados del cuentro de la choza, usando como combustible aceite de ballena, que produce un humo tal, que solo esas gentes son capaz de respirar.

—¡Ah! ¿y usted dormía también en esas horribles viviendas?—preguntó uno.

—Verán ustedes: yo hice mi albergue con la piel del ballenato poniendo para afuera su parte interior, que pronto estuvo cubierta de nieve, y entonces me dí cuenta, que todas aquellas cuevas de hielo también tenían su sostén. Un buen trozo de piel seca de cachalote me sirvió de provisional pavimento, pues no quise usar la mal oliente fresca, hasta que pude cazar osos polares, con cuya blanquísima piel alfombré mi piso lecho.

—¡Ah! ¿y qué tiempo pasó usted entre esas gentes?

—¿Tardaron mucho en volver los otros esquimales?—preguntó otro en el momento que un tercero decía:

—¿Y pudieron traer el otro monstruo?

—Lo trajeron, y no demoraron tantas horas como me había imaginado; parece ser que la corriente formada por el ballenato remolcado por nosotros, ejerció atracción sobre la inerte ballena, que lentamente fué separándose del flot-ice, y éste, libre de la presión que el monstruo ejercía recostado a él, empezó a moverse y empujó la ballena, siguiendo lenta y constantemente, nuestro propio recorrido. Esta al menos, fué la hipótesis que yo me formé, al ver que llegaban mucho antes del tiempo que yo esperaba.

—¿Y qué hicieron al ver el hermoso trofeo que llevaban?

—Lo miraron mucho y yo a ellos, y quizás les parezca paradójico lo que voy a decirles: ni un sólo gesto que denotase sorpresa o alegría pude descubrir en sus semblantes. Después, varias docenas de hombres comenzaron la desintegración de la ballena y de nuevo se repitió el nauseabundo

festín entre ellos, que parecíanme se mostraban extrañados de que yo no participara de su suculento banquete.

—¡Puah!—dijo Raúl escupiendo.

Raflo prosiguió:

"Los esquimales son muy voraces y es casi increíble que unos individuos tan pequeños, puedan engullir tal cantidad de alimentos. Cuando están en el interior de sus viviendas no se sirven el alimento individualmente, sino que, los grandes pedazos de carne o unto, ya sea cocinado o crudo, se los van pasando de uno a otro después de darle un mordisco, y aquel pedazo va dando vueltas de mano en mano hasta ser terminado, o hasta dejarlos satisfechos. Estas gentes por demás desaseadas, desconocen el baño, y únicamente cambian sus vestiduras cuando se les destroza en el cuerpo; solo entonces es que preparan otra indumentaria.

En la familia de que les hablé, o sea la del jefe que me cedió su Kayaks, había una mujer más corpulenta y alta que todas las otras, pues alcanzaba un metro y treinta centímetros, cosa que ya es mucho entre ellos. Su rostro regordete como hecho a compás, estaba horriblemente tatuado, aunque este variaba algo del de las otras, y se le consideraba como una gran belleza.

—¡Qué fenómeno!—dijo uno.

—¡Sería horrible casarse con semejante mujer!—arguyó otro.

—Así lo consideraba yo—dijo Raflo—a pesar que mi fealdad es tal que no puedo ser favorecido por las bellas.

Y al decir esto suspiró pensando en la bella Estrella, y Raúl sonrió imperceptiblemente.

—Bueno, señores,—siguió Raflo—, pues esta beldad me fué destinada para esposa...Y pude convencerme que muchas de las otras envidiaban su suerte. Encontraban encantador casarse con un hombre que no comía; ellas eran glotonas y es natural que se alegrasen de tal cosa en un paraje donde a duras penas se consigue de qué vivir. Ya ustedes saben, que de los dos millones ciento setenta mil kilómetros cuadrados de la Groenlandia, a penas unos ochenta mil cien son habitables, y yo me encontraba en el límite de donde podía vivirse. Además, esa gente nunca había visto armas de fuego, y el poseerlas yo, le daba un sin igual encanto a mi persona. Yo cazaba focas, animales muy estimados por ellos, por su carne y grasa y por la piel de que se visten y calzan, lo cual les satisfacía grandemente, pues veían en ello asegurada su alimentación para la que fuese mi compañero.

—Mi única distracción allí consistía en la caza de osos blancos...

—¡Ah, qué divertido será!—le interrumpieron.

—Sí, algo divertido. Estos osos, de los que hay hermosos ejemplares, son muy astutos, y hay que tener alguna pericia, para no ser el cazador cazado. Algunas veces si lograban verme, abandonaban la caza para atacarme, pero en ese caso yo no los dejaba llegar. Cuando no era de los más hermosos, no los cazaba, sino que me distraía viéndolos atrapar las focas, con una astucia y maestría que, en realidad, aquello era el único aliciente que encontraba en mi triste soledad.

—¿Y no lo atacaban a usted?

—Por suerte, éstos animales no son muy sociables y nunca se ven más de dos juntos, los que con facilidad abatía si por ellos era descubierto y me atacaban. Para observarlos me ocultaba detrás de un montículo de hielo, y allí pasaba algunas horas hasta que ellos se alejaban o lo hacía yo.

Los osos blancos para cazar las focas, hacen un hoyo en la nieve y allí se echan, permaneciendo inmóviles y con los ojos casi cerrados. De tal manera se confunden con la nieve, que es muy difícil encontrarlos. Las focas salen del agua, ya solas, ya en bandadas, y se echan sobre el hielo para tomar por varias horas los tibios rayos solares. Lo más curioso es, que sale una, dos, tres, y el oso no se mueve, haciéndome la impresión de que estaba dormido; allí permanece muy tranquilo, hasta que hay gran número de ellas tomando el sol. Estos animales tienen siempre dos centinelas que les avisan cuando descubren el enemigo a lo lejos, pero nunca recuerdan que lo pueden tener muy cerca, entre la nieve. Cuando el oso se dá cuenta que sus víctimas están confiadas, cae súbitamente sobre ellas, procurando matar todas las que le sea posible, a las que persigue en su despavorida huída para arrojarse al agua. Después las devora así palpitantes, y cuando ha saciado su apetito, se dispone a hacer la digestión durmiendo. Entonces era que yo me retiraba de mi escondite, pues como antes les dije, si no era de los más hermosos, ahorraba mis balas.

—¿Qué hacías con tan lindas pieles?—preguntó Raúl.

—Decoraba mi casa y mullía mi lecho y todo el piso, así es que estaba bien abrigado.

—¡Qué belleza!

—¿Y usted dejó allí todas las pieles, Raflo?—le preguntaron.

—Todas. Yo solo deseaba escapar de las heladas tundras.

—¡Ah, qué frío el de allá!

—¿No se hizo usted algún abrigo de piel?

—No, no tenía manera de confeccionarlo. Mi prometida me preparó para la boda, un traje de piel de foca, pues no encontraba seguramente decoroso mi gabán de pieles. Debo decirles a ustedes, que esto no me lo quitaba ni para dormir. ¡Qué frío, señores, hacía en aquellos parajes...! Yo estaba tan abatido, como en ninguna otra circunstancia lo he estado! ¡Me invadía una melancolía y asco mortal! ¡No tenía manera de cambiar mi ropa interior, y me repugnaba usar la mal oliente de foca que me habían dado...! Además... ¡esa era para el día de la boda y,...ya comprenderán ustedes que ésta no podía desearla con tan nauseabunda novia...!

—Ja, ja, ja—rieron todos y en particular Raúl, que tanto tiempo hacía no dejaba escapar una carcajada.

—¿Y te casaste por fín, Raflo,—preguntó Raúl riendo.

—¿Cómo logró salir de aquél helado paraje?—inquirió otro.

—Verán ustedes: el amor me salvó.

—¿El amor...? ¿Cuál amor?

—El de un esquimal pequeñito, el más bajo que había; estaba muy enamorado de la "bella" paisana. Este hombre era de expresión más inteligente y en sus ojos y rostro conocía yo el efecto que cada cosa le causaba; era la única cara que por su expresión, parecía humana. Por lo tanto, fué al que me aficioné más, y me seguía fielmente a todas partes. Con él aprendí muchas palabras de su escaso lenguaje, que en nada se parece al de Dinamarca. Y yo le enseñé muchas palabras y así tenía con quien hablar. Un día me dijo muy afligido, que la mujer que me destinaban, era con la que él se quería casar, para los dos pescar, pues él no quería estar nunca lejos de ella.

—Ja, ja, ja,—rieron a coro los oyentes, mientras Raúl, sin reir esta vez, lanzó un profundo suspiro, que arrancó más sonora carcajada a los jóvenes, diciendo el más bromista:

—¡Nuestro tenorio quisiera tener aquí la esquimal! ¡Véanlo como suspira!

Grandes carcajadas hicieron coro a estas bromas, que Raúl tuvo que sufrir riendo, y así, de cuando en cuando, era interrumpida la monotonía del relato.

Raúl pensaba seguramente en algún gran amor, y estos recuerdos le hacían sufrir.

—Continúa, Raflo,—dijo éste a su amigo.

El pobre diablo esperaba poderla tener antes que llegara la noche que dura meses.

Nuevas y estrepitosas risas se oyeron, y Raflo prosiguió:

La perspectiva de lo que a ustedes les causa tanta risa y la escasez de alimentos, me tenían tan triste y escuálido, que creía, que mi enagenación mental era inevitable. Comía cada vez menos, procurando que mi alimento no se agotase, hasta ver como podía escapar de aquel suplicio. Recorrí vastas extensiones de las heladas tundras, sin encontrar ni una sola rama verde, que en ese caso me hubiese proporcionado la misma alegría que al genovés descubridor del Nuevo Mundo; si bien en sentido contrario, pues yo me creía en otro mundo, y los vegetales en ese caso, me hubiesen comprobado que estaba en el mismo. Nada tenía para mí encanto. Las auroras boreales, esos bellísimos meteoros luminosos, que la mente humana no puede concebir sino viéndolos, no tenían para mí interés; y aquel encantador fenómeno venía a justificar una vez más, las altas latitudes en que me encontraba, y sin esperanzas de salir de ellas. Sin un amigo, y lo que es peor, pareciéndome que no me encontraba entre seres humanos, y que la costumbre, tipo y alimentación, difería santo de lo que yo conocía. Pero lo que yo encontraba más intolerable en los esquimales, era su semblante; no era feroz, ni siquiera duro; pero...su impasibilidad y falta de expresión me exasperaban... ¡Y tan apestosos...!

—¿Y una de esas carnes con ojos tenía que ser tu mujer?—preguntó Raúl sin poder contener la risa, que se hizo general.

Raflo continuó:

Mi alimento consistía en los pequeños peces que pescaba al anzuelo, los que salcochaba o asaba, y cuando ya no los podía comer de esta manera, los freía con aceite de ballena.

Desde que me anunciaron que me sería dada en matrimonio aquella obesidad tatuada, hice el propósito de fugarme, y por tanto, no toqué más mi alimento, reservándolo para cuando me pudiera lanzar por el océano helado, en rumbo contrario al de las apariciones de las auroras boreales. ¡Cuánto hubiese dado yo por un pedazo de pan y por saborear cualquier cereal! Una vez ví un espejismo, cosa rara en el Polo. Se trataba de un gran jardín, en el que aparecía una mesa larguísima y a su alrededor, hombres y mujeres como si estuviesen en un banquete. ¡Oh, amigos míos! Sentí que la boca se me hacía agua. Que mi estómago me pedía a gritos de aquellos manjares, produciéndome fuertes y dolorosas contracciones... Aquel espejismo parecía hacerse tangible; tan claro se presentaba, que parecía en realidad, que suspendido en el espacio, se realizaban aquellos hechos.

Solo viendo este fenómeno atmosférico, se puede uno dar cuenta, de la exactitud y claridad con que se manifiesta. Yo veía claramente el verdor y las multicolores flores del jardín.

En mi anhelo y ofuscamiento no pensé que fuera un meteoro, sino una escena real, allá en lontananza. Eché a correr como un loco, y ¡oh dolor!, aquella dulce visión empezó a desvanecerse hasta esfumarse por completo, y entonces, con gran sentimiento comprendí, que todo aquello no era más que espejismo. Donde había bellas mujeres, apuestos hombres y ricos manjares, solo quedaban ténues celajes.

—Entonces eso era obra de su mente, que por el gran deseo de verse entre gentes civilizadas y comer ricos manjares, vislumbró en lontananza, lo que no existía. ¿No es eso?

—No, amigos míos. El espejismo no es efecto de la imaginación; aunque en mi caso si contribuiría en mucho. El espejismo, es el efecto de una escena real, que se realiza a grandes distancias. El firmamento, en ciertas circunstancias atmosféricas, hace las veces de espejo, reflejando las cosas que están pasando, sabe Dios a cuantas millas de distancia. Es uno de los fenómenos más extraños que se ven con alguna frecuencia, sobre todo en los desiertos.

—¿Y cómo se ve eso, Raflo?—preguntó Raúl entusiasmado.

—Imagínate que vieras un grandioso espejo, levantado en el espacio, cubierto con una gasa y colocado de tal modo, que reflejara todo lo que hacemos aquí, pero invertido.

—¡Oh, cuánto me alegraría poderlo ver!

—¡Sí pero no en las circunstancias que yo lo ví!

—¡Nó, así no; prefiero no verlo nunca!

Los jóvenes del Yat permanecían en silencio contemplando a Raflo, y admirándolo como a un hombre superior, que había podido presenciar tantas bellezas, que no a todos los mortales les era dable ver, y que habiendo sido amenazado por tantos peligros, saliese ileso de ellos.

—Aquel espejismo estimuló más en mí la idea de fugarme. Verme de nuevo entre seres civilizados era todo mi anhelo, y rebuscaba en mi cerebro una idea para poder realizarlo.

Cuando volví a mi cabaña y me ví rodeado de aquellos repugnantes seres, sentí un disgusto infinito, y, ¡créanme ustedes!: me asaltaron unas ganas de llorar, que no pude contener... y es la única vez que he llorado. ¡Sí, lloré desconsolado!...

¡Recordaba aquellas mujeres exquisitas, llenas de feminidad y de tiernas sonrisas, y al compararlas con los nauseabundos trozos de carnes que me rodeaban, sobre todo, con la que querían hacer mi mujer, me desesperaba! Sentía que todo mi ser se revelaba contra mí, y decidí lanzarme a aquellos mares glaciales, aunque encontrase en ellos una muerte segura! Esto lo encontraba más aceptable, que tener que quedarme unos meses más y casarme con aquel torpe y sucio ser, a quien natura había negado todos los encantos propios de su sexo.

—¡La verdad que era preferible desafiar la muerte en los solitarios mares! —dijo uno.

—Yo decidí, en cuanto encontrara momento propicio, robar una piragua de aquellas y hacerme a la mar, para no volver más allí.

—El esquimal y yo volvimos a hablar del asunto estando de pesca.

—¿Qué le contestó usted al pobre diablo enamorado?

—Le contesté: ¡No temas, muchacho, que yo no voy a aceptar ese enlace!

—No puedes renunciar a él, es un gran delito rechazar una mujer, y más a ella, que tantos quisiéramos ser su esposo; ¡pero yo moriré si ella no es mi mujer!—me dijo en tono compungido.

—"Será tu mujer, pues yo no quiero que sea mía.

—¡Tienes que aceptar o morir, es un honor el que se te hace!—volvió a decir el pobre enamorado.

—Pues me iré...

—No tienes Kayaks tuyo...

—Tú me buscarás uno.

—Aun no tengo.

—¡Pero tú, que quieres tanto a esa mujer, me ayudarás a irme!

—No sé como. Tienes que hacer tu Kayaks; allí tienes los huesos de la ballena y...Al decir esto, vi, que tras nosotros venía un monstruo horrible; no por su tamaño, que solo medía algo más de siete metros, sino por su aspecto: la piel muy rugosa formaba pliegues; su boca, armada de un par de blanquísimos colmillos, dirigidos hacia abajo y de una longitud de cerca de un metro, de estimado marfil; el hocico corto y ancho, provisto de largas cerdas córneas, con más de ocho cm. de largo y de un gran grosor; las quijadas armadas de fuerte dentadura y los ojos de feroz mirada. Se trataba nada menos de una morsa que nos venía a atacar. Al verla el esquimal, fué presa de un pánico indescriptible, pues éste animal es para ellos, como para los habitantes de Bengala el tigre.

—Le hice varios disparos, y su piel de un grosor increíble, rechazaba las balas. El monstruo se nos venía encima con la boca abierta, y así pude darle muerte, disparando entre sus fauces. El esquimal, al ver conjurado el peligro, recobró valor y me aconsejó nos retirásemos de aquel lugar, en donde seguramente aparecerían otras. Momentos después y cuando ya nos alejábamos, descubrimos tras nosotros, otros tres enormes pinípedos que nos mostraban sus fauces.

—¡Subamos pronto a aquel témpano antes que nos alcancen!—me dijo el esquimal.

Así lo hicimos, y cual no sería mi sorpresa al ver que también las morsas subían con relativa facilidad. Mi compañero, algo más tranquilo me dijo:

—Son menos temibles aquí, no pueden caminar pronto.

—Efectivamente, las morsas se mueven sobre el hielo con bastante dificultad, pues sus cuatro extremidades de que se sirven hábilmente en la natación, no les prestan igual servicio sobre el hielo; de aquí, que los esquimales al verse perseguidos por ellas, allí se refugien y las maten cuando las encuentran dormidas.

—¿Y le diste muerte a todas, Raflo?—preguntó Raúl.

—Sí, y cargamos con una, que es de lo que está forrada mi "Dórida".

—¡Ah!—se oyó exclamar. En verdad que eso es piel del diablo.

—¡Por eso es tan extraña!

—¿Y la armadura, es de hueso de ballena...?—interesó Raúl.

—Sí, según las leyes de ellos, con los huesos debía hacer mi Kayaks para casarme.

—Menos mal, que el matrimonio no tenía que resultar muy pronto—dijo uno de los oyentes.

—Enseguida empezamos a construir nuestra embarcación, mejor dicho, ellos. El buen muchacho les comunicó mi deseo de que el Kayaks fuese mayor que el que ellos usaban, para salir siempre con mi mujer, así lo hicieron.

—La muchacha se pondría contenta ¿verdad?

—¡Jamás ví en su estúpido rostro, nada que demostrara expresión de gentes!

—¡Qué horrible prometida...!—dijo uno.

—¡Vean si no había que huirle!—siguió Raflo.

—¡Cómo nó...!—contestaron a coro.

—En poco tiempo quedó terminada la embarcación, que por indicación del enamorado esquimal se hizo tan cerrada, quizás con la ilusión de que fuera para él y su adefecio, a fin de protegerla de los temporales.

Nuevas risas interrumpieron a Raflo en su narración.

—¿Y de qué es el palo de la vela?—preguntó Raúl.

—Es de los colmillos de morsa superpuestos. Las velas fueron hechas de piel de foca, y los remos estaban formados por las patas o paletas delanteras de una morsa, encabados con colmillos de la misma.

Yo estaba que no cabía de gozo y hasta llegué a alegrarme de que me hubiesen designado aquella "bella", que tenía trastornado al pobre diablo, al extremo de ayudarme a dejar su "querido" y "buen" país, pues los esquimales como buenos patriotas, no creen que haya nada mejor, y toman a ofensa el que habitantes de otras regiones no deseen vivir allí.

Momentos después de quedar mi "Dórida" en disposición de hacerse a la mar, miré de manera significativa a mi esquimal, y apretándole el hombro cariñosamente le dije:

—¡Te dejo tu bella!—y saltando a mi barco, que desde el principio consideré mi salvador, partí decididamente, para correr después los más grandes peligros y sufrir los terroríficos suplicios a que puede ser sometido un ser humano. En otra ocasión les referiré los cruentos sufrimientos de aquella memorable odisea; hoy no quiero disipar la agradable impresión que todos tienen.

—¡Pero díganos siquiera a donde llegó usted, pues no nos debe de dejar a medias!

—¿No lo persiguieron los esquimales al notar su fuga?

—No, porque no me tenían en calidad de prisionero. Ellos entendían que yo no podía desear irme de sus tundras, y menos renunciar a la "más bella" muchacha del contorno. Además, mi amigo tendría buen cuidado de disipar toda sospecha.

—¿Y, ¿dónde llegó?— volvieron a preguntarle.

—En cuanto a esto les diré: que fuí prisionero de un junco chino, lo primero que encontré en mi glacial y líquido elemento. Ya ven ustedes que lo que a veces tanto se desea, constituye la desgracia de uno. A aquel encuentro debo yo estas manchas azules y negras en forma de ojos, que tanto afean mi rostro. Pero por hoy, les suplico, que no me hagan referirles lo más hórrido de mi existencia; lo que hizo formar mi misantropía y mi

desprecio a la humanidad, que solo una fuerza misteriosa y la compañía de este buen muchacho han hecho desaparecer.

¡Ah, la China...! País de los refinados sufrimientos, de los martirios inauditos, de los seres mas insensibles, que se gozan con el dolor de los otros seres! ¡El país en que la máquina patibularia es un juguete insignificante, y su ejecución un acto sin importancia! ¡País, cuyos castigos son suplicios, ante los cuales, los infligidos a los cristianos en la Revolución Francesa del 93, resultaban meros correctivos de niños!

En fin, señores, en otra ocasión les relataré los nefandos crímenes que presencié cuando fuí pescado, por los tripulantes de aquel junco chino.

La noche llegó, y cuando después de la velada los jóvenes se recogieron en sus respectivos camarotes: se veía uno de los excursionistas, o exploradores, como ellos pomposamente se titulaban, paseándose por cubierta y monologando así:

—¡No me cabe duda: Raúl no es un joven, Raúl es una mujer! Sus manos, su cuerpo, la expresión de su mirada delata a la mujer... Tiene que ser mujer.

Pero es raro que Raflo, tan listo e inteligente, no lo haya notado. El no tiene para ella las delicadezas que tendría si supiera que era mujer. Su tratamiento es el del hermano mayor, que quiere hacer fuerte en la vida a su hermano, a fuerza de vencer peligros y dificultades. Por otra parte, Raúl demuestra ser un hombre, y un hombre valiente, que desafía el peligro y aún le sale al encuentro. En su carácter no hay un solo rasgo que denote a la mujer. ¿Porqué pues, he de pensar en lo que no es? ¿Con qué derecho lo creo mujer, cuando él realiza hazañas de las que yo no me creo capaz? Y si fuera mujer ¿cómo iba a andar así con Raflo? El no demuestra temor hacia él, sino una confianza ilimitada. Además, ellos hacen vida común... si fuera mujer, ya Raflo hubiera sorprendido algún detalle, y de ser así, tendría otros miramientos. ¡Nada, es que yo solo juzgo por su apariencia física, y no tengo derecho para tal cosa! Pero, ¿cómo es que mi corazón late acelerado a su presencia? ¡Mi oído se deleita con su voz, y su persona me atrae como el polo positivo al negativo! ¿Será posible que me haya enamorado de otro hombre? ¡No,...debe ser mujer! ¡No podemos ser polos del mismo nombre, supuesto no nos repelemos, sino que su ser ejerce atracción sobre mi ser, como el imán sobre el acero! ¡La naturaleza es infalible! ¡No puede equivocarse... por lo tanto es mujer!

En estas reflexiones se encontraba cuando se le acercó el Capitán y le dijo:

—¡Ola, Lín! no ha querido usted recogerse? ¿Qué, está preocupado? ¿Tanto le han impresionado las aventuras de Raflo?

Al oir esto, Lín, que estaba confundido con la intrusa aparición del Capitán, que así interrumpía sus pensamientos, tuvo una idea que iluminó su semblante y dijo:

—En realidad, Capitán, me han gustado muchísimo las aventuras de esos jóvenes.

—Realmente, son sensacionales—dijo el Capitán.

—Yo carezco de coraje para buscar aventuras, pero quisiera oir hasta el final la que nos cuenta Raflo—agregó Lín.

—Pero al amanecer estaremos en puerto y no tiene tiempo de terminarla, y a fé mía, que siento no oirla. Por mucho que modere la marcha, llegaremos temprano, y, ya sabes que Raúl, está loco por llegar a tierra.—Dijo el Capitán sonriendo.

—Sí, es verdad,—contestó Lín.

—Por lo tanto, no querrá que su amigo se demore en terminar su relato.

—¡Pero podemos demorar la llegada sin que se perciban de ello! Estoy seguro de que todos se alegrarían.

—Eso es ilegal. Yo no debo hacerlo...

—¡Pero si ellos no son esperados por nadie...! ¡Si son trotamundos y lo mismo les dá llegar antes que después!

—No obstante, yo no lo haré...Me voy a acostar.

Estas palabras significaron para Lín, que el Capitán no quería cargar con la responsabilidad del retraso, aun cuando deseaba que lo hubiera, deseoso como estaba de oir terminar la interesante narración de Raflo, y por ello anunciaba su retirada, dejándole el campo libre para hacer lo que le viniese en ganas.

Lín quedó pensativo mucho rato y al fin, venciendo escrúpulos de conciencia, seguro de no dañar a un tercero, se acercó al timonel, y allí, después de alegre charla con él, le pidió le dejase el timón, y así podría descansar un rato. Como allí todos eran amos y no había peligro de encayar, el timonel, después de darle sus instrucciones, le dejó el gobierno del Yat y se tiró a su lado a descansar, no tardando en quedar profundamente dormido. Entonces Lín, empezó a virar de proa hasta tomar rumbo opuesto al que llevaba, mientras el timonel dormía plácidamente, seguro de que no sería reprendido en el caso de que descubriesen a Lín en el timón.

A eso de la madrugada despertó el timonel y dándose cuenta del rumbo que seguía el yat, tomó de nuevo el timón e hizo rumbo hacia donde lo hemos visto navegar cuando dejó a Lín en su puesto, atribuyendo la causa de la desviación, a que éste se hubiese quedado dormido.

La mañana siguiente apareció diáfana y fresca, y el aire que soplaba sentíase saturado por las emanaciones resinosas de las selvas. En la cubierta del hermoso yate habíase reunido el grupo de bulliciosos jóvenes, que platicando animadamente, disfrutaban a pulmón lleno de las emanaciones marinas, en las que parecía flotar los perfumes de selva tropical. Y en verdad, no distaban mucho de las exuberantes selvas brasileñas; pues, si bien es cierto, que Lín había retrocedido la marcha del yate, lo había hecho sin alejarse de la costa.

Ya un poco entrada la mañana, aquellos optimistas jóvenes, que tan alegremente charlaban sobre cubierta, empezaron a impacientarse por algo que esperaban, y uno de ellos exclamó con esa febril impaciencia propia de la juventud:

—¡Cuanto duerme Raflo! ¡Voy a llamarlo!

—No, no lo molestes, esperemos aún—se oyó decir.

—En efecto,—agregó otro—si es de mi temperamento, con el solo hecho de arrancarlo de su sueño, sería mas que suficiente motivo, para no relatar lo que tanto nos interesa.

—Llamaré a Raúl entonces...

—Este si que no se molestará.

—¡Qué buen chico!

—¡Pero más parece una chica!—dijo otro.

—¿Qué dices? ¡Es mas valiente que tú!—Exclamó Lín, a quien no le hacía gracia que otro sustentara la creencia que él tenía respecto al joven, si bien es verdad que trataba de rechazarla.

En ese momento aparecía Raúl, con ese su aire varonil, que contrastaba con su tipo, y con la desenvoltura y jovialidad que les son peculiares a los del sexo masculino, en esa dichosa edad en que todos son flores en el camino, se les acercó saludándolos.

Todos lo acogieron con visibles muestras de alegría, a lo que él supo corresponder.

—¿Y qué hay, amigo: algún sueño agradable lo retuvo tantas horas en la litera?—preguntó uno riendo.

—¡Mas agradable debe de ser el de Raflo, que aún no se ha levantado!

—¡Anda, despiértalo, que tenemos deseos de oir su aventura en Asia!

—¡Vayan ustedes,—repitió el aludido— así se alegrará más!

No se lo hicieron repetir; aquellos jóvenes en tumulto fueron a despertar a Raflo. Este, desde hacía rato estaba despierto, pero no había querido levantarse, rememorando un delicioso sueño que había tenido la pasada noche. Un sueño muy original, lleno de anomalías, y que, no obstante, colmó su corazón de dulzura.

¡A Raúl, su compañero de aventuras, lo había visto caer ensangrentado: y enseguida, habíasele aparecido una joven convaleciente de heridas en el pecho, con un brazo vendado y... ¡oh sorpresa... aquella joven era Raúl! ¡No cabía duda! ¡Era Raúl embellecido por una expresión de franqueza y alegría! ¡Pero no podía ser! ¡Raúl era hombre! ¡Aquella debía ser su hermana sin duda!

¿Pero no le había dicho Raúl que él no tenía hermana?

Sin embargo, aquella joven lo miraba sonriente y cariñoso como si fuese un hermano, lo trataba con franqueza. ¿Cuando él había tenido una amistad así, de esa índole, con mujer alguna?...

¡Pero si aquellos eran los mismos ojos de Raúl, su boca, su misma cara... solo que nunca había visto en él aquella bella expresión de alegría.

Un joven alto y pálido, estrechaba con amor las manos de la enferma; las manos de Raúl matamorfoseado en mujer y... veía a Raúl corresponder con amorosa sonrisa. ¡Oh, qué sueño tan raro! Raúl que cae herido como hombre y se levanta como mujer! ¿Qué quería decir aquello? ¿Qué es esto? ¿Qué veo...? ¡Estrella del brazo de Raúl... sí de Raúl, pero Raúl mujer... conversando alegremente en un jardín; se acercan donde él está y siente ¡oh placer! la mano de Estrella acariciar sus cabellos...! ¡Tanta fué la impresión que sintió a ese suave contacto, que saltó en la litera como si le hubiese alcanzado una corriente eléctrica y...¡adios ilusiones doradas, adios sueño!

Raflo había despertado y encontrándose sentado en la litera.

¡Oh,... bien hubiese querido volver a dormir para de nuevo soñar! ¡Soñar con Estrella... y de qué manera...acariciando sus cabellos!

—¡Oh, dulce sueño, que jamás llegarás a ser realidad... ven a mí ¡Hazme gozar de las dulzuras que despierto me es vedado gozar...!

Así monologaba Raflo, mientras su faz se veía iluminada por intensa emoción de dulzura. Para él no tenía ya importancia Raúl, convertido en mujer. ¡No! Lo único interesante para él era, que había visto la bellísima Estrella acariciar su cabeza. Además, ¿qué importancia podía dar ya a que

Raúl se le apareciese como mujer, si esto era tan imposible, como que la bella cubana fuera suya?

¡Sí, porque en ese sueño Estrella era su esposa...!

En cuanto a Raúl: ¡cómo tiene ese aspecto afeminado... se me presentó en el sueño como mujer! ¿Y el joven que cuidaba de Raúl, quien era?

Recorrió en su mente todas las fisonomías de los jóvenes del yat y en ninguno encontró parecido, como tampoco en persona alguna que conociese. Y ya no le dió importancia al asunto de Raúl.

Cuando los dos exploradores se encontraron solos, Raúl notando la infinita alegría que aparecía en el rostro de su amigo, cosa que en él no era habitual, le dijo así:

—¡Muy agradable sueño debes haber tenido esta noche! ¿Eh?

—¡Ah, sí, Raúl; soñé que eras mujer...

Una nube de tristeza apagó el brillo de los ojos de Raúl, su rostro se cubrió de intensa palidez y sus manos buscaron apoyo para no caer.

Raflo, que no había medido el alcance que sus palabras pudieran tener, se sintió apenado por el mal efecto que ellas habían producido en el ánimo de su amigo, y queriendo disipar un tanto aquél malestar, le dijo:

—¡No te ofendas, Raúl, ya sabes que los sueños no tienen nada que ver con la impresión que en estado consciente tenemos de las cosas. Te suplico, por tanto, no guardes rencor al estado de subconciencia en que quedamos cuando dormimos. Ya sabes que en mi estado consciente, te considero un hombre a toda prueba.

—¡No he sabido demostrarlo bastante...!—dijo Raúl con amargura.

—Bien lo has probado, amigo mío; y si yo te conté mi necio sueño, es por que creí lo tomarías a broma y no te enfadarías...de pensar que lo tomases a ofensa, no lo hubiese contado nunca...además...

Aquí se interrumpió Raflo y guardó silencio.

—Prosigue—dijo Raúl intrigado.

—Quería decirte el porqué de ver en mí una alegría tan poco habitual, pero no supe empezar, y mi falta de tacto me hizo empezar por donde tampoco debí terminar. Ahora que me doy cuenta de lo que te he dicho, te concedo toda la razón, pues tampoco a mi me hubiese gustado que me dijesen: "¡Soñé que eras mujer"!

Raúl sonrió tristemente y contestó:

—Bueno, amigo mío; no estoy enfadado contigo, que sé me consideras todo un hombre. En cuanto al estado de subconciencia no puedo hacerle cargos.

—Ahora bien: espero me cuentes la causa de tu alegría, que como supongo no ha de ser por que me vieras convertido en mujer ¿verdad?

—Al contrario, Raúl; esa idea me disgustaba y no salía de mi asombro, cuando de nuevo te veo del brazo de Estrella, siendo ésta mi esposa...!

—¿De veras...? ¿Será posible que llegues a ser felíz con ella? ¡Ah, Raflo, confía en el destino como siempre lo has hecho! ¡A veces los sueños revelan el porvenir...!

—Pues, en esta vez no lo creo; tú estás asociado a mi sueño, perteneciendo a un sexo opuesto, ¿cómo voy a creer?

—¡Es verdad!—musitó Raúl, y se alejó disimulado, sintiendo en su interior una gran alegría.

¡Pobre Raflo,—se decía—tan noble y bueno; bien merece ser feliz! ¿Llegará a cumplirse su sueño...?

¡Una vaga esperanza me dice que todo será una hermosa realidad!

Y... ¿qué más soñaría de mí?

Debí interrogarlo, pero me causó tal emoción, que bien a mi pesar lo dejé traslucir. Y ahora... ahora si que me causa pena volver a hablarle de lo que conmigo se relaciona, pues él, después de juzgarme tan ofendido, no me contará su sueño en toda la verdad.

¡Oh, Dios mío!... ¡Cuan interesado estoy en conocer tus designios; creo que ese sueño es una revelación de lo que nos tienes deparado, y por ello veo, Padre mío Celestial, que a él le reservas la felicidad a que es acreedor!

¿Pero a mí, Dios mío, a mí qué me reservas...?

No he de interrogarlo, no, temo despertar sospechas...

Aquí fué interrumpido en su monólogo por el joven que siempre lo bromeaba, quien se le acercó diciendo:

—¿Eh, tenorio; está usted monologando con las aguas, o es que invoca alguna ninfa para que venga a hacerle compañía?

Este lenguaje, tan ajeno a sus pensamientos, tuvo la propiedad de arrancar una sonora carcajada a Raúl, mientras el otro, tomándolo del brazo, lo condujo al salón de billar, donde los otros rodeaban a Raflo, esperando les narrara su aventura del Imperio Celeste.

—Señores,—dijo el acompañante de Raúl al llegar junto a sus compañeros—aquí les traigo este adonis, que fué interrumpido en el momento

en que una ninfa, por él invocada, iba a salir de las aguas, para mitigar su melancolía.

Estas palabras fueron acogidas con estrepitosas risas, y Raúl se alegró mucho de la oportuna broma.

—¡Vaya, señor Raflo, todos estamos pendientes de sus labios, como el enamorado galán esperando de su amada, una frase que ponga fin a su incertidumbre!

—¡No nos haga esperar por mas tiempo y empiece...!—añadió otro.

Todos aplaudieron en señal de asentimiento y Raflo, después de reir, lanzó un profundo suspiro y empezó así:

FLOR DE LOTO

Cuando me lancé a la mar en mi "Dórida" (que dicho sea de paso, aun no la había bautizado, ni se me había ocurrido ningún nombre) iba quizás en busca de una muerte cierta.

Esto pensaba yo; pero lo encontraba preferible a estar unido a una asquerosa y horrible mujer, cuya salvaje expresión desconocía la grata expresión de la risa.

Por paradójico que esto les parezca, yo creo que los músculos de la cara, cuya contracción produce la sonrisa, jamás en esa gente habían funcionado, y muchos menos en mi corpulenta prometida.

—¡Qué antipática!—dijo uno.

—¡Qué insipidez!—otro.

—¡No interrumpan!—un tercero.

Con anticipación, me había provisto de una gran cantidad de aceite de ballena; era lo único que podía sacar de aquellas tundras. Pues aunque tenía gran colección de bellísimas pieles de oso, no me atrevía a sacar ninguna, por no despertar sospechas.

—¡Qué lástima!—dijo Raúl.

Yo desplegué las velas de mi embarcación, tomé los remos y bogué, bogué con ardiente deseo de alejarme, y en poco tiempo con viento favorable ví adelantar mi bote como si fuera un verdadero pinípedo; pero he aquí, que mi embarcación hecha con la piel de morsa casi fresca, despedía un fuerte y desagradable olor, y en poco tiempo fuí materialmente atacado por varias morsas, que atraídas por el olor de su compañera, subían del fondo, pues ya ustedes sabrán, que esos mamíferos bucean admirablemente.

La sola presencia de estas fieras, a los que algunos dan el impropio nombre de vaca o elefante marino, es por demás imponente, y su aspecto capaz de intimidar a cualquiera.

Esto unido a lo que ya había luchado y oído contar al esquimal enamorado, era suficiente a ponerle las carnes de gallina al más valiente, y a mí, claro está que se me puso.

Empecé por disparar todas las cargas de mi revólver, y después las de mi rifle, pero muchos eran perdidos por la precipitación con que lo hacía. Algunos rebotaban en el cuello de esos monstruos, cuya piel no solo es muy nudosa, sino que tiene más de veintitres milímetros de espesor.

Maté muchas, no sé cuantas; pero esta matanza lejos de intimidarlas, enardecía a las supervivientes y a sus bufidos acudían otras y otras más.

De los bloques de hielo se arrojaban al agua las que tomaban los débiles rayos del sol, y seguían en mi persecución obstinadas, temibles, fieras, solo comparadas con los hambrientos tigres de Bengala.

Yo remaba con todo el vigor de que era capaz y el viento me favorecía en mi vertiginosa fuga, dejando atrás muchas de las feroces fieras marinas, a pesar de que ellas nadan con notable rapidez. Pero aquí y allá aparecían otras, siempre dispuestas a devorarme.

Cuando ya no tenía ni una sola cápsula con que defenderme, lo hacía con la cultada de mi rifle, dando golpes en las narices de las que llegaban a ponerse a mi alcance.

Al parecer, éste era el lugar más sensible de esos pinípedos, pues al golpear sobre ella, dando un bufido aterrador, se hundían para no aparecer más.

—¡Con razón te perseguían esos monstruos, si tu barco es todo morsa —interrumpió Raúl.

—Es un verdadero tesoro para un museo—añadió un aficionado.

—Sí, y muy difícil de conseguir—agregó Raflo riendo.

—Si usted quisiera venderlo...yo le daría lo que pidiera—dijo el coleccionista.

—¡Ah, eso no, por nada lo venderé! ¡No me separaré jamás de ese objeto, para el que tengo sagradas deudas de gratitud, por las muchas veces que me ha salvado la vida!—dijo Raflo con énfasis.

—¡Y a mí también,—agregó Raúl—gracias a él hemos escapado de situaciones tan difíciles, que sin su auxilio, no nos hubiese valido ni un arsenal! También yo tengo contraídas sagradas deudas de gratitud!

—Muy bien señores;—dijo el coleccionista—pero ustedes no siempre van a estar sobre el líquido elemento. Algún día querrán visitar ciudades y no todas están en costas y márgenes, ni mucho menos van a conseguir con

facilidad la manera de transportarlo, y entonces no les hará falta—terminó bromeando.

—En verdad, Raflo, que es difícil de manejar...ahora lamento que sea tan grande—le dijo Raúl.

—No, amigo mío, no es difícil de manejar, al contrario; sinó ¿cómo es posible que yo durante dos años no me haya separado de ese conjunto de material marino llevándolo a todas partes donde he ido?

—¿De veras? ¿Cómo es posible eso?—preguntó Raúl asombrado.

—Para mí también fué al principio una cosa inconcebible. Pero esos esquimales que no sabrían realizar muchas de las insignificantes cosas que nosotros hacemos, son unos verdaderos artistas en la construcción de esas embarcaciones. Verdad que de generación en generación, es el único trabajo a que se han dedicado, y, seguramente, sienten gran placer en construir sus kayaks de la manera más admirable posible, máxime cuando éstos constituyen para ellos el más seguro elemento de transporte sobre las aguas.

—Comprendo que sea todo lo admirable que pueda imaginarse, prescindiendo de la estética; pero lo que sí me parece imposible, es que sus proporciones se puedan reducir—arguyó Raúl.

—Pues son perfectamente reducibles, y pueden ponerse exactamente en la cuarta parte de su tamaño—repuso Raflo.

Repetidas frases de asombro y de incredulidad se escaparon de boca de aquellos jóvenes, y Raflo, muy complacido, se levantó diciendo:

—Vengan, señores, y les mostraré el maravilloso mecanismo de mi querido barco.

Todos se levantaron dirigiéndose a la popa del hermoso yat, donde la "Dórida" permanecía amarrada, y cual si estuviese animada de vida y voluntad, hacía en beneficio de su amo, salvándole la vida, tanto como cuando era temible morsa, vencida por él, había hecho por devorarlo, para satisfacer una necesidad orgánica de su vida. ¡Cuanto lo había reparado después de su muerte! ¡Por eso Raflo la quería como a un perro fiel, que siempre estuviese dispuesto a salvar a su amo!

Cuando estuvieron junto a la "Dórida", Raflo les enseñó el maravilloso mecanismo, por el cual y mediante el aceite de ballena, con que lubricaba su piel, podía convertir su barco en una especie de baúl, de poco más de un metro.

El asombro de todos fué inmenso, y al mirar Raflo a su amigo, descubrió en él aquella expresión de femenil alegría, que solo le había visto cuando lo soñó mujer. Por un instante se impresionó, pero enseguida se dijo: ¡Es natural; no puede ser otra la expresión de un rostro tan juvenil! Y no dándole importancia se alegró empero de que su buen amigo se regocijara por el descubrimiento, y como para excusarse de no habérselo comunicado antes, le dijo:

—En verdad, Raúl, que ha sido tal el cúmulo de tristes aventuras que hemos pasado, que no me había acordado de enseñártelo.

—Verdaderamente—contestó Raúl—que no habíamos dispuesto de tiempo de reposo; que no terminábamos de salir de un peligro cuando ya otro mayor nos acechaba. Después de tantas angustias, solo hemos tenido los días de paz que llevamos entre estos cultos y amables jóvenes, sin cuya intervención, ya nos hubiese digerido el temible jaguar que nos acechaba. Pero, afortunadamente, aquellos trágicos momentos, solo pertenecen al recuerdo.

—Efectivamente, este yat es para nosotros, como un oasis en medio del desierto, para el fatigado caminante—dijo Raflo—. ¿Pero que pasará después, cuando abandonemos este oasis para lanzarnos al desierto de lo desconocido?—preguntó mirando a su amigo.

—¡Quien lo sabe!—contestó suspirando éste—; pero ya que hemos salido ilesos de tan peligrosas aventuras, confío en que no se presentarán mayores, y que si se presentasen, las venceremos también.

—¡Así me gustas, Raúl! ¡Has cambiado tus ideas pesimistas por un franco optimismo, que aunado a tu valor, nos será doblemente beneficioso! ¡Ahora vengan aventuras, que nos encontrarán de frente!

—¡Admiro, jóvenes, el excepcional valor de ustedes; admiro sus aventuras... pero, si solamente oyéndolas, todo mi cuerpo se extremece, mis manos se hielan y el corazón late tan acelerado, que parece un caballo galopando... ¿qué sería de mí, si tuviese que encontrarme en esos horripilantes casos, por que ustedes han pasado? Y no obstante, sentiría una honda satisfacción y un infinito orgullo, si pudiera relatar ante los demás seres, esas aventuras que ustedes con tanta naturalidad y sencillez relatan, como si no fueran cosas tan sensacionales.

El que así habló era un joven muy grueso, cuyo nombre no hacía honor, por ser el de el rey de la selva.

—¡Eso digo yo!—añadió otro.

—Y yo; un tercero.

—¡Pues yo, amigos míos,—dijo el aficionado coleccionador de curiosidades—desearía tener el coraje suficiente para ir al Polo Norte, en busca de una embarcación como ésta!

—Pero, a más de eso, necesitabas matar alguna ballena, para que entonces te dieran una bella,—dijo uno de sus compañeros riendo, mientras los otros le hacían coro.

—Y que ésta se encontrara en el caso excepcional de qu un animal, digo, un esquimal, estuviese tan enamorado de ella, que te ayudase a conseguirlo —dijo otro siguiendo la broma.

—¡Ja, ja, ja!—le interrumpieron todos.

—¡Basta ya de bromas, que ninguno de nosotros es capaz de luchar con las morsas, y la primera que saliera nos engulliría, como a la más inofensiva alga!

Nuevas risas se sucedieron.

—Vamos, señor Raflo, no haga caso a estos muchachos y prosiga usted sus episodios en el imperio de los hijos del sol, que tanto le hemos interrumpido, a pesar de que todos estamos ansiosos de oirlos.

Raflo se tornó serio; la ráfaga de alegría que sentía oyendo aquellos simpáticos jóvenes pasó, y una nube de amargura cubrió su frente.

—Continúo, señores:

Cuando perdí de vista las temibles morsas, dejé de remar y confié solo en el aquilón, que soplaba fuerte e imprimía una marcha veloz a mi embarcación. Tomé algún alimento, consistente en pescado frito con aceite de foca, de que yo había hecho una buena provisión y puesto en mi inseparable morral; después me acosté, seguro de que mi embarcación se dirigía al S. E. y para no ser sorprendido por algún animal dañino, la cerré. Entonces no tenía la válvula que después le hice, así es que la dejé entreabierta para que el aire no se viciara; pero la aseguré lo suficiente para que no fuera abierta por algún temible colmillo.

Dormí, como hacía mucho tiempo que el estar sobre el hielo no me lo permitía. Sentía un agradable calor y un bienestar. ¿Qué tiempo dormí? Aun no lo sé, pero me parece que fueron días; el caso es, que cuando desperté, ya no había rastro de hielo, y el sol antes tan débil, ahora lo sentía ardiente. Quizás contribuyó a que durmiera así, el estado de laxitud en que me dejó la lucha sostenida con las fieras marinas. ¡Y qué despertar aquél, amigos míos...! ¡Un junco chino me había pescado!

—¿Eh?...?—dijeron varios.

—¡Así, pescado materialmente! Un arpón había penetrado por la hendidura que dejara para renovar el aire, a fin de no morir de asfixia! De allí el motivo por que, después le hiciera esa válvula, para que no me pescaran más. Desperté cuando sentí que con garfios me elevaban y depositaban precisamente, junto a un enorme cachalote, que habían pescado antes que a mí, y que lanzaba sus últimos y profundos resoplidos. Esto fué lo que me acabó de desperezar.

Me encontré en presencia de unos hombrecillos, cuya piel parecía un antiguo pergamino, con nariz achatada y frente deprimida... bajo ésta, dos aberturas oblicuas, que daban la sensación de dos heridas a medio cerrar, contenían el pequeño globo ocular. Estos ojillos tenían vista de lince.

Aquellos hombrecillos, componían las últimas ramas de varias antiguas e incivilizadas familias, que no solo no habían procurado civilizarse, sino que perseguían a todos los que rompieran con sus salvajes tradiciones. Se lanzaban a los mares, y con valor inaudito, atacaban las solitarias embarcaciones, valiéndose de la misma cautela que un gato, para apoderarse del confiado pajarillo. En el silencio de la noche, sin un tiro, pues no usan armas de fuego, sin el más ligero ruido, abordan las embarcaciones, sea cual fuere su nacionalidad; matan la tripulación y roban tres mujeres, matando como a los hombres las otras. Si han robado más de tres, después matan las restantes con una sangre fría que causa horror; midiendo con el reloj de arena el tiempo que cada una resiste los suplicios a que la someten, lo que es para ellos motivo de diversión o juego, durante el cual se cruzan apuestas entre sí. A veces las tres restantes prisioneras son llevadas a presenciar los suplicios, y parecen asombrados de sus gritos y lamentos, pues no se explican que sientan así, por un cuerpo que no es el suyo. En cuanto a las víctimas, las escuchan impasibles, sin que al parecer, sus ayes de dolor hieran sus oídos, ni sus trémulas contorsiones de angustia, les mueva para nada a la piedad. Reconocen el síndrome propio del cuadro, y lo aceptan como natural.

—¡Oh, que insensibles son!—dijo uno.

—¡Verdaderos salvajes!—agregó otro.

Desde luego, que todas las víctimas no expresan sus sufrimientos de igual modo; las mujeres de ellos, por ejemplo, que también sufren este suplicio,—pues en su junco solo han de llevar tres, y siempre sacrifican las que tenían antes, aunque sean de su misma raza,—no exhalan ni una sola

queja ni hacen demostración alguna de dolor. Y todas las que así han sido sacrificadas, pasan por su tubo digestivo, sin que esto signifique que matan para comer, sino que las que así son condenadas, les sirven de alimento. Y lo que para nosotros es horrible y causa la desolación y el espanto, para ellas parece un acto tan natural, que ni las conmueve ni las altera.

¿Será por su religión, o para que los demás no gocen en su agonía, como antes ellas gozaron con los sufrimientos de las que les precedieron?

Yo opino que es, por ser menos sensibles que los demás seres, y por que su religión las ha hecho ser tan estoicas en el martirio, anulando toda expresión en su semblante, que al sufrirlo se limitan a cerrar bien los ojos y a mantener los maxilares fuertemente apretados, sin permitir que sus labios se desprendan para lanzar un ¡ay! que denote sufrimiento.

—¡Qué valor!

—¡Y qué criminales los que tal hacen!

—¿Y no hay leyes que los castiguen?

—Si las hay; sus paisanos civilizados cuando logran apresar esta clase de gente, no les dá cuartel, sino que los trae a puerto colgados de los palos de los barcos, cuando no les dá una muerte peor. En cuanto a los suplicios a que someten a sus víctimas, lo hacen como inmolaciones a sus ídolos; tal vez sea ésta la causa por la que ellos los resisten con tanto estoicismo.

Yo tuve la triste suerte, de presenciar tan horrible espectáculo, que no he de relatarles sino por su extricto orden.

—Sí, señor Raflo;—dijeron a coro aquellos alegres jóvenes, que sentían cada vez mayor estimación y respeto por aquel hombre, que con tanta familiaridad habían tratado al principio, y que a fuer de haber salido ileso de tan horrísonas aventuras, les parecía un ser sobrenatural.

Cuando abrí los ojos de mi largo sueño, estaba rodeado de aquellos extraños seres, que miraban con curiosidad mi embarcación y mi persona; curiosidad que aumentó al fijarse en mis ojos, que no solo por su variedad de colores, sino por su tamaño, formaban un notable contraste con su hendidura oblícua. ¡Puedo decirles, que fué la única vez que noté en sus impenetrables semblantes, traslucir alguna impresión! ¡Saben ocultar de tal manera sus sentimientos cuando lo desean, que parecen piedras!

Yo había anhelado señores, encontrar cualquier vapor o embarcación que me recogiera en mi desamparo; mas... ¡cuánto lamenté después, haber encontrado esa especie de seres degenerados! ¡Me ví rodeado y sacado de

mi barco, por unos sesenta salvajes! No tenía manera de defenderme, así es que traté de resignarme, y aparecer lo mas pasivo posible.

El cachalote que habían pescado, estaba allí, junto a mi barco y todavía se movía en sus últimas convulsiones. Yo miraba aquel monstruo horrible, y los miraba a ellos, quería adivinar en sus impenetrables facciones sus propósitos, ya que su lenguaje me era absolutamente desconocido e ininteligible. Aquellos seres, sin demostrar nada, me tomaron con calma por pies y manos, y con mi cuerpo, empezaron a medir el cetáceo. Al tenderme a lo largo de su palpitante cuerpo, y sentir el vizcoso contacto de aquel monstruo, no pude contener un grito de horror que se escapó de mi garganta...

—¡Ay, que terror!—dijo Raúl.

—¡Me muero si soy yo!—agregó otro.

—Entonces, señores—continuó Raflo—ví que los rostros de piedra demostraban una honda satisfacción, y llamaban a sus otros compañeros, para que todos disfrutaran de mi martirio. ¡Y sus tres mujeres me miraban, como esperando oir escapar gritos de terror de mi garganta! Entonces fué que me propuse sufrirlo todo con resignación, hasta que Dios quisiera poner fin a mi suplicio. "Yo acallé mi horror, cerrando los ojos para no ver aquellas horribles facciones, y continuó mi cuerpo de cinta métrica, pudiendo apreciar que aquel cachalote medía por lo menos veinte metros, de los cuales mas de una tercera parte correspondíaa su cabeza, y cuyos ojos relativamente pequeños, estaban situados como a unos tres metros del extremo del maxilar hacia abajo. ¡Imagínense que fealdad!

—¡Mire que verse uno sobre tal monstruo...!

—¡Yo creo que me muero!—dijo Raúl.

—No, Raúl, no te mueres; hubieras hecho como yo.

Cuando comprendí que aquellos amarillos seres, querían sentir emociones con mi suplicio, me hice estoico, única manera de salvarse con ellos. ¡Martirizar a un ser que no se queja... eso no vale la pena de verlo; es de poca importancia para ellos!

Después que terminaron la medición del cachalote, quisieron amedrentarme de nuevo introduciéndome en la gran bocaza, que por fortuna, ya la muerte habíala contraído fuertemente, lo que impidió que a pesar de los esfuerzos hechos por gran número de ellos, pudieran realizar su intento.

—¡Qué suplicio... y verse indefenso!—dijo uno.

—¡Y quererlo entrar vivo en el cuerpo de un monstruo!—repitió otro.

—"Al menos,—siguió Raflo—eso demostraban. Yo pensé que querían gozar con mis sufrimientos, y traté de dominar el pánico que sentía ante los peligros que me amenazaban, logrando por autosugestión permanecer impacible ante ellos, de manera que, suponiéndome insensible al miedo, desistieron de su diversión. Con gran complacencia mía, me sacaron arrastro de donde se encontraba el cachalote, dedicándome a los más rudos trabajos, en los que apenas me concedían una hora para dormir. En estas condiciones llegamos a un puerto solitario, y muy cerca de la costa, a un pueblecito donde ellos habitan. ¡En él presencié un pavoroso espectáculo! Los habitantes de allí esperaban ya a los lobos de mar... ¡sí, lobos de mar y tigres de tierra...! ¿qué digo...tigres? ¡algo peor... algo que me causa espanto el recordar!...

—¿Han sabido ustedes alguna vez, que haya alguna fiera que mate a sus progenitores para comérselos...? No. ¿verdad? Pues aquellos hombres fieras, se comen a sus deudos entrados en años... ¡Pero no crean ustedes que los sacrifican con aspecto feroz...no! Lo hacen con la misma tranquilidad y sangre fría con que el cocinero le retuerce el pescuezo a un pollo, y continúa como si nada hubiese hecho. ¡Así mismo, amigos míos! Pero lo más extraño aún, es que los ancianos que van a ser sacrificados, permanecen igual! ¡Nadie podría descubrir en sus impertérritos semblantes, huellas de pesar, dolor o miedo! ¡Qué gentes amigos míos... qué seres!...

—¡Son peor que las fieras!

—¡Estar entre ellos, era como sufrir el suplicio de Tántalo!

—¡Así mismo!—asintió Raflo y prosiguió:

—Cuando ví aquellos tan pasivos viejos, tomar un baño caliente de yerbas aromáticas, con la tranquilidad e indiferencia con que nosotros tomamos una ducha...no podía pensar, señores, que aquella ablución, era la despedida de la vida... ¡Quién podía creerlo!

—¡Pero que gente...!—le interrumpieron.

—¡Esos no son cristianos!

—¡No, no lo son...!

—¡Si no tienen sentimientos!

—¡Ni sensibilidad!

—Ya listos, se entregaban al sacrificio ante un raro ídolo, cuyo cuerpo lo formaban multitud de cabezas humanas! ¡Este sacrificio me rebeló contra ellos; quise evitarlo y me trataron como a un sacrílego! ¡Aquellos viejos, que tan mansamente se entregaban así, ya ellos habían hecho lo mismo con sus

antepasados, y me miraban extrañados de mi actitud, como si lo que fueran a realizar, constituyera el acto mas natural en la vida!...¡Esa es una ley a la que ninguno puede sustraerse, y...ni siquiera lo intentan!

—¡Ay, por Dios, Raflo; qué horror! ¿Y tú también tenías que comer de ellos?—preguntó Raúl.

—¡Lo obligarían a comer, claro está!—añadió otro.

—No, amigos; por fortuna para mí, de cada uno de aquellos infelices, solo podían participar los de la misma raza del viejo árbol; para esto se reunían como nosotros en Navidad, a comer un pavo, un cabrito o un lechón.

—¡Ay, qué horror...!

—¿Y para qué era ese baño?

—Yo pensé que sería para asearse, y hasta llegué a creer que era para reblandecer sus carnes a fin de...

—¡Por Dios, Raflo, no digas más...adelante, pasa de eso!—suplicó Raúl.

Y Raflo, compadecido de su amigo, terminó diciendo: después supe que es uno de los mandamientos de su religión.

—¡Sí, sí, todo contribuiría un poco!—dijo uno—y otro:

—¡Eso opino yo!

Y aquí uno y otros hicieron sus comentarios, generalizándose la conversación sobre los tópicos de aquella aventura, hasta que al fin Raúl preguntó:

—¿Y qué te hicieron por el sacrilegio de querer intervenir en el sacrificio?

—Me condenaron a muerte—dijo Raflo sonriendo.

—¿Es posible?

—Como lo oyen—contestó.

—¡Pero usted lo dice con esa tranquilidad!

—Precisamente, por eso tengo tranquilidad, porque lo puedo contar...

—¡Qué valor tiene usted Raflo! ¡Lo admiro!

—Para contarlo no se necesita valor, amigos—dijo Raflo, que se había propuesto disipar con sus bromas el mal rato a su joven compañero.

—¡Para contarlo no...para sufrirlo!

—Tampoco, amigos. Sé que cualquiera de ustedes en mi caso, hubiese hecho lo que yo.

—¡Yo me muero...!—dijo uno.

—¡Y yo creo, que ante tanto sufrimiento, yo mismo pongo fin a mis días!—repitió otro.

—Se equivocan ustedes, porque entonces, es que se despierta el instinto de conservación, con fuerza avasalladora, y se hace todo lo imaginable para conservar la vida, aunque sea unos minutos, esperanzado en que pueda librarse de ella. De tal suerte se aferra uno a la vida cuando cree que se le escapa, que los fumadores de opio, cuando ya se sienten morir, piensan que la próxima es su última fumada, tratan de combatir su vicio, y ya saben ustedes que ese vicio es terrible, que se impone y manda en el ser, sin que pueda resistir su mandato.

—Señor Raflo, cuando termine su relato, díganos algo del opio, pues ya que usted ha estado en China, ha de saber de que lo sacan, —dijo un inexperto jovencito, que a menudo interrumpía la narración con sus preguntas, impacientando a los demás, pero que en esta vez no le tuvieron a mal que interrumpiera.

Raflo, conociendo que todos tenían curiosidad por el asunto, les dijo:

—El opio se extrae de la adormidera blanca, por medio de incisiones hechas en sus cápsulas en no completa madurez, por donde segregan un líquido blanco, que después de desecado, los fumadores solidifican al fuego para su uso.

—¡Ah, si yo creía que era como el rapé!...

—¿Y cómo lo fuman?

Raflo sonrió y dijo así:

—No deja de ser, aún en Pekín, molesto y costoso fumar opio. Yo he entrado en una de esas casas destinadas para eso, donde furtivamente entran los fumadores, (que son muchos) pues allá, como en todas partes, nadie quiere hacer público que lo fuma.

—¡Yo creía que en China se fumaba el opio con la misma libertad que aquí el tabaco!—le interrumpió su interlocutor.

—No lo crea—dijo Raflo. Aquí, como allá sabemos, que el tabaco contiene el veneno llamado nicotina, que actúa lentamente en el organismo; que el humo molesta mucho a las damas y a quien no fuma, y no obstante, se ven por millares los hombres en la vía pública fumando. Pero con el opio no sucede así. Los fumadores necesitan estar acostados para hacerlo, disponer de un alfiler de 14 cm de largo, de una pipa con un tubo de tres cm. de diámetro por 35 de largo, con una bola de porcelana en el extremo y con una chimenea que quepa en ella una horquilla. También es imprescindible una lamparita, en la que endurecen una gota del líquido del opio,

que colocándolo en el orificio del hornillo de porcelana, lo aspiran de una sola vez.

—¡Dicen que los sueños que produce son deliciosos!—exclamó uno.

—Son, según las aficiones de cada cual, en su grado máximo; pero esas delicias acarrean la muerte y la locura. Yo he visto los comedores de opio, y me inspiraron gran compasión esos infelices, porque tardan más en morir o enloquecer que los fumadores.

—¿Y usted vió morir alguno por los efectos del opio?

—Sí; el envenenamiento produce vómitos, sequedad, sed intensa, delirio, piel fría, asfixia...prefiero no recordar el síndrome que me quitó toda idea de probar tan funesto narcótico.

—¡Oh, qué horror! ¡Y que haya quien lo fume...!

—¡Por millares se cuentan los adeptos!

Aquí uno de los espectadores preguntó:

—¿Cómo escapó usted de la muerte entre los chinos? ¿Le revocaron la sentencia?

—¡No, no la revocaron! ¡Me llevaron al suplicio... y escapé de la muerte por la milagrosa pasta alimenticia de qué les hablé antes!

—¿Cómo? ¿De qué manera?—preguntó uno impaciente.

—¿Qué está usted diciendo, señor Raflo? ¡Nos deja estupefactos!

—¿Dió usted su conserva a cambio de la vida?...

Este cúmulo de preguntas fueron hechas a Raflo, reflejando todas ellas que consideraban paradójico cuanto había dicho. Y él sonrió diciéndoles:

—Amigos míos, no consideren ustedes enigmático ni sorprendente, un hecho por demás simple. En cuanto a darles mi maravilloso alimento, jamás lo hubiese hecho, por conocer el carácter insidioso de ellos; sabía que más tarde caería bajo el peso de la sentencia, y que serían inexorables en su ejecución. Y por eso me resigné, pensando en que solo el Ser Supremo me podía salvar y confié en El. Había sido condenado a morir de hambre y sed, encerrado en un estrecho calabozo, cayéndome constantemente una gota de agua.

—¡Ay, que horrible suplicio!—dijo Raúl.

—¡Yo creía que solo en la época de la inquisición se hacía eso!

—¡Pero...señor Raflo, si lo condenaron así, cómo pudo escapar?

—Cuando al llevarme al suplicio, me despojaron de mis ropas, dejándome in puribus, me precipité a mi morral y tomé la última de mi alimento. Ellos me dejaron hacer, y yo miré aquella pasta, o mejor dicho, la brillante

cajita que la encerraba, como al último compañero en mis postreras horas... la miré como a la única cosa que anhelaba llevar a mi encierro, y a mi mente vino la idea, de hacer aparecer aquella cajita, como algo sagrado para mí, y me puse a mirarla con adoración, y despué... apretándola contra mi pecho, me dejé conducir mansamente al lugar que me habían destinado...

—¿Sin resistirte?...

—¿Para qué? Sabía que todo sería inútil, si no me causaba esta resistencia la muerte más rápidamente.

Los que hemos visto de cerca, la muerte varias veces, sabemos apreciar el valor de un minuto, para alargar la vida, sabiendo que en ese minuto podemos quizás, encontrar la anhelada salvación. Lo más insignificante en otras ocasiones, en esa es de un mérito inconcebible; así pues, debido a la parábola de la cajita del alimento. puedo yo estarles contando la tétrica aventura.

—¡Pero, explíquenos, Raflo; no comprendo la parábola!

—Les explicaré:

Me encerraron en un calabozo de unos dos pies en cuadro, por nueve de alto. Al quedarme en él, noté con alguna complacencia,—procurando encontrar en todo alguna parte buena:—que mi encierro no era del todo malo, pues tenía relativa facilidad para moverme, y hacer que la intermitente gota, que constituye el mayor suplicio, cayese en distintas partes de mi cuerpo; si bien es verdad que no podía absolutamente, salvar ninguna parte de que le cayese. Viendo siempre el lado bueno de todas las cosas pues en mi país, no solo nos enseñan de pequeños, a fuertes e infatigables, sino que, nos preparan para la vida, con un espíritu optimista: consideré que mi suplicio no era tan grande, como mis amarillos enemigos deseaban que fuera.

—Lo más malo que yo encuentro, es el que lo dejen morir de hambre—dijo uno de los oyentes.

—¡Oh, jóvenes... quiera el Supremo, que siempre ignoren lo que es el martirio... de la gotica de agua!—contestó Raflo.

—¿Tan malo es?—preguntaron varios de los jóvenes.

—¡Tan horriblemente malo, que es lo único que me parece no tener bastante resistencia para sufrir...! ¡Aún me parece que la siento caer despiadadamente sobre mi cuerpo!... ¡Prefiero desafiar mil veces los peligros de una tormenta en alta mar, en mi pequeño barquichuelo, antes que volver a

sufrir las torturas que padecí con el choque de aquella ténue gotita en mi cuerpo, y que a ustedes se les antoja poco menos que un juego infantil.

—¿Qué dice usted?—le interrumpieron asombrados.

—Imagínense que empieza como una cosa insignificante, casi agradable si se quiere, y que pasados algunos minutos, va pareciendo que ya no es una gota de agua lo que nos cae, sino fragmentos de piedra, que van aumentando rápidamente de proporciones, a medida que se repiten, llegándonos a parecer de un peso de toneladas.

—¡Pobre amigo mío!—dijo Raúl compasivo. ¡Yo sé que ese es uno de los mayores martirios en su misma simplicidad!

—Cuando esa gota cae en la cabeza por mucho tiempo, hace enloquecer de terror a las víctimas que las sufren, y mueren en un estado de desesperación irresistible; con los ojos fuera de las órbitas y un palmo de lengua colgando. ¡Tal es la agonía que padecen!

—¡Parece increíble eue una gota de agua pueda proporcionar tantos tormentos!— dijo un escéptico.

—Solo cuando se tiene la desgracia de conocer por sí, ese tormento, se puede apreciar su poder desbastador—dijo Raflo sin darse por ofendido— y prosiguió: ¡Esa gota toma tales proporciones, que al caer nos apolima las carnes; y tal es el traumatismo que ocasiona, que varios días después de yo haberla sufrido, mi dolorido cuerpo estaba lleno de cardenales, doquiera la maléfica gota había caído!

—¡Qué dice!...

—¡Su caída, fija, rítmica, inmutable, por sí sola constituye un martirio mental, y quisiéramos tener poder para alargar el ínfimo lapso, que hay de una a otro, y mientras esto pensamos, continúa descendiendo sin interrupción ni tregua! ¡Oh, amigos míos; no quieran conocer ese tormento!

Cuando más desesperado me encontraba, próximo ya a desfallecer, a pesar de creerme antes infatigable, se me ocurrió colocar la cajita mágica entre mi cuerpo y la gota, logrando así descansar bastante y calmar un tanto mis agitados nervios. Solo entonces se me ocurrió tomar un pedacito de mi alimento; con que reponer mis desgastadas fuerzas. Estas vinieron a mí, por la nutrición y fuerza calórica, y por la tregua de la gota sobre mi cuerpo. Pero lo que al principio constituyó fuente de alivio, mas tarde añadía un nuevo tormento a los ya citados. El ligero ruido que al principio encontraba insignificante, a medida que corría el tiempo, del cual había perdido la noción, se me hacía insoportable. Aquella gota de agua cayendo

incesante sobre la latica, empezó por aliviar mi cuerpo de ella, pero después a molestarme, a crisparme los nervios; parecíame que hacía un ruido peor que el de un remachador automático! ¡Al cabo de algún tiempo, mis tímpanos sonaban como tambor fuertemente golpeado, y me imaginaba ver todos los delicados huecesillos de mis oídos, aumentar notablemente de proporciones; veía el martillo de gigantesco tamaño, golpear furioso el yunque, produciendo un ruido intolerable!

¡Creo, amigos míos, que estaba a punto de enloquecer, por el dolor de oídos, que aquel ruido me producía. Y no obstante, a mi atolondrado cerebro, no se le ocurría apartar la latar de la gota, para librarme del fatídico sonido!

—¡Ay... qué martirio! ¡Me parece que lo estoy sufriendo!—dijo Raúl algo conmovido.

—Siempre que había oído hablar de ese tormento, me pareció una bobada—dijo uno de los jóvenes.

—Lo mismo creía yo—arguyó otro.

—En cuanto a mí, parecíame tan insignificante, que si me hubiesen puesto a escoger entre diez azotes y un día de gota de agua, me hubiese decidido por lo último, con tal que me permitieran soportarla sentado—dijo el llamado León.

—También yo pensaba, que lo que constituía el tormento, era el permanecer de pie en el mismo lugar y sin moverse.

Raúl, que se impacientaba por aquellas disgreciones, le dijo a su amigo:

—¡Vamos, Raflo, termina de contarnos tu martirio! ¡Ya ardo en deseos de que salgas de allí!

—¡A mi martirio de aquel ruído, que me parecía infernal, se unía una sed devoradora; solo entonces fué que tuve fuerzas de voluntad para apartar la lata, y procurar recibir en la boca aquella martirizante gota, que hasta entonces había tenido como desbordante catarata!

¡Sé que he de parecerles exagerado; pero, ¡ah! señores... cuando traté de mitigar la sed con aquella gota, comprendí, que lo que constituía para mí un ruído aterrador, no era más que una insignificante gotita, que como no lograba calmar mi deseo con la brevedad que lo deseaba, parecíame que tardaba mucho de una a otro! ¡Tal era el estado de ansiedad en que me había sumido aquel infernal castigo, que unas veces me dolía de la rapidez con que se precipitaba la fatal gota sobre mi pobre humanidad, y otras me

exasperaba de su lentitud; cuando la utilizaba para satisfacer una necesidad del organismo!

—¡Oh, ese era un nuevo tormento!—dijo uno de los oyentes.

—¡Y tanto... que yo hubiese querido convertirla en chorro, que se precipitase sobre mi garganta!

Mucho tiempo transcurrió para lograr mitigar mi ardorosa sequedad. Y en ese tiempo sentí cierto bienestar en mi ser, que me hizo olvidar del peligro que me amenazaba.

Desde entonces, con más dominio de mis actos, empecé a hacer variar la caída de aquella gota demoledora; unas veces sobre mi cabeza, brazos, boca, &, y otras en la latica que me servía de escudo. Yo había notado, que a largos intervalos, alguien se asomaba por un agujero practicado en un tabique, que les permitía ver cuando moría la víctima, y que a mi me servía para no morir de asfixia, pues entre el agua que caía y la ténue ráfaga de aire que penetraba por aquel agujero, el ambiente era respirable.

Parece, que según sus cálculos, ya había llegado la hora de que yo sucumbiese, y el espionaje se hacía más seguido, extrañándose quizás, de que hubiese resistido tanto.

¡Yo siempre estaba alerta! No quería que me vieran comer ni tomar la gota, y menos que me protegía con la latica, que ellos consideraban como cualquier cosa, menos como un estuche de alimentos.

Así es, que cada vez que me parecía se acercaban, procuraba me encontrasen en la misma posición que cuando entré. Esto es, con las manos sobre el pecho y entre éstas, mi latica salvadora.

—¿Qué tiempo pasó usted allí?

—No puedo decirlo, perdí la noción del tiempo en la lobreguez de mi calabozo. Pero debió ser considerable, pues mi pasta alimenticia se terminó, y mi cuerpo empezó a nutrirse de sí mismo; y aun así, yo tenía esperanza de salir de allí. Una voz interior me decía, que aunque mi poco tejido adiposo y mis músculos fuesen devorados para nutrir mis órganos más nobles, mi corazón y pulmones no dejarían de funcionar, y que saldría vivo de allí.

—¡Ay, Raflo... cuanto sufrió!—le dijo su amigo.

—¿Usted no se podría acostar?—preguntó uno.

—Acostarme no, pero sentarme en cuclillas sí; mas yo reservaba esta posición para inmediatamente después de haber sido inspeccionado.

Yo mismo no sabía explicarme por que deseaba me viesen siempre en la misma forma.

Es el caso que un día, después que habían estado varios a mirarme, sentí un ruido inusitado que se acercaba. ¿Qué podía ser aquello?— me preguntaba. ¿Vendrían a poner fín a mi suplicio matándome de una vez? Sea lo que fuere—me dije—todo será preferible a tenerme en la situación en que me encuentro. Me propuse por tanto, darles una prueba de estoicismo, y esperé en la misma posición en que me vieron entrar en aquel fatal recinto.

—¿Y qué era? ¿A qué venían?

—A lo que ustedes no pueden, ni yo pude imaginar. ¡Venían a adorarme!

—¿Cómo? ¿Lo convirtieron en ídolo?

—¡Sí, amigos míos! Viendo los lobos de mar que yo estaba vivo a su regreso de sus largas correrías, y que conservaba la misma posición que cuando entré, sin que mis músculos al parecer hubiesen perdido nada, (gracias a que dos terceras partes de ellos son agua, y esta me sobraba gota a gota) me creyeron un ser superior...

—¡Eso también creemos nosotros!—dijeron varios, sobrecogidos de una tensión nerviosa como jamás habían sentido.

—Gracias, jóvenes, no soy más, que lo que ustedes pueden ser— y continuó:

Creyéndome algo excepcional al encontrarme vivo, y por la misteriosa manera en que me pescaron, entre tan raro estuche, convinieron, no solo en perdonarme la vida; sino en postrarse humildemente a mis pies, con la frente apoyada al suelo, y lo que es peor ¡ay! hacerme sacrificios.

—¡Así es, que has sido hasta su Dios!—dijo Raúl riendo.

—Me dieron riquísimos trajes de seda, a la usanza de la aristocracia china, (que dicho sea de paso, era parte del botín que acababan de traer).

Demás está que les diga, la sensación de placer que sentí al poder echar sobre mi desnudo cuerpo, aquellas perfumadas sedas, que me producían un agradable y dulcísimo bienestar.

—¡Ah, que bueno! ¡Al fín cesaron tus sufrimientos!

—No, Raúl, allí no terminaron, pues me adoraron como a un ídolo y ¡ay! me hicieron sacrificios humanos...de seres indefensos.

—¿Qué dices?...

—¿Presenció usted nuevos suplicios?

—¿Qué clase de sacrificios le hicieron?

¡Sí, ese día habían nacido dos niñas y las inmolaron ante mí como si fuesen gatos o perros! Los padres no se impresionaron de aquel acto, que por ser una costumbre muy antigua entre ellos, lo miran como cosa muy natural. Mientras yo, sin poderme contener, protestaba de aquel crimen horrendo, aquellos desalmados seres proseguían su nefanda obra de inmolación, en holocausto de sus absurdas creencias. El acto de rebeldía mío contra sus hechos salvajes, no fué considerado entonces como un sacrilegio; lo tomaron como lógica indignación, por los males que me habían inferido, y que por ello no consideraba yo, aquellos sacrificios, como justa compensación de mis pretéritos sufrimientos.

Todos tocaban con la frente al suelo, y el que hacía de jefe me dirigía un chi li chin chá, que yo no podía entender.

Entonces, una joven china, que había sido traída prisionera, se arrodilló ante mí, con fingida humildad, diciéndome en mi idioma:

—Sé que no eres ningún dios, sino un mortal, que has caído prisionero...

Yo me sobresalté al oir hablar así a la china, y sobre todo en mi lengua, y pensé que me perdería; pero ella volvió a decirme:

—No te sobresaltes por nada, o caerás del pedestal en que te han colocado, y ¡ay de tí entonces! Escucha: ese hombre lo que te decía es, que hoy te seré sacrificada antes que el sol desaparezca del horizonte.

Esto, amigos míos, lo decía con pasmosa tranquilidad, y representaba para los otros que oraba; y continuó así:

—Yo he estudiado Astronomía y sé, que dentro de media hora habrá un eclipse total de sol; quiero que lo aproveches para tu salvación y la mía. Ellos no saben nada de este eclipse, que se efectúa cada varios centenares de años y, si haces la mímica necesaria y pronuncias las palabras que te diré, creerán que puedes mandar en el Sol.

Yo obedecía a la chinita como si fuera un autómata, y a penas pronuncié las palabras dictadas, casi todos los que estaban en el templo lo abandonaron. En realidad, yo no sabía lo que decía, y solo más tarde, cuando nos escapamos, fué que lo supe.

—Estos que quedan son escépticos—me dijo la china—repite con voz de trueno lo que yo te diga, y no te ocupes de mí.

Tan pronto recité las para mí ininteligibles palabras, se levantaron todos y huyeron precipitados, sin ocuparse de la chinita que iban a sacrificar. Segundos después, el Sol empezó a desaparecer con rapidez asombrosa, y pronto reinaron las tinieblas. En medio de éstas brilló una ténue luz que

partía de una mano de la chinita, quien tomando una mía, me hizo apurar un licor, que me vivificó, y después me sacó del templo.

Yo consideraba todo aquello, obra de magia, y me dejaba conducir sin oponer resistencia.

¿Donde me llevaba? ¿Qué pretendía hacer conmigo?

Estas preguntas me las hacía yo constantemente.

La chinita, o el ser que me llevaba de la mano, había enmudecido, y no percibía ni sus pisadas. Todo aquello resultaba tan misterioso, en medio de las tinieblas, que me tenía la mente en suspenso.

Aquí llegaba Raflo en su macabro relato, cuando apareció un marinero llamando desaforadamente, para que vieran un gigantesco pulpo, acabado de pescar.

—¡Vengan a ver,—decía—es el más grande que he visto en mi vida!

Raflo, partió el primero tras el marino y tras él los otros, quedando por tal motivo, interrumpida la narración.

Y en verdad que valía la pena de ver aquel monstruo, que era un ejemplar de los que pocas veces se logra encontrar.

Los exploradores estaban asombrados; nunca habían visto un cefalópedo tan raro, cuyos tentáculos de varios pies de longitud, se movían queriendo aprisionar a los que lo rodeaban; abrazo que es mortal para el que tiene la mala suerte de caer en ellos. Sus redondos ojos, de fijo mirar, y su constante mover de tentáculos, producía un cierto malestar en los espectadores, cual si ejerciese atracción sobre ellos.

Raúl, el más impresionado de todos, se aventuró a preguntar:

—¿Pero es que en las aguas del río hay estos gigantescos monstruos?

—¡No puede ser, estas aguas no son del Amazonas!—contestó Raflo.

—En cuanto a que las aguas no sean del Amazonas, tiene usted razón —dijo un viejo marino—; pero no así en dudar, de que en las aguas del caudaloso río, haya animales de gigantescos tamaños. Y, para convencerlo, voy a narrar una triste historia acaecida en él, presenciada por unos compañeros míos; pero antes quiero hacerles presente, que en ese río, considerado con razón, como un mar de agua dulce, hay muchísimas más variedades de peces, que los que pueda contener el océano Atlántico.

—¿Es posible?—dijeron a la vez los exploradores.

—¡Y tan posible, como que está probado!—contestó con énfasis el marino.

—Es una historia muy corta, pero no por ello menos triste; como lo que acaeció en ella, es lo único que no tiene remedio.

—¿Entonces, es de muerte?—interrogó Raúl.

—De muerte, sí, pero...¡qué muerte! ¡Todavía al recordarlo me siento erizar de pies a cabeza!

Los jóvenes guardaron silencio y el marino empezó así:

En una gran hacienda, a orillas del Amazonas, vivía un matrimonio con una hija, la que, aunque bastante fea, constituía el mayor tesoro de sus padres.

En aquella hacienda habían varios trabajadores, y entre ellos, un joven de unos veinte y tres años, la misma edad de la muchacha. Esta sentía cierta antipatía hacia el joven, que no procuraba ocultar. ¿Porqué le quería mal? Es cosa que no nos interesa. Lo cierto es, que los padres, aunque conocían la animadversión de su hija hacia él no lo despedían, por reconocer sus innumerables méritos, que habían conquistado el cariño de ambos.

La muchacha, que solía pasearse sola por las praderas, desapareció en una de sus salidas. Coincidiendo la desaparición, con la enfermedad del joven que ella aborrecía, que aquel día no había podido levantarse.

—¿Qué le pasó a la muchacha?—dijo uno impaciente.

—Por ahora les diré, que la muchacha desapareció y no lograron encontrarla por más pesquisas que hicieron.

Los padres estaban desconsolados, no sabiendo que pensar. Y únicamente se les ocurría, que su hija había sido secuestrada, y esperaban anhelantes la petición del rescate, aun cuando fuera todo su capital, que entregarían gustoso con tal de salvarla.

El pobre joven aparecía abatido, y esquivaba encontrarse con los afligidos padres, por no presenciar su dolor.

Esto no pasó desapercibido a ellos, y mucho menos a los demás empleados, que empezaron a dudar del joven, e intrigaron con los dueños de la hacienda.

Al principio, desecharon toda idea de culpabilidad contra él; pero... como les hacían presente la mala voluntad que ella le profesaba y la circunstancia de que el joven apareciese enfermo aquel día, y otras miles vacuas sospechas sugeridas al calor de la envidia; llegaron a sospechar de él.

El pobre padre, después de meditar mucho, concibió un proyecto y lo puso en práctica. Habían transcurrido ya tres días de la desaparición de su hija, cuando llamando aparte al joven le dijo: Mira, aquí tienes esta fabulosa

suma que me han pedido por el rescate de mi hija. ¿Te atreverías a llevarla a los bandidos?

El joven, al escuchar aquellas palabras, iluminósele el semblante y expresando gran alegría, le dijo:

—¡Oh, si señor, cómo no; démela usted e indíqueme el lugar donde deba ir!

El pobre padre interpretó mal aquella alegría, y a duras penas pudo contenerse. Toma—le dijo—antes de dos horas puedes estar de vuelta; y le dió la espada presa de terrible angustia.

El joven partió a toda prisa a cumplir su cometido, hacia el lugar que se le indicara a la orilla del río.

—¿Pero la muchacha había sido secuestrada?—preguntaron varios.

—No, pero aquel padre pensó, que el joven se delataría al volver con algún cuento y sin el dinero, o que por el contrario huiría, viéndose dueño de una gran fortuna, en cuyo caso fácil sería su captura.

El buen hombre no quiso dejar traslucir nada a los demás y solo comunicó a su esposa el plan que había puesto en práctica. Esta defendió al joven y aseguró, que al cabo del plazo señalado, el muchacho volvería con el dinero.

No hablemos de este asunto—le dijo su marido—y esperemos su regreso.

—¿Y regresó?—interrumpió uno.

—No; pasaron tres y cuatro horas sin que volviera, y el padre no dudó entonces de su culpabilidad, ordenando a los demás empleados lo capturasen, a la vez que pedía fuerzas para el mismo fin.

La hacienda fué recorrida en todas direcciones, encontrando solo en ella, no lejos del río, una serpiente pitón, de las llamadas anacondas, que a medio enroscar, tomaba el sol adormecida.

Aquel reptil, medía unos diez metros, y los soldados descargaron sus armas sobre ella repetidas veces, alejándose del lugar.

—¿Qué había sido del joven?—le preguntaron.

—Al tomar la cartera con el dinero, habíase dirigido a toda prisa al lugar que se le indicara, en donde se sentó a orillas del río a esperar los secuestradores.

A penas se había sentado, una enorme anaconda que tenía la cabeza fuera del agua, como es su costumbre, salió del río, y lo envolvió con su cilíndrico cuerpo, pudiendo solo lanzar un débil ¡ay!

Varios pescadores, compañeros míos, que en una lancha iban recorriendo el Amazonas, oyeron el grito lanzado por él, y viraron rápidamente a dar cuenta de lo que habían visto y buscar armas y sogas para apresar al terrible reptil. Cuando retornaron al lugar del suceso, ya el enorme animal terminaba la macabra obra de tragarse al infortunado joven...

—¡Ay, qué horror...!

—¡Infeliz...!—dijeron otros.

—A penas el monstruo ofidio terminó de engullírselo, se arrojó al agua dejando fuera la cabeza. Mis compañeros, aunque no desconocían el peligro que corrían, sintiendo el valor centuplicado ante la visión del terrible engullimiento de un ser humano, se aproximaron cuanto pudieron, logrando echar un lazo sobre la triangular cabeza.

—¡Ah, lo apresaron!

—Sí, pero el animal se debatió tanto que hizo hundir el pequeño bote, y gracias a que el vapor a que fueron a pedir auxilio, los siguió de cerca, no perecieron en la lucha.

—¿Y la serpiente, se escapó?

—¡No, volvieron a coger la soga, cuyo lazo corredizo se mantenía en su cabeza.

Tan pronto los náufragos estuvieron en salvo, dispararon sobre la serpiente, la que una vez sin vida, subieron a cubierta. Inmediatamente abrieron el cuerpo del monstruo, de donde sacaron el infortunado cuerpo del joven, completamente magullado.

—¡Pobre joven...y pensar que lo creían culpable de dos delitos!

A poco tiempo y guiado por los disparos hechos a la pitón, llegaron a la orilla un grupo de soldados que, recogidos por un bote, fueron llevados al vapor, en donde ellos pensaron quizás, encontrar al que buscaban. Y, en efecto, allí estaba... pero, ¡en que condiciones!

—¿Y la otra anaconda no se habría tragado a la joven?—preguntó Raúl.

Así se le ocurrió a los soldados, y mientras unos se encargaban de llevar el cadáver del joven a la hacienda, marcharon otros a abrir el otro cilíndrico vientre, en la seguridad de que allí encontrarían la desaparecida.

—¿Y estaba allí?

—Sí, allí estaba, y también veinte y cuatro serpienticas, las que tuvieron buen cuidado de destruir.

—¡Pobre jóvenes!—dijeron compasivamente algunos.

—¿Tan fecundos son?—preguntó el coleccionista.

—Ya usted ve, que seres que se reproducen así, tienen que abundar en esos ríos—contestó el marino dirigiéndose a Raflo.

—¿Pero viven siempre en los ríos?

—Viven en las aguas más de la mitad de su existencia, pues si pasan algún tiempo en la tierra, es para hacer la digestión de lo que engullen.

—Sobre todo, si es tan difícil como los cuerpos de los humanos, con su envoltura de telas—añadió uno.

—¡Qué pesar para los hacendados al ver aparecer así aquellos infelices seres!

—¡Es de suponer lo afligidos que estarían!

Después de haberse comentado en variadas formas aquellas dolorosas escenas, narradas por el viejo marino, Raflo dijo:

—Convenido en que en el Amazonas haya animales tan gigantescos; pero lo que no comprendo, es que, a estas horas, estemos aún en el océano.

Los jóvenes del yat, soltaron la carcajada diciendo:

—Lín le podrá informar.

El aludido tomó la palabra diciendo:

—Señores, ustedes sabrán dispensarnos; pero es tal el placer que sentimos en su compañía, que hemos vuelto hacia atrás, a fin de alargar el tiempo que estén entre nosotros.

Raflo rió ante estas manifestaciones, notando, no sin asombro, la nube de tristeza que cubría la frente de su amigo.

¿Por qué contrariaba así a Raúl, el permanecer más tiempo en el yat?

¿Cual sería la causa, si todos eran tan atentos y se encontraban tan confortables allí?

Raflo disimuló sus pensamientos, diciéndoles con marcada sonrisa:

—Bueno: ahora en castigo, no les relataré hoy, lo que para mí tiene de más tétrico mi aventura.

¿Qué sería lo que le faltaba por narrar? Todos protestaron amistosamente de su actitud; pero Raflo se mostró inexorable, y quieras que no, tuvieron que resignarse a esperar.

Los jóvenes comenzaron a disgregarse y a comentar de diverso modo la actitud asumida por Raflo, recriminando unos lo hecho por Lín, en tanto otros lo encontraban bueno y en beneficio de todos.

Raflo había permanecido en silencio y algo pensativo, después de aquellas palabras pronunciadas por él.

En tanto Raúl, dando muestras de una contrariedad poco habitual en él, preguntó:

—¿Cuando llegaremos a tierra?

—No te impacientes, amiguito; ya pronto podrás elegir femina compañía—dijo uno riendo.

—No molestes más a este joven con tus bromas; es natural en él ese deseo, y debemos respetar su ingénita delicadeza—dijo inopinadamente Lín—arrepintiéndose al momento de haber hablado de esta manera; pues su deseo no era el descubrir, lo que consideraba un secreto del joven.

Raúl sintió afluir la sangre a sus mejillas, y no supo que contestar.

Lín, que representaba ser el de más edad entre todos aquellos bulliciosos jóvenes, habíase conquistado la antipatía de Raúl, por la curiosidad con que lo miraba de contínuo, y por que siempre procuraba estar a su lado tratándolo con la misma deferencia que a una dama; hasta creía haber sorprendido en él, miradas pasionales.

Raúl se sentía fuertemente mortificado ante el peso de esa mirada, y estaba ansioso por llegar a tierra, para verse libre de las insultantes atenciones de que era objeto, aunque parecía nadie se había dado cuenta, ni aún el mismo Raflo; lo que en parte le consolaba. Muchas veces estuvo inclinado el pobre y misterioso joven, haciendo un acto de contrición, a confesarse a Raflo, seguro de ser comprendido y acogido con cariño; pero otras tantas se arrepentía, pensando en que su método de vida cambiaría totalmente, no pudiendo seguir siendo su compañero de aventuras, y por tanto, constituir un obstáculo para la vida de explorador de su amigo.

La penosa situación de Raúl y su antagónico compañero del yat, fué cortada por la aparición de uno de los viajeros, que siempre había escuchado con gran atención los relatos de Raflo, y que en varias ocasiones había querido hablarle de algo, quizás interesante, y que siempre se arrepentía.

—Señores:—dijo dirigiéndose a los exploradores—ustedes son hombres de verdadero valor, hombres para los cuales, las peligrosas aventuras parecen constituir un placer: hombres entre los hombres, a toda prueba...

El sujeto a quien tanta antipatía tenía Raúl, dirigió una mirada expresiva a éste, que pasó inadvertida para los demás, menos para el pobre muchacho, quien levantándose con un gesto de que nadie lo hubiese creído capaz, dijo:

—¡Yo no seré valiente! ¡Pero no me falta coraje para atravesar el corazón de quien me moleste, aunque sea con la mirada...!

Estas palabras dichas con tanto énfasis, contrastando con la tranquilidad del momento, dejó en principio atónitos a los oyentes, y después, una salva de aplausos se dejó sentir.

Raúl se sentó sin sonreir siquiera; parecía algo agitado. Raflo lo comprendió, y como nunca había visto en su amigo aquel alarde de hombría, pensó que alguien lo habría ofendido y se propuso observar. No necesitó mucho tiempo para saber de quien se trataba; había visto seguido a la vehemente e inesperada expresión de su amigo, aplaudir a todos, menos uno, Lín; precisamente el que más simpatía demostraba por Raúl, y el que bajaba la cabeza confundido.

Aquella repentina manera de hablar de Raúl, causó gran efecto en el ánimo de Lín, que comprendiendo a quien iban dirigidas, sumióse en las siguientes meditaciones: ¿Me habré equivocado al juzgarlo mujer? ¿Será un verdadero hombre...? ¡Qué vergüenza, enamorarme de otro hombre! ¡Quien podría sufrir las cuchufletas de mis compañeros, si se dieran cuenta de mi engaño!

Así pensando, se alejó con paso de autómata, y prosiguió: ¡Pero si es hombre! ¡Ese rasgo de valor, de ira contenida, es de un hombre ofendido por mis miradas, que ha tomado por insultantes!

¡Estoy seguro, que como lo dice lo hace!

¡Claro, que me partiría el corazón!

¡Este corazón vil, que ha latido por otro como él!

Pero...¿es que los corazones se equivocan así? ¿Es que los sentidos nos engañan?

¡Pero...cosa extraña! ¿Cómo es que ese valiente muchacho no me ha pedido antes una explicación? ¡Porque estoy seguro, que desde el primer momento, él ha notado en mí esa inclinación!

¡Oh, mi mente es un caos! ¡Y cuan esquiva es la deleznable condición humana!...¡Qué vergüenza siento!

¡No debo presentarme ante ellos más, y menos ante él, ¡ay! Pero este corazón no quiere convencerse del error!

¡Debo terminar de una vez!

El viajero cuya conversación había sido cortada por las repentinas frases de Raúl, llamábase León, y su temperamento resultaba antagónico con la fiera de que su nombre es sinónimo.

León, después de haber ovacionado con vehemencia a Raúl, (quien dicho sea de paso, después de aquella explosión, parecía anonadado) continuó:

—¡Muy bien, joven, a ustedes les sobra lo que a mí me falta para acometer una empresa, que después de realizada, me pondría en posesión de una gran fortuna! ¡Y no es que yo tenga miedo, los es... que, no sé... pero, no puedo pensar en mi castillo sin estremecerme! ¡Tan hermoso castillo no quiero perderlo!

—Pues, amigo mío—dijo Raflo—si usted cree que nosotros podemos hacer algo en su favor, le ayudaremos gustosos. ¿Verdad Raúl?

—¡No le temo a nadie!—fué la inadecuada respuesta de Raúl, cuyo eufemismo solo uno del auditorio podía adivinar.

—Ya lo sé joven,—contestó León—y por eso quiero proponerles que visiten un hermoso castillo que he heredado, el que no puedo disfrutar por salir en él innumerables fantasmas, que causan pánico en sus alrededores.

—Pues mire, León, que me va a agradar mucho la aventura. ¡Verá como nos divertimos!

—¿Quienes...ustedes?—preguntó sobresaltado.

—Y usted—contestó Raflo.

—¡Ah, no; yo no voy!

—Sí, León, usted debe ir con nosotros.

—¡De ninguna manera! ¡Prefiero perder para siempre el castillo!

Todos rieron de el miedo demostrado por León, y Raflo notó que Raúl había desaparecido, como antes Lín.

Un momento después, todo era alarma y confusión. Todos corrían en la dirección que Raúl y Lín habían tomado.

¿Qué ocurría?

¡Un grito de terror se había escuchado! ¿Quién lo había lanzado?

Cuando Raúl se apartó del grupo de jóvenes que los rodeaban, escuchando la trágica aventura de Raflo, siguió, sin darse cuenta, la dirección que había tomado minutos antes el joven Lín. Pensaba muy en serio en lo difícil que se le estaba haciendo su permanencia en el yat, debido a la impertinencia de Lín, que se obstinaba en tomarlo por mujer. Tras esta idea otras más tristes acudieron a su mente, y por sus mejillas deslizáronse líquidas perlas, brotadas de sus hermosísimos ojos mientras los elevaba al espacio y con sus manos unidas decía: ¡Hasta cuando Dios mío, hasta cuando!

Cualquiera que lo hubiese visto en tal actitud, no hubiera podido por menos pensar, que representaba un sexo apócrifo.

En su desconsuelo Raúl, no había fijado su atención hacia un lado de la popa, en que sentado sobre un banco y medio oculto por frondosas macetas, estaba el pobre Lín, con la cabeza entre las manos, como sumido en grandes meditaciones; mas para ninguno de los dos se hizo visible la presencia del otro. ¡Pobres jóvenes, ambos sufrían sin que uno ni otro quisieran ocasionarse penas! Lín sentía una mezcla de dolor y descontento de sí mismo; parecíale que sus compañeros se mofarían de él, y esta idea le hizo concebir negros pensamientos, que cada vez más se agigantaban en su cerebro, no encontrando otra solución mejor que dar a su situación. También Raúl estaba descontento de sí después de las violentas palabras que había pronunciado. ¡Con cuanto gusto hubiese abandonado aquel yat, para no encontrarse más en presencia de los alegres viajeros! Prefería encontrarse por las más salvajes regiones en compañía de su buen Raflo, al que miraba como hermano, y de quien jamás recibía una sola mirada que le mortificase.

Lín se sentía avergonzado por haberse enamorado de un hombre, a quien desde un principio creyó mujer. ¿Por qué, sin razón alguna, había juzgado del sexo débil a un hombre valiente? ¡Oh, qué vergüenza!—se decía—¿Cómo podré permanecer en su presencia? Y ...¡si mis compañeros se enterasen...! ¡Pero no... no me verán más!—exclamó— y levantándose como un autómata, llegó a la borda y se lanzó al agua.

Raúl había escuchado sus últimas palabras y al volver la cabeza sorprendió a Lín en el momento en que se arrojaba al mar. Un agudo grito se escapó de su garganta y sin saber lo que hacía, sin medir las consecuencias de su temeraria empresa, se arrojó tras él para salvarlo, con gran riesgo de su vida, que estérilmente hubiese sacrificado, a no ser porque los demás viajeros extrañados de aquel grito corrieron en su auxilio. Ninguno sabía de qué se trataba, mas la escrutadora mirada de Raflo, descubrió prontamente el saco de su amigo y sobre las aguas dos cuerpos que se agitaban. Los jóvenes sobrecogidos de espanto no sabían que hacer, y los juzgaban perdidos por la gran distancia que los separaban del yat. Raflo, sabiendo que de no obrar presto todo esfuerzo sería inútil, se arrojó al mar con su "Dórida" y antes que los inexpertos jóvenes se repusieran del pánico que los invadía, ya él estaba junto a su amigo, y entre ambos subían al bote el inanimado cuerpo del infortunado Lín, que después fué llevado al yat.

Ya a bordo, Raúl fué a cambiarse volviendo a pocos instantes provisto de cepillos con qué friccionar los flácidos miembros de Lín; y en tanto esto hacía él, Raflo trataba de restablecer artificialmente la respiración, con movimientos de brazos, lo que logró al cabo de dos horas, ante el asombro de sus camaradas, que habían juzgado inútiles todas aquellas maniobras.

Cuando lo vieron respirar, llenos de admiración abrazaron a los exploradores, a quienes consideraban muy superior a ellos.

El pobre Lín había vuelto a la vida, pero no a la verdadera posesión de los sentidos.

—Pronto tendrá fiebre—anunció Raflo—y quizás tarde varios días en volver al uso de sus facultades.

—¿Cuando llegaremos a puerto?—preguntó Raúl con visible interés, que todos acogieron como propio del caso en beneficio de Lín.

—Con marcha forzada emplearemos todo el día—contestó el Capitán.

—¡Pues hágalo usted!—dijo Raúl en tono suplicante.

Raflo pensó que el interés de su amigo por llegar a tierra, obedecía al deseo de alejarse del hombre a quien juzgaba su enemigo, y por el que Raúl había expuesto la vida, por salvarlo de una muerte cierta. Mas no creyó prudente tratar de profundizar en un secreto, que, al parecer, su amigo quería guardar; no obstante, buscaba en su mente la causa de la ofensa.

El día transcurrió triste y entre comentarios.

Raúl había dicho:

—Yo creo que Lín se había sentado en la borda a tomar el fresco, y en un descuido cayó al agua, lanzando un grito en su caída.

Como los lectores saben Raúl mentía al hablar así, pues Lín se arrojó por su voluntad, siendo él quien lanzara el grito.

Raúl tenía esperanzas de separarse de los jóvenes, antes que Lín pudiera hablar, y, después... ¿qué le importaba lo que él dijera? Probablemente nunca más se verían, pues ellos seguirían recorriendo el mundo.

Por la noche, Lín se encontraba aletargado por la fiebre y Raúl recomendó a sus compañeros lo friccionasen con una esponja empapada en agua avinagrada, para que se le rebajase. Ninguno pensó acostarse aquella noche y Raúl, mirando a su compañero de aventuras de manera en que por igual se veía el reconocimiento unido al amor fraternal, le dijo en tono triste, como queriendo que el relato de su amigo alejara sus pensamientos:

—¡Raflo, quisiera que continuases tu aventura en China! Quedaste cuando en el eclipse la chinita te llevaba por la mano.

—¡Ah, sí, ya recuerdo!—dijo Raflo complaciente.

Al momento todos le rodearon pendientes de sus palabras.

Raflo empezó así:

Aquella joven china me guiaba en medio de las tinieblas que habían sucedido a la luz del día. El silencio era impresionante y caminábamos muy quedamente. Cuando habíamos andado mucho, oí que me decía aquella voz:

—Raflo, ¿se atreve usted a reconocer su embarcación a oscuras?

—¡Oh, sí!—contesté, asombrado de que aquella mujer supiese mi nombre; pero no siendo oportuno averiguar como lo había sabido, no interrogué.

—Pues bien;—añadió—tenemos que embarcarnos en ella para poder escapar...

—¿No sería mejor, irnos en el junco en que me trajeron?. De lo contrario nos perseguirán en él, tan pronto pase el eclipse y se den cuenta de nuestra fuga.

—Tiene usted razón—me contestó. Yo sé que en el junco no hay nadie; sé manejar algo, por haberlo hecho en uno de recreo que tiene mi padre, y espero no tener entorpecimiento en su gobierno.

Un momento después partíamos de aquel puerto tan rápidamente como nos era posible, protegidos por las tinieblas reinantes, ocasionadas por la interposición entre el Sol y la Tierra, de un cuerpo celeste de gigantesco volúmen. (1) Nota de la autora: Se trata aquí de un cuerpo celeste imaginario para favorecer la fuga.

—¿Y duró mucho el eclipse?—preguntó uno.

—Aunque su velocidad era el duplo del de la Tierra, dado a su inconmensurable volúmen, fué el tiempo suficiente para permitirnos escapar.

—Quisiera ver un eclipse así—dijo Raúl.

—Pues ese tardará cientos de años en presentarse, lo cual nos deja la mente en suspenso, ante la inmensidad del espacio, en el que nuestro planeta nos es más que molécula infinitesimal, y nosotros sus habitantes, infinitísimos átomos.

—¡Y no obstante,—dijo uno—cuan grande, nos parece nuestro mundo!

—Sobre todo para el que viaja—agregó otro.

—Sólo pueden apreciar su pequeñez, los que se dedican el estudio de la Astronomía—dijo Raúl.

—Sí,—repuso Raflo—porque ellos saben que el Universo está compuesto por infinidad de gigantescos soles...

—¡Pero de que vale que sean tan grandes si ninguno está habitado!—dijo uno de los jóvenes.

—¿Por qué dice usted que no están habitados?

—¡Porque no lo están...!—Contestó otro sin perífrasis.

—Esa no es explicación satisfactoria...

—Pues no puedo dar otra...

Y yo creo,—dijo Raflo—que la mayor parte de esos mundos, cuya evolución lo permita, están habitados.

—¿En qué se funda usted?—le preguntaron.

—En un hecho indubitable; no es posible que siendo la Tierra, uno de los planetas más pequeños conocidos, sea la única que tenga el privilegio de estar habitada.

—Eso mismo opino yo,—dijo Raúl—y pienso, que así como en nuestro planeta existen infinidad de seres, que difieren tanto en su constitución como en los medios de vida; ya que unos viven entre el agua, otros bajo la tierra y sobre ella, también pueden existir seres en otros mundos, cuya constitución física difiera de la del nuestro.

—Eso es—afirmó Raflo.

Y después de una ligera pausa continuó así:

—Con un lento amanecer disipáronse las tinieblas del día anterior, y en tanto Febo no dejó ver sus ardientes rayos, mi salvadora y yo, no cruzamos palabra alguna; ambos habíamos permanecidos sometidos a la tarea de alejarnos de nuestros enemigos; ella en el timón, que manejaba diestramente, y yo, en cuanto creía útil y necesario para propiciar ligereza al junco que tripulábamos.

Ya entrada la mañana, me dí a la búsqueda de alimentos, que no tardé en encontrar, y puestos en una bandeja junto con el té que yo había hecho, fuime hacia el timón, para comer con mi compañera.

—Señorita,—le dije sin saber que tratamiento debía darle— ya estamos lejos del peligro y debemos procurar reponer las fuerzas.

—Sí, vamos a tomar alimento, que buena falta nos está haciendo. Pero... dígame; ¿cuántos días hacía que usted no comía?

—Quizás dos días...

—¡Cómo...! ¡Si yo sé que hace muchos días que te sometieron al martirio!—¿Quien te daba alimento?—Continuó tuteándome y al parecer con un tono desdeñoso.

—Nadie, pues en esos seres no alberga la compasión...

—Tienes que darme una explicación lógica que me satisfaga—me dijo —. Y te participo que he viajado y estudiado lo bastante, para saber que el organismo humano no puede subsistir tanto tiempo sin alimento, y menos presentar el aspecto que tu tienes; quiero saber cómo y porqué ha sido... Bien sé que no eres un santo.

—Es usted curiosa y voy a satisfacer su deseo contándole mi secreto, que ya no tiene razón de ser. Y acto seguido le narré cuanto ya ustedes conocen sin omitir detalle.

La chinita pareció complacida y rió de la treta jugada por mí a sus salvajes paisanos.

—¿Y usted como se encontraba con ellos?—le pregunté.

—¡Ah, ya preguntas algo—me dijo sonriente—; el junco en que viajaba fué apresado por esos foragidos, y el traje que llevas se lo mandaba mi padre de regalo a un amigo.

Yo dije algunas tonterías para excusarme de llevar aquellas prendas que, dicho sea de paso, si en el primer momento de vestirlo lo sintió mi epidermis delicioso, ya entonces el cuerpo lo sentía embarazoso para sus movimientos.

Cuando la joven terminó de contarme como habían apresado su barco, mirándome fijamente me dijo: hace rato que espero de usted otra pregunta.

Noté que la chinita me trataba de usted, y pensé que se refería a que no le había preguntado su nombre, e inmediatamente le dije:

—¿Tendría usted la amabilidad de decirme su nombre?

—Esa no es la pregunta que esperaba; pero mi nombre es el emblema de felicidad.

—¡Ah!—exclamé, por decir algo, y me dí a pensar en cual sería el emblema de felicidad china, pues yo lo ignoraba por completo.

—¿No tiene usted otra pregunta?—volvió a decirme.

—Sí. ¿Cuál es el emblema de la felicidad china?

—Una flor...

—¿Cómo se llama esa flor?

—¿Lo ignora?—me preguntó.

—Sí, lo ignoro.

—Es la flor del loto.

—¡Ah, entonces su nombre es...

—Loto,—me contestó algo contrariada al ver que yo no sabía su simbólico nombre.

—Dispense mi ignorancia, Loto—le dije.

La joven pareció alegrarse de oir su nombre y balbució:

—¡Oh, cuánto tiempo sin oir decirme así!...

Pareció que evocaba gratos recuerdos del pasado. Habíamos terminado la colación y Loto volvió muy pensativa al timón, que uno u otro habíamos sostenido con una mano mientras comíamos.

Yo puse las cosas en orden, dí varias vueltas y sin saber porqué, me acerqué a la joven y le dije:

—Loto, estoy devanándome los sesos por saber como averiguó usted mi idioma y lo que es más difícil aún, mi nombre, que pronunció desde el primer momento, sin poder conseguirlo. ¿Tendría usted la bondad de decírmelo?

—¡Ah, al fín me habla usted de la pregunta que tanto le había insinuado! Tal vez me suponga adivina ¿verdad?

—Podría adivinar mi nombre, pero no así mi idioma. que de no haber estudiado no podría hablarme en él. Le ruego me diga...

—Lo conocí a usted en la Ciudad de Dórida, en Grecia, en ocasión de salvar usted a mi novio de un atropello estudiantil, cuando él y yo habíamos ido a visitar las famosas ciudades de aquel país. Pretendíamos ir al Peloponeso, y llegamos por el cabo Araxus al norte de la Elida, es decir, usted sabe que la Elida es toda la región que va desde la Acaya a la Mesonia. Fuímos a Sánico para visitar el templo de Neptuno Saniano. Yo deseaba ir al monte Liseo, en Arcadia, para ver el nacimiento del impetuoso torrente del Neda, que según dicen, Rea lo hizo brotar al momento de nacer Júpiter, pero me conformé cuando mi hermano me prometió visitar el templo de Olimpia en la Pisátida.

Queriendo cortar aquel geográfico relato, que ya me estaba cansando, le interrumpí diciendo:—entonces vería usted la famosa estatua de Júpiter esculpida por Fidias en marfil...

—¿Cómo no verla? ¡Una estatua que sentado toca el techo del altísimo templo! Es mucho marfil el de tan gigantesca estatua. Pero mucho más me gustó la de oro que le ofrendó Cypselo.

—¡Ah, sí!—le dije a Loto, temiendo me fuera a describir cada una de las maravillas del templo,—si todo eso lo he visto. Y después, para acabar de una vez con aquel relato: ¿Pero como sabe usted mi nombre?

—Está bien. No le hablaré más de ciudades y maravillas que usted conoce. Fué la inadecuada respuesta de Loto

Esperé a que me dijera, pero se quedó sumida en impenetrable mutismo.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?—le repetí.

—Porque usted era amigo de mi novio y él me lo dijo. En cuanto a su idioma, él lo sabía y me lo enseñó.

Al llegar aquí sorprendí en la chinita una mirada extraña. ¿Qué encerraba aquella mirada? ¿Sería rencor o amenaza? No podía adivinar lo que sería, supuesto me aseguraba que había salvado a su novio y esto debía agradecérmelo.

Sin embargo, aquellas palabras no eran de agradecimiento. Después que Loto dijo sus últimas palabras, se encerró en inexplicable mutismo. ¿Se habría enfadado conmigo por haberle cortado su relato? En realidad, yo lo atribuía a esto.

Por más que lo había intentado, Loto no quería hablar; y a medida que nos acercábamos a Tiero-tsin, puerto de Pekín, aquel rostro se hacía más impertérrito.

Cuando yo menos lo esperaba, me dijo de improviso:

—¿Conoce usted el templo de Kioto en el Japón?

—No, señorita, no lo conozco; pero he oído decir, que sus vigas fueron alzadas con cables que habían hecho de cabellos humanos.

—Sí, los que debían algo le daban el pequeño castigo de arrancarle los cabellos a tirones, con los cuales se hacían los cables.

—¡Qué salvajismo!—le dije sin poderme contener, sintiendo que aquel "algo" me impresionaba grandemente.

—¿Conoce usted la pena del talión? Esa es la nuestra, más benévola.

Al oir estas palabras en boca de aquella flor de Loto, o flor de felicidad, en tono que nada de tranquilizador tenía, sentí un gran calofrío invadir mi cuerpo y guardé silencio. Ella me miró de soslayo y palidecí. ¡Tal parecía que aquella mujer me reservaba algún martirio! ¿Porqué? Después de aquellas palabras volvió a sumirse en su mutismo.

Yo sabía que esta raza es implacablemente vengativa. ¿Pero de qué podía ella tomar venganza de mí...?

Por fín llegamos a la gran ciudad de China.

—¿Cómo son sus casas?—preguntó uno.

—Allí todos los edificios son de la misma arquitectura, pero con solo ver una casa, se puede saber la alcurnia de su morador. El alto y grueso de las columnas, está sistemáticamente en relación con la nobleza del dueño. El rico comerciante, industrial &., no puede fabricar su casa con las columnas del mismo grueso y alto que un noble, aunque esté arruinado. La arquitectura ha de ser de acuerdo con la jerarquía de su nacimiento.

Estas son las costumbres de la llamada "cuna del género humano".

Para abreviar diré que la chinita, la flor de Loto, llamó a uno de los hombres que tiran de las carretillas llamadas jinrrikissha, en que pasean las damas, y hablándole en su idioma, el chino me dió una de las barras y me indicó correr. Como ellos tienen un andar especial y el mío no guardaba la proporción de compás en el movimiento de la carretilla, la chinita no se sentía cómoda, y habló de nuevo al chino, que me entregó las dos barras y tuve que hacer de caballo y tirar del carrito que llevaba aquella flor de felicidad: que todo me parecía a mí, menos una flor de esa índole.

Llegamos a casa de la tal flor, a la que recibieron con alegría nada expansiva, y sí ceremoniosa, como es habitual en ellos.

La china le habló a su hermano y éste se acercó con el movimiento del gato que va a caer sobre su presa.

La hermana le volvió a hablar y él se detuvo.

—Raflo, eres nuestro huésped y se te tratará como tal, después que pagues la deuda que tienes pendiente con mi hermano—dijo la chinita con la cortesía que en ellos es proverbial.

—¿La deuda dice? ¿Qué deuda es esa?

—Escucha: te dije que habías salvado a mi novio; pero no que habías entuertado a mi hermano.

—¿Yo? ¿Cuando? ¡No es verdad! Están ustedes confundidos.

Con una calma que contrastaba con mi excitación dijo:

—No es posibe confundirte con nadie. Fué cuando mi hermano por defender a mi novio intentó matar al que lo agredía, y tú, interponiéndote, diste a mi hermano un bofetón y al caer al suelo se lesionó un ojo, que perdió después de algún tiempo de enfermedad. Por nuestra ley, debías tú perder otro, pero como me has ayudado a escapar, debe suavizarse tal rigor... Irás con nosotros al templo del Cielo y verás los sacrificios que se hacen. Loto había vuelto a tutearme.

—¿Cómo es ese templo?—preguntaron.

—El templo del Cielo es un bellísimo edificio de tres techos, construído sobre tres altas explanadas de mármol, muy cerca de Pekín.

Me resigné con mi suerte y llegué a creer que estaba a salvo de todo, pues nadie demostraba aversión hacía mí, y hasta el chino tuerto me hablaba con la impasibilidad y cortesía que caracteriza los actos de los chinos, que como antes dije, es la raza por excelencia para ser atentos y corteses. A la hora de dormir, me indicaron una esterilla en el santo suelo y un trocito de madera por almohada.

Al siguiente día me hicieron el honor de que tirara de otra carretilla en que iba flor de felicidad y su madre. Llegamos al altísimo templo del Cielo y no quiero relatarle los tétricos sacrificios que presencié. Pero sí he de decirles, que al terminar aquella serie de sacrificios, se acercó a mí el chino tuerto, la flor de felicidad y otros dos; me amarraron a una columna y mientras el tuerto me hacía en la mejilla izquierda este tatuaje en forma de ojo con tinta negra, su tierna hermanita, emblema de la felicidad, con pasmosa tranquilidad se entretenía en formar este otro azul. Cuando terminó me dijo con pausa insultante: Hemos querido demostrar donde correspondía cada color de sus ojos.

—¡Yo creía que era de nacimiento!—dijo Raúl compasivo.

—¡Nosotros también!—añadieron otros.

—Pues ya ven ustedes, que es debido al deseo de seres humanos, por verme más feo de lo que Natura plugo hacerme...

Al decir así pasó su linda mano por la noble frente, echando atrás sus dorados rizos, que habían caído sobre ella en desorden, lo que quizás haría para alejar sus tristes recuerdos.

—Procura olvidar tan desagradables recuerdos, amigo mío,—le recomendó Raúl.

—Ya me he resignado; pero, al principio...¡cómo sufrí! ¡Llegué a huir de los seres y a despreciarlos! Ese fué el origen de mi misantropía, de que tú, amigo querido, me has curado, con la nobleza de tu carácter y la corrección de tus modales.

—¡Ah, si la humanidad se diera cuenta de la felicidad que puede proporcionar, con la discreción, la cultura y la cortesía... cuán delicioso sería este mundo donde tantos defectos evitables imperan!

Raflo continuó:

Me llevaron a ver la Gran Muralla, aquella célebre muralla cuya construcción tantos miles de vidas consumió. Su altura de veinte metros por

seis de ancho, me hizo un efecto desastroso, por lo inaccesible que es, y que por ella no podía escapar. De allí fuímos a la gigantesca torre funeraria, que se eleva gallarda e imponente. Pero lo que causó mi mayor admiración, fué la bellísima torre de porcelana en Nankin; ésta, como la funeraria, tiene siete techos después de elevarse su base a gran altura. Aquella torre tiene una belleza incomparable; sus techos están adornados en sus ángulos, por lindas campanillas también de porcelana, terminando su cúpula en una gran campana del mismo material, decorada con una serie de campanillitas, que agitadas por el viento, forman simpática sinfonía, que hace aumentar el encanto de la torre.

Esas bellezas de que les hablo, bastarían a distraer la atención de cualquier viajero que no se encontrase en la situación en que yo me encontraba, que solo anhelaba dejar el país en donde tanto había sufrido. Aun no sabía yo lo que en realidad me habían deformado el rostro, porque en aquella ciudad es difícil encontrar espejo; pero ante el recuerdo de semejante ultraje, me sentía indignado; todo mi ser se revelaba contra ellos, la ropa que usaba me era odiosa, producíame un escozor que casi rayaba en urticaria... ¡a tal grado me molestaba su uso!

No quiero cansarlos contándoles lo que sufrí en los pocos días que pasé en la silenciosa ciudad celeste. Allí nada hace ruído, ni sus habitantes hablan alto, ni ríen con alegre y estrepitosa carcajada. No se ven explosiones de ternura ni de odio, pues todo lo toman con asombrosa pasividad. No los alegra una fiesta, ni se emocionan al ver cercenar los miembros de un delincuente, ni cortar pedazo a pedazo la piel de una víctima. ¡Esta gente es inmutable!

—¿Cómo lograste salir de allí?

—Como yo había salvado al novio de Loto de que lo mataran, aunque yo no recordaba bien éste hecho, él, en agradecimiento, me embarcó para Europa, llevando como único tesoro, mi "Dórida".

—¿Por eso le pusiste ese nombre a tu bote?

—Sí, en agradecimiento a esa ciudad griega; pues de no haberme conocido allí Loto, no se hubiese interesado por mí cuando me tenían convertido en ídolo, en un altar, sin darme alimento alguno, y en donde irremisiblemente hubiese muerto.

—¡Tienes razón!—dijo su amigo.

He terminado mi aventura en China, de la que conservo imperecederos recuerdos, encontrándome siempre dispuesto a luchar con todas las que quieran salirme al paso.

EL CASTILLO DE LOS FANTASMAS

Como recordarán los lectores, uno de los viajeros del yat nombrado León, poseía un hermoso castillo, herencia de sus mayores, el cual, según decía, era albergue de numerosos fantasmas, que lo hacían inhabitable, y que llevaban el pánico a todos los vecinos de la comarca, que se abstenían de andar por sus alrededores. Como esa posesión constituía una gran fortuna para su dueño, éste estaba interesado en que los exploradores la librasen de sus invisibles moradores, a lo que ellos habían accedido. Así que, al terminar Raflo su narración, León habló en esta forma:

—Pues lo dicho, señor Raflo, Ud. librará mi castillo de los fantasmas. Si usted no le tiene miedo a los vivos, menos le tendrá a los muertos.

—Creo que los fantasmas de su castillo serán unos "vivos" mortales.— Contestó Raflo sonriendo.

—¿Qué quiere usted decir? Son muertos y muy muertos; eso lo saben todos los del contorno.

—Está bien. Sólo quiero me informe, como se ha enterado de la existencia de esos fantasmas y de cuando datan.

—Ese castillo era de la propiedad de unos tíos míos. Un matrimonio sin hijos. Es decir: tenían uno que murió hace dos años; quedando ellos sin consuelo, fueron instados por el mayordomo del castillo, persona de toda su confianza, para que marchasen a Europa, tanto para que disipasen las penas que los embargaba, como para que mi tía restableciera su quebrantada salud. Viajaron durante un año, y a su regreso extrañaron en algo el castillo; nada había cambiado: los mismos tapices y ornamentos, los muebles en su lugar, y no obstante, ellos tenían la idea de que algo había cambiado en algunas piezas, pero esta idea era vaga, pues nada lo demostraba.

—¿Y qué cambio encontraban?

—Un disparate: decían que algunas piezas parecían reducidas. ¡Cosas de viejos.

—¿Y la servidumbre, dónde estaba?

—Fué despedida hasta el regreso de mis tíos.

—¿Quién quedó guardando el castillo?

—El Mayordomo y dos o tres criados de su confianza.

—¿Qué tiempo hacía que tenía ese Mayordomo?

—Solo un año, pero su buen comportamiento le captó la simpatía y confianza de mis tíos.

—¿Y a su regreso, él estaba allí?

—Sí; pero dijo que se retiraba del servicio dejando en su puesto uno de los hombres de su confianza.

—¿Qué motivos alegó para retirarse?

—El de los fantasmas. Aseguró que desde la partida de ellos se sentían ruidos y se veían visiones.

—¿El criado que él dejara en su lugar los había visto también?

—No, aseguraba no haber visto nada ni oído, porque él no le tenía miedo a los muertos.

—¿No llamaron a su regreso a los otros criados?

—Sí, todos fueron llamados, pero habían desaparecido.

—¿De qué murieron sus tíos?

—Mi tía de un susto. Todas las noches sentían ruidos extraños, y una noche vió el fantasma de su hijo y murió de la impresión.

Raflo asintió como si esperase esa respuesta.

—¿Y el tío?—interrogó con interés.

—Mi tío nos escribía cada día dándonos cuenta de los sucesos sobrenaturales que se observaban, hasta que una mañana, en vez de su carta nos llegó un telegrama del Mayordomo anunciándonos el fallecimiento de mi tío.

—¿Y después?...

—El castillo fué cerrado y sellado, y nunca más ser viviente alguno ha penetrado en él; ni lo intentan, porque se ven luces por las ventanas y se escuchan voces y lamentos de seres de ultratumba.

—Está muy bien. Esa aventura me gustará mucho. ¡Créame usted!

En la expresión de Raflo se notaba intensa satisfacción, entregándose con mucha fruición a saborear el deleite de arrancar a aquel castillo la fama adquirida.

Ya era casi el amanecer y como el enfermo daba muestras de mejoría, los jóvenes se retiraron a descansar a sus respectivos camarotes.

Raúl no había oído nada de los fantasmas del castillo, pues tan pronto Raflo dió por terminada su narración, se retiró pensando en la triste determinación del infeliz Lín, al querer privarse de la vida.

Al amanecer, la fiebre en el enfermo había cedido, logrando conciliar un tranquilo y reposado sueño.

Raúl, sabiendo que al despertar estaría fuera de peligro, solo anhelaba el arribo a puerto, para evitar explicaciones que le eran enojosas. Y este deseo se vió al fín satisfecho. No habían transcurrido aún quince minutos, cuando el yate entraba en Prainha, puerto del Amazonas, con gran contento de Raúl que vió a Lín dormir profundamente.

Antes de saltar a tierra Raúl dijo a sus compañeros de viaje:

—Señores, les estoy muy agradecido por todas sus atenciones, y sobre todo, por habernos salvado de las garras del jaguar.

—¡Oh, si no hicimos nada en que expusiésemos la vida, como usted por nuestro amigo; además, ustedes nos han proporcionado unos días de agradable compañía...

—Gracias. No despierten a Lín; cuando lo haga espontáneamente le dicen, que yo llegué en momentos en que él se sentaba en la borda y caía de espaldas. De esta manera, Raúl quería evitar al joven darle explicaciones a sus compañeros.

Tras de efusivas despedidas saltaron a tierra los exploradores seguidos del pusilánime León, que tan poco honor hacía a su nombre.

Después de recorrer la ciudad y de abastecerse de lo necesario, fuéronse al hotel que de antemano habían elegido.

—León,—dijo Raúl—¿dónde está su encantado castillo?

—En la Paz—dijo tranquilamente el interpelado.

—¡En la Paz!—Repitió Raúl, como si le dijeran en otro mundo.

Raflo, acostumbrado a las grandes distancias, se limitó a sonreir.

—¡En la Paz!—dijo nuevamente! Tenemos que atravesar el continente!

—¿Te disgusta, amigo mío? ¿No pensábamos ir al territorio de los Incas? Pues ya tenemos un motivo para reposar en el trayecto; ya verás como nos divertimos—dijo Raflo afablemente.

—Es verdad. Entonces seguiremos por el Amazonas hasta el Madeira. ¿Veremos las hermosas cataratas?...

—Sí,, podemos verlas— contestó León. En Porto Velho tomaremos el ferrocarril que pasa cerca de esas cataratas, después viajaremos en llamas hasta Trinidad.

—¡Ah, iremos sobre las llamas...!

—Sí, pero no nos quemarán—dijo León riendo.

—Es que recuerdo que no ha mucho el estar bajo la piel de llama nos salvó...

—Ya recuerdo—interrumpióle León, y prosiguió: Después iremos en ferrocarril y pasaremos por grandes alturas y podrán ver el pico nevado del Illimani, que se distingue perfectamente hasta sesenta y cuatro kilómetros.

—Oye, Raflo, ¿podríamos ir al Perú por el lago Titicaca?

—Sí,—dijo León—hay una línea de vapores desde Guaqui a Puno.

—¡Oh, mi sueño se realizará, viajar en vapor a 3.360 metros sobre el nivel del mar!... Oye Raflo: soñé hace muchos años que navegaba por la meseta que después del Tíbet, es la más alta del mundo. En esta meseta es donde está el lago Titicaca. Fíjate amigo mío, si no es que los sueños son, a veces, revelaciones! ¡Y cuando lo son, lo tomamos por tonterías...!

—¡Oh, Raúl; no me animes con un imposible!

—Quizás tu sueño se cumpla. El mío se va a cumplir después de siete años...

Raflo se quedó pensativo.

Después de darse un día de asueto, los tres jóvenes tomaron pasaje en uno de los vapores que hacen su recorrido por el Amazonas y el Madeira, para ir a Bolivia, con el itinerario que les indicara León. Este había interrumpido la temporada de excursión que conocemos, organizada por sus compañeros de estudio, para llevar a los exploradores a La Paz, su ciudad natal, halagado por la idea de que los valientes jóvenes arrancarían a su castillo, el misterio que lo envolvía, y podría tener él, la satisfacción de disfrutar de su heredad.

El viaje por los caudalosos ríos, fueles muy agradable, en particular para Raúl, que se divertía con el pusilánime León, ante el cual resultaba él, más varonil, a pesar de su figura un tanto femina.

Cuando desembarcaron y tomaron el tren que los llevaría a La Paz, se presentaba a su vista un paisaje encantador; Raúl gozaba con la contemplación de las alpacas y vicuñas, que tanto abundan en esas regiones, admirándose de que en tan áridas montañas pudiesen vivir; encontrando en cada detalle, cada vez más grandiosa, la Sapientísima obra del Creador.

Mientras Raúl así se distraía, Raflo no desperdiciaba oportunidad de informarse de todos los detalles concernientes a las apariciones, que tanto pánico causaban al heredero del misterioso castillo.

Tanto le había hablado León de todos sus compartimentos, que a Raflo les eran ya tan conocidos, que podría cruzarlos a oscuras; cosa que, desde luego, juzgaba de utilidad conocer.

El viaje, pues, se hizo agradable a los tres viajeros.

Raúl, cuyo cuerpo no había sido educado como el de Raflo, notaba los bruscos cambios de temperatura que se suceden en Bolivia, ya sintiendo calor en los valles, ya inmenso frío al cruzar las altísimas montañas.

Al amanecer de un hermoso día, los tres viajeros llegaron a la ciudad de La Paz, donde pudieron admirar pintorescos parques, y pasear su hermosa avenida, bordeada de frondosos árboles, lo que constituye allí un valioso ornamento, por la escasez de aquellos en ese territorio. Recorrieron a pié toda la ciudad, por haber en ella muy pocos vehículos, dado a su situación, que en parte ocupa la ladera de altas montañas. Las cargas allí se hacen a hombros de los indios, y para las de gran peso, como el estaño y la plata,—que constituyen su fuente de riqueza,—se utilizan las llamas. Sus casas son bajas en general, a excepción de la de los ricos, que, como en todas partes, son altas y elegantes, y cuya fabricación casi carece de madera, por la escasa vegetación del país.

Cuando León les hubo mostrado lo más notable de la ciudad, les entregó el plano del castillo, y por más que los exploradores trataron de conquistarlo para que los acompañase, se negó rotundamente a ello, lo cual divertía muchísimo a los valientes jóvenes; éstos perfectamente armados y pertrechados, emprendieron la ascensión, pues aquel castillo estaba situado en una montaña, que, aunque no muy elevada, constituía una buena atalaya. Las puertas permanecían cerradas y los sellos intactos, prueba fehaciente de que nadie las había traspuesto después de su sellaje. Aplicaron la llave a la principal, y ésta giró lenta y pesadamente sobre sus goznes.

—¡No te dejes sorprender, Raúl! ¡Ten presente que estos moradores son muy vivos...!—susurró Raflo al oído de su amigo.

—No me descuidaré—contestó éste, escudriñando por todas partes.

El gran salón no estaba limpio ni ordenado, y los búcaros tenían algunas flores secas como de varios meses de cortadas. Nada denotaba vida allí. Empezaron a recorrer los compartimentos del castillo, encontrando las camas tendidas, las ventanas abiertas y en muchas partes, huellas inequívocas de que aquel sellado castillo no estaba abandonado como aparecía a primera vista. A menudo llegaba hasta nuestros jóvenes el rumor de ruído cercano, y se dirigían a la habitación de donde partía sin descubrir el motivo

que lo producía. Más allá oíase un suspiro, un lamento o un lúgubre quejido, sin que por ningún lugar apareciese nada que lo justificase, a pesar de que ellos lo buscasen con insistencia.

—Has de revestirte de sangre fría, Raúl,—dijo su amigo—pues si ahora oímos estas voces que parecen salir de ultratumba, a la noche veremos cosas que erizarían los pelos a cualquiera, menos avezados que nosotros a los peligros.

El castillo era grandísimo y por doquiera se escuchaban los lamentos y quejidos, que tanto pavor causaran entre los habitantes de la aledaña comarca.

Raflo, que no estaba muy conforme sobre la disposición de valor de su amigo, necesaria en estos casos, no cesaba de infundirle confianza, y una vez más le habló así:

—No te dejes impresionar, Raúl, o fracasaremos en nuestra empresa. Y elevando la voz para que sus palabras fuesen oídas por los seres que estaban a su acecho dijo: ¡Como esta noche se oigan estas cosas o se vean fantasmas, nos vamos de aquí, y nunca más volvemos...!

—¡Como si quieres que nos marchemos ahora mismo!—dijo Raúl un tanto asustado.

—No, ahora no me marcho; quiero ver si es verdad que salen fantasmas, para contarlo al que quiere comprar este castillo. Si no quiere creernos, peor para él; que venga a averiguarlo por sí,—contestó en alta voz Raflo.

Después de esta peroración, cesaron los quejidos. Una completa calma reinaba en aquella señorial mansión.

—Ya ves Raúl,—dijo Raflo muy bajito—si fueran seres de ultratumba, como suponen los supersticiosos, seguirían en sus lamentos, si es que ellos pudieran producirlos. Pero, como son vivos y muy vivos, te aseguro que los que tenían la misión de producir esos ruidos, han ido a contárselo a sus compañeros, y ahora estarán formando el plan a desarrollar contra nosotros esta noche.

—Puede ser; pero...¿son invisibles?

—No tal, se hacen; a la noche los veremos y podremos contarlos.

—¡Me has quitado la grima que sentía!—contestó Raúl ingenuamente.

—Sigamos recorriendo el castillo hasta encontrar el comedor; te aseguro que ha de ser espléndido.

—¿Habrá que comer?—preguntó Raúl.

—Espero que sí, y muy bueno...

Efectivamente las fiambreras—con llave,—aparecían repletas.

De allí pasaron a la cocina, encontrando en ella la estufa aún caliente, aunque no otra cosa que demostrase, que allí se hubiera cocinado en mucho tiempo.

Todo era misterio en aquel castillo, y cualquiera se hubiese sentido intrigado; pero nuestros valientes jóvenes estaban persuadidos de que los que allí moraban eran seres muy vivos.

Cuando retornaron al comedor, sobre la mesa encontraron fiambres que antes no estaban, en tanto de las fiambreras habían desaparecido algunas de los más apetitosos alimentos.

—¡No comas nada de eso Raúl, ni tomes el vino, que puede sernos funesto!

Raúl hizo por abrir la fiambrera y a su intento oyéronse quejumbrosos ayes.

Raflo entonces la abrió de un solo impulso, y esta vez un prolongado y lastimero lamento se dejó oir.

—¡Oye, Raflo,—susurró Raúl—creo que nos están mirando, y lo mejor es demostrar un miedo, que afortunadamente no sentimos!

—Tienes razón,—contestó su amigo—pongamos mirada de espanto mientras escrutamos las paredes.

Los jóvenes comieron opíparamente sentado uno frente al otro, para mirar a los cuatro vientos a fin de no ser sorprendidos; los lamentos fueron disminuyendo, y cesaron por completo cuando pasaron a la biblioteca. Esta estaba llena de polvo y en un abandono total; demostración plena de que hacía largo tiempo, que ninguna persona entraba en ella.

—Raúl, vamos a hacer limpieza en este piso y a ventilarlo, para que sea nuestro dormitorio—dijo su amigo.

—Se ve que solo aquí es donde no vienen fantasmas a leer—contestó su amigo.

Los jóvenes tomaron dos camas sencillas y las armaron, sin preocuparse de tendido ni almohadas. Cuando llegó la noche se fueron al salón encendiendo las luces; de allí pasaron a otras habitaciones donde hicieron lo mismo; pero a penas se alejaban, aquellas luces eran misteriosamente apagadas. Y ¡cosa rara!...al penetrar de nuevo en la habitación que sirvió de dormitorio a los tíos de León, no solo habían sido apagadas las luces, sino que habían desaparecido.

—¡Ay, que miedo!—dijo Raúl—, no me gusta nada con las tinieblas. ¡Me muero de miedo—repetía.

Aunque Raúl trataba de exagerar, su miedo tenía mucho de verdad; así es que añadió en voz alta.

—¿De qué vale que mañana, si a la hora indicada no hemos regresado, vengan y den a las llamas este hermoso castillo? ¡Lo esencial es no morir!

Raúl tenía razón al expresarse así, y Raflo admiró su ingenio, pues él mismo pensaba, que el peligro vendría sin saber por donde, y podrían perecer asesinados.

—¡Oye, Raflo,—dijo a media voz Raúl—esas cornisas son bastante amplias y fuertes para soportar nuestro peso: subamos a ellas de la manera más silenciosa posible, y de allí, sin ser vistos ni estar expuestos a los peligros que se presenten, podremos ver las maniobras que se traen!

—¡Tienes agudeza, Raúl,—contestó su amigo—subamos y esperemos en silencio!

Aquellas cornisas, no solo los soportaba, sino que les permitía relativa comodidad.

Mucho rato pasó sin que nada anormal ocurriese. Los jóvenes pensaban bajar cuando sintieron un crujido y como que el piso se elevase, no obstante, ellos no se movieron. Tocaban los tapices de las paredes y éstos estaban flojos hasta formar dobleces en las manos. Raflo se lo hizo notar a su amigo. Mientras el piso se elevaba sentían ruidos de cadenas y otros artefactos de hierro. Después el piso descendió, los tapices se pusieron tersos y el ruido cesó para comenzar unos lamentos capaces de poner las carnes de gallina a cualquiera; de allí aparecieron cuatro fantasmas blancos, y enseguida cuatro más, y cargando las camas recorrieron la habitación. Mientras tanto, se oían quejidos y risas reprimidas que parecían salir de ultratumba.

Las camas fueron puestas en reposo y aparecieron una después de otra, tres figuras. La primera, un joven vestido de blanco fumando. Después una anciana, y tras ésta, un viejito de luengas barbas, vestidos también con tenues ropajes blancos, que resaltaban en la semioscuridad de la habitación.

La anciana, con una voz cavernosa dijo:—¡Me voy a acostar en mi cama...!

—¡Y yo también me acostaré!—repitió el anciano.

Entonces apareció por el mismo ángulo, la muerte con su guadaña y sus costillas de fuera, y les interrumpió diciendo:

—¡No se acostarán; sus camas están ocupadas por unos jóvenes, que mañana al amanecer, partirán para sus casas y no nos molestarán jámás!

Raflo le tomó la mano a Raúl, que la tenía helada, y se la apretó para infundirle valor.

—¡Son vivos!—le susurró.

La voz del espectro joven se oyó amenazante:

—¡No quiero que nadie venga a mi castillo! ¡Si pasan otra noche en él, los mataré!

—¡Calla,—dijo la anciana—calla hijo mío!

La que llevaba la guadaña añadió: si pasan otra noche aquí, dejarán de pertenecer al mundo de los vivos. ¡Vengan, vengan a celebrar su festín con los otros muertos, dejemos a esos jóvenes que aún no les ha tocado su turno.

—¡Ay de ellos si no se van mañana!—dijeron en tétrico coro. ¡Morirán en nuestras manos!

—¡Si los dejamos vivos, es para que cuenten lo que han visto y no venga nadie más a molestarnos en nuestra vivienda!—dijo el de la guadaña.

Esto fué dicho con voz tan clara y natural, que hizo cobrar ánimo a Raúl.

Los espectros fueron retirándose uno tras otro, por un ángulo del salón, y pocos momentos después oíanse precipitados pasos y contenidas risas.

—Bajemos Raúl. ¿No tienes grima, verdad?

—No, Raflo; comprendo bien las tretas de esta gente y estoy seguro de que no nos harán daño; su propósito según creo. es el de infundirnos el mayor pavor posible, para que contemos a todos los vientos cuanto aquí sucede, y de esa manera, nadie venga a esta linda posesión, y ellos poder disfrutarla como hasta aquí lo vienen haciendo.

—¡Clara está su estratagema! Pero me parece que debemos seguirlos.

Tocaron el ángulo en todas direcciones y una puerta giró silenciosa dando paso a un largo y estrecho pasillo; y allá, a distancia, distinguíanse las blancas figuras que se alejaban. Los jóvenes siguieron cautelosamente tras ellos, hasta un salón subterráneo, donde rodeados a una mesa hallábase una veintena de hombres y unas cuantas mujeres, entregados a desenfrenada orgía. Cuando los fantasmas llegaron junto a ellos, prorrumpieron en alegres carcajadas, estableciéndose la conversación así:

—¿Y, qué tal los nuevos huéspedes?

—¡Ni respiraban...-Creo es tal el pánico que les hemos inspirado, que no se moverán hasta que no vean aparecer el nuevo día!

—¿Los palparon ustedes para ver si estaban vivos?—preguntó una joven.

—¡No, yo no quise que lo hicieran para que no fuesen a morir del susto! —contestó la que iba de vieja, quitándose el disfraz, la que representaba ser una mujer joven, pero de tez marchita.

—Yo creo—terció el otro—que ellos, con los primeros albores del día, desaparecerán, y no intentarán jamás venir a turbar la sana quietud de este recinto. ¡Buena lección han llevado!

—¡Tanto tiempo viviendo aquí sin que nadie sospeche...!—arguyó otro.

—¡Eso quiere decir, que el bien ni el mal, duran siempre!—objetó una joven de triste semblante, que estaba arrinconada.

—Pues yo creo, que ahora, cuando ellos cuenten las cosas que les han pasado, nadie más querrá visitar nuestro castillo, prolongándose nuestro bien.

—Cómo, que, para dentro de tres días, hemos de dar un gran golpe. Seguro que tendremos que despachar para el otro mundo a dos hombres y dos mujeres, pero el botín lo amerita.

—Tengo ganas de ir a ver como están esos jóvenes,—se atrevió a decir la joven que antes había demostrado en su semblante, cierta alegría, al saber que habían huéspedes en el castillo.

—No irás. En primera, por que no te lo permito, por el interés que demuestras por ellos, quizás con el fin de escapar, y eso no has de conseguirlo; y en segunda, porque si antes no se han muerto de miedo, un nuevo susto pondría en peligro sus vidas. Y hay que evitar a toda costa que mueran, pues nuestro negocio está en que puedan contar todas las cosas del otro mundo que aquí han visto. ¡Ja, ja, ja!

—¡Sí, sí, que salgan vivos para que lo cuenten! ¡Sí ya hacía falta una visita así: que dé fé!

Las mujeres pretendieron ir a ver los huéspedes y los hombres se opusieron a ello, entablándose con tal motivo, fuerte discusión entre todos, momento que aprovecharon los exploradores para retirarse a escape, temerosos de ser descubiertos por aquella banda de foragidos, que no otra cosa eran los fantasmas del castillo.

—Si nos cogen no tenemos salvación—dijo Raúl.

—Tienes razón—contestó Raflo.

Y una vez que se encontraron en la biblioteca, se acostaron, no tardando en quedarse dormidos, seguros como estaban de que allí nadie iría a molestarlos.

Mientras tanto, allá en el subterráneo, hombres y mujeres formaban la gran algarada, sin conseguir éstas su propósito, pues a fuerza de golpes fueron dominadas por los bandidos.

El que pasara a algunos centenares de metros podía oir gritos confusos, y ayes que parecían salir de las entrañas de la tierra; de allí que, el castillo de los fantasmas, tuviese su triste fama tan bien sentada.

La mañana apareció esplendorosa, los rayos del sol herían los picos de las propíncuas montañas cubiertos de hielo, que cual gigantescos brillantes, emitían destellos de variados colores. La luz solar descomponíase en los cristalinos hielos, y los brillantes colores del iris, aparecían radiantes de luz. Era aquel un espectáculo grandioso, que Raúl admiraba con la intensidad de su impresionable imaginación. Raflo también admiró el sugestivo y esplendente panorama que se presentaba ante su vista. Pero no pensó en la afinidad que guardara con los diamantes, sino que, viendo aquel seductor brillo, lo comparó con el de una estrella que había descendido lo bastante para que él la admirase, como antes había admirado a la bellísima Estrella, la bella cubana a quien no podía, ni quería borrar de su mente.

Ambos jóvenes se engolfaron en sus diversos pensamientos, admirando por igual aquellas bellezas, sin recordar que estaban sentados en desnudas camas, en el castillo de los fantasmas. Raúl, saliendo el primero de su ensimismamiento, dijo a su amigo:

—¿Recuerdas, Raflo, la recomendación que nos hicieron los fantasmas?

—Sí que lo recuerdo; que nos vayamos pronto y digamos a los cuatro vientos, que aquí salen muchas visiones, dispuestas a matar al que venga a turbar su reposo...

Raúl dijo sonriendo:

—Nunca me hubiese imaginado, que yo pudiera ver estas cosas sin temblar.

—¡Así son muchas apariciones, amigo mío!

—Te digo con franqueza, que cuando los ví aparecer con sus albos ropajes, me impresioné profundamente; pero después que hablaron, apesar de hacerlo con voz cavernosa, recobré ánimo; y más aún, cuando habló el último, ese no supo hacerlo y me dió doble energía a pesar de sus amenazas.

—También a mí me hicieron reir sus palabras amenazantes...

—Bien, Raflo: ya estamos en el secreto de los fantasmas, pero nosotros no podemos hacer nada para librar el castillo de ellos.

—Es natural, si lo intentásemos no saldríamos vivos. Pero, he formado mis planes y voy a exponértelos: Iremos a la ciudad y pediremos fuerzas suficientes para apresar a estos bandidos, y a la vez que libramos el castillo de sus fantasmas, limpiamos la comarca de malhechores, evitamos así el golpe que esperan dar próximamente.

—¡Sí, Raflo, muy bien pensado...y también libraremos aquella joven que tienen cautiva!

—¡No sé como pude contenerme cuando oí que la retenían en contra de su voluntad!—dijo Raflo.

—Hubiésemos muerto sin remedio; el solo conocimiento de que poseíamos su secreto, bastaría a llevarlos a una resolución extrema, que ahora no realizan, creídos en que les será beneficioso.

—Tienes razón, Raúl, y por tanto debemos marcharnos y volver al oscurecer. Pero has de recordar, que solo en esta biblioteca podemos hablar así, pues en cualquier otro lugar nos oirían.

—Sí, sí, descuida...

Los exploradores dejaron la biblioteca, y al pasar a otras habitaciones, oyeron carreras y puertas que se cierran con precipitación. Nada empero se dijeron, aun cuando se cruzaron miradas de inteligencia.

Pronto volvieron a escucharse los ayes y lamentos del día anterior, y Raúl, fingiendo un terror que estaba muy lejos de sentir, dijo en alta voz:

—¡Vamos pronto! ¡Huyamos de este lugar que me aterra! ¡Vamos, y si él no nos cree, que venga en persona a cerciorarse, o mande a otros a pasar una noche aquí, pues yo no vuelvo más!

Los jóvenes salieron del castillo, y cuando empezaron a descender, oyeron muchas risas sardónicas y trompetillas cortadas, mezcladas con amenazas, lamentos y sollozos, todo en confusión tal, que era capaz de poner los pelos de punta, a cualquiera que no estuviese en el secreto.

—¡Fíjate, Raflo, que el castillo tiene muchos castellanos! ¡Hay que venir bien preparados!

—En lo que me he fijado bien es, en que los sollozos que se oyen son sinceros.

—¡Tienes razón...! ¡Seguramente han de ser de la pobre joven que tienen cautiva! ¡Pobrecita...qué placer me causará tomar parte en su liberación...!

Ya cerca de la ciudad, encontraron a León, que pálido de emoción, los esperaba acompañado de dos policías.

—¿Oyeron algo?—les dijo.

—No solo oímos, sino vimos—contestó Raflo.

Raúl, que mucho se divertía con el miedo de León, le hizo señas a Raflo y dijo:

—¡Qué noche, amigo mío; cuántos fantasmas!

—¡Ay! ¿De veras los vieron ustedes?—dijo León lleno de espanto.

—¿Cómo no? Cuatro se apoderaron de mi cama y otros tantos de la de Raflo, y en alto las pasearon por la amplia estancia, mientras otros se lamentaban y lloraban...

—¡Ay, Jesús...!¿Y usted los vió señor Raflo?—repitió León, algo escéptico.

—Sí que los ví, hombre; y también a su primo, su tía, una ancianita, y un anciano de largas barbas, que supongo era su tío.

—¡Ay! ¡Qué horror! ¡Me muero si los veo! ¡Sí, así era mi tío, con una barba muy larga y blanca! ¡Oh! ¡Iiiii...!—dijo el pobre León castañeándole los dientes, mientras recorría su espalda un fuerte calofrio.

—¡También apareció la muerte!—añadió Raúl.

—¡¡Iiiiii...!—se oyó articular a León doblándosele las piernas, y cayendo al suelo presa de un pánico aterrador.

—¡No se asuste tanto, León!—dijo Raúl compasivo— esos fantasmas son tan vivos, o más, que nosotros.

León no pudo contestar y los policías muy intrigados dijeron: ¿Cómo es eso? ¡Explíquese!

Se trata de una banda de malhechores, y esa es su guarida.

—¿Qué dice...?

—La realidad. Esos hombres nos vieron y se disfrazaron así, para que nosotros diéramos fé de que allí hay fantasmas.

—¿Pero ustedes pueden probar que son vivos...?—preguntó León.

—Eso es lo que pretendemos, para librar de malhechores estos contornos, y devolverte tu castillo.

—¡No, no, yo no voy...!—dijo el aludido.

—Es tuyo y no tienes porqué renunciar a él. Esta noche irás con nosotros y...

—¡No, no, yo no voy!—le interrumpió León.

—¡Pero si te aseguro que no son muertos, hombre; te convencerás cuando los veas!

—¡No, no los quiero ver!—repitió el joven.

Raflo y Raúl rieron mucho de las cosas de León, e informaron a los policías con lujos de detalles, de las cosas que allí acontecían. Y éstos prometieron reunirse por la tarde en el mismo lugar, para con fuerzas suficientes, asaltar por la noche el castillo. León entonces más que antes, se negaba a ir al castillo, y no hubo palabras con qué convencerlo.

Al atardecer, los exploradores seguidos de un gran número de policías, de varios curiosos y de un minero, cuya bella hija había desaparecido de manera misteriosa, hacía unos días; se pusieron en marcha en dirección a la fantástica mansión.

Ya la comba azul aparecía con sus radiantes incrustaciones plateadas, al ascender la comitiva por la suave pendiente de aquella altura, precedidos de gran silencio. Ninguno pronunciaba una sola palabra, atentos como estaban a los movimientos de los exploradores, que dirigían la arriesgada empresa que iban a acometer.

Por fin llegaron al castillo, y al penetrar en él, llegó hasta ellos un confuso tropel como de gente que huye, arrollando a su paso los objetos con que tropezaban.

Los foragidos, ignorantes como estaban de que sus visitantes conocieran, su para ellos seguro refugio, corrieron a ocultarse en el salón subterráneo en que antes los hemos visto rodeados a una mesa, en alegre festín. Y allí guió Raflo a los agentes de seguridad, que poco tiempo después debían caer sobre aquella banda infernal, y tras una lucha cruenta, reducirlos a la más completa impotencia.

Raflo iba delante y tras él Raúl—, seguidos de la policía y demás curiosos que se agregaron. Franquearon la puerta que daba al estrecho pasillo, que debía conducirlos al subterráneo en donde los malhechores se ocultaban, siguiendo por él hasta ya poder oir sus conversaciones, en donde quedaron al acecho de sus movimientos. Muy ajenos se encontraban los bandidos del peligro que los amenazaba, aunque inquietos comentaban en derredor de la mesa, la aparición de nuevos visitantes en el castillo, cosa que muchos les extrañaba después de lo acontecido a los últimos que allí habían pernoctado. Y cuando menos lo esperaban, cayeron sobre ellos sus asaltantes, entablándose desigual y desesperada lucha, en la que los asaltados llevaron la peor parte.

Raflo, distinguiendo a la bella joven secuestrada, se lanzó a ella para protegerla, pero Raúl, adelantándose a su amigo, la tomó por la cintura y llevó por el pasillo a un saloncito que encontró abierto al paso. La joven

temblaba como un azogado y hacía alguna resistencia por desasirse de aquellos brazos que así la habían tomado, llegando a perder el conocimiento. Raúl, viendo el penoso estado de la joven, sentóse en un sillón, y con ella sobre sus rodillas le dió a oler sales de las que siempre llevaba consigo,, prodigándole caricias y hablándole tiernamente. A los pocos momentos la joven abrió los ojos, y Raúl, en un rapto de alegría, la estrechó entre sus brazos y besó sus mejillas. Ella, un tanto confusa y asustada, forcejeó por librarse de quien suponía su enemigo, gritando aterrada: ¡Suéltame, bandido, suélteme!...

En ese preciso momento entraba el padre de la joven y rastrilló su revólver sobre Raúl, que decía asustado:

—¡Pero señor...por Dios; vea lo que va hacer!

Afortunadamente, el minero había disparado todas sus cápsulas contra los bandidos y debido a ello, no tuvo para Raúl otras consecuencias, que el consiguiente susto que su ademán le causara.

El minero, que no podía contener su furor, le gritaba indignado:

—¡Miserable! ¡Morirás a mis manos! ¡Te extrangularé...! E hiso ademán de arrojarse sobre él.

Raúl, atónito por aquellas imprecaciones y sin poder comprender el porqué de los insultos, requirió su revólver, a fin de estar presto a defenderse del agresivo minero.

La joven, al ver el arma en manos de Raúl, le gritó aterrada:

—¡No dispare contra mi padre...!

Raúl pudo comprender entonces, cual era la causa de aquella ira, y se preguntaba: ¿Podrán perdonarme tal ofensa? ¡Imposible...!

El padre de Lilia, que así era el nombre de la joven, no se amilanó por que su contrincante. esgrimiese en su diestra un revólver, y sacando una navaja intentó abalanzarse sobre él.

Pero Raúl, poniéndolo a raya, le dijo:—Escuche, buen señor, contenga un poco su furor y podremos entendernos; yo pudiera disparar sobre usted, pero no quiero hacerle daño...

—¡En cambio yo, no estaré conforme en tanto no lo mate! ¡Un hombre como usted, debe morir...!—Interrumpióle el minero.

—¡Matará usted una mujer!—le dijo Raúl angustiado.

—¡Ah, cobarde...quieres hacerme creer que eres una mujerzuela para salvarte...!

—¡Calle usted, no soy una mujerzuela! ¡Soy una señorita, y ahora soy yo quien no le tolera insultos...! ¿Entiende?

—¿Qué es usted mujer?—dijo el minero algo confuso.

—¡Calle usted, por Dios; no divulgue mi secreto, o seré yo quien ponga fin a mis días...!

—¡Ah, papá... sí, es mujer; debí conocerlo antes...!—dijo Lilia compasiva.

—Bien, joven; usted irá hasta mi casa y allí nos dará pruebas de que no nos está engañando.

—¡Sí, sí iré, pues deseo pasar algunas horas entre las de mi sexo! ¡Hace tanto tiempo que paso por hombre...! ¡He sufrido tanto, que bien merezco tomarme este asueto! Pero... ¡no diga usted nada a nadie, y mucho menos a mi compañero!—decía suspirando Raúl.

Unos momentos después apareció Raflo, y tras él los policías y paisanos, trayendo amarrados gran número de prisioneros, algunos de los cuales llevaban sus ropajes de fantasmas, que se habían puesto al oir que tenían visitantes en el castillo, a los que intentaban amedrentar. Padre e hija y Raúl, les siguieron hasta las afueras del castillo, en donde éste último dijo a su amigo:

—Raflo, no me esperes hasta mañana; he sido invitado por este amable señor para visitar su casa, y allí pasaré la noche.

Y Raflo sonriente le dijo:

—Eres muy dueño, amigo mío, pero recuerda que hemos de tomar el vapor que saldrá para Puno dentro de poco.

—No lo olvido y estaremos a tiempo—le contestó.

Los jóvenes se separaron siguiendo Raflo con las fuerzas y los prisioneros hacia la ciudad, en donde fué a buscar a León para que viese los fantasmas del castillo. Este, que como sabemos, les tenía un pánico atroz, le dijo resueltamente:

—¡No, no los quiero ver!

—Sería bueno que los vieras y así podrías reconocer al Mayordomo, que según creo se encuentra entre ellos—le insinuó Raflo.

—¿Pero es verdad que son vivos?—le preguntó León.

—¡Sí que lo son...hombre! El que hacía de tío ha perdido la barba en la refriega; ven y te convencerás.

—¿Y los tienen bien amarrados?—volvió a preguntar León.

—¡Sí, hombre... y tan seguros, que no podrán hacerte daño! Ven, que quiero me digas cual es el Mayordomo, a ver si es el que supongo.

—Bueno, con usted si voy,—y volvió a preguntar—¿Hay mucha gente?

—El pueblo entero ha ido a ver los bandoleros fantasmas. Sólo tú, que eres el más interesado, no te atreves.

—¿Que no me atrevo? ¡Vamos hombre... ya verá cuanto les digo...! ¡Si yo no soy cobarde! Lo único que no me gustan los fantasmas...

—¡No, no, usted no es cobarde, ya lo sé!—dijo enfáticamente Raflo, tratando de reprimir la risa que aquellas palabras le causaban.

Cuando llegaron a la Comisaría, ya medio pueblo había desfilado por ante las rejas de las celdas en donde se encontraban recluídos los que emulaban seres desaparecidos y aun la muerte misma. La idea de esos malhechores era muy original, y, naturalmente, había despertado el interés entre los habitantes de aquella ciudad.

Uno de los guardianes había tenido la idea de ponerlos en una semioscuridad, haciendo así el efecto más macabro. Y en realidad, no era la hora más propicia para ver aquellos presos.

Raflo, con León cogido del brazo, se introdujo en el salón anterior abriéndose paso entre la muchedumbre que allí se encontraba ansiosa de verlos. Este salón aparecía perfectamente iluminado y se podían reconocer las personas.

Cuando llegaron frente a donde estaban los presos, el que hacía de muerte se levantó produciendo un ruído de huesos al chocar, que sólo él sabía como se había ingeniado para conseguirlo. Al ver al joven se adelantó un poco, y tras él otros de los fantasmas que conjuntamente habían sido atados.

—¡Ah, eres tú...!—le dijo la muerte.

Y León sobrecogido de un pánico horrible exclamó:

—¡Ay, por Dios, ay...! Y doblándosele las rodillas se desplomó rodando a tierra presa de mortal angustia. Esta escena ocasionó un gran tumulto, unos que huían y otros que se aproximaban para ver mejor y reir a costa del pobre León.

—¡Ah, cobarde; ya sabía yo que por tí nunca abandonaríamos nuestro albergue!—dijo el que antes hablara de los fantasmas.

Raflo, entre las risas de todos, se aproximó al infeliz León, y levantándolo le dijo:

—Recuerda que ese es un hombre disfrazado, que está preso y amarrado.

Apretó el botón de un conmutador, la luz disipó las tinieblas de aquel recinto, y ya los fantasmas no inspiraban el terror que antes.

León cobró ánimo al reconocer al Mayordomo, que era quien simulaba la muerte.

—¡Ah, eres tú!—le dijo envalentonado León. ¡Canalla!... ¿Te creías que podías usurpar mi puesto en el castillo? ¡Mira a lo que te he reducido! ¡Creías que nos ibas a asustar...mentecato!

El público reía a mandíbula batiente, en tanto el Mayordomo, apretando fuertemente los dientes, hacía ademán de arrojarse sobre León, produciéndose un ruido de cadenas.

—¡Ay!—gritó el pusilánime joven. Y Raflo, apretándolo fuertemente por un brazo, le indicó que notara el papel que estaba haciendo ante el público, que reía a más y mejor.

—No creas que me asusto—dijo León dirigiéndose al fantasma—eres el Mayordomo y no la muerte.

Nuevas risas se sucedieron, y entonces Raflo arrastró a León fuera de aquel lugar, para que no continuase en el ridículo papel que hacía, en tanto éste gritaba:

—¡Ladrón, ladrón, no me asustas; no creas que soy un cobarde! ¡Ya te pondrán a buen recaudo!

—¡Basta León, no digas más! Ya tienes la satisfacción de ver tu castillo libre de fantasmas, y los usurpadores reducidos a prisión por muchos años; ahora puedes habitarlo o hacer de él lo que te plazca.

—¡No, yo no lo habito; lo venderé! Puede haber quedado alguno y no gusto de su compañía.

—Haz lo que quieras—fué la contesta de Raflo.

El castillo quedaba desencantado, el territorio libre de malhechores y libres también de caer bajo el puñal artero, las cuatro víctimas que habían escogido para el sacrificio.

Los periódicos en grandes caracteres y en primera plana, daban la sensacional noticia, tributando calurosos elogios a Raflo y Raúl.

Raúl habíase dirigido en compañía de Lilia y su padre a una bonita casita, en donde la joven le prestara vestidos de ella para que se cambiase.

Cuando Raúl se vió transformado en mujer, sonrió de manera particular, y asomándose a la puerta de la habitación que se le destinara, habló así:

—Señores; espero me permitirán por esta noche, estar a solas con mis recuerdos. Les prometo para mañana contarles mi historia. ¡Buenas noches! Y cerróse bajo llave.

Padres e hija se miraron asombrados, no sabiendo que pensar de la actitud asumida por la joven. ¡No les contaba su historia, que con tanto anhelo deseaban conocer! ¿Se trataría en realidad de una mujer, o sería sorprendida su buena fé? ¿No habrían cometido una gran imprudencia introduciéndola en su casa?

Así discurrían aquella buena gente sin encontrar una solución que viniera a librarlos de la desconfianza que de él tenían, y decidieron no acostarse y asegurar su hija "bajo siete llaves", temerosos de un nuevo accidente que volviera a dejarlos sin ella.

Raúl, o sea Laura, que éste era su verdadero nombre, al verse ataviada con blanquísimo traje y calzada como a su sexo correspondía; sintió ansias infinitas de estar a solas con sus recuerdos frente al espejo. Quería contemplarse como hacía ya mucho tiempo no lo hacía. Estaba encantada con el bellísimo collar de diamantes y esmeraldas, que en tan aciagos momentos le ofrendaran las indias del Brasil.

La bella joven, que tanto había sufrido desde que se viera obligada a huir y abandonar su indumentaria femenina, no pensaba que su conducta podría acarrearle otros inconvenientes. No se le ocurría lo que de ella pudieran pensar aquellos pobres seres, que temían perder de nuevo a su hija. Su única preocupación estaba en pensar si Raflo descubriría su sexo. Pero al fin desechó tal idea y gozó contemplando su bella figura, y se dijo sonriendo:

—¡Cómo he podido engañarlo! ¡Si casi soy bella! Y descubría encantos en que antes no se había fijado.

En realidad, aunque Laura no tenía esa avasalladora belleza, incapaz de ocultarse bajo un disfraz varonil, poseía esa dulce y apacible, que solo se ve cuando se han analizado todos sus rasgos.

Sus ojos grandes y negros, constituían su mayor encanto. Pero éstos sabían ocultar fácilmente su bella expresión femenina, que ahora mostraban ante el espejo. Su boca más bien grande, de blanquísimos dientes, en proporción a la caja que los contenía, presentaba ahora seductora sonrisa, que la complacencia de su dueña producía. El cuello lucía albo, por la protección que el traje masculino había ejercido durante tanto tiempo, y

esto hacía que Laura se pusiese en su cutis, (que el sol del Brasil había tostado) polvos sobre polvos a fin de hacer juego con su cuello.

En un estuche había un par de aretes y Laura los colocó junto a sus orejas, y notando que le sentaban admirablemente se dijo: ¡Qué lástima no sean de presión, pues de esta clase no los puedo usar, ya que mi madre tuvo la buena idea de no perforarme las orejas. Idea que tanto me ha favorecido al adoptar el traje varonil.

Pero...¿será posible que yo haya logrado engañar de este modo a Raflo, que siendo tan listo ha creído que yo sea hombre? ¿No será que finge creerme? ¡No, desecho esta idea por inverosimil! Raflo no ha sospechado jamás de mí! Si tal sucediera, su conducta sería otra para conmigo. ¡Cómo he sabido representar el papel de hombre! ¡Verdad que yo, la niña asustadiza y débil de otros tiempos, me he hecho estoica y fuerte por las necesidades en que me he visto! ¡Oh, Raflo, seguirás en tu creencia, pues por nada del mundo te confesaré mi secreto! Seguiré siendo tu compañero de aventuras, hasta que el destino disponga otra cosa. ¡No, no me descubrirá! ¡Sabré mantenerme digna de mi doble personalidad. Verdad que ya no me cuesta mucho, pues a su lado olvido mi sexo; mi autosugestión es ya de tal modo, que se verifica inconsciente. Junto a Raflo me siento protegida, y aunque corra los mayores peligros, al ver su estoicismo y fé, los siento nacer en mí. ¡Decididamente, renuncio a vestir estos atavíos, que mayores peligros y acechanzas me traen! Seguiré corriendo mundo hasta que el destino me marque otra ruta a seguir.

Al llegar aquí de sus pensamientos, vino a su mente Lín, aquel pobre joven que se había enamorado de ella, y que al suponerse equivocado, amando a un hombre, había tratado de suicidarse arrojándose al mar.

¡Pobre muchacho,—se dijo—tanto que me molestaban sus tiernas solicitudes! Pero... no podía por menos; de lo contrario hubiese sido descubierta, y mi porvenir quizás destrozado; porque, de no haber seguido con este valiente joven que me sugiere energía... ¿qué sería de mí? Por muy enamorado que estuviese Lín de mí, yo no lo hubiese amado nunca, pues aún llevo abierta la herida en mi alma de mi primer amor, y creo que no amaré jamás. Tengo que sofocar el dolor que llevo oculto en mi corazón, que cada vez se arraiga más profundamente en él.

Mientras así pensaba Laura, los pobres padres de Lilia vigilaban, temerosos de ser víctimas de una traición. La madre, más impaciente aún que el esposo, queriendo saber lo que hacía su visitante, miró por la hendidura

de la puerta descubriendo a la joven frente al espejo, como si hablara con otra persona. En seguida, llena de asombro, llamó a su esposo diciéndole: ¡fíjate, está ensayándose para parecer mujer! El esposo se puso a observar a Laura, y pocos momentos después contestó: ¡No hija, no ensaya nada, ahora me convenzo que sí es mujer! ¡Pobre muchacha, por poco la mato. Estuve dispuesto a hundir mi navaja en su garganta. ¡Qué pena me causa! Y agregó: ¡si es una bella joven! ¿Cómo pude yo equivocarme así?... ¿Pero es que los demás están ciegos, que no han visto que es mujer, y muy mujer?...

—Deja volver a mirar—dijo la esposa.

—¿Te convences que es mujer?—interrogó el marido.

—¡Sí, hombre, lo es...! ¡Y pensar que la hubieras matado!... ¡Pobrecita!

—¡Y qué gusto se dá con el vestido de Lilia!

¿Cómo nó? ¡Pobrecita...tanto tiempo que hará que no se vestia así!

—Pero.. ¿qué habrá hecho esta muchacha para andar así, entre hombres?

—Nada bueno será.

—Lo mejor es que no permanezca aquí mucho tiempo ¿No te parece? —insinuó suspirando la señora.

—No temas; sólo algunas horas pasarán aquí, pues salen para el Perú.

—Ya siento curiosidad por conocer su historia.

—También yo—dijo el marido—; pero ahora vamos a acostarnos para que el tiempo pase mas rápido, porque desde que me convencí que era mujer, me ha dado sueño.

—Claro está, ya no tenemos necesidad de vigilar...

Cuando los esposos llegaban aquí de su diálogo sostenido en voz baja, Laura pensaba en Lín, en su inexplicable amor, y... por un momento, pasó por su mente la idea, de que él la viera así ataviada... ¡entonces si sería disculpable su pasión...! Y pensando así sonrió, como si lo viera entrar por la puerta, y dirigió allí sonriente su mirada.

La madre de Lilia, que a la sazón miraba hacia adentro, juzgó que aquella sonrisa era porque la había descubierto por la hendidura de la puerta, así es que le dijo:

—¡Ya vemos que es mujer!

Laura sobresaltada como si estuviese haciendo algún mal, corrió a apoderarse de su indumentaria varonil, y poniéndosela por delante trataba de ocultarse.

Aquella buena señora, compadecida de la joven, que tanto temor demostraba por su descubrimiento, le dijo:

—¡No tema, hija mía, no la descubriremos!

—Usted dispense nuestra indiscreción—dijo el marido.

—¡Es que, dudábamos de que usted fuese mujer!—agregó la señora.

—Sí, sí,—dijo el marido—aun temíamos por nuestra hija.

Sólo entonces Laura se dió cuenta de quienes la habían expiado, y, tratando de sonreir fue a abrir la puerta y abrazó a la señora, que correspondió sin recelo.

—¡Ah, señora: usted no sabe el susto que me ha dado! ¡Creía que otros ojos me miraban!

—Pero hija; ¿usted no me vió y sonrió?

—No señora, yo no ví sus ojos como usted creyó. Yo sonreía ante mis propios pensamientos.

—¡Ah, si yo lo hubiese sabido, nos habríamos retirado sin hablarle!

—¡Señorita—dijo el minero—, tengo mucha pena de haberla expiado... pero dudábamos aún...

—¡Cómo usted nos prometió relatarnos su historia y después lo aplazó para mañana y se encerró,... se nos hizo sospechosa!—Agregó apenada la esposa...

—Es natural que sospecharan... pero, cuando me ví con el traje de mi sexo, no pude refrenar el deseo de encontrarme a solas ante el espejo..

—¡Sí, hija; ya comprendo!—Contestó indulgente la señora.

—Su deseo era muy justo después de verse tanto tiempo de hombre.—Agregó el minero.

—Bueno, hija mía, la dejamos; aún está usted nerviosa. Acuéstese, que también nosotros lo haremos.

—¿Tendrán ya confianza en mí?

—¡Absoluta!—contestaron a la vez.

—¡Buenas noches!

—Que descansen.

Los esposos se retiraron satisfechos y Laura cambiándose su ropa, se dispuso a dormir vestida con una bonita camisa de noche, que Lilia había puesto en su cama.

¡Qué dulce me es vestir todo esto! ¿Cuando volveré a ser lo que antes era? ¡Oh, mi lindo ajuar que no pude vestir!—Agregó la joven en tono melancólico. Y a pesar de estas reflexiones no tardó en conciliar un dulce sueño.

¿QUIEN ERA RAL?

La mañana siguiente apareció nublada; el sol lanzaba de vez en cuando sus tibios rayos a través de la bruma que cubría el espacio. Era una mañana que contrastaba con la anterior, que habían contemplado desde la biblioteca del hermoso castillo. No obstante, Laura se sentía feliz de poderse levantar con la suave y blanquísima indumentaria femenina.

Cuando Laura salió de la habitación, ya Lilia había arreglado la blanca casita y preparaba la mesa para servirle el desayuno; al verla aparecer, la joven fué a su encuentro saludándola con cariñosa familiaridad, sentimiento éste que tan pronto sienten las personas buenas y humildes.

—Deseaba que usted se levantase, para testimoniarle mi agradecimiento, por el afecto y solícitos cuidados demostrados por usted, que de modo tan equívoco tomé.

—No tienes nada que lamentar Lilia; a mí, en tu lugar, me hubiese sucedido lo mismo.

—En verdad, ¿cómo es posible pensar, que quien viste de hombre, sea mujer?

—Gracias a que nadie piensa en eso, puedo yo, como deseo, pasar por hombre.

—¿Y cómo puede usted andar así, entre tantos peligros?.—Dijo Lilia, mirando detenidamente a Laura.

—Los peligros que se me presentan, me son menos temibles, que los que me acecharían vestida como mi sexo requiere.

—¡Es verdad!—Dijo sentenciosamente Lilia.—¡Yo, como mujer, fuí arrancada de mi lecho y...usted, una mujer joven y bella, contribuyó a mi rescate!

—Ese valor me lo dió el llevar pantalones; me parece que si se ofreciera el caso vistiendo así...

—¿Qué, no tendría usted valor de hacer lo que hizo antes?

—Me parece que no, amiguita; éste traje no me hace sentir fuerte...

—Entonces... ¿los hombres serán valientes por el traje?—preguntó ingenuamente Lilia.

—No, niña; no imagines tal cosa: los hombres son fuertes y valientes por su constitución, y no por su traje.—Contestó Laura sonriendo.

—¡Ah! ¡Cómo usted dice que...

—Quise decir: que estando entre hombres y vestida de tal, me siento capaz de realizar con ellos cualquier hazaña. Es decir, siempre que esté al lado de mi compañero de aventuras.

—¿Pero tiene usted un compañero?

—Sí...

—¡Ah, no sabía...! ¿Es de su familia verdad?

—Nada en absoluto.

—¿Y cómo anda usted con él?—preguntó Lilia curiosa.

—Porque es el compañero que más podía convenirme en mi desamparo.

—¿Es joven...?

—No tiene treinta años.

—Será muy buen tipo, ¿verdad?

—No, Lilia, te equivocas.

—¡Entonces usted no lo amará!

—Lo quiero como si fuera mi hermano.

—¿El no sabe que usted es mujer?

—¡No, Lilia; ni quiero que lo sepa!

—¿Porqué? Mejor sería que se casasen.

—No digas tal cosa. ¡Es imposible!

—¿Porqué?. Así pasarían mejor la vida.

—Escucha, para que no dudes ni un momento, cuando yo haya partido: ¡El, jamás, jamás, será mi esposo: primero, porque yo nunca querré y segundo, porque él tampoco. Aparte de eso, yo gusto de conocer muchos rincones de esta tierra que habitamos, en los cuales hay muchos peligros y él siente placer en arrostrarlos y vencerlos. cosa que no haría estando casado; ya que él, por nada del mundo, permitiría que su esposa participara de ellos. Ya ves que es un imposible.

—Pues yo creo, que si él la ve ahora, renuncia a todo y se enamora de usted.

—Te equivocas. El no se enamoraría de mí. Estoy segurísima.

—¿Pero, porqué lo cree?

—Porque él ama una bellísima joven con quien se casará.

—¡Ah, ¿y usted está segura de no amarlo nunca?

—Sí, niña. Estoy segura; no obstante expondría mi vida por salvar la de él.

—¿De veras?. Pues yo creo que eso solo se hace cuando se ama.

—Supones mal, Lili. Piensa un momento y verás, que él y yo expusimos las nuestras por salvarte, sin haberte conocido.

—¡Es verdad! ¡Oh, dispense usted, y no crea que soy ingrata y olvido su bondad!—dijo confusa la pobre muchacha.

—No te apenes, Lilia. Es que tu quieres ver las cosas bajo otro prisma.

—Dígame, Laura, ¿cómo se enteraron ustedes que yo estaba allí?.

—Porque te vimos la noche antes.

—¡Ah, qué desmemoriada soy! Ustedes eran a los que ellos fueron a asustar haciendo de fantasmas.

—Ciertamente.

—¡Qué miendo daban... ¿verdad?

—A nosotros no; porque sabíamos que eran vivos.

—¿Cómo lo sabían?

—Fuímos expresamente a verlos.

En este momento se sentaban a la mesa los padres de Lilia, y Laura les relató a grandes rasgos, el porqué de haber ido al castillo, y cómo habían logrado descubrir a Lilia.

—¡Pobre hijita!—dijo la buena señora acariciando a Lilia.

—Cuando yo oí que había huéspedes en el castillo, quise verlos, por si me podía dar a la fuga.

—Sí, Lilia; nosotros te oímos y por eso dedujimos que eras distinta a las otras mujeres que allí se encontraban.

—¡Oh, señorita; gracias a usted, podemos tener hoy a nuestra querida hija!

—Gracias a mi valiente compañero, que fué el que decidió ir a desencantar el castillo—contestó Laura.

—Sí, pero si usted no la arrebata del lugar del combate, quizás hubiese perecido.

—¿Cuántos días hacía que la habían robado?—Preguntó Laura.

—Tres días—contestaron los padres.

—¿Y no sospechaban de nadie?

—Absolutamente. Pues un señor que nos visitaba a menudo, y que le notábamos interés por la muchacha, en estos días de dolor, ha pasado

muchas horas con nosotros, haciendo toda clase de pesquisas por encontrarla.

—¿Y quién es ese señor?

—Era el mayordomo de ese castillo, antes de morir los dueños.

—¡Ah, ya comprendo!

—¿Qué cosa?—Interrogó el padre, por cuya mente había pasado una sospecha.

—Ese hombre debe ser el raptor de Lilia,—dijo con firmeza la joven.

—¡Papá, muchas veces yo creí ver sus ojos tras un antifaz!

—¿De veras, hija mía?

—¡Si, Lilia; ese tiene que ser—repitió Laura.

—¡Ah, infame, traicionero! dijo la madre.

—¡Pobre del hipócrita cuando caiga en mis manos!—repitó el padre.

—No se apure, señor—terció Laura—, que él irá a la sombra por mucho tiempo.

—¡Quien lo hubiese sabido!

—No te desesperes papá. Aquí estoy sana y salva.—Dijo Lilia abrazándolo.

—¡Pobre hijita mía, nunca te hubiese encontrado! ¡Nunca se me habría ocurrido buscarte en el castillo de los fantasmas!

—¡Por eso aquél traicionero nos contaba tantas cosas de las visiones que allí salían!

—¡Natural! Para que no se les ocurriese a ustedes ir nunca.

—¡Bastantes noches me desveló con sus dichos!—agregó Lilia.

—¡Cómo que contaba cada cosas...! Añadió la madre.

—Quería que la mala fama del castillo fuera conocida poro todo el mundo.

—¡Siendo él el fantasma...! repitió Lilia.

—El y sus compañeros.

—¿Los apresarían todos?

—Sí. Contestóles Laura.

—¡Quizás si se haya escapado alguno!—dijo Lilia con temor.

—¡Nada temas! Ha quedado vigilado el castillo y ninguno escapará.

—¡Gracias a ustedes nos veremos libres de tantos foragidos!—exclamó el padre.

—¿Se verificaban muchos robos?—preguntó Laura.

—Muchísimos y de gran importancia, sin que nunca se pudiesen descubrir los autores.

—Es natural, teniendo tan seguro refugio...

—¡Nadie del contorno se hubiese atrevido a acercar alrededor del castillo.

—Díme Lilia, ¿por donde te entraron?

—Por una especie de túnel, que no debe estar muy lejos de aquí.

—¡Eso sí! Ya lo suponía, pues las puertas permanecían con los sellos intactos.

—Quien viese los sellos pensaría que nadie habría entrado en ese lugar. —Agregó el minero.

—¡Qué listos son!—añadió la esposa.

—Pues por ese motivo es que los fantasmas esos, son muy vivos.

Y aquí aquellos sencillos seres, que tanto interés tenían por conocer la causa que obligó a su joven visitante a usar el traje masculino, volvieron a solicitar de Laura, les narrase la historia por ella ofrecida.

Laura pareció concentrar sus pensamientos, y pasándose una mano por la frente empezó así:

—He de remontarme a una época lejana, para que ustedes encuentren el orígen de que una mujer como yo, se apreste a correr aventuras con un hombre que no es nada de su familia, y en el cual confía, sólo por la nobleza de sus sentimientos.

—Mi madre era hija de una bella gitana y de padre italiano. Un riquísimo español se enamoró de ella y correspondió a su amor, aceptando el enlace.

—De ese matrimonio nací yo. Fíjense si llevando en mis venas estas tres mezclas de sangre, no he de sentirme trotamundo—añadió riendo.

—¡Por eso es tan valiente!—dijo el minero.

—¡Ah, si tiene de gitana...!—agregó la esposa sin poder contener cierto tono despectivo.

—¿Y usted sabe adivinar el porvenir?—preguntó Lilia, deseosa de saber que galán la tomaría por esposa.

—Es mi mayor orgullo llevar en mis venas sangre de gitana—dijo Laura contestando a la señora.

—¡Entonces usted no es cristiana...!—susurró la señora.

—Sí, señora: por mi madre soy verdadera cristiana. La religión de mi padre es la que con sus pompas y soberbia se aleja de Dios.

—Pues yo siempre había oído decir que los gitanos...no eran cristianos.

—Los gitanos, señora, esos seres nómadas, son los verdaderos cristianos. Esos seres que recorren el mundo, sin dejar un rincón sin visitar, porque saben que toda la tierra es de su Padre Celestial, y como hijos de El saben, que lo que es del Padre es de ellos.

Tengo orgullo en pertenecer a los gitanos; a los seres que ningún pueblo ni ley esclaviza. Los seres que son verdaderamente libres; libres como el aire, que recorre cuanto quiere, sin que nadie le ponga valla. ¡Los verdaderos cristianos, señora, que ven como Cristo a Dios en el perfume de las flores, que lo admiran en la alta montaña, en el fondo del abismo, en el ancho mar, en las inmensas pampas, en el arenoso desierto! ¡Qué lo adoran sin templo, pues saben que su templo es la naturaleza misma, y en toda ella celebran su culto sin ostentación ni bullicio!

¡Cuán distinta es su humildad cristiana a la de los pomposos apostólicos romanos! ¡El Papa, quien se dice representante de Dios en la tierra, cuán distinto en su pompa y soberbia a la humildad en que El Padre Celestial envió a su hijo de más luz y más perfecto...! La mansedumbre de Cristo contrasta con el orgullo que el papado representa!

No voy a referirme a los últimos papas habidos, los que por suerte han venido disminuyendo la tiranía y vasallaje establecidos por sus predecesores. Haré mención solamente a Gregorio Séptimo. ¡Aquél temible y altanero Papa del siglo once, que proclamó la perfección e infalibilidad de la iglesia romana, arrogándose la facultad de deponer reyes y emperadores, y cuyas sentencias eran inapelables, mientras él revocaba las decisiones de los demás. Este pontífice tiránico, destronó y excomulgó a Enrique cuarto, Emperador alemán, por haber puesto objeciones a su autoridad. Los príncipes se revelaron contra el Emperador, quien a instancias de la emperatriz, decidió humillarse ante el Papa, pidiéndole perdón, para lo cual cruzó a pie los Pirineos en un crudo invierno, llevando por compañía a su esposa, un hijito y un fiel sirviente. ¡Oh, éste gran monarca llegó al inexpugnable castillo en que se encontraba el Papa, miserablemente vestido, la cabeza descubierta y los pies descalzos, y aquél tirano le mandó esperar su perdón confesando y haciendo penitencia en un patio exterior, y después de tres días de tenerlo a la intemperie y sin comer, le fué anunciado que sería perdonado, pero que no reasumiría las reales insignias, mientras él no le diese la venia! ¡Así representaba al magnánimo Cristo aquél pontífice! ¡Así representaba al Ser todo bondad con las criaturas!... Ya ustedes ven, no

he querido hablar de Alejandro VI, ese monstruo padre de los no menos monstruosos Borgia, tristemente célebres por sus criminales amores.

Laura parecía transformada. Sí,—siguió diciendo—soy descendiente por línea materna de los seres que no obedecen al Papa, ni lo tienen en cuenta; de los seres qu por amar a Dios, al Padre de todos. Tal Cual Es, fueron quemados vivos, como todos los que creían en Dios Creador y no creado a imágen del Papa. El papado estableció la inquisición en el siglo trece y, ¡cuántos millones de mártires fueron muertos de la manera más cruel!... ¡Sí, desciendo de los que no creen en las doctrinas de las indulgencias papal! ¡Oh, cuántos seres degenerados formó esta indulgencia! ¡El Papa les concedía indulgencia por todos los delitos cometidos y por cometer, con tal de que denunciasen a todo el que dudase de su poderío! ¡Pobres ilusos!

¡La religión de mi madre no necesitó de reformadores como Juan Huns, Jerónimo, Lutero, Luciano y otros; porque no se apartó jamás de la ley de Dios y lo adora en su magnífica sencillez, bajo el espacio, sobre la tierra y el mar!

Laura parecía exaltada por la ofensa que se le infería a su difunta madre y continuó:

¡Sí, soy descendiente del pueblo que camina, que quiere ver la obra de Dios en este pequeño planeta, que todo es suyo, sin permanecer muchas horas en ninguna parte; de los verdaderos cosmopolitas, de las gentes que no tienen jueces ni abogados, porque todos se sienten a la vez, testigo, fiscal y juez!... De las gentes que no hacen censos, porque Dios es quien sabe cuantos son y no necesita contarlos...

Las pálidas mejillas de Laura se habían coloreado intensamente, y decía en defensa de su madre, cosas que jamás se le habían ocurrido.

—¡Dispense, señorita—dijo la señora admirada de aquella verbosidad—dispense, no intenté ofenderla!—repitió humildemente.

—¡No, señora, no me ofendo, por el contrario, tengo orgullo de llevar algo de esas gentes que tienen sus ropas sucias del lodo del camino, pero que sus almas están limpias...! ¡De esos elegidos de Dios, que tienen inspiraciones divinas y viven humildemente sin felonías sociales!

Laura hablaba sin darse reposo, estaba exaltada, y en su afán de defender a su madre, usaba un lenguaje que era impropio de ella. En su ofuscación olvidaba los beneficios de la santa religión; olvidaba que es paz y consuelo para los corazones atribulados; olvidaba que con la miseria no se consiguen

prosélitos, que al pueblo hay que deslumbrarlo, que aunque gima de pobreza, gusta del boato.

La mujer del minero, después de un momento de silencio le dijo:

—Señorita, yo soy cristiana y creo, que todo lo mejor que existe debe ofrecérsele a Dios y a su santa casa, la iglesia; yo siento en mi alma verdadera veneración por esos seres que en los claustros se dedican a la oración, a rogar a Dios por los seres que viven en pecado; por los seres que jamás tienen en sus labios una oración. Esos buenos seres que desprecian los placeres de la vida, para dedicarse bajo rústico sayal, a la oración por todos y a llevar palabras de consuelo a los afligidos, y resignación a los desesperados. Amo a esos seres que tienen perdón para todos los pecados.

—Muy bien, señora,—le dijo Laura apenada— me felicito de oirla hablar así; también yo siento admiración y respeto hacia ellos; sí señora, puede usted creerlo. Si yo no hubiese notado en usted ese tono despectivo para esos seres nómadas, de donde desciende mi madre, no me hubiese jamás expresado así; pero... señora, sentí un fuerte choque... más, "del choque viene la luz".

Yo me he extrañado de hablar así; yo que acepto todas las religiones, porque todas van a un mismo fin; pero cuando el corazón está rebosante de amargura, por las injusticias humanas, una sola mirada despectiva basta a derramar el acíbar, cual lo acontecido en mí en este caso.

La señora calló, por comprender que ella era la que había provocado aquel choque.

Laura, muy apenada, guardó silencio, y éste ya se hacía embarazoso, cuando el minero, deseando disipar aquella nube dijo:

—Me ha hecho usted sentir suma simpatía por los gitanos.

—Pues a mí siempre me han encantado, por saber predecir el porvenir —dijo Lilia—y ahora aprovecho para que usted me diga la buena ventura. ¿Verdad que me la dirá?

—No, Lilia—dijo Laura dulcificando su semblante—no te la puedo decir porque no lo sé. No soy adivina—añadió sonriendo.

—¿Pero usted no es gitana?

—No, no soy verdadera gitana, ni todas las gitanas son adivinas; aunque entre ellas abundan las que por las líneas de la mano pueden predecir el porvenir, aunque parezca paradoja...

—¡Ah, yo creía que lo eran todas!

Laura sonrió y pareció sumirse en un mar de recuerdos.

El silencio se hacía ya pesado, y Lilia y sus padres que anhelaban conocer la historia de la joven, por la cual había optado por el traje varonil, no se atrevían a hacerle ninguna insinuación a este respecto, después de las manifestaciones de sentimientos que ante ellos había hecho la joven, por la alusión a los seres de la raza de su madre.

Al fin Lilia se aventuró a preguntar:

—¿Porqué eligió usted el traje de hombre?

—Porque con este tengo más libertad—dijo Laura como saliendo de profundas meditaciones.

—¿Qué nombre adoptó usted?

—Anagrama el nombre de Laura, quitándole una a y lo sabrás—contestó la joven, que sin darse cuenta contestaba como lo hacen las gitanas.

Todos se animaron y se pusieron a investigarlo, siendo Lilia la que dijo sonriente y vencedora:

—¡Raúl! ¡Sí, Raúl!

—¡Es verdad!—dijeron los padres.

Laura, pasado ya aquellos momentos de sublevación, les dijo: voy a reanudar mi relato, y empezó así:

—Tenía yo cinco años cuando mi buena madre quedó viuda y al frente de grandes negocios, que requerían la actividad y pericia que ella no tenía.

—Mi padre era banquero y en la casa había un antiguo empleado, que por su seriedad y cumplimiento, habíase captado la confianza. Este tenía a su cargo al hijo de unos amigos, que estaban muy pobres, y de quien la gente decía, él era su padre. No era nada cariñoso con el muchacho, pareciendo a veces, que le pesaba atenderlo, aun cuando le daba todo lo que le hacía falta. El muchacho venía a mi casa diariamente y nos queríamos como si fuésemos hermanos. El empleado aquél también nos visitaba a menudo y mamá le consultaba muchas cosas. Al fín decidieron casarse y así él podía estar más al frente de los negocios, que mi madre no podía administrar.

—Mamá pareció tener un gran descanso cuando no guió por sí sus negocios, y todo parecía marchar muy bien.

—Gil (que así es el nombre de el segundo esposo de mi madre) instaló en casa al que llamaba su ahijado, y juntos crecimos felices.

—Mario, era bueno, amable y respetuoso y llegó a ganarse el cariño de mi madre; mientras Gil cada vez, era más frío con él.

—Gil demostraba grandes deseos de tener un hijo de cualquier sexo.

—Mamá al fín tuvo unos gemelos varones, que en vez de alegrar a Gil, dijo:

—Con uno me bastaba. El otro sobra.

—Mamá se entristeció mucho, comprendiendo que Gil solo quería heredar a mamá, haciéndose cada vez más calculista e interesado.

—Mi madre le había dado amplios poderes, pero ni aún esto le bastaba a su desmesurada ambición. Ella estaba siempre triste y su salud se quebrantó; y a medida que su mal tomaba cuerpo, parecía Gil más satisfecho.

Yo, aunque solo contaba doce años, me dí cuenta de esto, y de que Gil no me quería, como demostraba antes de casarse.

Al cabo de algún tiempo de fijarme en sus demostraciones, pude darme cuenta de que nos odiaba a Mario y a mí.

Vivíamos en New York, y los médicos recomendaron a mi madre que fuéramos a California donde podía encontrar alivio a sus males.

El viaje empezóse a preparar con gran contento de todos. Pero el que más interesado se encontraba en que marchásemos era Gil, quien se quedaba completamente libre, pues Mario y yo acompañaríamos a mamá.

Llegó el día de la partida y Gil se mostraba muy cariñoso con mamá. Repetidas veces le recomendó se quedase todo el tiempo que fuera necesario para recuperar la salud. En cuanto a Mario y a mí, procuraba no mirarnos y olvidó hasta despedirse de nosotros. En realidad esto ni nos extrañó, ni lo sentimos, pues ambos nos sentíamos muy cohibidos en su presencia, nada grata para nosotros.

Hicimos el viaje muy cómodos, con escalas en las ciudades importantes lo que por disposición facultativa se hacía, no solo para que los niños no se estropeasen, sino para que mamá se distrajese, pues su enfermedad consistía en una ligera afección al corazón, la cual podía mejorar con el cambio de vida y el alejamiento de la causa que la ocasionaba.

Fuimos a Pensilvania y de aquí a Washington, pues mamá deseaba que viésemos Mario y yo, el hermoso edificio de mármol y piedra blanca del Capitolio.

—¿Es verdad que es muy grande la estatua tiene en su cúpula?—preguntó Lilia.

—Sí, pero no es tanto como la que regaló Francia a los Estados Unidos en el año 1,886.

—¿Qué tamaño tiene?—volvió a interrogar la joven.

—La estatua mide cuarenta y seis metros.

—¡Oh, que grande es! ¡Cómo será la cabeza...!

—La cabeza mide cuatro metros cuarenta centímetros.

—¡El tamaño de mi dormitorio!—dijo Lilia asombrada.

—Efectivamente— asintió el minero.

—¿Y dónde tienen tan gigantesca estatua?—preguntó incrédula la esposa.

—Esa estatua está en la isleta de Bedloe, a dos kilómetros de New York, y colocada sobre un pedestal de cuarenta y ocho metros de altura, constituye el más hermoso de los faros.

—¡Ah, quisiera poderlo ver!. Pero bien; siga y no deje de darme detalles de todo.—Dijo Lilia entusiasmada.

—¡Oh, Lilia, si fuera a detallártelo todo, sería muy largo mi relato. No obstante, te hablaré de lo que más me interesó.

—Bueno, continúe.

—Navegamos por el Misisipí hasta la desembocadura de su mayor tributario el Misuri, y por éste hasta Kansas.

—En este viaje pudimos visitar inmensas fábricas de telas de algodón, cuya fuerza motríz la produce la gran corriente del río.

—En muchos estados se utiliza la fuerza hidráulica para el alumbrado de las ciudades, fábricas, etc.

—Utilizar la fuerza hidráulica constituye una gran economía—dijo el minero—y día llegará que todos la utilizarán por necesidad.

—En verdad que es lástima verla desperdiciar y no darle la verdadera importancia—asintió Laura, y después continuó:

—Cruzamos en ferrocarril las montañas Rocosas y mi madre, lejos de impresionarse, gozaba viéndose en aquellas alturas.

—Mario y yo estábamos encantados y no nos apartábamos de las ventanillas, admriando, ya las obras naturales, ya los trabajos meritísimos de ingeniería.

—Pudimos contemplar el Gran Cañón en Arizona, con sus estrechísimas gargantas y desfiladeros, entre alturas tan considerables, que la imiginación no se las puede pintar.

—Atravesamos el río Colorado que separa el estado de Arizona del de California, y nos dirigimos a los Angeles, a ese bello paraíso de la costa del Pacífico.

—¿Verdad que son buenas las frutas de California?—Preguntó el minero.

—Exquisitas y muy variadas; dá gusto ver los inmensos secaderos de peras, ciruelas, etc. etc., que en verano se secan al sol.

—¿Y los árboles de esa región son muy corpulentos?—Volvió a preguntar el minero.

—¡Ah, sí! Los árboles alcanzan colosales tamaños. Nosotros pasamos en automóvil por entre un gran abeto, que le habían hecho un corte en el centro para no tumbarlo.

—¡Ay, Jesús!—dijo algo incrédula la madre de Lilia.

—Pero...¿eso es posible?—añadió Lilia con marcada sonrisa de desconfianza.

—No lo dudes, Lilia—dijo el padre. Yo sé que en esas regiones crecen los árboles mayores del mundo.

—¡Qué gigantes!—susurró la joven.

—Efectivamente, son gigantes—repitió Laura.

—¿Pasó usted allí mucho tiempo?

—Sí, pasamos seis años en ese paraíso. Mario y yo paseábamos muchísimo; sobre todo en los dos últimos años, que por nuestra edad, podíamos viajar sin peligro. ¡Cómo nos gozamos contemplando en la Sierra de las Cascadas, el hermosísimo monte Reinier, completamente cubierto de nieve y el cual tiene mas ventisqueros que los otros montes de los Estados Unidos!

¡Es de un contraste encantador, el cuadro que forma aquella alba montaña, y el verdor exquisito de los altísimos pinos, a los cuales reflejan, admirablemente los ríos helados, produciendo bellísimos panoramas!

En este monte nos sorprendió una fuerte ventisca, que afortunadamente duró poco.

—¿A qué llaman allí ventisca?—preguntó Lilia.

—Hija, a una fuerte nevada con mucho viento—contestó el padre.

—¿Y qué más vió...?

—Muchas cosas, amiguita; pero lo que me causó grata emoción, fué el Viejo Fiel.

—¿El viejo fiel? ¿Quién es ese viejo?

—No es un hombre, Lilia, es un geyser, que a intervalos despide una gran cantidad de agua que se eleva hasta treinta y cinco metros.

—¿Y dice usted que es a intervalos?

—Sí, de sesenta y cinco minutos. Imagínense mi sorpresa.

—Llegamos allí cuando hacía una hora que había terminado de despedir el agua, y esta se encontraba serena, cuando cinco minutos después, vimos elevarse a tan prodigiosa altura aquella gran masa que la descomposición de los rayos solares mostraba sus irisdicentes colores, que al caer formaba nubes y aun emulaba lindo encaje de impecable blancura.

—¿Dónde se encuentra esa belleza?—preguntó Lilia.

—Esa maravilla existe en el Parque Nacional de Yellowstone. Pero me estoy alejando de mi historia y el tiempo corre.

—¡Qué lástima no esté usted aquí varios días!

—No puede ser, amiguita, por muy grato que me sea estar entre ustedes.

—Pues dígame algo de Mario—dijo Lilia, interesada en el joven.

—¡Ah... pobre Mario! ¡Pobre amor mío! ¡Ay, madre mía!—Exclamó Laura pálida de emoción.

—¿Le ocurrió alguna desgracia?

—¡Sí, la única irremediable!—dijo Laura enjugándose dos gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas.

Nadie se atrevió a interrumpir con preguntas aquel acerbo dolor, que a todos conmovía.

Después de un momento en que Laura había logrado dominar su emoción prosiguió:

"Según transcurrían los años, Gil, que siempre escribía a mi madre enviándole lo necesario para nuestros gastos, y diciéndole que cuando intentásemos regresar, él vendría a buscarnos para pasar allí una temporada con nosotros, empezó a tardar en escribir, y lo que es peor, a limitarnos cada vez más su remisión, de manera que no podíamos vivir sino muy modestamente.

Mario intentó trabajar, pero mamá, que lo quería como a un hijo por sus bondades, se opuso a ello, y decidió no esperar por más tiempo que Gil fuera a buscarnos.

Hicimos el viaje lo más rápido posible, pues mamá anhelaba llegar cuanto antes, sin previo aviso, para ver como marchaban sus negocios.

—Recuerdo que cuando llegamos, Gil demostró gran desagrado, y apenas si saludó a sus hijitos, que ya tenían ocho años.

—En cuanto a Mario, lo saludó con frialdad, pareciendo envidioso de la esbeltez y elegancia de éste, cuyo bello semblante contrastaba con el de él, marchito y envejecido en más de diez años.

—Yo me había quedado muy atrás, y nada hizo por acercárseme. Pero, por cortesía y viéndome una mujer, vino hacia mí y al darme la mano, ví en su rostro el efecto que mi desarrollo le causó.

—Me saludó cariñoso y me hizo muchísimas celebraciones y halagos, pero al tropezar su mirada con la de Mario, que estaba radiante de alegría por todo lo que me decía; ví contraerse su ceño, y un extraño fulgor cruzar por sus ojos que me dejó turbada. Y volviéndose a mamá en tono de reproche le dijo:

—¿Cómo has dejado a este gandul tantos años junto a Laura?

—¿Porqué esa pregunta?—inquirió mamá—¿Acaso no lo tenemos como hijo y Laura como su hermano?

—Una mirada mía contuvo a Mario, que se insultó de aquel tratamiento.

—Me interné en nuestra casa diciéndole a Mario:

—Ven, Mario oye...

—¡Pero Gladys!... ¿Cómo es posible que dejes así a tu hija con este hombre?—Dijo Gil algo colérico.

—Y mi madre añadió.—¿Es que tú en estos años, te has olvidado que Mario es tu hijo.

—Querrás decir ahijado—contestó él.

—Bien, lo que sea. Yo lo tengo por nuestro hijo y como tal lo trato.

—Pues yo creo que ellos no se tienen como hermanos—repitió apretando los puños.

—Mamá sonrió diciendo:

—Si ellos quisieran ser compañeros en su vida, me alegraría infinito.

—Pero...¿qué estás diciendo? Después de todo...¿a mí que me importa?—Terminó él. Y no se habló más del asunto.

—Mario se empleó en una casa bancaria y pronto se ganó la confianza del administrador, que lo nombró su segundo.

—Yo procuraba evitar lo mas posible todo trato con Gil, que se mostraba deferente y galante conmigo, lo cual me hacía sufrir.

—En cambio, con mi buen Mario, usaba un trato despectivo demostrando la inquina que le tenía.

—Constantemente nos espiaba, pero nunca encontró en nuestras conversaciones nada que pudiera reprocharnos.

—Yo veía con espanto acentuarse en él, la afición por mí; mi pobre madre también lo notaba, y esto nos hacía sufrir.

—Un día me dijo mi madre:

—Laura, hija mía, ¿te gustaría casarte con Mario? Su tono era melancólico.

—¡Pero mamá, si nunca se nos ha ocurrido tal cosa,—le contesté. Si así somos felices, siendo hermanos.

—El no es tu verdadero hermano, y no hay ley que impida que se amen.

—¡Pero si nos queremos mucho!

—Pues Mario y tú, están en edad de contraer matrimonio; ya él tiene veinte y dos años y si no se casa contigo, se casará con otra...

—Al oir yo que Mario pudiera casarse con otra, experimenté un sentimiento extraño y prorrumpí en desolado llanto diciendo:

—¡Oh, no; yo no quiero que Mario se case con nadie!

—Al anuncio de aquella posibilidad, sentía que lo amaba realmente, y que por nada del mundo hubiese querido separarme de él.

—Mamá me abrazó complacida y me consoló diciéndome:

—¡No llores, hija mía; yo sé que Mario no quiere casarse sino contigo!

—Pues nada me había dicho, ni yo jamás lo había pensado. ¡Deja que venga!

Yo me hice el propósito de reprocharle que nada me hubiese dicho y sí a mamá. Pensé preguntarle si se quería casar conmigo, y qué se yo cuantas cosas.

A la hora del almuerzo, llegó Mario radiante de alegría. En cambio yo no sabía que cosa pasaba por mí, que no me atrevía a mirarlo.

Mario dijo:

—"Estoy loco de alegría, porque desde hoy, soy administrador del banco.

Gil lo miró con el ceño contraído y mamá con ternura, pero reprimiendo su alegría se limitó a decir:

—Me alegro mucho, hijo mío.

Mario esperó de mí la efusión acostumbrada, pero yo sentía que el rubor me abrasaba y además, la mirada de Gil, esta vez feroz, me tenía cohibida.

Este acontecimiento que debió llevar a la mesa la alegría, trajo el disgusto, y todos perdimos el apetito.

Yo me fuí al jardín junto a una fuente, donde un sonriente Cupido, daba con sus dedos a las cercanas plantas, el agua que les proporcionaba lozanía; y allí prorrumpí en llanto, sin darme cuenta de la causa.

Gil se dirigió a su despacho, mamá a sus habitaciones y Mario vino al jardín a buscarme. Tenía su rostro una seriedad que me era desconocida.

Su elegante talle parecía más erguido, y su cabeza, tenía un no se qué, de noble firmeza.

Yo lo ví antes que él a mí, así es que tuve bastante tiempo de contemplarlo. En verdad, Mario es un gran tipo—me decía—y me parece que yo nunca lo había contemplado de esta manera.

Cuando estuvo cerca de mí, me dijo en tono solemne e irrevocable:

—Laura, esta tarde no comeré aquí, ni nunca más...

—¿Qué dices, Mario?—balbucí temblorosa.

—Que me voy de tu casa ahora mismo.

—¡No, Mario, no te vayas de nuestra casa!

—Ya esta casa no es mía, Laura.

—¡Ah, ya sé...! ¡Te quieres casar...!—Y al decir así, prorrumpí en sollozos.

—¡Oh, Mario, mi querido amigo, mi hermano, me vas a dejar.

—No llores así, Laura; ahora quiero dejar de ser tu hermano para ser tu esposo! ¿Quieres?

—¡Sí, si quiero, Mario... sin tí la vida me sería indiferente...no quiero separarse de tí...!

—Ahora es preciso. Pronto no nos separaremos más...

—Pero no te apartes ahora de mí...te quiero con toda el alma y no podré conformarme a no verte en la mesa...!

—Es preciso para la felicidad de todos...

—Al llegar aquí en su conversación, vimos que Gil nos estaba espiando, quien al comprender que lo habíamos descubierto, se dirigió a las habitaciones de mamá. Mario me dijo:

—¡Ven, Laura! Y con tan lacónicas palabras me tomó de la mano y seguimos tras de Gil. Este no lo notó y al llegar junto a mamá le dijo en tono airado:

—¡Qué bien vigila usted a su hija!

—No tengo porqué vigilarla—contestó ella.

—¿Sabe usted donde está ahora?

—Supongo que en el jardín, con Mario.

—¡Y con esa calma lo dice usted!—dijo con voz de trueno.

—No tengo qué violentarme por lo que me causa gran placer.

—¡Pues a mí, no!

—¿Quiere usted explicarme el porqué?—dijo mamá con un tono en que se reflejaba el desdén, que Gil con su conducta le inspiraba.

Mario no dió tiempo a que contestara, pues sabía que ninguna explicación cabía, y sin soltar mi mano dijo:

—Vengo a anunciarles que pronto Laura y yo seremos esposos.

—¡Muy bien,—dijo rápida mamá. Eso deseo!

—Gil, por el contrario, montando en cólera le dijo:

—¿Qué dices? ¿A quién le han pedido autorización? ¡Así me pagas el haberte...criado!

—Digo que nos casamos, y que la ley nos autoriza por nuestra edad, y creo que es la mejor manera en que puedo pagarles. Contestó Mario.

—¡Vete de aquí, mal hijo...!

—¿Cómo? ¿Mal hijo, con quien? ¡Si usted no es mi padre!

—¡Mira...calla, no me hagas decir disparates!

—¡Sí, solo disparates diría usted!

—¡Vete de mi casa, atrevido, y que no te vea jamás por aquí!

—Sí, ya había decidido retirarme y volver solo cuando me lleve a Laura por esposa.

—¡Eso no será nunca!—dijo Gil.

—No tiene usted derecho para impedirlo—contestó Mario, sin querer dar importancia a las palabras de Gil, y saliendo para siempre de aquella casa en la que tantos años habíamos vivimo como hermanos.

"Yo me puse a atender a mamá—que se había puesto mala del corazón, conteniendo en tanto los sollozos que pugnaban por salir de mi garganta.

"Gil se quedó y me miró largamente. Yo sentía sobre mí su odiosa mirada, no como el pajarillo sugestionado por el inmundo reptil, sino que la sentía repelente.

"Al fín, Gil salió de la habitación sin lograr de que yo lo mirara.

"Cuando mamá volvió en sí, me dijo:

—"Hija, estoy satisfecha de que pronto salgas de la embarazosa situación en que te encuentras.

—"¡Oh, mamá...!—dije llorando a mares.

—"Todos tus pensamientos los sé, hija mía; sé lo que vienes sufriendo, y si Mario no me hubiese dicho que te quería por esposa, se lc hubiese propuesto yo.

"Escucha: Tengo tu dote en un cofre que te entregaré. Tu ajuar se preparará en una semana, al cabo de la cual, serás la esposa de Mario. En cuanto a mí, enseguida solicitaré el divorcio. Este hombre es un villano.

—"¡No me separaré de tí hasta entonces, querida mamá! ¡Seré feliz cuando no seas de ese hombre odioso!

—"No hija, no te separarás. Juntas haremos tus compras y veremos modistos.

Cuando quisimos salir notamos que nos tenía bajo llave.

—No te desesperes mamá,—le dije—tienes teléfono y él nos puede servir.

—Es verdad, hija. El ha olvidado que si quisiera, lo haría detener.

—¡Hagámoslo mamá!—dije queriendo verme libre de él.

—No, Laura, no quiero acusar al padre de mis hijos. ¡No, nunca lo haré! El no nos va a dejar perecer en este encierro.

El resto del día lo pasamos ocupada en comprar por teléfono, y preparar desde nuestro encierro, todo lo concerniente a la boda.

También hablé más que nunca con Mario, a quien no dí cuenta de nuestra situación, por habérmelo impedido mamá.

A la hora de la comida, un criado de él nos sirvió en la habitación.

¡Estábamos cautivas en nuestra propia casa...!

—En realidad—dijo el minero—esa conducta contrastaba con su sangre gitana.

—Sí, pero mamá también era italiana.

—Era una santa—dijo la esposa del minero apretando los puños.

—Efectivamente: mamá era una santa.

—¿Cuándo salieron de allí?—preguntó Lilia.

—¡Oh, Lilia... esa salida fué tan triste, que ha dejado una herida en mi corazón, que nunca más cicatrizará! ¡Pobre y querida mamá! ¡Pobre Mario!

Laura lanzó un profundo suspiro y enjugándose dos gruesas lágrimas continuó:

A los cinco días de encierro, ya no podía soportar más aquella situación.

Mi traje de bodas estaba listo para la prueba y el modisto me apremiaba para que fuese. Yo estaba desesperada. Mi estoicismo distaba mucho del de mi buena madre, y me encontraba dispuesta a salir de cualquier manera de la embarazosa situación en que nos encontrábamos. Así es que, velando el sueño a mamá, llamé a Mario y le comuniqué lo que nos había hecho Gil.

El, lleno de impaciencia me dijo: ¿Porqué antes no me habías dicho tal infamia? Enseguida voy y...ha de pagarla. Llevaré dos agentes y será él el preso.

—¡No! Espera a las once de la noche y entonces hablas con Cipriano (el criado de él) que tiene las llaves. No divulgues la noticia. Mamá no quiere denunciarlo, y yo por nada la contrariaré. Te lo digo porque anhelo verte. Dale dinero a Cipriano, ya sabes como es él, y te dará las llaves para que puedas vernos.

—¡Oh, Laura, que infame es Gil! ¡Aun he de esperar una hora para verte! ¡Y no poder castigar su infamia...!

Un momento después entraba Mario con precipitación. Yo me arrojé en sus brazos llorando y riendo a la vez.

Mamá despertó y muy impresionada nos abrazó llorando, suplicando a la vez que no dijésemos nada, que no quería que se descubriesen las infamias del padre de sus hijos. Y tanto suplicó, que Mario besándola le juró obedecer.

En esta escena nos encontrábamos, cuando el perverso Gil se presentó, y ciego de furor agredió a Mario por la espalda, que cayó al suelo atravesado por un puñal.

Mamá al ver aquél parricidio no tuvo ni una lágrima, ni un suspiro; su tez se puso azulosa, sus ojos se abrieron desmesuradamente y sus crispadas manos fueron al corazón y se desplomó... ¡cayó mi madre para no levantarse por sí jamás! Sin embargo, por un momento habló así:

—Hija mía, júrame antes que muera, que no lo denunciarás... es el padre de tus hermanos...! ¡Huye de aquí... viaja... olvida ...olvida no lo denuncies... vete! Y mi adorada madre expiró.

E—n medio de mi desesperación, apareció la odiada figura de Gil, y mostrándome los cuerpos de mis seres más queridos me dijo:

—¡Mira tu obra!

—¡Infame...! ¡Doble parricida...!—le grité, presa de indescriptible desesperación. Entonces aquél monstruo, que parecía una bestia del apocalipsis, se me acercó, y con voz ronca y sin respetar aquellos sagrados cadáveres, me dijo:

—Estás en mi poder...si no accedes, te acusaré ante la justicia y probaré que eres la autora, por celos.

—Estas palabras casi me enloquecieron, no por la amenaza sino por la injuria que encerraban...por la calumnia a mi madre, y grité fuera de sí:

—¡Asesino!

—Al oir mi grito, salió, quizás para averiguar si alguien se había percibido de él; y yo, de rodillas ante los adorados e inanimados cuerpos, los

cubría de besos. De pronto, parecióme que ambos me decían como un susurro: ¡Huye...! ¡Vete...! ¡No te demores...!

—Los estreché frenética, ambos estaban inerte; pero en mis oídos repercutía aquella voz que repetía: ¡Huye...déjanos!

—Sentí un ruído y pensé que Gil venía; entonces me enderecé como loca... mi vestido estaba manchado de sangre y corrí a cambiarme. Tomé un traje y zapatos de mi querido Mario, de cuando era adolescente, y tomando mi dote, huí; huí mucho y aún tengo que hacerlo, pues fuí acusada del doble crimen y mi fuga comprobó mi delito.

—Esa misma noche tomé un tren y en Boston me embarqué con los papeles de Mario que encontré en la caja en que mamá había puesto los fajos de billetes de mi dote. ¡Y cuánto he sufrido en tan poco tiempo!

Laura lloraba sin consuelo y las dos mujeres dejaban correr por sus mejillas raudales de lágrimas, ante tan acerbo dolor de la joven.

El minero, un tanto emocionado, dijo:

—¡Oh, señorita; lamento de todo corazón, que por narrarnos su triste historia, esté usted tan afligida, y le hayamos hecho derramar tantas lágrimas!

—¡Ah, señor...! Las lágrimas son un consuelo para mí atribulado corazón. Ahora siento un gran alivio, porque al fín he podido depositar mi gran pena en otros corazones que me compadecen. Estoy más consolado después de llorar, lo que en mi calidad de hombre no puedo hacer. ¡Tengo que sofocar mi dolor para no delatarme!

—¡Quédate con nosotros!—dijo cariñosamente Lilia.

—¡Sí, hija mía, quédate y seré para ti una madre!

—Gracias, señora, agradezco su afecto, pero no puedo aceptar. Una voz me dice: ¡Adelante! ¡Sigue adelante!...

Cuando así hablaban, vieron allá, a lo lejos del camino, que un hombre se acercaba.

—¡Es Raflo! ¡Mi buen amigo, que viene en mi busca! ¡Ya saben señores, desde este momento dejo de ser Laura, para convertirme en Raúl!...

Así diciendo abrazó y besó a las dos mujeres que no deseaban separarse de ella.

Laura corrió a la habitación y lavó su cara repetidas veces con agua fresca a manera de hacer desaparecer las huellas del llanto, procurando ahogar aquel dolor, que como es sabido, se hacía más recóndito en su corazón. Tenía que demostrar fortaleza y lo haría a toda costa. Necesitaba un

compañero que la protegiera y ninguno más apropiado que Raflo; hombre culto y lleno de bondades, incapaz de guardar un mal pensamiento para nadie. Así es que seguiría con él, guardando siempre su incógnita.

Pocos momentos después aparecía Laura convertida en Raúl, y la pobre Lilia no pudo reprimir que dos gruesas lágrimas brotaran de sus ojos. ¡Cómo anhelaba ella que la joven se quedara y fuesen hermanas! Pero también tenía una inexplicable idea de que Mario viviese, y que quizás se encontrasen en el camino de la vida y pudieran ser felices. ¡Ah, cómo se alegraría de que así fuese!...

Cuando la joven salió metamorfoseada en Raúl, dijo tristemente:

—¡Ay, cuando volveré a oir mi nombre! ¡Laura ha muerto... ahora queda Raúl!

—¡No diga eso! Laura ahora duerme y vela Raúl. El corazón me dice que ha de llegar un día, en que una voz por usted muy querida, le diga: ¡Laura! ¡Laura mía...! Al fin te encuentro despues de tanto buscarte...!

—¡Ay Lilia; no alientes esas ideas que a menudo vienen a turbar mi sueño...! ¡Si supieras... que desde el primer instante he pedido a Dios en mis oraciones, que me devuelva a Mario, pues a mi madre sé que es imposible...! Las contracciones de su corazón cesaron para siempre. ¡Su rostro denotó enseguida, que su espíritu había volado a regiones ignotas...!

Pero...después que huí, me quedó la duda respecto a Mario, y esa duda no me ha abandonado jamás. Mas... ¡qué necia soy! ¿Qué méritos tengo yo para esperar un milagro así?... ¡Ah, si yo fuera Trifón...!

—Trifón... ¿Quien es Trifón?

—Es aquel santo, que cuando el Emperador Decio, en Roma, perseguía a los cristianos, le hizo atormentar, desgarrar sus carnes, quemar sus costados, y todo lo sufría con rostro alegre; entonces lo llevaron a un templo para que adorase a Júpiter, y al terminar su oración, aquella gran estatua vino al suelo hecha pedazos.

—¿De veras? ¡Entonces se convertirían todos!

—No, solo se convirtió Ninfa, una de las doncellas de las vírgenes vestales, lo cual le valió, que la atormentaran también.

—¡Oh, pobrecita...!—exclamó Lilia— y siguió:

Yo no puedo dejar de repetirle, que creo en que Mario vive y la busca.

Raúl tomó la mano de Lilia y la apretó, no teniendo tiempo de contestarle, por ver que ya Raflo estaba allí y lo oiría.

Raflo, para quien no pasó desapercibido aquél movimiento, pensó en un idilio amoroso y sonrió diciendo:

—¡Hola Raúl!—te veo muy bien acompañado; pero recuerda que debemos ir a Guaqui para tomar el vapor...

—¡Vamos!—contestó lacónicamente Raúl.

Raflo tomó aquellas palabras como por el natural disgusto que le causaba al jovencito separarse de su amiga. Y se alejó un tanto para dejarles oportunidad para la despedida.

—¡No olvides a Mario!—le dijo Lilia al oído.

—¡Nunca, jamás!—contestó Raúl.

Raflo pensó que aquellos juramentos se los cruzaban entre sí. Marcharon silenciosos hasta llegar al puerto, llevando Raúl su alma llena de tristes pensamientos, ora animado por lisongera esperanza.

EN LA LAGUNA DEL INCA

En una hermosa mañana del mes de..., se veían dos viajeros en el puerto de Guaqui, en Bolivia, que miraban con curiosidad las frágiles embarcaciones de paja, que allí usan los nativos; de las que, infinidad de ellas, se hallaban surcando las tranquilas aguas del hermoso lago Titicaca; el lago mas alto del mundo, utilizado para la navegación de altura, por una línea de vapores establecida entre Bolivia y Perú.

El más joven de los viajeros, interesado en conocer la causa del uso de aquella clase de botes, dijo a uno de los boteros:

—¿Porqué ustedes no hacen de madera sus embarcaciones, que les serían más seguras y duraderas?

—¡Bien quisiéramos, poder hacerlas de madera, señor, pero resulta muy costoso?

—¿Costoso dice...?

—Sí, muy costoso.

—¿Es posible que sea tanta la diferencia entre el costo de una de madera y esas que ustedes usan, que a mí se me antojan de mayor dificultad que aquellas?

—Tal es en realidad, señor; se conoce que Ud. no es del país, y por eso ignora la escasez de madera que aquí padecemos.

—Siendo así, acepto el fundamento de su aserto, y admiro la prodigiosa habilidad de ustedes, en construir con pajas esas embarcaciones, que tan bien llenan un cometido, como jamás pudieran imaginarlo, los que como yó, ignoraban su existencia y utilidad.

En efecto, quien no las haya visto, no es capaz de imaginarse, que de una materia tan deleznable, puedan hacerse embarcaciones, capaces de resistir al hombre y sus cargas sobre las aguas. Estas embarcaciones, son las que usan la gente pobre.

El otro viajero no se apartaba de una extraña maleta que a su lado tenía, junto con dos maletines, sin preocuparse en nada, de la conversación que

su compañero sostenía. Parecía abstraido de cuanto le rodeaba, y sus ojos estaban fijos en el nombre de "Estrella" que en su proa ostentaba el vapor allí anclado, como si quisiera descifrar aquellos signos. Tal sería la creencia de las personas que allí había, al contemplar el ensimismamiento en que se encontraba sumido.

Los lectores han de saber ya, quienes eran los viajeros; sabrán que Raflo entendía perfectamente aquel nombre, y que la fijeza con que miraba aquel letrero, era debido a la evocación de una querida imagen, que le traía a su recuerdo, añoranzas del pasado Pensaba en la linda y dulce Estrella, en aquella Estrella de la ciudad de las bellas mujeres; en la tierna Estrella del histórico Camagiiey. Pensaba en ella, como en algo muy suyo; y aunque cada vez se alejaba más de la Perla de las Antillas, no por eso disminuía el recuerdo de su Estrella.

Jamás hizo nada por alejar de su mente esta imagen, sino que por el contrario se solazaba en la interna representación de ella, haciendo que nunca se esfumara.

¿Hacía en su mente el propósito de volver a Cuba, donde se encontraba la mujer origen de sus meditaciones? No; no se forjaba esa idea, pero como era un destinista, estaba convencido, que si el destino le deparaba ser su esposo, volvería a donde ella, aun sin hacer nada para realizarlo. Esperaba que el destino resolviera.

Para él, ninguna distancia en este pequeño planeta, le parecía grande, por el hábito que de viajar tenía. Era un cosmopolita, y cualquiera que pudiera leer en el fondo de su mente, lo pequeñísimo que consideraba este mundo, se asombraría. Tal parecía que Raflo, había habitado otros mundos gigantescos, aunque no hacía alarde, de lo que juzgarían una tontería. El noventicinco por ciento de las personas creen, que solo la tierra está habitada, y no conciben como los otros mundos... pequeños puntos levantados en el espacio, puedan estarlo.

¿Porqué concederle a la tierra solamente este privilegio...? ¿Acaso los otros millares de astros gigantescos, comparados a los cuales, la tierra viene a ser un punto perdido en el infinito, no tienen el mismo y aún más derecho a ser habitados... si su evolución lo permite?

La noche se presentó deslumbradora y diáfana.

Los viajeros del "Estrella" se entregaban a las distintas diversiones que ofrecía el capitán, entre las cuales figuraba, el reprise de una sensacional película, que había atraído al salón a los que la habían visto y a los que no.

El asunto era un drama pasional. Raúl, tan pronto empezó a pasar la cinta, se retiró disimulado. Anhelaba encontrarse solo, completamente solo, con sus pensamientos, en la cubierta del buque. Se extendió en un sillón y parecía adormido, contemplando el firmamento, que aparecía cual inmenso jardín sideral, de brillantes colores, mejor dicho, cual infinito joyero incrustado de valiosísima pedrería. Pero miraba estas maravillas de la creación, sin fijar su atención en ellas. Su mente se ocupaba en rememorar la breve conversación sostenida con Lilia, la hija del minero, respecto de Mario.

¿Será posible que Mario viviese? ¿Habría sobrevivido al brutal atentado?

¡Oh, Mario, mi querido Mario; será posible que Dios haya oído mis plegarias? ¿Será que has vencido la muerte...? ¡Ojalá, amigo mío, ojalá, aunque no pueda verte nunca más! ¿Cómo me juzgarás por haberte abandonado...? ¡No, tu no pensarás mal de mí!

¡Tú sabes Mario, que has sido el amor de mi vida...!

Sumida en estas reflexiones se encontraba, cuando se le acercó un hombre; de cuyo aspecto diremos, no era de los que inspiran gran confianza, el que, con maliciosa sonrisa le dijo:

—¿Está usted contando las estrellas? ¿verdad?

Raúl, que en esos momentos se sentía con su delicadeza ingénita, se sintió sobrecogido de espanto, y a no ser por haber reprimido sus impulsos, hubiese echado a correr en busca de su amigo Raflo, presa del indecible terror que le causó la súbita aparición de aquel sujeto. Le parecía que aquel hombretón, de aspecto nada tranquilizador, había leído sus pensamientos, y no supo que contestarle. El hombreton se acercó más y sin dejar de sonreir de manera significativa le dijo:

—¿Qué, se asusta tan fácil?

En ese momento llegó Raflo y contestó por él diciendo:

—Bien se ve que usted no conoce a quien se dirige, cuando piensa que puede asustarse.

El hombre miró con malos ojos a Raflo, al que consideró un intruso; pero cambió repentinamente de idea y procuró entrar en amigable conversación con ellos.

—¡Mire que esta noche hay estrellas!—dijo—.

—Las de siempre—contestó Raúl—por decir algo.

—¡Las de siempre no! Anoche había menos.

—Quiere usted decir que se veían pocas ¿verdad?

—Claro está; como que no había más—añadió el desconocido—.

—Y yo repito, que había las mismas, solo que usted no puede ver más allá...Dijo Raúl impaciente.

—¿Mas allá de qué?—interrogó el desconocido—.

Raúl le hubiese añadido...¡De sus narices! Pero Raflo intervino diciendo:

—Más allá de las nubes que cubrían las otras.

—¡Ah, cierto que yo no soy hombre que se anda fijando en la bobería de las estrellas!

—¿Y usted llama a eso bobería?—Preguntóle Raúl.

—¡Sí boberías propias de mujeres!—Terminó con énfasis aquel brutal desconocido mirando sarcásticamente a Raúl.

Raúl experimentó intensa conmoción en todo su organismo, al escuchar la brutal manera de expresarse de aquel sujeto, y pensó con razón, que éste si era un peligro que le amenazaba. Aquel hombre, igual que Lín, había reconocido su doble personalidad... ¡más, cuán distintos eran sus sentimientos! ¡Aquel era fino, correcto, cortés...! Este...solo una palabra lo calificaba: ¡brutal!

Raflo no creyó que el desconocido aludiera a su amigo y solo contestó:

—Pues, precisamente, hay más hombres que se dediquen a las exploraciones del espacio.

—¿Pero usted se cree que todo el que lleva pantalones es hombre?

—Así lo estimo.

—Es que hay muchas clases de hombres—dijo Raúl.

—¿De veras?—Dijo el desconocido burlonamente—.

—Sí...—Afirmó Raúl con resolución—.

—¡Dígame entonces cuáles son esas clases!—Dijo chanceándose—.

—Los grandísimos y cobardes, incapaces de comprender las grandes maravillas de la creación; y los hay pequeñitos y valientes capaces de derribar las moles que les hacen sombra.

Aquel lenguaje no podía ser más directo ni más provocativo. Raúl parecía transformado, y se aprestaba al ataque. Raflo así lo comprendió y en su interior se alegraba qua aquel muchacho diera esa lección al insolente que se había atrevido a decirle que lo había asustado con su presencia.

El reto estaba lanzado y esperaban su aceptación por parte del interpelado; pero éste se limitó a decir:

—Pues bien, me he equivocado...

Raúl respiró y Raflo preguntó.

—¿En qué se equivocó usted?

—¡En el número de estrellas...!—dijo con sarcasmo el desconocido, y dando la espalda se alejó sin preocuparse más de Raúl.

Cuando se alejó, dijo Raflo sonriendo:

—¿Qué te parece este tipo, Raúl?

—¡Una bestia!—contestó secamente—.

—¡Creí, amigo mío, que te buscabas un compromiso!

—Es verdad Raflo, pero no pude contenerme ante el desparpajo en la manera de hablar de ese sujeto.

—Sí, sí...ya lo ví.

Los jóvenes guardaron silencio, entregándose cada uno a sus meditaciones. Las de Raflo eran dulces, evocando la tierna mirada de la joven cubana, que tan impresa estaba en su corazón, cuya imagen no se borraba de su cerebro. Los pensamientos de Raúl, por el contrario, eran muy lúgubres. Pensaba en la triste y comprometida situación en que se encontraba a menudo.

Pensaba en la repentina muerte de su buena madre; en su pobre amor que fué víctima de tan cruel asesinato; y en si aquel criminal, autor de todas sus desdichas, habría sido frustrado en su intento. Sentía oprimírsele el corazón por haber abandonado así aquellos dos cuerpos, que les eran los más adorados en el mundo. Por eso se le escapó la palabra "¡expiación!" cuando los sorprendió el horrible ciclón en alta mar haciéndoles naufragar, del que escaparon milagrosamente. Recordaba el sueño tenido en su niñez: de que viajaba en las aguas mas altas del mundo, amenazada de un garn peligro, en el cual intervenía un hermano.

En aquella época en que soñó, rióse de su sueño. Su único hermano era Mario, luego ¿quien cree en sueños? Ahora si que creía, su sueño se cumplía fielmente después de muchos años.

Las aguas mas altas del mundo por que se viaja, son las del lago Titicaca, y esas aguas la estaba cruzando entonces. El peligro era aquel hombre que se le había acercado provocativo e insolente. En cuanto al hermano, era Raflo, sí, su hermano del alma, hermanos de sentimientos, hermanos en sus aventuras. Su sueño se realizaba completo.

Había que creer que esas cosas les estaban destinadas, y le habían sido reveladas con mucha anticipación. ¿Podía oponerse al curso de su destino? No; éste es infalible.

Quería recordar todos sus sueños, esperando encontrar en ellos, las cosas que el destino le tenía reservado; pero a su atribulada mente no venía ningún otro.

Sumido en estos pensamientos se encontraba, cuando su amigo le interrumpió diciendo:

—Oye Raúl; quisiera saber qué piensa ese hombre de las estrellas.

—Ese imbécil, pensará...qué sé yo...que están puestas allí para adorno.

—Seguramente no aceptará otra teoría.

—A veces se me ocurre Raflo, que como serán los seres que habitan otros mundos—dijo Raúl, queriendo borrar sus tristes pensamientos.

—Quizás los que habiten esos mundos superiores, sean seres desprovistos de la materia deleznable que nos envuelve.

—Pudiera ser.

—Yo creo amigo mío, que en estos mundos nos purificamos—dijo Raflo—.

—Sí. Yo creo que pasaremos a un magno planeta, desprovistos de todos nuestros defectos.

—Debe de ser. ¿Nunca se te han presentado en sueños, otros mundos Raúl?

—No. No he tenido esa fortuna aunque bien lo deseo. ¿Y tú?

Raflo se quedó un instante en silencio. No quería decir una cosa que fuera puesta en duda o juzgado como fatuera.

—Díme Raflo, díme ¿qué has visto en tus sueños?

—No, en sueños no, pero sí en ese estado que produce la anestesia.

—¿De veras? ¿Qué has visto? Cuéntame.

—Fuí anesetsiado con éter, y sentí que me elevaba, que dejaba la tierra, de la cual solo veía ya su sombra, suspendida en el espacio como las pompas de jabón; la ví así hasta que la perdí de vista completamente, encontrándome en el infinito sin ver nada, pues no me era dabla descubrir lo que estaba sobre mi cabeza; al fin, después de elevarme por una fuerza misteriosa, empecé a ver nuevos planetas que quedaban más abajo de mí, y seguí elevándome incesante, sin tregua ni fin.

—¿Y cómo eran esos mundos?

—A mí me parecieron mundos muertos: los veía lejos de mí, oscuros y sin brillo, rotando de manera vertiginosa. Los veía tan grandes como la mente consciente no los puede concebir, pero mi mirada tenía el poder de abarcarlo todo... Es inexplicable como los veía. Me había elevado más allá

de donde alcanzan los rayos solares. Ví muchos, muchos mundos sin tocar ninguno.

Mi asombro no tenía límites al recorrer el espacio, y anhelé ver el fin de lo que es infinito; conocer lo que jamás había soñado; ver de cerca sus habitantes.

Al pensar así, sentí una intensa sacudida, un rápido descenso y me desperté con el aturdimiento propio del caso.

—¡Ah, ni aún en sueños me he podido librar de las miserias terrestres! —Dijo Raúl con un tono de tristeza que conmovió a Raflo.

El hubiese querido conocer la historia de aquel jovencito, pero como éste no se la narraba voluntariamente; él: prototipo de la cultura, no sería quien lo obligaría con sus preguntas a revelar, lo que bien a las claras, veía deseaba permaneciera en el misterio.

Al fin terminó su viaje por aquel gran lago llegando a Puno.

—¡Ya estamos en el Perú!—Dijo Raflo a su compañero—.

—Sí, ya estamos en el país de los incas—contestó éste.

—¿Qué creencias tenían estas gentes?

—Adoraban al Sol y se creían sus hijos.

—Se dice que estos incas eran muy civilizados.

—Sí. También se cuentan muchas cosas de ellos...

—¿Cuáles son...?

—Hay una laguna que llaman del Inca, que encierra muchos misterios.

—Ah, sí! ¿Quieres que la visitemos?

—Cuando gustes.

Laura se había propuesto hacerse lo más varonil posible en presencia de Raflo, pues le afligía la idea de que él descubriera su verdadero sexo. ¡Si esto sucedía, tenía que renunciar a la compañía y protección de su amigo. ¿Y qué sería de ella, sola, obligada a ocultarse, a huir constantemente...? En realidad, Laura se sentía fuerte junto a aquel gran hombre, pero fuera de él, perdía toda su apariencia moral varonil. En medio de todo, se asombraba de que Raflo no hubiese adivinado su verdadero sexo. Verdad que ella vivía en constante vigilia.

Raflo dijo a su amigo:

—Debemos visitar primero algunas de sus importanets ciudades, y después partiremos para donde te plazca.

—Yo deseo ir a la ciudad de los días diáfanos y noches estrelladas, para contemplar éstas desde el observatorio del monte Misti. Me agrada

muchísimo ir, pues Arequipa tiene un agradable clima. También tengo interés en visitar la gran capital de los Incas.

—¿Dónde iremos primero, al Cuzco o Arequipa?

—Tomaremos aquí el ferrocarril para visitar la ciudad mas clara del mundo.

En el trayecto Laura o sea Raúl, como tenemos por ahora que llamarlo: se distraía contemplando los rebaños de alpacas y llamas que encontraban al paso. Estos animalitos tan valiosos, se encuentran en grandes rebaños en estas regiones.

Después de haber pasado la noche en el observatorio de la ladera de Misti, donde contempló el diáfano y estrellado firmamento, solazándose con las maravillas sderales, que las potentes lentes le mostraban; regresaron a la mañana siguiente para Puno, y de aquí tomaron el tren hasta la ciudad de Cuzco, donde admiraron las antiquísimas y bellas construcciones de los Incas, causándoles asombro aquellas ruínas, en que se veían colocados bloques sobre bloques de gran tamaño, sin que para ello hubiese sido utilizada maquinaria alguna.

Visitaron muchísimas ruínas, y entre ellas, las del palacio de los Incas; pudiendo apreciar que la moderna ciudad, es muchísimo más pequeña de lo que fué en su apogeo, la antigua capital de los Incas.

—Dicen que los templos y palacios estaban adornados con oro.

—Por eso les arrebataron sus posesiones los conquistadores, pues era fabuloso el oro que existía en los ríos que nacen en las laderas de sus montañas.

—El palacio de los doce Incas despedía fulgores como el Sol a causa de la gran cantidad de oro con que estaba decorado.

—No fueron sino once los Incas, porque se ha averiguado que Marco Capac, no era Inca sino un extranjero. Seguramente fué él, quien contribuyó a la civilización de ellos.

—Es verdad—dijo Raflo.—

—Los Incas tenían en sus casas hermosos soles de oro y los de los templos alcanzaban fabulosos tamaños.

—La profunsión de oro fué lo que contribuyó a su caída y exterminio.

—Sí, Raflo, el oro es el mas funesto de los metales, y es por él, que tantas caídas se producen y tantos crímenes se cometen. ¡Oh, la fiebre del oro... es la fiebre insaciable que cada vez se hace más intensa y arraigada, y la que mata más sentimientos.

—Hablas Raúl, no como a tu poca edad corresponde, sino como si tu experiencia fuera de muchos años.

—Es que yo he vivido mucho, en los pocos años que cuento...

Como Raúl no dijo más, su amigo no creyó prudente volver a tratar de este asunto, y al efecto, cambiando de conversación dijo:

—¿Te parece amigo mío, que vayamos ahora a visitar la Laguna del Inca, por cuya excursión te interesas...?

—Cuanto antes mejor—contestó Raúl—ya ardo en deseos de conocerla.

—También yo me siento animado de esos deseos, así como de visitar a Ayacucho, lugar donde el gran Sucre, se cubrió de gloria al dar la batalla decisiva por la independencia de este país.

—Pues yo te puedo asegurar, que jamás pasó por mi mente ese Ayacucho.

—Tampoco estaba en mi itinerario, pero al escuchar ese nombre, vino a mi mente el recuerdo de aquel gran Mariscal; una de las más puras glorias de la independencia de la América del Sur; y desde entonces quedó señalado como uno de los lugares de mi predilección.

Animados como estaban nuestros viajeros por realizar las excursiones anunciadas, diéronse a la búsqueda de un práctico que los llevara a aquellos lugares, no tardando en encontrar uno que parecía un verdadero indio.

Una vez de proveerse de cuanto necesitaban para la marcha, emprendieron la ascensión de la montaña, precedidos de su guía, que realmente era un indio de pura sangre, y que, dicho sea de paso, no inspiró confianza a Raúl, aunque se guardó de manifestarlo a Raflo, temiendo aparecer pusilánime ante él.

Ascendieron hasta gran altura en las montañas de los Andes, dejando a sus pies grandes masas de nubes, con lo cual podían decir que estaban sobre ellas. Después empezaron el descenso hasta llegar a la célebre "Laguna del Inca".

Esta laguna es de bastante extensión y de gran belleza. Completamente rodeada por grandes montañas, por lo que parece un tesoro oculto por la misma naturaleza. Está alimentada por las nieves de las altas montañas que la circundan; y en verdad tiene un no sé qué de misterioso y en sus alrededores se encuentran infinidad de huesos humanos, que le dan un aspecto macabro.

Cuando el indio llegó a su orilla se arrodilló, y apoyando su frente en tierra, permaneció así mucho rato. Los viajeros se sentían allí sobrecogidos,

sin explicarse que tenían, pero que un secreto instinto les decía que algo misterioso los rodeaba. Ninguno hablaba, y Raúl procuraba no apartarse ni un solo paso de su compañero.

El indio se levantó al fín y lanzó tres lúgubres gritos que repercutían en las montañas, y al etrminar el tercero, se arrojó al suelo, apoyando alternativamente la frente o el oído.

El Sol aparecía radiante en el instante en que el indio se levantó y extendiendo los brazos hacia su dios, echó la cabeza atrás, e hizo una invocación. Una nube negra empañó los ardientes rayos sclares, y el indio se arrojó nuevamente al suelo lanzando un aullido gutural, que extremeció a los exploradores.

—¡Vámonos!—dijo Raúl—

—Sí, ya la vimos, no tenemos porqué permanecer más aquí—conetstó Raflo.

El Indio se enderezó de un salto diciendo:

—Nuestro dios está enojado por haber traído extranjeros a la laguna de sus hijos, y si no queremos perecer todos, es preciso disipar su enojo.

Antes que los jóvenes pudieran contestar, ya había sacado unos polvos y prendiéndoles fuego, se levantó una columna de humo que se perdió en las alturas.

Los jóvenes miraban aquellos ritos sin pronunciar palabra, temiendo ofender al indio, que con tanto fervor a ellos se entregaba; este hizo arrodillar a sus acompañantes, quienes en verdad, no opusieron resistencia alguna; seguros de que nadie los veía, no temían al ridículo. Aquel indio quemó de nuevo más polvos, formándose densa bruma por el humo que despedían, ocasión que aprovecho para lanzar cuatro estridentes gritos a igual sonido y tiempo, siguiendo a éstos una invocación en su lengua, que su voz,—a la que daba toda la fuerza de sus pulmones,—parecía hacer trepidar las montañas que rodeaban la laguna.

Después continuó en castellano:

—¡Oh, espíritus de mis antepasados! ¡Oh, mis venerables Incas, que fuístes ultrajados, robados y aniquilados por los ladrones de nuestras tierras; por esos rostros pálidos que cruzaron los mares para despojarnos, no solamente de las hermosas pepitas de oro que profusamente nuestro Dios Sol, depositaba en los nacimientos de los rios de nuestras tierras, sino también, de cuanto poseíamos para dar brillo y esplendor a nuestros templos y palacios...! ¡Ya de su antiguo esplendor solo quedan ruínas! ¡Ruinas,

¡ay!, que arrancan lágrimas a tus descendientes, lágrimas de dolor...! ¡Los siglos transcurridos, no han bastado a borrar del pecho de tus hijos, el dolor que a vosotros os causaron, los antepasados de estos rostros pálidos...!

—¡No..., nosotros no somos descendientes de Pizarro!—dijo Raflo—.

—¡Escucha: nuestros antepasados no les hicieron daño a los tuyos!

—Es primera vez que pisamos tu tierra.

—¡Tampoco venimos por tus pepitas de oro!—Se apresuró a decir Raúl.

—Vinieron tus antepasados, y todas las generaciones transcurridas no bastan para borrar el justo furor de los poderosos Incas,—Contestó el indio—.

—No ha venido antes que nosotros, nadie de los nuestros.

—¿No sois españoles...?

—No, nuestros antepasados ni favorecieron a Huáscar, ni combatieron a Atahualpa—dijeron a la vez.

—Debéis ser descendientes, porque habláis el español.

—También tu lo hablas y eres indio.

—¿Te convences ahora?—dijo Raúl.

El indio en vez de contestar, profirió algunas palabras en su idioma y continuó en español.

—Se han salvado del furor de los míos. Ya sé que vuestros antecesores no nos han hecho daño.

—Me alegro que te hayamos convencido—dijo Raflo—.

—¡Ah, no! Las palabras son falsas. Ustedes no me han convencido.

—¿Pues, quién...?

—Mi gran padre que les ofrece su faz.

En efecto, hacía unos segundos que el Sol había vuelto a mostrar sus rayos, y gracias a esto, el indio se convenció totalmente, de lo que con palabras, hubiese sido imposible.

Nuestros viajeros vieron descender de las montañas, sombras que parecían humanas, envueltas por densa bruma.

El indio lleno de unción, les hizo apoyar la frente en el suelo diciéndoles:

—Los Incas vienen a vernos. No levantéis la cabeza, y continuó —¡Oh, loado seais espíritus de los nobles Incas! ¡Venid, venid!

Si los jóvenes hubiesen podido fijar su atención en las palabras del indio se hubiesen dado cuenta que este hablaba en castellano a los espíritus de los Incas; pero ellos no fijaban en esto su atención, pues yacían sumidos en

un profundo sopor, producido seguramente, por los polvos quemados por éste, al hacer las invocaciones.

¿Qué cosas eran aquellas nubes de forma humana? ¿Porqué el indio había puesto en aquel estado a los jóvenes? ¿Qué significaban aquellos gritos y aparatos...?

Lo cierto es, que a la mañana siguiente se encontraron los exploradores, en un lugar muy distante de la laguna; la que por más que hicieron por encontrar no pudieron conseguirlo. El guía había desaparecido y con él, los rifles que los viajeros llevaban.

—¿Qué misterio es éste?—dijo Raúl contristado—.

—Mira Raúl, el misterio está, en que los gritos que el indio daba, era llamando a camaradas que habitan estas comarcas; que el humo que producían aquellos polvos, era para producirnos el estado de somnolencia de que hemos salido ahora y...

—Que las figuras brumosas que divisamos descendiendo la montaña, eran indios que venían a la llamada de nuestro práctico.

—¡Claro está; por eso nos hizo apoyar la frente en el suelo!

—Así es, que sin saberlo, hemos descubierto el misterio que encierra la famosa Laguna del Inca—dijo Raúl.—

—Sí, Raúl, pero hemos perdido los rifles que buena falta nos hacen.

—¿Te has fijado en que un eclipse de sol me salvó una vez y...

—Ahora nos salva el sol saliendo detrás de las nubes—terminó su amigo.

—Si esas nubes hubiesen sido muy densas y demorado su paso por delante del sol, los indios habrían tomado venganza en nosotros.

—Por eso se ven en estos alrededores tantos huesos humanos; algunos ya fósiles.

—No perdonan jamás a sus enemigos.

—Sí, ya comprendo: y a nosotros nos salvó la aparición de los rayos solares.

—Gracias a que esa es su religión.

—Pero... ¡Qué imponente resultaban aquellas invocaciones junto a la fatal laguna!—dijo Raúl.

—Aún cuando uno no comprenda sus ritos y los crea hijos del fanatismo, el presenciarlos resulta impresionante.

—Sobre todo si se oye invocar los espíritus de sus antepasados para recordarles el daño que se les ha hecho ¿verdad?

—Cierto. Y para cobrar en nosotros el agravio por otros inferido.

—¡De la que nos hemos salvado!—dijo Raúl riendo—.

—Lo que siento es haber perdido nuestros rifles.

—Yo también lo lamento, pero éstos si que no se hubiesen escapado de ninguna manera.

—En verdad, que todos los salvajes son aficionados a las armas de fuego. -Contestó Raflo.

—Y los civilizados no sabemos pasarnos sin ellas.

—Sobre todo en regiones tan abruptas y solitarias.

—Y ahora Raúl, ¿qué rumbo debemos tomar?

—Lima está al N. O. de Cuzco, procuremos orientarnos hacía allá, para ver si encontramos gentes civilizadas que nos auxilie.

—Sí, porque no tenemos salvoconducto de los indios.

Vagaron por las montañas sin saber donde iban, cruzando ríos helados y profundos abismos donde la luz del sol no penetra jamás. Consumieron sus provisiones, y llegaron a pasar hambre, hasta que encontraron guanacos, de cuya carne se alimentaron así como de alpacas y vicuñas que abundan en esos lugares, y las que podían cazar, dado a la suerte de que los indios no los hubiesen despojado de sus revólveres como hicieron con sus rifles. También utilizaron en su alimento los huevos de cóndor, que habitan en las altas montañas, teniendo a veces que sostener luchas con estos animales, que enfurecidos al verlos cerca de sus polluelos, se lanzaban sobre ellos. Mucho habían andado los jóvenes y Laura se sentía desfallecer. ¡Ah, cuántas veces pensó con odio en Gil, en aquel miserable que la había lanzado así, a correr mundo, sin el hombre amado! ¡Sí, esto era lo que más le apenaba!

Si en vez de ser Raflo, fuera Mario su acompañante. ¡Cuán distinto sería! ¡Tendría los recios brazos del amado, que la sostuviera en sus desfallecimientos! ¡Tendría en las jornadas la consideración debida a su sexo! ¡Podría confortarse en aquellas montañas, de las que nacían ríos de hielo, con el tibio calor de su cuerpo!

Tendría sus tiernas palabras que le harían soportable las jornadas de las abruptas montañas de los Andes.

¡Oh, Mario, amor mío! ¡Cuán distintos me parecerían estos tristes parajes estando a tu lado! ¿Vives Mario...? ¿Has muerto y me contemplas desde tu mundo? ¿Estás junto a mamá?... ¡Oh, pobrecita madre mía! ¡Santa madre... víctima propicia de aquel monstruo, que ocultó su alma bajo una ficticia capa de caballerosidad! ¡Cuántas víctimas tienes, Gil...! Mas... tus hijos quizás...

No pudo continuar... un abismo se abría a sus pies y Laura resbalando no pudo sostenerse y cayó, desapareciendo ante los atónitos ojos de su amigo.

Raflo no pudo contener un grito de angustia escapado de su garganta, que fué a confundirse con el de terror lanzado por Laura en su caída.

—¡Raúl, amigo del alma!—balbuceó Raflo, que lo amaba como a un verdadero hermano, y al que vió resbalar en el momento que él volvía la cabeza para prevenirle prudencia.

¡Pobre Laura; tenía razón al pensar en lo distinto que hubiese hecho aquellas fatigosas jornadas: si Mario hubiese sido quien la acompañara, su amado no la hubiese dejado sola, para saltar aquel abismo, en cuyo fondo se encontraba solo la muerte. Mario la hubiese pasado por sí; exponiendo su vida para que no peligrase la de ella. Mas, Raflo el amigo noble y leal, considerándola del sexo fuerte, no le hacía la ofensa de ofrecerle su ayuda.

No obstante, el estrecho abismo, le impresionó; y conociendo la atracción que el abismo ejerce, quiso advertir a su amigo del peligro, pero ya era tarde. Rodaba a lo profundo de aquel oscuro barranco.

Su dolor fué sincero, jamás había sentido el amor fraternal, y éste lo había depositado en aquel modesto e inteligente muchacho. Un inmenso dolor lo invadía y dejó escapar los sollozos que oprimían su garganta, dejándose caer al suelo, en el mismo lugar en que se hallaba, muy próximo al abismo. Allí dió rienda suelta a su dolor, sin asomarse a aquella obscura y profunda grieta por donde su amigo había desaparecido, seguramente para siempre.

El estaba seguro de no ver en aquella profundidad el cuerpo de su infortunado amigo, y solo se limitó a llorar, llorar todas sus penas de una sola vez, sabiendo que las montañas son mudos testigos, delante de las cuales no se tenía que abochornar. Mucho rato pasó allí en la misma posición. Ya no había lágrimas en sus mejillas, ni sollozos en su garganta. Al paroxismo del dolor había sucedido una insólita tranquilidad, solo interrumpida por algunos suspiros, que levantaban su pecho.

—¡Oh, Raúl, amigo mío..., que corta ha sido tu existencia! ¡Oh noble amigo! ¡Cuánto me duele abandonar tu apreciado cuerpo en esa caverna! ¡Más, los abismos no devuelven los cadáveres! ¡No te veré más, amigo mío, pero no puedo dejar de mirar el lugar que te sirve de sepultura, antes de partir! ¡Qué indiferente se me hace ahora la vida, sin la compañía del mejor de mis amigos, del único que me comprendía y quería!

Así diciendo se dirigió resueltamente al lugar por donde su amigo había caído, y al asomarse, lanzó un grito de alegría, saltando al otro lado del barranco. ¿Qué había visto? ¿Acaso ese abismo constituía la excepción de la regla, y devolvía el cadáver de su amigo? ¡No, era algo mas maravilloso aún! No era el cadáver el que devolvía, sino a Raúl, sano y salvo. ¡Era Laura, —como nosotros sabemos, —la que aparecía a los ojos de Raflo!

Este se acostó en el borde de la grieta y echándole una soga (de que imprescindiblemente van provistos todos los que ascienden las altas montañas) le recomendó se la atara fuertemente a la cintura.

Laura, así lo hizo, y Raflo, sin mucho esfuerzo, empezó a elevarla, mientras la joven se defendía de los salientes de las rocas, que era lo que entonces constituía el peligro; pues en los brazos de Raflo, se podía tener confianza.

¡Así devolvió el abismo aquel, a la pobre Laura!

Cuando Laura estuvo fuera, Raflo la estrechó en sus brazos y besó fraternal sus frías mejillas, con una alegría de que no le hubiesen creído capaz, los que antes le llamaban "el misántrojo". Laura correspondió a las efusiones cariñosas de su amigo, como si fuera su verdadero hermano.

—¡Raúl, amigo mío: cuanto tiempo perdí en inútiles lamentaciones; mientras tú, pobre amigo, hacías desesperados esfuerzos por salir, creyéndote abandonado por mí!

—Pero...¿es qué hace mucho rato que caí?

—Dos horas por lo menos.

—¿De veras? Pues no hacía ni cinco minutos que había vuelto en sí, cuando me viste.

—Siempre Dios, dispone lo mejor, pues si hubieses permanecido todo ese tiempo en tu estado consciente, habrías sufrido mucho al no verme.

—¿Pues que..no te diste cuenta de mi caída?

—Sí, Raúl, te ví caer; pero seguro de que los abismos no devuelven los cadáveres que reciben, no quise mirar, hasta el momento en que iba a emprender el camino, queriendo por última vez, contemplar tu triste sepultura.

—¡Es verdad que no devuelven los cadáveres; pero ya ves...a los vivos sí!

—No olvidaré jamás esta triste lección—dijo Raflo—.

¿Cómo fué que Laura había logrado escapar tan milagrosamente?

No es nada misteriosa la respuesta: esas rocas son de formación ígnea, y el abismo aquel, lo habían formado pequeñas grietas del terreno, que

el hielo sirviendo de cuña, se había encargado de ensanchar, y el agua al correr de los tiempos, había ido desgastando; por esos medios auxiliares, unidos a los cambios de temperatura, se fué ampliando, hasta que en esa ocasión tenía apróximadamente, un metro de ancho. Las aguas al correr encontraron una parte que se desgastaba con relativa facilidad, y por allí corrieron dejando un saliente socavado, que sirvió para mitigar el golpe, y para sostener el inanimado cuerpo de Laura; pues ésta, al sentirse en el vacío, perdió el conocimiento.

Esta es la sencilla explicación de su misteriosa salvación, cuando ya su amigo con sobrada razón, la daba por cadáver.

Si aquellas rocas hubiesen sido de formación calcárea, las aguas al correr, hubiesen arrastrado por igual el carbonato de cal, y no hubiese encontrado aquel apófosis que salvó a Laura.

Nuestros jóvenes se sentaron a recuperar las energías que el esfuerzo y el dolor le habían consumido. Poco después escaló Raflo un pico en busca de nidos de cóndor y Laura quedó sola entre sus propias reflexiones.

—¡Pobre Raflo—se decía—es para mí un hermano cariñoso! De no ser por su afecto, yo hubiese perecido en tan calígena y húmeda grieta. Sí,... no quiso abandonarme para siempre sin volver a mirar por donde había desaparecido! Ahora tengo más fé, mas confianza en él. ¡Quiera Dios que su sueño se realice y que yo pueda verlo feliz, junto a Estrella! Sí, lo será; una voz secreta me dice que lo será. Pero...¿puede uno creer en esas voces? ¿Cómo no hubo ninguna que me anunciara el peligro de muerte que he corrido?

¡Aún me estremezco de terror al pensar que Raflo se hubiese marchado sin asomarse a mi sepultura! Mi muerte hubiese sido inevitable... ¡ y qué muerte! ¡Dios mío! Si de recordar donde he estado tanto rato, siento que el frío de la muerte recorre mi cuerpo.

¡Qué triste es morir así: ignorada de todos, sin una lápida ni una flor... ¡Yo que tanto amo las flores; que cuando veo un entierro con profusión de ofrendas florales, siento un no sé qué, al pensar, que mi pobre cuerpo, sea sepultado sin flores! ¡Quiero flores, muchas flores, que me acompañen a la eterna mansión! ¡Las flores me parecen espíritus puros; su contemplación, eleva mi alma, su perfume me produce éxtasis! ¡Oh, gran Dios; Tu no permitirás, que esta tu hija, que siente pasión por todas las flores perfumadas, que para alegría de los ojos y dulzura del corazón quisiste formar; muera sin que su cadáver sea totalmente cubierto por ellas!

Al terminar Raúl de recitar su oración, apareció Raflo con su gorra llena de algo muy blanco, y con el rostro radiante le dijo a su amigo:

—¡Mira lo que he conseguido!

—¿Flores?—Preguntó Raúl que tenía la mente llena de ellas.

—No Raúl, no son flores, es algo que, aunque más prosaico, lo necesitamos mucho; desempeñarán en nosotros una función más eficaz, que las más perfumadas flores.

—¡Ah, son huevos...!

—Sí, huevos frescos...pero... amiguito... perdona que te diga, que si no fuera por las circunstancias en que nos hayamos, creería, que habías contestado como el árabe del desierto, que esperando encontrar ostras dijo: "¡Ah, si solo son perlas!"

—De ninguna manera, amigo mío, te equivocas, pues me causó alegría el ver que eran huevos.—Se apresuró a decir comprendiendo que había cometido una imprudencia; pues en la situación en que se encontraban, no podía desear que fuesen flores.

—¡Ya sé, que interpreté mal el tono, ya sé!—dijo Raflo con toda sinceridad—.

¿Cómo creer firmemente que su amigo deseara flores? Era un absurdo pensar tal cosa, cuando tenían el estómago en ayunas de muchas horas.

Al fin descendieron a un valle donde encontraron grandes siembras de cacao; es de suponer lo contento que se pondrían al pensar que aquellos campos pertenecían a gentes civilizadas.

Los jóvenes ingirieron huevos hasta satisfacer la más perentoria necesidad, reservando el resto para otra comida.

Los huevos de cóndor son hermosísimos, aunque su sabor no corresponde a su aspecto, mas los extraviados jóvenes se daban por satisfechos siempre que los encontraban frescos.

Al anochecer distinguieron una lucesita en lontananza, que fué para ellos lo que la luz vista por Colón y sus gentes con la misma alegría fué acogido aquel faro salvador. Raúl sentía palpitar su corazón, y que nueva sabia de vida recibía su extenuado organismo. El camino se le hacía interminable; tal era el deseo que tenía de llegar.

Despues de un buen rato de marcha, emulando a los descubridores de América, notaron que la luz se movía y esto los afirmó con alegría en su idea, de que aquella era una luz artificial. Durante un buen trecho vieron que la luz cambiaba de lugar aunque sin alejarse de su puesto primitivo; ya

debían estar cerca de aquella vivienda aunque aun no la distinguían, cuando las tinieblas reinaron, desapareciendo de su vista el punto lumínico que como faro los había guiado. Tan pronto desapareció, se oyó la potente voz de Raflo, que parodiando al sabio decía:

—¡Luz, más luz!

Un instante después el rayo luminoso cayó sobre ellos; sobre la cabeza de un hombre estaba ahora, y éste decía:

—¿Quién pide luz?

—¡Unos peregrinos!—Se apresuró a decir Raúl.

—¡En buen hora sean llegados!—Contestó la misma voz.

Los jóvenes salvaron rápidamente la distancia que los separaba de la choza, pues el deseo de disfrutar del calor del hogar, y en la perspectiva de recibir en sus estómagos algún alimento caliente, sus desgastadas energías habíanse avivado.

—¡Adelanten los peregrinos; loado sea el Señor que los guió aquí!—Dijo una suave voz de mujer.

Era una señora de unos cuarenta años, de bello y agradable aspecto la que así hablara.

—Buenas noches, señores.—Dijeron los viajeros.

—Buenas las pasen ustedes.—contestó aquella buena gente—, que parecían muy complacidos de recibir a los peregrinos en su modesto hogar.

Raúl saludó a las mujeres con más efusión de lo que al sexo que representaba correspondía; pero esto podía disculpársele por aparecer un adolescente, que aún no tenía rastro de que los capilares de su tez, fueran a brotar.

Este matrimonio tenía un hijo de diez y ocho años, alto y fuerte, junto al cual, Raúl, parecía un chiquillo, y tres hijas señoritas bastante agraciadas.

La tercera de las muchachas temblaba emocionada mientras los miraba insistentemente, creyendo llegado el príncipe de sus sueños.

A pocos momentos de encontrarse bajo techo, les fué servido un par de tazas de humeante chocolate, que a los jóvenes pareció el más rico que habían tomado en su vida; más tarde—preparado de exprofeso,—saborearon una suculenta comida, en la que abundaba un buen guisado de carne de guanaco que constituye uno de los principales y más preciados alimentos de aquella comarca. Inútil es decir que despues de llevar varios días de relativa abstinencia, aquella comida les pareció un gran banquete.

Después de haber saciado sus ansias estomacales,, dieron cumplida satisfacción a la justa curiosidad de los dueños de la casa, contándoles el porqué de encontrarse allí a tales horas.

Raúl fué tratado con cariño por todos, y muy especialmente por la buena señora, que cuando oyó que había caído al abismo y escapado milagrosamente, le repetía llorosa mientras le acariciaba su cabeza:

—¡Pobre hijo!... ¡Cuando tu madre lo sepa!

Raúl, dejando escapar un hondo suspiro contestó:

—¡No tengo la dicha de tener madre!

En verdad que Laura, con aquella larga jornada por las abruptas montañas, sufriendo toda clase de privaciones, se había adelgazado tanto, que parecía un chiquillo, pálido y enfermizo; y además, el estado moral en que se encontraba, hizo que todos y aun Raflo, lo considerasen enfermo.

—Señor, dijo la buena mujer dirigiéndose a Raflo—supongo que ustedes se quedarán con nosotros hasta que este muchacho recobre la salud. ¡Pobrecito, está muy débil!

Raflo miró el demacrado semblante de su amigo y notando en él que deseaba reposar, contestó:

—Si ustedes nos lo permiten, estaremos todo el tiempo que Raúl necesite para reponerse, quedándoles muy agradecidos por su hospitalidad.

—Gracias, señora, muchas gracias.—Dijo Raúl besándole una mano.

—Nada, tu quedas a mi cuidado como un hijo. Las madres tenemos siempre en nuestro corazón, un poquito de indulgencia para los huérfanos, que no tienen nunca más, las caricias maternales; y volviéndose a su marido le dijo con cariñoso acento:

—¿Verdad, Mario, que me permitirás atender a este pobre enfermo como a un hijo?

—Nunca podré negarme a tus buenos sentimientos.—Repuso el esposo.

Las palabras de ternura de la buena señora, aunado al nombre de su esposo, evocaron tristes recuerdos en Laura, quien no pudo evitar, que abundantes lágrimas corriesen por sus mejillas.

—Señora, yo sabré corresponder a su buen corazón.—Dijo Laura enternecida.

—No tienes que ofrecerme recompensas, hijo mío, hago por tí, lo que quisiera hiciesen por mis hijos en casos análogos.

—Señora, corresponderá a su bondad, comunicando a usted y su esposo un secreto, que sé ha de satisfacerles conocer, y entonces me compadecerán más.—Dijo Laura cuando estuvo a solas con la señora.

—¡Un secreto!

—Sí, un secreto que por nada del mundo, se lo comunicaré a mi compañero.

—¿Qué dices?—interrogó asombrada la buena señora, a quien seguiremos llamando María, pues tal era su nombre.

—Digo; que lo depositaré solo en usted y su esposo, y que ni ahora ni después, lo sabrá mi mejor amigo; más que amigo, hermano.

—¡Eso es muy extraño!—dijo pensativa María.

—¡Pero muy necesario!

—¿Es necesario que nosotros lo sepamos?

—No. Es necesario que mi compañero lo ignore.

—¡No me explico!—dijo la buena señora.

Raflo se había tendido en un diván forrado de piel de alpaca, que le proporcionó confort, y volviéndose a Mario le dijo:

—Para mí no prepare lecho, pues éste es delicioso.

—Tom—dijo María—tu pondrás una cama aquí para dejar tu cuarto al enfermo.

Tan persuadida estaba aquella señora de que Laura se encontraba muy enferma, que al tratar de ella siempre decía así. Ya podrá imaginarse, la alegría que experimentó la joven, al saber que tendría una habitación para ella sola.

—¡Oh, al fin Dios se compadece de mis sufrimientos! ¡Ah, que satisfacción... estar sola...podré tener relativa libertad, que tanta falta me hace en estos días! Solo este sufrimiento es suficiente para que en mí se crea un enfermo.

Las muchachas ya estaban recogidas. Raflo y Tom daban inequívocas señales de encontrarse en brazos de Morfeo, y los padres daban vueltas ultimando sus faenas antes de recogerse.

Raúl apareció en la puerta de su pequeña habitación, y María le dijo cariñosa:

—¿Qué deseas; te sientes mal?

—No señora, gracias a sus cuidados, me siento confortado... ¡Pero me parece que ya todos duermen...!

—En efecto—contestó Mario.—

—Pues quiero aprovechar que solo ustedes pueden oirme, para revelarles mi triste historia.

Al solo anuncio de una historia, se alegró el semblante de Mario, que siempre gustaba de oirlas, y mucho más desde que vivia en aquella soledad.

—Pues ninguna hora mejor que esta para narrarla—dijo regocijado.

—¿No te fatigarás?—preguntó María—.

—No señora, en manera alguna.

—Empieza, empieza—dijo Mario—.

—¡Pareces un niño cuando le muestran un dulce!—le dijo su mujer en tono cariñoso—.

—Ya sabes mujer, que en diez años que llevamos en este valle, pocas veces se presenta oportunidad así.—Contestóle sonriente.

—¡Sí, sí, tienes razón!

—Empiece pues, hijo—repitió Mario—.

Laura se sonrió y empezó a narrar su triste historia, arrancando lágrimas a la buena señora, y palabras de manifiesta ira a Mario, que apretaba los puños como quien desea acometer a un ser invisible.

La señora abrazó y besó a Laura diciendo:

—¡Por eso me inspirabas tanta confianza hija mía!

—¡No sé como nos equivocamos!—añadió Mario—.

—¡Pobrecita, cuanto has sufrido!

—Y todo por un vil hombre que debió hacer las veces de padre.

—¡Qué infame!

—¿Pero, señorita, cómo usted no lo denunció?

—Por obedecer los mandatos de mi buena madre.

—Solo una hija muy buena prefiere pasar toda clase de privaciones y martirios, por obedecer la voluntad de su difunta madre.

—¡Oh, que hija tan santa, Dios te premiará!

—¡Qué buen ejemplo para nuestros hijos!

—¡Es verdad Mario!

—Ninguna sería capaz de...

—¡Ay, Mario calla...!

—¿Porqué callar?

—Esta hija modelo creerá que las nuestras son malas.

—No, yo no digo que sean malas...

—Ya ves como se apuran cuando me ven decaída.

—Sí, no lo niego. Pero en cambio, no te evitan que te disgustes.

—¡Es que...yo soy muy exigente Mario!

—Querrás decir muy indulgente.

—Pudiera ser...

—Por eso tus hijas conociendo que después que les pides silencio y no callan, te pones mala...

—Es verdad, Mario, su defecto es no callarse inmediatamente... pero son muy buenas.

Aquella buena señora, que era una madre modelo, lanzó un profundo suspiro que conmovió a su esposo y a Laura.

—Así, suspirando, no se arreglan las cosas—dijo Mario—.

—¿Qué voy a hacer Mario?

—Corregirlas con mano fuerte—dijo su marido—a quien impacientaban las pequeñeces de sus buenas hijas.

—Temo que me juzguen demasiado dura, y que me pierdan el cariño, que es el único tesoro que apetezco en este mundo.

—Pero hija...¡si todos los padres aplican correctivos a sus hijos, y todos los hijos aman a sus padres, quizás mas de lo que las tuyas a tí!

—¡Ay, Mario... creo que esa es una triste realidad! ¡Yo que me afano por mis hijas..., que me desvelo por llevarlas dulcemente por la senda del bien... sufro horriblemente, al ver que rehusan la dulzura... que no son como yo había soñado mis hijas, dulces y tiernos...

—Señora, usted es muy buena, y sus hijos, aunque no lo demuestren, serán igual—Intercedió Laura—.

—¡Sí, son buenos...! solo lentas en el obedecer, es decir...tengo que repetirles mucho las cosas para lograr su cumplimiento.

La pobre señora lloraba y Laura pidió permiso para retirarse, dejando a los esposos en su discusión.

Cuando Laura desapareció, dijo María a su esposo tomándole una mano:

—Tú mismo, Mario, no me amas lo bastante...

—Eso es capricho tuyo—contestó su marido—.

—Esa es la única respuesta que obtengo.

—¿Qué he de decirte?

—¡Oh, Mario, querido esposo, eso no necesita aprenderse...! Las palabras afectuosas salen del corazón.

—Las palabras no dicen nada; son los hechos los que justifican el cariño.

—Es que...es que...no hablemos más de una cosa que ya no tiene arreglo.

—¡Es que tu piensas que hemos de ser novios siempre ¿verdad?

—No Mario...no hablemos más. Tú eres bueno, pero yo me equivoqué al elegir tu amor...

Mario se levantó con la violencia que esta conversación siempre le producía; mientras en su interior se decía: ¡Qué mujer! ¡Mire que después de veinte años de matrimonio, pensar como una joven y querer encontrar palabras tiernas! ¿Podrá darse tontería mayor? Ya en su cabeza dibújanse las hebras plateadas, y no obstante, quiere que la trate cual si fuéramos jóvenes. ¡Esto es lo que me impacienta de ella!

¡Es buena, trabajadora, pero... impertinente!

El mismo se asombró del tono duro con que había dicho la última palabra.

Aquel buen hombre, que jamás había amado mucho, no obstante, ser su mujer la que más había querido.—aunque nunca lo había sabido demostrar, ni con palabras, ni con hechos.—le molestaban las demostraciones afectuosas de ella.

El decía, que eso era propio de reciencasados, olvidando que él nunca las había tenido para ella. El quería a su manera. No obstante, era buen padre y buen esposo, y todo el que los veía decía:

—¡Qué felices son!

Esta idea la arraigó su mujer en su mente, por auto-sugestión, y casi lograba formarse la idea, de que era la más feliz de las esposas, y procuraba alejar de su mente, el vacío que encontraba en el corazón de su marido... y aún en el de sus hijos. Entonces se recriminaba así misma, culpando de necio su gran corazón, que desbordaba ternura. Pero lo que más afligía a la buena señora, era la diversidad de caracteres de la primogénita y segunda hija, las cuales, si bien se querían mucho, siempre había una causa por la que discutían, llevando el dolor al enfermo corazón maternal, que no solo pensaba en el presente, sino en el futuro de sus hijas.

¿Eran duras las discusiones? No. Eran simplezas, pero aquella madre, como ella misma confesaba, quería amor, mucho amor y mansedumbre.

A menudo les decía:

—Los hermanos, hijos míos, son como el fruto del granado; están estrechamente unidos en el hogar paterno, pero cuando están en toda su madurez, se abren, y entonces cada una de las simientes, que semejan los hermanos, germine en la tierra donde caen. Si ustdes, que como las simientes del granado, están unidos y procuran estrechar cada vez más la unión por el cariño, por el amor fraternal, llegada que sea la época de

formar cada uno su hogar, y por ende, la separación entre todos; ese amor habrá germinado entre ustedes, recogiendo el fruto de él, en la protección mutua de sus respectivos hogares. Dios que es todo amor y bondad, quiere ver en sus hijos ese amor y esa bondad para con todos los seres, pero en particular para aquellos que les permitió ver la luz, bajo el mismo techo y con los mismos padres.

La mañana siguiente amaneció clara y despejada: aún estaban en la estación, en que, en el Perú, el sol brilla, y los dias son claros, pues sabido es que, en ese montañoso país, de octubre a mayo, los días son completamente nublados. Raflo y Raúl, por nada hubiesen querido esperar tan triste estación, pues ellos gustaban de mucha luz, por eso Arequipa, les había encantado con su diafanidad.

Aquel buen matrimonio, se levantó satisfecho y feliz; con aquella felicidad que sus buenos sentimientos le daba, pese a la divergencia de sus caracteres.

Laura que había escuchado toda la conversación de la noche anterior, se alegró mucho de verlos contentos uno del otro. Aquellas eran pequeñas nubes de verano, o mejor, ténues celajes, que a veces surgían en el cielo de su tranquila dicha.

María terminaba siempre por decirse:

—¡Pobre Mario, si el me ama a su manera, si no está en su naturaleza amar más!

¡No debo mortificarlo, ni hacerlo sufrir! ¡Es tan bueno!

En cuanto a Mario, jamás le dió importancia a las palabras de su mujer, quien se limitaba a pensar: ¡Qué María, como si para ser feliz se necesitase de esos amores ridículos, de: ¡te quiero, te adoro...! Ya debía estar acostumbrada a mi carácter.

Con estas pocas reflexiones se quedaba santamente dormido, sin pensar nada más.

Aquella mañana se había levantado con la impasibilidad de siempre; y su esposa con su habitual ternura. Así habían transcurrido año tras año, sus monótonas existencias.

Las muchachas, se levantaron contentas de tener por huésped a Raúl, pues el pobre Raflo, no les había agradado en lo más mínino, en cambio, al padre, desde el primer momento, había simpatizado con él, sin fijar su atención en Raúl.

Apenas amanecía, cuando antes que nadie lo hiciera, ya Raflo había saltado del diván en donde voluntariamente pasara la noche, comenzando una serie de ejercicios, que para dar elasticidad a sus músculos, acostumbraba realizar cada mañana. Estos ejercicios tuvieron la propiedad de provocar la risa en el joven campesino que desde su cama lo observaba, mirando por debajo de la sábana.

Tom, nunca había hecho más ejercicios que aquellos que el rudo trabajo del campo le obligaba; así es que, al ver a Raflo, como un "loco"—según su propio calificativo,—haciendo mil contorsiones y figuras, no pudo sofocar el sentimiento de hilaridad que aquellos ejercicios le producían.

Cuando Raflo terminó su matinal ejercicio, se sentó a leer una revista que encontró sobre una mesa, y la cual tenía tres años. Esto le interesó y solo entonces se atrevió el joven a levantarse, temiendo que la risa se le escapase al saludar a su huésped, tal era la gracia que en él habían causado las contorsiones de Raflo. El pobre muchacho al igual que sus hermanas, jamás había ido a escuela, y solo tenían nociones rudimentarias de instrucción, que su buena madre le había dado, cuidando más del alma que del intelecto, lo cual era digno de alabanza.

Tan pronto Mario, sintió a su huésped en pie, se levantó, pues como la velada anterior había sido mucho más larga que de costumbre, se había quedado dormido.

Al irlo a saludar lo vió ocupado en sus ejercicios y salió por otra puerta, para preparar la cacería de que habían hablado la noche anterior. Al volver, ya su hijo estaba levantado y Raflo terminaba su lectura.

—¿Cómo ha pasado la noche amigo mío?—dijo—.

—¡Mejor que un rey!—contestó de buen humor Raflo—.

—Dispense...—dijo Tom algo tímido—pero yo creo que los reyes... duermen mucho mejor.

—Eso crees tu, joven inexperto. Los reyes se acuestan en ricos lechos, pero no duermen también como lo hacemos nosotros.

—En eso tiene usted mucha razón—dijo Mario—.

Este era un hombre de mediana edad, dotado de algunos conocimientos, pues así como su esposa, antes habían vivido en ciudades, y solo por sus negocios se habían dedicado al campo, encontrando esta tranquila vida agradable a su naturaleza; y habían quedado quizás para siempre.

Ya presentado a nuestros lectores este personaje, continuaremos el diálogo sostenido.

—Pues yo creo que ser rey, es lo mejor del mundo—dijo el joven.

—Pues mira Tom, que yo prefiero ser princesa—dijo la mas joven de las hermanas, pensando en Raúl.—

—¡Ay hija! ¡Siempre estás con esas ideas, de las mil y una noches! ¡Ya sabes que me desagradan las ilusiones vanas!—contestó Mario—.

La jovencita soñaba con un príncipe, que como los de las leyendas, viniera alguna noche extraviado, a pedir albergue en su casa; y como la aparición de estos huéspedes coincidía con sus sueños, sintió el corazón lleno de alborozo, cuando Raflo gritó: ¡¡Luz, más luz!!

¡Llegó mi hora!—se dijo ella.

Mas, los tipos de los huéspedes, no correspondían en realidad, a los que sus sueños habían forjado, y pronto se desilusionó; pero esto no fué óbice para que se sintiera agradablemente impresionada, por el pálido rostro y negros ojos de Raúl, que le daban un aire tan interesante ante los ojos de ella.

Como Raflo vió la confusión de la jovencita, al oir las palabras de su padre, quiso darle otro giro a la conversación y preguntó:

—¿Raúl no se ha levantado?

—No se lo he permitido—contestó María que aparecía en ese momento—.

—Es que el querrá ir de caza—insinuó Raflo.

—¡Qué dice? ¡Imposible! ¡Eso no lo hará!

—Es mejor que no vaya, haremos más—dijo Mario—.

—¿Pero...tan enfermo lo encuentran? ¡Voy a verlo!

—¡No, no pase!—dijo aparatosa la buena señora—.

Raúl o sea Laura, que desde el principio había oído la conversación se vistió precipitada temiendo ser descubierta y salió diciendo:

—Raflo, siento muchísimo no ir con ustedes a cazar, cosa que tanto me gusta, pero...

—¿Te sientes mal Raúl?

—Poca cosa, me siento débil, después del desgaste nervioso que sentí en el funesto barranco, y si quiero ser el hombre de siempre, necesito reposar. No quiero que este señor, que no me conoce lo bastante, crea que soy de esos hombres, que no merecen el nombre de tal.

Esto lo decía sonriente pero mirando mucho a Mario, como para recordarle que no quería que lo delatara con Raflo. María se dió cuenta y salió

de la salita en que se encontraba; comprendiendo que estuvo a punto de delatar al joven.

Las muchachas se alegraron mucho de que Raúl se quedase con ellas, y todas, con ese arte innato en la mujer, procuraron arreglarse lo mejor posible, a fin de agradar al joven huésped.

Raúl traía sus ropas sucias y María le dijo:

—Te prestaré vestidos para lavar esa...

—¡Mamá! ¿qué has dicho? ¡será un traje de Tom!

—Es que...hijas...

Una mirada suplicante de Laura la contuvo.

—Querría usted decir un traje de Tom...

—Sí, ¡qué cabeza! Dispensa hijo.

—Ven Raúl, cámbiate de ropa.

Al decir así entró con el joven al cuarto de Tom, entonces Raúl cerrando la puerta le dijo en voz baja:

—¡Señora, por Dios, no diga a sus hijas que soy mujer... pudieran por su inexperiencia, cometer una imprudencia delante de Raflo!

—¡Tanto gusto que tendrían las pobrecitas en saber que es una amiguita...!

—Lo comprendo, buena señora, pero...

—¡No temas, callaré hasta que te vayas!

—A Tom que es de más experiencia, puede decírselo.

—No. A él menos que a ellas.

—Como usted guste.

La señora guardó silencio algunos instantes añadiendo después:

—Hija mía, si tu quisieras poner fin a esa vida azarosa, y...ser nuestra hija...la compañera de Tom entonces sí se lo diría.

—¡No puedo señora! ¡No se lo diga, no podré amarlo..., no podré!

María, dándose cuenta de la poca cultura de su hijo dijo amargamente:

—Ya sé...es verdad, no puede amarlo. ¡Pobre hijo mío!

—No lo compadezca señora, él es muy feliz así como es. No le diga quien soy y esa felicidad no será tronchada.

—Es verdad, hija, tienes razón.

Laura abrazó y besó aquella madre, que la quería a ella para esposa de su hijo. Las muchachas oyeron aquellos besos y palidecieron sin pronunciar palabra.

Cada una hubiese querido que las otras no hubiesen oído nada. Si la madre hubiera podido leer en aquellos corazones, se sentiría feliz, a pesar de todo, pues habría conocido el amor de sus hijas.

En el momento en que se besaban, Tom trataba de entrar a su cuarto, y al oir aquellos besos, preguntó con voz de trueno.

—¿Quién está aquí con este canalla?

Ada, que era la mayor, corrió, y empujando la puerta de comunicación, entró como una tromba donde estaba Laura y su madre, y empujando a ésta hasta la otra habitación, le abrió a su hermano.

Este estaba como fiera enjaulada, queriendo acometer a Laura, diciéndole todos los horrores que su furor le sugería. La pobre madre acudió presurosa e interponiéndose entre Laura y su hijo decía:

—¡No lo toques, hijo mío, no lo toques!

Laura no pudo contenerse, al ver la dramática situación que había creado en aquel tranquilo hogar, y rompió a llorar. Tom, volviéndose a su hermana le dijo:

—¡Mira a que gran hombre has besado! En cuanto ve que le van a pegar, llora como una mujerzuela! ¡Deja que venga papá!

—¡Si hijo, espera a tu papá!

—Pero mamá... ¿Es qué usted no castiga a Ada? Pués la castigo yo... E intentó reñir a su hermana, pero la madre se interpuso diciendo:

—Ada es inocente. Era yo la que estaba aquí y la que besó a...

—¿Qué está usted diciendo?—dijo Tom.

—¡No la creas Tom, es para defenderme!—dijo Ada—.

El joven parecía un toro con banderillas.

—Es preciso que esta triste situación se aclare de una vez—dijo Laura, dispuesta a divulgar su secreto—.

—No diga usted una palabra Raúl!— suplicó la madre, que no quería que su hijo fuera a sufrir más tarde, reconociendo que ella era mujer.

Laura se resignó a callar por complacer a la buena madre, a quien lo que más preocupaba, era la tranquilidad futura de su hijo.

Este no quiso investigar más y salió del cuarto diciendo:

—Mamá, me voy, y no volveré hasta la noche, cuando papá esté aquí.

—Muy bien, hijo, pero guárdate de contarle nada delante su huésped.

—Tendré reserva; en cuanto a usted, granuja, despójese de mi ropa.

—¡Hijo!—Dijo la infeliz madre—.

Tom salió de la casa a paso de carga.

La madre se arrojó en brazos de su hija, que solo decía llorando:

—¡Pero mamá...ay, mamá!

—¡Qué satisfacción me has dado, hija mía, se que te sacrificarías también por mí!

—¿No lo he hecho ya mamá?

Las otras hijas entraron llorando a su vez.

La madre lloraba y reía de felicidad al mismo tiempo.

—¡Pero mamá...!—Decían a coro entre sollozos sin atreverse a añadir nada más.

Laura se había retirado a un ángulo de la habitación, y despojándose de la ropa de Tom, se envolvió en una sábana dejando in púribus medio cuerpo, presentándose así a las muchachas, que exclamaron al unísono:

—¡Es mujer!

—Sí amiguitas, soy mujer, y tus padres ya lo saben, porque anoche se lo dije.

—¡Tom, Tom!—gritaron las muchachas riendo—.

—No hijitas, no quiero que Tom lo sepa, hasta que hayan marchado. No digan ustedes nada.

—¡Niñas—dijo Laura—, su madre es una santa y ustedes unas buenas hijas!

—¡Oh, mamá, perdón por haberte juzgado mal!—Dijeron las hijas abrazándola—.

—¡Perdón, señora,—dijo Laura—por la enojosa situación en que la coloqué!

—No hijas mías, éste es uno de los días más felices de mi vida. He podido comprobar el amor de ustedes, y esto es para mí inefable dicha.

Así diciendo, aquel corazón lleno de amor y ternura, se desbordaba en besos a sus hijas y a Laura.

—¿Porqué, tú, que eres tan buena, no quieres que Tom lo sepa, y dejas que sufra? —Dijo su hija más joven—.

—Porque ¿ves? esta joven es bella y Tom se enamoraría.

En realidad, Laura con sus cabellos en desorden, sus mejillas sonrosadas en aquellos momento, envuelta en la sábana, parecía sugestiva.

—¡Es verdad! ¿Entonces, usted es la señora del vizco?—dijo la jovencita—.

Las otras queriendo contener la risa la miraron con reproche.

—No niñas, no es su esposa—dijo la madre—.El no sabe que ella es mujer.

—¡Ni quiero que lo sepa nunca!—repitió Laura—.

—¿Entonces?

—Es mi amigo, mi hermano.

—Tan feo—dijo una—.

—Tan vizco—añadió otra—.

—Tan pesado—agregó la tercera—.

—No amiguitas, no es pesado, y posee una belleza que no fenece jamás: su grandeza de espíritu, su nobleza de alma—dijo Laura afectuosamente—.

—Esa es la belleza que yo quisiera que poseyeran los que ustedes obtuvieran por esposos.

Las tres muchachas soltaron la risa. Irma y Elsa, lamentando que Laura no fuera un hombre. En cuanto a Ada, sentía hacia la joven cierto rencor, por no haberse dado a conocer antes, creando por ello la situación que conocemos.

Laura se había arrojado en el modetso lecho, envuelta en la sábana diciendo:

—Buena señora, deme mi ropa para vestirme, no se moleste en lavarla.

—No hija, te vestirás como debes. Ada, tu ropa le servirá.

Ada, contrario a lo que hizo Lilia, la joven de Bolivia, le buscó lo más malo que tenía, aunque muy limpio; pero Laura se dió por satisfecha de vestir aquellas humildísimas ropas, que correspondían a su sexo.

Pasó el día muy contenta, ayudando a las jóvenes en la confección de unos vestidos, lo cual complació mucho a las bellas campesinas, que no conocían nada de modas, y que todos sus vestidos eran más o menos, en forma de la última moda que había visto su laboriosa madre, muchos años antes, cuando aún ellas eran pequeñitas... y...¡qué feliz en su ignorancia eran!

Laura cuidó mucho de no hablar a aquella pobre gente, de la civilización y belleza de las ciudades cultas. Ella no quería despertar en su ánimo deseos de ver lo que jamás podrían. Y hacía muy bien la culta joven; pues no hay situación más triste, que la que siente una persona, que conoce solo por leerlo u oirlo, las bellezas que existen en el resto del mundo, y verse como encadenada en un rincón de la tierra por muy bello y querido que éste sea. Triste, muy triste es la realidad, del que vive soñando con viajes...del que su fantasía le presenta, infinidad de maravillas arquitectónicas y naturales de otros países; que se encuentra abstraída en estas contemplaciones, y

bruscamente, tiene que volver a la realidad, encontrándose en su vulgar rincón... ¡Y saber que esas maravillas solo le es dable contemplar in-mente, pues el yugo de su vida, no le permite hacer sus sueños realidades!

Muy bien conocía Laura esto; y por lo tanto no quería despertar sus mentes con imposibles de realizar; sino que se limitaba a hacer resaltar las bellezas naturales de su suelo, en lo cual parecía, que ellas jamás se habían fijado.

Les habló del dulce trino de los multicolores pajarillos que entraban y salían en la humilde casita, sin temor a ser apresados.

Ellas, por su parte, les hablaron de las mariposas, a cuya persecución se dedicaban, y de las cuales tenían bellas colecciones en pequeñas cajitas.

—¡Ah, qué lindas...!—y añadió—¡qué lástima que las maten ustedes!

—Es para tenerlas, pues alrededor de la casa nunca hay—contestó una—.

—Es porque ustedes no tienen flores donde ellas vengan a libar su néctar.

—Las flores que hay crecen lejos—añadió otra—.

—Yo les prometo mandarles plantas de bellísimas flores, cuyos perfumes hacen amar la vida, incitándonos a cuidarlas, para embellecimiento del hogar, y deleite de los ojos y del alma.

—¡Qué lindas deben ser esas flores que usted conoce!—Dijo la más joven de las muchachas—.

—¡Sí, muy lindas! Ya las verán!

La jovencita lanzó un suspiro; en el fondo de su juvenil corazón, lamentaba que aquella joven que tan agradable les hablaba, no fuese lo que ella había pensado cuando lo vió. En la fantasía de sus diez y seis primaveras, se había imaginado, que aquel sería, sinó un príncipe, al menos el galán que caería a sus pies subyugado por su imaginaria belleza. Hasta cierto punto guardaba algo de rencor a la joven, por no ser lo que en su mente juzgó.

Las otras hermanas tampoco perdonaban a la pobre Laura, el disgusto que les había dado, si bien se alegraban de que su huésped, pudiera confeccionarles,—con lo que ellas hubiesen hecho rústicos—, tan a su ver, hermosos trajes.

La madre, antes tan serena, ahora se veía agitada, dando vueltas a cada instante, para oir el tema de conversación de la joven; temiendo les arrebatara la dulce tranquilidad, que disfrutaban sus hijas. También observaba inquieta, el camino por donde su hijo había desaparecido.

Laura, con la natural suspicacia femenina, comprendíalo todo, si bien lo disimulaba, y a la vez, compadecía aquella buena madre, que tanto temía ver tronchada la felicidad de sus hijos. Tampoco se ocultaba a la intuición de Laura, que el excesivo interés en traerle tan a menudo alimentos, consistía en fortalecerla pronto, a fín de que pudiera marchar cuanto antes.

Estas asíduas atenciones hacían salir el rubor a las mejillas de Laura, a la par que María le decía:

—¡Ya estás fuerte! ¿verdad?

—Sí señora, ya estoy en condiciones de poder emprender la marcha, tan pronto llegue Raflo.

La buena madre asentía, pues no quería que su hijo viera a Laura, a la que encontraba por momentos más bella, creyendo seguro, que Tom se enamoraría de ella. También sentía en el fondo de su maternal corazón, que la joven no quisiera ser, la compañera de su querido hijo.

La noche llegó sin que los cazadores ni Tom hubiesen regresado. Laura, por no despertar sospechas en el ánimo de su amigo, al proponerle marchar según llegara, se acostó muy temprano, dispuesta a emprender la marcha al amanecer, y seguir siendo para Raflo, el Raúl de siempre.

Cuando los cazadores llegaron con sus trofeos, ya todos en la casa dormían, y Tom no había vuelto.

Apenas febo mostraba sus vivificantes rayos, cuando Raúl ya vestía su traje de explorador muy limpio, lo que causó en él gran satisfacción, pues la caída al abismo lo había puesto en deplorable estado de suciedad, que las hábiles manos de María había hecho desaparecer.

Raflo se alegró mucho al ver a su amiguito transformado, con las mejillas encendidas, y con deseos de reanudar la marcha.

—¡Pero Raúl, si pareces otro!—Le dijo sonriendo—.

—Sí, gracias a los solícitos cuidados de estas buenas personas, ya estoy en disposición de emprender largas jornadas.

Todos mostraban una seriedad y encogimiento que no podían ocultar. La buena señora estaba nerviosa temiendo ver aparecer a Tom. Las muchachas, no se explicaban, porqué aquella joven prefería la compañía azarosa de Raflo, y despreciaba tener un hogar con su hermano, lo que les contrariaba tanto, que no podían disimular su enfado. El único que sentía de veras que se marchasen era Mario.

Aquella situación embarazosa, no pasó inadvertida a Raflo, que pensó si Raúl habría cometido alguna imprudencia juvenil, que hubiese disgustado aquella gente.

La despedida fué un poco fría, distaba mucho de ser como la de los mineros.

Nuestros viajeros se dirigieron a Ayacucho, lugar donde habían enviado sus equipajes antes de emprender la marcha a Laguna del Inca. De allí envió Raúl, cuanto había prometido a sus amigas, aumentado con los regalos de Raflo.

De allí marcharon a Huancavélica, y próximo a ésta, tomaron el tren para la capital del Perú, donde pudieron admirar la más antigua Universidad; la de San Marcos, que fué fundada en 1557.

Lima es una bellísima ciudad de hermosos y antiguos edificios. La hace una residencia deliciosa a los espíritus románticos por estar atravesada por el caudaloso río Rimac; que no solo constituye uno de sus ornamentos; sino que le ofrece fuerza motriz a las fábricas que allí se levantan.

A las pocas horas de recorrer la hermosa ciudad, tomaron el tranvía que los llevó al Callao, la ciudad tan azotada por terremotos y golpes de mar, y cuyos habitantes nunca están bastante confiados, sino que viven alerta con la Naturaleza. Allí se abastecieron de varias cosas que los jóvenes creyeron prudente tener en su inseparable morral, y después de recorrr la reedificada ciudad, se dirigieron al puerto; mientras llegaba la hora de salida, pasearon por el bellísimo parque y paseo que ornamenta el puerto, al cual aumenta su belleza, los hermosos y múltiples vapores que llegan de todas partes.

Tomaron pasaje para Valparaíso. La progresista y bella ciudad de Chile.

Ya en el vapor, Raúl se dió a reflexionar sobre sus aventuras, recordando que en sus viajes por mar, siempre había encontrado alguien que reconociera su verdadero sexo.

"EL ESPECTRO DE VILLA JUANA"

Serían las seis de la mañana de un hermoso día del mes de Julio de 19..., cuando en la cubierta de un bello trasatlántico, se veían dos jóvenes vistiendo flamantes trajes de exploradores.

Ambos llevaban ricos anteojos, pendientes de fino cordón de seda negra, lo que indicaba a las claras, que hacían frecuente uso de ellos.

—¡Mira, Raflo, ya estamos a la vista del más hermoso puerto del Pacífico!

—¡Es verdad, Raúl—observando a su vez.

Los lectores habrán conocido ya, en quienes así hablaban, a nuestros jóvenes aventureros.

—Fíjate, la ciudad forma con la costa un verdadero semicírculo.

—Sí, Raúl, y aumenta su belleza con aquel fondo esmeralda, que le ofrecen las colinas que le quedan detrás.

—¡Es verdaderamente bello el panorama que presenta!—Dijo Raúl—.

—¡Ya tenía deseos de llegar!—Repitió Raflo—.

—¡No ves esas múltiples embarcaciones en el puerto, que sèmejan una ciudad flotante!—añadió Raúl—.

En momentos en que su amigo se disponía a contestar, se les acercó un hombre de mediana edad y tipo linfático, que había hecho el viaje desde Lima junto con ellos.

—Señores—dijo— voy a tener el honor de presentar a ustedes, una dama que nos espera en el muelle...

—¿Cómo usted no nos lo dijo antes?—interrogó Raúl. hablarle por larga distancia.

—¿A quién espera?—interrogó Raflo, al oir aquel "nos espera", cuando ellos no le habían visto acompañante.

—A ustedes y a mí—contestó el interpelado—

—¿A nosotros?—Dijeron a la vez los jóvenes.

—Sí, a ustedes...

—¿Pero acaso nos conoce?

—Personalmente no; por su fama sí.

—¿Fama?. ¿De qué?

—De cuando desencantaron el castillo en Bolivia.

—¿Pero...quien le contó eso...?

—La prensa toda.

—¡Cosas baladí...!—dijo Raflo—.

—¿Llama usted baladí el librar de malhechores una comarca?—Terció uno.

—¡Es verdad!—asintió Raúl, recordando que por poco pierde la vida en el funesto castillo.

—¿Y cómo sabe ella que venimos aquí?

—Primero por los periódicos, después...porque se lo afirmé.

—Esperaba estar en el puerto...—contestó Juan, que era el nombre del viajero.

Un momento después atracaba a un gran muelle el hermoso vapor.

—Les suplico esperen un momento, para que suba mi prima a saludarlos —dijo Juan—.

En efecto, poco después subía una señora alta y gruesa, que se les fué encima con atropellado lenguaje diciendo:

—¡Ah, me alegro de verte primo...ya veo son ustedes los que desencantaron el castillo. No me engaño, los tipos están bien descritos; no pueden ocultarse en ninguna parte.

—¡Pero, prima, deja que los presente!—dijo Juan—.

No hay para qué: conozco sus nombres, y conozco ahora sus inconfundibles personas.

Yo soy Juana Portal, hostelera con capital propio y vida independiente, soltera y sin compromiso por el momento.

—Se ve, señora ,se vé—dijo Raflo, que se encontraba en excelente humor.

—Hace honor a su apellido.—Dijo Raúl, bromista, a Raflo. Este no comprendió e interrogó.

—¿Porqué?

—Porque se anticipa. Es decir: siempre está delante,—contestó riendo, y haciendo sonreir a Raflo.

—Por lo que veo les he caído simpática—dijo Juana—, no me extraña, para todos soy igual; quien viene una vez a mi hostería vuelve siempre...

—¡Qué aluvión!—murmuró Raúl, que parecía dispuesto a bromear—.

La dama, o no entendió que aludía a sus palabras salidas en tropel, o se sintió lisonjeada por la alusión; el caso es que continuó:

—¡Qué boba soy, aún no les he hablado de nada!

—¿De veras señora? ¿Qué le resta por decir?

—Poca cosa: que vengo a buscarlos para que vayan a mi hostelería...

—¿Dónde está su hostería—, señora?

—Señorita, debe decir...mi hostería está junto al río Mapocho, y por el otro lado, tengo de mi propiedad, un hermoso viñedo; y, tanto el río como el viñedo, le dan a mi hostería un bellísimo aspecto, que no tienen los mejores hoteles de la ciudad, de la cual quedo a muy poca distancia, y me comunico por la carretera...

—¡Pero señora...señorita!...

—Dígame Juanín, Juanita o Juana y nadie tiene que enterarse si soy o nó soltera; pero sepan que no me he casado, porque no he querido; muchos pretendientes tengo, pero ninguno tiene más capital que yo, y por lo tanto, creo, que vienen por mi dinero, miren ahora mismo...

Raúl cortó aquella incesante charla diciéndole; (quizás lo que su compañero había observado).

—¿Juana, usted dijo junto al Mopocho?

—Sí, lo cual le dá un bellísimo aspecto, según dicen todos y yo compruebo...

—Pero...Yo entiendo, que eso es en Santiago...¿verdad?—

- Claro está, en la capital; yo soy nacida y criada allí, y nunca saldré de ella...

—¡Ah!...¿Pero es en Santiago?

—Sí, hombre, sí, ¿le asusta la distancia?. Pues mire, esta es la primera vez que yo salgo de la capital, quiero decir, que no soy exploradora ni trotamundo, y ya me ven ustedes aquí...

—No nos asusta Juanín—dijo Raflo—, es que yo creo que aquí habrá donde hospedarse...

—Es que no tenemos el propósito de llegar a la capital.

—Pero es que no les gusta visitar las capitales, porque tampoco fueron a Sucre, pues allí le escribí a una amiga, para que me los mandara acá y...

—¿Cómo "mandara"?

—Sí, porque han de saber que yo los necesito a ustedes en mi hotel, yo no soy habladora, por eso no les he dicho el motivo de necesitarlos, y

porque no quiero publicarlo a los cuatro vientos, porque eso no le conviene a mi negocio... pero en fin, ya que estoy aquí, no me voy sin ustedes...

—Nosotros teníamos el propósito de visitar solamente el Norte de Chile.

—Queremos visitar un lago de bórax y la refinería del nitrato de sosa.

—¡Gran cosa desean ustedes ver, con tantos bellos edificios en Santiago, que son mucho más interesantes! ¿Pero es que ustedes no saben, que en el desierto de Atacama no llueve jamás, que no hay agua ni vegetales ni que comer ni beber? ¿Que el que entra en ese desierto no sale más y perece de sed y calor...?

Cómo se ve, la buena mujer conocía poco de su propio país; pues si bien es verdad que allí no llueve nunca ni hay vegetales, también es cierto que hay potentes cañerías que conducen el agua hasta aquella región, y que el grado de adelanto y comunicación en que se encuentra, permite llevar a tan rica zona minera, los víveres, etc., etc. que son de necesidad.

Los jóvenes que conocían todo esto, quisieron seguir la corriente de la hostelera, y, fingiendo espanto, Raflo dijo:

—¡Ay, Jesús! ¡Entonces eso es el infierno!...

—Un verdadero infierno, del que no se sale jamás; allí, en ese desierto, hay millares de huesos humanos, de los imprudentes que han ido.

La hostelera quería a toda costa quitar tal idea a los exploradores, exagerando las cosas.

—Y si todos mueren, ¿quien lo ha contado?—interrogó Raúl—.

Esto le valió una mirada fulminante de la hostelera, la que quizás por primera vez en su vida, dejaba sin contestación una pregunta.

—Iremos nosotros para convencernos por sí, de lo que allí ocurre—dijo Raflo—aunque en realidad no tenía tal idea.

—¡No, no vayan...! o mejor, háganlo primero a mi casa, no les cobraré mucho, un veinticinco por ciento menos que a otros parroquianos... ¿saben?. Después, pueden marchar al desierto si lo desean.

Como se ve, esta buena mujer sabía tanto de Copiacó, como su abuela de San Francisco de la Selva; creía que aún se encontraba habitado solamente por los mineros cangalleros, un subdelegado, que gobernaba los pocos habitantes; un cura que los manejaba a toques de campana: a misa, la agonía de las ollas, a leer y la queda a cuyos toques se obedecía como los militares a la corneta. En aquella época en que las mujeres vegetaban en los largos escaños, forrados en zaraza, sobre los cuales no podían sentarse sino curas,

y debajo de los escaños, protegidos por la zaraza, se guardaba todo lo que no tuviera uso inmediato; y cubierto por grandes capas de polvo, verdaderas colonias bacterianas. Allí sentadas suspiraban las mujeres por un santo, un matrimonio o bautizo, que les permitiera iniciar la fiesta bailando el donairoso minué, baile de aquella época.

Hoy Copiacó, la capital del desierto, es tan adelantada, como cualquier otra capital, regada por las lluvias. En realidad, los jópolvo, verdaderas colonias basterianas. Allí sentadas suspiraban se de la pedante hostelera, se le ocurrió decir así.

—Iremos a su casa, señora, digo, señorita Juanita...—dijo Raflo sonriendo—.

—Es ese mucho diminutivo para un cuerpo tan grande—le dijo su amigo riendo.

Como los lectores podrán apreciar, la juventud de Laura vencía, desterrando—siquiera momentáneo—aquel pesimismo que la consumía, la gran tristeza que embargaba su alma iba desapareciendo, para dejar en su lugar a la muchacha alegre y vivaz, que siempre en compañía de Mario, encontró en todo, la manera de bromear. ¿Era que había olvidado?

No, el tiempo, a la vez que mitigaba el dolor de la irreparable pérdida de su madre, le había infiltrado una vaga idea de que su amado existía. Además, después de haber depositado el peso de su gran secreto en otros corazones, se sentía más aligerada de su tristeza.

Raflo rió ante las palabras de su amigo, pues en realidad, aquella hostelera era una mujer colosal.

Juana pensó, que Raúl había demostrado a su amigo temor, y le decía que no fueran a Atacama.

—Ya usted ve, su amigo tiene miedo, no deben ir.

—El no conoce el miedo señora...Juana.

—¡Pero..si yo creía que ustedes eran hombres altísimos y corpulentos; tanto hablaron de su valor los periódicos...!—Díjole la hostelera mirándolos imprudente.

—Pues ya ve como somos.

—Vamos Raflo, no debemos permanecer tanto tiempo embarcados.

—Sí, vamos a tomar el tren para Santiago—Dijo Juana—.

—No, vamos a un hotel y después a recorrer la ciudad—Dijo Laura o sea Raúl—.

—¿Qué, no vienen ustedes conmigo? ¡Yo que he hecho este viaje por ustedes, que me he gastado tanto; que he abandonado mis negocios, que les rebajo el treinta por ciento, hasta el 40; del valor del hospedaje...!

¡Tienen que venir...! yo que he hecho mis gastos...no, no me voy sin ustedes. ¿O es que tienen miedo?

—¿Miedo; a qué?—Preguntó Raflo interesado—.

—Miedo a...no, aquí no se lo digo... perdería mucho mi hospedería... Juan, ¿no se lo has dicho, verdad?

Juan, que era el reverso de su prima, y que la contemplaba embobado contestó:

—No...

Este laconismo contrastaba con la verbosidad de su prima, cuyas palabras salían en tropel.

—Has hecho muy bien, mira: eres más prudente de lo que te juzgaba, has salido a tu padre, porque tu padre, mi pobre tío, no callaba nada y, ni con candado hubiese guardado un secreto; pero mira que estás buen mozo, te dejé de ver un chiquillo más amarillo que la cera, y ahora estás bien, muy bien; cuando Jak te vea tendrá celos de tí, por más que yo a él no lo voy a querer ¿sabes?. Ya se lo he dicho muchas veces.

—¿Quién es Jak?—preguntó Juan—complacido del interés que en su prima había despertado

—Jak, es un huésped de amor; digo de amor, porque está loco por mí, y vive en mi hostería—, cuando solo pensó pasar en ella dos días: es americano, alto, grueso y colorado, pero no me gusta...me gustan los hombres como tú, pálido, tranquilo, que me deje hacer y deshacer sin mezclarse en nada.

—¿Qué te dije Raflo, de lo del portal?—preguntó Raúl—.

—Ya lo veo amigo mío, es verdad, se anticipa de veras.

—¿Pero que misterio será el de esta mujer?

—Poco misterioso es su tipo...

—Pero algo le pasa a su hostería.

—¿Qué será?

En este momento decía Juana a su primo acercándose más de lo prudente:

—Vamos primo, díle a estos valientes señores que vayan con nosotros, que les rebajo el cincuenta por ciento, y podrán ver lo linda que es mi hostería y lo bien situada que está.

Como se ve, la hostelera no se apartaba de su negocio, ni aún en la necesidad de utilizar los servicios de aquellos obligados parroquianos.

—Sí iremos, señora...—dijo Raflo—.

—Aun no lo soy, quizás más tarde ¿verdad Juan?

Al decir esto trató de hacer un coqueteo a Juan, que resultó demasiado hombruno.

Juan bajó los ojos y sonrió.

—Te participo, que yo nunca he levantado los ojos para ningún hombre, y que si algo he coqueteado, ha sido para atraer huéspedes a mi casa, pero tu no des importancia a eso...¿entiendes?

La declaración no podía ser más directa, y los jóvenes no podían contener la risa, en particular Raúl, que nunca hubiese pensado que existiesen mujeres de ese carácter, capaz de declararse así a un hombre, aunque éste fuera un primo Juan.

La mujerona cintinuó:

—He de decirte, que soy muy honrada, y que mi amor es a base de matrimonio; somos mayores de edad y libres, podemos dejar al químico aplastado, y éstos señores pueden servirnos de testigos.

—¿Testigos de qué, Juana?—dijo Raúl en broma—.

Sólo entonces la pobre mujer se dió cuenta, que había hecho salir por su boca todos sus pensamientos, delante de personas extrañas, y que aún no habían desembarcado.

Dejando por segunda vez sin respuesta la pregunta de Raúl, a quien miró como a un delincuente dijo:

—Vamos ya, desembárquemonos, el tren solo tardará media hora en partir, dénse prisa; y tu Juan, dame esa maleta, tengo fuerza bastante para bajarla.

El pobre Juan estaba encantado de la suerte que el destino le deparaba, al encontrar una tan apetitosa media naranja... no tener que decirlo él, que le gustaba; cosa que tanto trabajo le hubiese costado, pues si nunca se había atrevido a declararse a ninguna otra, mucho menos a ella.

Raflo y Raúl la seguían de buena gana, dispuestos a divertirse con aquellos amores.

Juana estaba radiante de alegría por poderlos llevar, y sobre todo, por haber encontrado aquel primo, que tan de su gusto era, porque en realidad y fuera de toda especulación, se habían enamorado mutuamente.

Juan, de carácter tímido y constitución linfática, encontraba encantadora, aquella trigueña, resuelta, audaz y pletórica de sangre y salud, cuyos pulmones debían tener gran capacidad, pues hablaba "sin coger resuello"; mientras él, jamás hablaba una docena de palabras seguidas. Esto constituía un nuevo encanto para Juana, que sabía que la dejaría hablar sin interrumpirla. Ya en el tren se sentó junto a Juan, mientras Raflo y Raúl, lo hacían en el lado opuesto, pero de frente a ellos, a fin de divertirse con las cosas de aquella enamorada pareja.

Cuando el tren se puso en marcha, Juana, aproximándose a Juan, hasta hacerlo invisible con la mole de su pletórico cuerpo, le dijo:

—Pero querido, ¿porqué tú no me habías mandado tu retrato?

—¡Tu no me lo pediste!

—¡Ah, si yo hubiera sabido que estabas tan hermoso!...Te hubiese mandado a buscar antes, hasta yo misma hubiese ido.—Le decía con miradas apasionadas...

—Y yo habría venido enseguida.—Contestó Juan encantado—.

—¡Pero Juan, no sabes como me gustas; tu tipo, tus modales...

—Más me gustas tú.— Se atrevió a decir él—.

—¡Ah, sí ¿de veras? ¿no me engañas? ¡júramelo!...

—¡Por Dios que sí!—Juró el buen Juan—.

Raúl estaba como a quien le hacen cosquillas, no podía contener la risa, y Raflo estaba contentísimo de ver a su amigo con una alegría que no le era habitual.

—¿Qué te parece Raúl?, para declararse y preparar el matrimonio, no le preguntó si le gustaba.

—Eso es lo que me hace gracia, ahora quiere que le jure que le gusta! ja, ja, ja!

Ambos reían a mandíbulas batientes, seguros de que los tórtolos ya no pensaban en ellos.

—Pero díme, Juan, que es lo que más te gusta de tu prima; anda, dime sin pena, que no te cobro por decírmelo.

—Me gustas toda.—Dijo Juan mirándola con ojos golosos.

—Ja, ja; ya sabía yo que le diría así—dijo Raúl sin poder contener la risa.

—Era lo más corto que podía decir—Dijo Raflo, haciendo coro a su amigo.

—Bueno, Juan, sí, ya sé que te gusto...,pero dime si son mis ojos...

—Sí,—dijo Juan.

—¿Y el cuerpo y las manos...?

—También.

—¿Te gusta mucho mi color trigueño colorado?

—Sí, sí,—repitió Juan suspirando—.

Ya aquel interrogatorio cansaba a los oyentes y no reían, cuando Juana preguntó de nuevo:

—¿Y qué me dices de mi boca, de mis dientes...?

—¡Ay! Juana...—Suspiró el pobre Juan, a quien aquella mujer sacaba de casillas.

Aquel suspiro arrancó tan sonora carcajada a los jóvenes y demás viajeros que los oían, que hizo darse cuenta a los enamorados, que eran el blanco de miradas y risas de cuantos con ellos viajaban.

Los tórtolos se amoscaron un poco, pero aquella alocada Juana,—como la reina de su nombre,—no podía estar callada; así es que unos minutos después indicando a Raflo que se sentara en un puesto frente a ellos se dipuso a hablar del asunto de su hostería.

Raúl quedóse en su asiento, donde podía oir y reir con más libertad. No se le ocultaba que la corpulenta hostelera, no simpatizaba con su persona; pero esto no le molestaba ni ofendía.

Cuando Raflo se sentó, Juana tomó asiento a su lado, y tocando con el pie a su primo, le dió a entender a éste, que era necesario aquella medida.

—Como yo no soy habladora, no le he dicho aún, porqué quiero que vaya a mi casa; pero antes de decirlo, quiero que me diga si ese gomoso fué su compañero cuando desencantó el castillo, porque a mi me parece que ese no sirve más que para reirse de todo.—Díjole enojada señalando a Raúl.

Estas palabras hicieron mucha gracia a Laura y pensó:

¡En verdad, yo estoy desconocida; desde el día que Lilia me dijo que quizás Mario vivía, no sé que alegría se ha infiltrado en mi ser. A veces pienso, que no solo vive, sino que me sigue por doquiera que voy, y es tanta la ilusión que sobre esta idea se forja mi mente, que a veces miro hacia atrás creyendo encontrarlo.

Raflo contestó a las palabras de Juana, ensalzando los méritos y el valor de Raúl, al extremo que ésta lo miró con más simpatía; en cuanto a Juan, ya no sabía más que mirar amorosamente a Juana. Verdad que ésta con todas sus extravagancias, resultaba una mujer interesante, y sus treinta y cinco años le daban esa bella plenitud de los frutos en todo su sazón.

—Pues me alegro—dijo Juana—que ese joven sea tan valiente, porque la empresa que ustedes van a acometer, es de las más impresionantes. Figúrese usted, que mi hostería está embrujada,—esto lo dijo pegando su boca al oído de Raflo, lo que arrancó profundo suspiro a Juan, por lo que su prima le aprisionó un pié y continuó:

—Sí, señor, está embrujada desde el mismo día que usted desembrujó el castillo.

—¡Pero Juana, si no era brujería, sino una banda de ladrones!

—Sea lo que quiera, yo sé que es desde ese día, porque recuerdo muy bien, que fué la misma noche del día que Jak me hizo un regalo.

Yo le escribí a mi primo para que se entrevistara con usted, y fué tan listo que aquí me los trajo.

Esta manifestación hizo reir a los jóvenes, aunque nada dijeron que pudiera desvanecer ante los ojos de Juana, el mérito de su Juan, quien a la sazón habíase ruborizado y apartado la cabeza hacia la ventanilla, a modo de disimular mejor su turbacinó, pues como los lectores saben, él no había contribuído en nada para que los jóvenes fueran a Chile, sino que éstos lo tenían decidido.

Dejemos este asunto, para que los lectores lo comenten a voluntad, y sigamos el relato de la hostelera.

—¿Qué es lo que tiene o siente en su hostería?—preguntó Raflo.

—Baje la voz, que no quiero que coja mala fama, pues yo misma guardo el secreto. Esto lo decía como si la fama de su casa llegara allí

—Está bien. ¿Pero todos los que allí habitan ven y sienten lo mismo que Ud?

—No. ¡Dios me libre!, nadie lo siente sino yo, y... (no te pongas celoso Juan) Jak también ve cosas; porque no se sienten ruidos sino se ven cada cosas...

—¿Y Jak, que dice?—Interrogó Raflo—.

—El es quien me recomendó que callara.

—¿De veras? ¿Y es él su enamorado?

—Sí, quiere casarse conmigo, pero antes de decirme que yo le gustaba, se mostró enamorado del lugar; decía que él con esa hostería se haría rico en pocos años: que la ampliaría, le haría avenidas, daría bailes, organizaría giras, por estar tan cerca de la ciudad; y... ¡qué sé yo cuantas cosas más!

¿Y él le ha prometido comprarle?

—No, si no tiene con qué, si es un estudiante arrepentido...

—¿Qué cosa estudiaba?

—¡Qué se yo, Físic adice él; pero yo creo que será físico, porque me mira de una manera...

—¡Ah, es estudiante de Física! ¿Usted me habló de un regalo que coincidía con los espectros que usted ve?

—No, el regalo no tiene que ver con eso, por más que yo veo por ellos muchas cosas.

—¿Esos regalos, serán espejos esféricos, cóncavos y convexos?

—Es usted adivino. Son dos espejos redondos pero sin cabos, que están fijos con tornillos a una cómoda, en cuyo espejo se ven letreros.

—¿Cuando ve usted esos letreros?—interrogó Raflo, sonriendo.

—Por las noches, antes de apagar la luz.

—¡Ah, sí, muy bien!

—¿Cómo muy bien? ¡Pues no señor, no está bien! ¡Digo... y lo que me dicen: que me case con Jak! (No te asustes Juan, que yo solo me casaré contigo, ya ves que ni mandándomelo los del otro mundo lo hago). Quieren favorecerlo a él, para que disfrute de mis bienes. ¡No, no me casaré aunque se muera! ¡Lo mío es mío!

—¿Cómo aunque se muera?—Interrogó Raflo—.

—Sí, porque después de aquel letreto...

—¿Cómo dice el letrero?

—Mientras hay luz dice: "Cásate con Jak o", entonces aparece el rostro de él en el espejo; pero como muerto, tiene el color de los cadáveres...

Raúl, que se había aproximado para oir lo de físico y física, que decía Juana, le dijo a Raflo a media voz.

—Eso lo produce el espíritu del vino.

—Sí—contestó Raflo—.

—¿Qué, se creen ustedes que yo tomo? ¿Qué yo me emborracho? ¡Es decir que yo he gastado tanto para que ustedes me tomen por borracha! Bien me decía Jak, que no lo contara a nadie, porque no solo perdería mi hostería su buena fama, sino que otros me tomarían por loca, y ya ve, ustedes me toman por borracha.

Por más que los jóvenes hacían por convencerla de su mala interpretación, no podían conseguirlo, y ellos no querían aclarar sus pensamientos.

Al fin Raflo se caracterizó y dijo:

—Si usted quiere que nosotros le ahuyentemos los fantasmas, no haga caso de lo que nosotros hablemos, ni nos haga pregunta alguna.

—Ni tampoco diga a Jak quienes somos—añadió Raúl.

—Eso es lo más esencial.

—¡Pero si el sabe que yo los he ido a buscar expresamente a Valparaíso!

—¿Y qué le contestó él?

—Que viniera, que él se hacía cargo de mis negocios como si fuera yo misma, y que nada tenía que abonarle por ese servicio; pero que él sabía que si yo me casaba con él o lo asociaba, que todos aquellos fenómenos desaparecerían enseguida, pues lo que él ve, son letreros recomendándole que se case conmigo.

—Pero ya verás Juanita, que estos jóvenes ahuyentan los fantasmas—Dijo Juan temiendo que su prima se arrepintiese de ser su mujer.

Seguramente que esta era la primera vez que usaba tantas palabras en una frase; pero fué un milagro operado por el temor que le causaba pensar, que su prima fuera de otro.

—Eso espero querido Juan, y si no lo consiguen, nos casaremos, y entonces tendrán que renunciar a recomendarme ese matrimonio; tu no le tengas miedo estando junto conmigo ¿sabes?

—Sí, Juanita, nos casaremos cuando no haya fantasmas.—Dijo aquel primo con el susto entre el cuerpo, sin haber visto nada.

—¿Qué otras cosas ve usted?—Preguntó Raflo—.

—En el espejo hondo se ven luces...

—Sí, comprendo, ese es el espejo cóncavo.

—En el curvo se ven cosas detrás de él. También veo animales gigantescos en la pared y otras varias cosas.

—Bueno, pues le aseguro que no verá usted nada más.

—Supongo que Jak tendrá su habitación inmediata a la suya.

—Si. Pero la puerta de comunicación está clavada. Además, él es respetuoso, no tengo quejas en ese sentido.

Juan respiró fuerte; no le hacía gracia que nombraran tanto al enamorado de su prima.

Raflo, convencido de la clase de fantasmas con quien tenía que habérselas, ya no necesitó saber más.

Pueden ustedes continuar su conversación—dijo a los primos Juanes.—

Juan no se movió, aunque a las claras se veía el deseo de sentarse junto a su prima.

Esta en cambio, con ágil movimiento, increíble a su peso, se sentó junto a él. Raflo había vuelto a sentarse al lado de su amigo.

—¿Qué te parece Raúl?

—Que el físico tiene sus orificios en el tabique o puerta que enfoca en los espejos.

—Sí, hombre eso es, y usará linterna mágica, lentes etc.

—Claro,—dijo Raúl riendo—, pero tambien tiene lámpara de espíritu de vino con qué se alumbra y esto ocasiona en su faz el color cadavérico que dice Juana alcanza a ver en el espejo.

—Ya verá ese tunante la desenmascarada que le vamos a dar.

—¿Qué piensas hacer? —Dijo Raúl—.

—Pienso que en la velada representaremos ante estos tórtolos y él, todo cuanto ha hecho; para lo cual utilizaremos los mismos procedimientos.

—Eso es, y los letreros dirán: "Juana se casa con Juan"...

—Ja, ja, ja, ya verás como nos divertimos.

—¡Qué chasco se va a llevar el físico!

—Dentro de un momento llegamos; verán ustedes que agradable es el paseo hasta mi casa. Segura estoy de que ustedes querrán quedarse un par de semanas. ¿En qué tiempo desembrujarán mi casa?

—Después enseñaré todos los artefactos de que él se valía.

—Sí, chico, de lo contrario este buen Juan, nunca perdería el miedo.

—Ella tiene valor por los dos.

—¡Verdad que sí!—dijo Raúl—.

En el trayecto recorrido por el tren, pudieron observar grandes rebaños de ovejas pastando en las laderas de las montañas.

Ya se les iba haciendo pesado aquel viaje, cuando la hermosa trigueña les dijo:

—En unos minutos.—Dijo Raflo—.

—¿Qué dice usted? ¡Oye Juan! ¿Será posible? ¡Pues nos casamos enseguida! ¿Estás contento?

Esta explosión de alegría era hecha en alta voz y sacudiendo fuertemente al pasivo Juan por un brazo.

—¿Qué apellido tendrá Juan?—Dijo Raflo—.

—No sé, pero debía ser Pared.—Dijo riendo Raúl—.

—Ja, ja.—Fué la contesta de Raflo.

Los demás viajeros también reían al ver aquella plenitud zarandear al primo.

Al fin llegaron a la capital de Chile, y Juana apoderándose de la maleta de su atontado primo, lo tomó del brazo, mientras decía a los jóvenes:

—Vengan detrás de mí, allí está mi máquina de veinte pasajeros que nos llevará a casa. ¡Ah, si no les he dicho como se llama! Es "Villa Juana".

En efecto, una especie de guagua muy antigua, estaba junto a la puerta de salida de la estación. En ella se leía un cartón, grandes letreros con tinta que decían: "Para el que quiera Ospedarse en Biya juana".

Por el letrero se verá que, lo que sobraba a Juana de verbosidad, le faltaba de ortografía, pero a pesar de esto, todo el que quería ir a su hostería, entendía que era para "Villa Juana".

Unos diez viajeros subieron al vehículo con gran contento de Juana.

—Ustedes todos van para mi casa ¿no?; ya verán que bien están allí, éste es mi esposo, es decir, pronto lo será, ahora somos novios. Estos señores son el gran Raflo y su acompañante, los desencantadores, exploradores y trotamundo, que conociendo la buena fama de mi hostería,—pudiera decir hotel, pero soy modesta, y no soy charlatana; ya ustedes verán,—pues como decía, éstos señores vienen a pasar dos semanas o un mes, para disfrutar de la belleza que se ve desde mi casa, y proceden del Brasil hasta donde llega la fama de mi hostería...

—¡Con que es usted la dueña...!

—Sí, por herencia paterna soy la dueña de esa gran hostería, soy su hostelera, para servirle...

—Ya teníamos referencias de usted.—Contestóle un bromista.

—¡Ah, sí! ¡Si yo soy conocida en medio mundo! ¿De dónde viene usted? Seguramente de remotos países...

—No señora—dijo el más chusco—Vamos a cenar y dormir esta noche en su casa, para por la madrugada salir de caza.

—¿Eh? ¡Oh, Ah! En ese caso les cobro el pasaje de mi máquina: pues solo es gratis para los que pasan más de una semana.

A ustedes, señores, no les cuesta nada—añadió dirigiéndose a Raflo y Raúl.

Los jóvenes cazadores llevaban la gran algarabía; les causaba risa cuanto la buena Juana decía, así como su traje en exceso llamativo y sus manos, brazos y cuello, totalmente cubierto de prendas de bastante valor y mal gusto.

Ya queda terminado el retrato de la buena hostelera, a quien pudiéramos llamar "Juana la loca".

En cuanto a su primo, estaba amoscado y sólo anhelaba el feliz momento de llegar para descansar.

En realidad el paseo era delicioso, discurría próximo a la rivera del pintoresco Mapocho, y al otro lado, trigales y viñedos.

Raflo y su amigo, estaban absortos en la contemplación de éstos, mientras sus pensamientos vagaban por distintos rumbos y se posaban en seres sexo opuesto, sin oir las bromas de los cazadores.

Al fin llegaron al término de su viaje: a la bella "Villa Juana". Esta se encontraba en una pequeña elevación del terreno, lo que daba carácter de atalaya, al amplio pero nada estético edificio de hostería.

Tenía razón Jak al decir que se podía convertir en un pequeño paraíso.

El primero que salió a recibirlos fué el pretendiente...Jak.

Este distaba mucho de ser el ogro que los lectores se habrán figurado. Era un hermoso tipo de la raza anglosajona. No pasaría de los veintiseis años, su presencia resultaba agradable a primera vista, y esto unido a su natural franqueza y a la posesión de una bien definida cultura, que acusaba la distinción de sus modales, formaban a su favor un franco ambiente de simpatía, que vino a echar por tierra todos los proyectos que contra él había concebido Raflo. Hablaba el castellano con esa gracia de quien no domina el lenguaje.

Según llegó Juana, lo acosó a preguntas respecto a su negocio. contestando él con su gracia peculiar y como el futuro amo que piensa introducir mejoras en el negocio.

Juana no se había ocupado de presentar a los jóvenes, pero si de introducir en su casa a los cazadores.

Jak se acercó a ellos, dándoles la bienvenida, como quien se siente dueño.

Raflo y Raúl, pensaban que Juana no había aceptado aquel hermosa joven, no sólo porque él había demostrado interés por el lugar, sino porqué un tipo tan viril, no podía zarandearlo como al buen Juan; teniendo ella un carácter tan varonil, solo podía prendarse de un Juan como su primo

Jak también se sintió bien impresionado por la presencia de los jóvenes, y tenía la seguridad de que no cogerían al fantasma

Un rato después, ya la activa mujer había dado veinte órdenes y vino donde se encontraban nuestros jóvenes y Jak; éste le informó que había adquirido una bella planta acuática, la que había colocado en la gran fuente del jardín; muy abandonado por cierto por su dueña, y embellecida por Jak en el corto tiempo que duró la ausencia de aquella. También le anunció haber adquirido una zarigüella.

—¿Una zarigüella? ¿qué clase de planta es esa?

—¡Oh, no es planta...!—dijo Jak—Es un bonito ejemplar de un animalito del Brasil.

—¿Un animal? ¡oh, si a mí no me gustan los animales! ¿Para qué otro animal?

—¡Es verdad!—Dijo Jak en un tono que arrancó la risa a los exploradores.

Juana no se dió por aludida, desde luego, pero habló muchísimo en contra de los animales.

Jak invitó a los viajeros a ver la zarigüella.

En el tiempo que Juana pasó fuera, el joven Jak queriendo demostrar su gran disposición, había arreglado una gran pajarera, dejando en el centro un arbustico, donde puso al animalito.

Cuando estuvieron a la vista de la pajarera, Jak se alegró mucho al ver que aquel mamífero, en tan corto tiempo, tenía dos hijitos, los que tomó con una patica delantera y trepando al arbusto, los ocultó en la bolsa que, como todos los marsupiales, tiene en el vientre.

—¡Oh, que bueno, no es uno sino tres, los que hay ahora! ¡Qué buen negocio!—Decía Jak entusiasmado.

Juana se insultó al ver que no solo era un animal sino se habían aumentado, y mucho más cuando Jak dijo que aquella vieja pajarera era provisional y que se le mandaría a hacer una adecuada. Negóse rotundamente a hacer gasto alguno para mejorar la vivienda de la familia marsupial.

—No, no gastaré nada—decía—por mí que se vayan al Brasil o a China.

De allí se dirigió Jak con sus visitantes a la fuente, donde pudieron contemplar una bella planta del Ecuador, la cual tenía las hojas de cuatro metros de largo, y sus flores medían treinta centímetros.

—¡Ah, qué belleza!—exclamó Raúl.—

—Es una "victoria regia"—dijo Jak, orgulloso de la adquisición hecha.

Juana miró detenidamente aquella planta y después, sin poder contener sus calculistas sentimientos comerciales, dijo:

—Si tuviera que alimentar esta planta, no la tendría por nada, pues consumiría muchísima comida.

—No se apure Juana, que solo se alimenta de agua, y ésta, en esta región, es abundante.

—¿Y quien me hace esos regalos?—preguntó Juana—.

—No son regalos. Los he comprado, porque constituyen atractivos para la hostería y...ya verá usted como la arreglo, ¡va a quedar nueva!

—¿Pero es que usted se cree que esto es suyo?. ¡No lo es, ni lo será nunca; por nada quiero un marido que solo piensa en gastar, no crea que me voy a casar con usted, pues he traído a mi primo y me casaré con él, estando segura de que jamás se meterá a comprar siraguaya ni reina victoria sin mi permiso, ya sabe, el gasto hecho se lo cargo en cuenta yse los lleva cuando se vaya, después de abonarme el mes que mañana cumple ¿entiende?

—¿Con qué se casa usted con su primo?—dijo Jak cómicamente, no exento de sentimiento.

—Sí, me caso con él, muy pronto, y estos señores van a demostrarle a los fantasmas que a usted y a mí nos salen, que ellos no tienen que recomendarme con quien tengo que casarme, porque yo he sabido elegir muy bien. Ellos trataron de congratularlo a usted, pero a mí no.

—¿Y dónde está su novio?

—Lo acosté a dormir, porque viene estropeado el pobrecito.—Contestó dulcificando la voz.—

—Pues vaya a verlo—dijo Raflo—y bajando la voz añadió—no sea que se caiga de la cama...

Juana no se hizo esperar y con precipitado paso se alejó de ellos, asegurando que no quería nada de lo que Jak se había permitido comprar.

Jak, después de pasar un rato pensativo, dijo suspirando:

—Pues señores, lamento mucho no poder ser dueño de este lugar.

—¿Del lugar o de Juana?—Preguntó Raflo—.

—¡Juana era el medio...!—dijo riendo—.

—En ese caso Mr. Jak, ya quedan destruídos los fantasmas.

—¿Qué dice?

—Digo, que ya usted no tiene que manipular lentes convergentes y divergentes, ni cámara oscura, ni linterna mágica, etc. etc., habiendo desaparecido la causa porqué usted los utilizaba. Ya ese matrimonio está decidido, y todos los experimentos físicos, habidos y por haber, no lo harán retroceder.

—Pues señor, el secreto está en su poder, queda roto el encantamiento de "Villa Juana"—dijo Jak, algo confuso, aunque sonriendo.

—Le guardaré el secreto.

—Gracias...Pero quisiera recuperar los espejos.

—Eso es fácil. Yo me encargo de devolvérselos. En realidad, son de mucho mérito para usted, y Juana ni Juan los necesitan.

—¿Se llama así el novio?

—Sí, es un duo de Juanes.

—Dígame señor Raflo, ¿qué proyectos tenían ustedes al venir, respecto de los fantasmas?

—Sabía que usted era el único interesado en ello, y pensé desenmascararlo, pero usted me simpatizó y, decidí hacer a usted a solas las manifestaciones.

—Gracias. En verdad que yo hubiese hecho aquí un retiro delicioso.—Dijo Jak, recorriendo con la vista el bello panorama—.

—Yo opino que usted haría de aquí, un pequeño paraíso.—Añadió Raúl—.

—Un paraíso para otra menos prosaica que Juana.—Terminó Jak, poseído de cierto sentimiento, que no pasó desapercibido a los jóvenes.

—Dispense la pregunta, ¿cómo vino usted aquí?—Interrogo Raflo—.

—En el mismo vehículo que ustedes—dijo Jak tratando de evadir la respuesta.

—Se va por la tangente,—dijo Raúl a media voz—.

Jak se rió, porque su fino oído había percibido lo dicho por Raúl, y contestó:

—Sería ingrato con ustedes, si no les dijera la verdad, así es que voy a empezar:

—Yo me encontraba en la capital, empleado en un almacen de ropa hecha para ambos sexos, cuando llegó esa señorita con el objeto de comprarse ropa.

Su modo de vestir anticuado y de colores tan llamativos, aunado a su carácter alegre y comunicativo, hizo que me fijara en ella, que no encontraba traje a su gusto y ponía en movimiento a todos los empleados, pidiendo a la vez veinte cosas, de las cuales ninguna compraba, porque por su gran desarrollo corporal, no encontraba nada adecuado.

Mientras se medía y volvía a medir prendas, hablaba incesantemente de su hostería; que es dueña absoluta, que es soltera, que tiene muchos enamorados; pero que ella solo elegirá el que Dios le destine etc. etc.

Tanto habló, que me hizo pensar en ir a ver su hostería para ...ya ustedes saben—añadió riendo—. Vine, ví pero no vencí...

—¿Cuando vino usted?

—Ese mismo día junto con ella. No necesité disimulo, pues ella me preguntó si no había visto su "Villa Juana", a lo que contesté:

—Sí, precisamente he oído hablar de su hostería y pienso ir uno de estos días.

—¿Porqué no ahora?—dijo—yo tengo la máquina a la puerta, solo le cobro la mitad del pasaje, y para casa derecho. Tengo desocupada la habitación contigua a la mía y allí lo instalaré.

—No podía yo pedir más. Había salido a correr fortuna, y ésta se me presentaba en forma de dueño de hostería. Tenía la creencia de vencer. Así es que, cuando llegué, no oculté la grata sorpresa que me causó el lugar; hablé de las modificaciones que necesitaba, del dinero que produciría montado en otras condiciones, y después me dirigí a ella, no como si pretendiera su persona, sino como el que desea adquirir el establecimiento. ¡Ese fué mi error! Yo la juzgué tan boba como tonta y no es así.

Los jóvenes reían la franqueza de Jak, que continuó así:

—Entonces fué que concebí la idea de utilizar mis conocimientos de física para que creyera que yo era el que Dios le dedicaba por marido; pero al día siguiente, los periódicos anunciaron la captura de la banda de ladrones por ustedes y...¡esa fué mi derrota!

Los jóvenes reían la gracia con que estropeando el lenguaje, Jak narraba los hechos. Este continuó:

—No obstante, les estoy muy agradecido, por guardarme un secreto que otros divulgarían.

—No lo hacemos, no sólo por la simpatía que nos inspira, sino porque usted no trató de hacerle daño a ella, sino convencerla de que usted es el hombre que le conviene...

—A su hostería—añadió Jak riendo—.

—Quiero asegurarle que jamás aparecerá un fantasma san simpático...

—E inofensivo—agregó Raúl.

—Gracias, muchas gracias en nombre del fantasma—dijo riendo Jak —voy a hacerles un obsequio. Se trata de un invento, el cual no puedo patentar...

—¿Qué no puede? ¿Porqué?

—Porque esto solo ofrece utilidad a ustedes, a los pillos y...al que habla.

—¿Qué dice usted?—Preguntó Raflo.

—¿Dónde va usted a parar?—añadió Raúl algo ofendido—.

—¡Oh, señores, no está en mi ánimo ofenderles!—Dijo Jak apenado—.

—No te ofusques Raúl, veamos de que se trata.—Agregó Raflo.

—Espero señor Raflo,—siguió diciendo Jak—usted pasará a mi cuarto y allí le haré entrega de mi invento.

—Con mucho gusto.

—¿Tiene que ser entregado con tanta reserva?—dijo Raúl—.

—Sí; porque necesito enseñarle su manejo.

Laura se separó de ellos, examinando la flor y capullo de la "victoria regia", momento que aprovechó Jak para decir a Raflo:

—Yo le enseñaré a usted el manejo, y usted me promete enseñárselo a Raúl solo cuando crea muy oportuno. Permítame que le suplique que no me interrogue respecto del asunto.

—Será complacido. No le interrogaré; pero en cambio le diré, que ese joven no es charlatán.

—Pero en cambio es un boy.

—No importa su edad...

—El obsequio que les hago—dijo Jak desviando la conversación —lo inventé cuando empecé a hacer de fantasma.

—¡Ah!

—No quería que descubrieran mi estratagema física y me pusieran bajo barrotes, sin poderme proporcionar libertad...

—¡Ah! ¡muy bien! comprendo y le doy satisfacción en nombre de ese boy—dijo Raflo—.

—No, si no me ofendí de lo que era justo reproche.

—Es usted muy amable.

—Por serlo ustedes tanto, les hago ese presente, y quizás algún día se sirvan de él con éxito; pues, los que llevan la vida que ustedes le será a veces más preciso que las mismas armas.

—Ya tengo curiosidad por verlo para saber que es.

—Es un anillo de hierro.

—¡Ah—dijo Raflo indiferente, perdiendo el entusiasmo que tenía.

Raúl se había alejado, como siempre que encontraba oportunidad para estar solo.

Jak llevó a Raflo a su cuarto y le hizo entrega de tan meritísimos anillos, y por medio de pruebas le enseñó su mecanismo, dejando a Raflo tan admirado, que le dió un abrazo diciéndole a la vez:

—Acepte como recuerdo mío esta cartera, que me es muy querida.

¡Oh, gracias!—dijo Jak, pensando que la suya estaba escuálida. Puso la bella cartera en una mesita, y sea por necesidad o por especulación, se puso de espaldas a ella revolviendo en una maleta, como buscando algo que no encontraba.

Raflo aprovechó estos instantes para introducir con disimulo algunos billetes en la cartera.

Cuando se apartó Raflo, Jak dió por terminada su búsqueda y tomando la cartera se la guardó, dando una mirada de reconocimiento al buen Raflo.

¿Qué le importaba a éste desprenderse de esa cantidad, si había adquirido un objeto tan maravilloso como útil en su azarosa vida?

Podrían, en caso de hacerlos prisioneros, despojarlos hasta de los zapatos, como lo hicieron aquellos seres amarillos; pero a nadie podría ocurrírsele quitar un anillo que no tiene, ni belleza ni brillo..

Así pues, estaba encantado de aquel obsequio y anhelaba hacer partícipe a su amigo y compañero, de la alegría que él disfrutaba; pero había empeñado su palabra de no decir nada, hasta llegadas ciertas circunstancias, y en realidad, no podía desear que éstas se presentasen.

La comida de aquella tarde, fué de lo más animada, quedando todos admirados de la agudeza de Jak, y de lo poco que demostraba sentir el escape de aquellas propiedades que presentía como suyas, por su casamiento con la hostelera, fracasado entonces con la aparición del primo de ésta.

En cuanto a Juan, se sentía horriblemente celoso, pues se había enamorado con loco frenesí, de la charlatana hostelera.

Muy entrada la noche, Raflo pidió a Juana, que les permitiera pasar unos minutos a su habitación, a fin de realizar unos trabajos, con que alejarían los fantasmas que allí se aparecían.

El lector comprenderá, que lo que allí hicieron, fué reconocer y admirar el trabajo desplegado por Jak, para convencer a la hermosa propietaria, de que debía casarse con él, a fin de hacerse dueño del lugar.

Después procedieron a tomar los espejos esféricos, y un momento después salían con ellos, recomendando a Juana los devolviera a quien se los había regalado, pues estaban embrujados.

—Yo no los quiero tocar—decía—; déselos a Jak, que se los lleve, a mí nada me gustan ni me favorecen, y tampoco quiero que Juan esté celoso por ese regalo. Y volviéndose a su primo continuó:

—¡Ay! ¡qué dicha! ¡ya no hay fantasmas! Oye, Juan, nos casaremos y seremos los más felices,—añadiendo:

—Nada de gastos Juan ¿eh?, estamos bien así. Ya sabes tú siempre harás lo que yo te mando ¿entiendes?. Nunca irás a la capital, yo se por qué... ¡ay, si hoy están las mujeres...! Ahora recuerdo que pronto necesito factura, yo iré y tu te quedas; no, tu vas también, si me caso no es para andar sola como hasta ahora; aunque no le temo a nadie, siempre iremos juntos, ¿sabes Juan?

Como el lector verá, la hermosa Juana, hablaba mezclándolo todo a la vez, diciendo y desdiciendo, en horrorosa confusión, que su primo encontraba adorable.

Juana, sin dar tregua a su charla continuó:

—No me engañe usted, amigo: ¡dígame que cosas vieron! ¿sintieron miedo? Yo no quería que mi Juan viese nada; ¡pero que pronto se fueron los fantasmas! ¿No volverán otra vez...?

—No tema, no volverán—Contestó Raflo—.

—Es preferible no decirle lo que vimos—añadió Raúl—.

Juan se sentía transportado de alegría. Una lotería lo había sorprendido; salió pobre y soltero, y sin solicitarlo, le salió al paso capital y mujer.

—Y... ¡aún habrá quien crea que la suerte hay que buscarla!—dijo Jak.

—Esa clase de suerte, no es la que a su gran ingenio conviene—contestóle Raflo—.

—Verdad que me aburre...Le dijo con sinceridad.

A la mañana siguiente, en contra de lo que pensaba Juana, los dos viajeros salieron para la capital.

En el trayecto los acompañó Jak, que ya nada tenía que esperar en "Villa Juana", el que aseguró a la hostelera, que pronto volvería por su "victoria regia" y las zarigüellas.

Jak sirvió de cicerone en Santiago, a nuestros exploradores: enseñóles la bellísima plaza que Pedro Valdivia empezó en 1.543, y en la cual hay una colosal estatua de él, erigida a su memoria.

El Capitolio, que es un magnífico edificio, lo mismo que el Instituto Pedagógico. Sus avenidas, amplias y ornamentadas con árboles y estatuas bellísibas, así como las residencias particulares que en ellas se levantan.

Esta gran capital, nos dá una prueba del poder que representa la fuerza hidroeléctrica del Mapocho, que mueve sus tranvías y da potente iluminación y fuerza motriz, a innumerables fábricas.

Los exploradores regresaron a Valparaíso, donde solo habían estado un instante.

Raúl quiso subir a las colinas, en cuyas faldas se divisaban los más poéticos chalets, que se puedan imaginar, rodeados de espléndidos jardines y exquisitas fuentes.

Pocas horas necesitaron para ver lo más notable de la bella y estrecha ciudad, y aunque Raúl hubiese querido permanecer en ella varios días, no se atrevió a manifestarlo a Raflo, al que respetaba como hermano mayor, y el cual no ocultaba su afán de llegar a la Argentina, la república para la cual había tomado pasaje, cuando el vapor se destrozó a la altura del Brasil, donde los llevó su "Dórida".

Horas después tomaban el ferrocarril trasandino, donde admiraron de nuevo los valiosísimos trabajos de ingeniería que allí se han llevado a cabo por el hombre. Raúl tenía interés en ver la gigantesca estatua del Cristo de los Andes, que los gobiernos chileno y argentino, erigieron como símbolo del pacto de paz eterna que firmaron ambas naciones; mas, no pudo contemplar este gran Cristo, como era su deseo, por estar precisamente colocado en la cima de la altísima montaña, que el ferrocarril atraviesa por un túnel de cinco kilómetros de largo; así es que pasó por debajo del grandioso monumento, que en aquellas heladas montañas, vigila constantemente, recordando a ambas naciones en su línea divisoria, el eterno pacto de paz, que su imagen hará imperecedero.

Tres horas después, los viajeros llegaron a la primera ciudad argentina, que cruza el ferrocarril trasandino, a la ciudad de Mendoza, y luego a la de San Luis. Ya llevaban mas de cuatro horas de marcha por la inmensa pampa argentina, cuando Raflo, aventurero y explorador por temperamento, le dijo a su amigo que bajaran para recorrer las pampas, y que al siguiente día tomarían de nuevo el tren para Buenos Aires.

Aunque Laura, por su costumbre y educación nacional, y por la sangre que llevaba en sus venas, tenía el mismo temperamento; a pesar de todo, no acogió con agrado la idea, no obstante no lo demostró, aceptándola por el contrario.

Raflo tomó una de sus tarjetas y escribió algunas líneas a un amigo que desde muchos años antes residía en la capital, la que depositó en el buzón del tren.

Después de tomar provisiones de boca en el Bufet, se bajaron en tan solitarias regiones.

Al poner un pie en tierra, Laura sintió un fuerte calofrío que le recorrió todo el cuerpo; lo cual atribuyó al cambio de temperatura habida entre los carros del tren y la llanura en campo raso.

¿Sería esto? ¿Sería algún funesto presentimiento?

Laura, nada dijo a su compañero temiendo fuese a juzgar desfavorablemente sus prejuicios.

Los viajeros que los vieron bajar allí, comentaron respecto al asunto.

—¡Qué gusto el de éstos exploradores...!

—¡Mire que internarse en tan peligroso lugar!

—Por nada iría yo por estos parajes...!

—Los exploradores muchas veces no regresan de sus excursiones.

—¡Tan jovencito uno...!

—Ese es el que me causa más lástima.

—Parece una mujer.

—Quizás sea un matrimonio.

—Es lo más probable.

—Ahora me doy cuenta, que aquellos de quienes tanto hablaron los periódicos del asunto boliviano, eran exploradores...

—Es verdad, sí, y el tipo del mayor de ellos está bien definido.

—¡Quien lo hubiera sabido...!

—Nos hubiesen dado más detalles sobre aquel caso.

—Sí, ellos son; no cabe duda. Sólo ellos se internarían en estas pampas, donde los gauchos hacen tanto estrago.

—Como que no dan cuartel a quienes sorprenden en sus dominios.

—¡Pobres jóvenes!

—Ellos son bastante listos para no dejarse sorprender de los gauchos.

—¡Si los cojen no se salvarán!

—Debíamos haberlos hecho desistir de esa empresa.

—No lo creas. Parece que ellos andan a caza de peligros.

—Eso creo yo. Son ricos aventureros...

—Pues yo no puedo creer que ese jovencito sea una mujer; de ninguna manera.—Dijo una señora que terció en la conversación.

—¡Qué va! Sus modales difieren mucho del de las mujeres.

—Además, son muchas las peligrosas aventuras que han pasado.

—Es verdad; hace algunas semanas, leí las aventuras de ellos, narradas por León, en la revista "La Paz".

—Si hay que creer en todas aquellas tétricas peripecias, debemos esperar que escapen de los gauchos.

—Pues, amigos, ahora vienen a mi memoria unos rumores que recogió un repórter.

—¿Qué rumores son esos?

—Que ese que parece jovencito, es una americanita que le mataron el novio.

—Sí, pero también decía, que nada hacía pensar que fuera cierta aquella noticia, pues, esa bola había sido echada a rodar por el minero padre de la muchacha, rescatada en el castillo, que habiéndose prendado de él, lo llevó a su casa, donde pasó la noche.

—¡Buena mujer...! ¡Un tenorio...!

—¡No cabe duda, es hombre!

—¿Qué mujer va a querer andar así?

—Cualquiera que desee seguir a su marido.

—¿Y qué marido va a exponer a su mujer a afrontar esos peligros?

—En otras épocas ninguna. Hoy, que la mujer se ha hecho fuerte y demostrado la misma capacidad que el hombre, se encuetran muchos...

—Efectivamente, las americanas gustan de acompañar a sus esposos en las exploraciones.

—Pero ese no es americano.

—No, no, de ninguna manera;—dijo la señora—ustedes están equivocados, ese es hombre.

—Yo me atrevería a afirmar lo contrario.—Dijo uno—.

Así discutían estos viajeros mientras la locomotora en su pertinaz carrera, ponía distancia entre éstos y los exploradores.

En tanto, los exploradores se alejaban del camino de hierro, atravesando aquellas inmensas pampas, donde terribles peligros les esperaban.

Cuando hubieron recorrido gran trayecto, encontrando en él infinidad de caballos salvajes, que a su presencia huían despavoridos, se sentaron a tomar algún alimento, ocasión que aprovechó Raúl para examinar sus armas, en tanto que Raflo decía:

—Las armas de fuego constituyen por sí, una defensa... ideal hasta cierto punto...; pero suponte por un momento que te dejasen sin ellas.

—Haría uso del cuchillo.

—Es también un arma de defensa, que tendrían buen cuidado de quitarnos.

—Pero... entonces... ¿qué tendríamos para defendernos?

—¡Esto!—Dijo Raflo, mostrando a su amigo un anillo de hierro.

—¿Para qué sirve esto Raflo?—Dijo escéptico aquél—.

—Suponte que nos atasen a un árbol o a un poste...si queremos cortar las sogas, no nos darían con qué, por supuesto, pero nosotros con este anillo apretando así—al decirlo salió del anillo una minúscula cuchilla muy cortante, y por el lado contrario un pelo de lima.

—¡Ah, qué maravilla! ¿Por qué no me conseguiste otra...?

—¡Cómo no! Póntela—y sacando otra de un bolsillo la colocó en su dedo haciendo la misma prueba.

—Ya ves, que cuando todo se nos ponga muy difícil para escapar, podremos cortar una soga o los hierros de un calabozo si nos encerrasen.

—¡Qué contento estoy Raflo, por más que no quiero tener que hacer uso de éste adminículo!

—¿Crees que nadie pueda imaginar lo que éste antiestético anillo encierra?

—Nadie podrá suponerlo.

—¿Sabes quien nos hizo ese regalo?

—¿Quien?

—El fantasma de "Villa Juana".

—¡Jak! ¡ah! ¡qué buen chico!

—Es invento suyo.

—Entonces, nadie conoce el secreto ¿verdad?

—Sólo él y nosotros.

En esta conversación se encontraban nuestros exploradores, cuando Raúl se volvió amedrentado, escudriñando a sus espaldas.

—¿Qué ves Raúl.—Preguntó Raflo—.

—Nada. Pero me parecía que unos ojos se posaban sobre mí.

Ambos pusiéronse de pie empuñando sus armas, como si un gran peligro les amenazase, pero no lograron ver nada.

—Es la impresión de tan solitario lugar.—Dijo Raflo—.

—Pudiera ser,—contestó Raúl—pero siempre que ojos humanos se posan en mis espaldas, siento la sensación de calor que ahora he sentido.

—No será cuando te miran la espalda, será cuando posan los ojos en la parte superior de tu nuca.

—Justamente, pero yo no creo que quienes nos miren en estos parajes, nos sugieran a volver la cabeza.

—Claro que no...

Así pasaron algunos minutos, entre una y otra conjetura, hasta que Raúl dijo:

—Oye, Raflo, siento en las piernas una pesadez tal, que me induce a no seguir adelante.

—También yo, que jamás he sentido fatiga, me siento algo pesado.

—Tengo un sueño como si hiciese dos noches que no duermo.

—¡Caramba, yo estoy igual!

—Es extraño, pero yo voy a dormir un rato; después seguiremos.

—No Raúl, no te duermas, ven...

—No, yo no sigo hasta que no haya dormido.

—¡Recuerda los páramos Raúl, ven!

—Aquí no hay páramos, no estamos en los Andes; no sigo, quiero dormir...y sus ojos se cerraban a la par que sonreía dulcemente.

Raflo, ya de pie a algunos metros de su amigo, se esforzaba porque éste siguiera, sin conseguirlo.

El no sabía a que atribuir aquel sueño, parecido al que produce la sombra del páramo de los Andes, pero desechaba la idea de que fuera producido por su influencia, por encontrarse muy lejos de la cordillera, si bien es verdad que prejuiciaba un algo extraño, que su embotada imaginación no podía concebir entonces.

El delicioso sueño que produce el páramo, hace que el que se detiene bajo sus heladas hojas, renuncie a las mayores riquezas que se le ofrezcan, con tal de disfrutar del dulce sueño que allí se siente, y de las bellas imágenes que su mente le presenta; dulces ilusiones con que la víctima muere sonriente y feliz, si no ha sabido reponerse, antes que la enervación lo inutilice para huir de aquel lugar.

Si en todas partes existiesen páramos, se contarían por millares los suicidios, pues tantos seres que sienten el peso de su mísera existencia, pondrían fin a ella, muriendo con la felicidad que jamás vislumbraron en su vida. Pero por fortuna o desgracia, esos páramos solo existen en las altas y heladas montañas de los Andes, donde si bien se encuentra una muerte deliciosa, hay que exponerse a fatigosas ascenciones, a frío que hiela los huesos y vientos que queman la piel.

Pero volvamos a Laura, en quien un sueño aletargante había hecho presa, y desoyendo la reiterada insistencia de su amigo para continuar la marcha, se había tendido bajo un arbusto, queriendo disfrutar de aquel sueño que

a ella pareció delicioso. Pero Raflo, entreviendo quizás, el peligro que allí corrían, cargó con su cuerpo alejándose precipitadamente del lugar.

No había andado aun, un centenar de metros, cuando Laura comenzó a desperezarse; y dándose cuenta de que su amigo la llevaba en brazos, saltó al suelo con la mayor presteza, preguntando:

—¿Porqué me llevas en brazos?

—Gracias a Dios Raúl, que despiertas.

—¿Pero es que me había dormido?

—Sí, fuiste atacado de un sueño invencible, como el producido por los páramos y las mimosas de la India.

—¡Ah! ¿sí? ¡Ya recuerdo! ¡Si supieras las delicias que soñé! ¡Si fuera cierto lo que ví...!

Raflo esperó en vano que su amigo le contara, pero sólo éste se limitó a algunas deliciosas visiones.

—¿Qué sería lo que nos produjo ese sueño?—dijo Raflo—porque yo ignoraba que en las pampas existiera tal cosa.

—Jamás lo hubiera yo sospechado—contestó Raúl sin saber a que atribuirlo.

Un momento después reanudaban la marcha. En lontananza distinguieron un corpulento ombú. el gigante de las pampas, y hacia él se dirigieron con el propósito de pasar la noche bajo sus frondosísimas ramas; deteniéndose algunas veces para ver si alguien los seguía.

En la inmensidad de las pampas, solo se oía el rozar del viento con las gigantescas gramíneas, y no obstante los exploradores presentían un algo terrible, más impresionante cuanto mas misterioso.

"PRISIONEROS DE LOS GAUCHOS"

Los exploradores seguían adelante por entre las gigantescas gramíneas, que simulaban verde mar agitado por el viento, pensando sorprender las costumbres de los habitantes de las pampas. Los gauchos, esa raza que se inició por los años 1545, poco después de la llegada de Alvar Núñez a la Argentina.

Pudiera decirse de ellos que son híbridos de español y guaraní; participan de la imaginación de los granadinos, sus progenitores, como éstos a su vez de los árabes.

Esta mezcla de tres razas, es la que formó a los gauchos, habiendo conservado de ellas sus caracteres y...sobre todo, seleccionando lo más saliente del carácter de cada una de ellas.

Su tipo es delgado, alto, trigueño, membrudo y anguloso. Sus ojos son bellos, con mirada dulce y tierna para la mujer, por lo que son pasionales; feroz para los enemigos, siendo siempre salvaje para los de su sexo.

Su cuerpo parece cartilaginoso, tal es su flexibilidad.

Es generoso y tierno con su mujer mientras es fiel y sobre todo bonita; para ella es un cordero si lo trata con dulzura; pero es la más terrible fiera para quien lo ultraja. Es galante y le gusta improvisar al son de la bandola, siendo sus improvisaciones que llaman galeranos, llenas de hipérboles, y jactancia de sus hazañas.

No tienen ciudades, caminos, puentes, ni fábricas de nada.

No necesitan gran cosa para vivir: son felices teniendo aguardiente, mujer o novia, el fandango, la bandola y un gran hato.

Sus caminos son las pampas, en todas direcciones del horizonte, que recorre, sobre brioso potro en pelo, que maneja admirablemente por entre las altas yerbas, persiguiendo ya los novillos o toros bravíos, ya recogiendo los potros salvajes, que enlaza con su infalible rejo, del que no se separa jamás.

Sobre su caballo, con su rejo, su rifle y su machete, es uno de los seres más temibles, pues tiene gran placer por matar... Alguien dijo del gaucho que: "es artista de la muerte".

Es muy valiente, no teme cruzar los ríos plagados de caimanes y de varias especies de cetáceos que arrojan de sí, gran electricidad. Su voz se oye potente y silvadora en las vastas pampas, por la que canta y vocea para oirse el mismo en aquella soledad.

Después de rudas batidas con los indios guaraní, a los que persigue con odio, vuelve el gaucho a su casa con tiernas miradas, y sin tener remordimiento de nada. Mas, si se pone celoso, vuelve a ser la fiera de poco antes.

Ya presentados los gauchos, física y moralmente a los lectores, daré comienzo a la aventura que corrieron nuestros exploradores.

—¿No te parece oir una voz lejana Raflo?—Preguntó Raúl.

—Sí, he puesto atención y paréceme es el sonido del viento.

—No, Raflo, yo escucho como cantos.

—¿Quieres que vayamos hacia donde crees que se oyen...?

—Como tu quieras, pero tenemos que ser muy precavidos.

—Ya lo creo, como que los gauchos no gustan de intrusos.

—Podemos observar a bastante distancia.

—Eso es lo que creo, por más que podíamos probar a hacerle algún obsequio

—Ellos no tienen interés, por dinero ni joyas.

—Es verdad.

—En cuanto a las armas, ya las sabrán tomar cuando nos vean.

—En ese caso procuremos lo contrario.

—Si alcanzamos a ver luz, atisbaremos en la oscuridad sus costumbres, y enseguida regresamos para tomar el tren.

—Si ese es nuestro deseo...

No pudo continuar: allá lejos dos ginetes de pie sobre los lomos de sus caballos venían en carrera abierta. Antes de que los jóvenes se dieran perfecta cuenta de que se les venían encima aquella nueva especie de centauros: ya los silvantes lazos caían con precisión en sus respectivos cuerpos. Un momento después ambos eran atados sobre los caballos y despojado de sus armas. Apenas los caballos sintieron sobre sus lomos aseguradas las víctimas, partieron a toda carrera (como caballos amaestrados en circo) dejando a sus dueños a pie, estos en vez de molestarse le dieron voces y los caballos corrieron con más velocidad.

¿Estaban amaestrados, en tal oficio? ¿Fué aquella partida inesperada debido a su brío?

Lo cierto es que los gauchos echaron a correr en opuesta dirección, haciendo oir sus potentes y guturales voces, que espantaron un atajo de potros cerreros. Un momento después, dos de los indómitos potros eran alcanzados por los certeros lazos de los gauchos, que con la celeridad propia en ellos, saltaron sobre los brutos y en mil cabriolas los dirigieron por donde los otros habían desaparecido.

No tuvieron que andar mucho, cuando por entre las gramíneas aparecieron los dos hermosos corceles, libres ya de su carga; con las narices aventadas y las crines al viento. Tan pronto los inteligentes y bellos ejemplares estuvieron cerca, los gauchos, quitaron con presteza los bozales a los salvajes potros, y de un salto cayeron con sin igual gallardía sobre sus respectivos corceles, que volvieron grupa hacia el lugar de partida.

Todo esto acontecía con tal celeridad, que pasmaba el verlos.

Si Laura hubiese visto estos interesantes saltos y ejercicios de equitación, se hubiese maravillado, pues en sus buenos tiempos ella y Mario, tuvieron un maestro que presumía ser de los mejores, y jamás llegaría a hacer lo que con tanta naturalidad y sencillez ejecutan los gauchos.

El sol declinaba ya cuando llegaron éstos al pueblo, si así puede llamarse a una infinidad de ranchos mal construídos y de mas feo aspecto aún, diseminados por doquiera, y separados unos cincuenta metros unos de otros, aunque sin guardar simetría.

Al llegar vieron a los dos jóvenes atados a dos postes bastante distante el uno del otro.

Los que los habían enlazado se les acercaron y los despojaron del morral que portaban, no así de sus carteras ni de los flamantes uniformes de exploradores que ambos vestían. Estos no los necesitaban, pues ellos visten una especie de uniformes que jamás cambian de forma.

Mientras hacían estos despojos entonaban a coro sus cantares, bailando seguidamente la "danza de la cueca", al son de gran número de bandolas.

Todas las mujeres vestían de la misma manera aunque en distintos colores, llevando puestos al cuello los insustituibles pañolones, que era costumbre habitual su uso, por todos los de aquella raza.

Llevan estas mujeres el cabello tejido en dos trenzas sueltas, como todas las indias, pero en vez de plumas coronan su frente con una cinta ancha que

termina en un gran lazo; llevando también sus brazos cubiertos por largas mangas.

Las jóvenes casi todas eran bellas, con todos los rasgos más salientes de las tres razas, y en particular había una que parecía la reina de la fiesta ,no solo por su belleza, sino por la maestría con que ejecutaba todas las danzas; según parecía inventada por ella, pues ninguna de las otras se permitía bailar, disputándose por el contrario la delantera para ver mejor.

Estas danzas participan tanto de las danzas de las odaliscas, como de los bailes españoles y de las típicas indias, toda en deliciosa confusión como si en su sangre se hubiese infiltrado el arte de terpsícore, de sus antiquísimos antecesores.

Los jóvenes, viéndola bailar con tanta maestría, estaban absortos y, casi se habían olvidado de la triste situación en que se encontraban, cuando en una de sus vueltas y revueltas, la joven los miró, ambos tuvieron una sonrisa para tan agraciada bailarina.

Esta sonrisa fué notada por varios de los gauchos admiradores de la joven, y quizás pretendientes, lo que ocasionó una irrupción entre ellos, los cuales, mientras unos los desataban, otros traían dos cueros de buey mojados; todo esto sin consulta prévia, y, tendiéndolos en tierra, los echaron sobre ellos, quedando en poco tiempo constituídos en fardos, en completa inmovilidad, con aquellas pieles ajustadas fuertemente a sus cuerpos.

En tanto que esto acontecía las mujeres se dedicaban a dulcificar con mimos aquellas fieras humanas, que por este medio depusieron su furor.

Este martirio es muy antiguo en los gauchos y aún lo practican como en sus primeros tiempos.

El furor de los hombres no se hubiese apaciguado si sus mujeres no hubiesen puesto en práctica las caricias, única manera de conseguirlo.

En la ocasión que nos ocupa lo que más había hecho enardecer a los celosos gauchos: era que el sol había desaparecido, pues esto suplicio les gusta imponerlo a la luz del sol, a fin de que éste, evaporando la humedad del cuero, lo seque cuanto antes, ajustándose así doblemente al cuerpo de la víctima. Cuando llega la noche, como lo dejan a la intemperie, el cuero cede con el rocío, haciéndose elástico, por lo que, a la mañana siguiente, dan nueva costura para ajustarlo más, y que los rayos solares continúen su misión de secar, avivando así el martirio de las víctimas que mueren de inanición.

El baile continuó hasta muy tarde en la noche en que cada uno se retiró a sus respectivas viviendas, sin preocuparse mas de la situación de sus prisioneros, a quienes juzgaban asegurados por siempre. ¡Tan seguros estaban de que por mucho que lo intentasen no podrían escaparse! ¡Tal era la situación de nuestros exploradores!

Cuando nuestros viajeros quedaron a solas reducidos a la impotencia en sus estrechas cárceles, Raflo, que jamás perdía su presencia de ánimo aun en los casos mas difíciles, dijo así a su compañero Raúl:

—¡No temas, amigo mío, saldremos bien de esta empresa!

—¡No sé que esperanza podemos tener en tal situación!—Contestó Laura con amargo acento.

—Amigo mío, ¿te olvidas del talismán?

—¿Qué talismán...?

—El de Jak...

—¡Es verdad!—dijo ella con alegría.—

—No lo vayas a poner en práctica ahora.

—¡Ay Raflo: lo dijiste tarde, ya casi estoy libre!

—Quizás no nos vengan a ver hasta mañana, mas procura volverte para que no vean que has incindido la piel.

—¡No hay temor; ya estoy!

—Ahora silencio, para ver si se olvidan de nosotros.

—Pero... ¿cuando huiremos?—Dijo Laura impaciente por salir de su estrechísimo, cuanto mal oliente envoltura.

—Cuando todos duerman...

—¡Oh, Raflo, eso es mucho esperar...

—Pero es necesario si queremos vencer.

—¡Pero si nadie nos ve ahora!

—Ten paciencia. Si notaran nuestra fuga nos seguirían y no tendríamos probabilidades de escape...

—Yo lo decía porque si se retiran tarde no nos quedará tiempo de llegar a la linea...

—Verás, junto a nosotros están las sogas con que nos ataron.

—Sí. ¿Y qué?

—Que yo sé también montar en pelo con un simple bozal y te...

—¡Ttambién yo sé!—Dijo Laura con presteza—.

—Tanto mejor, así no tengo que llevarte a las ancas.

—Cerca de nosotros hay caballos mansos.

—¡Sí, los estoy viendo...!

—Así, pues, cuando haya pasado media hora de haberse recogido, partiremos.

—¡Sí, comprendo, incindimos la envoltura y a escape! ¡Dios bendiga a Jak!

—¡Quisiera poderle contar nuestra aventura!

—¡Cállate por Dios! ¡Miran para acá!

—Si vienen, procura que te oigan quejar, pues son tan crueles que solo así estarán conformes.

—Ya han vuelto a despreocuparse de nosotros.

—No hablemos más, para ver si logramos que se nos olvide.

Los jóvenes callaron, entregándose cada uno a sus respectivos recuerdos.

Raflo como siempre contemplando las estrellas, que le traían a la mente la dulce y adorada imágen de la reina de su corazón. Recordaba aquel dulcísimo sueño, en el cual se había sentido acariciar por la tibia y alabastrina mano de Estrella, y tanto se ensimismó en sus pensamientos, que no le pareció tan largo el tiempo que transcurría, ni siquiera oía el fandango de los gauchos.

Una picada de un insecto en una mejilla lo volvió a la realidad, al querer rascarse, sin lograr mover las manos. Entonces pasó la mejilla por la tierra para mitigar el escozor, y aquel valiente mancebo sonrió; sonrió, al pensar que si su adorada lo viera en la aflictiva situación en que se encontraba; de la que a no ser por el genial Jak, perecerían sin remedio, dentro de la inmunda piel.

—¡Oh, gran Dios, tu siempre premias la bondad!

Si nosotros no hubiésemos accedio a ir con Juana a Santiago, no hubiésemos conocido al físico, y si hubiésemos denunciado a éste, no hubiésemos obtenido este maravilloso anillo, que es para nosotros un verdadero "Sésamo ábrete".

¡Oh, loado sea Dios, que me permite hacer bien! ¡Pobre de los seres que solo sienten goce practicando el mal!

Si alguien dijera que un simple anillo nos salvó, lo creerían paradójico.

Mientras tanto Laura decía: ¡Será posible, Padre Mío celestial, que Mario viva!

¿Será posible que me permita verme de nuevo en sus amantes brazos?

¡Qué dicha, lo ví cuando en aquel paraje no me podía mover! ¡Sí, lo ví junto a mí, pálido y amoroso! ¡Mas, no era en ese lugar donde estábamos! Pero... ¡yo estaba herida! ¿Qué importa? ¡Quiero verlo un instante aunque después muera! ¡Mario, mi dulce bien, cuanto daría yo por verte, o siquiera por saber que vives! Pero no puede ser. Es imágen del deseo. ¡Mas...también yo ansío que mi madre viva, lo anhelo de todo corazón, y no obstante, jamás he podido soñarla viva como a él! ¿Será posible que fuera solo herido? Pero si el único periódico que leí después de su muerte decía, que yo lo había muerto y desaparecido luego, dándome a la fuga con mi cómplice.

¡Oh, Gil, cuántas patrañas! ¡Cuántas infamias por viles pasiones.

¿Cómo puedo yo volver a New York? ¡Oh, solo viviendo Mario, lograría yo reivindicarme! ¡Oh, Mario, si vieras a tu amada, en la más humillante y lamentable situación!

¡Oh, que triste es morir en tan nauseabundo suplicio! ¡Pero no, Dios vela por mí y por este noble joven; que a Dios plugo hacernos compañeros de aventuras! ¡Y pensar que yo me ofendía cuando nos habló Jak, de este obsequio!

Todas las aventuras que hemos sufrido, aunque parece que no tienen conexión, están fuertemente relacionadas: ¡Si el jaguar no hubiese saltado a nuestra embarcación, nos hubiésemos desembarcado, y por tanto, el yat, no nos habría recogido, ni llegado a Bolivia con León, y Juana no hubiese sabido que existíamos y, por lo tanto Jak, no nos hubiese entregado estos maravillosos anillos a los cuales deberemos la libertad... ¡Oh, Dios, permítenos hacer bien sin preocuparnos a quien!

En estos soliloquios estaban nuestros jóvenes cuando vieron que se retiraban los últimos gauchos que habían prolongado el fandango.

—Raúl—dijo su amigo—¿te has dormido?

—No, amigo mío, estoy alerta. ¿Ya salimos...?

—No, aun debemos esperar un rato.

—Recuerda que han tomado mucho aguardiente...

—Sí, se que se dormirán enseguida, pero esperemos un rato aún.

—¡Ay, que cansada estoy!—Dijo la pobre Laura—.

—Puedes hacer más grande la incición a fin de que la sangre circule con más libertad.

—¿Y tú lo has hecho?

—No, amigo mío, yo permaneceré aún en la misma posición a fin de que si nos vienen a examinar mi envoltura esté intacta y no lleguen a la tuya.

—¡Pobre amigo, qué bueno eres!

Permanezcamos en silencio, para que no se acuerden de nosotros.

Unos minutos después, que a los jóvenes parecieron horas, el silencio era absoluto, todos reposaban sin preocuparse de poner centinelas. ¡Tan poseidos estaban de la infalibilidad de sus pieles! ¡Tantas veces habían perecido así infinidad de indios guaraníes, que perseguían encarnizadamente!

—¡Ah, pero ellos no tenían en cuenta la agudeza e ingenio de los hombres civilizados! ¡Ellos no podían imaginarse que existiera un físico americano, que inventara un simple anillo, que se podía ocultar hasta en la boca, capaz de rasgar fácilmente la piel de buey con que los habían cubierto!

Con un ligero movimiento apareció la cuchilla salvadora, y Raflo surgió de aquella piel, como tantos años antes, surgiera San Ramón del seno de su madre muerta, cuando éste, dos días después, fué incindido.

Raflo, lo primero que hizo fué, una serie de ejercicios que devolvieron la agilidad habitual a sus entumidos músculos. Laura había hecho otro tanto y ya se encontraron en condiciones de hacer su muy arriesgada, pero no menos necesaria fuga. Tenían de su parte la ventaja de saber montar admirablemente.

Los caballos se volvieron hacia ellos para mirarlos y Raflo dijo en voz queda:

—No les hables, salta lo más ligero que puedas y echa a correr.

—Sí, la punta de la cuchilla me servirá de espuela.

—Eso es. Acuéstate en su lomo y abraza su cuello, pero no le demuestres temor.

—Imitaré por lo bajo, la voz de carrera de ellos:

Cuando llegaron junto a los caballos, éstos se dejaron coger, sea porque fueren muy mansos, sea porque el olor de la piel de buey, de que sus trajes estaban impregnados, les era muy familiar, es el caso que no opusieron resistencia.

Tan pronto los jóvenes saltaron y oprimieron los hijares de los brutos, partieron en carrera desenfrenada en la dirección que los jinetes les obligaban a tomar.

—Raflo; no me atrevo a decir que dirección traíamos.—Objetó Laura—.

—Yo sí, sigue a mi lado.

—Con tan desenfrenada carrera llegaremos en poco tiempo.

—La quinta parte del que nosotros empleamos.

Amanecía ya, cuando nuestros viajeros divisaron el pañuelo que como bandera habían dejado de señal.

—Vamos a quitar esta marca—dijo Raflo—.

—No, lo que debemos hacer es, ponerla más visible de lejos, con el fin de que los gauchos crean que vendremos a este lugar y nos esperen aquí.

—Tienes razón Raúl. Entonces sigamos en dirección a la capital.

—¡Al contrario! Debemos seguir en sentido opuesto para alcanzar el tren más temprano.

—Discurres siempre bien Raúl.

—Cuando el peligro está conjurado...

—Aún no lo está, porque de un momento a otro aparecerán ellos.

—Emprendamos veloz carrera para aproximarnos lo más posible a San Luis.

Aquellos hermosos brutos obedecieron con la misma velocidad, con solo haber reposado cinco minutos. Y es que aquellos caballos acostumbrados a recorrer las pampas de sol a sol, son incansables.

Despues de tres horas de frenética carrera, paralela al camino de hierro, oyeron en lontananza voces como arreando ganado. Tan pronto los caballos las oyeron, partieron en aquella dirección, como los galgos cuando huelen la caza.

—¡¡Raúl, tírate!! Un segundo después, los caballos seguían su carrera sin ginetes.

Los jóvenes se aproximaron preguntándose mutuamente si se habían hecho daño, cosa que a ninguno había acontecido.

—¡Como devoran leguas estos brutos!—Dijo Laura—.

—Sí, hasta aquí nos obedecieron fielmente.

—Ahora, temo que nos busquen...

—Estos no son los que nos hicieron prisioneros.

—Lo cual no es óbice para para que si nos ven nos arrojen el lazo y luego nos cosan...

—Pues hay que tener ojos, porque éstos no usan de la cautela de los indios que se arrastran silenciosos.

—Sí, éstos atacan impetuosamente.

—Sigamos las paralelas, aunque sin aproximarnos mucho para no ser descubiertos.

No tuvieron que andar mucho, cuando divisaron el humo del tren que se les aproximaba.

—¡Pero, qué despacio viene!—dijo al cabo de un momento Raúl.

—Es que nuestra misma impaciencia nos hace creer que demora más de lo regular.

—Salgamos de la cuneta para que nos vean.

—Es mejor que sigamos por ella, así nos aproximamos más.

—Pero, ¿porqué sonarán tanto la campana?

—No acierto, pero mira, ahora viene con más velocidad.

—¡Ay, Dios mío, que no nos dejen!—murmuró Laura desconsoladamente—.

—No temas. Nos han visto y ya vienen moderando la marcha.

En efecto, unos segundos después subían al tren los jóvenes con gran satisfacción de ellos.

Solo entonces se dieron cuenta, que no ya su traje estaba en lamentable estado, sino que también traían sus cabezas descubiertas y el cabello enmarañado.

Los curiosos viajeros se aglomeraron alrededor de nuestros aventureros con el fin de conocer su odisea, en tanto que el conductor del tren les noticiaba, que hacía casi media hora traía el tren a marcha lenta para que oyesen la campana y poder recogerlos.

—¿Cómo sabía usted que teníamos que subir?

—Ayer, después de llegar el tren a Buenos Aires, empezaron a pasar telegramas a San Luis, avisando distintas personas, que dos exploradores subirían al tren hoy, en medio de la campiña.

—¡Ah, Dios bendiga esas almas!—dijo Raúl.

—Miren los telegramas,—y entregó unos a Raflo y otros a Raúl.

Entre los telegramas leyó Raúl: "Un matrimonio americano".

Por lo visto alguien había adivinado su sexo. Estrujó los papeles y los arrojó.

Los jóvenes fueron acosados a preguntas y tuvieron que contar su triste aventura, entre las aclamaciones de compasión por parte de las mujeres, y de indignación por la de los hombres.

—¡¡Cobardes...!!—dijo uno—refiriéndose a los gauchos, que tan valientes son.

—Pues nadie en la guerra lo diría—añadió otro.

—No, en la guerra son valientes, por el gusto de matar y matar...

—¿Pero ellos no tienen autoridades?

—No; allí cada uno es policía, juez, etc. etc.

—¡Que gentes tan salvajes!

—En efecto, son salvajes.

—Parece mentira que en el mismo corazón de un país tan civilizado, haya tantos salvajes.

—¡Oh, no se extrañe de eso en el nuevo mundo, cuando en el antiguo continente hay salvajes todavía!

—Sí, pero no en Europa.

—Puedo citarle un ejemplo:—dijo Raflo—. Hace unos ocho años que visité a Francia, y quise recorrer sus campos, por observar los erizos, esos útiles animalitos que duermen todo el invierno, pero que mientras están despiertos tanto bien hacen destruyendo las venenosas vívoras.

—¿Es verdad que nadie los puede atacar?

—En efecto. Cuando quieren defenderse se hacen una bola de espinas que miden tres centímetros.

—¡Ah, cómo saben!

—Dios le ha dado defensa a todos los seres.

—Sí, menos a nosotros.—Dijo uno—.

—Pero en cambio nos ha dado el más precioso don: la inteligencia, con la cual nos defendemos de los múltiples peligros.

—Ahora que me fijo ¿cómo pudieron ustedes salir de los cueros en que fueron apresados?

Raflo no quería descubrir el secreto del anillo, por lo que deteniendo a Raúl con la mirada, apeló a un subterfugio.

—Raúl traía un cortaplumas con el cual abrió el cuero que lo retenía en su interior, y luego me libertó .

Laura admiró la delicadeza de aquel hombre.

Raflo continuó:

—Nos hemos alejado del asunto.

—Es verdad, continúe.

—Un amigo y yo nos internamos en Francia, lejos de toda ciudad, de toda villa, y... nos extraviamos, sin lograr orientarnos.

Caminamos muchos días al cabo de los cuáles, llegamos a una aldea cuyas casas y habitantes, eran distintos de los que conocíamos.

—¿Cómo eran...?

—Sus fisonomías y cuerpos no diferian gran cosa, pero sí sus cuellos. Estos eran sumamente largos, formando una gran prominencia en la gar-

ganta, la nuez de Adán, exageradamente desarrollada, dando lugar a una horrible tumefacción.

Estos seres nos miraron asombrados, y como nosotros notáramos que sacaban la lengua, nos reimos, y al ver que mostrábamos los dientes, nos creyeron antropófagos que intentábamos devorarlos.

—Pero, ¿porqué sacaban la lengua?

—Es la forma que tienen de saludar.

—¡Qué extraño!

—Eso piensan ellos de nosotros al vernos mostrar los dientes.

—Ja, ja, continúe.

—Pues bien, esas gentes, mientras más categoría tiene a quien saludan, más larga le sacan la lengua.

—¡Qué saludo tan simpático!

—Como les decía,—continuó Raflo—esos seres ignoran que existen telégrafos, teléfonos, automóviles, vapores y aún trenes.

—¡Pues si eso pasa en Francia!...

—Nada tiene que nosotros tengamos indios y gauchos—terminó otro—.

Hacía un buen rato que el tren recorría la gran llanura, cuando el maquinista divisó la señal que habían dejado los jóvenes y considerando que los gauchos estarían por allí, llevó el tren a toda velocidad.

Hizo bien porque éstos dispararon repetidas veces sus armas.

—Han adivinado que ustedes van aquí.—Dijo un chileno—.

—No lo creo, ellos disparan por el gusto de matar a alguien.

—Seguramente que los gauchos, suponiendo que nosotros atraídos por la señal, llegaríamos allí, nos estaban esperando con el fin de hacernos sus prisioneros nuevamente.

—¡Pues que nos esperen!—murmuró Raúl—.

Los jóvenes se durmieron, rendidos por tanta fatiga, mientras los demás viajeros seguían comentando tan triste aventura.

Después de dormir muchísimas horas arrullados por el ruído uniforme del tren a la misma velocidad, llegaron los viajeros a la gran capital de Argentina, la modernista ciudad de Buenos Aires.

—En verdad que son buenos estos aires—dijo Raúl.

—Sí, por eso tantos miles de extranjeros los han elegido para respirarlos. —contestó su amigo—

Esta hermosa ciudad de tantos ensueños, tiene: (en lo que pudiéramos llamar ciudad nueva) suntuosos edificios de bella arquitectura y hermosos monumentos. Los capitalistas han hecho derroche en la construcción de sus bellísimas mansiones. Buenos Aires tiene amplias y magníficas avenidas, como la bella e histórica Avenida de Mayo, en cuyo fin está el elegante edificio del Capitolio; la Avenida de Alvear y el no menos bello paseo de Colón. ¡Aquel gran Colón, el único hombre en el mundo que ha obtenido más estatuas!

La profusión de luces de regias mansiones y bellas avenidas, es lo que le ha dado el sobrenombre de "París de América". A la mejor ciudad latina.

Pero no solo la ciudad es grande, sino su comercio, su exportación, sus fábricas, sus almacenes de trigo, de lana, de heno, de carnes heladas, de tanino, etc. etc., mas no quiero engolfarme en la descripción de tan bella ciudad, y volvamos a nuestros jóvenes.

Cuando bajaron del tren tomaron precipitadamente por entre la muchedumbre, con el fin de reponer cuanto antes sus deteriorados trajes, que en tan pésimas condiciones se encontraban, no queriendo presentarse en ningún hotel en condiciones tan desairadas para ellos.

Ya iban casi a salir de la estación, cuando Raflo se sintió estrechado entre afectuosos brazos.

—¡Eh, querido Raflo, al fin llegas!

Raflo reconoció a su antiguo amigo, y correspondió a su afecto.

—En casa te esperamos desde hace largas horas; allí tienen habitaciones preparadas...pero vengan ustedes, que hay muchos que desean conocerlos.

—¡No, ahora nó, mira que trajes traemos!—Le contestó Raflo.—

—Esta pequeña dificultad quedará pronto vencida.—Contestó su amigo.—Y al efecto los llevó a una casa de modas cercana, donde con gran facilidad pudieron sustituir sus deshechas indumentarias por otras flamantes.

Después los llevó a su casa en el barrio de Flores, que igual que Belgrano, es uno de los barrios aristocráticos de Buenos Aires, en los cuales sus felices moradores, no solo disfrutan de la belleza y confort de la ciudad; si que también de las delicias del campo.

Una vez instalados confortablemente en la regia mansión de su amigo, y de haber descansado lo suficiente para reponer sus gastadas energías; éste les habló así:

—Pero amigos míos, ¿porque van ustedes a esas salvajes regiones donde solo penalidades y desdichas pueden encontrar?

—Tengo tanta pasión por la zoología y mi compañero por la botánica, que esas excursiones lejos de ofrecernos las desdichas de que hablas, nos proporcionan uno y otro día, la sensación del hallazgo de un nuevo ejemplar de los que afanosos buscamos, a la par que con ellas disipamos el espleen que en las poblaciones nos invade.— Contestó Raflo—.

—El espleen, amigos míos, se les cura aquí; en cuanto a la zoología y botánica, pueden darse gusto viendo raros y valiosos ejemplares, así como bellísimas variedades en nuestros jardines; de los cuales con razón, podemos sentirnos orgullosos por su importancia, los que tenemos la dicha de habitar en esta bendita tierra.

—Veo amigo Flour, que hablas de este país como si fueses nativo.— Dijo Raflo—.

—No soy nativo; pero amo esta tierra como si en ella hubiese nacido. De aquí son mi mujer y mis hijos, y aquí, fué también, donde la diosa Fortuna batiendo sus alas sobre mí, me ha enriquecido. Por eso esta es mi patria.

—Y bien amigo Raflo, ¿cuándo elegirás la tuya?. ¿Cuándo escogerás compañera y abandonas esa vida tan azarosa que te has impuesto?

—¡Ah, amigo Fleur, bien quisiera...! mas, no me hables de eso.

—Respeto tu opinión y te obedezco. Y ya que son ustedes mis obligados huéspedes, tengan la bondad de seguirme y visitaran nuestro paraíso.

Pocos momentos después ocupaban un lujoso auto, que tomando por la bella Avenida Alvear, los llevó a Palermo, que es quizás, el parque mas lindo de Suramérica.

—¡Qué belleza y qué aire tan delicioso!—dijo Raúl.—

—Es mi paseo favorito.—Contestó Flour—

Visitaron el jardín botánico, rico en ejemplares, así como el zoológico, los cuales gozan de merecida fama.

Raflo lleno de entusiasmo se dió gusto recorriéndolo todo, en tanto Laura, viendo tal profusión de máquinas llevando elegantes mujeres, se sintió cohibida y ridiculizada dentro de su traje varonil; y, sentándose en el banco más solitario, se quedó pensativa.

Solo cuando llegó la hora crepuscular en que Raflo y su amigo decidieron regresar, volvió en sí de su ensimismamiento al aproximarse éstos, los cuales pudieron percibir un ¡ay! escapado de su pecho impensadamente.

—¿Qué te ha pasado?—dijo su amigo—.

—Una punzada en un pie!—Contestó, tratando de disimular su turbación—.

Los amigos soltaron la risa, y Raúl siguió preocupado. ¿Qué había visto? ¿Qué cosa pudiera causarle esa sorpresa y dolor?

Laura se decía: ¡No puede ser! ¡Es que su imágen la llevo en mi retina!

¡Sí, creí ver a Mario en aquella máquina! ¡A Mario, delgado y demacrado!

Aquella noche, apenas comió; las señoritas de la casa vestían suntuosos trajes, que incitaban en ella el deseo de volver a vestirles. ¿Cuándo se resolvería ella a dejar aquella vida masculina que llevaba?

Después de todo se decía:—cuando más tranquila estoy, es cuando más trabajos paso. Ya la vida capitalina no me seduce, pues solo tristes recuerdos me trae.

Raflo notó que su joven amigo estaba apesadumbrado, y que la alegría de que siempre hizo gala, desaparecía de día en día; lo notaba cohibido delante de las muchachas, y temió que se hubiese enamorado de alguna, así es que le dijo:

—Nuestros pasajes están listos, si quieres podemos partir mañana mismo.

—¡Sí, partamos cuanto antes!—le contestó—.

Esto lo dijo en un tono tal, que a Raflo le pareció suplicante, y accedió a su petición.

En realidad, Laura, o sea Raúl, no quería volver a ver aquel hombre que le parecía el espectro de Mario.

¿Para qué avivar su dolor?

UNA NENA EN ALTA MAR

A las dos de la tarde de un hermoso día, estaban a bordo de un gran trasatlántico, después de haber hecho provisión de muchas cosas que querían llevar a Australia y Africa, cosas tales, que si bien, Laura quería llevarlas para su entretenimiento, llegarían a servir tal vez, pra salvarles la vida.

Ya a bordo los jóvenes, se dieron cuenta de la belleza y adelanto del puerto de Buenos Aires, que después del de New York, es el más grande y adelantado de los continentes americanos.

Grandes vapores se veían cargados de las exportaciones del país, pero lo que mas llamó la atención de Laura, fueron los gigantes troncos de quebracho, el meritísimo árbol del cual se extrae el tanino, y que tanto abunda en la Argentina.

Ya próximo a partir el vapor, Raúl, o sea Laura, se fijó que subían dos bellas mujeres de nacionalidad española, una de las cuales llevaba asida del brazo a la que parecía más joven, la cual decía:

—¡No, no me voy, ya verás que me bajo!

—¡No escandalices, que no te vas a bajar!—contestaba la otra—.

—¡No, yo no me quiero ir; yo me quedo!

—¡Mujer, no me hagas perder la paciencia!

—¡Enrique! llamó la más joven—.

—¡No lo llames, que no lo quiero ver aquí!

—¡Enrique, mírame...!—Al decir así agitaba sonriente un pañuelito. El así nombrado era un joven de unos veinte años, alto y muy pálido, que traía en su diestra un hermoso ramo de flores.

Subió algunos escalones y extendió la mano hacia su bella paisana y con la otra le entregó las flores.

—¡Me quedo contigo Enrique!

—¡Ay, no puede ser! Soy menor y mamá no lo permite. ¡Te iré a buscar dentro de seis meses, amor mío! ¡No viviré en paz hasta que seas mi esposa! —decía acongojado—.

El vapor tocó salida y todos bajaron precipitados menos Enrique que hablaba con su amada.

—¡Me quedo Enrique, yo buscaré donde...!

—¡Ay Nena!—contestó Enrique casi llorando.

La hermana mayor Eva, la bella viuda le dijo:

—¡Suelta esa mano, tonta!

—¡No, yo no me voy...!

Señora,—intervino Raúl emocionado—ninguna ley obliga a cruzar los mares sin voluntad propia, ni aún para seguir al esposo. ¡Deje usted esta muchacha con su prometido!

—¡Sí, prometido...! ¡Que se case con uno de los que dejó en España, hace seis meses.

Estas palabras tuvieron el poder de alejar a Raúl y hacer bajar tambaleándose a Enrique.

—¡Pobre muchacho!—dijo Raúl—tan enamorado que está!

El vapor arrancó y todos se despedían de los que estaban en el muelle, mientras que Raúl de pie, sin agitar el pañuelo, permanecía mirando hacia la ciudad como si algo le atrajese en ella.

Un rato después venía Nena a hacerle compañía; ya se había cambiado de traje y lucía lindísima.

Su rostro no reflejaba huellas del llanto a que la creía él entregada. Por el contrario, venía sonriente.

Este hizo que se desvaneciera la simpatía que antes le había inspirado a Raúl, que la creía desgraciada.

—Parece que usted deja algo muy querido en Buenos Aires.—Le dijo ella.

—Se equivoca usted.—Contestó éste—.

—Lo digo porque no quiere usted separar sus ojos de lo que ya para nosotros es solo brumosa costa.

Raúl quiso darle una prueba de fidelidad y constancia, que por lo que veía contrastaba con ella, y contestó:

—Le repito que no dejo nada, solo miro así, por que en esa ciudad, ví una persona con gran parecido a un ser que amé.

—¡Ah, que amó, pero ya no...!

—Aún amo su recuerdo, porque su cuerpo desapareció hace tiempo de este planeta.

—¡Caramba; que firme es su amor...!—dijo Nena en tono burlón—.

Esto desde luego, desagradó a Laura, y no pasó inadvertido para ella, por lo que desde ese instante, se propuso atraerse al joven, y si posible le era, lograr que, la que él creía un hombre, se enamorase de su bella y vana persona.

Laura o sea Raúl, se alejó de Nena con desagrado y entonces la bella coqueta se dijo:

—¡No te apures! Te seguiré como tu sombra y ya tendrás que rendirte a mis sugestiones y encantos! ¡Qué necio, amar recuerdos de muerta cuando habemos tantas vivas a quien adorar! ¡Ya verás explorador gomoso, como vas a renunciar a tus fatuas exploraciones, para seguir tras de mí! ¡En la lucha entablada veremos quien vence...! ¡Yo venceré, yo, porque tu no eres fuego capaz de quemarme; saldré ilesa de la prueba !¡Vas a constituir mi diversión en la travesía!

Por los pensamientos de esta mujer se podrá apreciar que clase de coqueta era, y que clase de aventura le estaba reservada a la pobre Laura, por querer intervenir en el embarque, de la que juzgó afligida, al tener que separarse de su novio.

Laura habíase dirigido a su camarote, donde usando un pequeño reverbero, entreteníase en preparar una mezcla de jabón de marsella en polvo, un cuarto de litro de agua y un vasito de glicerina, en baño de maría, cuando a la zasón apareció Raflo diciéndole:

—¿Eh, amigo? ¿Qué clase de infusión preparas?

—Una sorpresa para divertir a los salvajes de Africa.

—¡Ah, me alegro! Yo también les prepararé alguna.

—Creo que es de la mejor manera que estaremos entre ellos.

—Eso opino también, mientras no sean antropófagos.

—¿Qué te parecen las españolas de la discordia?

—¡Un par de estúpidas! Contestó Raflo.

—¿Y la más joven...?

—Una coqueta...

—Y una pedante intolerable.—Añadió Raúl—.

—Las dos son bellas...—Dijo Raflo sonriendo, dejando solo a Raúl.

Cuando Raúl hubo terminado su fórmula, la depositó en un frasco y salió del camarote.

La primera que encontró a su paso, fué a Nena que le dijo:

—Lo he buscado por todas partes...

—¿De veras? ¿Qué desea?

—¡Hombre, qué pregunta...!

—¿Es extraña mi pregunta...?

—¡Naturalmente que lo es!

—Pues, señorita, no puedo acertar el motivo si usted no me lo comunica.—Dijo Laura con el deseo de amoscarla—.

—¡Ah!, ¿sí? y continuó. ¡Hombre, pues solo a usted se le ocurriría tal pregunta!

—¿Porqué?—Dijo Laura haciéndose tonta—.

—Porque es preciso ser muy torpe para no saber...

—Pues... no acierto. Soy muy torpe.

—Es verdad Juan...

—Aunque le parezca que soy Juan, ese no es mi nombre...

—¿Ah, no? yo oí llamar a un Juan y me creí que era usted!

—Pues, aunque así le pareciera, ese, no es mi nombre—repitióle.

—Pero, hijo, dime el tuyo...

—¡Qué joven se conserva usted mamá—Contestó con desdén Laura.—

—¡Ah, te desagrada que te trate de hijo...pero si aún no has dicho tu nombre!

—Mi nombre es Raúl.

—¡Ah, sí! Así se llamaba un novio mío y un gato. ¡Es tan lindo ese nombre!

—No me asienta mucho...Dijo Laura.

—Ese es el nombre que más le gusta a las gatas.

—¿A quién?

—A las gatas, que llaman siempre: raúl, raúl!

—Entonces en el gusto, es usted como las gatas...

—Creo que me parezco en algo más—Añadió riendo—.

—También yo lo creo...

—¿Ah, sí?—dijo Nena con su estribillo—vamos, dime, en que piensas que me parezco...¡di!

—¡En las uñas!.—Contestó Laura resuelta—.

—¡Ay, hijo; qué tonto eres...!

—Salgo a la mamá...

—Ya te quitaré yo esas simplezas.

—¡No me castigue...!—Dijo Laura burlona.

—¡Ah, qué bobo de capirote!—Dijo la bella española dándole la espalda.

—¡Gracias, señorita!—Dijo Laura vencedora—.

Como el lector verá, Laura se propuso pasar por un mozalbete "bobo", con el fin de que ella se aburriera en su compañía, y no lo solicitase más.

Nena, por el contrario, se alejó de él malhumorada diciendo: ¡Habrá mozo más mentecato! ¡Ese si que parece una señorita! ¡Pero le aseguro que saldrá mas avispado...! ¡Como que le coge buena maestra...!

Raúl pasaba mucho tiempo en su camarote, preparando distintos objetos de ciencia recreativa, y Nena lo esperaba invariable junto a su puerta, como la gata al ratón.

Al salir le decía:

—¿Pero en que te pasas tanto tiempo encerrado?

—Durmiendo.—Contestó Laura—.

—Dormir tanto es propio de bobos.—Dijo Nena.

—¿Será, por eso que soy tan...?

—Bobo, sí, por eso.—Terminó Nena con desenfado y riendo.

—¡Qué lástima, a mí que tanto me gusta dormir!

—¡Pues quédate con Nena, que te aseguro que te quita la bobería...!

—¿Qué Nena?

—¡Tonto, yo...!—Contestó con mohín de coquetería—.

—¿Ah, sí?—dijo Laura remedándola—.

—Pero muchacho, dime otra cosa...

—¿Qué cosa?

—¡Ave María, jamás creí que hubiese hombre así!

—¿Cómo?—Insistió Laura casi sin poder contener la risa.

—Así como tú...

—¿Y cómo soy yo...?

—Un...hombre que no lo parece.

—¿Con que no parezco hombre...?

—Es decir...quiero decir...—dijo Nena turbada—

—¿Quiere decir, que yo no le parezco hombre?

—No, no es eso—dijo Nena—, es su modo de hablar.

—Cada uno tiene su modo de ser.

—Ya lo sé, y sus arrestos también.

—En mí no los hay, ¿verdad? ¡Cómo no me atrevo a decir...!

—¡Pero dí, no te de pena. Anda, dime...!

—Qué usted es hermosa.—Dijo Laura—comprendiendo que más valía que ella no fuera a descubrir su verdadero sexo.

—¿Ah sí? ¡Ya te vas atreviendo chico!—dijo la Nena—Así me gustan los hombres.

—¿Y...yo...le gusto?—preguntó Laura—.

—No, tu por ahora no me gustas, quizás luego...

—¿Y porqué ahora nó...?

—Porque necesitas cambiar...y decírmelo tu antes...

—¡Ah, sí—repitió Laura por hacerle burla, y se retiró de nuevo a su camarote, para continuar sus preparativos de ciencia recreativa.

Raflo sonreía al ver a Raúl hacerle el amor a la bella española, y pensaba que el joven no estaba tan enamorada de Lilia, la hija del minero, como creyó al principio.

¡Es tan joven, que sus pasiones son efímeras! ¡Mas, la mía... morirá conmigo! ¡Jamás podré apartar de mi alma, el amor que la celeste visión me inspiró! ¡Me es tan grato pensar en ella...! ¡Seguramente, siento más dicha con su recuerdo, que Raúl con las novias que encuentra al paso...!

Así discurría Raflo, mientras se dirigía a su camarote, donde Raúl estaba entregado a sus meditaciones, mientras en la llama de alcohol, se dedicaba a darle forma a pequeños tubos de cristal.

—¿Qué haces Raúl...?

—Complemento los artículos que necesito para los trabajos de ayer...

—¡Ah!, yo también llevo varias cosillas; ahora voy a hacer algunos dibujos para el espejo cilíndrico.

—Yo también voy a hacerte uno.

Los jóvenes se entregaban con entusiasmo a sus tareas, en tanto varios pasajeros, los buscaban con disimulo, tratando de participar de su ameno trato.

Mientras que los exploradores se dedicaban a las tareas ya conocidas, Nena y su hermana, sostenían una gran discusión por causa de Raúl.

—¡Ya tienes otro novio!—decía la viuda irritada—.

—No seas tonta... ¿no ves que es un chiquillo?

—Sí, que te hace el amor...

—¿Ah sí? Eso crees tú... él no es capaz...

—En ese caso se lo harás tú...

—¡No seas boba! ¿Crees que voy a amar a un insípido?...uno que ni hombre parece?

—¿Pues porqué lo buscas tanto?

—Porque creí que hablando con él no tendrías nada que reprocharme... por ser inofensivo...

—¡Pues si todos creen que sois novios!

—Deja que lo crean, así ninguno me hará la rosca.

—Está bien.—Dijo la viuda y dió la espalda satisfecha—.

Cuando Nena vió alejar a su hermana dijo así:

—¡Ah, que tonta eres...! ¡Lo elijo a él, porque es el único hombre que me ha mirado indiferente y quiero rendirlo a mis encantos...! ¡Mentecato!

Los días transcurrían uno tras otro, y Raúl pasaba largas horas en su camarote, lo cual llenaba de desesperación a Nena, que no podía comprender como prefiriera estar encerrado, en vez de en su compañía.

—¡Raúl, Raúl, Raúl...!—dijo Nena tocando a la puerta—.

—¿Ah, es usted Nena?. Me parecía que era una gata maullando.

Raúl le dijo estas palabras con cierto desagrado por haberlo interrumpido en sus ocupaciones.

Nena algo herida por las palabras de Raúl, y no pudiendo disimular su mal reprimido agravio, le habló en esta forma:

—¿Ah sí? ¿le parezco gata?... ¡Qué casualidad, usted me parece un gato... manso! ¿Ha oído?

La respuesta hizo gracia a Raúl, que rió como Nena no hubiese creído nunca, que él sabía reir.

Esto bastó para disipar el enojo que le causaran, no ya las palabras de Raúl, sino el tono en que fueron dichas por éste.

—¡Sabe que usted tiene siempre la respuesta en la punta de la lengua!

—¡Claro está! Como que de boba no tengo un pelo. Pero...yo quise decir...un gato hermoso...

—Dejemos el símil sin discutirlo, y dígame ¿qué desea?

—Deseo...deseo que no me hagas mas la pregunta esa, tan... mentecata.

—¡Pero señorita...si no sé lo que desea...!

—¡Ah, qué gato...!—dijo a media voz—y continuó: Deseo que usted se determine, que me diga algo...

—¿Algo de qué?—Dijo Raúl haciéndose el tonto—.

—¡Hombre...qué bobo...algo halagador !¿Usted no puede hablar de amor?

—¡Oh, sí, amo a un ser con toda mi alma...!

—A un espíritu ¿no?

—A un ser espiritual...

—No me hable de ese amor...háble me de otro que se mueva...

—¡Amo al vasto mar, con sus profundidades y bellezas que encierra! ¡Amo las olas; amo nuestro satélite, cuyo suave resplandor, nos lleva a veces al extasis, si la contemplamos oyendo melodiosa música! ¡Amo las florecillas del prado, blancas y perfumadas, que parecen almas, libres de toda mancha! ¡Amo las nubes en sus múltiples y caprichosas formas; amo los soles y estrellas que nos encantan con su brillo; amo las piedras preciosas, las aves de vistosos plumajes y...

—¡Uaaa!—bostezó de esprofeso Nena— ¿Y las serpientes no las ama usted?—añadió riendo—

—¡Oh, las serpientes me repugnan, como todas las naturalezas rastreras; no obstante, cuando he visto el halcón, descender y apresar con su potente pico, uno de estos desgraciados seres, nacidos para el mal, me ha causado extremecimiento, verlas arrojar de inmensa altura y estrellarse.

—Pues no son tan malas cuando no muerden a esos fieros halcones...

—Sí, siempre que les es posible, infiltran su terrible veneno, en esa noble ave...

—¿Ah, sí? ¡Pues entonces salen crucificados...!

—No, no salen sino mordidos, y tan pronto lo sienten, sueltan el inmundo ser y se lanzan en dirección de un bello arbusto de flores color violeta, en el cual esas aves saben que encuentran el antídoto que neutraliza el mortal veneno que le ha sido inoculado

—¡Ah... ¿pero eso es verdad? ¿Y como se llama esa flor?

—La han llamado guaco porque es el grito de esta ave, que al ir en busca del arbusto siempre lo repite.

—No puedo por menos que decirle, que si tantos amores repartidos, los dedicara a una sola mujer...sería la más amada de la tierra.—Dijo Nena tratándolo de usted, cosa que ni ella se explicó, pues desde el principio lo hizo de tu.

—Pues le aseguro, que aún no ha nacido la otra mujer que me inspire ese amor.—Dijo Laura con énfasis.

—¡Ah, sí! Pues me alegro saberlo...con estas palabras le dió la espalda alejándose de él, yendo a coquetear con un hombre que la seguía con la vista por doquier.

Nena se había convencido que Laura, o sea Raúl, le decía claramente que ella no sería amada por él, y esto le hizo sentir rencor; y desde entonces se dispuso a ridiculizarlo ante todos.

En primer lugar quiso sorprenderlo en su camarote para ver en que pasaba tanto rato encerrado.

Cierto día en que Laura se había dedicado a cortar figuritas en papel de seda que representaban caballeros, matronas y bailarinas; apareció el rostro de la coqueta por la ventanilla, y lo observó un momento.

Al instante se apartó y corrió a decirlo a todo el que encontró.

—¿No saben que el bobo se entretenía en jugar con muñequitas de papel?

—¿Pero qué bobo es ese?

—El mentecato de Raúl.

—Pero... ¿es que usted cree a Raúl bobo?

—Creo lo que es, y nadie tiene más derecho que yo a saberlo.

—Así será, pero nosotros no podemos tener por tonto a ese chico.

—Pues vengan a verlo... Se asoman cautelosamente por el ventanillo.

—¡No, eso es una indiscreción!—objetó uno—.

En esto, la rencorosa Nena ve venir a Raflo y dirigiéndose a él le dice:

—¿Sabe en lo que he copado a su amigo?

—¿En qué?

—Pues el muy bobo estaba haciendo muñequitos de papel.

—Algo interesante prepara.

—¿Y usted llama interesante a eso?

—¿Pero usted ha reñido con Raúl?

—Yo nunca he podido ser amiga de él...

—¿Qué dice...? ¡Creí que eran novios!

—¡Novios! ¡Si él solo ama espíritus, nubes y no sé cuantas mentecatadas como él.

—¡Ja, ja; qué despechada!—Rió Raflo.

Raflo, que entraba al camarote cuando Raúl iba a salir le dijo:

—¡Oye Raúl, tu amada te ha llamado bobo delante de todos.

—¿Mi amada dices? ¿Crees acaso que pueda yo amar una mujer como esa?

—Claro que no. Pero ella está despechada, y dice que te copó jugando con muñequitos de papel.

—Ja, ja; hace un instante estaba haciendo figuritas para hacerlas bailar por la electricidad ante los salvajes.

Los jóvenes interrumpieron su charla para ver un extraño mamífero que habían pescado al arpón.

—Es una foca.—Dijo Raflo.

—Yo creía que estos ejemplares, únicamente se encontraban en el Polo Norte.—Dijo uno—.

—Son menos frecuentes en los mares del sur que el otario, que abunda más, y es un ejemplar cuyo cuerpo y cuello, se parece más al de los cuadrúpedos.

Estos anfibios, de dulce mirar, son tenazmente perseguidos por su piel y grasa. En las islas Pribalov, se pueden encontrar muchos miles de focas en los meses de julio y agosto, en los cuales van a orillas de esas islas, a tener y criar sus hijuelos, a los que dan de mamar cada tres días, por ser el tiempo que necesitan para digerir la gran cantidad de leche que extraen.

—¡Qué fea es la piel de esta foca!—Dijo una señora—.

—Eso digo yo, que no se parece en nada a la piel de mi abrigo, que es de foca... según dicen.—Arguyó otra.

—Y lo será señora; pero ésta no es la foca de piel de abrigo.—dijo Raflo —. Las que se usan para tales prendas, son bronceadas por el dorso y blancas por el vientre. Los machos tienen el color negruzco con una raya roja de ocre en el medio y el pelo es áspero.

—¡Así si es mi abrigo! ¿Es verdad que las cazan unos brujos?

—No crea tal. Lo que pasa es que, los hombres que se dedican a esta caza, se visten con la piel de ellas, y armados de fuertes palos, llegan a la orilla e imitan su sonido las cuales al percibirlo, inocentemente salen a tierra, en donde son muertas con facilidad.

—A mí la piel que mas me gusta es la de castor.

—Esa es una piel exquisita—dijo Raúl—pero ellos van desapareciendo, lo que es una verdadera lástima.

—¿Usted los conoce?

—Sí; y he tenido la fortuna de ver con mis propios ojos, lo que parece increíble: Los he visto cortando un árbol para interceptar la corriente de un riachuelo.

—Ja, ja, ja—rió Nena—¿con qué lo cortaban Raúl?

—Con los dientes—dijo éste con firmeza—. Llegamos a un río y poco después notamos, que varios hermosos castores, roían un corpulento árbol,

el cual, ya casi estaba al caer; un rato después se apartaron y empezaron muy juiciosos a mirar su obra. No pasó mucho tiempo sin que soplara fuerte brisa, y el árbol cayó en la dirección que ellos habían querido.

—¿Qué dice?—fué la exclamación de los que ignoraban tal cosa.

—El árbol cruzó el riachuelo como ellos deseaban, y minutos después veíase otro grupo empezar a roer de nuevo, mientras los que así habían trabajado, se dedicaban a reunir materiales que otro grupo mezclaba con las paticas delanteras y desmenuzaban con su corta y fuerte cola, que es como una paleta de albañil, y que los castores usan con singular maestría en esos trabajos.

Yo tomé fotografías de ellos, y no permití que mi compañero matase ninguno.

—¡Que sentimental!—dijo Nena con marcada ironía—

—Como que no se trataba de serpientes.—Dijo Raúl con reposado tono—.

Nena se apartó del grupo, que aún contemplaba el pinípedo, y Raúl continuó:

—En nuestra exploración pudimos admirar sus casas, construídas de dos pisos, por éstos curiosos y bellos roedores.

—¿De dónde son los castores?—Preguntó uno—.

—De los Estados Unidos y del Canadá.

—Me gustan mucho esos roedores.—Dijo Raflo—.

—A mí, de todos los animales, los que más me gustan son los peces—dijo la viuda—pero en particular la trucha. Me gustan tanto. que mi difunto marido me decía: Eva Trucha.

—Logró usted un apellido como Lucio Morena, el que a fuer de gustarle las morenas, empezaron sus sirvientes por nombrarlo así, y luego todos los demás.

—Yo comería pescado en las cuatro comidas y de muchas clases; quisiera que en todas partes hubiera...Dijo Eva.

—Quiere usted parecerse en eso a aquellos excéntricos y antiguos emperadores romanos, de los que se sabe hiciéronse fabricar viveros en tierra adentro; y Lúculo, horadando una montaña cerca de Nápoles, logró traer el agua del mar a sus grandes viveros, en cuya obra tantos obreros perdieron la vida... ¡Mas... qué le importaba eso! Se cuenta de Craso, que éste logró tener ánguilas tan domesticadas, que las cogía con sus manos,

y que habiendo perdido una de éstas, demostró más aflixión, que cuando murieron sus tres hijos...

—Yo hubiera querido encontrarme en una comida que dió uno de esos, en que pusieron dos millones de pescados—Dijo Eva.

—¡Ay!—dijo Raúl—¡No tanto!. Ese banquete fué al emperador Otón y se dice, que pusieron dos mil platos de pescado de variadas clases.

Aun dos mil es una exageración, "más digno de censura que de aplausos. Por fortuna, esa fiebre de excentricidades no existe hoy."

Nena apareció de nuevo, y, mirando a Raúl de manera significativa dijo:

—A mí lo que más me gustan son las anguilas, porque dicen que tienen electricidad.

—¿Ah sí?—dijo Raúl, que siempre que podía la remedaba.

—Pues a mí de las anguilas no me gusta ni el modo de amansarlas para pescarlas. Añadió Raúl

—¿Cómo se pescan?—preguntó Nena—.

—Le diré: Los indios echan caballos (sobre todo salvajes) en el lugar de la pesca y los rodean a fin de que los pobres brutos no puedan salir del agua. Los gimnotos (anguilas eléctricas) los persiguen con furor descargándoles la corriente de sus cuerpos a fuerza de fuetazos, y los pobres caballos son así martirizados hasta que las anguilas notan que han perdido el poder de su electricidad, y entonces asustados huyen hacia la orilla, donde con facilidad son apresadas.

—¿Será verdad que hay animales sin ojos?

—Sí, como también los hay acéfalos, y lo que les parecerá más raro, hay un pez plano que tiene los ojos en un solo lado de la cabeza; es el Rodaballo.

—Raúl—dijo Nena—¿cómo es que usted que tanto ha viajado, que tanto ha visto es...así.

—¿Cómo así?

—Sí, hombre, así como es usted...

—Y bien, ¿cómo soy yo?

—Todos esperaban llenos de curiosidad oir de boca de la inculta muchacha un cúmulo de torpes palabras, pero ésta comprendiendo el mal papel que estaba haciendo, se concretó a lanzar una mirada feroz a Laura, quien en vez de enojarse por ello, pensó, que no debía irritarla más y le dijo:

—Yo no sé como usted me haya, pero sí sé que usted es hermosísima.

Estas palabras fueron de un efecto mágico para la coqueta y torpe joven.

—¡Vamos hombre! ¡ya no le digo lo que pensé!

—¡Diga, que saliendo de su boca todo es bueno!—dijo como todo un tenorio Raúl.

Estas galantes palabras hicieron eco, y la muchacha recibió varios piropos; oportunidad que Laura aprovechó para hacer una digna retirada.

Como el lector verá, Nena pertenecía a ese grupo de muchachas, que no pueden hablar más que de amores más o menos apócrifos, y que aquel que así no les hable, pasa a sus ojos por un mentecato.

Estas muchachas, se creen ser como monedas de oro, que a todos gustan, sin pensar que esas monedas no se quieren para guardarlas con amor en valiosos cofres, sino que se anhelan tener para...cambiarlas enseguida por otros artículos necesarios o accesorios. Pero esta pobre joven, no tenía un espíritu refinado, capaz de comprender las infinitas bellezas que la creación encierra, dignas de ser contadas.

Raúl se acercó a su amigo y le dijo:

—Creo que la bella, no solicitará más mi compañía.

—Ya veo que ha encontrado quien le haga el amor en firme.

—Es que yo no se lo hice de ninguna manera. Mi diversión consistía en hacerme el bobo y que ella tan insinuante me lo dijera.

—¿De veras Raúl?—Dijo su amigo riendo—.

—Creo que he sido el hombre que más ha oído llamarse tonto, bobo y otros simpáticos epítetos, sin que por ellos me haya sentido mortificado...

Al amanecer de un hermoso día, empezóse a dibujar en el horizonte las montañas de Africa.

—¡Raúl, Raúl—dijo Raflo—levántate si quieres ver un bello espectáculo! ¡Ya está a la vista el Cabo de Buena Esperanza!

—Buena nos sea la realidad que sigue a la esperanza—contestó Raúl—.

—¡Tengo una gran alegría desde que divisé las montañas!

—¿Tantos deseos tienes de verte entre los negros, hotentotes y bosquimanos?

—En verdad que de todos los seres que vamos a conocer, éstos son los más horribles y repulsivos.

—¡Y los seres más perezosos que se conocen, pues no se fabrican ni casas para vivir según dicen.

—¡Y lo que comen, puah!—dijo Raúl—.

—Sí, son seres casi animales.

—Sin embargo, los monos son más aseados que ellos, tanto para su cuerpo, como para sus alimentos.

—Me gustan mucho los monos en todas sus variedades.

—¡Te confieso Raúl, que mi alegría más grande consiste en poder observar libremente, los hábitos de estos seres antropoides y cuadrumanos.

—Se cuentan muchas historias de estos seres...

—Sí, son muy inteligentes y se enamoran de las personas. Casos ha habido en que estos seres han descubierto, el verdadero sexo de personas que aparentaban el contrario, engañando a los hombres.

La pobre Laura sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Porqué su amigo diría tal cosa? ¿Sería una indirecta para ella?

Raflo continuó:

—Había un gran ladrón que se ocultaba bajo ropas femeninas, y se colocaba de sirviente en las casas más ricas, con el fin de no solo ocultarse de la policía que lo perseguía, sino con el de poder realizar sus robos con más seguridad.

Ya había efectuado impunemente varios robos, cuando eligió para sus nuevas fechorías, una casa que tenía un par de monos tan domesticados, que recorrían toda la casa sin que ocasionaran el menor daño.

La hembra gustaba de ayudar a la sirvienta de las habitaciones, en sus múltiples quehaceres, sin que le rehusaran su ayuda, de lo que su compañero parecía muy complacido. Pero he aquí que entra nuestro malhechor; y como la orangutana trabajaba con las anteriores sirvientas, también se inclinó a este servicio en compañía de la nueva criada, quien hizo visibles muestras de recelo por la proximidad de aquel ser, que ninguna confianza le inspiraba. La dueña de la casa le indicó que no temiera a los orangutanes que había, pues eran muy mansos y estaban acostumbrados a trabajar, por lo que permitiera a la hembra que le ayudase en los quehaceres de su agrado.

A eso de las nueve, hora en que se levantan los antropomorfos tanto en las selvas, como éstos de su mullido lecho, la hembra, después de hacer su cama estirando perfectamente la sábana, salió de su cuarto, mientras el macho quedó barriendo la habitación; y cuando hubo terminado, púsose una gorra color rojo, y salió de su cuarto como todo un gran señor, para tenderse en un diván (como veía hacer a su ama) a mirar revistas, a la vez que observaba con cariño los trabajos de su compañera.

Aquel día, cuando se dirigió donde ésta estaba con la nueva sirvienta, lanzó un gruñido extraño, y la miró con malos ojos. La señora de la casa se acercó para averiguar lo que le pasaba al animal, y como no notase nada de

anormal, le ofreció las revistas, que solo aceptó cuando su compañera se sentó a su lado.

Esta tan pronto lo vió entretenido, se acercó con cautela a la sirvienta, pasándole la mano por la cabeza; la señora llamó al marido y se pusieron a observar. Cuando el orangután notó que su compañera se había acercado a la apócrifa criada, se enderezó de un salto, y tomando a su compañera por el cuerpo, la arrojó lejos de sí, emprendiéndola furiosamente contra el malhechor, a quien desgarró sus ropas y arrancó la peluca que llevaba, descubriendo así su verdadero sexo.

Laura estaba impresionada oyendo aquel relato, procurando disimular en lo posible el efecto que le producía; aun que su impresión aumentaba al verse tan cerca de las costas africanas, donde tantos antropomorfos existen.

¿Qué le reservaría el destino, entre los antropóides y antropófagos?

"UN MATRIMONIO DE HOTENTOTES"

Hacia las nueve de la mañana, hora en que empieza a soplar el viento del mar a la tierra, ya los viajeros se encontraban a los 34° 22' de latitud Sur; ya se distinguía perfectamente el Cabo de las Tormentas, o de Buena Esperanza, que en tan memorable ocasión, en 1486 descubrió el portugués Bartolomé Díaz, y que doce años después lo cruzó el gran Vasco de Gama, con el corazón lleno de emoción; así, aunque por distinta causa, Raúl, cuya doble personalidad ya conocemos, se sentía muy emocionado.

El mar estaba muy agitado; cerca del Cabo, el capitán tomó rumbo al Norte de éste, para desembarcar en Capetown, la capital inglesa de la Unión de Africa del Sur. Capetown es una bellísima ciudad, que desde que es dominio inglés, (1806) ha adelantado hasta ponerse a gran altura, tanto en belleza como en el número de sus habitantes, que ya alcanzan a muchísimos millares.

Raflo y Raúl quedaron asombrados de la belleza de la ciudad capitalina, y en particular Raúl, que tenía la idea de que por doquiera se iba a encontrar con los salvajes hotentotes; así es que le causó grata sorpresa encontrar gente tan fina y civilizada, como los ingleses, cuya cortesía es proverbial.

En la bella ciudad, tan moderna y progresista, que contrasta con los salvajes que no lejos habitan, pasaron dos días, al cabo de los cuales y después de conseguirse un práctico, tomaron el tren para bajarse en el interior de sus bosques. Aquel práctico después de haberlos guiado hasta las regiones habitadas por los salvajes, y de haber cobrado por su misión, desapareció sin que ellos se dieran cuenta, tal era el temor que le causaba verse entre tales seres.

Nuestros exploradores caminaron en distintas direcciones esperando divisar la aldea o caserío de los hotentotes; obscurecía ya, y nada les hizo notar la presencia próxima de los salvajes, a cuya búsqueda se dedicaban, por lo que decidieron plantar su tienda de campaña, y una vez bajo ella, pusiéronse a comer sus fiambres.

—No se oye ruido alguno—dijo Raúl—.

—Ni se divisa una luz que nos indique el rumbo a seguir.

—¿Se extraviaría el práctico?

—No, yo creo que él sabía que estábamos cerca, porque noté en su semblante cierto temor que así me lo indicaba.

—Desde hacía un rato comprendí que él intentaba dejarnos.

—También yo lo noté.

—Tal parecía que quería hacernos una traición.

—No lo creas. Lo que quería era escaparse.

—¡Cómo lo hizo!

Raflo miró las manos de Raúl y vió que no traía el salvador anillo.

—Raúl, ¿y tu "sésamo ábrete"?

Los lectores recordarán, que éste fué el nombre con que bautizaron aquel negro y valioso anillo.

Raúl, algo ruborizado contestó:

—Aquí lo traigo.—Señalando un bolsillo—.

—¡Póntelo Raúl, no debes quitártelo!

—Es que...me queda grande...

—Usalo en el dedo que te quede mejor, es decir, debes llevarlo en el mayor.

Raúl obedeció, pero en realidad no gustaba de llevar en sus lindas manos, un anillo, útil sí, pero tan antiestético.

—Mira Raúl, ya sé que carece de belleza, pero con todo el brillo y precio del solitario de brillantes que llevas puesto, no puede causarte más que disgustos, en tanto que, a ese rústico anillo debemos, no solo la libertad, sino la vida; sin su auxilio, no estuviésemos corriendo esta nueva aventura.

—Tienes razón, amigo mío, y he sido algo ingrato al abochornarme de tan humilde como insustituible joya.

—En realidad, es una joya de valor incomparable.

—Como tal la estimo...solo que...

—Comprendo, amigo mío, eres muy joven y aún gustas de lucir...

Raúl se vió cohibido, y recordando lo que su amigo le había contado de los orangutanes, creyó, que su sexo iba a ser descubierto por Raflo; pero éste continuó sonriendo:

—Además Raúl, que aquí no vas a ejercer las funciones de tenorio...

Esta broma fué de buen grado para Raúl, que contestó riendo:

—Seguro estoy, que no me he de enamorar de una...hotentote.

—Créeme Raúl, que tengo grandes deseos de verme entre esas gentes.

Los jóvenes permanecieron callados durante mucho rato, silencio que interrumpió Raúl diciendo a su compañero:

—Díme Raflo... ¿no has vuelto a soñar con tu bellísima Estrella?

—En ella pensaba, amigo mío, por más que eso no es extraño, portante que su recuerdo vive en mí, imperecedero. Precisamente en este instante recordaba el sueño de anoche.

—¡Cuéntame Raflo...!

—Volví a soñar...pero ¿para qué contar cosas que son imposibles...?

—Quizás no sean imposibles Raflo.

—Estas sí, figúrate que...era mi esposa...

—Pudiera resultar Raflo, ¿porqué dudar?

—Porque tú, siempre estás asociado en mis sueños.

—Bueno...¿y qué...?

—Que te veo como un imposible...

—¿Cómo me ves?

—No puedo decirte sin provocar tu enojo...

—Te prometo no enojarme, aunque...sea como la otra vez...

—Pues, eso precisamente es...

—Bien, no me enojo, pero cuéntame ese sueño sin omitir detalle.

—Soñé que había sido llamado por el ser que tanto amo... ¡pero cosa rara! ¡sus ojos estaban en la masa encefálica...! ¿Qué significará eso?

—Significa, que es muy inteligente—dijo Raúl—.

—Me amaba con pasión...¡oh, que dulce y tierna era para mí! ¿Cómo esto puede ser posible? ¿Cómo una joven tan linda pueda amarme así?

—¿Porqué lo dudas, Raflo?

—Porque bien sé, que mi físico no puede inspirar una pasión como yo anhelo y mi sueño representa.

—Recuerda que soñaste ver sus ojos en el cerebro, lo cual quiere decir, qu te amaba por tus bellas dotes intelectuales, y no por las físicas, las cuales pueden ser efímeras. Un accidente cualquiera puede destruir en corto tiempo, la más grande belleza física, mientras que la belleza intelectual es firme, y el caudal de ella tiende a aumentar con los años, como el amor que inspira, que no decrece jamás.

—¡Ay Raúl!... si yo llegara a obtener esa felicidad, pero...no es posible.

—¿Ahora te vuelves pesimista?

—¡Bien a mi pesar!

—Renuncia a las ideas contrarias a tus sueños, y verás la realidad coronar los mismos.

—Pero Raúl...¿cómo creer?

—¿Porqué no?

—Porque volví a verte...

—Mujer y, ¿qué más?

—Que eras amiga de Estrella y...

—Dí, amigo mío, no me enfado, al contrario, me entretienes con tu sueño en esta selvática región.

—Pues te lo contaré todo.

—Sí, sí, no omitas nada. Yo procuraré descifrar el enigma, pues sabes que los sueños son hiperbólicos y enigmáticos. Recuerda el sueño de Faraón con las siete vacas gordas y las vacas flacas...y como ese tantos...

—Tienes razón; continúo pues:

—Tu eras una bella joven...

—Pudiera serlo en lo porvenir...

—¿Cómo?—dijo Raflo—.

—Quizás cuando vuelva al mundo sea mujer;... Esto lo dijo sonriente y al parecer complacida de tal metamorfosis.

—¡Ah, pero eso es muy lejano...!

—Quizás no tanto—dijo Laura, con cierto tono de esperanza—continúa.

—Eras una bella señora...

—Ah, no era solterona ...¿ y quien era mi marido?—dijo palpitante, aunque fingiendo una risa que no sentía—

—Tu esposo era un hombre trigueño, alto, pálido, que te amaba con infinita ternura, con un amor no exento de compasión...

Laura bajó la cabeza para que su compañero no viera las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, mientras que los sollozos comprimían fuertemente su garganta, impidiéndole hablar; si alguna tentativa de pronunciar palabra hubiese hecho, habría estallado en fuertes sollozos. Aquel era el tipo de su Mario amado, por eso le impresionó tanto.

Raflo interpretó aquel silencio de otro modo, por lo que dejando a un lado el relato relacionado con Raúl continuó:

—Yo me había instalado en la ciudad natal de mi amada, en la que llegué a adquirir una extensísima porción de terreno, la que sembré de algo, no se de qué cosa, pero sí, que eran plantas textiles. Después se me presentaba

una fábrica, que tampoco sé de qué era, pero que el ruido de sus maquinarias era tal, que me despertaron, y me encontré en la ciudad del Cabo, cuyo tráfico confundía con el de las maquinarias de mi fábrica. Con que ya ves, ¿qué me dices de todo esto?

De todo lo que Raflo habló, solo la última pregunta que dirigió a Raúl, fué lo que éste oyó. Estaba tan abstraído en la evocación de sus recuerdos, y rememorando las palabras de Raflo en que le describía aquel tipo, que tanto parecido tenía con su Mario, aquel Mario de sus ensueños, que entonces se le figuraba haber sobrevivido al brutal atentado de que fué víctima, que no pudo darse cuenta de la narración de su amigo.

Cuando Raflo le interrogó respecto al parecer que de su sueño tenía, sintió una fuerte sacudida que lo volvió a la realidad, y no sabiendo que contestar dijo:

—Los sueños son a veces enigmas indescifrables

Raflo, encontrando aquella respuesta muy seca, no habló más, entregándose a sus meditaciones, mientras su compañero era presa del mismo sentimiento.

No me cabe duda—se decía—.Mario vive y piensa en mí.

Sí, las corrientes telepáticas se suceden; él piensa tanto en mí, como yo en él. Mas...si él piensa en mí ¿cómo no me ha buscado?. Pero...después de todo, ¿porqué yo he de creer que no me ha procurado? ¿Acaso leo periódicos desde el funesto día en que me ví acusada...?

Si me busca será en New York, yo debo ir allí y presentarme en su casa. ¡Mas si los sueños no son realidades...! Le escribiré y diré que me ponga un cable a Livingstone, no, a San Luis del Senegal, y entonces partiré a su encuentro.

Con tal idea el sueño hizo presa en su ser, sin poder adivinar la manera en que la Providencia arreglaría las cosas.

Raflo también se adormeció con las más dulces ilusiones; para él era muy secundario el que Raúl apareciera como mujer, y no le daba importancia.

Lo interesante para él, estaba en que la bella imágen de la gentil cubana, se le aparecía adorable en sus sueños y anhelaba soñar... soñar, ya que en la realidad de la vida no podía disfrutar de las delicias que el sueño le proporcionaba.

A la mañana siguiente se despertaron ambos con gran contento en el alma: como si aquel ambiente selvático, les proporcionara corrientes de optimismo, y emprendieron la marcha en hora temprana, dispuestos a

encontrar en aquellas selvas, los misterios que para ellos encerraba. No habían andado aún muchos metros, cuando descubrieron una especie de choza de un metro de alto, cubierta con ramas y pajas, tan pequeña y mal hecha, que les pareció era de juego de muchachos; y como no veían a nadie en ella, la creyeron abandonada, y siguieron adelante con la esperanza de encontrar las cabañas de los hotentotes; pero, a pocos pasos encontraron otro montón de palos, ramas y hierbas, de la misma altura y proporciones que la anterior

—Mira, Raflo, otra... y otra más.

—¡Ah, ya veo...! pero...¿porqué la habrán abandonado?

—¿Será que vieron nuestra tienda?

—¿Pero será posible que aquí vivan seres humanos?

—¿Cómo pueden haber vivido aquí, si esto apenas nos da por la cintura?

—Las casas de los gauchos son muy malas, pero siquiera tienen bastante altura para merecer el honor del nombre de cabañas...¡pero ésto...! cualquier muchacho de ocho años construye con estos materiales algo mejor...

Así hablaban nuestros exploradores, cuando asomó por entre la choza un hombre, y tras éste su mujer y gran número de chiquillos. Aquello parecía una cueva de muchachos.

A un grito gutural de aquel hombrecillo, salieron como resorte de todos los parapetos aquellos, un sin número de hombres, mujeres y muchachos.

Estos eran los hotentotes que salían de sus chozas, que tienen por hábito, dormir hasta las nueve de la mañana.

Rodearon a los exploradores y Raflo, sacando su revólver, disparó sobre un ave que volaba a alguna altura, y la vieron caer muerta. Esto bastó para que todos retrocedieran asustados.

Los exploradores les dieron a entender que no les harían daño, y por el contrario les traían obsequios consistentes en collares, pulseras de vistosos colores y a los hombres, pañuelos rojos.

Al ver estos obsequios se acercaron y los exploradores pudieron ver de cerca estos tipos.

Su cara es muy aplastada, la frente muy estrecha, la nariz pequeña en relación con la boca exageradamente grande y labios gruesos sobre la barba muy estrecha y puntiaguda.

La estatura es de 1'50 metros, por lo cual entran y salen a gatas de sus pequeñas chozas, en las que no se encuentran ni un rústico asiento, como

tampoco, camas; es una especie de hueco con ojarascas que les sirven de colchón y abrigo.

Por lo demás, estos seres entran en aquellas cabañas solo para dormir.

Viven siempre al aire libre y no se dedican a trabajos de ninguna clase. La agricultura les es tan desconocida como la arquitectura, pues no siembran nada en absoluto; consistiendo su alimentación de larvas, gusanos, vermes y toda clase de insectos, prefiriendo como el más exquisito la langosta (insecto). Su vida se desliza en completa pereza. Como todas las mujeres, las hotentotes, gustan de adornarse con cuentas de vidrio, y a la presencia de los collares que les llevaban, sintieron gran alegría y se aproximaron a los exploradores.

Estos les daban sus obsequios estirando los brazos cuanto les era posible, porque aquellos negros despedían un olor nauseabundo, pues junto con su olor característico, es intolerable el que despiden del sudor y suciedad expuestos siempre al Sol, sin que sus cuerpos sean jamás bañados.

—Es increíble—dijo Raúl—que haya seres capaces de no bañarse, siquiera fuera una vez por semana.

—Estos no se bañan jamás...

—Se bañarán solo cuando llueve.

Mientras las mujeres estaban contentas con sus collares, que enseguida colocaron en sus sucios y amarillentos cuellos... (Es de hacer notar que la piel de los hotentotes no es negra, sino que tiene una pigmentación amarillo sucio o color chocolate, estos serees no están comprendido entre los negros) Los hombres no sabían que hacer con los pañuelos con que habían sido obsequiados, y los usaron como una especie de faldas que, por demás está decir, solo alcanzaba la parte anterior.

Los jóvenes les dejaron hacer el uso, que los hotentotes creyeron conveniente.

Para los chicos llevaron pitos, y éstos al oirlos sonar, se agarraban amedrentados al cuello de sus madres. Estas los tomaron con algún recelo y en vano trataban de hacérselos tocar a sus hijos.

Los jóvenes se divertían viendo aquellas escenas de terror, ante tan inofensivos juguetes. Pero lo que más llamó su atención, fué el oirlos hablar a ellos.

Estos seres carecen de palabras, y su lenguaje consiste en chasquidos de la lengua y una especie de cloqueo, con ayuda de la mímica.

—Yo creo que estas gentes, a obscuras, se quedarán sin entender la mitad de lo que quieren expresar—dijo Raúl—.

Efectivamente, los hotentotes solo pueden hacerse entender entre sí, a la luz del sol, pues su único lenguaje (chasquidos y cloqueo) es muy escaso, y no tiene las inflexiones que pudiéramos pensar.

Después de pasar un rato entre estos seres del más bajo escalafón humano, los exploradores no se sentían bien entre sus repulsivas figuras y Raúl dijo:

—Lo mejor que podemos hacer Raflo, es alejarnos de estas gentes y observarlos desde lejos.

—Levantemos nuestra tienda a cierta distancia.

—Sí, tratando de que el viento no nos vaya de ellos...dijo Raúl riendo.

Cuando se iban, vió Raúl pasar a cierta distancia un chacal e incontinenti disparó sobre él, cayendo muerto; seguidamente Raflo hizo lo mismo con otro que le seguía.

Esto lo hocieron con la doble idea de matarlos y de demostrar a aquellas gentes de lo que eran capaces sus armas.

Los hombres se precipitaron sobre los chacales disputándose las colas.

Los exploradores se dieron cuenta de que todos los hombres llevan colas de chacal, cuyo único objeto es espantarse las moscas que por centenares se posan en sus sucios cuerpos.

Los exploradores se dedicaron a observar aquella gente, quienes después de devorar los chacales, se ocupaban en recoger vermes de la tierra y varios insectos que depositaban en un hueco del terreno, tendiéndose después en el suelo, para allí dedicarse a su única ocupación: el espantarse las moscas.

Los jóvenes, después de almorzar sus fiambres se engolfaron en su conversación.

—¿Cómo será que estos seres huyen a la civilización?

—Por nada del mundo dejarán esta clase de vida.

—Esta vida la prefieren a la opulencia y a las comodidades de los seres civilizados.

—Dicen los ingleses, que ellos han llevado matrimonios de hotentotes con sus hijos, para que no echaran de menos a los suyos, que los han alojado en cómodas y bellas casas, dándoles las mejores comidas, condimentadas por buenos cocineros; en fin que los han vestido bien, y dado dinero para que compraran cuanto quisieran, y que después de llevar esa vida de confort cuatro o seis meses, se han escapado a hacer su vida salvaje, y

que al preguntarles porqué huían, les aseguraron que preferían su antigua existencia.

—¡Oh, que salvajes! Qué distinta la vida civilizada; yo quisiera tener tiempo para ver, no solo todas las maravillas de la creación, sino todas las bellezas hechas por los hombres.

—Es verdad que el hombre ha sabido construir verdaderas maravillas.

—Lo que es raro, es que, a medida que los años han transcurrido, y que, por lo tanto, la civilización ha aumentado, las bellezas, que en otros tiempos se admiraban, no se construyan los que los sismos o el fuego han destruído.

—Es porque hoy el hombre es muy egoista, y solo trabaja para su época, y...sobre todo, se ha vuelto muy comercial.

—Tienes mucha razón, Raflo, es muy comercial y sobre todo muy egoista, no es capaz de querer acumular dinero, para que sus hijos o nietos construyan algo maravilloso. En Jerusalén, estuvieron reuniendo oro durante más de 40 años, para hacer el templo de Salomón.

—¡Qué maravilla esa Raúl...!

—Lástima que los romanos la destruyeran.

—Tito, hizo lo indecible por que no fuera destruído; pero la soldadesca no obedeció, no tanto por el furor contra el inesperado ataque de los judíos que en él se encontraban, como por saquear el lugar Santo que tanta riqueza encerraba.

—Sí, desde el Monte de los Olivos, Tito y los suyos contemplaron el imponente edificio de mármol blanco, con su gran puerta principal de oro macizo, que despedía rayos como el sol que en ese momento la iluminaba... Desde ese mismo lugar, cumplíanse cuarenta años, que Jesús, contemplando el inmenso, majestuoso y níveo edificio, a la misma hora, había llorado, pensando en el triste fin que tendría aquel hermoso templo y toda aquella cruel y desamorada ciudad.

—¡Cuán distintos eran los sentimientos que la contemplación del soberbio edificio inspiró: a Jesús, todo mansedumbre, dulzura y compasión, previendo el castigo que su Padre infligiría a aquellos crueles, que así lo tratarían a él, pocas horas después; en Tito, ambición de que aquella maravilla le pertenecería si vencía, y a los soldados: envidia...egoismo por saquear las maravillas que guardaba en su seno.

—Es verdad Raúl, cada cual lo contempló, según los sentimientos que le inspiraba...la soldadesca deseó su ruina.

—Tenía que cumplirse la profecía del Señor, y aquella tan amada y bellísima ciuadd, tenía que verse convertida en río de sangre.

—Que imponente espectáculo debió ser el de Jesrusalén destruído por las llamas...

—¡Mas imponente resultó Raflo, ver a las madres comerse a escondidas sus hijos... escondidas, no por el delito que cometían, sino por el egoismo de no darle al esposo... ni a los otros hijos...!

—¡En verdad, que ese sitio fué horrible...y que esa profecía también se cumplió!

—Los judíos habían olvidado a Dios, y su gloria consistía en los placeres y en los soberbios palacios que poseía Jerusalén, de lo que se envanecían por la envidia que causaba a los romanos.

—Pero con ser tan bello el triple templo, no lo fué, según dicen los escritores, ni la tercera parte en magnificencia, del templo que David, en ese mismo lugar había levantado, y cuyo maravilloso edificio destruyó Nabucodonosor.

—¡Pobre Jerusalén! ¡Pobre los seres que se apartaron de la ley de Dios!

—¡Y pobres los cristianos que caían bajo las garras de los que abandonaron las doctrinas de Cristo!

—¡Pensar en sus martirios me entristece...!—Dijo Raúl—y continuó: Oye, Raflo, ¿has visto el Vaticano y la iglesia de San Pedro en Roma?

—Sí, te aseguro que es bellísimo, y que las figuras o estatuas de santos que coronan las calles en columnas en forma de hoz..

Aquí llegaba Raflo en su relato, cuando se interrumpió de improviso al oir un tam, tam, nombre y sonido de un instrumento de los hotentotes, que con otro a que llaman gorah, utilizan en sus fiestas, y que produce un sonido parecido al de una guitarra sin templar sus cuerdas, ejecutado por un niño.

Los jóvenes dejaron a un lado su conversación sobre aquellas magnificencias, para darse cuenta que estaban en las selvas africanas, estudiando las costumbres de los salvajes.

Al sonido del tam, tam, los hotentotes se enderezaron perezosamente de donde dormitaban, y empezaron a congregarse.

—¿Qué será eso Raflo?—preguntó Raúl—.

—No sé que pueda ser, pero fíjate en el alborozo de los niños.

—¿No será toque de guerra?—dijo Raúl—a quien no le agradaba nada estar entre esa gentualla.

—No, Raúl, es algo de alegría.

En realidad, los salvajes estaban contentos; había llegado la hora de celebrarse entre ellos un matrimonio, pues a pesar de ser de tan baja escala, existe entre ellos el matrimonio, y por ello, aquellas ostensibles muestras de júbilo que se advertían en sus movimientos.

La música, si así puede llamarse a los inarmónicos sonidos que se oían, continuaba, y una hora después, llegaban hotentotes de todas direcciones.

Los que habían sido obsequiados por los exploradores, mostraban orgullosos sus presentes, y todos miraban azorados el lugar en que los jóvenes se encontraban.

—Creo, Raflo, que debemos levantar la tienda cuanto antes, no me gusta pernoctar más entre esta gente—dijo Raúl—.

—Bien está, amigo mío, pero no debemos mostrarles temor; lo que podemos hacer es cuando caiga la noche, retirarnos cautelosamente.

—Bueno, pero como no me inspiran confianza, no dejaré de la mano mi rifle—contestó Raúl—.

—Haces bien, pero mira...dentro de algunos instantes estarán a tiro aquel par de chacales que se acercan, demuéstrales a los que han llegado, que nuestras armas vomitan fuego.

Pocos momentos después oíanse simultáneamente dos detonaciones, y los dos chacales heridos de muerte rodaban por tierra debatiéndose en los estertores de la agonía.

Los hotentotes que se le habían ido acercando tímidamente, para verlos de cerca, al oir las detonaciones, huyeron precipitados; no obstante, cuando se dieron cuenta que aquellos fuertes sonidos habían llevado la muerte a los chacales, corrieron a apoderarse de ellos, con lo que unidos a los insectos recopilados, constituiría su banquete nupcial.

Unos cuantos hotentes se dedicaron a buscar palos y ramas secas, o las que fácilmente se podían arrancar con solo estirar el brazo y doblar la rama.

Otros se dedicaban a formar la empalizada de un metro de alto, que serviría para el nuevo hogar, que formaría la pareja que ese día se iba a desposar.

Unos muchachos, de unos catorce años él, y de once o doce ella: se dedicaban a recoger hojarascas para mullr el lecho; hojarasca que permanecería allí durante años...

Los jóvenes observaban desde su casa de campaña todos los movimientos,, y esperaban ver la pareja que iba a contraer nupcias.

—¿Qué atavíos usarán para casarse?—dijo Raúl—.

—¡Veremos: parece que la novia permanece oculta hasta última hora!

La música o el ruído que formaban los dos instrumentos citados, se oía cada vez con más celeridad como prueba fehaciente de la creciente animación de la fiesta, y hombres, mujeres y niños, entregábanse a vertiginosa danza, que parecía imposible que aquellas gentes tan lentas en sus movimientos y en el andar, pudieran danzar con tanto ardor, pues ni los músicos ni los danzantes se daban tregua ni reposo, sino que estaban atacados de frenesí.

—¡Vamos a acercarnos allá!—dijo Raflo—.

—Yo no voy. Si antes eran mal olientes...

—Es verdad—dijo Raflo riendo.

Después de dos horas de danzar se detuvieron y formaron una gran rueda.

—Ahora saldrá la novia de alguno de esos bohíos—dijo Raúl.—

—¿Cuál será el novio?—repitió Raflo—.

Así hablando, vieron que del círculo formado por todos aquellos hotentotes, salían dos de los de más edad, y acercándose a los muchachos que se dedicaban a recoger hojarascas para el lecho, los tomaron de la mano conduciéndolos al centro de aquel círculo, donde ambos se pusieron en cuclillas.

—¿Será posible que esos sean los desposados?—Dijo Raúl.

—Deben ser. Siempre he oído decir que los salvajes se casan apenas llegan a la pubertad; pero éstos no parecen haber salido de la infancia.

—¡Qué horror! Pero fíjate, si aún traen en las manos los juguetes que les dimos...

—De haber sabido que se desposarían, le hubiésemos buscado algún atavío.

—Qué costumbre tan salvaje...casar niños!

—Será necesaria la medida para que no desaparezca el matrimonio.—Dijo Raflo sentencioso.

La mujer de edad se quitó su collar y lo puso a la in púribus desposada, mientras el viejo se dedicaba a vestir, por vez primera, al adolescente, utilizando uno de los pañuelos con que fueron obsequiados.

Otro de los concurrentes, como su presente de bodas, le dió una de las colas de los chacales matados por los exploradores, constituyendo esta su

inseparable espanta-moscas, cosa que al parecer, no usan hasta contraído matrimonio.

Mientras el tam tam y el gorah dejaban oir nuevamente sus inacordes sonidos, les es presentada a la joven pareja, su nauseabunda comida, que ellos cambian entre sí, a la par que todos los concurrentes bailan a su alrededor, muy lentamente, mientras ellos comen. Una vez que los desposados han terminado su comida, pónense de pie, y la música cambia su sonata para ejecutar la danza nupcial, que la pareja baila ante los espectadores en forma desenfrenada... hasta que jadeantes y sudorosos, son llevados a tomar posesión... de su hogar.

De allí, la concurrencia se dedica a devorar lo que tienen para comer, y todos parecen muy contentos y satisfechos del acto ejecutado.

Terminado de comer, empieza de nuevo el tam tam y todos se entregan a la misma danza que antes los recien casados ejecutaron; pero es de notar, que estas gentes, solo bailan los respectivos matrimonios, y que el solo hecho de querer bailar dos púberes, es considerado como futuros esposos.

Serían las seis de la tarde cuando terminó la danza, y grandes y chicos se retiraron a sus respectivas cabañas.

Los exploradores se extrañaron de aquella conducta, y se dirigieron a su tienda que empezaron a desarmar.

—¿Será que se han cansado de tan frenético baile, y por eso se han recogido?—Interrogó Raúl—.

—Puede ser, y quizás desde anoche empezaría la fiesta y dormirían poco.

—Así será, porque recordarás que esta mañana llegamos a eso de las nueve y aún dormían todos.

Esta idea era equívoca, pues, en realidad, estos salvajes acostumbraban dormir de seis de la tarde a nueve de la mañana.

—¿No crees que debemos comer algo?—Dijo Raflo a su amigo—.

—Si supieras que desde que ví comer a estas gentes, he perdido el apetitto—contestó Raúl—.

—Tampoco yo tengo deseos; así es que busquemos la manera de hacer apetito.

—Vamos a caminar un poco, pues hemos hecho un día tan de reposo, como nunca.

—Cerca de aquí se oye el rumor de un río, vamos a bañarnos.

—Yo no tengo deseos, porque ya me dí mi baño, pero vamos al río...debe ser algún afluente del Orange.—Contestó Raúl, que siempre encontraba oportunidad de bañarse antes, y dejar a su amigo en libertad de hacerlo.

Los jóvenes, después de plantar su tienda a distancia de los hotentotes, aun no oscurecido, tomaron su morral y rifle, y se dirigieron al rumor de la corriente del río.

Cuando estuvieron cerca, vieron venir en dirección a ellos, un horrible cocodrilo de más de seis metros, y cuyos amarillos ojos, fijó en ellos valientemente.

—Apúntale junto a la comisura de la pata delantera izquierda Raúl, yo lo haré a un ojo.

Un segundo después, oyóse una doble detonación, y aún dos más; que abatieron al furioso anfivio, que en su agonía se debatía a coletazos, capaces de matar un toro.

Cuando vieron que no se movía, se acercaron a examinarlo, y ...aquella bestia, ya sea porque le dió el olor de los exploradores, ya porque los sintió o en su último hálito de vida, abrió desmesuradamente su horrible boca armada de cortantes dientes, y tirando un mordisco... el postrero de vida, agarró la culata del rifle de Raflo, que destrozó entre sus fauces, quedando muerto después de tan supremo esfuerzo.

—En verdad Raflo, que por tu extremada confianza, me has hecho pasar el susto mayor de mi vida; parecíame que ese terrible monstruo había alcanzado una de tus piernas, pues el terror que me produjo al verte tan cerca de su boca, me hizo cerrar los ojos instintivamente, no dándome cuenta de que lo que sentía crujir fuera la culata de tu rifle.

—La verdad es Raúl, que de no haber estado apoyado en mi rifle, que me permitió dar un salto atrás, no sé lo que sería de mí en estos momentos, y de tí, pobre amigo, viéndome morir desangrado en la boca de esa bestia, que te hubiera sido difícil poder abrir para rescatarme.

—Bien podemos felicitarnos de lo que ha sido, y de que este caso nos sirva de experiencia en lo sucesivo, para obrar con más cautela en otros similares.—Repitió Raúl—.

—Que así sea—dijo su amigo—.

El cuerpo del animal estaba revestido de una piel, que era verdadera coraza; en su lomo, provisto de crestas irregulares, había nacido musgo.

Cuando hubieron satisfecho su curiosidad, examinándolo detenidamente, siguieron el camino que éste traía, y tuvieron que librar batalla con otros

de estos seres, que venían hacia ellos, quizás llamados en su agonía por aquél, que, por ser el más grande, debía ser el jefe; pues aún cuando parezca paradójico, todos los seres obedecen a uno, el cual es su guía; éste, en todas las especies es siempre el más corpulento y arrojado.

Otro cocodrilo, que debió ser el segundo del grupo, los atacó, quedando inerte por una bala alojada en su cabeza; mas el que le seguía, huyó al río al verse perseguido por los jóvenes; pero al encontrar otros tres que venían siguiéndole, cobró alientos, y, levantando la cola, giró sobre sus pasos y acometió a los exploradores, que también le dieron muerte, mientras los restantes, más pequeños, huyeron hacia el río.

—Oye Raflo,—dijo Raúl—supongo que se te habrán quitado los deseos de bañarte en tal río.

—Verdaderamente, que después de lo que hemos visto, sería una gran imprudencia realizarlo.

—Y así es en efecto—dijo Raúl—.

Subieron a la falda de una montaña, que se elevaba a pocos paseos de ellos, para de allí contemplar la luna llena, que ofrecía un aspecto encantador, contrastando con los moradores de aquellos contornos.

Los exploradores se recostaron muellemente en la ladera, adormecidos en sus variados pensamientos.

El silencio era imponente, pues hasta los insectos nocturnos, deslumbrados con la claridad del plenilunio, habían acallado sus chirriantes sonidos.

No había viento, pero sí un aire sutil, que acariciaba sus cabellos al pasar.

Era una de esas noches propicias a los enamorados;... una noche de las que convierte en enamorado de la Naturaleza al más indiferente mortal, con tal que dedique unos momentos al reposo, en su contemplación.

La luna es la amiga y protectora de los buenos; mientras que los malos huyen de ella, y la maldicen.

¿Cuándo se ha perpetrado algún crimen a la luz de la luna...?

Los escépticos dirán que no se cometen, porque los malhechores temen ser descubiertos.

¿No será que su suave y lechosa luz, calma los malos instintos?. ¿Será que los malhechores ven en ella un testigo, mudo, sí; pero que a ellos hablará con elocuentísimo lenguaje, recordándoles su mala acción?

¿Podría, aunque quisiera, sustraerse a los recuerdos que ella evoca?

No, no podría sustraerse. Por el contrario, es el dulce influjo de las evocaciones, que trae a la mente su bienhechora claridad.

A su suave luz, exenta de ardores, no se pueden concebir macabras maquinaciones contra los seres humanos.

Los crímenes, los robos y otros hechos bandálicos, no se cometen a la luz de la luna; luego, como dije, ella es la protectora de los buenos, que salen a disfrutar su luz, ya en modestas o lujosas máquinas, ya en coche o a pie, pero siempre buscando la naturaleza en pleno. En las noches de luna, se ven las carreteras, llenas de vehículos, como si fueran calles de la ciudad.

A los jardines,, acuden las personas, que aman la suave luz lunar. Y las parejas enamoradas van a los parques y paseos a gozar del suave y tierno influjo de su luz. En cambio, los malhechores, se quedan en sus albergues, seguros de que la hermosa Febea, no les permitirá realizar sus nefandas fechorías.

Raúl o sea Laura, pensaba en Mario, en el dulce amor de toda su infancia y adolescencia; en Mario, que fué su prometido por una sola semana, en la cual tanto sufrió ella y su buena madre, y que terminó con la muerte de aquella santa y el asesinato de su adorado.

—¿Pero habría muerto éste...?

Al llegar a esta interrogación, no sabía que contestarse y su mente sumíase en un mar de conjeturas y se decía:

—¡Oh, quien pudiera adivinar los acontecimientos! ¡Quién pudiera saber si Mario, mi amado Mario vive!

Mañana, cuando esté entre gentes civilizadas le escribiré...

¿Pero es que puede escribirse a los muertos...? No, jamás ha habido noticias de tal cosa...luego, si en mi mente está firme el propósito de escribirle, es seguro que él vive.

¡Ah,... qué carta le voy a hacer...! ¡Cuantas cosas he de decirle! Pero no... yo no debo darme a conocer. Le preguntaré sobre cualquier asunto, como si fuera un extraño... ¡Ah, ya sé, firmaré con nuestros nombres!

Necesito saber que él vive, sin que se den cuenta que soy yo.

Mientras Laura estaba sumida en estos proyectos, Raflo repasaba por milésima vez, el encuentro que había tenido con Estrella, la bella camagüeyana, que había subyugado su existencia de tal modo, que ya jamás, su imagen podía borrarse de su mente, ni su recuerdo marchitarse, y que en aquella soledad presentábasele más arrobadora y sugestiva que nunca.

Los jóvenes entregados a sus ensueños, bajo la fúlgida luz, se habían olvidado, no solo del lugar en que se encontraban, sino de ellos mismos; las imágenes que evocaban ejercían en ellos sugestión tal, que todo lo que no fueran esos recuerdos, quedaba fuera de sus mentes.

Muy abstraídos se encontraban nuestros jóvenes, cuando un sonido que hirió sus oídos vino a sacarlos de su ensimismamiento. Oían llorar un niño, luego otro y otro más.

¡Cosa rara para ellos, aquellos llantos no partían del lugar en que estaban las cabañas de los hotentotes, pues éstos quedaban al este de aquella montaña, y aquel llanto venía claramente del oeste.

—¿Qué será eso Raflo—inquirió Raúl—.

—¡Parecen niños que lloran!

—¡Seguramente anda gente por aquí!

—Debe ser...aunque no se oye ningún otro ruido...son niños que lloran...

—¡Pero...Raflo ..ese llanto parece venir del lugar donde matamos los últimos cocodrilos!

—¿Habrán algunos niños de los hotentotes por allí perdidos?

—¡No puede ser, porque el llanto es de niños recien nacidos!

—¿Será que hay algún hospicio por aquí?—dijo Raúl—.

—Creo que no vamos a adivinar nada, así es que vamos a explorar estas regiones para ver donde están esos llorones.

—Será lo mejor—añadió Raúl—procurando que su amigo no se diera cuenta, del temor que aquel llanto le inspiraba, que si bien parecía de niños de pocos días, no por eso resultaba menos impresionante en aquel lugar y a tales horas.

Después de escudriñar cuidadosamente en la dirección que debían seguir sin descubrir ser viviente alguno, echaron a andar sigilosamente.

Cuando los jóvenes se habían internado algún trecho por entre la maleza, el llanto cesó, como si el leve ruído de sus plantas en la hojarasca, les previniese de la proximidad de ellos.

Raúl, no muy satisfecho de aquella exploración y algo intrigado por el silencio reinante, dijo a su amigo:

—¡No se oye nada Raflo...! ¿Será que nos han sentido y nos asechan?

No bien había pronunciado estas palabras, cuando delante de ellos y a distancia, volvieron a oir aquel llanto.

Los jóvenes siguieron adelante tras de aquel sonido que parecía alejarse.

—¡Oye, Raflo, ¿no será que ese llanto es imitado... y que es un lazo que nos tienden?

Raflo iba a contestar a su amigo, cuando casi entre sus pies, se oyó el mismo sonido... Raúl, asustado, dió un salto atrás, mientras Raflo, inclinándose, levantaba por la cola un caimancito, que entonces aumentó su sonido, que emulaba el llanto de un niño recien nacido.

Los jóvenes soltaron la risa por aquel hallazgo.

—No sabía yo, bicho,—dijo Raflo—que ustedes también lloraban.

—Lloran a la madre, que será uno de los cocodrilos que matamos—dijo Raúl—y añadió:

—Ahora recuerdo Raflo, que cuando yo era pequeñito, le oía contar a mi abuela, que los cocodrilos lloraban como personas con objeto de atraer los caminantes y devorarlos.

—También yo, he oido decir algo respecto a las lágrimas de cocodrilos.

—Según cuentan, cuando un viajero se internaba en estos lugares, al ser atacado por algún cocodrilo, se subía en un árbol para librarse de su perseguidor, pero éste lejos de marcharse, se situaba bajo el árbol, y empezaba a llorar lastimosamente, para enternecer a la víctima y se decidiera a bajar juzgándolo arrepentido... Ahora, lo que yo siempre creí de esos cuentos, y que hasta este momento no me vino a la mente, era que esos seres emitían esos sonidos para llamar en su auxilio a otros de su especie, para estrechar más la vigilancia sobre su víctima y no pudiera escapar de su persecución. La verdad de este dicho quede en su lugar, pero lo que sí te digo es, que no me gusta verme en ese caso.

—No te pasará Raúl, pues, para nosotros, tan necesarias son las armas como el alimento, y de ellas no nos separaremos jamás.

—Y aun podemos decir que más aquellas que éste, puesto que esta necesidad se satisface aunque sea con hojas.—Dijo Raúl—.

—Eso si es verdad...

—Yo creo que ya basta de recorrido, y que debemos dirigirnos a nuestro campamento.—

—Si no nos lo han llevado los hotentotes.

—Te aseguro que no me haría mucha gracia.

Entre uno y otro comentario, echaron a andar hacia el lugar en que tenían armada su tienda, y después de un gran rato dijo Raúl:

—Pues no me parecía que hubiésemos andado tanto. .

—Eso sucede siempre, a la vuelta los caminos parecen más largos.

Después de recorrer gran trecho, encontraron su tienda en el mismo estado en que la dejaron.

Raflo, deseoso de saber en que estado se encontraban sus vecinos, dijo a su amigo:

—Voy a dar una vuelta a los hotentotes, ¡quédate si quieres!

—Prefiero ir también.—Contestó Raúl—.

En pocos minutos se encontraron en el lugar en que aquellos tenían formado su pueblo, y todo permanecía en el mismo estado que cuando los vieron desaparecer bajo sus empalizadas.

—¡Duermen como unos santos!—Dijo Raflo—.

—¡Pues vamos a imitarlos...!añadió Raúl—

Unos momentos después hallábanse nuestros expolradores bajo su tienda, y al hacer luz, Raúl dijo:

—¡Las once Raflo!

—Es verdad, y nosotros que fuimos en busca de apetito, para comer.

—Yo me había olvidado que no había comido.—Dijo Raúl—.

—Pues, debemos comer algo—añadió Raflo—.

Después que los jóvenes tomaron algún alimento, se acostaron, no tardando en quedarse profundamente dormidos.

La mañana siguiente era espléndida, y las aves de vistosos colores dejaban oir sus trinos dando la bienvenida al sol naciente.

Los exploradores se levantaban con el alba para no ser sorprendidos durmiendo.

—Creo Raúl, que debemos colocar nuestra casa en el sitio que la teníamos ayer, para que esas gentes no noten que la hemos cambiado de lugar.

—Supongo, que aunque la pongamos más lejos, ellos no lo notarán—.

—No quieres que te llegue su olor ¿verdad?—.

—Ni...distinguir su comida—Dijo Raúl—.

—Ja, ja,—fué la contesta de Raflo, que sabía lo delicado de estómago que era su amigo.

Precipitadamente desarmaron su tienda, y en un momento la tuvieron lista a algunos pasos de donde la tenían el día anterior.

—Ya pueden levantarse señores salvajes—dijo bromeando Raúl.

—Yo creía que todos los salvajes eran madrugadores.—Dijo Raflo—.

—Por lo que veo, éstos son dormilones—dijo Raúl—,pues llevan ya doce horas de cama.

—No se parecen a los indios.

—Ahora que dices indios, yo no creo que hayan indios tan feos como los de la Patagonia y Tierra del Fuego.

—¿Cuando los viste?—Interrogó Raflo admirado.

—¡Hace mucho tiempo! En una exposición que hubo en New York, de los indios de las Américas. Pero los que no ví allí, fueron los Botocudos del Brasil, ni aquellos que nos hicieron prisioneros; los de este país estaban representados por otros tipos, que a los lados de la barba, les salen dos plumas igual a la que llevan en la cabeza, con sus caras pintadas en semicírculos.

—¡Es que la región del Brasil es tan extensa, y tan variadas las tribus que allí habitan, que sería ardua tarea recolectar ejemplares de todas ellas!—

—Verdad que aún se encuentran allí, territorios sin explorar.

—Ahora que hablamos del Brasil, recuerdo a los jóvenes del yat. ¿Cómo habrán salido en sus expediciones?

—Es verdad Raúl, que habíamos olvidado a esos buenos muchachos. Si se determinarían a ir en busca de sus preciadas orquídeas.

—Me parece que ellos habrán optado por comprar, las tales plantas parásitas...

—Sí, ellos llevarían a su pueblo, el cuento de las peripecias nuestras, como propias.

—Ya uno de ellos lo propuso, si bien en broma.

—¡Buenos días los que pasamos entre ellos...!

—Sí, tan alegres y atentos—contestó con cierto embarazo Raúl, que no pasó desapercibido a Raflo—.

—Pero...me parece que entre ellos había uno con quien no simpatizabas. —Dijo Raflo.

—Sí,... contestó Raúl—.

—En cambio, él era muy atento contigo...

—Precisamente, eso, era lo que más me molestaba de Lín. A mí me gusta, sí, que se me atienda, pero no como a una dama, y si en algo han de tratarme como mujer, es en el decoro y moralidad, pues yo entiendo, que esto no debe estar circunscrito al sexo débil nada más. Si tú no hubieses sido de ese pensar, no hubiera podido ser tu compañero.

—¡Quede para los sálvajes el mostrar sus carnes ..!

Con esta peroración, Raúl expuso sus sentimientos, asegurando así para siempre, con sus palabras, lo que de sobra había demostrado.

A Raflo no le extrañó oir hablar así a su joven compañero, no solo por que esto es propio de la adolescencia, edad que Laura representaba; sino porque estas ideas, estaban en perfecto acuerdo con su educación y sentimientos.

Laura por el contrario, creyó que se había significado demasiado; pero al ver la naturalidad con que su amigo la oyó, se sintió tranquila.

Raflo, pensó que Lín, había sido indecoroso delante del jovencito, y esto era lo que había motivado que él le tomara la antipatía que demostró.

Los jóvenes quedaron algunos momentos pensativos y al fin Raflo, terminó aquel silencio diciendo:

—Raúl; son las nueve de la mañana y no se ve nadie.

—No será porque se hayan marchado, pues que, ayer a esta hora, todos estaban en sus camas...

—¡Quince horas durmiendo...!

—Y en tan sucia madriguera.—Añadió Raúl—.

—Luego, la higiene preserva la salud, solo a los seres civilizados.

—Si nosotros tuviésemos la desgracia de ser reducidos a esas suciedades, no solo nos enfermaríamos, sino que sucumbiríamos muy pronto en tal fetidez.

—Pues ellos parecen muy satisfechos de dormir así, cuando tantas horas lo hacen.

—Quizás, ese dormir, sea una autointoxicación permanente, que les produce esa somnolencia, y que será disipada cuando los rayos solares entran en tan enmarañado conuco.

—Puede ser...pero mira, ya está saliendo a gatas el más viejo.

—Veremos si dá la voz de ayer...

Apenas puesto de pie el hotentote, dió su gutural grito, que debió ser como el toque de diana en aquella tribu, y de todas las chozas veíanse salir desperezándose, sus moradores.

Un momento después escarbaban la tierra en busca de alimento, mientras otros recogían raíces y frutos silvestres.

Estos seres son bastante silenciosos, por la dificultad que tienen de expresar sus pensamientos, con el vocabulario tan escaso que poseen.

Parecían haber olvidado la presencia de los exploradores, pues demostraron extrañeza cuando los vieron, como si los presentes que aun llevaban encima, no fueran suficientes para recordarlos.

La pareja de recien casados, mezclándose entre los demás muchachos, no se distinguían entre ellos, más que, en que la hembra llevaba collar, y el varón, su pañuelo y espanta-moscas, del cual parecía muy orgulloso.

Hacía un rato que se habían levantado los hotentotes, cuando Raflo y Raúl, percibieron un movimiento inusitado entre ellos, los cuales se acercaban a un grupo donde dos hombres reñían.

Los exploradores se dirigieron al grupo para inquirir lo que pasaba, notando al llegar, que uno de los contendientes caía muerto al suelo, extrangulado por su contrario, el cual, con toda tranquilidad, se separó del grupo y se sentó en el suelo como si nada hubiera pasado.

—Veamos la justicia entre estas gentes.—Dijo Raflo interesado—.

—Aquel se ve indiferente a lo que le ocurre.

Durante algunos minutos, los jóvenes estuvieron curioseando, sin notar ningún movimiento entre ellos, que indicara se castigaría al delincuente.

Sea que el muerto estaba condenado y así se cumplía la condena; sea que se le miraba mal, el caso es, que nadie demostró sentimiento.

Varias mujeres se ocuparon en sentar el cadáver y amarrarlo en la posición de cuclillas.

Algunos hombres pusiéronse a abrir un hoyo redondo, al que dieron como un metro de profundidad.

Terminada esta tarea, levantaron el cadáver, así en cuclillas, y en la misma posición lo colocaron en el hoyo aquel, cubriéndolo con tierra, como ordinariamente se hace.

De la muerte de aquel ser a su enterramiento, solo transcurrió el tiempo necesario en practicar la original sepultura descrita, en que fué sepultado.

Cuando hubo terminado este acto, Raúl, dando muestras de impaciencia, dijo a su amigo:

—Raflo, marchemos de este lugar, no permanezcamos más tiempo aquí.

—Sí, Raúl, vámonos de entre tan rara gente, entre los cuales, si nos morimos, nos van a enterrar en tan molesta posición.

—¡Ni muertos, nos dejarían reposar horizontalmente.. —añadió Raúl—.

—Verdaderamente, que si los muertos sintieran algo, esa posición sería irresistible.

—¿Pero, porqué estas gentes enterrarán en cuclillas, cuando todo el que se muere se estira cuan largo es?

—¡Lástima que no puedan expresarse de manera que sepamos porqué tienen tal costumbre!

—La verdad, que ese cloqueo y chasquido de lengua que usan, no podría yo entenderlo ni en un año... y eso que tan escaso es.

Los exploradores observaron que los hotentotes no tienen hora de comer, propiamente dicha, sino que a toda hora comen cuanto les sale al paso.

Cuando el sol estaba en medio del cielo, los hotentotes, como el día anterior, se adormecieron, y los jóvenes aprovecharon aquellos momentos para desbaratar su tienda, y echar a andar por la dirección que habían venido, procurando encontrar las paralelas del ferrocarril, ya que el práctico había desaparecido misteriosamente antes de llegar a las chozas de los hotentotes. No obstante, cuando los exploradores apenas habían andado dos horas, de entre unos matorrales, oyeron una voz, que en inglés le daba la bienvenida.

—¡Pudieron ustedes escapar...!—les dijo asombrado—.

—¿Escapar, de qué?

—De ser comidos por los salvajes.

—Pero si esas pobres gentes, son de lo más inofensivos.

—Pero... no comen gente?—interrogó el práctico—.

—Nada de eso.—Dijo Raúl—.

—¿Qué tiempo lleva usted en la ciudad del Cabo?

—Tres años solamente, pero conozco todos sus rincones.—Dijo con cierta satisfacción—.

—¿Entonces sabe bien donde viven los hotentotes, verdad?

—¡Al dedillo!—Contestó el guía—.

—Y si tanto ha venido a esta región, cómo sabe usted que esas gentes son antropófagos?

—No he pasado nunca de aquí. La conozco por descripciones...

—¡Ah!—Dijeron riendo los jóvenes—.

—Una vez traje a un explorador, y le hice presente que yo no me ponía al alcance de los salvajes, como también que lo esperaría en este mismo lugar y...no volvió. Un año después traje tres y les dije que aquí los esperaría; pretendí que me pagasen antes por temor a perder la ocasión, y ellos me dijeron en son de broma, que no iban a ser devorados por los salvajes, que a la vuelta me abonarían, y los esperé tres días, sin que lograra verlos volver. Vea usted si no serían devorados.

—Pero no por los hotentotes.

—Pudiera ser que le jugaron una mala pasada, por divertirse.—Dijo Raflo—

—¡Quizás sería eso!—Contestó Raúl—.

El práctico prosiguió:—ahora los traje a ustedes y ví donde pernoctaron, alejándome después sigilosamente, pero rogando que salieran ilesos de su exploración. He pasado casi dos días de angustiosa impaciencia, y me hacía responsable de la muerte de ustedes, la que creía inevitable al ver que no regresaban ayer; no obstante, me propuse pasar aquí tres días, para ver si regresaban, vencidos los cuales, pensaba retirarme para nunca más servir de práctico, pues me consideraba tan culpable como quien los lleva al sacrificio.

Anoche no dormí nada pensando en ustedes.. y me decía:

—¡Pero...será posible que yo me haya dedicado a traer carne humana a estos caníbales! ¡No, jamás me perdonaré, jamás!

—No se emocione, amigo, que aquí nos tiene usted sanos y salvos.

—Gracias a Jehová, que algunos de los que he traído han podido contar el cuento.

Los jóvenes siguieron al práctico, que no cesaba de hablar, como si tuviera esa doble misión.

Raflo le contestaba de cuando en cuando, pero Raúl ni siquiera lo oía, pues todos sus pensamientos estaban fijos en la ciudad, a donde ansiaba llegar para escribir a su amado.

En menos tiempo que antes rindieron la jornada de vuelta, pues el práctico los había dirigido a un cruce donde él tomaría el tren para el Cabo, y los exploradores para la ciudad de Kimberley.

Poco tiempo hacía que esperaban nuestros exploradores y guía, cuando hizo su aparición el tren de viajeros que debía conducir al último a la Ciudad del Cabo, y minutos después el que nuestros jóvenes esperaban.

Serían las ocho de la noche cuando los exploradores, muellemente reclinados en lujoso apartamento, se entregaban a sus pensamientos. Raúl cerró los ojos para que su amigo creyera que dormía, y así, púsose a redactar in menti, la carta que escribiría a su Mario, a la que daba veinte formas distintas: a veces era una carta triste, llena de dolor; otras era apasionada y quejosa por no haberla buscado y en multitud de formas que no son para describirlas, y al final de todas venía a su mente la misma interrogación... ¿vivirá?

Esta incertidumbre la anonadaba, y hubiese dado su vida por salir de ella.

Raflo no cerraba los ojos, sino que parecían más grandes aún, contemplando el espacio...pero no miraban el vacío...sus ojos estaban fijos en una estrella, o mejor aún, en un sol, con el que rememorando a su Estrella, lo hacía émulo de ella...

Raúl abrió los ojos y no pudo contener un suspiro que hizo volver la cabeza a Raflo, para mirarlo.

El joven comprendió que algo debía decir a su amigo, así es que precipitadamente le dijo:

—¡Qué feliz eres Raflo!

—¿Porqué lo crees, amigo mío?

—Porque tienes la suerte de saber que tu amada vive...

—Al menos, jamás viene a mi mente lo contrario .

—¡Pues he ahí un motivo de felicidad!

—¡Oh, si a mi mente viniese lo contrario, lo rechazaría con todas mis energías.

—No tiene porqué venir...

—¿Entonces...tú tienes dudas de que alguna joven a quien amas no existe?

—En efecto, amigo mío, yo he amado y amo a un ser con toda mi alma, y no sé si ese ser querido vive o ha muerto.

—¿Porqué no te informas?

—Por ahora no puedo.

—¿Qué motivos tienes para creer que haya muerto?

—Fuí testigo presencial de un atentado contra su persona con arma blanca.

—¿Cómo?...¿Porqué no te enteraste si había sucumbido o nó?

—Ese ser querido cayó a mis pies herido de muerte y al parecer sin vida.

—Ya comprendo ..tú te lanzaste en persecución del autor ¿verdad?

—Sí—dijo débilmente Raúl—y fuí acusado de aquel asesinato.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo leí en un periódico.

—Pero entonces, amigo mío, permíteme que te diga, que no puedes dudar de que haya muerto.

—No obstante...

—Pero no comprendes amiguito, que si viviera, ella habría borrado la acusación que sobre tí pesaba.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—¡Que yo creo que no ha muerto!

—¿En que fundas tu creencia?

—En mis sueños...

—¡Oh, amigo mío... si los sueños fueran realizables...!

—¡Seríamos felices!—Dijo con firmeza Raúl—

—Yo si sería enteramente feliz...

—También yo...

—Sí, al cristalizar los tuyos...

—¡Es verdad que tú siempre me ves mujer!—Dijo Laura en un tono de alegría, que Raflo interpretó por burla.

—Ya sabes Raúl, que yo no puedo ser responsable de eso.

—No, amigo mío, de eso solo es responsable mi constitución física.

Raflo no alcanzó el doble sentido de estas palabras, y procuró dejar asunto tan escabroso.

—¿Dime Raúl, cómo aconteció la muerte de tu amada?

—¡Oh, Raflo, no digas la muerte...!

—¿Cómo quieres que diga...!

—Digamos el atentado.

—Como gustes. ¿Cómo fué?

—Fué por celos...pero no me hagas hablar ahora de eso. Te prometo que algún día he de narrarte mi historia.

—Cuando al hacerlo no te cause contrariedad alguna.—Dijo su amigo, que en todo tiempo daba prueba de su corrección.

Volvió de nuevo a reinar el silencio entre ellos, y Raflo, se decía in menti: no sabía yo que este pobre chico tuviese una triste historia; y el nombre de su amada lo pronunció él cuando sobre la "Dórida" teníamos la fiera en acecho. ¿Qué nombre pronunció...? ¡Ah, ya recuerdo! Laura...ese es el nombre de su amada.

Raflo, como siempre, se sintió compasivo con su joven amigo, y para distraerlo de su visible tristeza le dijo:

—¿Qué te pareció el temor de nuestro guía, Raúl?

—¡El pobre...Buen susto pasó!

—Como que su conciencia lo acusaba.

—Por eso fué su alegría al vernos.

—Según su idea, a aquellas horas ya estábamos digeridos por los salvajes.

—Tiempo suficiente había para ello.

—Pero...alguna esperanza lo mantenía en su sitio.

—Lo menos que esperé fué encontrarlo.

—Yo lo hacía en Capetown.

—También yo.

—Si se hubiese marchado, se habría reafirmado en la ciudad, la creencia de que los hotentotes eran caníbales.

—¡Qué poco conocen esas gentes a los aborígenas.

—Como que no salen a explorar.

—Es verdad, los que habitan ahora estas bellas ciudades, han encontrado en ellas la civilización y el confort, que no disfrutaron sus colonizadores.

—Efectivamente. Parece mentira que junto a los salvajes haya bellezas arquitectónicas y tanto modernismo como hay aquí.

El paisaje que se veía desde el tren era encantador; las altas y escarpadas montañas iluminadas por la blanquecina luz de la luna, hacía un efecto mágico.

Los viajeros todos, parecían sugestionados por tan dulce influjo, y no se oía hablar a nadie; todos absortos contemplaban tan bello espectáculo.

Raflo y Raúl, también habían puesto un paréntesis a sus pensamientos, y con la mente en vacío contemplaban las bellezas que la claridad lunar realizaba.

El tren corría con moderada velocidad, por la salvaje región africana, alumbrado por la pálida luz de la luna, y los viajeros silenciosos, contemplaban los sugestivos panoramas, que sin cesar se sucedían, a los que la bella Febea prestaba mayores encantos. Un gran silencio reinaba, solo interrumpido por el ruído acompasado que el tren producía, al deslizarse majestuoso sobre los rieles. Los exploradores, verdaderos admiradores de la naturaleza, permanecían silenciosos en muda contemplación de los bellos paisajes que la selva africana les ofrecía, y que en noche tan hermosa, parecían más bellos aún.

De repente y sin que ninguno de los viajeros pudiese darse cuenta de la causa, sintióse una fuerte trepidación en todo el convoy, y el tren quedó parado en corto trecho. ¿Qué había sucedido? ¿Porqué aquella súbita parada? Todos se hacían esta pregunta sin que nadie osara contestar a ella. La curiosidad cundía entre los viajeros que miraban por las ventanillas con medio cuerpo afuera, sin que pensasen que el peligro que se les aproximaba venía por dentro de los carros. Los exploradores miraban también hacia la locomotora, que seguía parada, tratando de averiguar lo que ocurría. Unos

segundos después, el pánico reinaba entre los viajeros del carro contíguo al en que viajaban Raflo y Raúl, y los gritos de terror lanzados por los ocupantes de aquel, hicieron comprender a nuestros jóvenes, que algún grave peligro se acercaba, y dispusiéronse a conjurarlo, caso de que en sus manos estuviera.

¿De qué se trataba?

Nada menos que de la presencia de dos hermosos cachorros de pantera, que seguían a dos hombres de aspecto feroz, ante los cuáles, las fieras parecían inofensivos felinos.

Estos dos temibles bandidos, pues tales eran los que allí se habían presentado, venían despojando a los ocupantes del tren, de cuantas prendas y objetos de valor poseían, quienes atacados de indecible terror por la presencia de las fieras, no osaban defenderse de aquel despojo inaudito.

Raflo, que había podido observar lo que aquellos sujetos venían realizando, esperó a que llegasen a su apartamento, para entonces entablar la lucha con tan temibles huéspedes, a manera de que no resultasen víctimas del encuentro, las demás personas que allí se encontraban. En efecto, cuando uno de ellos trataba de forzar la puerta, Raflo abrió súbitamente y disparó sobre el que a su vista aparecía, rodando al suelo ensangrentado. El otro bandido y las panteras, exitados por el disparo y el olor de la sangre, les vinieron encima, como si solo ellos pudieran estorbarles, y los dos jóvenes tuvieron que luchar a la desesperada para abatir a aquellos temibles enemigos.

Ya conjurado el peligro, que a todos pareció inminente, por los múltiples disparos que se habían sucedido, nuestros exploradores encaminaron sus pasos hacia el lugar recorrido por los bandidos, para conocer lo que había acontecido.

Los viajeros azorados salían de bajo los asientos asombrándose de las buenas nuevas que los jóvenes les daban.

El maquinista, fogonero y demás empleados del tren que acudieron a imponerse de la causa de aquella parada en medio de la selva, yacían maniatados. Tal era el pánico que las dos fieras habían sembrado en el ánimo de aquellas gentes, que con tanta facilidad fueron reducidos a la impotencia. Cuando el tren estuvo en marcha, las felicitaciones a los exploradores se sucedían, y todos a la vez, querían conocer sus nombres y aun poseer sus tarjetas.

—¿Para donde van ustedes?—les preguntaron—.

—Vamos a explorar estas regiones.

—¡Ay, no vayan!—Dijo una señora—en estos contornos solo hay caníbales.

—No tema señora, ya nos hemos visto muchas veces entre ellos y podemos contarlo.

—¡Dios estará con ustedes...!

—El Dios, lo llevan ellos en sus rifles.—Dijo un ateo—.

—Se equivoca usted señor, es Dios mismo quien nos proteje; pues varias veces nos hemos visto desarmados y amarrados, y...no obstante, hemos vencido.—Contestó Raúl—.

El sujeto aludido no supo qué contestar.

—Yo puedo servirles de práctico para llevarlos con los bosquimanos.—Dijo un jovencito mal vestido, y de aspecto desenvuelto—.

—Se lo agradeceremos mucho.

—¿Usted ha ido alguna vez donde ellos?

—Sí; y no iría jamás a no ser con ustedes, pues me inspiran horror los salvajes.

—¡Qué Dios los proteja!—dijeron varias mujeres.—

—¡Yo preferiría que no fueran!—Añadió otra.—

—No se preocupe por nosotros, señora, que saldremos bien.

Dos horas después habíase restablecido la calma entre los viajeros, y los jóvenes estaban entregados a dulce sueño.

Un estridente silvido lanzado por la locomotora, más intenso aún, que en otras ocasiones, como si aquella mole de acero quisiera anunciar a todos los vientos, la heroicidad de que había sido mudo testigo en medio de las selvas, anunciaba a los viajeros el final de su recorrido. Habían llegado a Kimberley, una bella ciudad de unos 30.000 habitantes, que debe su nacimiento a las famosas minas de diamantes que existen a sus alrededores, provista de todos los adelantos modernos, que hacen cómoda la existencia de sus moradores.

Cuando los exploradores se encontraron en la calle, Raúl, que parecía predispuesto a la broma, dijo a su amigo:

—Oye Raflo, según he oído decir, las calles de esta ciudad están empedradas con brillantes, y nada tendría que recogiéramos unos cuantos de los que a sus moradores sobran.

—Pudiera ser que los pisáramos sin verlos, pues tiene esa fama porque en estas regiones abundan tanto los brillantes, que sus minas son símples

hoyos de donde se extrae una arcilla de orígen igneo y en la cual se encuentran los brillantes.—Contestó su amigo.

La noticia de que los exploradores habían librado a los viajeros de las fieras y los malhechores, circuló rápidamente por la ciudad, y ello bastó para que las felicitaciones se sucedieran, y las invitaciones para la celebración de actos en su honor fueran muchas. Entre los agasajos que les ofrecieron, no faltó el consabido banquete, al que se sumaron muchos simpatizadores, ya que los jóvenes anunciaron que no podían permanecer varios días en la ciudad, y por tanto no les era posible complacer a todos los que los invitaban a sus respectivas mesas. En el banquete estuvieron muy animados, y a instancias de los comensales, relataron algunas de sus emocionantes aventuras, captándoles la admiración y simpatía de todos. Mas, si el banquete distrajo un tanto a Raúl o sea Laura, no le sucedió igual en el baile a que asistieron; donde las jóvenes rivalizaban en lujo y belleza. Allí se sentía triste y humillada; aquel traje varonil que vestía y que tan útil le había sido hasta entonces, le embargaba el ánimo en aquella ocasión: mujer al fín; joven y de refinado gusto, hubiese querido vestir las bellas y vaporosas telas, que en profusión de suaves tonos, llevaban las jóvenes que a él asistieron. Llena de arrobamiento contemplaba los brazos y cuellos desnudos, adornados de ricas joyas, y sintió en su garganta el escozor que le producía el endurecido cuello, y en sus brazos el aprisionamiento de sus dobles mangas, que entonces parecióles cursi. ¡Ah, cómo sufría! ¡Cuánto hubiese dado por poder metamorfosearse! ¡Cuan triste era la situación en que se hallaba! ¡Su innata pasión por lo que a su sexo correspondía, se le presentaba avasalladora.

No podía frecuentar los salones de juego y de fumar, porque esto no se adaptaba a su naturaleza; ni tampoco deseaba flirtear con las jóvenes porque esto estaba más lejos aún de su ánimo. Tampoco quería bailar... tenía que hacer las veces de hombre y no se encontraba dispuesta a tal cosa. ¡Cómo deseaba que aquella enojosa situación terminara!

Las damitas también se sintieron decepcionadas; contaban encontrar otros tipos que las halagaran, y que correspondieran a la fama y simpatía que les habían atribuído. En cambio, Raflo se divertía como no había pensado. Se sentía feliz en medio de los halagos de que era objeto, y no se fijó en que Raúl, no aparecía tan satisfecho como el caso requería. Quizás por primera vez en su vida, se sentía tan complacido en una reunión. Mientras Raúl, por la embarazosa situación en que se encontraba, resultaba insípido

y vulgar a todos; Raflo aparecía en toda su simpatía y cultura, y todos se sentían alegres a su lado.

Al fin terminó aquel baile, dejando el corazón de Raflo rebosante de satisfacción, y el de Raúl lleno de amargura. ¡Oh, Dios mío! ¡No permitas que vuelva a encontrarme en un caso semejante!—Se decía—¡No, yo no asistiré más a recepciones mientras no pueda vestir como a mi sexo corresponde! Mientras estoy entre salvajes, no le echo de menos a mis trajes, que constituirían un estorbo; mas, en la vida social... ¡cómo sufro de no poderlos llevar!

Con estos pensamientos, imposible le era conciliar el sueño. Dejó el lecho y escribió una carta extensa, sobre la cual caían sus lágrimas a raudal. Cuando la hubo terminado, la rompió, y empezó otra que siguió el mismo destino que la anterior. Por fin escribió una tercera, muy lacónica, con cuyo contenido quedó conforme. Trazó con pulso firme la dirección de Mario, y después de besar el sobre, lo depositó en el pequeño buzón, que la puerta de cada habitación del lujoso hotel tiene.

En esa carta le decía a su amado, que podía darle noticias de Laura, y que le contestara a San Luis del Senegal, donde se encontraría dentro de algunos días, y se firmaba Raúl Raflo.

De esta manera, si Mario recibía la carta, conocería la letra y lo que es más; que su amada era la que con su anagrama por nombre, hacía de compañero de aventuras, del que tanto hablaban los periódicos, y por lo tanto, sabría donde dirigirse a buscarla.

Con estos pensamientos concilió un sueño reparador. Se imaginaba que en muy pocos días podrían cruzar el continente africano, y que por tanto, llegaría a tiempo de recibir la carta; pero no contaba con que no está cruzado por ferrocarril, y que muchas jornadas las harían a pie, tropezando con grandes obstáculos, lo que por suerte, nada de esto acudió a perturbar su sueño.

En cuanto a Raflo, había pasado unas horas feliz, y se había dormido con la halagadora idea, de que quizás al histórico Camagüey, llegarían noticias de sus hazañas, y la bella Estrella tendría así un pensamiento para él, y en su mente se evocaría la escena del bello paseo de aquella Ciudad; de cuya visita le dejara un recuerdo en forma de Cupido, con el cual no le sería fácil olvidarse de él. En verdad, un perfume, hace evocar más recuerdos que cualquier otra cosa, y esta evocación podía ella tenerla con solo acercarse a aquel precioso frasco. Estas ideas eran para el enamorado sin esperanzas,

como al caminante la visión de un oasis en medio del desierto, y por lo tanto constituían su delicia y se dejaba arrullar por ellas como por celestial armonía.

¡Oh, si él hubiese escuchado, la arrobadora melodía, arrancada por Estrella a su violín! ¡Esa música, jamás se hubiese separado de sus oídos, y, seguramente, al cruzar la floresta africana, ¡cuantas veces la hubiese tarareado con deleite! ¡Pero no! ¡Esa música le hubiese destrozado el corazón, creyéndola inspirada por algún arrogante mancebo! ¡Pobre Raflo! y, lo que es más triste aún: ¡Pobre Estrella! ¿Qué impresión produciría en él conocer el terrible secreto de ella?. ¿Desaparecería de su corazón el amor que le había inspirado? ¡Quien sabe! El no podía imaginarse que aquellos lindos ojos de tierna mirada, no podían llevar ninguna imágen a aquel cerebro, y de aquí que aquellos dulces ojos no pudieran cambiar de expresión al ver su faz. Aquellos ojos habían dejado de ver la luz, sin que por eso perdieran su belleza ni su tierna expresión. ¿Llegaría Raflo a saber que aquellos ojos eran como un abismo? ¿Qué efecto le causaría tal conocimiento?

El sol hacía rato que dirigía sus vivificantes rayos sobre la ventana de la habitación ocupada por Raúl, y éste hallábase sumido en profundo sueño.

Raflo se había levantado con los primeros rayos, y sonreía, pensando que su joven amigo, había encontrado muy cómoda la cama y se decía: ¡es verdad que "la cama muy mullida, fomenta la pereza"!

El atribuía a esto, la permanencia de Raúl en la cama, ignorando, la tempestad que en la mente de aquél, se había desarrollado la noche anterior.

Seguramente, que de haber conocido el secreto, que su compañero guardaba, con tanto cuidado, habría renunciado a proseguir su recorrido del mundo, y,...¡con cuanto gusto! ido a New York, para poner las cosas en su lugar, restituyendo a Laura a la sociedad, en su propia forma, una vez reivindicada.

Hacia las diez de la mañana, Raúl se levantó diciendo a su amigo:

—¡Qué clase de explorador soy...que espero el medio día en la cama!

—No haces igual cuando estás en campaña, bien puedes hacerlo cuando tomamos asueto—Contestó Raflo sonriendo.

—¡Es verdad!—Y añadió:—¿Has paseado la mañana?

—No. Esperaba que te levantaras, y, mientras tanto, he recorrido el jardín del hotel.

—¡Qué lindo es! Ayer tuve el gusto de verlo.

—¿Te divertiste mucho en el baile Raúl?

A esta pregunta ruborizose el interpelado, que con una genial evasiva eludió la contesta, preguntado a su vez:

—¿Y tú? ¡Parecías muy complacido!

—¡Oh, sí, Raúl! ¡He pasado unas horas muy felices!

—¡Cuanto me alegró de verte tan satisfecho!—Dijo Raúl—.

—No hubiese sabido ocultar mi alegría, amigo mío.

Raúl comprendió que su compañero no se había dado cuenta de la penosa situación en que él se había encontrado, y procuró dejar el tema diciéndole:

—¡Anoche entre tantas bellezas, y, de ahora en adelante, entre salvajes!

—Así es, en realidad, de esa manera no nos aburriremos nunca, y podremos disfrutar y saborear en mayor grado, las delicias de la vida civilizada.

Raúl volvió a escapar por la tangente, de conversación para él tan enojosa, diciendo:

—¿A qué hora saldremos?

—Tomaremos el tren de las doce.

—Entonces, demos una última vuelta por la ciudad de los brillantes, para almorzar dentro de hora y media, ¿no te parece?

—Muy bien—dijo Raflo tomando su sombrero—.

Después de visitar lo más notable de aquella gran urbe, retornaron al hotel, donde ya los esperaba el joven que les ofreciera servirles de guía en sus próximas exploraciones. Este era un inglesito, rubio como la mies, a quien habían encantado las proezas de los jóvenes. Los exploradores, que no querían que aquel muchacho, fuese por embullo a sufrir las privaciones a que se exponían en el curso de sus largas caminatas, lo expusieron así a Charles, que así se llamaba aquel jovencito, el que resueltamente les dijo:

—Estoy aquí solo; soy dueño absoluto de mi tiempo y de mi voluntad, y por tanto, podemos emprender la marcha ahora mismo, aun cuando no volvamos nunca más por esta ciudad. Estoy dispuesto a correr la suerte de ustedes.

—Muy bien muchacho, me gusta tu resolución.—Dijo Raflo—.

—¿Hace poco que estás por aquí?

—Más de cuatro años; vine atraído por la fama de la capital del territorio diamantífero, y aun no he podido encontrar ninguno, a pesar de recorrer todos los contornos.—Dijo Charles—.

—Y, habías pensado encontrarlos como las piedras ¿verdad?

—Eso pensaba yo...¡Cómo decían que las calles estaban empedradas con brillantes...!—dijo tímidamente.—

La locomotora del tren avisó a los viajeros su próxima partida, y nuestros tres personajes subieron a uno de sus carros acomodándose convenientemente. Ya en marcha, un camarero, trajo a Raflo varios objetos, que de antemano éste le había dado a guardar. Raflo, tomando uno de los paquetes dijo a su guía: toma Charles, éste es tu morral de campaña; en él encontrarás las cosas necesarias a un explorador. Charles lo examinó con marcada curiosidad, sonriendo ante los objetos que guardaba, entre los que creyó innecesarios algunos, y otros le daban deseos de consumirlos en el momento.

—Eso mismo contienen los nuestros, Charles.—Dijo Raúl, evitando allí más explicaciones—.

Después de muchas horas de tren, bajaron en una pequeña estación, y sin detenerse, se internaron por entre los frondosos bosques, donde innumerables monos de todos los tipos, huían precipitados a las copas de los árboles. Entre las variedades de monos, encontraron unos, cuyas extremidades estaban unidas entre sí, por una prolongación de la piel, que parecía una manta echada sobre su lomo.

—¡Qué animal tan extraño!—dijeron los exploradores—.

—Este mono se llama galopiteco.—Dijo Charles, contento de poderle enseñar algo a los jóvenes—.

—¡Hasta el nombre es feo!—dijo Raúl—.

—Esta debe ser la clase de mono mas inferior que hay—dijo Raflo—.

—¡Pero como hay monos en estos contornos—dijo Raúl—.

—¡Mira cuantos pájaros de vistosos colores!—Exclamó su amigo.

—Sí, y qué vegetación tan exuberante...

—Sin embargo—dijo Charles, dándose importancia—, no queda a muchas millas el desierto de Kalahari.

—Raflo, creo que debemos plantar nuestra tienda, pues la noche se aproxima.

—Tienes razón.—Contestó su amigo buscando un sitio apropiado.

—Ya habrán notado ustedes—dijo Charles—que aquí no hay crepúsculo, sino que el sol se oculta con rapidez, pasando de plena luz a la oscuridad.

Los exploradores notaron que el guía daba a sus palabras un tono demasiado enfático y no comprendían el porqué.

—Sí, ya hemos admirado el fenómeno, lo mismo que el amanecer sin aurora—dijo Raflo—.

—Pero en cambio, tal parece que la luna alumbra más aquí, que en otros países.—Añadió Raúl—.

Mientras hablaban quedó levantada su tienda, junto a la cual se sentaron disponiéndose a comer. Charles consumió gran cantidad de lo que la previsión de Raflo, había hecho poner en su morral, mientras los exploradores conformáronse con la tercera parte de lo que él.

—¡Pero si ustedes apenas comen!—dijo Charles—.

—Yo estoy satisfecho—contestó Raúl—.

—¡Es posible!—Dijo Charles asombrado—.

—Amigo mío—añadió Raflo—, los que como nosotros, llevamos una vida entre regiones, muchas veces deshabitadas, nos hemos acostumbrado a comer poco cada vez, por temor a luego no tener nada.

Aquella era una buena lección para el inglesito, que se sintió confundido. ¡Bien conocía él ese caso! Raúl, tratando de hacer disipar la pena que en él habían causado las palabras de Raflo—añadió riendo:

—A veces andamos por regiones muy habitadas...pero, lo que esos seres comen, tiene el poder de quitarnos el apetito.

—Sí, como nos pasó con los hotentotes.

Charles sonrió, y para alejar aquella conversación dijo:

—¡Miren que linda aparece la estrella más grande del cielo!

La luna no había asomado aún y Venus aparecía con toda su magnífica belleza, y el cielo, libre de nubes, lucía un azul oscuro profundo.

—Sí, Venus nos encanta con su brillo, pero...¿crees tú que sea la más grande del firmamento?—Preguntó Raflo—.

—No se necesita mucho para creerlo—dijo riendo Charles—basta con no ser ciego.

—Supongo que no hablarás en serio.—Añadió Raúl—.

Charles, miró alternativamente a sus interlocutores, para ver si bromeaban, sacando en consecuencia que no era así, por lo que les dijo:

—Supongo que ustedes se referirán al lucero de la mañana.

—No, amiguito. Ese lucero es Venus también, y es una de las estrellas más insignificantes del espacio, solo, que como está cerca, nos parece más grande que las otras, pero su volúmen es solo igual al de la tierra...

—¿Qué dice usted? ¡Eso no puede ser! ¿Cómo va a ser posible? ¡Tan grande...! ¿cómo va a ser?—decía escéptico el jovencito.

Por tales aspavientos vieron los jóvenes que el pobre Charles, no tenía la más rudimentaria noción de astronomía. De esa Gran ciencia que deleita el alma, eleva el espíritu, y nos lleva a las regiones del infinito, haciéndonos gozar sensaciones tan dulces y elevadas, que nos olvidamos de la deleznable materia, más o menos bella que nos envuelve.

Como la hora, el lugar y las circunstancias que los rodeaban eran propicios, Raflo decidió descorrer un tanto el velo de ignorancia que cubría la mente de Charles, disipando algo las tinieblas que lo envolvían, llevando un poco de luz a su espíritu.

Con tono dulce y reposado habló así al joven guía:

—Amigo mío, comprendo que te parezca imposible, porque hay cosas tan grandes en el Universo, o mejor dicho en el infinito, que así, porque sí, no se puedan creer. Pero lo que yo te digo, ya lo han investigado y probado muchísimos hombres, que se dedican a las exploraciones celestes, y cuyas investigaciones son más eficientes que nuestras exploraciones terráqueas.

—¿Qué dice?—Preguntó Charles asombrado.

—Puedo asegurarte, por ejemplo, que los astrónomos conocen más de la faz visible de la luna, que los geógrafos este continente africano que hoy exploramos.

—¿Es posible?—Interrogó de nuevo Charles, con disimulada sonrisa de desconfianza.—

—Es muy cierto,—afirmó Raúl—llevando la convicción a Charles, de que aquellos jóvenes eran completamente distintos de los que él, hasta entonces, había tratado, y por lo tanto, incapaces de engañarlo. Esa creencia hizo nacer en su corazón un sentimiento mezcla de respeto y afecto hacia los exploradores, y un deseo intenso de oirlos hablar, de lo que él jamás había pensado; así es que dijo, con cierto tono de convicción:

—Entonces, si Venus es del tamaño de la Tierra...la Luna será cien veces más grande...

—No, la Luna es mucho más pequeña que la Tierra; solo tiene como cuatro veces y media el tamaño de la península Ibérica.

—¿Cómo va a ser eso, si la Luna se ve que es más grande que Venus!

—Es cuestión de distancia, Charles, y esta distancia te la voy a representar de la manera que te sea más comprensible. ¿Has visto correr trenes expresos, verdad?

—¡Ya lo creo, parecen balas!

—Pues imagínate que pudiera marchar un tren a la luna sin detenerse en su carrera; para llegar a ella tardaría unos ciento sesenta y seis días...

—¿Qué dice? ¿Tan lejos está? ¡Si parece tan cerca!

—Es relativamente cerca; pues, a Venus, tardaría en llegar ese tren desarrollando la misma velocidad, unos cincuenta años.

—¿En cincuenta años? —interrogó—creyendo que su interlocutor se había equivocado.

—Sí, no lo dudes—añadió con tono convincente Raúl—.

—Pues entonces ¿cuántos años tardaría en llegar el mismo tren a la estrella que está más lejos de nosotros.

—¡Oh, la estrella más lejana... nadie lo sabe!—Dijeron tan a la vez los dos exploradores, que sus palabras parecían una sola—.

—¿Ah, eso no lo sabe nadie? ¿Ni ustedes?—Dijo el joven guía con la risa propia de la ignorancia.

—No solo no lo sabemos, sino que jamás nadie podrá saberlo, por mucho que la ciencia adelante, pues no habrá aparato capaz de sorprender las inconmensurables profundidades del infinito.—Dijo Raflo—.

Aquella peroración pasó a muchos metros de distancia de la comprensión de aquella mentalidad que estaba en la infancia, cuando ya su cuerpo se encontraba en plena adolescencia.

Raúl, que así lo comprendió, se apresuró a añadir:

—No podremos decirte, lo que tardaría un tren expreso a la estrella más distante, pero, en cambio, podemos decirte, lo que tardaría en llegar a la estrella más cercana. Y, recalcando la frase dijo:

—Corriendo sin detenerse un instante, llegaría en cuarenta millones de años.

Por poco que el guía conociera de números, encontró enorme esta anonadante distancia, y permaneció en silencio algunos segundos, sin que los exploradores intentaran interrumpirlo.

Después preguntó:

—Y en qué tiempo llegaría al Sol?

—En llegar al Sol tardaría 177 años.—Dijo Raflo con esa naturalidad, de quien está familiarizado con las grandes cifras de las distancias del infinito.

El inglesito, sí que se daba cuenta de esta cantidad que juzgó enorme, pensando como sería posible, que en el cielo existiera una distancia tan enorme, pues casi le parecía más grande que la inconcebible para él de cuarenta millones. Por mucho rato quedó pensativo recordando la vertigi-

nosa velocidad que él había observado en los trenes expresos. Mucho debió impresionarle la distancia al someter su mente a un trabajo que jamás había realizado, cuando a fuerza de deducción y cuando menos lo esperaban los exploradores dijo:

—¿Y qué tamaño tendrá pues, el Sol...? tiene que ser más grande que la Luna, y... según ustedes, que la Tierra.

—Ya lo has dicho, tan grande es, que la mente no alcanza a representarlo, pues es cerca de un millón cuatrocientas mil veces mayor que nuestro planeta.

—¡Entonces será más grande que todas las estrellas, luceros y tierra juntos!—Contestó el pobre joven que ignoraba tantas cosas.

—No, amigo mío, con ser tan grande, es más pequeño que muchas de las estrellas mas pequeñas que estamos contemplando.

—¡Cómo va a ser eso! ¡No puede ser...! ¿Entonces, quedan más lejos que el Sol?

—Muchísimo más, Charles; el espacio es infinito.

—Para que puedas darte una idea de lo distante que estamos nosotros —dijo Raúl—te diré que algunas de esas estrellas, la que más próxima está a nosotros: su luz tarda en llegar a la Tierra más de cuatro años, mientras que el Sol, con distar de nosotros, treinta y siete millones de leguas, su luz nos llega en ocho minutos, y has de saber también, que la luz recorre el espacio a razón de setenta y cinco mil leguas por segundo.

—¿Qué dice? A la verdad, que si me pongo a pensar todo eso me vuelvo loco.—Dijo con ingenua sinceridad el jovencito.

—Pues no se hable más del asunto—dijo Raúl.—

—No, no, al contrario—dijo vivamente Charles—háblenme, que mucho me gusta oirlos, ¡mas...eso es lo inconcebible!—y añadió ¿qué tiempo tardará la estrella mas lejana?

—¡La más lejana, la más lejana...¿quien sabe eso? Pero en cambio te diré, que la luz de algunas tarda siglos en llegarnos. ¡A tan enorme distancia se hayan!

—¡Oh, la mente se pierde pensando eso...!—Dijo Charles—.

—Así es, la mente se pierde en el vacío; es tan grande el espacio y está todo tan grandiosamente dispuesto, que esos astros tienen sus órbitas inmensas, que recorren con vertiginosa carrera, sin que se encuentren sino muy raramente.—Dijo Raúl—.

Estoy queriendo recordar las veces que dicen que la Luna es más grande que la Tierra.—Dijo Charles, mirando la bella Febea, que acababa de aparecer radiante sobre una pequeña colina.

Raúl esperó que Raflo contestara esta vez al guía, pero, aquél estaba ensimismado en la contemplación de una estrella, y Raúl comprendió las evocaciones que le traería, así es que, sonriendo a Charles, contestó él, para no interrumpir a su amigo en sus dulces recuerdos.

—Te equivocas, la Luna es más pequeña que la Tierra.

—¿Cómo se ve tan grande...?

—Porque no está muy distante.—Contestó Raúl, lacónico, pues más deseos tenía de meditar, que de hablar; pero el pobre joven guía le habían entrado ansias de saber, de que le hablaran de lo que jamás había oído hablar, pues no había asistido a escuela más que el tiempo necesario para aprender a leer y escribir malamente.

—¿Qué distancia estará de nosotros?—Interrogó nuevamente—.

—Trescientos treinticinco mil ciento treinta y cinco kilómetros. —Contestó Raúl—.

En cuanto Raflo, ni siquiera se daba cuenta de lo que estaban hablando.

Charles abrió los ojos y la boca al oir tantos números, como si fuera la cifra mayor que había oído esa noche.

Raúl no pudo por menos que sonreir ante tal aspaviento.

—¿Pero a eso llama usted cerca...?

—Comparado con otras distancias sí...

—Pero yo he oído decir, que Marte es la estrella que está más cerca de la Tierra, que una noche del mes de...bueno, no sé...que iba a pasar muy cerca de nosotros, tanto que yo me acosté temprano por si se acababa el mundo...

—Efectivamente, cada cien años se acerca tanto a nosotros, que apenas si dista quince millones de kilómetros.

Esta gran cifra la dijo en tono jocoso, esperando ver el asombro que en el joven guía causaría, pero éste parece que no la consideró en toda su magnitud. Pero en cambio enseguida dijo así:

—Antes sí que yo no tenía, ni idea de nada del cielo. ¡Ya tengo deseos de estar entre mis amigos para enseñarles todo lo que he aprendido, y poderles demostrar que ellos no son más sabihondos que yo!

Al decir así, se daba un aire de sabio, que provocó la risa de Raúl, el cual le dijo:

—¡Oh, amigo, estudia para que sepas algo, y aun estudiando mucha, siempre ignorarás más de lo que aprendas!

—Pues yo creo que usted no ignora nada...¿verdad?

—¡Oh, Charles...cuan lejos de eso estoy; yo solo "sé lo suficiente, para saber que no sé nada"!

—"Ese es el principio de la sabiduría"—dijo sentenciosamente Raflo,—que en ese momento, volvía de sus ensueños a la realidad de la vida.

—No, Raflo, mi saber, está aún lejos del principio de la sabiduría. Mis conocimientos solo sirven para tener el dolor de saber que hay tantísimas cosas que aun no he aprendido...¡Tantas cosas ignoro! ¡Tantas cosas quisiera estudiar...!

En este momento oyeron sonar la hojarasca como si alguien la apartase con cuidado, y a la vez un sutíl tintineo.

—¡Tengan precaución—dijo Raflo—, porque se acerca una serpiente de cascabel!

—¿Pero quien puede haberle puesto cascabeles?—Dijo Charles asombrado—.

—No es que tenga cascabeles, sino que la cola está provista de unos anillos, que al andar, producen ese ruído, más perceptible aún, cuando se encuentra irritada.

—Pues en tantas veces que tengo recorrido estos lugares, nunca había oido ni visto tal cosa.—Dijo Charles, aunque en tono poco convincente.—

La serpiente, ya sea porque ese no era su camino, ya porque la voz de los exploradores la ahuyentase, el caso es, que no se dejó ver de ellos, quedando la duda en el ánimo de Charles, que no podía comprender, cómo aquel sonido, fuese producido por la cola de un reptil. No obstante su creencia, se guardó de discutir con los exploradores, a quienes, por el ligero barniz de astronomía, que le habían mostrado, los juzgaba sabios... ¡Pobre Charles, tan joven e ignorante, teniendo ante sí tantos años para estudiar!

Los dos exploradores parecían poco dispuestos a seguir la conversación, y ambos se entregaron a sus meditaciones.

La mañana, con aquel instantáneo amanecer, encontró a los tres jóvenes en pie, dispuestos a saludar a Natura junto con las aves canoras. El disco solar apareció tan rápido, como si se encendiera una luz, disipándose las tinieblas. Los pájaros de brillantes plumajes entonaban sus cánticos al nuevo día, y los monos formaban una gran algarabía. Todo era luz, vida y belleza en torno de los viajeros, y éstos a su vez, sentían en sus venas el

influjo de aquella vida. Mas, Raúl, aparecía lánguido y melancólico. Parecía que un gran pesar lo abatía. ¿Qué le pasaba? ¿Era que recordaba el disgusto que le causó asistir al baile de la noche anterior? No, esta no era la causa, motivo de su tristeza, era su incertidumbre respecto a la existencia de Mario. Le había escrito, y en aquellos momentos le parecía que vivía. No le cupo duda alguna; pero...después...¡Oh dolor, se le presentaba él, tendido a sus pies con un puñal atravesando su espalda! ¡Cómo le hacía sufrir esta idea! ¡Cómo rememoraba aquel horrible drama! Pero...¿porqué acariciaba en su cerebro la idea de que él viviera...?

¡Cómo pensaba en su buena y querida madre! ¡Oh, pobrecita, víctima de la infamia de aquel hombre!

Mucho se alegraba de que aquel guía los acompañara. Así podía quedarse atrás, y marchar a solas con sus pensamientos, sin que Raflo se diera cuenta de su súbita tristeza.

Muchas horas llevaban de marcha tranquila, cuando de entre unos matorrales, vieron salir un gran león. Era un hermoso y corpulento ejemplar, que medía tres metros desde la cabeza al fin del cuerpo, sin contar la cola, que terminaba en espesa mota.

Levantó la cabeza y sacudió la hermosa melena con un gesto de arrogancia, seguro de su fortaleza, y como expresando en este gesto, ser el rey de las selvas, dispuesto a castigar, cuando quisiera, a quien hollaba sus posesiones.

—¡Qué hermoso ejemplar!—fueron las únicas palabras de Raflo, que entusiasta admirador de la fauna, no vió en la temible fiera, más que su belleza.

Raúl, por el contrario, solo vió en aquel tipo, una terrible amenaza para sus vidas, y sin detenerse a pensar, disparó repetidas veces su rifle sobre él, quedando sin vida en pocos segundos.

En cuanto al pobre Charles, apenas lo vió, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo, presa de terror tal, que no pudo articular sonido. Todo esto había sucedido con la rapidez del rayo.

—¡Qué lástima, amigo mío,—dijo Raflo—yo hubiese querido contemplarlo más tiempo! ¡Qué tipo...qué arrogancia, que...

—Todo lo que quieras, Raflo; pero le hubiese bastado dos saltos para que alguno de nosotros no existiese ya..

—Tienes razón... me sugestionó su arrogancia.

Al decir esto, buscó con la vista al pobre Charles, el que yacía tendido en tierra con los ojos muy abiertos y la faz desencajada por el terror.

—¡Pobre muchacho!—dijo Raúl— y corrió hacia él para auxiliarlo entre ambos.

Después de unos segundos, Charles pudo articular sonido y sus primeras palabras fueron:

—¿Lo mataron? ¿eh? ¡Qué susto!

—No temas, amiguito,—dijo Raúl en tono fraternal—la temible fiera, dejó de serlo ya.

Y Raflo añadió:

—Es preciso, Charles, que trates de sobreponerte cuando veas de cerca el peligro, y en vez de darte para festín de fieras, trates de hacer uso de tu rifle, conjurando el peligro; de lo contrario andamos mal...

En ralidad, a Raflo le había disgustado mucho, aquel pánico del guía, y se extrañaba que siéndolo, no estuviese habituado a tales peligros. Sin decir más, se dirigió al león para contemplarlo a su gusto. Raúl, más compasivo, como mujer al fin, le dijo al joven, quedándose a su lado:

—Sí, Charles, en estos lugares sabes que a cada paso nos amenaza un nuevo peligro, hay que estar muy alerta y dispuesto a disparar siempre. A estas fieras no hay que darles tiempo para nada.

—Sí, sí; ya veo que matándolos, es como se salva uno de sus garras, pero... ¡qué miedo me dió!

—¿Pero es posible que tú sirviendo de guía no hayas perdido, al menos en parte, el miedo que naturalmente su fiereza inspira?

—¡No puedo mentir más,—dijo el joven inglés,— yo no soy guía, ni jamás he cruzado por estos contornos: lo que sé de ellos, es de oírselo contar a un guía, con quien tenía amistad.

—¿Es posible...!—Dijo Raúl—.

—Espero sabrán perdonarme la imprudencia cometida, hija, no de la malded, sino del deseo de ser vuestro compañero de excursiones, ya que las proezas de ustedes me atraían grandmente y mi torpeza no me sugirió mejor idea para conseguirlo.

—¿Es decir que tú no sabes donde nos encontramos, ¿verdad?

—En cuanto a eso sí; recuerdo todos los detalles que oí.

—¿Porqué no nos hablaste con franqueza antes de partir?

—Porque creí llegar al fin de la jornada sin encontrar las fieras, y por el temor de que no me aceptasen por compañero.

—¿Pero, sabrás guiarnos?

—Seguro estoy de ello. Antes de dos días estaremos entre bosquimanos.

—Bien; no comunicaré a Raflo tu engaño—dijo Raúl,— a condición de que en lo sucesivo, no trates de repetir esa acción, que bien pudiera traernos consecuencias lamentables.

—Lo prometo.—Contestó el joven turbado—.

Raúl nada habló del asunto a su amigo, que examinaba a su gusto el león repitiendo:

—¡Qué hermoso ejemplar! ¡Qué garras tan potentes! No en vano son sus zarpazos, capaz de matar hasta un buey.

—Dicen que sus zarpazos desarrollan una potencia como ningún otro animal puede compararlo.—Dijo Raúl—.

—Se me ocurre—dijo Raflo—, que si yo hubiese vivido en la antigüedad en Agrigento, de haber sido condenado a la última pena, hubiese preferido morir entre estas potentes garras, antes que abrasado por el toro de Falaris.

—¿Ese Falaris era un toro que quemaba?—Preguntó Charles asombrado.

—No, Falaris no era el toro, sino el tirano cruel que mandó construir un toro de cobre, y después de ponerlo incandescente, condenaba a las infelices víctimas, a ser encerrados dentro de él, para que sufrieran el suplicio de ser achicharrados vivos.

—¡Qué horrible suplicio!—dijo Raúl—.

—¿Y no hubo allí quien matara a ese criminal?—Dijo Charles muy nervioso—.

—Sí hubo quien lo intentara, y de paso verán lo que puede una amistad fraternal: "Había en aquella época un ciudadano nombrado Menalipo, que no pudiendo sufrir más las injusticias de aquel tirano, decidió matarlo tan pronto se presentase oportunidad para realizarlo; idea que comunicó a un íntimo amigo llamado Corinton, quien participó de su opinión y sin que el primero pudiese darse cuenta de su resolución, salió de su casa armado de un puñal y fué en busca de Falaris; cuando iba a descargar el golpe mortal que acabaría con la existencia de aquel tirano, fué aprehendido. Seguro Falaris de que su agresor tendría cómplices que se ocultaban en la sombra, decidió aplicar a éste el tormento para que declarase quienes eran, lo que sufrió estoicamente Corinton, sin que de sus labios saliera una inculpación para su amigo. Pero Menalipo, sabedor de lo ocurrido a su amigo, se presenta como su inductor, tratando de demostrar que aquél, había obrado

por obedecerle. Corinto niega y dice: que su amigo trata de salvarlo sacrificándose por él. De tal manera discutían los dos amigos, que aquel hombre, de corazón endurecido, se asombra primero y después, enternecido por la acción noble y generosa de aquellos dos seres, les perdona la vida y devuelve sus bienes, queriendo atraer para sí aquellos nobles amigos, cuya fraternidad le asombraba".

—Dicen que en la antigüedad, los habitantes de Agrigento, hacían derroche de un lujo deslumbrador.—Dijo Raúl—.

—A tal extremo era el derroche, que un acaudalado llamado Callais, daba diariamente banquetes suntuosos, a los que hacía que sus sirvientes invitaran a todo extranjero que encontraran.—Contestó Raflo—.

—Debía ser un hombre muy vanidoso.—Añadió Raúl.—

—Tanto gustaba demostrar en todo sus riquezas, que una vez, en ocasión de haber llegado a su ciudad quinientos caballeros, no solo los alojó en su casa, sino que, como empezó a lloviznar cuando partían, regaló a todos de su guardarropa personal, costosas mantas.

—¿Regaló quinientos mantos?

—¡En efecto! Su vanidad era sin límites!

—También tenía orgullo por sus sólidas y bellas construcciones. ¡Qué edificios!...

—Entonces está bien fundado el dicho "de que los agrigentos fabricaban como si no hubiesen de morir nunca"...

Raflo sonriendo, interrumpió a su amigo terminando la frase:

—"Y comían como si hubiesen de vivir un solo día..."

—¿Qué te parece Charles...?

Este soltó la risa, con la franqueza propia de sus pocos años y confesó:

—Yo creo que esa es la mejor manera de vivir...

—Eso, a mi ver, es vivir por comer, y lo mejor es, comer para vivir—Le dijo Raflo—.

Charles, esta vez, solo sonrió, pero al pernoctar un momento después, comió poniendo en práctica el consejo de Raflo, renunciando a su glotonería habitual.

DESENTERRANDO UN VIVO

Como había previsto Charles, al amanecer del segundo día, los exploradores vieron que la vegetación disminuía notablemente, a medida que ellos avanzaban, hasta llegar a convertirse en un terreno seco y árido, donde comenzaba el desierto de Kalahari, el lugar estéril, en que habita esa raza tan atrasada...que parece uno de los eslabones de los primates.

Mucho rato hacía que los exploradores andaban por el árido terreno, sin descubrir ni una cabaña ni choza, que denotase la presencia de seres humanos; cuando de repente y sin esperarlo, vieron salir de la oquedad de una peña, un hombre, varias mujeres y muchos chiquillos, que dormían la siesta en aquel hueco, que constituía su casa.

Su cuerpo flaco y desnudo, su mirada estúpida y salvaje, les daba un aspecto repulsivo. Estaban en presencia de los bosquimanos.

Sus pieles de color amarillo sucio, tienen el aspecto de cuero curtido. El pelo lo tienen en pocas motas y los ojos muy seperados, con fisonomías completamente repulsivas.

Aquella era la morada de estos seres, que tienen un escalafón más bajo que los hotentotes, pues los bosquimanos no reconocen el matrimonio, y las mujeres son sus esclavas considerándolas como bestias de carga.

Viven en absoluta vagancia, siendo su única ocupación, buscar lagartos, hormigas, larvas y serpientes, que constituyen su alimentación, sin hora fija, sino cuando las encuentran.

Su único deseo es, que lleguen las plagas de cigarras, pues se presentan en tal profusión, que no les dá el trabajo de buscarlas, y en esta época engordan hasta sebarse; ¡tantas cigarras comen!

Cuando de modo tan inesperado se encontraron con estos bosquimanos, Raúl dió un salto atrás, sin poderse contener.

—No le tema—dijo Charles,— no comen carne humana.

—Ya sé que no son antropófagos; pero en cambio, tienen un olor tan ofensivo, que no puedo soportarlo.—Contestó Raúl— En efecto; estos

seres, que de por sí son asquerosos, llevan por delante una especie de falda o delantal de piel de chacal, que mezclado con su sudor despide un olor irresistible.

No llevaban aún dos minutos allí, cuando pudieron observar que de entre unos hoyos, salían otros individuos del mismo tipo, y de entre matorrales, otros y otros más.

—Fíjate Raúl, estas son sus viviendas, ni siquiera se forman una mala choza, sino que aprovechan lo poco que el suelo, naturalmente les ofrece.

—¡Qué mísera existencia!—Dijo Raúl—.

—¡A qué no la quieren cambiar...!

—¿Pero, cómo será que las fieras no se los comen, viviendo a la intemperie?—Dijo Charles.

—Porque no podrán soportar su peste.—Contestó Raúl riendo—.

Y Raflo agregó:

—Las fieras no vendrán a menudo al desierto.

Los exploradores observaban detenidamente aquellos seres, mientras distribuían confites entre los chiquillos, los cuales apenas los llevaron a la boca los arrojaron con un gesto de repugnancia. Jamás habían probado confituras.

Dichos seres no poseen lenguaje alguno, y solo hablan por gestos.

Pocos momentos después de la llegada de nuestros exporadores, desprendióse un pedazo de una peña, la que rodó precipitadamente al lugar en que los bosquimanos se encontraban, matando instantaneamente a una mujer que acababa de dejar en el suelo a un niño de pocos meses, a quien estaba lacteando, el que se alejó a gatas quedando ileso del accidente. ¡De nada valió a este pobre ser, haberse librado de quedar bajo la peña!

Los bosquimanos, como es costumbre entre ellos, hicieron un hoyo en el terreno, y en él colocaron la muerta, y... ¡horror! con ella enterraron, con la mayor naturalidad y sin compasión, a la criaturita que lactaba su madre, y que se había apartado de ella en el momento de la desgracia.

—¡Ay, que horror Raflo,—dijo Raúl—alejémosno de este lugar, no quiero permanecer más tiempo entre estas gentes; ya hemos visto bastante, vámosno !

—Sí, regresemos, estos seres son peores que los animales, no esperemos más.

—¡Pudiéramos intentar sacar el niño, Raflo!—Dijo Raúl angustiado—.

—Tendríamos que acabar con todos—dijo Charles—, estas son sus costumbres y nadie podrá quitárselas.

—¡Ay, pero no hallo como irme sin salvar esa pobre criatura...! —Dijo Raúl.

—Probemos—contestó Raflo—.

—No, yo no me acerco—dijo Charles echando a correr—.

—¡Charles!—gritó Raúl en tono imperativo—¡Ven! Mantén a raya ese grupo, mientras Raflo intimida aquel!

Ante aquel mandato, el inglesito no pudo menos que obedecer.

Raúl, sin decir palabra se puso a escarbar la arena que cubría al infeliz niño, mientras los bosquimanos rugían de furor, sin atreverse a acercar por los disparos que los compañeros de Raúl hacían al aire.

Cuando Raúl desenterró al niño, estaba ya sin conocimiento y la boca y nariz totalmente cubierta de arena.

Raúl, empezó por limpiar las fosas nasales y bucal, y después de mover sus miembros y friccionar la región pectoral, logró volver en sí al niño, y al ver que los salvajes se acercaban dijo:

—¡Ahora, vámosno, no quiero saber lo que hagan otra vez!

Los salvajes, se quedaron asombrados de que aquel muerto lo pudieran resucitar, y se apiñaban haciendo gestos, que es su lenguaje, resultando más repulsivos aún, con el asombro que manifestaban.

Raúl echó a correr sin volver la vista atrás queriendo ignorar lo que hicieran con el infeliz niño...

Su conciencia quedaba tranquila de no haber dado la espalda, dejando enterrado un ser vivo.

¿Qué hicieron después los bosquimanos? ¿Respetaron aquella corta existencia? ¿Cumplieron nuevamente su inhumana costumbre...?

Estas son cosas que Raúl siempre quiso ignorar, y yo, querido lector, no aclaro, corriendo un velo en el insondable arcano de estos hechos.

Los jóvenes emprendieron el camino de regreso, pero sea porque ellos confiaban en el práctico, sea porque todos iban abstraídos en el recuerdo de los hechos presenciados, el caso es que, desviaron el camino y marcharon al suroeste de Kimberley, sin darse cuenta, hasta pasados varios días, al llegar a las paralelas al sur de Kimberley.

—¡Estamos extraviados!—dijo Raúl—.

—¡Ya lo había notado—contestó Raflo—, pero creía que Charles quería llevarnos a algún lugar determinado.

Charles, turbado por el peso de la culpabilidad de que su conciencia le reprochaba, en un rapto de sinceridad, confesó a Raflo lo que antes había hecho a Raúl, pidiendo excusas por su falta cometida.

Aquel cretense, que antes era dominado por el espíritu de misantropía y cólera que en circunstancias por nosotros conocida había abandonado; se sonrió benévolo diciendo:

—No tengas pena, amiguito, nos dirigiremos a la Cafrería, y visitaremos a estos salvajes, que estaban fuera de nuestro itinerario.

Raúl no se dió cuenta de las manifestaciones de Raflo; tenía la vista fija hacia el este, y toda su atención la había puesto hacia aquel lugar.

UN HOMBRE MISTERIOSO

¿Qué sucedía?

Su fino oído había percibido un ruido confuso y lejano. ¿De qué se trataba?

Antes que él diera la voz de alarma, ya sus compañeros habían sentido aquel ruido inusitado, que aumentaba rápidamente. Sentían trepidar la tierra bajo sus pies, como si cientos de caballos viniesen en precipitada carrera.

—Raflo, creo que debemos subirnos a estos árboles—dijo Raúl— siguiendo el hecho al dicho, lo que sus compañeros imitaron, creyéndolo más que prudente.

Un momento después venía corriendo un hombre, de edad indefinida, con la vista extraviada y la respiración fatigosa.

—¿Eh, buen hombre, qué le pasa?—Dijo Raúl compasivo—.

—¡Ay, me vienen siguiendo, estoy perdido!—Dijo en correcto inglés aquel infeliz.

—¡Suba!—Dijeron los tres a la vez—.

—¡No puedo más!—Contestó doblándosele las piernas—.

En menos de un segundo, un lazo corredizo lo aprisionaba por la cintura.

—¡Sujétese bien, amigo!—Dijeron los jóvenes izándolo—.

Apenas suspendido algunos metros, cuando dos enormes elefantes cruzaban casi bajo el árbol, con aplastante carrera, rompiendo cuantos arbustos encontraban al paso.

—¡Tírenle!—Susurró el infeliz, que ya había logrado agarrarse a una fuerte rama.—

—¡Es inútil!—contestó Raflo,— ellos siguen su carrera.—

—¡Volverán!—Dijo el fugitivo.—

En efecto, no habían adelantado muchos metros, cuando los enormes paquidermos se pararon en seco y levantaron su grandísima trompa a todos los vientos.

—¡Nos han visto!—Dijo el inglesito—.

—No. pero han perdido mi rastro y lo buscan.

Los gigantescos elefantes, giraron sobre sus pasos y se dirigieron al corpulento árbol en que se encontraba el fugitivo y los exploradores.

—¡Estamos perdidos si no toman bien la puntería!—Dijo el perseguido.—

Los animales llegaron bajo el árbol y extendieron su trompa directamente hacia donde éste se encontraba, quien precavidamente, se había subido más alto que sus salvadores.

Aquellas enormes y temibles trompas, pasaron tan cerca de Raflo y el inglesito, que éste, del susto, cayó ante las patas delanteras de uno de ellos. Raúl, lleno de indecible terror, pensando en el triste fin que le esperaba al apócrifo guía, lanzó un grito desgarrador.

Mas, ¡oh sorpresa!. El paquidermo lo huele, y echa un paso atrás, como para demostrar que no le haría daño.

El pobre hombre gritaba:

—¡Maténlos, mátenlos!

La recomendación era inútil, pues los dos exploradores conociendo el peligro que les amenazaba, disparaban contra las enormes moles del reino animal terrestre. Muchos proyectiles necesitaron aquellos proboscidios para quedar abatidos, pues su piel es como una coraza: ¡tan gruesa es!

Los animales que al principio habían respetado la vida del inglesito, ahora lo buscaban con la trompa, y con sus pesadas patas daban en el suelo intentando cogerlo bajo ellas; pero sus salvadores habían tenido cuidado de cegarlos a los primeros disparos, sin cuya precaución hubiera perecido su compañero; por más que éste se ocultara tras los enormes troncos de los muchos árboles que por allí había.

Cuando los exploradores vieron caer aquellos gigantescos mamíferos, bajaron precipitados, no así el fugitivo inglés, que aún se creía en peligro.

Ya en tierra, empezaron a examinar los temibles proboscidios, y Raflo, llevado de su vocación por los animales, se acercó demasiado a las patas de uno de ellos, para examinar por sí sus cinco dedos; y, sea que el animal lo sintió, o porque esta fuera la última convulsión de su agonía: la descargó sobre una rodilla de Raflo arrojándolo al suelo.

Raúl, que quería a su amigo como a un hermano, lanzó un grito y acudió en su auxilio, creyéndolo con graves lesiones. Pero Raflo, ayudado por su amigo se levantó, asegurando que no era nada.

El perseguido, viendo caer a uno de sus salvadores, bajó precipitadamente y apoderándose del arma del inglesito, dió el tiro de gracia al coloso.

Después sentáronse los cuatro a reposar bajo la sombra de aquel árbol, y el desconocido empezó así:

—¡Gracias, buenos jóvenes; gracias por haberme salvado de mis mortales enemigos...!

—No debe usted darlas—dijo Raflo—, pues hemos hecho lo que cualquiera en nuestro caso.

—Aparte de que con eso también defendíamos nuestras propias existencias—Dijo sonriendo Raúl—.

—No amigos, la de ustedes no estaba en peligro con tal que no hubiesen intentado salvar la mía.

—¡Qué dice...!—Añadió Raflo algo escéptico—.

—Lo que ustedes oyen; y para que puedan darse cuenta de la magnitud del servicio que acaban de prestarme, he de hacerles historia de largos hechos: Hace algunos años que, impulsado por causas que no vienen al caso referirlas, vivo en estas selvas. En ella era feliz hasta no ha mucho, pues me acompañaba mi bella y buena esposa, y...

—¿Murió acaso?—Interrogó Raúl emocionado—.

—¡Valía más que así hubiera sido!—Dijo tristemente el interpelado.—

Los jóvenes no volvieron a interrogar respetando la gran pena que embargaba a aquel pobre hombre.

Después de una ligera pausa, en que el desconocido se repuso un tanto de la emoción que lo invadía, prosiguió así:

—Vivíamos en unión de dos hijitos de tres y dos años, y... ¡cuan felices éramos!

—¿Y sus hijitos?—Interrumpió Raúl sin poderse contener.—

—¡Mis hijitos.. .están en mi casa!

—¿Con quién?— Volvió a preguntar Raúl—.

—¡Solo tienen por compañía, la protección Divina!

—¡Pobrecitos! ¡Vamos allá!

—¡Sí, vamos...! Tardaremos varias horas en llegar.

—¿Tan lejos está su casa?—Inquirió Raflo—.

—Sí, sí, muy lejos debe de estar...!—Dijo con tono angustiado el desconocido.—

Los jóvenes se miraron creyendo tratar con un desequilibrado; pero el desconocido decía verdad: ¡su casa estaba muy lejos!

Aquellas miradas cruzadas entre los exploradores, fué notada por aquel desdichado, llegando a comprender la creencia que sobre él tenían sus salvadores.

Por un instante vino a su mente la idea, de que aquellos valientes jóvenes, podían ayudarle en la peligrosa empresa que debía afrontar para salvar su buena y amante compañera, y decidió concebido sobre él, quizás se decidieran a ayudarle, y un rayo de esperanza vino a iluminarlo.

Así que, mirando a entrambos les dijo:

—Ya sé, buenos jóvenes, que por vuestras mentes ha pasado la idea de que yo pueda ser un desequilibrado, y en verdad, que si esta situación mía se prolongase demasiado, si yo no logro salvar a mi esposa, irremediablemente enloqueceré, y...¿qué será ertonces de nuestros hijitos...?

Esta peroración interesó vivamente a los exploradores, que a la vez dijeron:

—¿Salvarla dice? ¿Está en peligro?

—¡Ay,... y tan grande, que no puede ser más!. Les haré toda la historia... pero les ruego, que marchemos cuanto antes, pues mis inocentes hijitos están solos. ¡Vamos!

Así diciendo púsose de pie, imitándolo los dos jóvenes. Charles, que aún no había acabado de pasar el susto y el magullamiento de la caida del árbol, que fué menor, porque la trompa del elefante, al caer en ella, había mitigado el choque: se había alejado un tanto tendiéndose en el suelo y quedándose adormecido.

Los exploradores dirigieron la vista hacia donde él estaba y... ¡oh sorpresa!: junto a él una enorme pantera yacía agazapada, dispuesta a dar su salto final que la haría caer sobre su vigilada presa.

Nuestros exploradores, rápidos como el rayo, hicieron funcionar sus rifles, y tan temible fiera cayó atravesada por dos proyectiles, salvando así de una muerte cierta a su pobre compañero, en cuyo cuerpo la pantera, llegó a hacer presa, ocasionándole lesiones.

Charles, presa de indecible terror por la presencia de la fiera y por el dolor que experimentó al sentir la dentellada en sus carnes, perdió completamente el conocimiento, volviendo en sí después de los esfuerzos realizados por sus compañeros y de haber sido curado de las heridas que presentaba.

Como se encontraba aturdido y por sus pies no podía proseguir la marcha, hubo necesidad de improvisar una camilla para llevarlo. Esta

operación la realizó aquel desconocido, con una agilidad y destreza tal, que admiró a nuestros exploradores. El mismo colocó a Charles en la camilla diciendo:

—Ya podemos marchar: y tomó la delantera, mientras Raflo tomaba el otro extremo, marchando con la rapidez que aquella carga les permitía.

Raúl iba delante para cortar las ramas que se oponían al paso de los compañeros. Durante mucho tiempo siguieron por la brecha que en la maleza habían dejado los paquidermos, en su persecución tras el fugitivo que ahora les acompañaba. Algunas horas después, hacían alto para descansar y tomar algún alimento.

El desconocido apenas si probó bocado; una impaciencia enorme lo devoraba; en su desencajado rostro reflejábase alternativamente el furor o una ternura infinita; otras veces poníase burscamente de pie y recorría a grandes pasos el lugar en que se encontraban, demostrando una febril impaciencia por seguir la marcha. Los jóvenes se miraban preguntándose, si aquél no sería un loco escapado de algún manicomio, y cuya manía sería la que antes les había relatado.

—Señores— dijo el desconocido—, no pueden ustedes conocer la angustia que sufre este pobre corazón, que sufre como padre y como esposo!

Por mucho que ustedes sientan el suceso ocurrido a este muchacho, muchísimo más lo lamento yo, pues que con ello demora la llegada a mi casa, donde mis dos angelitos, esperan llorando el regreso de sus padres ausentes.

Y prosiguió como hablando consigo mismo: Verdad que no tienen relativamente peligro, y tienen alimentos...pero, y...

No continuó lo que iba a decir, que debía serle muy triste. Tomó con febril mano la parte delantera de la camilla, y echó a andar con paso precipitado, tanto que, solo aquél par de jóvenes, acostumbrados a las marchas forzadas, podrían acompañarlo; no obstante, a medida que adelantaban, precipitaba aún más la marcha, casi hasta la carrera, sin dar tiempo a que Raúl cortara los bejucos y ramajes que se interponían al paso, y eso que eran pocos, pues marchaban por el camino que los corpulentos elefantes habían abierto en su carrera.

Muy lúgubres debieron ser sus reflexiones, pues que, después de un rato de precipitada marcha, paró rápidamente diciendo:

—¡Venga, joven, cargue aquí! ¡Yo marcharé delante!. Sigan esta ruta abierta por mis enemigos, y cuando haya que torcer, yo les marcaré el camino a la derecha.

Así diciendo, tomó él rifle de Charles y echó a correr sin mirar atrás.

Los jóvenes hicieron alto, desconfiando de aquél infeliz, que parecía no estar en su juicio.

—¿Qué te parece este hombre?—Interrogó Raúl—

—¡Un loco o un desesperado...!—Contestó su amigo.—

—¿Será verdad lo que dice?

—Al menos, su ansia lo demuestra.

—¡Qué lástima no nos contara su historia!

—Espero que lo hará.

—¿Crees que nos indicará el camino?

—Sí, porque quiere que le ayudemos en una empresa, seguramente peligrosa.

—Llamaba a los elefantes sus enemigos...

—Y ellos lo denotaban en sus hechos, pues a este pobre y a mí, que tan cerca quedamos de sus trompas, no intentaron hacernos daño.

—Efectivamente. El elefante está reconocido como el animal más inteligente.

—Y más vengativo.

—Sí, según dicen, no perdona a quien le ha hecho daño.

—O a su dueño.—Añadió Raflo.—

—Nunca ataca a quien no lo provoca.

—¿Qué le sucedería a ese hombre?

—Ya ardo en deseos de saberlo; creo que entraremos en una nueva aventura...

—¿De qué querrá salvar a su mujer?

—La intrusa pantera nos impidió oir la historia que iba a contarnos.

—Este pobre estará malo?—Dijo Raúl indicando a Charles.—

—No lo creo. El susto era suficiente para impedirle caminar en muchas horas.

—¡Pobre muchacho!—Dijo Raúl suspirando—.

—Si no estás fatigado—dijo Raflo—, vamos a continuar la marcha.

—No, no lo estoy—contestó el joven ocultando el rostro.—

Aquellos dos buenos camaradas reanudaron la marcha, llevando a cuestas el cuerpo de su joven amigo. Marcharon durante horas por aquella brecha que parecía no tener fín. Ambos iban silenciosos.

De cuando en cuando hacían alto para reposar o para ver al pobre Charles.

Al cabo de mucho andar—dijo Raúl a su amigo:

—¡Sabes que los elefantes le dieron la gran carrera!

—En eso estaba pensando; con razón el hombre cayó sin fuerzas.

—Nos quedan un par de horas de sol...—Dijo Raúl—.

—Sí, amigo mío; si no estás fatigado, las aprovecharemos.

Raúl no contestó para no mentir. En realidad, aun no estaba fatigado; pero, ¡pensar que caminaría dos horas más, con aquella carga! le parecía empresa mayor a sus fuerzas; mas, quiso resistir y siguió marchando a buen paso.

Laura era bastante fuerte, debido a la educación que en los Estados Unidos se dá a las muchachas, y luego, por los viajes que había realizado junto a Mario; pero lo que más la había fortalecido, eran los meses que con Raflo había viajado, corriendo los más horrísonos peligros.

Apenas habían andado una hora, cuando Raúl notó las ansiadas señales a la derecha del camino.

—¡Mira, Raflo, las señales...!

Al decie así, Charles se sentó en la camilla diciendo:

—¿Qué señales son esas?

—¡Ah, ya despertaste, cuánto me alegro!—Dijeron a la vez.—

—¿Pero señales de qué?—Repitió Charles.—

—No temas, no son de fieras sino de cuchillo.

—¿Cómo te sientes?—Preguntó Raúl—.

—Ahora, bien—dijo el inglesito acostándose de nuevo.—

—¿Qué tiempo hace me traen así?

—Casi seis horas.

—Estarán cansados ¿verdad?

—Estas señales nos han reanimado.

—Quisiera comer algo.—Dijo Charles.—

—Aun no puedes—le contestaron.—

Unos segundos después, aquel estrecho sendero abierto por el cuchillo del desconocido, terminaba en un terreno completamente cultivado, y tras él, una cabaña.

—¡No nos engañó el hombre!—Exclamó Raúl.—

—Al parecer no.—Contestó su amigo.—

En esto apareció por la orilla del campo sembrado, el pobre desconocido, con dos hermosos niños, de los cuales uno llevaba en brazos.

—¡Ah, pobre padre!—Exclamó Raúl.—

—Sí, el infeliz; no era un loco, como suponíamos.—

Charles, antes que lo pudieran evitar, había saltado al suelo y caminaba perfectamente...

Cuando se aproximaron al desconocido, ambos lo felicitaron por haber encontrado sus hijos bien.

—¿Y su esposa?—Interrogó Raúl.—

—¡Mi esposa...! oh, mi pobre esposa... ¡En ustedes confío para rescatarla.

—¿Rescatarla dice?—Preguntaron a la vez los exploradores.—

—Sí, pero es largo de contar. ¡Vengan, entren a mi casa y les contaré!

Todo recelo desapareció del ánimo de Laura con la presencia de los hermosos niños.

¿Quién había secuestrado o capturado a la esposa de aquel hombre?

¿Qué aventura les esperaría entre los cafres?

Cuando los viajeros se aproximaron a la casa, vieron no solo los extensos sembrados de cerales y legumbres, si que también un pequeño jardín en que florecían variadas y vistosas flores. Un amplio corral, encerraba gran número de gallinas de guinea; y, mas lejos, se veían pastar muchas cabras. Por lo que se veía, el dueño de aquella casa, era un buen hombre.

Aquel amplio recinto estaba enclavado en medio del bosque; era un sitio hecho por aquellos vigorosos brazos. La cabaña era bastante espaciosa y ventilada, y su interior, amueblado con rústicos asientos, forrados con piel de cabra, le daba un simpático aspecto. Todo lo que en aquella alegre cabaña había, estaba hecho por la mano de su morador. Nada denotaba allí, que procediera de alguna ciudad. Aquella familia vivía allí, aislada de todo trato con otros seres.

Aquel hermoso sitio, estaba circundado por grandes troncos de árboles, y por la parte posterior, se deslizaba un riachuelo de cristalinas aguas, y allá, del otro lado, se veía la enorme mole de un manso elefante, el fiel amigo de Fred, que tal era el nombre de aquel buen hombre.

Con gran amabilidad, aunque con mucha tristeza, Fred, les hizo comer la comida que por sí había preparado a su llegada. Los frescos y bien sazo-

nados alimentos, restauraron las fuerzas a los viajeros. Raúl o sea Laura, con esa ternura innata en las mujeres, tomó el chiquitín en brazos y lo mimé, tratando de sustituir las caricias maternales, hasta quedar completamente dormido.

El padre contemplaba esta escena mientras ponía las cosas en orden, y sus ojos se llenaban de lágrimas, pensando en la suerte que su amada compañera corría en manos de aquellas gentes, sintiendo una fuerte contracción en sus labios, que permanecían fuertemente apretados.

Los jóvenes no se atrevían a interrumpir aquel sincero dolor.

—¿Cuando viene mamaíta?—balbució el mayorcito de sus hijos, cuando el papá lo tomó en brazos después de acostar al pequeño.

—¡Pronto, amor mío; pronto.—Contestó aquel desolado padre con voz sofocada por el llanto.

—¿Cómo es que los elefantes lo corrieron a usted tanto?—Interrogó Charles.

—Un momento, joven, permítame que duerma al niño, para hacerles mi doloroso relato...no quiero que él se impresione.

Esta noche quiero salir a buscarla, aquellos de ustedes que quieran acompañarme, me prestarán un gran servicio; pero, no he de negarles, que la empresa es peligrosa.

—Yo me quedo.—Dijo Charles resueltamente.—

—Lo mejor es que usted se quede con los niños; así los acompaña y se repone de sus dolencias.—Contestó Fred.—

—Nosotros iremos a donde haya que ir para rescatar a su esposa, buen hombre.—Dijo Raflo amablemente.—

—¡Gracias, buenos amigos, no esperaba menos de vuestro gran corazón!

Raúl hubiese querido quedarse con los niños, pero ya su amigo había dicho que iría, y no era cosa de retroceder.

La noche había cerrado completamente, presentándose bastante oscura.

Fred, con su niño mayor en brazos, ya dormido, se levantó del rústico asiento que ocupaba, y depositándolo tiernamente en su camita, que el amor de su buena madre había sabido embellecer, dijo así: ¡Reposa allí, bien mío, en tanto parto con estos buenos amigos en busca de tu buena madre, por quien a menudo clamas. que quizás, cuando el nuevo día vuelva entre nosotros, podrás descansar en su regazo y recibir sus tiernas caricias!

Cuando Fred acabó de pronunciar estas palabras, un raudal de lágrimas salía de sus ojos y los reprimidos sollozos lo sofocaban.

¡Pobre Fred, cuánto sufría en aquellos momentos!

La súbita desaparición de su buena compañera, de aquella compañera que junto a él tanto había trabajado en los años de estancia allí, iba a volverlo loco, si Dios no lo remediaba. Mas, la Providencia venía en su auxilio en los desesperantes momentos en que todo lo hacía perdido, y ésta presentose en forma de aquellos exploradores, que en un momento decisivo para él, dieron muerte a los elefantes que lo perseguían, y ahora aprestábanse al rescate de su esposa. Por eso, aunque bastante afligido, no le abandonaba la fé, y creía triufar en la empresa que en breve intentaría.

Después que Fred se hubo calmado de la intensa emoción sufrida, habló así a sus salvadores:

"Les estoy muy agradecido por el bien que me habéis hecho, pues de no encontrarlos en mi camino, a estas horas yo no existiera, y lo que es peor aún, mis tiernos y queridos hijitos, tarde o temprano habrían perecido también, !y de qué manera!. Pero con ser muy grande lo que han hecho, aun espero merecerles mucho más. Con vuestra desinteresada y valiosa cooperación, espero vencer en la empresa a que en breve daremos comienzo."

Los jóvenes creyeron llegado el momento en que les narraría su ansiada histroia, pero Fred, poniéndose de pie, se asomó a la puerta que daba al arroyo y gritó así:

—¡Eh... Tesoro, ven!

!Como era eso; aquel hombre llamaba... ¿sería a su mujer?. Entonces ¿de qué iba a salvarla? Aquello era un enigma para ellos...

Fred, sin dar más explicaciones, había desaparecido por aquella puerta.

—¿A quién llama usted?—Interrogó Charles.—

Esta pregunta perdióse en el vacío; Fred, con largo paso, se había alejado ya de la casa y no oyó lo que se le decía.

Raúl se dirigió a Charles diciéndole:

—Oiga amigo mío, voy a darle un consejo: Procure en lo sucesivo observar mucho y preguntar menos. La observación lo llevará a conocer la verdad, que las respuestas le pueden ocultar.

—¿Estaremos en un caso de aquellos de los cuentos de camnio, en que los viajeros que llegaban a los mesones, si preguntaban no salían vivos? —Dijo Charles con mucho aspaviento.—

—No lo crea—dijo Raflo—que parecía atento a algún rumor lejano.—

—No; aquí no puede suceder tal cosa. Pero debemos ser prudentes...

—¡Escuchen!—Dijo Charles azorado, poniéndose de pie.

—Sí, se siente tropel...la tierra tiembla bajo nuestros pies.—Contestó Raúl y añadió:—¡qué misterioso resulta esto...!

—Nada temas, amigo mío. Esto es en verdad enigmático, pero la luz se hará.

No bien había Raflo pronunciado estas palabras, cuando la luna apareciendo en todo su esp'endor, disipó las tinieblas reinantes, llevando su suave claridad, poesía y luz a aquellos contornos, como si el explorador se hubiese referido a la luz lunar.

El ruido se aproximaba cada vez más, haciendo trepidar la tierra.

—¡Ese es el galope de un elefante!—Dijo Raúl a sus compañeros. —Quédense aquí, que voy a saber de que se trata...

Al decir esto, salió por la misma puerta que antes lo había hecho Fred.

Raúl tuvo que darle ánimo al pusilánime Charles, que se creía amenazado de un gran peligro; en tanto él, apenas disipadas las tinieblas, había cobrado su habitual valor, aparte de que aquel hogar, le parecía un santuario.

En cuanto a Raflo, no había vuelto aún, oyéndosele solo decir:

—¡Ah...!

¿Qué significaba aquella exclamación? ¿Qué había visto?

"EL TESORO DE FRED"

La luna iluminaba el horizonte cuando Raflo se asomó a la puerta que daba al río, y, traspasándola, lanzó aquel ¡ah!, que tanto intrigó a Raúl y a Charles.

Algunos minutos después se oyó el trotar de un elefante, que con la pesadez de su gigantesco cuerpo, hacía estremecer el suelo.

Cuando las pisadas se percibían cerca, Raflo salió y lo distinguió perfectamente a la claridad de la luna; pero lo que arrancó a sus labios aquel ¡ah! fué al ver que cerca de él, una trampa se levantaba, y de ella salía Fred cargado con la ensilladura del elefante.

—Ha descubierto usted mi guarida.—Dijo Fred a Raflo.—

—Usted perdone.—Contestó el explorador.—

—No temo que la descubran los que como ustedes, no solamente me han salvado la vida, sino que me ayudan a restablecer mi felicidad. Añadió Fred.—

—Eso deseamos vivamente.—

Fred lanzó un suspiro y después añadió:

—Ven, viejo. Vamos a buscar tu querida ama.

Como si el elefante entendiera lo que se le decía, levantó su trompa señalando el suroeste.

—Sí, viejo, allá vamos, tú sabes bien.

El noble animal se arrodilló, hasta que el amo terminó de ensillarlo.

Cuando Fred hubo terminado, dándole unas suaves palmadas le dijo en tono cariñoso:

—Ya estás, viejo.

Raflo, hallábase maravillado de la docilidad e inteligencia que demostraba aquel enorme proboscidio, y como lo hiciera notar a su dueño, éste contestó:

—Es de la India; aquellos otros también lo eran—

No dijo más aquel pobre esposo que tenía el alma lacerada; pero esto bastó para demostrar, que los elefantes de la India, se distinguen de los africanos, no solo en que los colmillos de éstos son más largos, la frente convexa y las orejas mucho más grandes que las de aquellos, sino tambien en que son muy inteligentes y cariñosos con sus dueños, a cuya voz obedecen fielmente.

Estos animales, que gustan de vivir en manadas en su estado salvaje, al ser domesticados, renuncian por completo a su primitiva vida, por la grata compañía de su dueño, al que defienden con gran valor, y toman venganza de las ofensas que les son inferidas por otros seres.

Esto es lo que había acontecido al pobre Fred, con aquellos elefantes, que tanto lo persiguieron, y cuyo relato nos hará en su oportunidad.

Cuando terminó de aparejar el elefante, entró en la casa seguido de Raflo diciendo:

—¡Ya estamos listos para emprender la marcha! Usted joven—señalando a Charles—cuidará de los niños como si fueran suyos. En la cocina encontrará usted cuanto para sus necesidades estomacales se requiera. En cuanto a los niños, prefieren frutas y leche, y éstas las hay en abundancia.

No impida usted que "Ternura" y "Bondad" entren en la casa, pues ellas alimentan con su leche mis hijitos.

Y, dirigiéndose a los exploradores dijo:

—¡Vamos ya!

Un momento después llegaban junto al gran proboscidio, que con sus pequeños ojillos los miró desconfiado.

—Son amigos, viejo,—dijo Fred—vamos a buscar tu ama.—

Dirigiéndose a los exploradores les dijo en voz muy baja:

—¡No le demuestren recelo! ¡Acarícienlo!

Raflo no se hizo repetir aquel consejo, pues llevado de su gran vocación por los animales, comenzó a pasarle las manos mientras le hablaba así:

—Vamos, viejo, seremos buenos amigos.

El animal pareció complacido por aquellas manifestaciones de afecto, y volvió su cabeza hacia Raúl, que permanecía alejado, como si esperase de aquél iguales muestras de estimación.

—¡Acérquese joven,—dijo Fred—; demuéstrele cariño y él lo sabrá agradecer.

¡En que apuro se encontraba la pobre Laura; no hallaba cómo tocar al enorme elefante—éste la miraba fijamente, y en menos tiempo de lo que

se pueda contar, la tomó por la cintura con su enorme trompa y la depositó en la silla, antes que se acabaran de dar cuenta de lo que hacía.

La joven estaba que se caía muerta por la impresión recibida, pero tuvo el suficiente estoicismo para no lanzar los gritos que oprimían su garganta.

Mientras Fred subía por la escalera, luego que los otros lo habían hecho, dijo:

—Le ha querido demostrar, cariño y sumisión: así hace siempre con mi esposa.

Aquellas palabras tuvieron un eco desastroso en el ánimo de la pobre joven, que sentía oprimírsele el corazón y que una gran angustia se apoderaba de su ser.

Mientras el elefante trotaba en dirección al río, ella pensaba:

—¿Será posible que este animal haya conocido que soy mujer?

También los orangutanes lo conocen bajo el traje masculino. Entonces, ¿cómo es que no le quieren reconocer inteligencia a estos seres?

Sin duda alguna, saben más de esto que nosotros; yo he podido pasar por hombre ante los humanos, mas, ya veo que no lo puedo lograr ante los irracionales.

Al menos, este pobre ser no me descubrirá, porque no tiene el don de la palabra, pero...¿no será que con todas las mujeres hacen igual estos gigantescos seres?

Mientras Raúl así pensaba, Fred explicaba el motivo porqué, el elefante había tomado por la corriente del río el cual no era otro, que el de evitar dejar huellas de su paso, y aseguraba, que él no tendría que guiarlo en la excursión emprendida, pues el inteligente animal los llevaría donde estaba su esposa.

—¿Y, cómo usted no había ido antes?—Preguntó Raflo.—

—Es justa su pregunta y voy a satisfacer a ella, pues ya no tengo la febril impaciencia desde que vamos sobre "Tesoro".

—¡Ah, se llama "Tesoro".!

—Sí, y en realidad es un tesoro; yo le puse este nombre cuando lo adquirí.

—¿Usted lo compró...?

—No hubiese podido ser; hace años que no poseo ni una sola moneda, y ya ustedes ven, no me hace falta.

—Es verdad;—dijeron los exploradores—prosiga usted.

Al fin iban a oir aquella historia que tanto les interesaba, contada a la luz de la luna, vadeando un río, sobre enorme proboscidio.

¿Verdad que esta circunstancia era suficiente para hacer interesante cualquier relato?

Fred, al fín comenzó:

Hace poco más de cuatro años, contraje nupcias, con la que es madre de mis hijos; apenas transcurrido cuatro meses, fuí preso por un acto de justicia, digo...de justicia realizado por mis manos... No quiero profundizar en estos detalles, sino darles a conocer aunque muy suscintamente, el porqué de hacer esta vida tan retirada y solitaria.

Después de aquel suceso en que fuí encarcelado y puesto mas tarde en libertad bajo fianza, ocurrió el asesinato de la persona con quien yo había tenido mi desavenencia, y fuí acusado por aquel delito.

Como no había probabilidades de que yo pudiera hacer valer mi inocencia, y viendo mi casa completamente rodeada por los agentes de la autoridad, que trataban de capturarme, me puse de acuerdo con mi esposa, y, saltando tejados, pudimos llegar a calles donde no éramos conocidos, y de estas a las afueras de la ciudad, burlando así la vigilancia de que era objeto, sin llevar más que lo puesto.

Afortunadamente, yo traía mi cartera bien repleta, y en una aldea vecina compramos un ligero carricoche, en el que pusimos víveres, alguna ropa y cacharros necesarios, para la vida bohemia, que entonces debíamos emprender. Marchamos a toda prisa por caminos solitarios, no sin antes habernos transformado en un par de viejos.

Habíamos decidido quedarnos cerca de una hacienda, donde la vida nos hubiese sido menos azarosa, pero por aquellos hacendados supimos, que no solo se me atribuía aquel crimen de que les he hablado, sino otro realizado aquella misma noche, alcanzando participación de él, mi pobre y buena compañera.

Esto era demasiado, por lo que decidí internarme en las selvas, después de haber comprado un par de cabras en aquella hacienda.

Lo que sufrimos en nuestra peregrinación, no es para contarse; apenas si lográbamos conciliar el sueño, temiendo no solamente el ser descubiertos, sino a los múltiples peligros a que se está amenazado en estas selvas, pobladas de fieras y venenosos reptiles.

Caminábamos sin cesar, acosados por cruel delirio de persecución, y dormíamos sobre el carricoche ocultos en la maleza.

Muchas veces estuve para volver a la ciudad, demostrar mi inocencia o cumplir la pena que se me impusiese, con tal de no ver a mi tierna compañera, sufriendo privaciones y expuesta a tantísimos peligros, pero mi esposa, con un estoicismo de que nunca la había creído capaz, se negaba y me daba ánimo, diciéndome que nosotros seríamos los nuevos Adán y Eva y me decía:

—¡Adelante, siempre adelante!

"Después de muchísimos días de peregrinación, descubrimos este sao, que cual la tierra de promisión se nos ofrecía, brindándonos seguro albergue, lejos de la civilización y libres de indiscretas miradas, pues por allí nadie pasaba, nos instalamos en él, no sin antes haber tomado toda clase de precauciones para no dejar huellas de nuestro paso.

"Ya en posesión de este lugar en que definitivamente fijábamos nuestra residencia, comenzó nuestra diaria y constante labor para llegar a poner el "sao" en las condiciones en que ustedes lo han visto.

"No he de cansarlos contándoles lo que trabajamos y cuanto sufrimos; pero sí, que mi buena esposa, siempre optimista y cariñosa, sabía vencer mis tristezas, asegurándome que era feliz junto a mí, en esta soledad.

—¿Y desde que están aquí no han visto a nadie más que a nosotros?

—No, también ví a mis perseguidores.

—¿Cómo, vinieron hasta aquí?

—No; en este santo lugar, solo han venido ustedes.

—¿Entonces...?

—Les diré: Un día, cuando ya teníamos una pequeña choza y las simientes habían brotado, nuestras cabras se habían alejado de aquí y nosotros siguiéndolas, habíamos andado varias millas, pues no queríamos perder nuestra única riqueza. Cuando regresábamos, llevando nuestras cabras gran delantera, oímos un confuso tropel, y nos ocultamos para no ser vistos.

"A pocos momentos aparecieron nuestros perseguidores, los que adivinando, que el par de bohemios éramos nosotros, no se daban tregua ni descanso en nuestra persecución.

"Rhea, mi esposa, temiendo que yo me presentara, puso una mano en mi boca, y ocultándonos tras corpulentísimos árboles, vimos pasar nuestros perseguidores, montados en tres elefantes.

"Apenas habían adelantado un centenar de metros, cuando uno de los elefantes se desplomó con estrepitoso ruído, formando ellos gran algarabía.

—¡Qué susto tendrían ustedes!

—Ya pueden considerarlo. Vimos que del animal saltaban algunos soldados y subían a los otros ocupados por sus compañeros, después de hacer tres disparos sobre el caído animal.

"Mucho tiempo había pasado, cuando pude lograr que mi esposa me permitiera ir a ver si encontraba algo abandonado que nos fuera útil.

—Ella me acompañó y vimos al pobre "Tesoro" con una pata completamente inflamada, y varios proyectiles incrustados en la piel.

—¿Qué tenía en la pata?

—Una astilla de varios centímetros se le había enterrado cerca del nacimiento de los dedos, y el dolor causado por tan larga jornada lo hizo caer. ¡Pobre "Tesoro"!

El animal en ese momento, volvió su enorme trompa y la colocó suavemente en las piernas de Fred, como hace un niño en el regazo materno.

—¿Te acuerdas, viejo, te acuerdas, y me demuestras tu agradecimiento? —Le dijo su amo emocionado.—

¿Sería posible que el enorme bruto, entendiera lo que Fred hablaba?...

¡No faltará quien no concediéndole razonamiento a los animales, diga que lo hizo por solo oir su nombre...! Como el animal carece del don de la palabra, no podría explicarnos, por lo que pondremos un punto y aparte.

—¡Qué inteligente!—Dijeron a una los jóvenes.—

—Sí, y muy cariñoso—contestó Fred, nosotros hicimos cuanto pudimos hasta arrancar aquel cuerpo extraño que tanto daño le causaba, y hasta necesité hacer una incisión, que el noble animal sufrió sin moverse, como si mostrara su asentimiento por lo que se le hacía. Cuando hube sacado la astilla, mi mujer trajo agua de un manantial cercano.

—¿En qué la trajo?

—En un gran recipiente formado por ella, con las gigantescas hojas que se encuentran en estas selvas.

—¡Ah!—Fué la contestación de Raúl, satisfecha su natural curiosidad.—

—Varias hojas machacadas y algunos flexibles bejucos sirvieron de apósito. Después de hecha esta cura, practiqué la operación de sacar los proyectiles que estaban a flor de piel.

—Cuando terminamos la operación, el pobre animal alargó la trompa hacia nosotros, y mi mujer echó a correr asustada, creyendo que nos haría daño, lo que solo era muestra de agradecimiento.

—Yo la seguía al momento, pues no tenía interés alguno, en permanecer junto al proboscidio, y satisfecho de haberlo curado nos retiramos.

—Ya entrada la noche llegamos a nuestro hogar, y allí, mi esposa, que tan fuerte emoción había sufrido al ver nuestros perseguidores, se arrojó a mis brazos llorando,...llorando de felicidad, al vernos libres en nuestro bohío.

—Fred—me dijo—, ya no saldremos más aunque se vayan las cabras...

—No llores, que no saldremos más, sino cuando seas tú quien lo desees—

Al llegar aquí Fred en su relato; (que a Raúl le parecía de las Mil y Una Noches, por lo fantástico de las circunstancias en que se desarrollaba: ¡sobre un elefante, por entre las plateadas aguas de un río, en que rielaba la luna), parte de la poesía quedó cortada. El proboscidio dejó el río, y partió a galope por un claro que apareció en el bosque.

—¡Ya tiene la pista!—Dijo Fred emocionado.—

—¡Oh, esposa querida, te salvaremos, sí; confío en Tesoro y... en estos amigos.

Fred permaneció un rato pensativo, aumentando con esto el ansia que los jóvenes tenían de conocer de que se trataba.

Raflo, viendo que el silencio se hacía demasiado largo dijo:

—¿Los soldados fueron los que se llevaron a su esposa?

—¡Oh, no! Nosotros nos pasamos cuatro años sin salir de nuestro "sao"; en él trabajábamos sin sentir jamás el hastío; en él aparecieron nuestros dos querubines y con ellos éramos completamente felices...

—¿Ustedes trajeron el elefante?—Preguntó Raúl.—

—No, éste noble animal, se apareció a casa al tercer día de haberlo curado nosotros, por cierto que nos dió el gran susto.

—Estábamos cierta tarde aporcando nuestras siembras, cuando oímos un fuerte ruído por entre el bosque, a la vez que, sentíamos trepidar la tierra bajo nuestros pies. En el momento se nos representó la escena de los soldados en nuestra persecución. Nos imaginamos perdidos, pero, por ese instinto de conservación natural, nos encerramos en nuestro humilde bohío, que un solo elefante podía derribar fácilmente.

—El ruido se hacía cada vez menos fuerte, parecía cauteloso.

—Rhea y yo, permanecíamos fuertemente abrazados, como si aquella fuera la última vez que nos veríamos así.

—A medida que se acercaba nuestro temido peligro, las pisadas eran menos fuerte, es decir, caminaba más despacio.

—Mi mujer y yo pensábamos en lo inútil de tales precauciones, puesto que carecíamos de armas defensivas.

"En una desesperante angustia nos sorprendió la noche, sin saber que pensar de los que nos rodeaban sin atacarnos.

"A la mañana siguiente miramos por entre los troncos de la cabaña, y vimos al elefante que permanecía echado, mirando fijamente hacia nuestra casa. Mi mujer le tomó miedo, pero yo reconocí enseguida al coloso que habíamos curado hacía tres días, y sabiendo que estos seres no olvidan nunca las buenas o malas acciones que se les hace, decidí salir, sin temor ninguno.

Apenas la bestia me vió, extendió su pata como para darse a conocer. Esta ya estaba curada, y el elefante se puso de rodillas, con cuya posición comprendí, que se ponía a mi disposición.

Sus pequeños ojillos nos miraban fijamente, y despacio, muy despacio, alargó su trompa, y tomándome, como hizo con usted, me colocó sobre su lomo. Acto seguido hizo la misma operación con mi mujer, que se había acercado a instancias mías, y que estaba temblando miedo. Un momento después, nos bajó con la misma delicadeza, sin hacernos el menor daño.

—Tampoco a mí me hizo daño.—Dijo Raúl.—

Cuando nos bajó, se echó de nuevo como para indicar que se quedaba con nosotros.

Yo le hice caricias y mi mujer le ofreció algunas espigas tiernas.

Viéndolo tan manso, mi mujer dijo:

—Es un tesoro, y "Tesoro" le seguimos diciendo.

Fred permaneció un momento pensativo y al fin continuó:

"Tesoro", como ustedes ven, se quedó con nosotros, y muchas veces nos ha traído lienzos, latas y muchas cosas que nos han servido admirablemente, y que jamás hemos sabido de qué manera las conseguía.

El con su trompa es quien, obedeciendo mi voz, ha cerrado el "sao" con esos grandes troncos que ustedes vieron.

Nosotros paseábamos a veces en él por la llanura y por el río, pero sin alejarnos mucho.

Ya vivíamos felices creyéndonos ignorados de nuestros calumniadores, y esta mañana decidimos dar un paseo más largo que el de costumbre, y saliendo por este río, nos alejamos bastante de nuestro hogar.

Debo advertirles, que el salir por el rio, es para no dejar huellas de nuestro paso.

Ya lejos, alcancé a ver varios avestruces y quise apoderarme de sus polluelos, para tenerlos domésticos en casa.

Apenas me había alejado oí voces y las pisadas de dos elefantes; procuré ocultarme, seguro de que mi mujer haría lo mismo, pero ¡oh dolor!—. Esta guió a "Tesoro" bajo un árbol cuyas ramas lo cubrían perfectamente por un lado y le dijo a nuestro primogénito:

—¡Quédate calladito, que yo voy a buscar a papá! ¡No hables!

Así diciendo se bajó de "Tesoro", y echó a correr en dirección a donde yo estaba. Ya cerca de mí, aparecieron los dos elefantes con varios negros, los que al ver mi mujer, se abalanzaron sobre ella, que gritando me decía:

—¡No salgas, no te dejes coger! ¡Piensa en los niños! ¡Pónlos en salvo! ¡No salgas!.

—Entonces su esposa está en poder de los cafres ¿verdad?

—Sí,— contestó el interpelado—y añadió:

—En un momento se me representó la escena de los niños solos en el mundo si yo llegaba a caer en poder de esas gentes, y procuré no dejarme ver, pero con fragmentos de roca en mi honda, emprendí la batalla, tendiendo sin vida a dos de los cafres, pero ya mi esposa estaba sobre un elefante, gritando siempre lo mismo, seguros de que ellos no entendían lo que decía.

—Los cafres no lograron verme, pero los proboscidios sí, en cuyos cuerpos hicieron blanco muchas de las piedras por mí lanzadas.

—A un mandato de los negros, los elefantes emprendieron la marcha en precipitada carrera. Yo corrí en busca de los niños y con el corazón destrozado, partí a toda carrera para casa, con el fín de encerrarlos allí y salir en busca de mi querida Rhea.

—¿Pero cómo no fué usted en "Tesoro"?

—Porque necesitaba de gran sigilo, que con él me era imposible. Yo necesitaba cautela y astucia, carecía de armas de fuego con que combatirlos, y no de otra manera que por la astucia, podría lograr su rescate.

—Tan pronto preparé a los niños en casa, encerrando con ellos a "Bondad" y "Ternura"...

—¿Esas son cabras, ¿verdad?—Interrumpió Raúl.—

—Sí, de cuyas ubres se prenden mis hijitos...

—Salí a escape en la dirección que ellos habían tomado. Corría como un galgo, hasta que al llegar a este lugar por donde salimos del río, el par de colosos me esperaban.

—Como sé que de ellos solo podía esperar venganza, corrí delante, arrojándoles palos y piedras, que para ellos resultarían bolas de algodón...

Mi afán era alejarlos de mi casa, para que no pudiesen hacer daño a los niños. La idea de éstos solos en el mundo, me prestaba energías para huir... lo demás, ustedes lo saben igual que yo... Ahora, que somos seis brazos y tres fusiles, la rescataremos. ¡Pobre esposa mía, cómo sufrirás!

Después de aquellas últimas palabras, Fred se encerró en un completo mutismo, que indicaba a las claras, el gran dolor de que era presa.

Los exploradores quedaron también silenciosos, mientras "Tesoro" corría por aquella vereda.

Mientras los valientes exploradores y el desolado Fred, corren en la dirección que llevaban los cafres, diré algo del pusilánime Charles, que como los lectores saben, había quedado en la casa de Fred, cuidando de los pequeños hijos de éste.

Charles, que como sabemos había pasado muchas horas sin comer en aquel día, por motivo del accidente sufrido, y por haber venido en camilla hasta aquella choza, en hombros de sus compañeros; habíasele despertado un hambre devoradora, así es que, tan pronto los exploradores y Fred abandonaron la casa para ir en busca de Rhea, corrió a la cocina y cenó con gran apetito, acostándose después, con el pensamiento de que al día siguiente, estaría acompañado de las mujeres que había oído nombrar a Fred, y por lo tanto lo pasaría muy bien. ¡Qué chasco llevó cuando oyó llamar por sus nombres a las cabras que los amamantaban!

Amanecía ya, cuando el elefante moderó la marcha, y parándose de pronto, levantó la trompa que luego volvió hacia Fred.

Este comprendió que el inteligente animal quería indicarle, que algo anormal había cerca de ellos y puso atención; nada en realidad se oía, pero Fred dispuso bajarse, dejando allí a "Tesoro" mientras exploraban.

Cuando hubieron adelantado un buen trecho, descubrieron la causa de la súbita parada de "Tesoro". En un limpio a cierta distancia, se veían reñir unos hombres.

Todos eran negros amarillosos, de estatura regular, cara proñata, frente estrecha, cráneo braquiocéfalo, labios muy gruesos y pronunciados, llevando colgado del inferior una argolla hecha de coco. cuyo peso dejaba ver unos dientes largos de color amarillo y pintas negras. Estos tipos inspiraban horror.

Estaban acampados, seguramente esperaban el regreso de los elefantes para continuar su camino, pues a las claras se veía que allí no vivían.

¿Qué acontecía entre ellos?

En pocas palabras lo sabremos.

Los cafres aquellos, habían dejado que los elefantes fueran a satisfacer su espíritu de venganza, seguros de que vencerían y volverían junto a ellos para proseguir la marcha.

Por eso, al oir las pisadas de "Tesoro", no se pusieron en acecho pensando eran los suyos que volvían, y disputándose entre todos el derecho de llevar cada uno por sí, a su jefe, a la infeliz Rhea.

Esta circunstancia de reñir aquellos hombres, facilitó a los exploradores y Fred, el modo de acercarse sin ser vistos y, cuando a corta distancia de ellos se encontraban, dispararon repetidas veces sus armas, cuyos proyectiles una y otra vez hicieron blanco en los desnudos cuerpos de aquellos salvajes, que en poco tiempo fueron aniquilados.

La pobre Rhea yacía tendida bajo un árbol, casi sin conocimiento, debido a las fuertes ligaduras que día y noche la sujetaban, y que inútilmente había tratado de romper.

Cuando Fred la distinguió, corrió como un loco hacia ella, mientras los exploradores recorrían el contorno por si aun quedaban enemigos por allí.

Cuando aquellos esposos pudieron abrazarse, no sabían como separarse, tanto era la dicha de encontrarse de nuevo.

Fred se desesperaba al ver las tumefactas extremidades de su buena compañera.

¡Tantas horas de ligaduras las tenían completamente infartadas! ¡Pobre Rhea!

En medio de sus lágrimas decía:—no sufras Fred, no pienses en ese dolor, que es inferior al que sentía de verme separada de tí y de los niños. ¡Pobrecitos, tan solos...corramos hacia ellos!

—No querida, no están solos, están bien acompañados,—decía Fred con ternura.—

—¿De veras; quien los acompaña?

—Un compañero de estos excelentes jóvenes.

—Ya ves, querido Fred; no sé como ha acaecido el encuentro con estos jóvenes, pero sé que Dios oyó mis súplicas enviándote auxilios.

—¡Sí, sí, tienes razón, pobrecita!

Los jóvenes se acercaron cuando los vieron menos emocionados, y sin esperar una presentación, que en ese caso estaba demás... saludaron a la bella señora con afectuoso respeto, y como a una antigua conocida.

Rhea, mujer inteligente, supo agradecer ese rasgo de delicadeza. ¿Verdad que una presentación y ceremonioso saludo hubiese sido contraproducente en tales circunstancias...?

En esto apareció "Tesoro", que al ver a su ama corrió hacia ella, y doblando sus patas delanteras se postró delante de ella en señal de sumisión y cariño.

—¡Tesoro mi viejo, mira como me han puesto las ligaduras...!— Dijo Rhea al noble animal.

¿Este la entendió? ¿Fué que reconoció que sus miembros estaban infartados...?

No sabemos lo que el animal pensó; pero colocó la extremidad de su trompa sobre aquellas tumefacciones y repetidas veces sopló en unas y otras. Aquel aliento caliente, hizo desaparecer como por encanto el dolor. Después pasó la extremidad de su trompa, con una especie de masage, por donde estaban las ligaduras y la inflamación iba desapareciendo.

—¡Es un verdadero tesoro!—Dijo Raflo muy emocionado.

—¿No le lastima?—Interrogó Raúl, procurando ocultar las lágrimas que pugnaban por salírsele.

—No, no me lastima, me alivia el dolor—dijo Rhea, dejando correr sus lágrimas, igual que su marido.

—La trompa en su extremidad es muy suave y sensible.—Dijo Fred, enjugándose las lágrimas:

—Parece mentira, que un ser de los llamados irracionales, se compadezca de las penas que los seres racionales, se complacen en infligirnos, demostrando una carencia absoluta de amor, de que estos pobres, dan muestras inequívocas.

—¡Cuanta razón tiene usted.!—Dijeron los jóvenes.

—Vamos, emprendamos el regreso, ya estoy bien, y anhelo estar con nuestros hijitos.—Dijo Rhea.

Como si el paquidermo hubiese entendido, tomó suavemente a Rea y la depositó en su lomo, haciendo lo mismo con Raúl, y doblando las rodillas para que los hombres subieran.

Las mejillas de Raúl se pusieron como la grana y Fred dijo:

—Mira Rea, como lo ve tan jovencito, le sube como a tí.

Raúl no supo que contestar. De buena gana hubiese confesado su sexo; pero se contuvo.

Mientras marchaban, de regreso, con una rapidez increíble en un animal tan pesado como lo son los proboscidios; Raúl pensaba en lo grato que le sería para su alma, descubrir su secreto a aquella bella señora, que era de su sexo, y tener charlas íntimas y agradables, que pusieran un paréntesis en su vida masculina.

¿Debía decírselo? ¿Debía callar? No, optaría por lo primero, con lo cual satisfaría un tanto su espíritu femenino. Sí, lo haría, y con esto, aquella pobre joven, privada por más de cuatro años de sus semejantes, le proporcionaría gran alegría.

—Mira Fred—decía Rea.— mira como corre el pobre Tesoro, seguramente adivina nuestra ansia de llegar... ¡Pobrecitos niños!

—Ahora se estarán levantando—dijo Fred—y preguntarán por nosotros.

—¡Pobrecitos míos; como llorarán!—Suspiró Rea.

—No tema, señora, que el muchacho que quedó con ellos cuidará de contentarlos!—dijo Raúl.

—¿Es de la familia de Vds?

—No, es un buen muchacho que conocimos ha poco.

—¡Si saldrá con los niños fuera del sao...!—Dijo como hablando consigo.

—No tema eso señora; podemos asegurarle que aunque faltáramos diez dias no lo haría...—Contestaron riendo los dos exploradores.

—Además, está herido...—dijo Fred.

—¿Herido? ¿Cómo?

Fred informó ampliamente y sin omitir detalles, cuanto le había ocurrido.

Rea lloraba y extendió ambas manos a los jóvenes en señal de gratitud, y éstos las besaron: Raflo respetuoso, apenas posó ligeramente sus labios en ella, no así Raúl, que la estrechó con efusión, y la besó con ternura tal, que hizo a Rea retirarla ocn viveza y rubor.

¡Soy demasiado extremoso, se dijo Raúl, y esto me va a ocasionar graves disgustos...!

En cuanto a Fred, no se fijó en este detalle, no así Raflo que pensó:

—¡Este muchacho es demasiado sentimental o... pasional! En el fondo se alegró, que aquel esposo no se hubiese fijado.

—¿Y como andaban ustedes por estos deshabitados lugares?—Preguntó Rea intrigada.

—Nosotros somos trotamundos, y no solo visitamos opulentas ciudades, para ver por sí, las maravillas de las manos del hombre, sino que

anhelamos, ver en lo posible, todo lo que en este pequeño planeta, El Divino Hacedor ha creado.—Dijo Raflo.—

—Cuando una gran pena agobia el corazón, no hay nada, como el libro abierto de la bella naturaleza, para mitigar la angustia que nos corroe. —Añadió Raúl—

La señora se extrañó de oir hablar así a aquel joven imberbe... y expuso:

—En verdad, la Naturaleza es la madre cariñosa que nos tiende sus brazos y nos acoge en su seno, dándonos cuanto tiene.

—Sí, es pródiga con quien la busca—dijo el esposo—; cuanto nosotros poseemos, es la naturaleza quien nos lo ha dado.

—También todo lo que los potentados poseen, lo deben a la Naturaleza, empezando por su oro y sus brillantes...solo que ellos no lo saben reconocer y ustedes sí.—Repitió Raúl.—

—Sí, todos los monumentos costosos y las obras más humildes, son creadas o perfeccionadas por la mano del hombre, pero su origen existe en la Obra Madre.

—Les voy a ser franco, jóvenes—dijo Fred—: estas cosas no las pensé yo, sino desde que vivo en plena Naturaleza; no antes.

—Eso les pasa a todos.

—¡Oh, si los seres humanos posaran más sus ojos y sus pensamientos en la Obra Divina; si se detuvieran a pensar en ella, verían que todo en Natura es amor, y que todo ha sido preparado por la Mano oculta que rige el Universo, con tal amor, cual madre para sus hijos.—Añadió Raúl —y continuó: Pero no, esa Bondad no se quiere ver...ese amor infinito para todas las criaturas, no lo reconocen; no ven como el granado abre su hermético fruto para que los pajarillos, atraídos por el brillante color que envuelve sus simientes, lo tomen en su pico para su alimento; no ven también que con eso, trata de que se perpetúe la especie, al caer a tierra sus pequeñas simientes, de donde brotarán nuevas matas con ópimos frutos!

No ven los bellos colores de los frutos y sus apetitosos perfumes, que nos invitan a saborearlos, con lo cual se realiza la doble misión de amor, de nutrirnos y de que la simiente libre de su envoltura vuelva a germinar. Pero nosotros apenas si paramos mientes en eso...

—¡Oh, si imitáramos el amor que nos ofrece Natura...!

Aquel matrimonio estaba maravillado de oir hablar así a aquel jovencito, que tanto distaba de que le apuntase el bigote.

Rea aparecía abochornada de haber retirado la mano casi con violencia, cuando el joven la besó, y se decía:

—El predica amor sí, pero es un amor sublime...santo...amor al prójimo... fraternal, como hijos que somos de un Unico Padre. Y su religión sacrosanta no está en altares ni iglesias, ni en rezos aprendidos de memoria, sino que sus palabras son oraciones, más vivas, salidas de su alma, que parece inmaculada. ¡Cómo me agrada oir este adolescente...siento que mis simpatías crecen por instantes!

En cuanto a Fred, se decía:

—¡Cuanta razón tiene este muchacho en pensar así! Yo mismo, antes, apenas si pensaba en ese Ser que Todo lo Puede, que todo lo ama;... pero hoy... ¡oh, hoy le tengo un altar levantado en mi pecho, y en mi rústico hogar tengo su santuario donde lo bendigo, amando con toda mi alma a la compañera e hijos que me ha dado, y amando también a los irracionales, que nos hacen compañía en nuestro retiro.

En cuanto a Raflo, pensaba:

¡Qué alma tan grandiosa tiene Raúl! Me avergüenzo de recordar como era yo, de hosco y huraño, antes que Dios lo pusiera en mi camino. A su gran bondad y delicadeza, debo en parte este cambio de carácter; como también al influjo de la tierna mirada de Estrella. ¡Qué feliz me siento desde que he dejado mi misantropía, sentimiento que ha sido sustituído por un franco espíritu de filantropía, que es lo que lleva la felicidad a los corazones...! Y aquí habló así en alta voz:

—Tiene razón Raúl: si la humanidad se diera cuenta de esto, todos trocarían su egoismo actual, producto del amor propio, por este otro, egoismo sí, puesto que lo practicamos por el bienestar que proporciona; pero que satisfaciéndolo, se beneficia la humanidad.

Así pensaban estos nobles seres, que el destino se encargara de reunir en su camino.

El silencio entre ellos era absoluto, solo interrumpido por la carrera que llevaba Tesoro; mas no por ello sus cerebros descansaban.

El tiempo había transcurrido de manera casi inconsciente para aquellos cuatro seres, que tan vivas emociones experimentaran en tan corto tiempo. Al fin Rea, dejó escapar un profundo suspiro, pensando en sus hijitos, y su marido comprendiéndolo le dijo:

—¡No suspires Rea; pronto llegaremos!

—¡No quisiera Fred, tener en este momento, la mente llena de imágenes de fieras!—Le contestó su esposa.

—Ya sabes que en nuestro sao, muy pocas veces se ha presentado alguna, y cuando ha sucedido, Tesoro no la ha dejado con vida.

—¡Eso es lo que temo, que Tesoro no está allí para defender los niños. —Contestóle más preocupada.

—¡Oh, no acontecerá —dijo su esposo— y aquellas palabras más que como una afirmación, brotaron como una súplica.

—¡Tu mismo no estás tranquilo, Fred!—Replicó Rea.

Fred no supo que contestar, y Raflo y su compañero hicieron por disipar la gran tristeza que los embargaba.

Esta región, de todas las que hemos recorrido, es la menos frecuentada por las fieras.—Dijo Raflo, en su empeño de borrar las preocupaciones de aquel matrimonio.

Entonces, como para lanzar un mentís a sus palabras, se oyó la voz potente, atronadora, inconfundible, del rey de las selvas. Aquel rugido fué seguido de otro más bajo y otro más.

El corazón de los viajeros latió con violencia, las armas fueron requeridas y el cuerpo del elefante sintióse extremecido por un ligero temblor, deteniéndose al instante.

—¡Fred, nuestros hijos!—gimió la afligida esposa.

—¡Corre, Tesoro, corre!—fué lo único que pudo contestar el no menos atribulado padre.

El elefante echó a correr, sin detenerlo ya los fieros rugidos que se sucedían.

—¡Van para casa...los niños...!—dijo como un suspiro Rea, y cayó desmayada.

Los exploradores no sabían que decir, seguros estaban de que aquella era la dirección que los leones seguían.

Raúl se hizo cargo de atender a Rea, sin descuidar, no obstante, sus armas.

En tanto, aquel pobre padre, con el corazón lacerado por el dolor, repetía sin cesar:

—¡Corre, Tesoro, corre!

También Raflo se sentía emocionado y escudriñaba la maleza presto a disparar.

El buen padre exclamó angustiado:

—¡Tan madrugadores como son mis pobrecitos! Y un sollozo seco, desgarrador, escapado de su pecho, cortó en su boca la palabra.

Raflo comprendió, que aquel padre pensaba, que si sus hijos salían de la casa como era frecuente, al amanecer, estaban perdidos sin remedio.

¿Sería posible que el destino se ensañara tan cruelmente con aquel matrimonio? ¿Llegarían los leones hasta la humilde casita, arrebatándoles alguno de sus hijitos?

Estos pensamientos le laceraban el alma, llenando de desesperación su ya atribulado corazón de padre.

—¡Cuántas calumnias se habían cebado en su persona...cuánto martirio sufrido por él y su buena esposa! Y ahora, cuando regresaban a su humilde y santificado hogar ¿irían a sufrir una mayor e irreparable desgracia?...

Raflo, por su parte comprendía, que si las fieras llegaban a la cabaña, Charles no era capaz de saberlos defender, teniendo armas, máxime careciendo de ellas; y al escuchar otro rugido en aquella dirección, se dijo: ¡El destino se cumplirá! ¡Si el de esas inocentes máxime careciendo de ellas; y al escuchar otro rugido en aquella para impedirlo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

En el segundo tomo de las "AVENTURAS DE RAFLO Y RAUL ALREDEDOR DEL MUNDO", podrá informase el lector, de las tétricas escenas de que fueron víctimas unas veces y mudos testigos otras, los exploradores. También conocerá lo que fué de Rea y Fred, Mario y Estrella, y de como terminaron las Aventuras de los intrépidos jóvenes.

FE DE ERRATAS

En la página 55, en la primera línea, donde dice: En las garras de un Ajuar, debe decir: "En las garras de un Jaguar".

Y el párrafo final de la página 328 debe de leerse en esta forma:

"Raflo, por su parte comprendía, que si las fieras llegaban a la cabaña, Charles no era capaz de saberlos defender, teniendo armas, máxime careciendo de ellas; y al escuchar otro rugido en aquella dirección, se dijo: ¡El destino se cumplirá! ¡Si el de esas inocentes criaturas es el de ser devoradas por las fieras, impotentes seremos para impedirlo!"

En distintas páginas dice: "estas gentes" debiendo decir: "esta gente".

Además se han deslizado algunas pequeñas erratas, que el buen juicio del lector sabrá salvarlas.

Aventuras de Raflo y Raúl Alrededor del Mundo

FLORA BASULTO DE MONTOYA

Aventuras de Raflo y Raúl Alrededor del Mundo

SEGUNDO TOMO

TIPOGRAFIA "EL POPULAR" INDEPENDENCIA 10
CAMAGÜEY

TOMO SEGUNDO

FALSA APARIENCIA

El radiante Febo asomó su deslumbradora faz, por entre los claros del verde follaje de la floresta africana, como deseoso de contemplar la escena que se desarrollaba acá, en el pequeño planeta, que con su luz vivifica.

En el lomo de un coloso elefante, se veían cabalgar cuatro personas, expresando sus rostros el más acerbo dolor, rayano en desesperación en unos, de angustia en otro, por suponerse impotente ante la eminencia del peligro que les amenazaba; y la de un imberbe y bello joven, representando la compasión más acendrada.

Todos escudriñaban anhelantes la maleza, como si esperasen descubrir en ella, algo a que seguramente temían. De pronto oyóse un rugido espantoso, capaz de hacer temblar a un coloso, y el coloso en que cabalgaban tembló, deteniendo su paso.

Un momento después aparecía a la vista de todos un soberbio león, que exhibiendo su gallardía, relamíase los vestigios de sangre de presa recien hecha, que aun quedaba en su enorme boca; miraba hacia el grupo formado por los ginetes y su cabalgadura, como poseído de su arrogancia y de sus fuerzas; al instante se oyeron tres detonaciones como si fuera una sola, y la fiera, mortalmente herida, lanzó un salto enorme, para caer después debatiéndose en los estertores de su agonía.

No por ello quedaron libres del peligro que los amenazaba; una segunda fiera, la compañera del temido león, hizo tambien su aparición y con la agilidad propia de los felinos se aprestó al asalto, no contando que el hombre, rey de la creación, ha inventado algo más rápido que su salto... y, antes que pudiera caer sobre ellos, las armas habían funcionado nuevamente, y tres proyectiles se alojaron en su cuerpo dejándola exánime.

El hombre de mediana edad, que era el mayor del grupo, volviéndose a la bella y angustiada señora que los acompañaba, le dijo en tono cariñoso:

—¡Ya ves querida esposa, el peligro de nuestros hijitos ha sido conjurado!

—¡Oh, sí, Fred; pero cuánto he sufrido en estos momentos!

Los que hayan leído el primer tomo de las "Aventuras de Raflo y Raúl," sabrán de quienes se trataba; y el martirio de que habían rescatado a la bella señora, hacía algunas horas.

—Señora, pronto podrá usted abrazar sus pequeñitos.—Díjole Raflo.

—¡Oh, sí; gracias a ustedes!

—Gracias al Ser Supremo, buena señora, que le plugo colocarnos en el camino de Fred,—añadió el bello joven de femenil aspecto, en quien los lectores habrán reconocido a Raúl.

La señora enjugó dos gruesas lágrimas, que desprendidas del zafiro de sus ojos, venían a resbalar por la marmorea blancura de sus mejillas.

Su esposo, rodeando con el brazo la cintura de su amada, le dijo para consolarla:

—¡Mira, hija: qué cerca estamos! Tesoro ha realizado la vuelta en la tercera parte del tiempo invertido antes.

—¡Es verdad; ya estamos en nuestro río!—contestó la esposa, mientras el inteligente animal terminaba de vadearlo.

—¡Qué contentos se pondrán los niños cuando te vean!

—¡Pobrecitos míos! ¡Tan felices y ajenos a todo mal que habían vivido!

Cuando Tesoro salió del río, parecía sentir viva satisfacción, viéndosele precipitar la marcha cuanto pudo, y en poco tiempo aquellos buenos seres, bañados sus ojos en lágrimas de alegría, se encontraban unidos en estrecho abrazo. ¡Qué dicha la de padres e hijos al abrazarse! ¡Cuántas lágrimas de felicidad derramadas al verse unidos!

Los jóvenes contemplaban emocionados aquel cuadro, y Raúl, anhelando dejar impresa tan conmovedora escena, tomó su cámara, y en poco tiempo quedaba grabada en ella, propiciando así, sin pensarlo, un gran placer a aquella madre, al ver sus hijos retratados, cosa que nunca creyó asequible.

Después de los primeros transportes, reinó la tranquilidad y alegría en aquel santo hogar; y todos rieron la actitud de Charles, a su llegada, que con la puerta fuertemente atrancada, aun cuando los niños decían: ¡mamá! ¡papá!, ¡Tesoro!, él no se atrevió a abrir, mientras sus compañeros no lo llamaron por su nombre; y más aún, cuando por su propia confesión, supieron se había acostado, pensando en las mujeres que vendrían al día siguiente, a las que su mente les había dado variados tipos; pero jamás los que en realidad tenían. ¡Qué grande su asombro, cuando a instancias de

los niños, que las llamaban por sus nombres, al oir que empujaban abrió, y en lugar de las dos mujeres esperadas se presentaron dos cabras, que cual madres cariñosas corrían a amamantar sus hijos!

Los padres oían sonrientes y complacidos aquel relato, y Raúl, en tono sentencioso dijo:

—Amor crea amor. Aquí todos aman unos a otros y hasta los nombres con que ustedes designan sus seres irracionales, es amable. Dios no puede abandonarlos nunca, aunque los haya sometido a esta angustiosa prueba, por que acaban de pasar.

—¡Oh, pero qué prueba...!—Dijeron ambos esposos, mirándose con ternura.

—Dura, es en verdad, pero así ustedes han reconocido cómo se aman y lo triste que les sería la vida si se separasen...

—¡Y tanto...—dijo la buena esposa—, tanto que prefiero esta apartada existencia antes que una llena de comodidades lejos de él.

—¡Pobre mujer mía! ¡Cuán poco le puedo brindar...!—Dijo Fred suspirando.

—Tengo lo que más pudiera apetecer, tu cariño sincero y el de nuestros hijos.

—No hablemos más de eso y fíjate como vienen corriendo Bondad y Ternura.

Efectivamente, los animalitos, parece que en ese momento se habían dado cuenta de la presencia de su ama y venían corriendo en dirección a la casa. Llegaron hacia ella y le hicieron caricias reclinando sus peludas cabezas en su regazo. Ella les habló como si aquellos animalitos la entendieran y enseguida, volviéndose a los jóvenes les dijo:

—No se extrañen de que nosotros hablemos así a nuestros compañeros...pero viviendo tan solos, nos hemos habituado a eso...

—Y los animalitos parecen comprender.—Dijo Raflo.—

En cuanto a Raúl, permanecía callado pensando de qué manera hablaría a solas con Rea, pues sentía ansias de comunicarle su secreto; ansias de vivir algunas horas, su vida de mujer.

Charles, después de las horas de encierro, se sentía con deseos de salir al aire libre y recorrer los árboles frutales.

Por el lado opuesto de donde salió Charles, se sintieron chirriar las gallinas de guinea como si algo las alarmase.

—¿Qué será?—dijo Fred—y tomando el rifle de Charles se dirijió al lugar seguido de Raflo.

Raúl, apenas vió el movimiento, se fingió dormido, sintiendo en su interior inmensa alegría por poder estar un rato siquiera a solas con Rea. Pero, ¿cómo empezaría, qué le diría? En esto vió al más pequeño de los niños y lo tomó en brazos.

—¿Conque usted lo durmió anoche? ¿Le gustan los niños?—Dijo Rea.—

—Creo que a todas las mujeres nos gustan.—Dijo Laura, creyendo que la buena señora se sobresaltaría, pero ésta que le había pasado esta sospecha por su mente, pareció muy contenta de tal confesión, y sonriente dijo:

—¿Pero, de veras, usted es mujer? ¿Es la esposa de...?

—Soy mujer, si señora, pero no esposa de Raflo, que ignora que yo lo sea. Solo á usted comunico este secreto; tambien yo, huyo de un crimen que no he cometido, y del cual, como a ustedes se me acusa injustamente...

—¿Es posible?—repetía la buena señora, y miraba detalladamente a Raúl—

—No la engaño Rea, y si yo besé su mano con transporte, fué porque no pude contenerme de demostrar el afecto fraternal que usted me inspiraba.

—¿Es posible que su compañero no se dé cuenta de que usted no es hombre?

—Es cierto que no lo sabe, y que yo evito en todo lo posible el que lo sepa. ¡No lo sabrá!

—Pero hija, ¿cómo puede usted llevar esa vida azarosa y llena de peligros?

—Ya me he habituado a ella, y es como me siento feliz. En cuanto a los peligros que por doquier me rodean, solo los creo conjurados cuando estoy junto a Raflo, que me trata y defiende como a un hermano menor.

—¡Pobre niña...!—dijo Rea tomándole una mano.—Créame, que aunque la compadezco, estoy muy contenta de que use traje varonil, pues solo de esta manera hubiese tenido yo la satisfacción de que una mujer, pudiese venir a este lugar...! ¡Oh, qué contenta me siento; ahora soy más feliz!

Así diciendo abrazó a la joven.

—¡Cuidado señora,—dijo Laura azorada—fíjese en mi traje y en que pudieran llegar... y tener que confesar mi situación.

—Es verdad—dijo Rea—pero... ¡estoy tan contenta!—Y prosiguió:

—¿Cómo es posible que no descubran en usted a la delicada mujer?

—Procuro contrarrestar todo cuanto pueda aparecer como un acto de feminidad.—Dijo el apócrifo Raúl.—

—De todas maneras,—dijo Rea —yo desde que la ví tuve sospechas...

—Yo anhelaba que llegara un momento propicio para podérselo confesar.

Así hablando vieron venir a Fred en dirección a la casa sin Raflo. ¿Qué sería?

Rea salió a recibirlo, no solo para informarse, sino por el ansia que tenía de comunicarle a su esposo, que aquel jovencito era mujer.

—Por eso es que "Tesoro" la reconoció.—Dijo Fred cuando estuvo informado.

—Sí, él fue el primero.

—Pues me alegro muchísimo, querida, así tendrás una compañera...

—Oye, pero no lo digas; pues sus compañeros ignoran su verdadero sexo.

—¿De veras?... ¿Cómo es eso?

En ese momento Laura se les acercaba con toda su innata expresión de feminidad, dentro de su envoltura masculina, que aquellos esposos se asombraron de que todos no reconociesen en el explorador. a una mujer.

—Fred, yo le ruego que no me descubra ante mis compañeros, pues amargaría mi porvenir.

—¡Pero...!

—Nada, nada; yo soy feliz bajo mi condición masculina. Necesito un apoyo, y lo tengo en Raflo. Estaré así hasta que mi situación se resuelva favorablemente; pero...¿qué es de Raflo?

—Me espera allá...para ir de cacería. Vine para avisarte. Rea: no estés preocupada.

—Dígale que yo tengo sueño y que me quedo durmiendo la siesta.—Recomendó Laura.

—Distráete querido, que yo quedo muy contenta con...mi compañera.—

Fred, partió contento para aquella cacería, que en todo el tiempo que llevaba allí, jamás había hecho, y feliz de proporcionarle a su esposa, horas de libre charla con la muchacha.

Raúl no pudo cambiar sus trajes como en otras ocasiones, pero en cambio, tuvo absoluta libertad, sin temor a ser sorprendido.

¿Porqué no pudo cambiarse?

Nada hemos dicho del vestuario de Rea, éste se componía de un traje de una sola pieza, de un tejido burdo que sus hábiles manos habían confeccionado e hilado. Entre el esposo y ella habían logrado hacer el tejido en un telar que aquél había hecho. Todo en aquella casa era obra de sus moradores.

Laura, como le diremos por ahora, sentía mucha pena de ver aquella bella mujer entre tan rústico atavío, y se propuso mejorar su situación.

Algunas horas charlaron las dos jóvenes, durante las cuales Charles se había dormido bajo la sombra de algunos árboles. Laura buscando expansión a su alma, le había relatado su triste historia, como si contándola aliviara sus penas, y la buena Rea, la había reafirmado en su esperanza, de que su amado vivía; ya sea porque así lo creía, ya porque no deseaba arrancarle tan alentadora suposición.

Cuando los cazadores volvieron mostrando sus trofeos, ya las dos mujeres eran las grandes amigas. Raflo así lo notó y pensó, que el aspecto del joven y sus pocos años, le hacían ganar la confianza de las mujeres.

La velada fué animadísima; hubo chistes, anécdotas y cuentos divertidos.

Los que más gozaban eran el matrimonio aquel y los niños, que habituados a su soledad, les parecía aquello la gran fiesta.

Charles, el verdadero tipo del pillo callejero, como en realidad era, contó miles de hechos que hacían reir a todos.

Cuando ya avanzada la noche pensaron en retirarse, la pobre señora sentía pena al tener que dejar fuera a Laura con los hombres. Esta, que comprendió el disgusto de Rea, en un momento oportuno le djio:

—No tenga pena señora, ya estoy acostumbrada. No deje traslucir nada.

Rea solo contestó:

—¡Cuanto me duele dejarte afuera!

Estas palabras fueron oídas por Charles, que le dió una interpretación errónea, si bien se hizo el desapercibido.

Raflo, que había tomado buena voluntad a aquel pobre matrimonio, que en una era de civilización se veían obligados a hacer una vida solitaria y salvaje, había resuelto, como Raúl, mejorar en lo posible sus medios de vida.

—Raúl, ¿no te parece que vayamos mañana a la ciudad a comprar...?

—Sí, Raflo, a comprar tantas cosas que le hacen falta a estos pobres.

—Eso es, amigo mío; nosotros podemos hacerles este gran beneficio.

—Nos causará profunda satisfacción.

—Pues no hay que hablar más del asunto. ¡Qué grata sorpresa les daremos!

No dijeron nada más, pero Laura, un momento después, concibió la idea de no ir ella, sino quedarse con su amiga Rea; necesitaba un asueto su vida varonil, e iba a aprovechar la oportunidad que se le presentaba para saborear las delicias de su feminidad. Decididamente—pensaba—me quedo; procuraré un medio ¿cual?. Aunque sea fingiré encontrarme enferma.

A la mañana siguiente, Raflo se levantó apenas asomó el sol; Charles lo siguió, pero Raúl fingía dormir.

Cuando un rato después su amigo lo llamó, le contestó así:

—Me siento febril Raflo, ve tu de compras con Charles. Encárgate de lo que quieras para Fred, que yo lo haré para Rea y los niños, para lo cual daré una nota a Charles.

Su amigo lo creyó de buena fé, y después de preparar a "Tesoro", marchó con Charles, a quien Raúl había entregado una larga lista. En ella había puesto telas, muchas telas de variados colores; vestidos, ropa interior y de cama en gran cantidad, no olvidando modelos de última novedad y prendas para Rea. Además, gran número de juguetes y libros, muchos libros, no faltando todo lo necesario para cuando los niños aprendieran a leer. Solo Laura hubiese previsto todas esas cosas que para otras juveniles mentalidades hubiesen pasado inadvertidas. También encargó a Charles, que trajera cuanto creyera necesario o conveniente, que ella hubiese olvidado relacionar.

Demás está decir, que Charles cumplió al pie de la letra lo indicado, y que, lo que creyó más conveniente traer, fué muchos alimentos en conserva.

En cuanto a Raflo, no solo se ocupó de ropa apropiada para Fred, sino toda clase de herramientas, armas, &. &. Tampoco olvidó llevarle, granos y diversas simientes, que en lo sucesivo le daría más variedad a su alimentación.

Cuando vió que ya Tesoro tenía una buena carga encima, dejó de comprar, y regresaron al "sao", donde durante cuatro años no habían entrado otros seres humanos.

Su llegada fué recibida con grandes muestras de alegría por ambos esposos, que no sabían como pagar tantos beneficios.

Rea no cabía de gozo con tantos trajes como se iba a hacer; los que vinieron hechos, poníaselos uno tras otro deseosa de ver como le sentaban. Su marido estaba encantado, y admiraba la previsión de los jóvenes.

Los niños soltaban un juguete y tomaban otro, que se arrebataban entre sí, creyendo mejor cada cual el que el otro había tomado.

Cuando el padre se fijó en eso, lanzó un suspiro, y una nube pasó por su frente. Aquel padre había visto despertar el egoísmo en sus tiernos hijos, cosa que jamás habían sentido, y se preguntó: ¿No serán estos bienes causa de que nuestra felicidad disminuya? ¡Cuán feliz veo a Rea, pero... ¿y cuándo esto se acabe...? ¿Será de nuevo tan feliz como lo fué con sus necesidades hasta hace un momento?

Rea estaba transformada con su entusiasmo, y Raúl la contemplaba con ternura; ternura que no pasó desapercibida por Raflo, y menos aún, por el vivaracho Charles, que ambos interpretaron de modo equívoco.

También notó Raflo el cambio operado en Fred, y le pareció ver que en sus ojos brillaban dos lágrimas.

En cuanto a Laura y Rea, no cesaban de hablar y reir, siempre juntas.

¡Este muchacho tan bueno—pensaba Raflo— pero se va a perder como Salomón...! No sabe contenerse en estando entre mujeres...! Vamos a emprender la marcha antes de lo que tenía pensado, porque...el amor al prójimo que predica Raúl,... es un poco peligroso...

Fred, parecía sumido en profundas meditaciones. Se decía: Seguramente, mi mujer va a echar de menos la compañía de seres humanos... ¡Malditos cafres!. A no ser por ellos, no hubiese tropezado con estos excelentes jóvenes, y nuestra vida seguiría deslizándose feliz en medio de la soledad...Y, menos mal, que la ausencia de ellos la sustituirán los libros, pero... y cuando haya leído estos... querrá leer otros...—Y proseguía: ¡Pero que egoísta y mal agradecido soy...! Me entristezco de la felicidad presente, cuando debiera ser feliz de ver mi mujer bien vestida y contenta. ¡Ea, fuera toda ingrata preocupación y dispongámonos también a disfrutar de la dicha que el bien nos proporciona!

En este mismo instante en que Fred se hacía estas reflexiones y que el optimismo renacía en él, alegrando por tanto su semblante, Raúl se apartaba de Rea, y Raflo atribuyó aquel cambio en la fisonomía del esposo, a esta causa. ¡Así las apariencias alimentan los equívocos!

Las cabras, como de costumbre, vinieron a lactar los niños, pero éstos, que habían saboreado tantas golosinas, las rechazaron.

—Rómulo, no la rechaces así.—Dijo el padre con un tono de tristeza.—

—¿Se llama Rómulo?—preguntó Raúl—, pues a éste deben ponerle Remo como a los fundadores de Roma.

Fred, que estaba pensativo, contestó lacónico:

—Sí, se llama Remo.

Raflo sufría. Le parecía que aquel marido estaba disgustado con su amigo. Charles, por su parte opinaba, que con razón era aquel disgusto.

Pero Raúl, que había acertado el verdadero motivo de aquel estado de ánimo, se decía: si por querer hacer un bien habremos traído la desdicha a este matrimonio. ¡Tan felices que eran con sus burdas telas, que a fuer de usarlas las encontraban buenas! Hasta los niños son menos felices, pues han reñido por los juguetes...¡Oh, Dios mío, nunca sabemos bastante! ¡Con aquello que creemos hacer un beneficio, resulta a veces un perjuicio...!

Cuando llegó la hora de ir a la cocina, Rea, que estaba revolviendo telas, dirigiéndose a su esposo dijo:

—¡Ay, Fred; mira que no tener carbón y ahumar mis vestidos...!

Raúl, rápido como el pensamiento le contestó:

—No olvide amiga, que la felicidad no está en los trajes, sino en el amor.

Fred, al oir hablar así a su mujer, corroboró lo que pensaba y suspiró, largo...profundo, siguiendo para la cocina con su mujer. Ya en ella le dijo:

—Rea, querida Rea, no me había engañado al pensar...que la felicidad se aparta de nosotros por esos trapos...

—¡Perdón!—Dijo la tierna esposa, arrojándose en el pecho de su atribulado marido.—

No podía darse mayor equívoco para los compañeros de Raúl. Aquellos interpretaron de manera poco favorable para éste, la escena desarrollada entre el matrimonio, que arrancó lágrimas a los ojos de Laura, que interpretaba debidamente la causa.

Estas lágrimas a hurtadillas desesperaron a su amigo, que pensó:

—¡Pero este muchacho tiene amor para todas! Y volviéndose a el le dijo en tono casi severo:

—¡Raúl, estamos ya demás aquí!

Como a veces pasa, el equívoco siguió y Raúl contestó:

—Sí, amigo mío: ¡ojalá nunca hubiésemos llegado...!

—Aunque hubiésemos venido...el mal está en...

—Sí, calla, tarde lo comprendemos.

Raflo pensó que su amigo le atribuía a él una causa que no le correspondía, pero calló por prudencia. En cuanto a Raúl, éste creía que su amigo se refería a lo que en realidad era.

—¡Ahora mismo nos vamos!—Dijo Raflo.—

—Yo hubiese querido permanecer...

—Pero no debes.—Le interrumpió Raflo en un tono que extrañó a Raúl.

Cada uno contestaba a sus diversos pensamientos, y el equívoco seguía.

Cuando el matrimonio, después de derramar lágrimas de ternura, volvió a la sala, ya los jóvenes lo tenían todo listo para partir.

—¡Ay, no se vayan aún!—dijo Rea llorando—, y volviéndose a Raúl añadió: ¡quédense siquiera sea unos días!

—No puede ser, pero no por eso te olvidaré—dijo Raúl—, vuélvele la felicidad a tu marido.—

Los compañeros de Raúl estaban escandalizados de oir esta conversación a media voz para ocultar que se tuteaban.

Fred se acercó a los exploradores diciendo:

—Por mi gusto, ustedes habrían permanecido varios días en mi casa. Les estoy muy agradecido por los innumerables servicios que me han prestado, y, para testimoniarles mi aprecio, voy a obsequiarlos con lo único de valor que en mi humilde felicidad poseía. Ustedes se irán en Tesoro.

—Se lo compramos —Dijo Raflo—.

—No señor, no quiero dinero. Yo he sido durante muchos años feliz, sin tener una sola moneda...Ahora, es distinto...cuando note en Rea el tedio por esta vida, nos iremos a una ciudad;—y continuó—: les entrego a Tesoro, para mientras lo necesiten; cuando ustedes salgan del continente Africano, lo dejan libre y el vendrá con nosotros.

—Me escribes.—Dijo Rea llorosa sin soltar la mano de Raúl.—

—No te echaré en olvido—añadió Raúl, sin recordar su condición de hombre.

Raflo que oía aquello, procuraba aturdir con su charla al buen esposo diciendo:

—En esa condición se lo acepto. Es verdad que los elefantes de india son muy inteligentes, y sobre todo Tesoro: ya lo hemos podido apreciar.

Charles escuchaba con una maliciosa sonrisa, de la que nadie se daba cuenta. Laura lloraba por la soledad en que nuevamente se quedaba su amiga y... ella.

Raflo precipitó la despedida temiendo que el buen marido fuese a estallar; tal era la ternura, que según él, los dos culpables demostraban.

Cuando ya partían, decía Rea:

—Ten fé... ¿sabes?, y en tu felicidad recuérdame.

—¡Oh, qué mujeres, qué mujeres!—Dijo Raflo—.

¡Oh,—decímos nosotros—, qué mujeres...tan incomprendidas... y juzgadas tan a la ligera...

Raúl, al oir decir, "qué mujeres", se sobrecogió y quedó mudo, creyendo que Raflo había descubierto su sexo y esperó.

El Tesoro de Fred, había tomado el mismo camino que cuando rescataron a Rea.

Todos iban silenciosos, cada uno por distinta causa. Al cabo de mucho rato, Raflo, que quería darle una lección a su amigo le dijo:

—Amigo mío; si no te dominas, ha de pasarte lo que a Salomón.

—¿Qué le pasó?—interrogó ingenuo.—

—¿Crees que él fué sabio hasta el fin?

A lo que contestó Raúl parodiando:

—No, porque lo perdió su excesivo amor a las mujeres.

—Pues eso ha de pasarte.

Cuando Raúl oyó a su amigo, se le escapó una sonora carcajada. ¡Ah, entonces su amigo no sabía nada...! Y pensando en la joven amiga dijo:

—¡Pobre Rea!

—Y pobre Fred,—añadió Raflo

—Tienes razón,—contestó Raúl pensativo.

—¿Pero es que tú tienes en tu pecho amor para todas las mujeres...?

—Está lleno de amor para todos...pero es un amor inofensivo...—Contestó.

—No así para los maridos...por muy platánico que sea. Te aseguro que temí un desastre.

—¡Y yo, que desde el principio lo noté!—Añadió Charles con un gesto picaresco.

Aquello era demasiado insulto para la buena esposa. ¿Podía empero, evitar que estas sombras la oscurecieran...? Por otra parte. ¿debía descubrir su secreto?; ¿qué hacer ante esta disyuntiva?

Permanecía en silencio en lucha con los múltiples pensamientos que en confuso tropel se agolpaban en su cerebro, en tanto Raflo dijo:

—El marido me daba compasión.

—Y a mí—añadió Charles,—tan triste que estaba—.

—¡Amigos míos, en esto hay un equívoco como en los juguetes cómicos! —Dijo Raúl—.

—Más claro no podía estar,—agregó Raflo.—

—Por ahora no podré convencerlos, pero algún día sí. En cuanto al marido, estaba triste, porque creía que su mujer al recordar su vida social pasada, sentiría el hastío ahora en su soledad.

Raúl habló durante mucho rato del asunto. Detalló el egoísmo nacido en los niños a la presencia de los juguetes y la escena de los esposos en la cocina. Sus amigos guardaban silencio. ¿Lo creían? ¿Acaso no era él tan delicado, motivo porqué la defendía con tanto calor?

Así discurrían sus compañeros, mientras a sus mentes venían aquel "no me olvides", "ten fé" y "no te olvidaré", susurrado entre ambos.

Raflo creyó oportuno hacerse que aceptaba sus razonamientos, y Raúl respiró satisfecho.

Tesoro adelantaba millas y más millas, mientras el matrimonio aquel se creía el más feliz de la tierra.

—¡Pobre Laura—decía Rea—, qué compasión me dá!

—¡Qué valiente muchacha!—contestó su marido— ¡Si la hubieses visto disparar a la pantera!

—Solo siendo así, podían tomarla por hombre, pues su apariencia es bien femenil.

—¡Qué buenos son los dos, Rea, debían unirse para siempre!

—¡Ay, hijo, como va a poder amar a Raflo...! Además, ella ama a su novio, cree que vive... y que se unirán algún día.

—Pero Rea, yo tenía pena... tu casi que la descubres... ¡tan expresiva te mostrabas!

—Es verdad Fred... y ahora me doy cuenta que Raflo precipitó la marcha por eso...seguramente interpretaron en sentido erróneo...

—Tienes razón, mujer, no en vano noté en él, algo así como disgusto con la pobre muchacha

—¡Y pensar que Laura no puede defenderme sin delatarse...!— Dijo Rea suspirando.

—Es inteligente y buena,—siempre encontrará manera de demostrar tu inocencia.

—Procuremos olvidar la nota desagradable, y pensemos solo en el beneficio que nos han hecho, y, sobre todo, ¡alegra esa cara y ven a saborear lo que tanto tiempo hace que no probamos!—Dijo su mujer—.

Dejemos al matrimonio en su retiro y sigamos a nuestros exploradores, que muchas millas de distancia los separaba de aquel bendito hogar, cuando los sorprendió la noche.

—Pernoctaremos aquí,—dijo Raflo—haciendo alto.

—Vamos Tesoro, ahora podrás descansar.

Tesoro pareció comprender; aquel inteligente animal los miró y en sus ojos se reflejaba una tristeza tal, que Laura se sintió conmovida y le dijo:

—¡Estás triste, viejo; sí, estás triste, pero no temas, que tu ausencia no será definitiva, ya volverás! ¿Sabes Tesoro?; tu volverás con tus amos; pero ahora no nos abandones...¿oyes Tesoro?, ahora te necesitamos.

Mientras así hablaba, acariciaba al elefante, que parecía comprender las palabras de la joven.

En tanto Charles, tenía que alejarse para no reir en su propia cara, y se decía: ¡Mire que estos hombres tan sabichosos, y ponerse a hablar con un animal como si lo pudiera comprender!

¡Ah, pobre Charles..., cuántas veces los animales comprenden mejor que los racionales!. Ellos conocen las miradas, más que algunos humanos.

¿Qué sabemos nosotros de esos pobres seres, que no pueden expresar lo que sienten y piensan, por carecer del precioso don de la palabra?

Nosotros los conocemos, por lo que nos imaginamos de ellos, sin que los pobrecitos puedan demostrarnos, que estamos en un gran error.

El elefante supera en inteligencia al perro y al caballo. Nosotros atribuímos alguna al perro, más no toda la que en realidad tiene.

¿Quien no ha visto a un perro, defender al amo cuando se encuentra en peligro? Esto es muy corriente y todos lo sabemos. Pero... ¿acaso son muchos los seres que hayan observado, que si el amo está triste o contrariado, su perro también lo está? Los perros conocen en las personas el sentimiento que les inspiran, con solo mirarle a los ojos; y lo que es más curioso aún: si una persona finge amistad al dueño, cuando sólo siente por él odio, envidia, etc., podrá engañar con sus palabras al ser racional, pero no así al perro, que se dá cuenta del verdadero sentimiento que aquel siente por su amo... ¡y así los llamamos irracionales...!

Si la humanidad se dedicara más a examinar los ojos de los irracionales, que viven cerca de nosotros, podría notar en ellos, la expresión de simpatía,

ternura, dolor o aversión que los anima y sería más amable y compasivo con esos seres, que bien desearan decirnos con palabras, lo que sienten y desean.

Pero dejemos estas consideraciones, no profundicemos en ellas...

Cuando el elefante se vió libre de la ensilladura, dió algunos pasos y miró a los jóvenes. Quizás trató indicarles que no los abandonaba. Ellos así lo comprendieron, y Raflo dijo sonriente:

—Anda, Tesoro, come, ya sabemos que no nos abandonarás. ¿Verdad, viejo?

Charles reía a hurtadillas. Aquel muchacho, en su inexperiencia, encontraba ridículas las manifestaciones de afecto con que los exploradores trataban al elefante

Los tres jóvenes se sentaron y comieron; Raflo y Raúl con menos apetito que de costumbre; aquel viaje realizado cómodamente sobre el lomo de Tesoro, sin la realización de ejercicio alguno, no les había hecho sentir apetito; en cuanto a Charles, sus pocos años y vida azarosa, llena de privaciones que antes llevara, hacían que lo tuviera siempre excelente.

Cuando hubieron terminado de comer, Raúl dijo:

—Ven Charles, voy a levantarte el apósito; quiero ver como andan esas dentelladas.

—¡Ay, no me recuerde eso, que siento que la carne se me pone de gallina!

—¡No es para menos, amigo mío!

—¡Cómo que se vió casi almorzado por la pantera...!

—¡Ay, no me hablen de tal cosa,—repitió Charles—mirando en todas direcciones con inquietud, temiendo ver aparecer una de las cautelosas y temibles fieras.

—No te asustes, amiguito, que por ahora no hay ninguna.

—Y si la hubiera no seríamos nosotros, por cierto, los primeros en verla.

—¿Pues quien podría ser?—Interrogó Charles—.

—Primero la verá Tesoro,—dijo Raúl.

—Y también nos libraría de ella.

—¡Se creen ustedes!...—dijo Charles desconfiado.—

—¿Verdad que tu no la dejarías llegar, viejo?—Dijo Raúl bromeando.—

El inteligente proboscidio, sea porque algún insecto le picó, sea la casualidad, levantó una pata delantera y dió repetidos golpes en el suelo. Este hecho, por demás insignificante, arrancó risas a los exploradores, al oir al inglesito que asombrado decía:

—¡Ha contestado...dice que la aplastará!

El animal al oir la risa volvió la cabeza hacia el grupo, haciendo aumentar el asombro del pobre chico, mientras Raúl levantándole el apósito le dijo:

—¡Muchacho, qué eucrático...ya estás sano!

—¡Eso es porque comí...si me guío por ustedes...qué hambre hubiera pasado!

Los jóvenes volvieron a reir la franqueza del adolescente.

—¿Has sido siempre sano, Charles?—Preguntó Raflo.—

—Jamás he enfermado, y mucho menos tomado medicinas,—y añadió como para sí—verdad, que nadie se habría ocupado de dármelas...

—¡Pobre muchacho...!—Exclamó Raúl.—

—No se apure, ni falta que me ha hecho.

—¿Desde cuando empezó tu vida bohemia?—Interrogó Raflo.—

—Desde siempre...

—¿Cómo...?

—No sé como empezó, pero sé que siempre la he llevado. Empezando porque no sé quienes fueron mis padres A éstos pareció demasiado carga mi existencia, y me dejaron en una casa de maternidad... y... ¡gracias!.

—¡Ah, pobre Charles!

—De aquella casa de maternidad me sacó alguien, y luego me cedió más adelante, y como no soy aficionado a romperme el cuerpo, estuve rodando de una a otra casa hasta verme en la situación de libertad en que ustedes me han conocido.

—¿Qué entiendes por "romperte el cuerpo"?—Preguntó Raúl.—

—Quiero decir...trabajar.—

—¡Oh, Charles, no temas al trabajo...! El trabajo es para la humanidad, como el complemento de la existencia...sin él, la vida sería...

—Sí, sí,—interrumpió Charles—de hambre para los pobres...

—Y de tristeza, Charles, de fastidio y aburrimiento para los ricos.

—¡Pero...si los ricos no trabajan nada...!

—Eso te parece, amiguito pero ellos también trabajan y a veces. más que los pobres...

—¡Ja, ja, ja, eso cree usted!

—Escucha Charles; no solo se llama trabajo al corporal, hay también otras clases de trabajo: el intelectual, y éste muchas veces se complementa con el manual...

—¡Será...!

—¡Cuántas personas conozco, que sufren por no poder realizar mayor trabajo intelectual...con el cual serían felices!

—¿Y porqué no lo pueden realizar...?

—Por la lucha por la vida...por tener que emplear su tiempo en otros trabajos, de lucro inmediato, para poder llevar una vida decente.

—Pues el tiempo es largo.—Dijo Charles.—

—Largo para los que llevan vida ociosa; para los demás, el tiempo les es corto. ¡Conozco un ser, que teniendo en su mente un mundo de ideas... es avara del tiempo, siempre para ella escaso, para darlas a luz...! ¡Esa persona, si que conoce la pequeñez del tiempo...!

—¡Pues a mí me sobra...!

—¡Claro, porque no lo utilizas...!

Charles quedó un momento pensativo, y al fín dijo:

—Pues valdría más ser animal.

—¿Porqué?

—Porque no tienen que trabajar...

—¿Te parece que no tienen que trabajar?

—Claro está.

—¿Crees que Tesoro no trabaja?

—Este trabaja porque lo obligan, sinó...

En esos momentos dos pajaritos de vistosos plumajes pasaron revoloteando.

—¡Esos sí que no trabajan!—Exclamó el jovencito enseñándolos.

—Te equivocas, ellos trabajan para buscar sus alimentos...

—¡Oh, para eso...!

—Pues eso es lo que tiene que hacer el pobre. Pero no me dejaste continuar: míralos, ahora vuelven a pasar con pajitas en sus piquitos, buscan el material para fabricar la casa donde han de incubar para que salgan sus hijitos. Ya ves, trabajan haciendo sus nidos.

—¡Es verdad...! Pues mire...yo nunca me había fijado en eso...

—No eres tú solo; hay infinidad de seres, que han vivido muchísimos más años que tú, y que aún no se han tomado el trabajo de pensar en estas cosas, que para ellos pasan inadvertidas.

Raúl calló y buscó con la vista a Raflo, que desde hacía un rato no se encontraba por allí. ¿Donde estaba?

Un momento después aparecía con una serpiente muerta, no muy pequeña, pero sí de las más venenosas; y les dijo:

—La perseguí hasta alcanzarla, pues quizás, alguno de nosotros, hubiese sido envenenado por ella

Al examinar su boca, vieron que sus colmillos tenían unos canalitos por donde sale el mortífero veneno, segregado por unas glándulas que tienen debajo.

—Raflo, creo conveniente plantar nuestra tienda.—Dijo Raúl cuando habían examinado aquel reptil.

—Sí, vamos a armarla, pues el sol no tardará en ocultarse.

En pocos momentos quedó lista, y los tres jóvenes se sentaron; más, enseguida, Raflo poniéndose de pie dijo:

—Voy a arrojar lo más lejos posible esta serpiente, pues su compañera vendrá aquí.

—¿Cómo es posible?—Interrogó Charles.

—Sí, conozco muchos casos en que han venido donde su compañera muerta.

—Y no solamente lo hacen los reptiles, sino que hemos tenido ocasión de verlo repetidas veces en otros animales.

—Pero entonces... estoy creyendo que los animales tienen inteligencia!

—A esas manifestaciones es a lo que se le llama instinto.

—Pues, confieso que tienen bastante instinto.

—¿Te habías fijado antes en ello?

—No; jamás pensé tal cosa.

—Ya ves que hay muchas cosas que aprender, y para lo cual no necesitas libros, sino observar.

—Es verdad, no sé como antes yo no pensaba en estas cosas.

—No eres tú solo. ¡Cuántos seres hay que no han estudiado este hermoso libro, abierto a los ojos de todos!

—¿Qué libro?

—El que nos muestra la Naturaleza.

Así hablando, llegó Raflo junto a ellos diciendo:

—¡Qué escalofrío me dá pensar en esos seres silenciosos y fríos, que se arrastran, al parecer inofensivos, y que pueden ocasionar la muerte en poco tiempo, al hombre más vigoroso e inteligente de la tierra.

—¡Pero... con unos colmillitos tan chiquitos...!—Dijo Charles

—Por esos canalitos diminutos que has visto, sale el mortífero veneno, tan activo, que unas veinte o treinta gotas, sería suficiente para privar de la vida a unas veinte mil personas.

—¡Ay!—dijo Charles.—que siempre en estos casos lanzaba ayes, y preguntó: ¿Pero mata en poco tiempo?

—Hay especies que quince minutos después de morder, la víctima deja de existir.

—¿Por aquí habrá de esas?.—Interrogó Charles azorado.—

—No, esas son áspides, serpientes de anteojos que se encuentran en las Indias.

—Pues no iré nunca a la India.—Dijo Charles con resolución.—

—Yo no dudo que también las haya aquí, pues ya ves que oímos cerca de nosotros una crótola o serpiente de cascabel, siendo como son de América.

—Es verdad.—Dijo Raflo.—

—¡Pero miren que morirse uno en un cuarto de hora...!—Dijo Charles.—

—Pues, para que te acabes de asombrar, has de saber, que las hay llamadas cinco minutos, porque en menos de ese tiempo ocurre la muerte de los mordidos.

—¡Pero eso es terrible...!

—Mas, no por eso menos cierto.

—Bien considerado, esas especies de serpientes, que ocasionan una muerte tan instantánea, son las más benignas.

—¿Benignas llama usted esa?

—Quiero decir: comparadas con las Manddala Naja, cuyo veneno permanece para siempre entre el cuerpo de quien por ellas ha sido mordido, sufriendo crueles tormentos, sin que aún se conozca el medio de combatirlo. Ese humor forma una especie de repugnante lepra, que cubre todo el cuerpo, haciendo llevar una vida de desesperación a la pobre víctima. —Dijo Raflo.—

—También es benigna comparada a la Manddala Zollaja, también de la India, añadió Raúl—la cual ocasiona la gangrega, que lentamente se va extendiendo por el cuerpo, y que la víctima tiene que sufrir la angustia de ver morir parte por parte su cuerpo, hasta que le llega la muerte definitiva...

—¡Ay, qué de cosas malas hay en el mundo!—Exclamó el pobre Charles presa de indecible espanto.—¡Yo nunca iré a la India!

—No vayas si no lo deseas, amiguito, pero no pienses tanto en lo malo que hay en la tierra, pues acabarías por ser un acérrimo pesimista, y tu vida sería amargada. Piensa más, mucho más, en lo bueno, bello y maravilloso que nuestro planeta encierra, y te sentirás feliz...

—¡Pero...si es que yo creo que hay más malo que bueno...!

—No blasfemes, muchacho. Piensa siempre buscando la parte buena —Dijo Raflo.

—¿Y ustedes piensan ir a la India?

—Sí...pero no como Colón.—Contestó Raúl riendo.

—Pues yo no voy,—dijo Charles decididamente, como si alguien lo obligara a ir.

—Ya lo has dicho, amiguito.—Contestó Raflo,—lanzando un profundo suspiro, a la par que pensaba en lo que Raúl acababa de decir. ¿Porqué yo no tomaré el rumbo que Colón, cuando quiso dirigirse a las Indias? ¿Porqué no he de intentar volver a ver la bellísima mujer, que con su mirada transformó mi existencia?

Y añadía enseguida:—¡No, no iré, no quiero desvanecer el dulce recuerdo de su mirada! ¡Quizás no volvería a mirarme así!

Mientras Raflo así pensaba, Charles le decía:

—En realidad, yo lamento que llegue el día de separarme de ustedes, porque las horas más agradables de mi vida son las que oyéndoles he pasado. Con ustedes he aprendido tantas cosas, de las cuales no tenía la más ligera idea...pero, confieso que no tengo suficiente valor para ir a ese país, donde habitan seres tan temibles...

—¡Pero Charles, si aquí mismo has estado frente a un león, te has visto bajo la trompa de un elefante, y por último, una enorme pantera clavó en tus carnes sus uñas y... no obstante, aquí está sano y salvo, gracias a la Providencia que vela por tí!

—En todo eso tiene usted mucha razón, pero...¿quién puede asegurarme, que viéndome entre serpientes pueda salvarme de ellas?

—Nadie podrá asegurarlo, pero tu optimismo quizás conjurará el peligro...

Charles lanzó un suspiro y no contestó. Raúl, tampoco quiso tratar más del asunto, y como la noche había llegado, los tres jóvenes se recogieron en profundo silencio. ¿Qué pensaban? ¿Acaso sentían algún triste presentimiento?

Nadie podrá contestar esta pregunta; pues el destino es un arcano, del que pocas, muy pocas veces, es dable levantar una punta del denso velo que lo cubre. En aquella tienda de campaña, reinaba el silencio. ¿Dormían tan pronto los moradores de ella? Seguramente no; pero, por rara coincidencia,

en contraste con otras noches los tres parecían tener gran necesidad de encontrarse a solas con sus pensamientos.

Los tres por igual, tenían tantas amarguras que recordar, y, pese a las lecciones que damos de optimismo, cada ser, aunque predique lo contrario, engañándose así mismo, parece encontrar un secreto deleite, en rememorar las horas más o menos tristes, en que se ha deslizado su existencia.

¿Será que vienen a nuestra mente para amargarnos el presente...?

Tengamos un rasgo de optimismo y pensemos, que es un vívido ejemplo, para que lo comparemos al presente, y nos preparemos a contrarrestar las vicisitudes del porvenir.

Apenas amanecía cuando ya los exploradores y Charles, sobre el lomo del fiel Tesoro de Fred, recorrían nuevamente la inmensa selva del continente africano, que plagada de temibles fieras y salvajes caníbales, constituían perenne amenaza para sus vidas.

COMO LLUEVE EN CAFRERIA

Una hermosa mañana antes que Febo asomara sus ardientes rayos por entre los entrelazados ramajes de la floresta africana, nuestros exploradores, cansados de tantas horas de reposo, habíanse levantado, deseosos de continuar la marcha cuanto antes.

El aire que los acariciaba, tenía un delicioso perfume a resinas y plantas aromáticas, que hacía a los jóvenes aspirarlo con deleite, a la par que recibían en sus pulmones la acción vivificadora de aquella suave atmósfera.

Apenas los rayos solares aparecieron, ya los tres jóvenes marchaban sobre Tesoro, por senda ignorada para ellos, que los conduciría sin duda, a algún lugar habitado por salvajes.

Mucho rato llevaban de silenciosa marcha, por la amplia ruta que se les ofrecía al paso, atentos solo a inspiraciones profundas de aquel aire embalsamado, con que enriquecían su sangre de oxígeno, que en tan gran cantidad, poseía la atmósfera campestre, cuando Raúl rompió aquel silencio diciendo:

—Raflo, debemos orientarnos, porque quizá esta ruta que seguimos, no nos llevará a la Cafrería.

—Tienes razón—contestó Raflo.—Ya debía haberlo hecho; pero quería aprovechar más tiempo este camino, por el que tanto adelantamos

Raflo y Raúl consultaron sus brújulas para conocer el rumbo a que se dirigían, y después de breves razonamientos, dijo el primero hablando con Tesoro:

—¡Vamos, viejo, ahora el camino se te hará más difícil. Tenemos que ir a ver los cafres, Tesoro y tendrás que romper malezas.

Mientras así decía Raflo, hacía todo lo posible por dirigir a Tesoro sobre la derecha del camino, quien contra lo acostumbrado, se obstinaba en seguir adelante.

—Déjalo un rato más, Raflo,—decía Raúl—quizás después ceda.

—¡Pero si es que al paso que lleva, nos alejará en poco tiempo de los cafres...!

—¡Ja, ja,—rió Charles—la verdad que el animal es inteligente: no quiere dejar el camino abierto...no quiere trabajar.

—Eso es lo que me extraña de Tesoro, pues el distintivo de los elefantes de la India, es la obediencia y el amor al trabajo.—Contestó Raflo.—

—¡Quizás si este animal sepa el camino!—Añadió Raúl.—

—¿Acaso sabe él donde vamos?—Dijo en tono semi burlón Charles.—

—Pudiera ser...—contestó Raúl.—

—Verdad que hemos pronunciado varias veces la palabra cafres.

—Fíjate, Raflo, cada vez que lo oye levanta la trompa, como ahora.

—¿Habrá ido alguna vez?

—¡Quizás!

—Sí así es, él nos llevará,—Dijo Raflo.—

Charles hacía lo posible por contener la risa, que le causaba la creencia de los exploradores, de que el animal los entendiera.

Durante un rato nadie habló, notando que el animal había acelerado la marcha.

Al cabo de una hora, Tesoro se detuvo y empezó a romper ramas con su trompa, a la izquierda del camino.

—¡Dejémoslo!—Dijo Raflo.—

El elefante, con gran asombro de todos, se fué abriendo paso al noreste, con una habilidad, de que no es capaz de imaginarse, quien no ha viajado en elefantes.

—¿Dónde nos llevará?

—¡Veremos!. Yo creo que él sabe donde

—No debían dejarlo seguir.—Dijo Charles muy preocupado.—

—¿Qué temes?—Preguntó Raúl.—

—¡Que nos lleve...quién sabe entre qué gentes!

—¡Mejor!—Contestó Raflo.—

—¿Mejor, dice usted?—Interrogó Charles lleno de asombro.—

—Sí, porque quizás nos lleve entre seres que no conocemos, ni sabemos sus costumbres.

—¿Y si son caníbales?

—Procuraremos librarnos de sus dientes.

—¿Pero así nada más lo dice usted...?

—¿Cómo quieres que lo diga?

—¡Lo que yo sé, es que si caemos en poder de ellos, nos comerán...!

—Pues tú, menos que nadie, puede asegurar tal cosa...

—¿Porqué?

—Porque has estado entre las garras de una hambrienta fiera, y has escapado.

—¡Es verdad...! ¡Ustedes me libraron de su horrible boca!

—Ya ves que también de ellos podremos escapar...

—Pero estos pueden ser muchos...

—Nosotros y Tesoro, formamos un ejército.

Charles no habló más, sea porque le convencieron las palabras de Raflo, sea por temor a parecer demasiado pusilánime.

El elefante marchaba con la prontitud que le permitían los ramajes que encontraba a su paso, los que iba rompiendo con su enorme trompa, en la cual desarrollan una fuerza increíble, cuidando también de cortar todos aquellos que pudieran estorbar a los que sobre él cabalgaban.

¿Sabía aquel ser irracional, que aquellas ramas podían causar daño a sus jinetes?

Dejaré que cada lector lo conteste por sí, in menti. Pero no dejaré de decir, que los jóvenes estaban encantados del proboscidio, al que tan bien le sentaba el nombre que le había puesto, aquel modelo de matrimonio, que ignorado de todos, vivían en su bien cultivado sao.

Cada uno pensaba a su manera en aquellos seres que tan solitarios se encontraban, pero felices, viviendo el uno para el otro, sin desear que nadie fuera a sorprenderlos en su humilde y tranquilo retiro.

Raflo—se preguntaba—: ¿Seguirían siendo lo feliz que eran después de haberlos conocido?—y añadía:—¿Porqué Raúl tendrá esa tan marcada afición a las mujeres...?

Pero esto no era lo peor, sino que Rea le correspondía. No lo había podido ocultar...

Raúl, por su parte pensaba:

¿Seguirá siendo feliz aquél matrimonio después de haberles proporcionado nosotros, las comodidades que dá el dinero. ¡Me temo que nó!

Rea, se cree hoy más feliz, porque tiene trajes con que yo quise halagar su feminidad. Mas, acaso con esto, haya conseguido hacerla menos feliz. Cuando esos trajes estén acabando, anhelará otros y... como ya no teme como antes al peligro que les amenaza, querrá ir a la ciudad y, ¡quien sabe...!

A las claras veo que el dinero no es el que nos proporciona la verdadera felicidad, sino que nos aumenta las necesidades, y ¡ay! nos lleva a la desgracia, como por su ambición me llevó Gil, a la más triste condición...

Así pensaban nuestros exploradores, cuando vieron que Tesoro se detenía, y levantaba su gran trompa en una dirección, la cual inmediatamente tomó.

Los jóvenes pensaron que algo debía ser cuando el inteligente animal hacía tal cosa, y resolvieron dejarlo seguir, puesto que ellos lo que querían era explorar aquel continente; lo mismo les era una que otra dirección.

El elefante no había andado ni una hora, cuando notaron que acortaba el paso y se hacía cauteloso

—¡Atención, Raflo; debe de haber algo por aquí!

—¡Sí, Tesoro lo está demostrando!

—¿No serán los caníbales?—preguntó impresionado el pobre Charles.—

—Pudiera ser,—dijo Raflo—así es que cuida de que no te sorprendan.

—¿Cómo?—interrumpió Charles—.

—Tratando de ver tú, antes de ser visto.

—¿Cómo va a ser eso posible, con el ruído que forma Tesoro?

—Ese ruído lo conocen todos los africanos, pues están acostumbrados a oír las pisadas de los elefantes.

Mientras así hablaban, vieron un camino muy abierto, por donde se lanzó Tesoro a buena carrera.

—Aun no estamos muy cerca—dijo Raflo.—

—¿Porqué tomaría esas precauciones Tesoro?

—Quizás sintió que alguien cruzaba este camino.

—Pudiera ser... Pero mira, ya vuelve a acortar el paso...

—¿Será que se ha cansado?—interrogó Charles, por no hacer otra pregunta.—

—No lo creo.—Dijeron a la vez los dos amigos.—

—Ahora Tesoro camina como si no quisiera que lo oyeran.

—Sí, y dirige la trompa hacia adelante.

Raflo examinó sus armas y Raúl lo imitó.—Estos detalles aumentaron el miedo de Charles, que no pudo contener un reprimido suspiro.

—No te asustes, amiguito,—dijo Raúl siempre compasivo.—

—En vez de asustarte debías prepararte a defenderte.—Dijo Raflo con severidad.—

—¡Ay! ¿de quien? ¿cómo?

—De todo lo que se presente y con las armas que igual a las nuestras llevas.

Charles pareció cobrar ánimo, o al menos así lo quiso demostrar. Pero esto duró poco, pues aquella cautela de Tesoro, resultaba por demás impresionante: el elefante levantaba sus patas dejándolas caer con suavidad

—¡Algo teme Tesoro!—dijo Raúl nada tranquilo.—

—No acierto qué pueda temer, pues los elefantes de la India son muy valientes.

—En ese caso, el peligro será para nosotros.

—Eso creerá él.

—¡Oyes, Raflo...son voces...!

—Seguramente; Tesoro debe haberlo oído desde hace rato.

—Sí, desde que tomó tales precauciones.

En ese momento el elefante se detiene y hace por mirarlos.

—Parece que nos consulta, Raflo.

—Sería prudente que nos bajásemos y nos aproximáramos a pie...

—¡Yo no voy!—dijo Charles asustado.—

—Puedes quedarte, pero no hagas ruído.

Los jóvenes se bajaron quedando Charles sobre el buen Tesoro.

—Bien, viejo,—le dijo Raflo acariciándolo.—

—Espérate aquí Tesoro—decía a la vez Raúl.—

Hacía unos segundos que los jóvenes marchaban, cuando sintieron tras ellos precipitada carrera, que les hizo volver la cara, encontrando que era Charles.

—¿Qué hay?—dijo Raflo, a la vez que Raúl preguntaba:

—¿Qué pasa?

—Temo que Tesoro se asuste y salga corriendo, y no volver yo a encontrarlos a ustedes; por eso vengo.

—Pues temes mal. Tu podrás abandonarnos en el peligro: Tesoro nó. —Dijo Raflo en tono severo.—

Charles no pareció molestarse, por lo que Raúl, no creyó oportuno decir nada.

Un momento después, Raflo volvió la cabeza para ver si estaban muy distantes de Tesoro, y tuvo la sorpresa de ver que el animal los seguía a un paso tan lento y suave, que contrastaba con su inmensa mole.

—¡Mira, Raflo, allá hay gente!

—Es verdad, observemos que gente es.

Protegidos por la maleza, pudieron ver que ante ellos marchaban un hombre y tres mujeres.

Todos tenían la cara larga y estrecha, frente abovedada, nariz prominente y arqueada, la barba muy puntiaguda y su color oscuro, pero no negro.

—¡Son cafres Raúl, míralos, son cafres!

—¡Entonces no son antropófagos!

—No, éstos no lo son: vamos a seguirlos.

No tuvieron que andar mucho, cuando vieron que éstos se dirigían a un gran grupo de cabañas, construídas sin ninguna simetría, entre las cuales había dos o tres a medio construir.

Entre un grupo de cafres, uno de ellos se distinguía por estar sumamente adornado, el que a simple vista se veía debía ser un jefe.

Los jóvenes se aproximaron seguidos de su elefante, y cuando los cafres los vieron, denotaron gran contento, cosa que extrañó a nuestros protagonistas, que incapaces de dejarse engañar, se mantuvieron siempre en espectación.

Hacía un rato que los exploradores estaban entre ellos, cuando vieron que un grupo de mujeres, venían cargadas con materiales para la construcción de las cabañas y, ¡oh, sorpresa!, pudieron observar como se dedicaban ellas por sí, a levantar y terminar sus viviendas, mientras los hombres tendidos en el suelo, las contemplaban muy complacidos.

Otro grupo de mujeres estaba dedicado a moler en pilones los cereales.

—¡Qué poco galantes, son estos hombres!—Dijo Raúl.—

—Por lo visto, aquí los hombres no trabajan.

—¡Qué sabroso han de vivir...!—añadió Charles, que había perdido el miedo.

—¡Siempre pensando así, Charles!—Contestó Raúl en tono de reconvención.—

—Pero...¿no cree usted que así es mejor...?

Antes que Raúl pudiera contestar, vieron llegar un gran número de mujeres, que venían de trabajar en el campo.

—¿No te parece vergonzoso, amiguito, que mientras los hombres están en la holganza, las pobres mujeres sean las que laboren en tan rudos trabajos?

—¡Serán ellas más fuertes...!

—No lo creo...

—Les gustará más que a ellos trabajar.

—Puede ser... más yo opino, que siendo necesario trabajar... y viendo que en esta colmena humana, los hombres son los zánganos, han tenido ellas que convertirse en obreras.

Charles no se dió por ofendido y contestó:

—Pero es que estas ni parecen mujeres.

—¡Pero lo son!—Contestó Raúl con firmeza.—

Así hablando llegó la tarde y los cafres se levantaron del suelo para ir a las cabañas, pudiendo ellos observar, que en cada una había un hombre, varias mujeres y muchos chiquillos.

—¡Mira Raúl, es verdad que en los cafres existe la poligamia!

—¡Eso estaba observando...!

—¿Cada uno tiene varias criadas?—interrogó Charles.—

—Son esposas, Charles, que en ellos puede tenerse como sinónimo de esclavas.

—¡Pobres mujeres!— Suspiró Raúl—

—Son negras, Raúl...—Dijo riendo Charles

—¡Pero no por eso menos dignas de compasión...!

Raflo ocultó una ligera sonrisa, recordando como era Raúl con las mujeres, sonrisa que no pasó inadvertida para Charles, que con cinismo le dijo:

—¡Aquí si que no se tendrá que poner celoso de usted ningún marido...!

—¡Cállate, Charles...!—Dijo imperativo Raúl.—

Raflo fingió no oir, y Charles solo pensó que a Raúl se le hacía triste aquel recuerdo. En realidad, se le hacía triste; pero era al pensar que por su causa, aquella buena señora, había sido mal juzgada, como antes lo había sido, por sus propios hijos, aquella excelente peruana, que en aciaga noche les dió albergue.

Entre aquellos cafres, apareció uno por el que todos demostraron respeto.

—¿Quien era?.

Estaba muy adornado, y en las manos traía un gran manojo de ciertas plantas secas. Tras él venían muchas mujeres y muchachos cargados con gran cantidad de ramajes. Aquel hombre, sin más ceremonia, prendió fuego a la gran pira que formaron y después de mirar la espesa nube de humo que se elevaba, se alejó, entrando en una choza seguido de todos los cafres que habían venido a su encuentro, los que se refugiaron en sus respectivas chozas, mirando a intervalos para el cielo. Aunque no se les veía orar,—

pues éstos cafres no tienen creeencia religiosa ninguna—; por sus hermosos tipos y costumbres se ve claramente que son superiores a los hotentotes y bosquimanos.

—¿Qué se traerá esta gente mirando para arriba?—Interrogó Charles.—

En vez de contestar, Raflo insinuó esta otra pregunta:

—¿Será cierto que los salvajes, tienen hechiceros que atraen la lluvia con humo de ciertas plantas?.

—Esas que han quemado, deben tener esa propiedad.—Contestó Raúl.—

—Ahora podremos convencernos.

—Por si acaso, debíamos plantar nuestra tienda, si es que piensas que pernoctemos aquí.

—Sí, es lo mejor. ¡Manos a la obra!

Mientras armaron su tienda, notaron que ligeros nimbos se aglomeraban en aquel espacio. En poco tiempo eran muchos los nimbos o nubes de agua.

El elefante daba señales inequívocas de que anhelaba lo libertasen de su ensilladura, por lo que se apresuraron a complacerlo.

Aquel noble animal permaneció tranquilo y resignado, mientras no vió en sus gentes que iban a acampar allí; pero, una vez visto la tienda armada, les hizo recordar el deber que tenían de permitirle también a él descansar.

No bien terminaron de dejar libre a Tesoro de su ensilladura, tuvieron que guarecerse en su tienda, pues recios goterones empezaban a caer, terminando con un gran aguacero.

—¿Pero es posible que con ese humo hayan conseguido que llueva...?—Interrogó Charles lleno de asombro.—

—No podemos ya dudarlo, por muy extraño que nos parezca.—Dijeron a la vez los exploradores.—

—La verdad es, que aquí parece hacía tiempo que no llovía...ni había una nube que anunciara agua.

—Efectivamente, nada hacía presumir que lloviera, luego, ese humo tiene la propiedad de atraer, en gran cantidad, el vapor de agua.

—Sería una gran ventaja poder hacer así siempre; que lloviera a voluntad de los agricultores.—Añadió Raflo.—

La noche cerró, y los cafres no salieron más de sus cabañas.

Los jóvenes también permanecieron en la suya, si bien con luz, y pasando la velada conversando.

Tesoro, que había vagado por esos contornos, vino a dormir a pocos pasos de la tienda, como para resguardarla. Los dos exploradores así lo comprendieron y Raflo dijo:

—¡Qué inteligente animal! ¿Ves?

—Sí, tan noble y fiel.

—Tal parece que hace muchos años que es nuestro y que nos quiere.

—Que nos ha tomado afecto es indiscutible, como si comprendiera que favorecimos a sus amos.

—¡Y tan trabajador!—Añadió Charles por elogiar también.—

—Esa cualidad es menos apreciable, pues si no lo hacen se les obliga. —Contestó Raflo.—

—A lo que sí no se puede obligar es al cariño, como no sea por medio de él.—Agregó Raúl.

Los dos exploradores se quedaron pensativos, como cada vez que Raúl pronunciaba la palabra amor...y... ésta siempre estaba a flor de labios de la bella joven.

Charles interrumpió aquel silencio diciendo:

—Ya veo que todos los animales trabajan aunque sea para buscarse la comida, y qué las únicas holgazanas son las plantas.

—¿Quisieras tú ser planta, Charles?—Interrogó Raflo.—

—La verdad, que pasan la vida mejor.

—¿Mejor?—preguntó Raúl, y enseguida añadió: la pasan mejor, porque son más buenas que nosotros: ellas todo lo dan sin obtener recompensa.

—¿Todo lo dan?. Darán las que tienen algo de comer...¿pero las otras?

—¡Oh, Charles.., piensa que ellas nos lo dan todo! Nos dan alimentos, y entre éstos, frutos tan exquisitos, que nos recrean el paladar...nos dan madera para las viviendas, muebles, etc. ¿Qué más quieres?

—¡Ah, verdad!; pero yo no me refiero a las que nos dan madera y comida, sino a las otras...a las que no sirven para nada.

—¿Para nada...? ¡Ay Charles... qué estás diciendo...!

—Que hay muchas matas que no sirven más que de estorbo.

—No digas tal, amiguito... aún cuando nos obstruyan el paso y no podamos hacerlo sin alguna molestia, las plantas siempre nos son útil, y es mi creencia, que todo lo que el Divino Hacedor ha creado, tiene algún objeto en la vida, aun cuando nosotros no conozcamos su aplicación.

—¿De veras?—Dijo Charles en ese tono semi-burlon tan propio de los chicos callejeros.—

Aunque Raúl así lo notó, no se molestó, firme en su propósito de dar a ese espíritu atrasado, un poco de luz, de llevar a ese cerebro en blanco, rudimentarios conocimientos, por lo qué haciéndose que en las palabras solo veía la asombrada pregunta continuó:

—Sí, amiguito, unas nos dan medicinas, ya en sus flores, hojas, corteza y raíces; nos dan las preciadas resinas, y nos dan las fibras que usamos para nuestros trajes.

—¿Para nuestros trajes?—Dijo esta vez sincero, aquel pobre muchacho.

—Sí Charles. El lino es una planta, y planta es también la que dá el algodón, de qué está hecho tu traje.

—¡Es verdad; pero es que yo no me doy cuenta de nada, nunca pienso de qué se hace nada!—dijo en tono de amargo reproche aquel pobre inglesito.—

—¡Pobre amiguito! Piensa en las cosas y encontrarás la génesis de ellas; medita, busca con tu pensamiento el cómo y por qué de cuanto ves, y tu meditación te dará la verdadera intuición de todo... ¡y qué agradable pasarás la vida! ¡Cómo amarás la meditación, que te abre un campo tan extenso y agradable! ¡Si tu supieras amiguito, que esas plantas que tu desprecias... (y no me refiero a los grandes árboles, que sé que en ellos reconoces siquiera el beneficio que nos dá su madera y su fresca sombra), sino a las plantas pequeñas, aún descontando las que conoces como medicinales, (aunque te participo que casi todas lo son) bien, amiguito, lo que quiero decirte, para que las ames, es que las plantas se parecen a la vida animal, y no es solo en la vida, reproducción y muerte, sino en su constitución: te diré que ellas como nosotros, respiran, ¡y de qué manera amiguito...!, ellas toman del aire el ácido carbónico que tan nocivo nos es, y en cambio nos dan el oxígeno, que es el elemento primordial de nuestra vida...

—¿Primordial? Eso es la comida.—Interrumpió el pobre muchacho.

—No, amiguito. Estás muy lejos de lo cierto, sin comer puedes vivir varios días, y aún sin beber, con ser el agua de necesidad más imperiosa... pero sin respirar oxígeno ¡oh, amiguito: quiera el Omnipotente que jamás conozcas un martirio que termina en la muerte...afortunadamente en pocos momentos..!

—¿A eso llama usted afortunadamente?

—Sí, Charles, es una fortuna que no se prolongue tal martirio!

—¿Y entonces, donde no hay muchas plantas...?

—El aire no es tan rico en oxígeno como aquí.

—¿Luego éstos salvajes serán más sanos?

—Apenas tienen enfermedades, y por lo tanto, esta vida al aire libre, los hace más fuertes...

—Siga, Raúl, dígame algo más de los árboles, me gusta oírlo, yo no sé nada, no me doy cuenta de nada.

—No te fijas Charles; a poco que observaras, verías que las hojas están surcadas por unos cordoncitos, que en realidad son tubitos por donde circula la savia, que es la sangre de las plantas.

—¡Lo único que les falta es tener corazón!—dijo Charles entusiasmado.—

—¡Te equivocas!; se ha probado que las plantas tienen corazón alargado.

—¿Qué dice?.

—Y que como nosotros, se pueden anestesiar con éter o cloroformo... También las hay que parecen tener inteligencia y que se alimentan de insectos.

Mientras ellos hablaban, Raflo, a quien no podía interesar esta conversación, permanecía con los ojos cerrados; ¿estaba dormido?. No, estaba meditando. Y en el momento se levantó y abriendo la puerta de la tienda de campaña, se asomó a ella con sigilo.

—¿Qué ocurre Raflo?.

—Me parecía oir un ruído cauteloso.

Durante un rato nada se oyó que pudiera acusar la presencia de alguien, y los jóvenes volvieron a su tienda y se acostaron, no tardando en quedarse dormidos, no así Charles que preocupado por el ruído que había causado la atención de Raflo, no había podido conciliar el sueño. Le parecía oir pasos que se acercaban sigilosos, y el pobre muchacho se veía, in menti, atacado por los cafres, a quien veía con los blanquísimos dientes, prestos a clavarse en sus carnes. Un sudor frío le invadía, quería hablar, llamar a sus compañeros; pero era tal el terror, que no podía articular sonido.

Aquel ligero rumor se acentuaba, y el pobre Charles, veíase comido por los que juzgaba antropófagos, y se extrañaba que aquel ruído, que en su pavor tomaba grandes proporciones, no despertase a sus compañeros. Pero lo que había sido como ligerísimo rumor de pasos, en aquel momento oyóse como precipitada carrera, aumentada por las fuertes pisadas de Tesoro; un grito sofocado heló la sangre al buen muchacho, que estuvo a punto de perder el conocimiento. Sus compañeros se precipitaron fuera de la tienda y pronto pudieron saber de qué se trataba.

Algunos cafres, ilusionados por las diversas bisuterías con que los exploradores habían obsequiado a su llegada a gran número de mujeres y niños, y que ellos no habían alcanzado, creyéndolos poseedores de muchas joyas, se habían levantado con ideas de robarlas, acercándose cautelosamente a la tienda, donde Tesoro los sorprendió, sin que por ello pudiese evitar que uno de ellos escapara con un morral, del que se había apoderado en la confusión de la persecución de Tesoro sobre sus compañeros, entrando la mano por debajo de la tienda.

Cuando los exploradores llegaron junto a Tesoro, éste blandía en su trompa a uno de los cafres.

—¡Suéltalo, Tesoro!—ordenó Raflo— y el animal, cómo si estuviese amaestrado, lo soltó inmediatamente. Los jóvenes acudieron a donde estaban los cafres y un triste espectáculo se presentó a su vista: dos cafres yacían sin vida en el suelo, mientras el tercero lanzaba ayes lastimeros.

—¡Ven, Raúl, ayúdame!—dijo Raflo incorporando al cafre—llevémosle a la tienda.

Raúl, aunque con muchísima repugnancia, acudió al llamamiento de su amigo, y entre los dos lo llevaron a presencia de Charles, que ante la humanidad de aquel infeliz, armó tales aspavientos, que hicieron reir a los dos jóvenes, apesar de la compasión que sentían por aquel moribundo.

—No temas, Charles, no es un caníbal—dijo Raúl.—

—Y aunque lo fuera—añadió Raflo—, no está en condiciones de devorar a nadie.

Charles se tranquilizó, pero miró alternativamente a sus compañeros y al salvaje, temiendo que éste fuera a comprender las palabras de los jóvenes.

—¡No, Charles, no entiende!

En ese momento la enorme trompa de Tesoro apareció en la tienda: había venido a curiosear.

—¡Vete, Tesoro—dijo Raflo—no necesitamos tus servicios!.

—En buen apuro nos has puesto, Tesoro,—añadió Raúl—.

—¡Cuando los otros vean que le has herido un compañero...!—Dijo Charles, terminando lo que quizás iba a decir Raúl.—

—Ellos, por tontos que sean comprenderán, que el elefante no fué a burcarlos para matarlos, sino que ellos vinieron...

—¿Ellos, dijo usted?—Interrogó Charles asombrado.—

—Sí, me refiero también a los que Tesoro mató.

—¿Ma...qué?

—¡Mandó al otro mundo!, si te parece mejor.

—¿Y donde están esos muertos?—Preguntó azorado Charles.—

—A pocos pasos de nosotros—contestó Raúl,—no excento de pesar.

—¡Ay...!—exclamó el pobre Charles—¿allí afuera?.

—A menos que tu quieras que los entremos en la tienda...—Añadió Raflo.—

—¡No, no!—contestó vivamente Charles, mirando con espanto en todas partes.

—¡Vamos Charles, no le tengas ese miedo a los muertos!

Mientras así hablaban, friccionaban al infeliz cafre, que se mostraba muy apesarado. Sin duda comparaba su mala acción con la nobleza de los exploradores.

—Debe ser muy joven—dijo Raúl.—

—Lo será, pero así y todo, no podrá decirnos su edad, pues no la saben. Miran el tiempo como lo que es, algo que no pueden impulsar ni contener y, por lo tanto, no se ocupan de contar los años; sin embargo, éste procedimiento es bueno para las mujeres, que no se ven expuestas a que le pregunten su edad, añadió Raflo sonriendo, para disipar el ambiente de tristeza que les rodeaba, con lo cual arrancó una débil sonrisa a sus jóvenes compañeros.—

En verdad, el cuadro era desolador en aquella media noche, con un moribundo entre la tienda, dos cadáveres fuera, y la gran mole del elefante amenazador junto a la casa de campaña.

Sabido es, que los elefantes son cariñosos e inteligentes, pero que no perdonan las ofensas; y Tesoro se encontraba ofendido de que aquellos intrusos se acercaran cautelosos a la tienda de sus actuales amos. El, que de exprofeso había dormido junto a la casa de campaña para defenderlos, no sabía explicarse como aquéllos bípedos, a quienes él reconocía superioridad, pudieran haber recogido en su casa aquel enemigo. Seguramente así pensaba el buen elefante, fiel amigo; pero terrible enemigo.

De cuando en cuando, Tesoro asomaba sus enormes colmillos y trompa entre aquel recinto, y solo cuando le decían: ¡Atrás, Tesoro, aparta! se apartaba, aunque de mala gana, dirigiendo antes una mirada rencorosa al cafre.

La noche pasó, prodigándole cuidados al pobre cafre, que en su mirada, aunque salvaje, denotaba reconocimiento.

Al amanecer, salieron de la tienda los exploradores, mientras el inglesito dormía el desvelo pasado. Notaron que los cafres, como los hotentotes y bosquimanos, no son nada madrugadores. ¿Y para qué habían de levantarse temprano, si no tienen oficinas a que asistir, ni empleos, ni negocios que ventilar?. A ellos lo que les sobra, es lo que a tantos nos falta: ¡tiempo!

La presencia de los cadáveres de los cafres impresionó a Raúl, pero su amigo trató de distraerlo en lo posible.

—¿Qué harán los cafres cuando vean a sus compañeros muertos?.

—Tengo curiosidad por saberlo—Contestó Raflo.—

—¿Querrán tomar venganza...?

—Debemos estar alerta, por si acaso.

Así estaban hablando cuando sintieron una carrera precipitada detrás de ellos. ¿Qué era?

Charles había despertado y al encontrarse solo con el cafre, se asustó y salió despavorido en busca de sus compañeros, mas... apenas llegó junto a ellos y vió los dos cadáveres, retrocedió espantado, y echó a correr como un loco en dirección opuesta.

—¡Este Charles, es cobarde como una mujer!—Dijo Raflo.—

—¡Más que una mujer!—enmendó Raúl.—

—¡Ven, Charles!—gritó Raflo; sin dar importancia a lo que contestó Raúl.—

Charles reaccionó y dejó de correr, pero sin acercarse.

En aquel momento, vieron que Tesoro, aprovechando que el cafre había quedado solo, se acercaba a la casa de campaña, quizás con propósitos no muy buenos para aquel pobre salvaje.

—¡Eh, Tesoro, detente!—gritó Raflo.—

Raúl se acercó al elefante y acariciándolo le dijo:

—¡No seas así, Tesoro! Tu eres muy noble, y nobleza obliga a perdonar...! ¡Vamos, viejo, toma nuestro ejemplo...bastante daño le has hecho al pobre.

El animal pareció entender las palabras de Raúl; quizás no comprendería las palabras, pero por la dulzura de ellas entendería que le hablaba en pro del cafre.

Los jóvenes volvieron a la tienda y prodigaron sus atenciones al enfermo, que con la precipitación de Charles había despertado.

En aquel momento varios cafres salían de sus cabañas, y se dirigían a donde yacían los cadáveres de sus compañeros.

Charles, que los vió aproximarse, echó a correr y entró a la tienda como una bala, capaz de derribar a todos.

—¿Qué es eso, Charles?.

—¿De qué corres?—preguntaron a la vez los jóvenes.

El inglesito jadeante dijo:

—¡Vienen...!

—¿Quiénes?

—¡Los...cafres!

Los exploradores fueron a salir de la tienda, cuando vieron que el joven cafre se enderezó y articuló varios sonidos guturales. Charles temblaba como una hoja, y los exploradores se aprestaron a la defensa, por si iban a ser atacados.

El cafre magullado empezó a hablar desde la puerta de la tienda a sus compañeros.

Raflo y Raúl, se dieron cuenta de que los salvajes deponían el gesto de agresividad de que los creían poseídos, y que por el contrario, el jefe mandaba a buscar al cafre que estaba con ellos.

Este denotó un terror, del que no se explicaban los exploradores. res. Un momento después, traían a presencia de aquel jefe lleno de adornos, a otro cafre, el cual llevaba el morral, que resultó ser el de Raúl, y al que no le había echado de menos.

El delincuente traía una cara de espanto, y se veía que imploraba al jefe, que tenía una cara feroz.

Con toda la dignidad de que puede ser capaz un salvaje, devolvió a los exploradores su prenda, y tomando un trozo de leño, aporreó las manos al ladrón, que lanzaba lastimeros aullidos, sin que ninguno pareciera conmoverse por aquel castigo; sino que todos a una, dedicábanse a contar los porrazos, como si éstos se propinasen en determinado número. Los jóvenes notaron que cada vez que contaban tres, volvían a articular los mismos sonidos, de lo cual dedujeron que no sabían contar más que hasta ese número. En efecto: los cafres solo tienen tres nombres para los números y solo de esta manera cuentan.

Muchas veces habían repetido los cafres aquellos fatales números y no parecía llegado el momento de terminar, cuando Raúl dijo:

—¡Qué salvajes son estas gentes, hasta cuando le darán!

—¡Tendrán su código, y éste caso estará previsto y penado en la forma que lo hacen!—Contestó Raflo.—

—¿Pero será posible que con tal castigo se atrevan a robar estos salvajes?

Por lo visto, en la Cafrería como en todas partes. se lamenta el castigo cuando se sufre, pero el temor a éste no es óbice para delinquir.

Mientras ellos hablaban, el cafre del traumatismo elefantil, los miraba suplicante y les mostraba sus manos, que debían pasar por el mismo aporreo que las de su compañero. Los jóvenes así lo comprendieron y se propusieron librarle de aquel castigo.

De varias maneras trataron de dar a entender al implacable jefe sus deseos de que lo perdonase. La víctima los entendía admirablemente, y se lo repetía en su lengua a los cafres, pero se veía en todos la disposición a que sufriera el castigo a que se había hecho acreedor, y sobre todo el jefe, cuya alargada faz, parecía en aquellos momentos, mucho más larga, le lanzaba miradas de furor.

El pobre cafre estaba angustiado y ya parecía sentirse los dolores que debía producir aquel aporreo, y se miraba lloroso sus negras manos.

Raúl, compadecido, se puso delante de él, para indicar que con su cuerpo lo protegería. Los ojos de los cafres echaban chispas y se consultaron. Parece que decidieron tomarlo por la fuerza, pues dieron algunos pasos hacia él, mas...en aquel momento, un anciano cafre dijo algunas palabras y todos retrocedieron.

El joven había sido perdonado por la intervención del viejo cafre; acto éste que demostró a los exploradores el respeto y obediencia que aquellos seres tienen por sus ancianos. ¡Cuan distinto de otras regiones!

El joven cafre, que era un hermoso tipo, dió muestras de agradecimiento a los exploradores, y tornando a la tienda de éstos, se tendió junto a ella, exactamente como hubiese hecho un perro fiel.

Este rasgo conmovió a los jóvenes que interpretaron fielmente su significado. En cuanto a Charles toca, miraba al cafre con recelo.

—Ven, Charles, no temas a este pobre, que no te hará daño alguno.

—Y, ¿por qué se queda allí y no se va con los suyos?—objetó el inglesito.—

—Phss, porque así lo desea—contestó Raflo.—

—El trata de demostrarnos así su adhesión—contestó Raúl—, ya se marchará.

—Estoy pensando Raúl, que lo que más tenía anoche este cafre, era miedo...fíjate, parece que no ha sufrido ninguna opresión.

—Seguramente, el terror al sentirse asido por Tesoro y el temor a que nosotros tomásemos represalias, había hecho que él se mostrara casi moribundo.

—Mira, no es un tipo repulsivo...quizás quiera acompañarnos...

—¿Qué dices Raflo?—interrogó Raúl visiblemente contrariado.—

—Quiero decir, que nos podía guiar...

—De ninguna manera... ¡si éstos seres no se han alejado jamás de sus lares!

—Pero podía enseñarnos otros lugares habitados por cafres.

—Siendo solo por eso, podías proponérselo, y a propósito, creo que ya podemos levantar la tienda...

—En efecto, ya hemos visto bastante.

—¡Hasta atraer la lluvia...!—añadió Raúl.—

—Es verdad, curioso fenómeno, que pueden realizar estos salvajes, cosa que a los civilizados les parece imposible.

Mientras los jóvenes hablaban, el cafre miraba a uno y otro con cierta simpatía, pero al posar sus ojos en Charles, su mirada se hacía más salvaje y huraña, lo cual hacía estremecer al pobre muchacho, que no sabía donde estar, anhelando el momento de salir de aquel lugar; por lo tanto el salvaje miraba insistentemente a Charles, comprendiendo que su aspecto era el que ponía en esas condiciones al pusilánime chico; que, tan pronto vio que sus compañeros desarmaban la tienda, cobró valor y dirigió una mirada de triunfo al cafre.

Por los ojos de éste, pasó como un relámpago, una idea, que inmediatamente la demostró o dió a entender con gestos, llenando de espanto a Charles.

¿De qué se trataba? Nada menos que de irse con ellos; pero la estupefacción del inglesito llegó al colmo, cuando vió que sus compañeros lo aceptaban. No obstante, pudo comprender, la repugnancia denotada por Raúl, al tener que llevar aquel salvaje junto a sí.

Charles, que tenía viva simpatía por Raúl, por ser más joven y por la dulzura de su carácter, aprovechó esta circunstancia para hablarle así:

—¿Cómo es posible que usted acceda a que montemos con nosotros ese salvaje?

—Yo no puedo oponerme, amiguito...

—¿Qué nó?.

—No, Raflo es mi jefe, y para mí su voluntad, es mandato.

—¿Pero...usted no puede mandar también...?

—¡Oh, sí; pero me abstengo de ello, pues siempre lo que Raflo resuelve es lo mejor.

—Pues usted tiene muy buen juicio...¡ah!, si yo pudiera ser como usted! —Dijo Charles admirando a Raúl, y éste añadió:

—Además, Charles, que no vamos a tenerlo mucho tiempo a nuestro lado; solo irá con nosotros hasta donde haya otros habitantes.

—Menos mal—dijo Charles algo conforme.—

Raflo, mientras tanto, estaba ocupado en ensillar a Tesoro, que de rodillas, daba oblícuas miradas al cafre.

Cuando todo estuvo listo, los tres jóvenes subieron por la escalerilla y Tesoro echó a andar con beneplácito de Raúl y Charles, pero Raflo gritó:

—¡Pára, Tesoro!

El elefante, ante el mandato, se detuvo como un autómata, pero no consintió que el cafre subiera sobre sus lomos. Raflo bajó, y a una voz suya, el enorme animal dobló las rodillas, y el cafre subió junto a su cabeza.

El elefante permaneció quieto hasta sentir que Raflo estaba en su puesto. Entonces, cogiendo en su trompa al cornac impuesto, lo lanzó al suelo y echó a correr, para demostrar que de ninguna manera lo llevaría sobre sí.

Esto causó la risa de todos, y ya Raflo no pensó en insistir, obligando a Tesoro a cargar con el cafre.

El que más contento estaba era Charles, que sintiéndose vencedor batió palmas. Raúl también se alegró mucho y le dijo así al inteligente proboscidio:

—¡No lo has perdonado, viejo! ¡Tu gratitud también es duradera!

—Ya veo Charles, que te has alegrado de que Tesoro no quisiera llevar al cafre.—Dijo Raflo sonriendo.—

—Es verdad, señor, no me agradaba tener ese monigote junto a nosotros.

—En medio de todo, poco se ha perdido Raflo, pues difícilmente lo entenderíamos.

—¡Tienes razón Raúl, quizás sea mejor!

—¡Pero...qué gracia me ha hecho Tesoro!

—Sí, Raúl, éste es uno de los elefantes más inteligentes que he visto.

Durante mucho rato versó la conversación sobre las cualidades del animal, hasta que Charles, pensando en lo temible que sería si fuese carnívoro dijo:

—La verdad, que si estos animales comieran carne, serían temibles por tan grandes.—

—No solo por lo grande, sino por lo astuto.

—¡Y pensar que vamos montados, como en un caballo obediente, en el animal más grande del mundo...!—Dijo Charles.—

—Del mundo nó, de la tierra sí.

—¿Acaso en el mar los hay más grandes?.

—¡Y tan grandes, que suman el largo de muchos elefantes como éste!

—¿Qué dice...?—Exclamó Charles asombrado, mirando a uno y otro para ver si se chanceaban.—

—Sí, amiguito, las ballenas son los mamíferos más grandes que existen.

—¡Horror, que tamaño de fieras!—Exclamó Charles, buscando con la vista algo con qué compararlas.—

—No son fieras, Charles; el Divino Hacedor, hizo que los animales más corpulentos, fueran los más pacíficos.

—En realidad,—terció Raflo—son inofensivas mientras no se les provoca; pero en los mares también existen monstruos horribles, cuyo recuerdo me aterra, son fieras temibles.

—¿Usted los ha visto?—interrogó Charles, a quien interesaba vivamente la conversación de los jóvenes.

—¡Desgraciadamente, mi cuerpo ha sido quien ha medido uno de esos monstruos!

—¿Y comen gente?—volvió a preguntar sin entender las palabras de Raflo.—

—Comen de todo, pero...prefieren las ballenas.

—¿Entonces...de qué tamaño son?—Preguntó de nuevo Charles, con los ojos desmesuradamente abiertos.—

—No, amiguito, no son muy grandes, algunos metros más pequeños que las ballenas, pero esos osados animales las atacan a mordiscos y las vencen. Has de saber, que su cabezota ocupa la tercera parte de su cuerpo, y que aquella es casi toda boca.

—¡Qué horror! ¡Nada podría causar tanto espanto como ver, aunque sea de lejos, tales seres!

—¡Te equivocas, pues hay unos animales, cuya vista produce un malestar indecible, aunque uno esté a salvo de sus abrazos!—Dijo Raúl.—

—¿Tienen brazos?—Preguntó azorado el muchacho.—

—Sí, tienen brazos mortales, pero no como nosotros, sino ¡ocho! ¿oyes?, que cada uno de los cuales puede tener cincuenta o más pies.

—¿Pies en los brazos...?

—No, Charles, es el largo de esos brazos, a quienes se dá el nombre de tentáculos.

—¡Ah, más horrible todavía! ¡Y tantos...!

—Tantos sí, cuando uno solo de ellos es mortal para cualquier ser que aprisionen, no solo por su longitud sino por la fuerza que desarrollan; y por si esto fuera poco, tienen unas ventosas, que nadie puede desasirse de ellas. Esos brazos les salen de la cabeza, pues carecen de cuerpo.

—¡Qué horror!...Brazos en la cabeza...y sin cuerpo!

—Más lo sentirás cuando sepas, que esos seres que carecen de huesos, tienen tal tamaño, que algunos, sin contar los tentáculos, miden siete y ocho metros...

—¡Ay, qué miedo...! ¿Y ustedes los han visto en el mar?

—Lo hemos visto a bordo de un vapor.

—¿Embarcado?.

—Sí, pescado,—dijeron riendo los jóvenes.—

—Bueno, dígame algo más de ese bicho.

—Te diré que tiene unos ojos grandes y verdosos, que sobresalen de carnosa y descomunal cabeza, cuya mirada sugestiona y hace morir de terror a cualquiera.

—Y que tiene un enorme pico encorvado...

—También tiene pico?

—Sí, tan grande y fuerte, que podría partirnos en dos...

—¡Ay!—Exclamó el impresionable Charles.

Raúl añadió:

—Y por si ese fuerte pico no fuera bastante, está armado de afilados dientes en forma de sierra...

—¡Pico y dientes y sin huesos y tan grande y con ocho brazos... y ventosas...y ojos que emboban y matan—decía Charles, algo tranquilizado, y ya en el campo de la duda, creyendo que lo decían en broma.

—Y para acabar de completar el cuadro te diré, que cuando el animal está irritado, cambia de su color gris al negro oscuro.

Charles no contestó, pero abrió mucho los ojos y la boca.

—Te acabarás de asombrar cuando sepas, que ese temible animal, echa una tinta que oscurece el agua donde se oculta...

—Y, lo que es peor, que no se mata fácilmente, porque tiene ¡tres corazones!...

—¿Tres corazones...y echa tinta...?

—Sí, Charles, como lo oyes.

Charles soltó la risa, diciendo a sus compañeros que comprendía que todo era broma.—¿Cómo va a existir un monstruo así... tan raro?

—Amiguito, no lo tomes a broma; cuanto te hemos dicho, aunque parezca fabuloso, es una gran verdad: ese ser existe, así como lo hemos descrito, y no te creas que es único, sino que hay muchos de esa especie, que nosotros tuvimos la fortuna, de ver uno de los mayores cefalópedos que se conocen.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es pulpo.

—¿Pulpo...? ¡Qué nombre tan pequeño y sencillo!...

—Para un ser tan extraño y complicado ¿verdad?—Dijo Raúl terminando el pensamiento de Charles.—

—¡Yo no sabía de nada, de nada!—dijo Charles repitiendo su frase de siempre, creyendo cada vez, que ya sabía mucho.—

Los exploradores sonrieron, pero no dijeron nada.

Durante un rato marcharon en silencio. Ya los jóvenes habían olvidado el pulpo, y sus imaginaciones estaban muy lejos, cuando de repente, Charles, que recorría en su memoria todo lo que le habían dicho del pulpo, preguntó, como si los otros tuviesen el mismo pensamiento:

—¿Cuánto pesará?

—¿Quién?—Dijeron a la vez los dos amigos, sobresaltados por la pregunta, sin recordar ya la descripción del cefalópedo.—

—¡El pulpo...!

—¡Ah... aquel pesó 18.000 Kgms.—Contestaron ambos.—

—¡Qué bestia!—Exclamó el inglesito— y guardó silencio, procurando darle forma en su mente a aquel monstruoso animal.

Los exploradores, por su parte, ya no pensaron en el molusco, y volvieron a sumirse en sus pensamientos, ajenos completamente a los del inglesito, que por entonces todos eran relativos a la enorme masa carnosa.

—¿Y se ven a flor de agua?—Volvió a preguntar el muchacho, a quien había llenado de interés le descripción del pulpo.—

Esta vez solo Raúl contestó:

—Viven en el fondo de los mares...aunque a veces suelen remontarse.

—¡Será para que los conozcan—dijo ingenuamente Charles—, pues de lo contrario, nadie podría verlos!.

—Los ven y les temen los buzos—dijo a su vez Raflo. —

—¿Qué animal es ese? ¿buzo?

—No es animal: son hombres que trabajan en el fondo de los mares.

—¿En el fondo de los mares?—Dijo Charles, con su costumbre de interrogar, sobre cuanto oía que le parecía asombroso;—y añadió: ¿Cómo no se ahogan...?

Eran demasiadas las preguntas para permitir que alguno de los exploradores siguiera sumido en reflexiones, así es que, sonriendo, se aprestaron a satisfacer la natural curiosidad de su compañero.

—Los buzos no se ahogan, porque llevan escafandras...

—¿Qué es eso?.

—Es el aparato compuesto de una vestidura impermeable con un casco de bronce perfectamente cerrado, con un cristal frente a la cara, que permite al buzo ver hasta unos trescientos metros de profundidad.

—¿Ustedes no me han dicho que sin aire no podemos vivir; como es pues, que esos hombres viven sin respirar entre esos trajes impermeables y bajo el agua?

—No, Charles, nadie puede vivir sin respirar; las escafandras tienen dos tubos para renovar el aire continuamente, sin cuyo requisito sería imposible ese trabajo.

—¿Y, de qué hondo es el mar?.

—No tiene la misma profundida en todas partes, pues el mar como la tierra, tienen sus montañas y sus valles, y en éstos el mar llega a muchos metros de profundidad—contestó Raflo.—

—Y si a esto añadimos, que también hay sus profundos y horripilantes abismos, en los cuales desciende a muchos miles, como por ejemplo, en el grado 35 en el Atlántico, que llega a 15.149 metros.

—¡Horror! ¡Quien caiga allí...!

—Lo mismo que el que caiga en tres metros—contestó Raflo riendo.—

—Efectivamente, en la tierra...las profundidades son temibles, pero en el agua...cualquier cantidad que tape a uno...basta para morir—decía Charles.—

—No digas que tape, pues sé de hombres que se han ahogado en una cuarta de agua...

—Será que se han caído...

—Claro, sin conocimiento...

—Entonces será verdad, que un paisano mío se ahogó en un vaso de agua?—dijo Charles, contento de poder decir algo que no fuera preguntar.—

—Pudiera ser, amiguito, siempre que el vaso fuera capaz para que su boca y nariz quedaran allí sin poderla separar.

—Pues yo siempre tomé eso por cuento—y añadió— pero dígame ¿y a esa profundidad bajan los buzos?

—No, esa presión no la resiste nadie.

—¿Y qué otros animales vivirán en el fondo de los mares?...

—Muchos, pero no puedo hacerte una relación que te cansaría...

—¿A mí? ¡Qué vá! ¡Dígame, dígame!

—En obsequio a Raflo, seré breve...

Pero era inútil, Raflo habíase distraído y parecía estar muy lejos de cuanto le rodeaba.

—¡Háblemе de algunos!—dijo ansioso Charles.—

—Te diré de una araña que hay que alcanza más de un metro de alto.

—¡Qué araña!—Exclamó el muchacho haciéndose un ovillo.—

Con tal movimiento, Raflo volvió en sí, y rió del aspaviento de Charles.

—En verdad, que es una araña monstruosa, amiguito, pero, para disiparte el terror causado por el monstruo, te describiré un bello animal, que vive en la parte sur del océano Pacífico, y que es de lamentar, que queden ya muy pocos de ellos...

—¿Te refieres a la nutria?—Interrogó Raflo.—

—Sí, cuya especie tiende a desaparecer;—y volviéndose a Charles añadió:—La nutria marina es un hermoso y único cuadrúpedo, que vive en los mares, y que no necesita subir a la superficie a respirar. Tiene como metro y medio de largo y la cola es muy espesa. Su piel es de un color castaño oscuro. El pelaje es muy fino y lustroso...

—¿Su pelaje? ¿Tiene pelo?—Interrogó el muchacho asombrado.—

—Sí.

—¡No debía asombrarme ya, desde que sé que otro animal del mar tiene pico...!

—Tienes razón—asintió Raúl—y continuó:

—Este mamífero tiene la cabeza redondeada y también los ojos, en éstos y en el hocico tiene largos bigotes...

—¿Cómo el gato?

—Exactamente...

—¿Y tendrá patas?..

—Sí, ya te dije que es cuadrúpedo;—las tiene palmadas y anguiculadas.

—¡Qué raro! ¡Un animal como de tierra...!

—En efecto, tan raro es, que es el único—añadió Raflo.—

—¿Qué más hay?

—¡Ay...! hay tantas cosas...!—suspiró Raúl—terminaré diciéndote que también muchas plantas...

—¿Plantas?—Interrogó el muchacho, según su costumbre.—

—Sí, plantas, muchas plantas marinas—contestó Raflo, y dirigiéndose a Raúl, le dijo en correcto castellano:

—Este pobre Charles tiene sobrada razón al repetir "si yo no sé nada de nada."

—Y eso que lo dice sin comprender todo su alcance—contestó en el mismo idioma Raúl.—

—Yo creo que apenas había fijado su atención en lo que los demás hablaban.

—Así es, y causa pena. ¡Tan finos, instruídos y correctos que son sus paisanos..!

—¡Oh, pero las madres inglesas, se ocupan muchísimo de la educación de sus hijos...!

—Es verdad, y éste pobrecito ni siquiera la conoció.

Charles estaba asombrado de oir aquel lenguaje, que para él era absolutamente desconocido, y miraba alternativamente las bocas de los dos exploradores, sin comprender aquél suave tropel de palabras, que en boca de Raúl, tomaban encantadora melodía.

—¿Qué hablan ustedes, que no he podido comprender?—interrogó.—

—No puedes entender, amiguito, porque hablamos, en un idioma distinto al nuestro—repuso en inglés Raúl.—

—Yo nunca había oído hablar así.—

—Porque en tu presencia nunca lo habíamos hecho.—

—¿Cómo lo saben?.

—¡Estudiando!—repusieron ambos.—

En verdad que Raflo, siendo un cosmopolita, tenía por fuerza que ser poliglota, y Raúl, poseía tambien varios idiomas.

Después que Charles escuchó aquellas explicaciones, repitió su consabida frase: ¡Si yo no sabía nada de nada! Pero esta vez lo decía con un infinito pesar.

¡Oh, quien hubiese podido estudiar!—se decía— ¡Qué agradables sensaciones dará el saber! ¡Cómo gozaré, cuando a mi vez, pueda enseñar a mis amigos todo lo que yo sé! ¡Todos se quedarán asombrados de lo que he aprendido!

El pobre muchacho se creía, que ya tenía grandes conocimientos, olvidando la máxima tan usada por Raúl, cuando decía: "Oh, si yo sólo sé lo suficiente, para saber que no sé nada!"

Pero dicho sea en honor de Charles; él aprendía cuanto oía. Su memoria era privilegiada; su mente como un libro en blanco, en el cual se grababan, con caracteres imborrables, cada una de las explicaciones recibidas de los exploradores sobre diversos asuntos. Así pues, la compañía de aquellos jóvenes, constituía para él, la más agradable de las escuelas, en la que su instrucción se verificaba con deleite, libre de la aridez, que los estudios llevan consigo.

En su mente, Charles, se representaba al cafre y se decía: ¡A ese salvaje si que de nada le valdrían los conocimientos de mis compañeros y míos, pues nunca nos entendería... tan bruto! Y en alta voz dijo:

—¡Voy queriendo a Tesoro, por habernos librado de la presencia del cafre!

Sus compañeros, no pudieron por menos que reir aquella salida del joven.

—Me alegro que lo quieras—dijo Raúl—, porque así él te querrá a ti.

—¡Cómo que parece que no simpatiza mucho con él!

—Porque comprendía la indiferencia de Charles,—arguyó Raúl.

—Pues ahora le demostraré lo contrario—añadió el jovencito.—

Mientras los jóvenes hablaban y meditaban, Tesoro había recorrido una jornada increíble, para los que no hayan viajado en tan enorme cuadrúpedo.

—¡Cómo hemos recorrido kilómetros!—dijo Raflo.—

—Y apenas si lo hemos notado—añadió Charles.—

—Ya ves, amiguito, que el tener la mente ocupada en algo agradable, nos hace aparecer el tiempo más corto.

—¡Es verdad, antes yo no pensaba en nada!

En ese momento, Tesoro se detuvo.

—¿Qué será?—interrogó Raúl.—

—No sé qué pueda ser, pero noto, que Tesoro no demuestra alarma, sino curiosidad.

Tesoro no se movía, y parecía evitar, que su fatigosa respiración se oyera. Los tres jóvenes estaban a la espectativa y Charles, creaba en su mente monstruos marinos, como los que le acababan de describir, y bajo aquella impresión temblaba. De pronto, se oyeron suaves pisadas entre la maleza, y el inglesito, creyó ver aparecer las fauces abiertas de una pantera.

Todos miraban en la misma dirección, y un segundo después, apareció... no la temible figura de un carnívoro, sino la bella y elegante de una gacela, cuyos lindos ojos negros de tierno mirar, los posó un instante en el elefante y después en sus ginetes. ¡Qué ingénua aparecía a los ojos de todos y especialmente a los de Charles, que esperó ver aparecer a una fiera!

¡Qué lindos los ojos! ¡Qué bella su mirada! ¡Tan fino y brillante su pelaje!

—¡Qué ojos!—dijo Raflo—sin poderse contener por más tiempo.

Estas dos únicas palabras fueron suficiente para que el encanto quedara roto: la gacela, que los había mirado sin moverse, apenas pronunciadas aquellas palabras, desapareció por entre los matorrales.

—¡Tírenle!—Gritó Charles.—

—¡Jamás!—Dijo con energía Raflo.—

—¡No tengo valor para privar de la vida a un ser que mira así! —Agregó Raúl.—

—¡Pues, yo no sólo no le tiraré, sino que caería bajo mi plomo, quien tal hiciera!—Esto lo dijo Raflo con tal énfasis, que enseguida se arrepintió de expresarse así y calló.—

—¡Tiene una mirada tan linda!—Dijo Raúl queriendo disipar aquel enojo.

—¡Que llega al alma...!—añadió su amigo, incapaz de acallar lo que sentía.—

—¡Yo lo decía, porque ha de tener una carne tan sabrosa...! —arguyó el inglesito, cuya mente solo le presentaba la parte prosaica de las cosas.

—¡Por deliciosa que sea, no la probarás, mientras estés conmigo!—replicó nervioso Raflo.—

Solo Raúl, podía comprender, la evocación que aquel dulce mirar, del inofensivo cuadrúpedo, traía a su mente.

—Siempre había oído cantar a los poetas la dulzura de los ojos de estos animalitos, y aun compararla a la de las bellas—dijo Raúl.

—¡Y tienen razón, Raúl!

—Yo siempre encontré la comparación...¿cómo diré? ¡enojosa! pero ahora...

—Por enojoso que sea comparar los ojos de una bella con los de este antílope, te puedo asegurar, que esta mirada me ha recordado otra, que tú sabes, transformó mi existencia.

—Lo comprendo, amigo mío, y te felicito, como yo a mi vez, por este encuentro.

Charles escuchaba aquellas palabras, casi sin poder contener la risa. El, cuya mentalidad era tan escasa, no podía ver las cosas con los ojos de una mentalidad delicada. Para aquella pobre alma, falta de luz, solo existía lo prosaico.

Raflo y Raúl, que así lo notaron, en vez de enojarse, lo compadecieron y continuaron su conversación en castellano.

—También yo me felicito Raúl, pues aunque aquella mirada es imperecedera en mi memoria, he sentido un infinito placer al rememorarla de nuevo...aunque sea en un ser irracional.

—Y que la gacela fué en tí en quien sostuvo la mirada.

—Quizás le extrañaron mis ojos...!

—¡O quien sabe si ese ser que creemos tan irracional, leyó en el fondo de los tuyos, la admiración y ternura que los suyos despertaron...!

—¡Quizás...hay tales arcanos!

—¡Porqué natura habrá dado esos ojos a tan selváticos seres...!

—¡Nuevo arcano...!—replicó Raflo, buscando con la vista, por si volvía a aparecer la gacela, mientras su linda mano, acariciaba la rugosa piel de Tesoro, en agradecimiento de aquella súbita parada, que le permitió ver de cerca a tan cantado animal.

—Hemos hecho una jornada colosal Raúl; pernoctemos aquí, para que Tesoro descanse.

—¡Como gustes!—dijo complacido Raúl, conociendo que su amigo, anhelaba volver a ver la gacela...

Mientras comían, la conversación siguió en castellano, sin parar mientes en el pobre Charles, que estaba contristado, por no poder disfrutar de su amena conversación. El muchacho carecía de conocimientos, más no de inteligencia tal, que no comprendiera, que sus compañeros lo juzgaban indigno de participar de sus íntimas emociones. Aunque tarde comprendía, que su conducta era la causa de que los jóvenes lo privasen de comprender lo que hablaban.

Por vez primera, el muchacho no tuvo apetito, tal era su pesar.

Durante un buen rato, los exploradores hablaron en aquel dulce y para él ininteligible lenguaje, y se decía el infeliz: ¡cuántas cosas buenas estarán diciendo! ¡cuántas cosas que yo debía aprender, para después hablar de ellas! Un profundo suspiro se escapó de su pecho, que hizo a los amigos mirarlo asombrados.

—¡Qué extraño que Charles suspire...y así!—dijo Raflo en el mismo idioma.

—¡Pobre muchacho...seguramente sufre porque no nos entiende!

—Pero...¡es tan torpe!—dijo Raflo como contestando a sus propios pensamientos.

—No es suya la culpa... ¡el infelíz!

Un nuevo suspiro, esta vez reprimido, hizo que Raúl, siempre sentimental le dijera:

—¿Qué tienes Charles?.

Este no contestó, pero a la nube de tristeza que cubría su frente, sucedió el rubor, y después intensa palidez, mientras sus manos fueron repetidas veces a su garganta; prueba ineludible de que en ella se había producido esa dolorosa contracción, precursora del llanto, y que con razón llaman nudo.

Los dos amigos comprendieron la inmensa pena que invadía al joven, al que de seguir interrogando estallaría en sollozos; así es que, por delicadeza, fingieron no comprender su embarazoso estado de ánimo, y continuaron su charla en inglés, para disipar su pena, en tanto sentían aumentar su estimación por aquel infeliz muchacho, que solo abrojos había encontrado en su vida.

¡No, aquella no era un alma estéril, puesto que, la emoción tan hondamente sentida, denotaba haberse despertado en su ser la sensibilidad que yacía dormida en su fondo, y que sólo necesitaba un ligero soplo para exteriorizarse, y éste había llegado, con el desdén que los dos amigos habían demostrado, por su apreciación de las cosas. Pero ¡ah!, en lo sucesivo él trataría de poner de su parte, para no ser tan basto, para ser más delicado al juzgar y apreciar. ¡Oh, qué feliz sería si él pudiera hablar, ese idioma que tan dulce le parecía! ¡Si lo pudiese aprender! ¡Quizás, Raúl, que tan cariñoso és, quiera enseñarme!—se decía.—

Mientras él tenía estas ideas y sus compañeros hablaban en inglés, notaron que Tesoro dejaba de comer, y miraba alternativamente al bosque y a los jóvenes.

Charles se adelantó a decir:

—Parece que el animal de lindos ojos viene.

—¿Porqué?—inquirieron a media voz los exploradores.—

—Porque Tesoro lo está dando a entender.

—¡Guardemos silencio!—dijo Raflo.—

Durante unos segundos se oía un ligerísimo y cauteloso rumor de pisadas. Muy cerca debía estar, porque Tesoro no apartaba sus ojillos de cierto lugar, y estaba tan tranquilo, que parecía no respirar. Los jóvenes esperaban ver aparecer los hermosos ojos, más un ligero movimiento de Raflo, hizo que la gacela emprendiera precipitada fuga, sin que los exploradores lograran verla.

Tesoro siguió comiendo.

—¿Te has fijado, Raflo en la importancia que da Tesoro a la presencia de la gacela?

—Lo he notado, y creo que se siente subyugado por la bella mirada.

—Sea lo que quiera, es el caso, que él no quisiera ni respirar, con tal que la gacela no se alejara.

—¡Bien lo ha demostrado!—dijo Charles, que deseaba decir algo.

—¡Creo que ya debemos reanudar nuestra marcha!—¿Verdad, Tesoro? —dijo Raflo.

El coloso se aproximó paso a paso donde estaba su ensilladura y dobló las rodillas, con lo cual indicaba que estaba presto.

—Sí, vamos, que esa asustadiza gacela no se dejará ver otravez.

Y de nuevo emprendieron la jornada, como por un camino conocido de Tesoro, por lo que los exploradores lo dejaron a su instinto natural.

No pasó mucho rato sin que notaran que el aire se sentía húmedo.

—Me parece que nos aproximamos a un lago.

—También lo pienso yo—dijo Raúl.—

En efecto, llegaron al lago Morhya, el cual estaba poblado de habitaciones lacustres.

—¿Quienes vivirán aquí?—interrogó Charles.—

—¡Observemos y sabremos!—contestó Raflo sentencioso y sin aproximarse mucho, para lo cual no tuvo que hacer esfuerzo, pues Tesoro era prudente como un ser racional.

Un momento después de llegar los exploradores, vieron pasar una canoa tripulada por unos individuos exactamente iguales a los antes descritos, por lo que Raflo dijo:

—Son cafres también.

—Entonces son gente pasiva y creo, que nada tenemos que estudiar ya en ellos.

—Tienes razón, con que ya sabes Tesoro: ¡marchemos!.

Aquel dócil proboscidio, no se hizo repetir la orden, y emprendió una marcha forzada hasta llegada la noche, que hicieron alto y plantaron su tienda.

Cuando estaban comiendo Charles preguntó:

—¿No nos asaltarán esta noche esos cafres?.

—No, en esta latitud ya no hay cafres, pues ellos sólo habitan en el grado veinte de la latitud Sur y en el cuatro al Norte, y ya el buen Tesoro se encargó de traernos más al norte.

—En ese caso podemos dormir tranquilos, dijo Charles cobrando confianza.—

—Sí, creo que después de tan larga jornada, bien merece que reposemos tranquilos—añadió Raúl—.

Raflo calló y permaneció ensimismado mirando al espacio. Charles creyó estaría pensando en los ojos del antílope, pues no conocía aquel encuentro, que en tierras de la Reina de las Antillas, había tenido con otra gacela, tan tímida como la bella antílope. En ella era en quien pensaba el pobre Raflo, cuya evocación se había avivado.

—Raúl, ¡qué selva ésta tan grande!—exclamó el inglesito. —

—Sólo estamos en su borde, pues has de saber que esta selva alcanza unas cuatrocientas leguas de extensión.

—¡Cuatrocientas leguas...!

—Puedes asombrarte, aunque tu mente no alcanza esa medida, pues ésta es la segunda selva del mundo.

—¿Acaso no es la mayor...?

—No, la mayor es la del Brasil, en cuyo seno he pasado los terrores que han templado mi alma para la vida.

—¿De veras? ¡Cuénteme, cuénteme!

—Ahora no, amiguito, de lo contrario no dormirías esta noche, y si dormías tendrías horrísonas pesadillas.

—¡Entonces no me cuente!—dijo vivamente el jovencito.—

Los tres miraban el espacio, que en ese momento se veía surcado de estrellas fugaces y Charles, con infantil alegría decía:

—¡Miren, miren como caen estrellas...digo serán pedacitos, ya que ellas son tan grandes!

—Creo que estás en lo cierto Charles. Fíjate, ahora aumenta su número.

—¡Es una verdadera lluvia de estrellas!—añadió Raflo. —

—¿Y no será que se va a acabar el mundo?—Preguntó asustado Charles.—

—Por esas no se va a acabar el nuestro, pero en cambio ese puede ser un mundo que se ha acabado.

La lluvia de estrellas tomaba intensidad, presentando un bellísimo espectáculo, que ningún pincel podría imitar.

El cuadro aparecía encantador a los ojos de Raúl. En efecto: aquella tienda plantada en un ligero claro del bosque de frondosísimos árboles, entre los cuales se destacaba un pedazo de cielo, de un color azul profundo, surcado todo él de estrellas errantes, que semejaban una verdadera lluvia, presentaba un aspecto sugestivamente encantador.

—Estoy pensando, si éste será un resto del cometa Biela.—Dijo Raflo a su amigo.—

—Pudiera ser,—contestó éste—porque ese cometa que en 1846 se partió en dos, se presentó el 27 de noviembre de 1872, en forma de una lluvia de estrellas, de las cuales se contaron más de ciento sesenta mil...

—¿Ciento sesenta mil estrellas que cayeron?—Repitió asombrado Charles.—

—¡Pedazos...! El 27 de noviembre de 1885 que era a la vez la época que le tocaba reaparecer, se vió otra lluvia, aunque más pequeña y en menor número...

—¡Pues hoy estamos a 27 de noviembre...!—gritó Charles, con todo el entusiasmo de quien puede aportar un dato interesante e ignorado.

—Pudiera ser que al disgregarse quedaran estas pocas que ya no se ven.

—¡Qué lástima que se hayan acabado...!—Dijo Charles con el tono de un niño a quien se le terminan las confituras.

Un momento después decía:

—¿Qué cosa es un cometa?.

—Cometa, es uno de los cuerpos que cruzan el espacio y pertenecen al sistema solar.

—¿Son del Sol?.

—Quiero decir a su sistema, y que su órbita es muy excéntrica...

—¡Yo no he visto ninguno!!—Dijo el muchacho con firmeza.—

—Tienes edad para haber visto alguno; por más que se hacen visible por poco tiempo, precisamente por lo que te decía de su órbita.

—¿Y cómo son?.

—Son con un núcleo o cabeza algo transparente y muy luminoso; una o dos prolongaciones más transparentes aún, a las que se les llama cola o cabellera.

—¿Y tienen el cabello muy largo?—Preguntó el muchacho en su afán de saber.—

—¡Ja, ja, ja!—Rió Raflo y añadió:—debiste preguntar primero el tamaño de la cabeza.

—¡Todo se andará!—Dijo riendo Raúl, remedando al azotador de la historia.—

—¿Te crees que tiene pelos, Charles?—Preguntó jovialmente Raflo.—

—¿Cómo no he de creerlo, si dicen que tiene cabeza y cabellera?

Los dos exploradores rieron mucho de la salida del jovencito y Raúl continuó:

—Lo que llamamos así, es un conjunto de gases inflamados. Cabeza es el núcleo más brillante y cabellera o cola, las partes más ténues que se prolongan.

—¡Ah! ¿Y son muy grandes?.

—Te citaré de pronto uno que se vió en 1811 cuyo núcleo tenía ciento ochenta mil ochocientos kilómetros de diámetro...

—¿Cuánto?.

—Ciento cincuenta veces el diámetro de la Tierra.

—¡Córcholis? ¿Y cuál es el diámetro de la Tierra?—repitió el sempiterno interrogador.—

—Pudiera decirte que ciento cincuenta veces menos que el de ese cometa, y quedaba bien:—Contestó Raflo que estaba de bromista.—

—Para que te sea más asimilable, te diré que la Tierra tiene una circunferencia ecuatorial de diez mil veinte leguas métricas, y para que comprendas mejor: que un tren rápido recorrería esa distancia, si fuese posible hacerlo, en dos semanas. Y que el radio de la Tierra es de mil quinientas noventa leguas, y que si se pudieran tirar unas paralelas al centro de ella, un tren rápido demoraría sólo dos días y medio en recorrerla.

—¡Dos días y medio!—Pues no es tan grande.

—¡Ya ves, amiguito, que sin ser astrónomo, has reconocido que no es tan grande...!

—Bueno, ya sé el tamaño de esa enorme cabeza, ahora quiero conocer el largo del pelo...—Dijo el muchacho con gran contento y bromeando también.—

—La cola o cabellera de ese bello cometa tenía ciento setenta y seis millones de kilómetros...

—¡Qué cabello tan largo! ¿Cómo sería?

—Pues será más de la distancia que nos separa del astro rey.

—¡Córcholis! ¡Pues ocuparía casi todo el cielo!

—¡Te equivocas! Sólo ocupaba un ínfimo pedazo.

—¿Qué dice usted?.

—Antes te dije que el espacio es infinito y en esta palabra entra todo lo que nuestra imaginación es impotente a concebir.

—Sí, Charles,—terció Raflo—ese cometa viene a ser en el espacio, lo que éste elefante, con ser tan grande, es en la Tierra...

—¡Quizás menos!

—¡Cuánto me gusta oírlos hablar a ustedes de estas cosas!—dijo el golfo en tono sincero.—

—Te participo, Charles, que yo no aseguro que esta lluvia de estrellas que hemos visto, pertenezca al cometa Biela, sino que como coinciden...

—Pues yo creo que sí!—Dijo en tono que no admitía réplica el muchacho, lo cual hizo mucha gracia a los dos jóvenes.—

—Yo oí decir hace como un año, que cayó por...no sé donde, una estrella encendida. ¿Sería verdad?. ¡Y que se volvió piedra!

—En realidad, lo que son es pedazos de piedra, pertenecientes a otros mundos, que giran a grandísima distancia del nuestro, aunque aparecen encendidos, no se desprenderán así, sino que al atravesar con gran velocidad, el hidrógeno que se encuentra, más allá de nuestras capas atmosféricas, se produce el incendio de las estrellas errantes, los bólidos y uranolitos.

—¿Urano...? ¿Qué es eso?.

—Urano es un planeta de nuestro sistema solar, que tiene cuatro satélites.

—¿Satélites?.

—O lunas, como quieras,—que gira en ochenta y cuatro días.

—¿Y está muy lejos?—Dijo el perenne preguntador.—

—Está del Sol más de diez y nueve veces la distancia de la Tierra.

Los jóvenes esperaban ver el asombro en Charles, pero el pobre muchacho no concebía esa distancia, y solo la encontraba considerable, cuando oía decir cinco o seis números, aunque esa distancia fuera inferior.

—Se quedó como si le hubiesen hablado de Neptuno,—dijo Raflo, que por lo visto estaba ese día de chanza; pero ya el preguntador había oído aquel nombre desconocido, y no podía dejar pasar la costumbre de preguntar, bien que podía disculpársele por su irresistible afan de aprender, así es que se anticipó a decir, como náufrago que ve una tabla:

—¿Quién es ese Neptuno?

Raflo exageró un bostezo, y Raúl, por poco que le agradara la misión a que el incesante preguntar del ignorante le obligaba, sonriendo a Raflo, por el fastidio a que lo condenaba con tales lecciones, dijo así:

—Neptuno, es otro planeta, es el gigante de nuestro sistema, distante de nosotros mil millones de leguas; y un año de él, es igual a ciento sesenta y cinco de los nuestros.

Raflo rió de ver que su amigo había querido de una sola vez, decirle mucho de lo concerniente al planeta, para evitar una nueva pregunta al pobre chico. Ya parecía satisfecha aquella mente ávida de saber, porque permaneció callado y muy pensativo.

Los exploradores por su parte, quedaron silenciosos contemplando el espacio, donde quizás imaginarían que flotaban amadas siluetas que sus juveniles y amorosos corazones, no cesaban de reproducirle, en la soledad en que se encontraban. Pero ellos no se sentían solos en aquella inmensa selva del continente africano, donde tantos peligros les amenazaban... donde tantos seres caníbales humanos y cuadrúpedos, podían devorarlos. Mas ¡cuán ajenos sus mentes a tales peligros...! Ellos solo vivían, el uno para alimentar su platónico amor... y el otro, para alimentar también la dulce esperanza de resucitar a un ser adorado...!

Esta idea tomaba mil formas, queriendo solucionar ese problema, pero su mente quedaba siempre en el caos, y el problema a resolver...

¿Qué sería de su amado Mario?. ¿Habría logrado sobrevivir al brutal atentado?.

¿Pero acaso no lo había visto a sus pies muerto, como a su amada madre?

No podía haberse salvado, pues el cruel Gil, habría tenido buen cuidado de que no pudiese declarar.

Esta idea acudió a su mente, llenándola de tristeza. ¡Oh, porqué habré abrigado tan necia esperanza! ¡Pobre amor mío... si solo necesitas de mis

oraciones...! Sus labios se movieron como en una plegaria...mas, inmediatamente se plegaron y su bella cabeza se movió, negándose a admitir la posibilidad de que su amado hubiese muerto, y de sus labios se escapó esta frase:

—¡No, no es así!

Al oirse, quedóse en suspenso, temiendo haber descubierto sus pensamientos. Raflo no lo oyó o fingió no oírlo, pero el inglesito, creyendo que los pensamientos de Raúl coincidían con los suyos de astronomía, le dijo:

—¿Pues cuanto es?.

Raúl lo miró asombrado... ¡Tan ajeno a tales pensamientos estaba!

—Cuánto es ¿qué cosa?..

—La distancia de la Tierra a la Luna.

Raflo, cuyos pensamientos no eran lúgubres como los de su amigo, soltó una sonora carcajada, que trepidó en la selva, y después contestó:

—Sólo piensas en esas cosas, amiguito, pero no están mal empleados tus pensamientos, y así repasando en tu mente lo que oyes, aprenderás poco a poco, y añadió: —La Luna dista de nosotros noventa y seis mil leguas.

—¡Cá! ¡Si Raúl me dijo...no recuerdo, pero sé que eran muchos números; ¡qué lejísimo...!

—La misma distancia, Charles, solo que te la dijo en kilómetros.

—¡Ah, pues me gusta más en leguas, porque lo aprendo más pronto...

—Y lo encuentras más cerca ¿verdad?.

—¡No lo niego!—Contestó el muchacho.—

Raúl no había vuelto a hablar, sino que entrando en la tienda se acostó, presa de agitación nerviosa...

—Sí me habré descubierto! ¿Porqué habré hablado-.

En su ofuscación, ya creía haber descubierto todos sus íntimos pensamientos.

¡Pobre Raúl! ¿Tendría fín su martirio?.

Sus compañeros lo imitaron y un momento después todos estaban entregados en un profundo sueño, ajenos del terrible peligro que poco a poco se había ido acercando, y que ya los tenía materialmente rodeados. Podía decirse que ya la muerte se cernía sobre ellos, y que muchos seres se preparaban para un gran festín con sus delicadas carnes.

¿De qué se trataba?

Cuando en medio de la selva africana los jóvenes se entregaron al descanso, ignoraban que unos carnívoros olfateaban el aire, percibiendo desde

lejos el olor de carne humana, de esa carne que además de ser exquisita, tiene para ellos el doble encanto de pertenecer a seres a los cuales la Naturaleza no ha dado garras potentes, ni cortantes colmillos, sino que carecen de toda arma natural de defensa; mas, no obstante, El Divino Hacedor plugo conceder al ser humano, por naturaleza indefenso, un precioso don, convirtiéndolo por tanto, en el ser más temible de la creación: el que por su ingenio, puede vencer a las más fuertes y crueles fieras.

Pero esto lo ignoraban aquellos carnívoros, que, atraídos por el suave olor de sus cuerpos, se habían ido acercando con la cautela propia de ellos.

¿De qué carnívoros se trataba?

Eran unas hermosas fieras, de pelajes amarillos, decorados con simétricas manchas simulando rosas negras; la parte del vientre completamente blanco, su cabeza siempre de frente, cuyas mandíbulas estaban armadas de poderosos incisivos y caninos, dispuestos para desgarrar la carne de que se alimentan. Marchaban con la cola sobre el lomo, colgándole hacia un lado.

Por esta descripción, el lector habrá podido comprender se trataba de los crueles leopardos, que en gran número caerían sobre los confiados viajeros, y, pese a su inteligencia, al ser atacados de tan inesperada manera, les tocaría en suerte la peor parte.

¿Cómo ellos tres, (caso de que Charles se resolviese a empuñar el rifle) podrían vencer a tan audaces y hambrientas fieras?.

¡Ni un aullido...ni una riña entre las fieras denunciaba su presencia... Nada parecía turbar la dulce calma, que en aquellos momentos presentaba la inmensa selva...!

Los exploradores dormían tranquilamente, cuando de pronto y sin que al parecer hubiese causa que lo justificara, despertó Raúl sobresaltado.

¿Qué le ocasionaba la angustia que sentía?. ¿Cuál el malestar que lo invadía? Quiso llamar a Raflo, más...¿bajo qué pretexto? Un sudor frío cubría su cuerpo. Sentía deseos de levantarse, de salir fuera de la tienda; más...sólo en pensarlo sintió que la sangre se le quería helar. ¿Qué podría ser lo que presintiera? Sin poder sufrir por más tiempo esas sensaciones, se resolvió llamar a Raflo; pero antes que lo hiciera, éste se levantaba precipitadamente.

En el mismo instante se oyó como un gruñido sofocado, y momentos después la tienda temblaba bajo la acción de las cercanas pisadas de Tesoro, mezcladas con el ruido como de quebrantamiento de huesos.

¿Qué pasaba?...

Tesoro, que dormía frente a la casa de campaña de los exploradores, mientras los leopardos, a quienes había sentido, se encontraban a cierta distancia, permanecía tranquilamente en su puesto, como si no se diera cuenta del peligro que a los jóvenes amenazara. Los leopardos, que habían descubierto la presencia del coloso, no se aventuraban a asaltar la tienda; pero uno de ellos, el más osado quizás, confiando en su inmovilidad, se adelantó con gran sigilo.

El inteligente proboscidio lo dejó acercar y cuando lo tuvo al alcance de su trompa, lo tomó con ella fuertemente, no pudiendo el felino más que lanzar un débil gemido; después lo tiró bajo sus enormes patas y empezó el pisoteo que produjo el quebrantamiento de huesos que habían percibido los exploradores.

Este hecho lejos de intimidar a los compañeros de la fiera mutilada, hizo que se precipitaran con ferocidad hacia aquel lugar, enardecidos por el olor de la sangre.

Tesoro puso en vertiginoso movimiento su trompa, colmillos y patas, y Raflo y Raúl disparaban sus armas. Los leopardos, acosados por el hambre y envalentonados por el número, atacaban con furor, sin dar indicios de emprender la retirada. Su principal objetivo no eran los exploradores, que arma en ristre causaban la muerte entre ellos, no; era sobre Charles, que amedrentado y tembloroso se ocultaba entre la tienda, en donde la sagaz mirada de las fieras, acostumbradas a escudriñar en la oscuridad, lo habían descubierto.

—¡Charles, toma el rifle y dispara!—le gritó enérgico Raflo.—

—¡Pronto, Charles; si no nos ayudas seremos devorados irremisiblemente!—repitió Raúl.

El jovencito, quiera que no, revistiéndose de valor tomó su rifle y empezó a disparar logrando hacer blanco entre las fieras, que no por ello cejaban en su empeño.

Aquel combate terrible, desarrollado en la oscuridad de la noche,—aunque éstas en Africa son más claras que en otras partes—no parecía tocar a su fin, cuando Raúl, penetrando de improviso en la tienda, salió con una linterna y al proyectar la luz. las enardecidas fieras silenciaron sus aullidos y abandonaron el campo de la lucha.

—¡Oh, si se nos hubiese ocurrido antes...!—dijo Charles.

—¡Mejor fué que no!—contestó Raflo, mientras remataba con la cultada de su rifle un leopardo que había caído herido a sus pies.

—¿Porqué— preguntó Charles.

—Por que así hemos tenido la oportunidad de acabar con buena parte de estas fieras.

—Tienes razón, Raflo,—contestó Raúl—pues esta cacería nocturna ha librado a los pobres negros de buena parte de enemigos.

Mientras así conversaban los exploradores. Tesoro pasaba y repasaba su pesada mole, por sobre los moribundos carnívoros que aparecían a su vista.

—¡Nunca creí ver tantas fieras juntas!—dijo Raúl suspirando.

—Se reunieron para hacerse más fuertes—agregó su amigo.

—Eso quiere decir, que hasta los irracionales comprenden que en la unión está la fuerza.

—Por eso yo disparé también—dijo Charles satisfecho de su hazaña.

—¡Como que si no lo haces algún leopardo te saca de allí!

—¡Ay, qué horror...!—exclamó con sinceridad el jovencito.

—¡Ya sabes, amiguito, tienes que seguir nuestro ejemplo!

—Así lo haré en lo sucesivo, ya que he podido apreciar que las detonaciones me hacen cobrar valor.

—¿Y qué diremos al buen Tesoro, que tanto nos ayudó?—dijo Raflo al ver que el noble animal se les aproximaba.

—¡Oh,...que es un verdadero Tesoro! Si no es por él, alguno de nosotros a estas horas no estaría contando el cuento.

—¿Qué quieres viejo?—dijo Raflo pasándole la mano.

—Fíjate Raflo, se arrodilla para que lo ensillemos.

—Apenas es la una de la madrugada, podemos descansar varias horas...

—¡Mejor será que tomemos la indicación que nos da Tesoro!

—Pudiéramos esperar dos o tres horas—replicó Raflo.

—¿No crees que en ese tiempo podrían aparecer nuevas fieras atraídas por el olor de la sangre?...

—¡Pudiera ser!...

—Entonces ¡vámonos!—adelantó Charles.

—Sea...asintió Raflo, disponiéndose a ensillar a Tesoro, aunque más deseos tenía de acostarse que de emprender la marcha.

Apenas habían tenido tiempo de desarmar la tienda y ya se disponían a marchar, cuando sintieron un gran estrépito en lo intrincado de la selva, mezclado con aullidos de fieras.

Tesoro, sin pérdida de tiempo, tomó a Raúl con su fuerte trompa y lo colocó en su lomo, después hizo igual con Charles y últimamente con

Raflo, que parecía dispuesto a esperar a pie firme al enemigo y repeler el ataque.

El proboscidio emprendió la marcha con la rapidez que le era posible y poco tiempo después irrumpían en el abandonado campamento, gran número de chacales, perseguidos de cerca por otras fieras.

—¡Ya ven ustedes lo bien que hicimos en huir!—Dijo Charles tembloroso aún.

—¡Debemos dar gracias al portentoso instinto de Tesoro!

—¡Como que él no temía por sí, sino por nosotros!

—Ciertamente; presintió el peligro y quiso librarnos de sus consecuencias.

—¡Creo que me muero, si tengo que estar entre tantas fieras!— Dijo el pobre Charles sin poder contener un ligero estremecimiento.

—No es nada agradable esa perspectiva...

—Pero hay que acostumbrarse; de esos peligros nos quedan aún muchos que afrontar.—Dijo pausadamente Raflo.

Charles no contestó: su mente sostenía una titánica lucha. Temía a los peligros a que constantemente se veía expuesto con los exploradores, y su naturaleza por demás pusilánime, hacíalo arrepentir de seguir en su compañía. Pero a su mente venían las conversaciones sostenidas en los momentos de descanso y aún en marcha sobre el coloso Tesoro; comprendía que hasta entonces había vivido sin amar nada, sin haber fijado sus ojos en la Naturaleza, y sentía renacer el deseo de seguir con ellos, que satisfacían sus ansias de saber.

—Seguiré con ellos—se decía—que han desgarrado el velo que cubría mi mente, haciéndome amar la obra de Dios, en la que jamás me había fijado. ¿Qué era mi vida antes de encontrarme con ellos? ¡Pensar en comer y dormir; vagar por las calles esperando que alguien me encargase un recado y alcanzar una propina con que atender a mis necesidades! ¡Cuan distinta es ahora mi existencia; como bien y duermo mejor; recibo cariñosas reconvenciones y continuas enseñanzas haciéndome la vida con algún interés, que antes no tenía, ¿cómo pues, voy a dejarlos? De ningún modo; sofocaré mi miedo tratando de participar del gran valor que ellos poseen.

Con estos pensamientos, Charles reafirmó su propósito de continuar al lado de los jóvenes, corriendo su misma suerte, mientras ellos lo aceptasen en su compañía.

En cuanto a los exploradores, apenas si daban importancia a la escaramuza sostenida momentos antes con los leopardos; cuyos sobrevivientes gruñían a una verdadera jauría de chacales, que furiosos les aullaban tratando de huyentarlos por su gran número.

Tesoro caminaba ya a un paso moderado, rompiendo con su trompa los obstáculos que se le oponían al paso, y Raúl no tardó en continuar su interrumpido sueño, sobre el lomo del coloso, cuyo ligero movimiento producía un vaivén propicio a adormecerlo.

En tanto Raflo, con la rapidez del pensamiento, mil veces más veloz que la luz, se vió transportado a la Reina de las Antillas, donde moraba la beldad que se había enseñoreado de su corazón.

¡Qué feliz dormirá allá, en su tranquila ciudad, arrullada por dulces sueños!—Se decía—. Y al llegar aquí sintió un ligero estremecimiento que recorría todo su cuerpo comunicando a su corazón una sensación dolorosa, que le hizo suspirar profundamente, mientras su amplia y bella frente era surcada por profundas arrugas.

¿Qué significaba aquello? ¡Oh, estas manifestaciones le habían suscitado una idea...!

Raflo había sido mordido por el áspid de los celos. ¿Celos? ¿Con qué derecho?... Sí, celos, con el derecho de su inmensa pasión. Aquel amor, platónico hasta entonces se había convertido en vórtice hirviente, ante la malhadada idea de que la mujer por él amada, pudiera estar soñando con otro... y lo que era peor, que aquel cuerpo de venus y cara de ángel, tuviese otro dueño... Aquel pensamiento le exasperaba! Más, ¿con qué derecho reclamaba su posesión? ¿Acaso había hecho algo por demostrarle su amor y solicitar su correspondencia? ¿El mismo no había puesto un océano y un continente entre ambos?. Pero ¿podía él acaso, alimentar la esperanza de ser correspondido algún día?...

Si había sido feliz hasta aquel momento, amándola sin esperanza, sintiéndose dichoso de haberle erigido un altar en su alma y un culto en su corazón, ¿porqué había venido aquel cruel pensamiento a llevar acíbar donde solo había la dulce miel de su platónico amor... ¿Podría él controlar de nuevo sus pensamientos y dirigirlos como antes?... ¡Cuán difícil sería...! Mas, optimista por excelencia, quizás saldría vencedor en esta lucha: ¡Celos y amor!

Mientras esa tempestad rugía en aquel cerebro, sus compañeros dormían tranquilamente y Tesoro continuaba marchando con lentitud por

entre la inextricable selva, que parecía conocer a palmo, tal la relativa facilidad con que la cruzaba.

La madrugada era fresca y el aire que aspiraba hallábase saturado por las ricas emanaciones de la selva. El cielo, de un azul purísimo, semejaba un gigantesco estuche cuajado de brillantes.

Raflo pasó una de sus bellas manos por su frente, que estaba perlada de sudor, producido por la insensata lucha de sus infundados celos. Al sentir aquel sudor en una noche tan fresca, reaccionó, y dibujando en sus labios una triste sonrisa, suspiró profundamente, llenando sus células pulmonares con el riquísimo ambiente, y la calma volvió a reinar en su ser.

Aun podía escucharse a lo lejos el ruido producido por las fieras, empeñadas en alegre festín, en que se disputaban los inanimados cuerpos de los leopardos, abatidos por los exploradores en la reciente lucha. Más allá y en sentido contrario, oíase el bramar de algunas vacas, el "to clá" de las gallinas de guinea y el chirrido de los insectos, así como el lúgubre sonido de las aves nocturnas. Y en medio de aquel conjunto de voces diversas, se oyó un rugido feroz que hizo trepidar la tierra y estremecer al coloso en que cabalgaban; aquel rugido era lanzado por un león, que cual augusto Jefe en una asamblea, dejó oir su potente voz, para imponer silencio a los que osaban alterar la quietud del momento. Y todos callaron al instante, no por la obediencia y sumisión que deben al rey de las selvas, sino por el pánico que se les comunica al escucharla, haciéndoles enmudecer y ocultarse lo más rápido y silenciosos que pueden.

Raúl y Charles despertaron sobresaltados, aunque sin pronunciar una sola palabra. Tal parece que el rugido del león tiene el poder de hacer enmudecer hasta los seres humanos.

Transcurrido buen rato, Raflo fué el primero en romper aquel silencio, al que acompañaba toda la naturaleza.

—¡Al fin he logrado oir la voz del rey de las fieras en toda su potencia!

—¡Ay... qué terror produce!—Exclamó Raúl.

—¿Estará muy cerca?—Siseó Charles.

—No lo creas; ese rugido se oye a algunos kilómetros de distancia... quizás nos separe muchísimos centenares de metros de su guarida.

—¡Ay,... si parece que está aquí mismo!—Suspiró Charles.

—Tesoro está poniendo gran empeño en alejarnos de su alteza real.—Contestó Raflo.

—Por mí le pondría alas en las patas.—Agregó Charles.

Raúl por su parte no quiso hablar, no quería demostrar el pánico de que estaba poseído, y el silencio volvió a reinar entre ellos; pero los dos jovencitos no intentaron de nuevo conciliar el sueño, pues el rumor de las fuertes pisadas de Tesoro, parecíales la persecusión del león.

¡Qué horrible noche la que se les había presentado! ¡Cuántos peligros les amenazaban! ¡Y cuán impotente se juzgaba Raúl ante aquella fuerza, olvidando que no habían transcurrido quince días, desde que abatiera a balazos a un hermoso ejemplar de esa especie!

Raflo, valiente por naturaleza, no sentía aquel terror, sino que en su mente admiraba la potencia de aquella voz. Y con esos pensamientos logró vencer el dolor de sus ridículos celos, entregándose de lleno a admirar la sabia Natura.

Después de varias horas de incesante marcha sin que ninguno intentase detener al inteligente proboscidio, éste se detuvo espontáneamente en una especie de sao, donde almorzaron en el mayor silencio; y aunque tenían muchas impresiones que cambiar: tal era el sueño, que prefirieron dormir, dejando a Tesoro vagar libremente.

El único que habló protestando de esta libertad fué Charles.

—¿Y si se nos va Tesoro?—Se le oyó decir.

—No lo temas—dijeron a la vez los exploradores—ten por seguro que cuando descanse nos vendrá a buscar...

Los jóvenes se entregaron al necesario reposo, no tardando en quedar profundamente dormidos. El sueño de Raúl no fué lo más tranquilo y reparador; soñaba ver a su amado Mario que lo buscaba incesantemente.

Tres largas horas hacía que dormían nuestros viajeros, cuando despertaron al ruído producido por las fuertes pisadas de Tesoro, que no encontraba oportuno suavizarlas. Y pese a los que sólo hablan del instinto como de algo mecánico, que digamos, el proboscidio se diría: ¿Acaso no han descansado bastante? ¡Qué despierten!

El inteligente animal hizo lo que quizás muy pocos caballos árabes, que suelen ser los más inteligentes y amantes de sus amos: vino por sí para proseguir la marcha.

Los viajeros, después de dirigir al noble animal palabras de admiración uno, y de cariño los otros, subieron a su lomo, dejándose transportar a donde el elefante quisiera, ya que a ellos en no retrocediendo, les era indiferente marchar a cualquier parte; su afán era recorrer aquellas inexploradas

regiones, que por mucho que se hayan recorrido, aun queda mucho más, en que seres civilizados no han posado sus plantas.

Pero dejemos a nuestros exploradores andar días y más días sobre el coloso, devorando distancias, y volvamos a saber lo que fué de Mario, después de la agresión del vengativo Gil.

Como recordarán los lectores, Mario había caído al suelo con un puñal clavado en la espalda, víctima de los irreprimidos celos de Gil, que al verlo en brazos de Laura, le asestó el golpe artero, saliendo inmediatamente de la habitación por haber creído escuchar un ligero ruído; momentos que aprovechó la desventurada Laura para escapar. Aquel ruído habíalo producido las pisadas del fiel amigo y compañero de Mario, su segundo en el Banco, que conociendo la indignidad cometida por Gil, y el efecto desastroso producido en el ánimo de Mario, lo siguió de cerca, temiendo un desenlace fatal para su amigo.

No necesitó mucho para que el portero le franquease la entrada a pesar de la orden de Gil en contrario; una moneda de oro bastó a tal fín. Lentamente se encaminaba al interior del edificio cuando alcanzó a ver salir a Gil precipitadamente de una habitación, y sin titubear se introdujo en ella, encontrando a la pobre señora ya cadáver y a pocos pasos de ella, a Mario, con el puñal clavado y al parecer sin vida. Rápido como el pensamiento lo cargó sobre su robusta espalda, saliendo de aquella casa sin encontrar a nadie; ni aún el portero estaba en su puesto; había sido llamado por Gil, quien le ordenaba cerrar la puerta, sobrecogido de temor por el ruído sospechoso que le parecía haber escuchado, después de su nefanda obra.

Cuando Gil se hubo convencido de que nadie podía entrar ni salir de su casa, dióse a una búsqueda infructuosa por toda ella, volviendo de nuevo a la habitación teatro de su triple crimen. ¿Triple?—se preguntará el lector. ¡Triple, sí! Aquél hombre que había sido un doble parricida al asesinar al que quizás fuera su hijo, ocasionando con ello la muerte de su esposa, cometía su tercer delito al amenazar a su hijastra de imputarle el asesinato de Mario, si no accedía a sus infames pretensiones. Allí solo se encontraba el cadáver de su esposa. Pensó entonces en que Laura se habría llevado a Mario a otra alcoba, y los buscó por todas partes sin encontrarlos. Un terrible presentimiento vino a inquietarlo. Laura había escapado con él seguramente, y lo acusaría como autor del crimen. Debía hacer algo por conjurar el peligro que de momento le amenazaba, y al efecto hizo funcionar el teléfono, llamando a la estación de policía más cercana, en

donde comunicó lo ocurrido, en su casa acusando a Laura como su autora, de quien decía haberse fugado ocultando el cadáver de su prometido.

Los reporters que siempre están a caza de lo sensacional, oyeron esta noticia, y a la mañana siguiente, los mejores rotativos locales daban cuenta del suceso, haciéndose eco de la desaparición de la homicida y su víctima.

En tanto esto acontecía ¿qué había sido de Píter, el amigo y compañero de Mario?. Tan pronto ganó la puerta con su amigo a cuestas y sobre éste su abrigo, llamó a una máquina de alquiler, y haciéndole señas de que estaba beodo (cosa que por aquella época no extrañaba a nadie) subió a ella, dando la dirección de su propia casa. Esta era modesta, compuesta de dos plantas; la parte baja ocupada por su hermano, un médico eminente, y la superior, por él y sus padres. Allí, en la mayor intimidad, fué cuidado Mario secretamente. Píter no creyó oportuno hacer nada sin su aprobación y estaba tan grave, que en varios días se desesperó de salvarlo.

Tan pronto estuvo en su conocimiento preguntó por Laura, y después de ser informado, hizo que se llamase al Juez, a quien relató los hechos y rogó la búsqueda de la joven, hasta que él pudiese hacerlo por sí.

Ya los lectores comprenderán, porqué Laura recibía las corrientes telepáticas anunciadoras de la existencia de su amado. ¡Oh, poder de la mente!... Aquellos dos seres no podían olvidarse; mutuamente pensaba el uno en el otro, y las corrientes telepáticas los ponía en comunicación, perseverando en ambos la esperanza de volverse a ver.

Mucho tiempo duró la convalecencia de Mario, y más aún la terminación del sumario incoado contra Gil, que lo llevó a cumplir prisión por algunos años; y en todo ese tiempo resultaron vanas cuantas pesquisas se hicieron para localizar a Laura. Mario empero, no desmayaba en su afán de encontrarla, y a ese fín la había circulado a agencias extranjeras. Un día, cuando menos lo esperaba, recibió un periódico en que, a raíz de los hechos realizados por los exploradores en el "Castillo de los Fantasmas", se hacían ciertos comentarios acerca de Raúl y la hija del minero, que había sido rescatada. Y como al padre de Lilia disgustasen aquellas falsas informaciones, queriendo dejar la verdad en su lugar, suscribió una carta en la cual en uno de sus párrafos decía: "El sujeto a que se alude en la información de ese diario, no es un hombre, es una infeliz americanita, que huyendo por la acusación de un delito que no ha cometido, viaja disfrazada de hombre, sin que su mismo compañero sepa que es mujer."

Apenas Mario leyó aquellas líneas, tuvo la convicción de que se trataba de su amada, e inmediatamente partió en su busca. Inútil es decir que siguió la ruta de los exploradores, reafirmándose cada vez más, en la idea de que aquella era su Laura, que lo juzgaba muerto.

Muchas veces llegó a ciudades de donde los exploradores habían partido días antes; pero no por ello se desanimaba ni perdía la ruta por ellos seguida, pues el tipo de Raflo, por quien siempre preguntaba, era inconfundible, y lograba obtener informes.

Su llegada a Buenos Aires, coincidió con la estancia de los exploradores allí, y fué cuando Laura encontrándose en el Parque Zoológico, vió cruzar en una máquina a toda velocidad, a un pálido joven que se le pareció a Mario, y qué, realmente lo era; y, ¡oh, destino que los separaba!. Dos días después que habían partido, se enteró Mario de ello, por la despedida que la prensa les hacía, dado a las simpatías conquistadas por sus heróicas aventuras entre los gauchos.

Así es, que cuando Raúl embarcó para el Africa, Mario quedaba buscándolo en la ciudad del "París Americano".

¿Se encontrarían estos amantes jóvenes alguna vez? ¡Quién sabe! El destino se empeñaba en separarlos cada vez más.

Volvamos a los exploradores, que en el lomo del inteligente elefante de la India, recorrían enormes distancias en cada jornada.

Desde hacía algunas horas percibían un gran ruido, que iba en aumento a medida que a él se aproximaban.

¿Qué podía ser?. Parecía un trueno interminable.

—¡Si viéramos por aquí algún habitante que nos informara de ese ruido, que lejos de decrecer aumenta!—Dijo Raflo.

—¡Quizás encontremos!—Contestó su amigo.

—¡Si he de hablar con franqueza...—dijo Charles interrumpiéndose.

—¡Dí lo que supongas!—Le instó Raúl.

—¡No, no suponga nada, sino que...

—¡Continúa!

—¡Preferiría que no encontrásemos a nadie!—Dijo resueltamente Charles.

—¿Y porqué...

—¡Porque pudieran ser antropófagos y nada me gustan!

—¡Nada tendría de extraño!—Añadió Raúl nada tranquilo.

—Digo: ¡Y si son como los habitantes del Manyema!—Terció Raflo.

—¿Cómo son?—Interrogó el inglesito.

—¡Phs!... ¡Pues que el cementerio lo lleva cada uno en su estómago!

—¿Qué dice?.—Exclamó Charles mirando a todos lados.

—¡Que se comen hasta los que mueren de enfermedades!

—¡Qué asco!—se oyó decir a Raúl.

—¡¡Ay!!—Gritó Charles mirando en derredor como si alguien lo espiase.

—¡No temas, amiguito; por aquí no están!

No bien había pronunciado Raúl estas palabras, cuando en la espesura se oyó un ruido atronador, como si un ejército de caballería se les viniese encima.

El pobre Raúl palideció intensamente y sus blancas manos oprimieron su pecho como para sujetar los latidos de su corazón. Charles, pálido y demacrado, había enmudecido y parecía próximo a desfallecer.

—¡Valor, amigos míos, somos tres a defendernos!—Decía Raflo.

Al escuchar Raúl estas palabras, recordó que su sexo era incógnito y que su traje varonil le infundía valor, así es que apoderándose de su rifle se sintió hombre.

—¡Vamos Charles, coge el rifle!.

En ese momento pudieron ver a Tesoro doblar a la derecha y alejarse del camino que seguían, yendo a detenerse bajo un frondoso árbol, cuyas ramas parecían gigantescos abanicos doblados hacia el suelo. Desde aquel refugio podían ellos ver sin ser vistos.

El ruído se sentía ya muy cerca y la tierra trepidaba. ¿De qué se trataba? ¿Qué peligro podría amenazarles que hasta Tesoro parecía amedrentado y como conteniendo la respiración?

No necesitaron esperar mucho tiempo para saberlo.

Un grupo de elefantes africanos, que en esas regiones andan en grandes manadas salvajes venía a todo correr, como perseguidos por un ejército.

Durante algún tiempo los exploradores esperaron apareciesen los causantes de la fuga de los elefantes, y al ver que el ruído iba disminuyendo tanto como antes había aumentado, y no aparecían los perseguidores, decidieron hacer alto en aquel mismo lugar, para que Tesoro reposara.

—¡Qué susto he pasado!—Dijo el inglesito.

—¡El ruído era imponente!—Contestaron ambos exploradores.

—Yo creía que nos amenazaba un gran peligro.—Dijo el ingenuo Charles.

—El peligro era más grande de lo que tu puedes imaginarte.— Afirmó Raflo.

—¿Porqué?...

—Porque esos salvajes proboscidios, si nos encuentran al paso nos hubiesen aplastado bajo sus enormes patas, y hubieran hecho correr a Tesoro ante ellos.

—¡Cada vez me convenzo más de la inteligencia de este animal!

—Y cada día tenemos algo más que agradecerle.—Repitieron Raflo y su amigo.

Aquellos buenos seres sabían apreciar el mérito del irracional y lo confesaban, formando contraste con algunos otros, que no sólo se lo niegan a éstos, si que también a sus semejantes, diciendo amenudo: "si no es por mí"... Mas, dejemos a esos seres satisfacer su vanidad, engañándose a sí mismo y sigamos el interrumpido relato.

Los exploradores, después de reposar dos horas admirando la Naturaleza, emprendieron de nuevo la marcha, y al cabo de tres de ellas, divisaron torres y altos edificios.

—¡Mira, estamos cerca de una ciudad!—Dijo Raúl.

—¡Es verdad!—exclamó Charles que no había reparado en ello. ¡Aquí si que no habrá antropófagos!...

—¡Pero sí carnívoros!—Dijo riendo Raflo.

—¿Cómo?...

—Quiero decir...comedores de carne.

—¡Ah, eso también soy yo!—Contestó Charles.

—Como buen inglés...

A medida que adelantaban, la ciudad se destacaba gallarda ante su vista.

—¡Qué bella ciudad!—dijo Raúl. Parece mentira que tan cerca de salvajes haya tanta civilización.

En efecto, se trataba de Pretoria, capital de Transvaal, cuyas amplias calles cruzadas en ángulos rectos, ornamentadas con sauces llorones, eucaliptus y bellísimos rosales, le dan un aspecto encantador. Muchas de sus calles están como en plena Naturaleza, surcadas por arroyuelos, afluentes del río Limpopo, lo cual aumenta su belleza y hace que sus abundantes rosales estén constantemente florecidos. Allí los viajeros pudieron admirar no sólo su belleza, sino los adelantos modernos, ofreciendo lujo y confort al visitante, como todas las ciudades fundadas por los ingleses; aunque ésta, si

bien se ve, no fué fundada por ellos, sino por los boers, que la conquistaron después de sangrientas luchas con los cafres.

Los boers llamaban a esta ciudad capital de la república, de la que era su Presidente Pretorius: boer enérgico y valiente, a quien el gobierno inglés quería destituir por considerarlo irreductible.

La contínua guerra que sostenían los boers con los indígenas, los tenía aniquilados, no dejándoles tiempo para dedicarse a la agricultura, ni a la explotación de las ricas minas de oro que poseían, con lo cual hubiesen podido pagar su deuda contraída con Holanda, para la construcción del ferrocarril de Pretoria a Lorenzo Márquez.

Los ingleses, conocedores de la importancia de los filones de oro, ofrecieron su intervención amistosa, y tras esta, en 1877, enviaron al Comisario Teófilo Shepstone, quien con treinta hombres bien armados, proclamó la anexión de todo Transvaal a las colonias inglesas.

Los boers, que tras tan corto número de soldados previeron todo el ejército inglés, aceptaron sin protestar, mientras no se les prohibió el uso de sus costumbres y de la lengua holandesa.

Sabido es que los holandeses vencieron en cinco batallas a las tropas inglesas, pero que al fin, después de la guerra sostenida cuando el ultimatum inglés del doce de septiembre de 1897, desaparecieron los estados boers, anexándose a Inglaterra. Como se ve, desde entonces la influencia inglesa, llevó al Transvaal su lujo y confort.

Charles, que conversaba con un jovencito le dijo:

—Esta capital es muy atractiva, pero encuentro su nombre muy feo.

—¿Feo...?—Interrogó el interpelado.

—Sí...Pretoria... ¡no dice nada!

—¡Oh, para nosotros dice mucho... Pretoria!

—¡Phs! ¿Qué les dice...

—Nos recuerda los felices tiempos en que era una república holandesa, y nos hace inolvidable el nombre del presidente boer Pretorius, cuya estimada cabeza fué valorada por los ingleses en cincuenta mil pesetas...

—¡Mucho tendría que huir para que no se la separasen del tronco!—dijo Charles en tono jocoso.

—¡Sí, Charles—terció Raúl—el oro, siempre el valioso y degenerador metal, es el causante de tantos crímenes!

—¡Tiene usted razón! Mis padres me dicen, que si aquí no hubiese existido tanto oro, los boers hubiésemos sido siempre absolutamente libres.

Como se ve, era un buen holandes y ni las costumbres, ni la lengua ni el tiempo, habían borrado de los boers, su perdida libertad.

Después que almorzaron los exploradores, salieron a recorrer la ciudad, admirando la cultura de sus habitantes y Raflo dijo:

—Por mucho que les duela a los boers la anexión, esta ha sido muy ventajosa para ellos.

—En realidad, antes tenían mucho terreno y rebaños, pero carecían de escuelas, siendo su único libro la Biblia, que solo los más viejos sabían leer...

—Puede decirse, que no sólo no tenían comodidades, sino que carecían de muebles.

—Vamos a buscar un guía que nos enseñe lo más notable de aquí.—Dijo Raúl.

—Les iba a proponer mis servicios cuando los oí hablar.

El que así se expresaba era un viejo boer, en cuya expresión se notaba el disgusto que sufría por lo que había oído decir a los extranjeros, por mucha verdad que ellas encerraran.

—Aceptamos que nos guíe, buen señor.

—Los llevaré a ver lo más sagrado que existe aquí para nosotros.

—¿Qué es?—Preguntaron los tres.

—Es un árbol histórico...

—En cuya sombra...—adelantó Raflo. Mas el viejo se apresuró a decir:

—No se trata de su sombra, señor...

—¡Ah...! ¿Pues de qué?

—¡De su sagrado interior...!

—¿De interior histórico?...

—¡Así es en efecto! ¡Es el Wruder Broom!—Dijo el anciano descubriéndose al pronunciar ese nombre.

No muy lejos de allí se encontraron los exploradores ante las ruinas de un gigantesco árbol, del que solo quedaba la corteza, como en las ruinas de los grandes edificios, los muros.

El anciano abrió una especie de puerta practicada en su enorme corteza, y en su interior apareció una espaciosa sala, cuyas paredes eran la rugosa corteza.

—Como ustedes ven, esta gran sala, era el lugar escogido por mis compatriotas para celebrar sus sesiones.—Dijo el boer con gran respeto.

—¡En verdad que esto es admirable!

—¡Yo que me había asombrado al cruzar en automóvil por entre el corte de un árbol!—Dijo Raúl.

—¡Pues esta es una casa!—Exclamó Charles.

—¡Es admirable!—Repitó Raúl, contemplando el interior del árbol, del cual tanto tiempo había resistido la corteza.

—Este árbol, es pues, doblemente sagrado...

—¡Y tanto...!—Dijo el anciano vivamente emocionado

Los exploradores, una vez recorrido aquella ciudad, tomaron el tren con su Tesoro, dirigiéndose a Johannesburgo. Esta es una ciudad que vive de sus minas de oro, y a pesar de su clima tan variable, en que los vientos tan violentísimos cortan la piel, tiene multitud de habitantes.

Allí, después de alojar cómodamente a Tesoro, tomaron un tranvía para recorrer la ciudad.

—¡Qué lindo paseo éste!—Dijo Charles.

—¡Y qué bellos edificios!—Añadió Raúl.

—Tienen todos los adelantos modernos.

—¡Cuánto lujo en sus establecimientos!—

—En cambio, ¡mira cuánta miseria hay allí!

—¡Es verdad!—contestó Raúl mirando hacia unas cabañas de tablas y latón y barracones de zinc y piedras.

—Esas son las viviendas de los negros.

—¡Pobres seres...!—susurró Laura compadecida.

De allí salieron los exploradores por tren, visitando varias poblaciones al Norte de Pretoria, decidiéndose después a seguir su viaje en el elefante.

—Supongo a Tesoro cansado de viajar en un vagón.—Dijo Raflo.

—Pues de esa manera debe ir más contento.—Añadió Charles.

—¿Por qué?

—Porque yendo en el vagón no solo no trabaja...

—¡Siempre creyendo que debe huírsele al trabajo!—Le interrumpió Raúl.

—¡Quiero decir... que es mejor que lo lleven que tener que llevarnos!

—Pues yo opino, que Tesoro prefiere llevarnos sobre sí, antes que ir allí encerrado.

—Será... ¡cuando ustedes lo dicen!—Contestó Charles pensativo.

—¡Verás qué contento nos recibe!

Así diciendo fueron hacia Tesoro, el cual como suponían, les dió grandes muestras de alegría.

—¡Ya ves Charles como nos halaga!

—¡Sí, sí, ya veo!—Contestó el interpelado dándose por convencido.

—No creerlo sería ingratitud.—Dijo riendo Raúl.

—Vamos, viejo que ahora vas a llevarnos sobre tu lomo por estas regiones que tanto demuestras conocer. —Decía Raflo mientras lo ensillaba.

Cuando los jóvenes estuvieron instalados sobre Tesoro, Raflo lo dirigió al Norte, lo que bastó al animal para comprender cual era el camino que querían seguir.

Marcharon tranquilamente sin que nada anormal viniese a alterar la plácida quietud que disfrutaban, y ya a algunas leguas de la ciudad, Charles, abriendo sus ojos desmesuradamente y señalando a lo lejos un árbol, dijo sobresaltado:

—¡Miren, míren...!

—¿Qué cosa?.

—¡Aquél fenómeno!

—¡Ah, ya veo...es una jirafa!

En efecto, una jirafa de larguísimo cuello, se alimentaba de los retoños más altos de un árbol.

—¡Qué animal tan raro...!

Apenas pronunciadas estas palabras, la jirafa desapareció internándose en el bosque.

—¡Qué lástima no poderla ver de cerca!

—Estos animales no se dejan acercar jamás.

—En efecto, la hemos visto porque venimos en elefante, cuyas pisadas les son bien conocidas.

—¡Claro, como ven desde lejos, por ser tan altas, no se dejan sorprender!

—En eso consiste su defensa.—Dijo Raúl.

Después de rendir una larga jornada, los exploradores hicieron alto, armando su tienda a la orilla del bosque.

Apenas se habían sentado a comer, oyeron ruído sobre sus cabezas, descubriendo a varios monos saltando de una a otra rama. Charles, tan pronto los descubrió, comenzó a lanzarles piedras que cerca de ellos había.

—¡No les tires, Charles!—Gritó Raflo.

Ya era inútil, los monos imitando a Charles arrancaban de los árboles frutos sin sazón y los arrojaban a los exploradores, causando en éstos gran risa y diversión. Mas, un rato después, tuvieron que refugiarse en la tienda,

por haber acudido multitud de simios que a cual más lanzaba sus frutos; y lo que empezó como una broma, constituía después una mortificación.

—¡No creía yo que estos bichos fueran así!—Dijo Charles.

—Es muy grande el espíritu de imitación de estos cuadrumanos.

—¡No seré yo más, el primero que tire a estos seres!—

Sobre la tienda seguían cayendo los frutos y pedazos de ramas secas arrojadas por los simios.

—Si siguen así no vamos a poder dormir.

—No temas, que ellos pronto se recogen.

—Es lo mejor que pueden hacer.

Al fin la noche llegó y con ella desaparecieron los monos, y los exploradores decidieron recogerse a fin de reanudar la marcha a primera hora, lo que hicieron apenas amanecido, encontrando a su paso gran número de cuadrúpedos de cuerpo bien formado, con unas simétricas rayas negras que cubrían todo su cuerpo.

—¡Qué lindos mulitos!—Dijo Charles.

—No, amiguito, esas son zebras.

—¡Es verdad; si yo había oído hablar de ellas! Y agregó:

—¿Vamos a ir al Congo?

—No.—Contestaron los exploradores.

—¿Por qué?—Volvió a preguntar.

—Por el cacimbo...

—¿Qué cosa es esa?.

—Los portugueses llaman así a una gran niebla que se ve allí mañana y tarde.

—¿Tan grande es la niebla?

—¡Tanto, que a seis metros no se ve nada!

—Pues es preferible no ir...

—Y si a lo molesto del cacimbo, añadimos que las costumbres de esos negros, son bien conocidas...

—¡Cómo que esa región ha sido muy visitada por los negreros!— Agregó Raflo.

—Tienes razón, pues yo creo que el Congo es la región a que le hicieron más esclavos.—Terminó su amigo.

Tesoro dejaba tras sí muchos kilómetros, que formaban leguas y más leguas, con gran contento de los exploradores, que siempre tenían para el inteligente y buen animal, palabras de cariño y gratitud.

—¿Dónde vamos ahora?—Interrogó Charles.

Raflo contestó:

—De fijo no puedo informarte; dejo a Tesoro que nos lleve a cualquier parte.

—¡A cualquier parte!... Con tal que no sea hacía el Sur.—Dijo Raúl.

—No, hacia el Sur retrocedemos, y mi deseo es ir siempre adelante.—Contestó Raflo.

Raúl ansiaba ganar terreno, deseoso de recibir más pronto noticias de Mario, por eso no quería detenerse en el Congo.

Por el contrario Charles, parecía interesado en recorrerlo; pues un rato después (como amenudo hacía) cuando ya nadie se acordaba dijo:

—¿Y si Tesoro nos llevase al Congo?

—Parece que le temes o lo deseas. Fué la contesta de Raflo.

—Es que yo he oído decir que ese es un río muy lindo.

—Sí, Charles, tiene muchas bellas y peligrosas cascadas.—Contestó Raúl.

—¡Ah!. ¿Y es muy grande?

—Es el mayor de Africa y el segundo del mundo.

—¿De veras?—Preguntó con extrañeza el inglesito.

—Tiene cuatro mil doscientos kilómetros de curso.

—¡Cuanta agua!... ¿Y dónde termina?

—Después de atravesar varios lagos, desemboca en el mar endulzándolo a más de 24 Kms.

—¡Oh...! ¿Quien lo viera?

—No querrás verlo cuando sepas que en esa región hay millones de negros antropófagos, que tienen delirio por la carne humana.

—¡¡Aaay!!—gimió el muchacho.

—Es tal su afición por la carne de los hombres blancos, que donde quiera que encuentran un cadáver de éstos se lo comen, sin reparar en la enfermedad de que haya muerto.

—¡Oh, qué horror! ¡Cuiden que Tesoro no nos lleve allí!—Murmuró Charles.

—¡Ya sabía yo que se te quitaría el deseo de ir!...

—¡No, no quiero ir allí!—Repitió el joven.

Y Raflo después de consultar su brújula repuso.

—No iremos; hemos de pasar muy lejos.

En efecto, Tesoro se dirigía al centro del continente, y como Raflo estaba dispuesto a no contrariarlo, lo dejaba marchar en la dirección que él quisiera.

A la sazón marchaban por las márgenes del Zambezi, el gran río africano, y después de vencidas algunas jornadas, pernoctaron en un lugar desde el cual se sentía un ruido lejano, a semejanza de un interminable trueno.

—Ya tenemos otra vez una manada de elefantes o búfalos.

—O rinocerontes.—Agregó Raúl.

—Confiemos en que no pasarán por aquí.

—Al menos, Tesoro no demuestra inquietud.

—Entonces no hay peligro.— Terció Charles queriendo dar prueba de un valor que no sentía.

—¡Bien, muchacho,—dijo Raflo—ya vas dejando de ser pusilánime!

Charles se limitó a sonreir.

Después de comer y charlar sobre los distintos tópicos de su viaje, se entregaron al descanso, y al amanecer del nuevo día encontrábanse atareados en los preparativos para reanudar la marcha.

—El tropel se siente de nuevo.—Dijo Raúl.

—No es de nuevo, sino que no ha cesado en toda la noche.—Aseguró Charles.

—¿De veras?...

—¡Cómo que apenas si he dormido!

—¿Porqué?...

—¡Por ese ruido, que a veces me parecía se acercaba!

—¿Pues que...?

—Que ahora me convenzo que eso está a la misma distancia.

—Veremos que cosa es.

Costeando el río adelantaron muchas millas y el ruido iba siempre en aumento. Y Raúl, que atisbaba de contínuo el horizonte, dijo de improviso:

—¡Debe ser un volcán; ya veo las columnas de humo!

—¿No habrá peligro?—Interrogó Charles.

—No nos acercaremos mucho.

—Creo que es vapor de agua.—Indicó Raúl.

—Sí, parecen cinco columnas de vapor de agua.—Asintió Raflo.

El ruido aumentaba y pronto tuvieron que dejar la ladera del río y descender poco a poco por una pendiente, encontrando a un indígena que parecía estaba cazando.

Charles al verlo gritó asustado:

—¡Ay, ya nos vió... si será caníbal!

—Ya lo sabremos.—Dijo Raflo.

Se acercaron al indígena preguntándole por señas qué era aquello.

—Mosi oa tuña.—Contestó el salvaje.

—¿Qué cosa es?—Volvió a preguntar Raúl.

—Mosi oa tuña.—Repitió el negro, cuyas palabras querían decir: humo que suena allí.

Raflo invitó al salvaje a que los condujera hacia aquel lugar, y cuando éste comprendió lo que quería decirle, mostró tal espanto, que asustó a Raúl y a Charles. Y como viera que Raflo insistía en que le sirviera de guía, ofreciéndole dinero, echó a correr con la velocidad de que era capaz.

—¡Ay, se va a buscar sus compañeros!—Susurró Charles.

No lo creas, muchacho; el salvaje o nos tiene miedo, o teme lo obliguemos a ir hacia el volcán.

Tesoro no esperó la voz de marchar, trotaba en dirección a las columnas de humo que se descubrían en el espacio. El ruído se hacía ensordecedor y al doblar de una montaña, que parecía partida en su cima, se presentó a su vista el cuadro más maravilloso que pueda imaginarse. Lo que suponían un volcán, era una espléndida catarata formada por el río Zambezi. Aquel hermoso río de dos Kms. de anchura, que antes habían costeado, se reducía a sesenta metros, como si las dos rocas de basalto que encuentra en su curso lo aprisionaran, haciendo que sus aguas alcancen allí ciento treinta metros de profundidad. Aquella sorprendente masa de agua, cual bellísima cortina de unos ciento veinte y dos metros, se precipita en un recinto de cuarenta y cinco pies, de donde se escapa rugiendo y elevando sus densos vapores a más de doscientos metros, que son divisados desde larga distancia, y que los naturales—que jamás se acercan para saber lo que es—llaman en su lengua: "Humo que suena".

—¡Oye, Raflo; ésta ha de ser la catarata Victoria, o sea la Humareda Tonante!—Indicó Raúl.

—¡No me había dado cuenta!—Exclamó Raflo.

—Verdad es que tiene cerca de tres veces la altura de la catarata del Niágara; pero aquí no se puede poner un puente como en la catarata americana.

—¿Un puente sobre la catarata?—Interrogó Charles.

—Sobre la catarata no; pero detrás de la gran cortina de agua de la del Niágara, hay un puente.—Dijo Raúl.

—¿Detrás del agua?—Repitió el inglesito.

—En efecto...

—¡Quien va a pasar por allí!...

—¡Yo he pasado!—Susurró con emoción, y sin poder contener un suspiro al recordar que su acompañante, era su amado Mario.

—¡Qué horror...! ¡Si todavía usted suspira! Por mucho que me paguen no pasaré por allí!—Dijo Charles con aspaviento.

Raúl procuró sonreir, y refiriéndose a sus últimas palabras dijo:

—Pues, amiguito; no pagan para que uno pase, sino que hay que pagar para pasar.

—¿Cuánto...?

—Sólo veinte centavos.

—¡Me los como de dulce!—Dijo el goloso muchacho.

—¡Buen provecho!—Contestó Raflo, riendo de tal gastrónomo.

—¿Y usted también ha pasado, Raflo?

—¡No, yo no he gozado aún esa intensa emoción!

—¿Pero, le gustaría?

—¡Cómo no! ¡Espero poder cruzarlo! Estas emociones son las que necesito para vivir...

En realidad, Raflo no era de los hombres que se emocionan fácilmente, sino en presencia de las cosas maravillosas. ¡Dichoso todo el que es así; por que no siente las pequeñas penas o contrariedades de la vida! No goza, es verdad, con la vista de una bella flor, con un suave perfume, con una cariñosa sonrisa...mas, tampoco sufre con pequeñeces y menos por males imaginarios!

No obstante su anhelo de sentir hondas emociones, por cosas grandiosas, no fué óbice para que Raflo sintiera estremecer todo su ser al influjo de una mirada femenina. Pero... ¿es de extrañar esto?... ¿Acaso habrá algo más bello y conmovedor, que una tierna y cariñosa mirada? ¿No es sin duda, de lo más maravilloso el mecanismo de los ojos? Todo el que haya estudiado aunque someramente anatomía, estará conforme en esto. Y si a esa maravilla se une la no menos grandiosa de la expresión del alma, tendremos por sentado, que los ojos son maravillosos.

Añadamos a esto, que la infeliz joven cuyos ojos habían cautivado el alma de Raflo, al perder la vista, fué en los momentos en que expresaban

toda la ternura de su alma, al contemplar el retrato de su bella e infortunada madre, y que esta ternura quedó para siempre grabada en sus pupilas, ya que en su retina no se fijaría jamás ninguna otra imágen. He aquí, lector, porque Raflo se sintió hondamente conmovido ante aquella triste y tierna mirada, que juzgó para él.

¿Se encargaría el destino de hacerle descorrer este dulce velo?.

¿Y si este hombre original se enterara, le causaría pena o alegría?¡Quien sabe! ¡El hombre es un arcano!...

Raflo y Raúl habían quedado enmudecidos ante el grandioso espectáculo de aquella sorprendente caída del agua, desde tan prodigiosa altura. Se acercaron cuanto pudieron en silencio, verdad que si hubiesen querido hablar, el ruído atronador habría apagado el eco de sus voces. Solo unos minutos pudieron estar en la muda contemplación de esa bellísima obra de Natura, porque el ruído tan intenso dañaba sus oídos, motivo porque, ningún ser viviente se acercaba por aquellos contornos.

Tesoro partió al trote como huyendo de aquel horrísono tronar, y después de correr muchísimos Kms., aun se escuchaba aquella especie de rugido. Marchaba hacia el noroeste sin que su cornac tratase de impedírselo, y ya cuando todo vestigio de ruído habíase extinguido, hizo alto el noble bruto.

—¡Ah, viejo, ya quisiste reposar!—Le dijo Raflo.

—¡Ya era tiempo, pues es mucho lo que ha recorrido!—Asintió Raúl.

—Por mí, aunque hubiera seguido.—Murmuró Charles.

—Claro, como vas sentado y alimentado, no te condueles de él. ¿No crees que ya ha trabajado bastante?...

—¡Ya lo creo!—contestó el interpelado. Y todos se pusieron a armar su tienda antes que el sol desapareciese, lo que acontece muy rápidamente en esas regiones.

Cuando estuvo lista y Tesoro se hallaba pastando, los exploradores se sentaron silenciosos frente a ella, y aunque Charles tenía deseos de hablar, respetando el mutismo de sus protectores, también guardó silencio. Parecían sumidos en profundas meditaciones y, a intervalos, se veían levantar sus pechos por hondos suspiros. Cada uno pensaba en tema distinto pero su finalidad era la misma.

Charles pareció contagiarse y también meditó. ¡Pobre chico! Pensó que él jamás había meditado, y eso que tenía en su existencia tantos puntos oscuros...Comprendía que su vida se había deslizado como la de los irra-

cionales. Sólo comer y dormir... ¡Y tantas cosas bellas que había en qué pensar! ¡Cómo deseaba averiguar en qué pensaban sus amigos! ¡Oh, algo bello debe ser!—Exclamó en voz alta sin darse cuenta.

Raúl que lo oyó le preguntó:

—¿Qué cosa?.

Charles quedó confundido, pero al mirar a Raflo, que estaba ensimismado en la contemplación de una deslumbradora estrella de primera magnitud, y por disimular con Raúl dijo:

—Digo, que el nombre de ese lucero será muy bello.

Raúl sonriendo contestó:

—No todos los nombres corresponden a las bellezas de las cosas y ese es un ejemplo.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Sirio.

—¡Sirio!... Verdad que no le viene el nombre.

—Para ti, no le viene, porque no te dice nada; pero no así para los que le pusieron ese nombre.

—¿Quiénes fueron?. ¿Porqué se lo pusieron? ¿Cuando?.—Interrogaba Charles queriendo saberlo todo a la vez, por lo que Raúl le interrumpió su interrogatorio diciéndole:

—No preguntes todo a la vez, Charles: vamos por parte. Se lo pusieron los egipcios hace miles de años.

—¿Porqué?.—Volvió a preguntar.

—Te voy a explicar. Hace muchísimos siglos, los hombres estudiaban el cielo o espacio, a fin de arreglar sus cosechas, etc., etc., Nosotros no tenemos hoy esa necesidad, porque ya nuestros antepasados lo hicieron, así es, que si lo miramos, es para recrearnos..!

—Por sport.—Interrumpió Charles.

—Como gustes llamarlo. Pero es el caso, que aquellos primeros seres se fijaban en las cosas celestes y las comparaban con las terrestres. Habiendo notado que cuando veían aparecer esa bella estrella al suroeste de Orion, poco después empezaba el desbordamiento del río Nilo, la compararon a un perro que ladra, avisando a su amo el peligro: como ella les anunciaba que pronto aquel río comenzaría a inundar los terrenos, la llamaron el ladrador, o el can, como seguimos llamando a la constelación de que ella forma parte.

—¡Ah!iah!... yo no sabía nada!—exclamó Charles, repitiendo su cantilena, y continuó:—¡qué bueno, que les avisaba para que no se ahogaran!

—En aquella época—terció Raflo, saliendo de su ensimismamiento—los egipcios consideraban aquellas inundaciones como algo muy malo para ellos...creían que el Nilo tenía necesidad de ahogar a alguien, y por eso se salía de sus márgenes, sin que en ese lugar hubiese caído agua.

—Sí, y era un peligro ser una doncella bella. ¡Pobres muchachas! agregó Raúl.

—Qué les pasaba?...

—¡Asómbrate, amiguito!: Pues que cogían las jóvenes más bellas y después de ataviarlas lujosamente, las arrojaban a la avalancha de agua, para calmar así sus furores, según creían.

—¡Ay, que miedo!... ¿Y nadie las sacaba?...

—Nadie era capaz de salvar a las víctimas, pues con esos sacrificios creían satisfacer al inmenso río.

—¿Y se reducían las aguas con eso?

—No lo creas, entonces como ahora, las aguas del Nilo empezaban a subir después de la primera quincena de junio, y a pesar de ser sacrificadas las inocentes doncellas, el río seguía inundando la región cada vez más, hasta el mes de septiembre, que volvía a su centro.

—¡Oh, qué país más malo! ¡Nadie lo habitará! ¡El río ese, habrá hecho que nadie quiera vivir allí!

—Te equivocas, Charles; ese río con sus avalanchas o inundaciones, es el que ha hecho que ese país esté muy habitado.

—¿Qué dice? Pues, qué brutos son...!—Dijo ingenuamente.

—No creas que son brutos, pues casi puedo decirte, que de allí salió la civilización primitiva.

—¡Pero vivir en un terreno tan malo!...

—Escucha:—interrumpió Raflo—ese terreno es uno de los más fértiles del mundo, aunque casi nunca llueve, debido al sedimento que deja el río, arrastrado hacia él por el río Negro, que es un tributario, que nace en Abisinia.

—Entonces les hace bien. ¿Y ese río es muy largo?

—Es el más largo que hay en la Tierra, pues tiene mil doscientas leguas de curso.

—¿Se podrá navegar por todo él?

—No, porque, como el país es montañoso, este río forma seis hermosas cataratas. Pero escucha: creo que ya debemos recogernos, pues Raúl ya hace rato se retiró.

En efecto, cuando Laura vió que Raflo satisfacía la curiosidad del ignorante joven, se retiró: no para dormir, sino para satisfacer la necesidad de estar a solas con sus recuerdos, que la presencia de la soberbia catarata había avivado.

Al entrar sus compañeros fingió dormir, a fin de evitar conversaciones y solazarse en sus dulces recuerdos.

Tampoco Raflo tenía deseos de conversar. Súbitamente cortó las explicaciones que daba a su falso guía anterior y se recogió, con lo cual el inglesito tuvo que imitarlo.

Apenas había aclarado, Raflo y Charles salían de la tienda para preparar a Tesoro, mientras Raúl terminaba el desayuno, y poco después emprendían la marcha.

Vencidas algunas jornadas hacia el noreste, Raflo se orientó, tomando la dirección al Norte de donde se encontraban, a fin de visitar el lago Niasa, después de su aprovisionamiento en Teté, de cuanto les era necesario.

—¡Qué hermoso río! ¡Si parece un mar!—Exclamó Charles.

—Este es el mismo río que forma la Humareda Tonante.

—¿De veras que es el Zambezi? ¡Qué ancho!

—Por aquí mide dos Kilómetros y medio.

—No nos detengamos aquí—interrumpió Raúl demostrando impaciencia.

—No te gusta esta factoría?

—No tiene importancia, y quisiera llegar cuanto antes al Senegal.

—¿Al Senegal?—Preguntó Charles intrigado.

—Quiero decir, recorrer todo el continente y ver despué St. Lowis.

—¿Tienes interés en conocer la capital senegalesa?—Volvió a interrogar su amigo.

—Sí,— contestó lacónicamente Raúl.

Los lectores recordarán que allí esperaba tener noticias de Mario, y por eso su deseo de proseguir la marcha. Después de una breve pausa preguntó:

—¿Dónde nos dirigiremos ahora?.

—Vamos a conocer el lago Niasa.

—¿No habrá desaparecido ya?—Dijo Raúl sonriendo.

—No amigo, aún tendrá mucha profundidad.—Contestó Raflo en el mismo tono.

—¿Qué?... ¿Puede un lago desaparecer? ¿Cómo?... ¡Tan grandes como son!

—El Niasa no es de los más grandes, Charles; pues solo tiene en su parte más ancha unos noventa Kms. y quinientos cincuenta de largo.— Contestó Raflo, invirtiendo el orden de las preguntas.

—¡Pues eso es grandísimo!—interrumpió Charles—¿cómo puede desaparecer?

—Escucha: este lago tiene como doscientos metros de profundidad; pero el río Chivé le roba muchísima agua que regala al Zambezi después de descender formando caprichosas cascadas.

—¿Pero es que ese lago está en una montaña?

—No en una montaña, pero sí a unos cuatrocientos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

—¡Ah; pero no me han dicho porqué puede desaparecer!

—Es que no das tiempo con tus preguntas: El terreno en que está el lago es una llanura de aluvión, rodeado por altas montañas. El lago tiende a cubrir toda la llanura formando un barrizal. A esto añádase la gran evaporación, y son tres las causas que comprueban el porqué de la tendencia que se le nota de año en año a disminuir, y día llegará en que no se le pueda llamar lago; si bien esto tardará muchos años en suceder.

—Ya comprendo; pero de primera intención me pareció cosa muy sorprendente.

—Por eso es bueno investigar siempre, el cómo y porqué de las cosas. —Contestó Raflo.

Después de varias jornadas en que Tesoro seguía obedientemente la senda que le indicaran, parecía no querer obedecer.

—¿Qué tendrá Tesoro, que no sigue por donde lo guío?—Se decía Raflo.

—¡Estará cansado!—musitó Charles.

—Otras veces ha rendido cuádruples jornadas sin demostrar disgusto ni cansancio.—Dijo Raúl.

—No obstante, está contrariado; y paréceme lo mejor pernoctar aquí. —Observó Raflo.

La noche transcurrió sin novedad, y a la mañana siguiente, Tesoro se mostró dócil a la ensilladura como siempre acostumbraba; pero al hacerlo partir en la dirección del dia anterior, demostró muy a las claras, que no

quería seguir esa senda; mas, Raflo lo obligó y entonces emprendió una marcha tan rápida como se lo permitían los obstáculos naturales que encontraba al paso.

—Tal parece que Tesoro ha adivinado mi pensamiento.—Repuso Raflo.

—¿Cuál pensamiento?...

—Por un momento se me ocurrió si Tesoro tendría miedo a los rinocerontes que pueblan el lago.

—Pues, si lo adivinó, quiere probar lo contrario con su precipitada marcha.—Contestó Raúl disimulando su temor.

En poco tiempo se encontraron los exploradores a la vista del Niasa, y su asombro no tuvo límites al ver el gran número de grandes hipopótamos que estaban casi enterrados en el fango. Muchos elefantes nadaban en sus aguas; a un lado, una gran manada de soberbios búfalos pacía en sus yerbas, y más allá, muchísimos rinocerontes sostenían una gran lucha.

Los exploradores, ocultos en el ramaje, contemplaban cuanto a su vista se ofrecía.

—¡Qué grandes y fuertes animales!

—Sí, los animales herbívoros son los más corpulentos y fuertes.

—¡Son temibles!—Afirmó Raúl.

—Si los enfadamos son peligrosos.

—¡Pues hay que temerle como a los leopardos!

—¡No tanto! Aquellos nos atacan para devorarnos, y éstos sólo para que le dejemos libre el paso.

Mientras así hablaban, Tesoro permanecía inmóvil, con la trompa ligeramente levantada, sin que sus ginetes se dieran cuenta de tal movimiento, encantados en ver pasar algún que otro antílope, o una gigantesca jirafa.

No llevaban mucho rato en su observatorio, cuando Tesoro, levantando en su trompa un enorme caimán, que era el que estaba acechando, lo tiró de nuevo,, plantándole sus pesadas patas.

Raúl y Charles, al ver el animal con las fauces abiertas, suspendido por la trompa de Tesoro, lanzaron estridentes gritos, que hicieron levantar la cabeza a las innumerables bestias que rodeaban el lago.

Un nuevo saurio apareció con sus fauces desmesuradamente abiertas, despidiendo un hedor insoportable, y mientras Tesoro se adelantaba, un segundo grito se escapó de las mismas gargantas, en tanto el rifle de Raflo dejaba oir su detonación, a cuyo ruido todos aquellos animales levantaron sus orejas, poniéndose en guardia. Un rinoceronte, más corpulento que sus

compañeros, partió lentamente hacia ellos, quizás para saber de donde salía el ruido que los inquietaba.

Cuando Raflo vió el horrible unicornio que se les aproximaba, sin medir las consecuencias ni el peligro a que se exponían, disparó sobre él, sin lograr perforar su rugosa y plegada piel, despertando en cambio la ferocidad del bruto, que lanzando bufidos corrió hacia ellos, y tras éste los demás rinocerontes, los búfalos y aún los hipopótamos, emprendiendo la persecución de Tesoro, que no necesitó los aguijonasos de sus ginetes, para correr cuanto podía.

El ruido formado por aquella heterogenea piara de brutos, no tenía igual; todos corrían ciegos de furor; pues sabido es que, por igual son vengativos y constantes en sus ataques, máxime llevando por jefe a un temible rinoceronte, que nada lo detiene cuando está irritado, y del que pocas veces se escapa el ofensor.

¿Qué iba a ser de los exploradores?. Tesoro corría cuanto le era posible, pero la ventaja que les llevaba disminuía por segundos, pues cargado como iba, no podía tener la libertad de movimientos que sus perseguidores.

Los viajeros veían con terror, cada vez más cerca, aquellos energúmenos furiosos, derribar árboles con asombrosa facilidad, desesperando de librarse de su furor, que Raflo había hecho acrecentar con los repetidos disparos que les hacía.

Laura, con aquella vertiginosa carrera, sentíase desfallecer, y el miedo que se había apoderado de su ser, hacíala temblar cual hoja azotada por el viento. Charles pedía socorro a todo grito, y Raflo, con su hermosa cabellera en desorden, los ojos desorbitados y el rostro desencajado, demostraba un pánico que en ningún momento de su azarosa existencia había sentido. No se le ocultaba la clase de muerte que les esperaba, y sentía pavor al considerar la terrible mutilación de sus cuerpos, por aquellas tremendas cornamentas, y por el pisoteo de los pesadísimos hipopótamos.

No mucha distancia les separaba de sus perseguidores, que habían de ganarla en poco tiempo, cuando una especie de gruta se abría ante ellos, dando apenas paso a un hombre en cuclillas. Raflo, pensando que allí podrían salvarse, le indicó a sus compañeros que lo imitasen, y rápido como el pensamiento se arrojó al suelo, introduciéndose en ella. Como los dos jovencitos no se encontraban en ánimo de hacer igual, lanzaron un grito de terror al ver lo hecho por Raflo. Y Tesoro, deteniéndose al instante, bajó

a los jóvenes poniéndolos junto a la gruta, a que Raflo les ayudó a entrar, tirando de ellos.

El proboscidio, tan pronto dejó su carga, emprendió veloz carrera, seguido de los cornúpedos e hipopótamos, que no se habían dado cuenta de la maniobra ejecutada por los ginetes.

—¡Gracias, Dios mío!—Murmuró Raúl como un sollozo.

—¡Hoy sí que he sentido miedo!—Confesó Raflo.

En cuanto al pobre Charles, tal era el pánico que sentía, que no podía articular sonido. Ninguno habló más, y después de muchas horas de encontrarse allí, el sueño hizo presa en ellos quedando profundamente dormidos.

Sería cerca del amanecer cuando Raflo despertó sobresaltado, por el ruído de fuertes pisadas que se acercaban a la gruta, y llamó a sus compañeros, recomendándoles se mantuvieran en guardia con sus rifles.

Por fín, un bulto negro, gigantesco, se aproximó al hueco por donde ellos habían entrado, tapando con su cuerpo la claridad que las estrellas proporcionaban. Raúl estaba a punto de disparar, cuando Raflo, bajándole el arma le dijo:

—¡Creo que es Tesoro!

El animal dió pruebas inequívocas de que no se engañaban, y los tres salieron de su escondite, saludándolo con cariño, en prueba de gratitud por su fidelidad.

—¡Qué noble animal!

—¡A él debemos la vida!

—¡Qué triste me sentía. Tesoro, creyendo que nos habías abandonado! —Le dijo Raúl mientras lo acariciaba.

El animal parecía comprender estas pruebas de gratitud, denotando por ello gran complacencia.

—¡Ha perdido la ensilladura!—Dijo Raúl, que antes no se había fijado.

—Ya lo veo; lo malo es que no tenemos aquí a Fred para que nos haga otra.

Al oir el noble animal hablar de su amo, lanzó un resoplido, que bien podía ser un suspiro.

Raúl iba a entrar de nuevo en la caverna, cuando se sintió elevar en el aire y depositar en el amplio lomo del animal. Después repitió la misma operación con los otros dos, y emprendió la marcha ,sin que ninguno pronunciase una sola palabra, impresionados por la acción generosa del noble proboscidio.

Marchó sin detenerse por espacio de una hora, al cabo de la cual dobló tras una peña, deteniéndose donde se alzaba un gran bulto. Charles lanzó un grito, y los dos exploradores empuñaron sus revólvers creyéndose amenazados de algún peligro; mas ,pasado algunos minutos en que Raflo se había deslizado a tierra e investigado, dijo:

—¡Sí es la ensilladura!

—¡Qué inteligente y bueno eres, Tesoro!—dijo Raúl acariciando con sus blancas manos su rugosa piel, mientras dos líquidas perlas se deslizaban por sus mejillas hasta caer sobre su ancho lomo.

Un momento después, él y Charles, eran suavemente depositados en tierra por la trompa de Tesoro.

—¡Estará destrozada!—Adelantó Charles.

—¡Tiene averías, pero no será cosa difícil su arreglo.

—Se ve que Tesoro hizo un gran esfuerzo para reventar las cinchas.

—Pero, también tienen arreglo.

—Yo he perdido el sueño, y como hay bastante claridad podemos empezar a trabajar.—Manifestó Raúl.

—En verdad que la claridad permite distinguir los objetos más pequeños.—Asintió Raflo.

—Y eso que es solo la luz de las estrellas.—Agregó Charles.

En efecto, el cielo, de un azul purísimo, estaba tachonado por millares de estrellas que despedían una suave claridad, no igualada en otras partes de la Tierra.

En poco tiempo fueron reparadas las averías de la ensilladura, y, como notaran en Tesoro disposición a proseguir la marcha la emprendieron, y hasta ya muy avanzado el día no hicieron alto para reposar y dar descanso a su fiel compañero.

—¿Sabes ya porqué Tesoro no quería seguir hacia el lago?—Preguntó Raúl a su amigo.

—¡Inteligente animal!—dijo Raflo—sin duda no temía por él, sino por nosotros.

—¡Nunca olvidaré el susto que he pasado!—Terció Charles.

—Uno más que tienes que recordar...

—¡El más grande de todos!...

—Me parece, pobre Charles, que peor debió serte cuando te viste en la boca de la fiera.

—¡Oh, pero aquello fué como un relámpago!

—¡Es verdad!—Contestaron ambos exploradores, recordando el mal rato que les habían hecho pasar los cornúpetos.

—¡Qué fieras!—Murmuró Charles.

—Y eso que no comen carne...

—Si es para comernos, no nos dejan.

—Eso hacen...sitian... aunque no coman.

Pasadas algunas horas tornaron a marchar, y durante muchos días no ofreció otra novedad, que la presencia de muchos avestruces, cuyos frescos huevos añadieron a su alimentación. Son estos huevos como la cabeza de un niño de varios días de nacido, cuya cáscara tiene un gran grosor, que los hace difíciles de romper. No obstante su dureza, cuando la hembra nota que han andado en su nido, (que no oculta mucho) los rompe a picotazos.

Llevaban ya andados infinidad de kilómetros, guiados en parte por el instinto de Tesoro, dejando a un lado el lago Tangañica, al que no querían acercarse temerosos de correr otra aventura como la anterior, cuando al Norte, descubrieron una gran extensión de agua, que parecía un mar, surcada por pequeñas y grandes embarcaciones.

—¡Si estamos en la costa!—Exclamó Charles.

—En la orilla de un lago.—Afirmó Raúl.

—A juzgar por la extensión debe ser el Alberto o el Victoria Nianza.—Agregó Raflo.

—Debe ser el Victoria, repitió Raúl.

—¡Pues qué tamaño tiene este lago!—Dijo asombrado el inglesito.

—Tiene una superficie como la mitad de tu patria.

—¿Y cuál es la extensión de Inglaterra?

—Tiene unas cuatro mil cuatrocientas leguas cuadradas.

—¡Gracias!—dijo el pobre muchacho, agradeciendo le informaran de lo que él jamás había oído.

—¡Oye, Raúl!—dijo de pronto Raflo—vamos a tomar pasaje en ese vapor...

—¿Para dónde?

—Para cualquier parte del Norte.

—Bien pensado.

—¡Comeremos caliente!—Exclamó Charles.

—Y estaremos entre gente civilizadas.—Añadió Raflo.

El entusiasmo del poble Raúl no era tanto, recordando lo que había sufrido cada vez que se había embarcado.

De pronto dijo Charles emocionado:

—¡Qué pena...dejar a Tesoro.

—No lo dejaremos, amiguito.

—¡Cómo...!

—Embarcándolo también.

—¡Ah!—dijo el pobre muchacho, satisfecho de saber que aún no se separarían del noble proboscidio a quien tanto debían.

Cuando hubieron desembarcado en la parte norte, dispuestos a visitar al País de los Gallas, se provisionaron convenientemente, llevando armas de fuego para los hombres y collares de cuentas para las mujeres, pues sabían por experiencia, que todas las mujeres, civilizadas o no, y aún las antropófagas, tienen predilección por este adorno.

Tesoro parecía satisfecho de verse de nuevo pisando tierra, y dispuesto a partir, llevando sobre su lomo a los tres jóvenes compañeros.

HORRIDAS COSTUMBRES DE LOS GALLAS

El sol había cruzado ya el cenit cuando los exploradores llegaron al país de los incansables guerreros, (los gallas), a la sazón que había salido un inmenso contingente para librar una batalla con otra tribu cercana, la que intentaban destruir de un solo golpe.

Los exploradores se hicieron conducir a presencia de su gobernador o "heyu" y le ofrecieron las armas, que aceptó de muy buen grado, predisponiéndolo en favor de los visitantes. Después llamó a sus mujeres, las que también recibieron sus collares entre visibles muestras de júbilo. Todas eran bonitas, con el color entre rojo y moreno, es decir, no son de la raza negra sino negroides.

Entre aquella gente había un hombre de color más claro, si bien tostado por el sol, en cuyas facciones se adivinaba al europeo.

El jefe lo hizo acercar para que le sirviera de intérprete con los exploradores. Y aquel hombre, a la par que desempeñaba la misión encomendada, les hablaba de sí y de las fieras costumbres de los gallas. Díjoles ser un viajero extraviado a quien habían convertido en esclavo; que para la batalla habían ido los "oromos" y los "Ilm-orma", que quiere decir hombres e hijos de los hombres, y que así estaba dividido todo el territorio. Que allí existían los "Calicha" o hechiceros, que eran temidos por sus encantamientos, quienes podían alargar o acortar la vida de los demás, con invocar los espíritus malignos.

El jefe estaba impaciente de oir articular tantas palabras que no entendía, y preguntó con fiereza a su esclavo, qué cosa hablaban. Este contestó: Les hablo del Padre del Mundo; y al momento desapareció sin que los jóvenes lo entendiesen, volviendo al poco tiempo con una serpiente domesticada.

Al ver el europeo el asombro de los exploradores ante el reptil, se apresuró a decirles, que no demostraran repugnancia, pues los gallas las veneran, considerándolas Padre del Mundo.

Preguntado si allí existía la poligamia, contestó que sólo el jefe se permitía tener varias mujeres. Y entre conversación y conversación se volvía el esclavo a su jefe, y aplacaba su impaciencia diciéndole algo que lo halagara de parte de los exploradores.

El jefe mandó retirar al esclavo; ordenó a sus mujeres les sirvieran de comer; pero el esclavo no se marchó sin antes decir a los exploradores, que los esperaba junto a donde él cultivaba la tierra, deseoso de poder hablar en su idioma.

Los exploradores, que no estaban menos deseosos de conocer las costumbres de allí, se dispusieron enseguida a encontrarlo.

Ya cerca de él, presentóse ante su vista un cuadro por demás desesperante: varios jóvenes sujetaban a un hombre de avanzada edad, y le echaban en la boca leche cuajada, atándole después un lienzo y colocando una piedra sobre éste.

Raflo y Raúl, dirigíanse resueltamente a castigar el atropello y a libertar al anciano, cuando oyeron que les decían:

—¡Eh,... no se acerquen allí; vengan acá!

Al volver la cabeza, vieron que era el europeo quien los llamaba.

—¡Qué infamia!—Dijeron los jóvenes.

—Así, como ustedes ven, esos que son sus familiares más cercanos, le privan de la vida para que no sufra.—Les explicó el europeo.

—¡Qué horror!—Exclamaron a una.

—Lo mismo hacen con sus enfermos graves.

—¡Qué salvajismo!—Repitieron.

—También lo es, el hecho de que aquí se pagan multas y contribuciones, con niños que después venden los jefes.

—¡Qué infamia!

—¡Oh, más infamia es la mutilación que hacen a sus enemigos!—Dijo tristemente el europeo.

—¿Pues qué...?—Murmuró ingenuamente Raúl.

—¡Que nos convierten en eunucos!

—¡Qué atrocidad!—Exclamó Raúl.

—¡Infames!—Gritaron Raflo y Charles.

—De este vejamen no se libran sus enemigos ni muertos...

—¡No esperaremos la vuelta de guerreros tan despreciables!

—¡Vámonos!—Dijo Charles asustado.

—¿Pero, qué es aquello?—Interrogó Raúl.

—¡Ah, que bueno! es un "hombre lobo"!—Les informó el europeo.

—¡Hombre lobo!—Exclamaron los tres.

—Sí, un buda que se convierte en bestia feroz y mata con solo el poder de su fiera mirada.

—¡Es posible!. Marchémonos pronto, Raflo.

—Tan pronto se descubre un buda, se le degüella.—Dijo el esclavo.

—¡Qué país este! ¡Salgamos de aquí cuanto antes!—Se oyó decir a Raúl.

—Por ahora no lo permitirá el jefe, pues tiene interés en que ustedes contemplen los trofeos con que vuelven sus guerreros...

—¡No podría contenerme en su presencia!—Dijo impulsivamente Raúl.

—No lo hará usted, porque también sería irremisiblemente...mutilado.

—¡Oh...!—Exclamaron a un tiempo los viajeros.

Raflo estaba colérico y dijo:

—¡Nos iremos antes, no puedo permanecer más entre tan infame gente!

—¡Sí, vámonos ahora mismo, que el jefe va a la ceremonia del degüello!

En efecto, todos corrían a una especie de plaza, no para ver degollar, sino para ver al "hombre lobo".

—Aprovechen ahora—dijo el europeo—y añadió tímidamente: ¡Si yo pudiera...

—¿Quiere venir?. ¡Venga con nosotros!

—Me da miedo—dijo el regordete esclavo.

—No tema, le daremos armas.

El pobre hombre aceptó, y al poco rato cabalgaban sobre Tesoro, alejándose con la rapidez que el proboscidio podía imprimir a su marcha.

Durante algún tiempo marcharon sin que pareciese eran perseguidos, pero en una eminencia del terreno aparecieron unos puntos oscuros, destacándose entre ellos uno blanco, que parecía una bandera agitada por el viento.

—¡Ya vienen!—Gritó temblando el europeo.

—Sí, pero traen bandera de paz.—Agregó Raflo.

—¡No es bandera de paz, sino una pluma de avestruz, que usan los más valientes guerreros.—Informó el europeo.

—¿Nos alcanzarán?—Preguntó Charles.

—¡No importa, que no nos dejaremos coger!—Contestó Raflo.

—¡Corre, Tesoro, corre!—decían Raúl y Charles, mientras Raflo de pie, miraba a sus enemigos.

—¡Nos cogerán, nos matarán, no hay salvación!—Decía llorando el pobre hombre, que carecía de la virilidad eucrática.

—¡No diga usted eso; los mataremos a todos!—Gritó Raflo, presa de tan febril agitación, que ni con los antropófagos había sentido.

Charles demostraba un valor como jamás en su vida, y Raúl parecía anonadado; una angustia cruel lo invadía. Se imaginaba que su feminidad sería reconocida, y conducida a la especie de serrallo del "heyu" para aumentar el número de sus mujeres.

La posibilidad de que pudiera convertirse en realidad ese pensamiento, la hizo ir cobrando valor, diciendo al pobre hombre de condición de eunuco, que no cesaba de lamentarse:

—¡Calle usted; nos defenderemos como leones!

Momentos después las cinchas que sostenían la ensilladura de Tesoro, se desataron, y los cuatro ginetes fueron al suelo con ella.

Todos se levantaron de un salto sin experimentar dolencia alguna, ya sea por el peligro que les amenazaba, ya porque en realidad salieron ilesos.

Raflo, sin poder contenerse, disparó sobre sus perseguidores, aunque distaban mucho de estar a tiro, mientras Raúl y Charles trataban de ensillar de nuevo al animal, que como siempre se había arrodillado, a fin de facilitarles su trabajo. En tanto el pobre esclavo, yacía de rodillas implorando en lengua de los gallas, para que no le arrancasen su mísera existencia.

—¡De buena manera se defiende usted!—Le gritó Raflo.

—¡Ven, Raflo! ¡Escapemos!—Dijo Raúl.

En un momento estuvieron todos sobre el elefante, que emprendió de nuevo la marcha. Los gallas habían ganado mucho terreno en la interrupción, pero aún no se encontraban a tiro de fusil.

—¡Corre, Tesoro, huye!—se oía gritar a cada momento a Raúl y Charles; pero con sorpresa notaron que el dócil animal no corría como antes, pareciéndoles inquieto. ¿Qué podía ser?—Se preguntaban angustiados.

Pronto supieron la causa. A la fuerza Tesoro precipitó la carrera, y la ensilladura, que por la precipitación no había sido bien ajustada, empezó a virarse.

Apenas fué notado por los exploradores, saltaron a tierra, y empuñaron sus rifles dispuestos a defenderse, no siendo menos Charles, que cual soldado aguerrido se había atrincherado.

—¡Tome, defiéndase!—le dijo Raflo al acobardado esclavo, entregándole un rifle.

Los gallas habían adelantado notablemente, dando por segura su victoria; pero los exploradores, dispuestos como estaban a vender caras sus vidas, abrieron fuego sobre ellos, sin que por esto lograran hacerlos retroceder.

Cuando estuvieron muy cerca, Raflo se serenó al contar los que venían; que sea porque no había más hombres disponibles, o porque los juzgaran bastantes dado a su reconocido valor, solo cinco, contando el jefe, habían salido en su persecución.

Raflo, viendo perder sus proyectiles en el vacío, y que el eco de las detonaciones no era bastante a decidirlos a abandonar su persecución, ordenó suspender el fuego, hasta que pudieran ser blancos seguros de sus rifles; así es que, cuando lo creyó oportuno dijo:

—¡A la cabeza, muchachos!

—¡Nos quieren coger vivos para...

Una triple detonación cortó la frase del europeo, y dos de los gallas rodaron por tierra.

—¡Ahora al de la pluma!—exclamó Raflo, viendo que ninguno acudía en socorro de sus compañeros caídos.

Un segundo después caía el jefe, y los dos restantes se precipitaron sobre él, no a socorrerlo, sino para arrebatar la pluma que lo distinguía como héroe de alguna acción. Y entre ambos se entabló una lucha horrible, por la posesión de la codiciada insignia.

—¡Vayan muchachos, preparen a Tesoro, que yo les guardaré las espaldas!—dijo Raflo, completamente tranquilizado, a la par que contemplaba el curioso espectáculo que ofrecían los combatientes, que parecían haber olvidado por completo la presencia de enemigos, que en un momento podían darle muerte a los dos. Para ellos en el momento, más representaba aquella pluma, que sus propias vidas.

El europeo tiritaba y decía a gritos:

—Tírele ahora, que están entretenidos!

—¡No, por ahora respeto sus vidas!

Apenas Raflo pronunció estas palabras, volvía Raúl diciendo:

—¡Ya estamos listos!

Y Tesoro, recibiendo amistosamente a los viajeros sobre su lomo, prosiguió la marcha, en tanto quedaban los dos gallas empeñados en su rudo

combate. De pronto, vióse vacilar a uno de éstos y rodar por tierra; había sido muerto por su contrincante.

—¡Perdonémosle, Raflo!—dijo Raúl.

—¡No lo merece, pero te complaceré!

El galla vencedor colocó su pluma en la cabeza, y dando pruebas de su gran valor, que corre paralelo a su crueldad, emprendió la persecución de los fugitivos. Estos se limitaban a conservar la distancia que de él los separaba, admirados de su arrojo.

—¡Tírenle, tírenle!—Repetía el esclavo.

—No hay para qué, no es tiempo.—Decía Raflo poseído de su habitual calma.

—¡Nos cogerá!—Repetía el pobre esclavo.

—¿Es posible que Ud. tema a uno cuando vamos tantos?

—¡Es que...es que...—balbucía el infeliz.

—¿Que teme usted?—Dijo Raúl.

—Temo, que avise a otras tribus y nos persigan.

—¡Ah!... ¿y todas las tribus son así?.

—No, las hay como federaciones republicanas, y al Norte hay reinos dinásticos, imitando la organización del imperio etíope; pero todos son crueles y tienen sed de sangre como las fieras. ¡Pero, miren...qué cerca está!

Ciertamente, el galla, que así mismo se había hecho jefe, se encontraba bien cerca, aprovechando que Tesoro, no viéndose estimulado por la voz de sus ginetes, había acortado el paso.

—¿En este camino derecho habrá alguna tribu?—Preguntó Raúl

—Hacia el frente no. Pero a la derecha, quizás a menos de dos kilómetros, hay una tribu feroz.

—Pues si lo vemos que nos deja para dirigirse allá...

Raúl cortó la palabra a Charles, diciendo:

—Creo que podemos perdonarlo, pues mientras va y viene tenemos tiempo de alejarnos mucho.

—¿Por qué siente usted tanta compasión?—interrogó el europeo.

—¡Es tan joven y gallardo...!—Exclamó Raúl, que como mujer al fin, sabía apreciar la elegante y varonil figura.

—Así, tan joven y gallardo, no cejará en su empeño, mientras no haga con usted, lo que con todos los que consideran sus enemigos.—Afirmó el europeo.

Raúl sintió su rostro cubierto de rubor, mientras Raflo y Charles, recordando sus infames procedimientos, volvieron la cabeza dispuestos a disparar sobre aquél osado hombre, que con tanta tenacidad los perseguía.

Mas, ¡oh sorpresa!... El poseedor de la blanca pluma tomaba el camino a la derecha señalado por el europeo.

—¡Ay, ya ustedes ven! ¡Va avisar a la tribu feroz! Nos saldrán al paso y nos matarán y a ustedes...

—No hay que lamentarse tanto, amigo, ya veremos como salimos del apuro.—dijo Raflo, tratando de infundir valor al europeo y a sus compañeros.

Raúl se sentía anonadado, y Charles había perdido el ardor del momento del combate, lamentando no haber disparado sobre aquel hombre, cuya muerte los hubiera librado de una nueva contienda, en la que no sabían si serían vencedores o vencidos.

Análogas ideas debían pasar por la mente de Raflo, cuando dijo de improviso:

—Pelearé mientras tenga con qué defenderme, pero reservaré el último cartucho para mí! ¡No me cogerán vivo!

Serían las seis de la tarde y los exploradores no se habían detenido a tomar su natural descanso, ansiosos como estaban de alejarse de aquella comarca, poblada de seres tan temerarios y peligrosos.

Ligeras nubecillas veíanse cruzar el espacio, unas tras otras, como en constante persecución, acusando la proximidad de no lejana tormenta.

Y allá, a lo lejos, descubríanse seis u ocho puntos blancos, que parecían agitados por el viento.

—¡Son ellos!—dijo el europeo—después que Raflo hubo indicado el lugar en que se encontraban.

—¿Quiénes—Preguntó Charles.

—¡Los gallas!—Contestó el esclavo.

Y a la vez se oyó la voz de Raúl que decía: ¡Huye, Tesoro... corre!—que con tales palabras parecía más femina aún.

El pobre Tesoro, aunque algo fatigado por el incesante trotar de tantas horas, parecía dispuesto a complacer a sus amos, y precipitaba la marcha, aunque después poco a poco iba decreciendo en ella.

Las ténues nubecillas fueron reemplazadas por densos y negros nubarrones que cubrieron por completo la bóveda celeste, haciendo aparecer como si la noche hubiese extendido su sombrío manto. El calor era sofo-

cante, y el proboscidio agitaba sus orejas, que cual gigantescos abanicos llevaban algún aire a sus ginetes.

De pronto, fuertes ráfagas se hicieron sentir, y tras éstas, recios goterones comenzaron a caer, generalizándose un torrencial aguacero, que parecía iba a convertir en lago el lugar por donde cruzaban.

Las siluetas de los gallas habíanse borrado por la fuerza de la lluvia, pero los exploradores estaban seguros de que eran perseguidos, si bien los separaba gran distancia, la que hacían por aumentar con su contínua marcha, rumbo a un lugar hacia donde hacía largo rato sentían un ruido como de agua que cae desde alguna altura.

Charles, el pusilánime inglesito, había cobrado valor desde su escaramuza anterior con los gallas y dijo:

—¡Los venceremos otra vez!

—¡Quien sabe!—dijo Raflo, en cuyo semblante se notaba la lúgubre determinación que había tomado en caso de ser vencido, y añadió:

—Debemos tratar de ganarles distancia, pues son muchos, y aquí solo peleamos tres.

—¡Es preciso que usted también se defienda!—Dijo Raúl al europeo.

El hombre nada contestó, pero sus manos y mandíbulas veíanse temblar a impulso del terror que le producía la proximidad de sus enemigos.

En su afán de alejarse de sus perseguidores, los exploradores habían llegado junto a un río, que apenas medía unos sesenta metros de ancho, pero que sus aguas formaban un ruido ensordecedor.

—Este río trae una inmensidad de agua—dijo Raflo.—

—¡Creo que debemos cruzarlo cuanto antes!—advirtió Raúl.

—¡No lo pasemos, que es muy peligroso...nos ahogará un remolino!... Ya era tarde: cuando el europeo terminó estas palabras, Tesoro estaba dentro del agua, y un segundo después, nadaba entre múltiples vórtices que amenazaban sepultarlo en sus temibles vorágines; pero Tesoro avanzaba valientemente con la trompa levantada y con pleno dominio de sus movimientos. Un enervante silencio habíase apoderado de aquellos seres. Raúl parecía en éxtasis; seguramente elevaba su alma al Creador, temiendo no salir vivo de aquellas voraginosas aguas.

El europeo, presa de indecible terror gritaba:

—¡Moriremos todos...moriremos!

Raflo, que momentáneamente había recobrado su sangre fría, en medio del peligro que los amenazaba le dijo:

—¡Es preferible morir aquí... así nuestros cadáveres no serán profanados!

El inglesito, cuyas rubicundas mejillas, habían cobrado el color de la cera, pareció animarse y exclamó:

—¡Tiene usted razón...! ¡Es preferible!

—¡Así me gustas, amiguito...—dijo Raflo—, pero no temas, no moriremos!

En efecto, Tesoro casi había ganado la orilla opuesta, y si no pisaba tierra, era porque la crecida del río había aumentado considerablemente su anchura en pocos minutos, y esta tendía a aumentarse cada vez más.

El aguacero había llegado a su apogeo, y Tesoro seguía valientemente avanzando por entre las aguas del río.

Cuando el europeo se dió cuenta que el elefante lograba caminar entre el agua, gritó alborozado:

—¡Gracias a Mahoma...ya estamos en salvo!

Mientras Raúl exclamaba:

—¡Gracias, Dios mío!

—¿Porqué dice usted que estamos en salvo?—interrogó Raflo al europeo.

—Porque hemos pasado...—contestó el interpelado.—

—¡Ah!, pues entonces estamos salvos de que nos trague el agua nada más!

—¡Y de los gallas...!—contestó el europeo.—

—Cruzarán como nosotros...

—¡No, yo sé que no cruzan...!

—¿Por qué?—preguntáronle vivamente...

—¡Porque estas vorágines han sepultado millares de gallas...!

—¡Ah! Entonces esperarán a que pase la creciente.

—No, no esperarán; los gallas son muy valientes, es verdad; pero de seguro que nos dan por perecidos en la vorágine, como a tantos de ellos ha sucedido.

—Entonces regresarán...

—Sin duda que ya se han ido.

—¡Ya estamos en tierra!—dijo Raúl animado.—

—Si, ya salimos de ambos peligros—Añadió Raflo.—

—¡Gracias a Jehová!—exclamó el inglesito.—

Raflo, que había recobrado, no ya la serenidad, sino también su buen humor, y que seguramente, desde el fondo de su alma daba gracias a ese Ser invisible, exclamó riendo:

—No podíamos por menos que salir bien...

—¿Porqué?—le preguntaron.—

—Porque entre tantos dioses, tenían que vencer.

—¡Oh, Raflo, es un Dios único!—exclamó Raúl.—

—Para tí, el tuyo, ¿no?

—¡Es que el mío es el de ellos!

—¿Qué, eres mahometano?

—No... —Entonces querrás que ellos sean cristianos ¿verdad?—interrumpió Raflo riendo.—

—Tampoco, Raflo, "el nombre no hace la cosa"...

—¿Qué?.

—¡Que todos amamos. aún sin saberlo, al Ser Infinito, Creador del Universo, y aunque cada uno le dé un nombre y... una forma distinta...es solo Uno.

—¿Lo crees así?.

—¡Sí, firmemente, y Dios lo sabe más que nosotros!

El europeo hubiese querido protestar; él no amaba al Dios de Raúl—se decía—pero él no era capaz de ponerse a discutir ningún asunto.

Raflo quedó pensativo y Raúl añadió:

—No lo dudes amigo mío, tú mismo, desde el fondo de tu alma amas a ese mismo Dios.

—¡Yo amo la Naturaleza! ¡Al Kosmo!.

—¡Sea! Eso es amar al Creador.

—Me parece Raúl, que debemos hacer alto y plantar nuestra tienda, pues el agua no cesa, y el pobre Tesoro debe de estar cansado.—Dijo después de un momento Raflo.

—¡Noble animal, bien merece descansar!—contestó su amigo.—

—Yo también deseo que se premie, pero...¡si vienen los gallas! —añadió Charles nada tranquilo.—

—No vendrán, estoy seguro,—dijo el europeo en un tono de convicción, que dejó perfectamente tranquilos a todos.

En poco tiempo estuvo levantada la tienda y los jóvenes y el europeo, pudieron estar guarecidos del agua y viento que los azotaba; después de

tomar algún alimento, se entregaron al reposo, que tanta falta les hacía después de las emociones sufridas.

A la mañana siguiente, se levantaron admirados de haber dormido tanto, sin haber tenido la seguridad de si serían o no asaltados.

La comba azul contrastaba con el intenso verdor de las plantas, lavadas con el aguacero anterior; todo era belleza y los árboles despedían el aroma de sus resinas, las flores sus embriagadores perfumes y las aves de vistosos plumajes extendían sus alas, mientras entonaban sus dulces trinos, dando loor al Creador. Todo invitaba al optimismo, y los tres exploradores y su agregado, parecían disfrutar de él.

Después de varias jornadas, llegaron a la margen de un hermoso río, que el europeo les aseguró era el famoso Nilo, el río de tantas leyendas, más o menos verosímil.

—¿Ha recorrido usted estos contornos?—interrogó Raflo al europeo.—

—Sí, fuí mercader, y antes de hacerme prisionero y mutilarme los malditos gallas, visité muchas tribus.

—Cuéntenos algunas de sus costumbres—dijo Raúl, disimulando la pena que le causaba aquel infeliz.—

—Sería muy largo de contar, pero les relataré las más frescas en mi memoria, mientras este noble elefante nos aleja de nuestros enemigos.

—Sí, cuéntenos!—dijo Charles impaciente.—

"Una vez viajaba por Nubia; llegué a una tribu donde me rodearon para cambiar sus objetos por mis mercancías, y entre los que a mi alrededor se congregaron, observé que un joven daba vueltas procurando colocarse detrás de alguien sin que lo notara; pero también que todos estaban alerta a su movimiento. De pronto ví rodar por tierra la cabeza de una mujer, la cual había separado el joven del cuerpo con un solo tajo.

—¡Horror!—exclamó Raúl.—

—¡Qué infamia!—añadió Raflo.—

—¿Lo matarían a él, verdad?

—Nada de eso. Con esa hazaña, ejecutada por sorpresa, quedaba habilitado para contraer matrimonio, sin cuyo requisito, ya así o en campaña, no podía verificarlo.

—¡Qué salvajismo!—repitió Raúl.—

—¿Saben lo que pienso?. ¡Que entre un grupo de solteros no están seguras las cabezas de mujeres!—añadió Charles.—

—O de hombres, pues no es limitada a las cabezas de mujeres solamente; pero éstas, más confiadas, es a las que más fácil sorprenden y... cortan... En verdad no hay leyes, ni se castiga ningún delito: si se roba, se hace al ladrón devolver lo robado, y queda como si ninguna falta hubiese cometido.

—¡Qué gente! ¡Pero continúe!—dijo Raflo.—

—Visité otra tribu, en la cual pude ver varias jóvenes que se tendían en la puerta de sus cabañas y después a cada una le pasaba un joven por encima tocándole con el pie una mejilla...

—¿Y eso para qué?—interrogó Raúl intrigado. —

—Las que estaban tendidas eran las novias, y el hecho de que un hombre la tocase en esa forma, indicaba que debía someterse a él, siendo más su esclava que su esposa.

—¡Oh, qué horror...!

—¿Qué religión tienen?.

—Ninguna. Sólo creen y temen al mal de ojos.

—Conocí otras tribus llamadas "beya," que son muy hermosos de cara y cuerpo, y cuyas mujeres gobiernan a sus maridos, sin que ninguna se permita demostrarle afecto. Los hombres, por el contrario, viven obsequiando a sus indiferentes esposas, sin que jamás de sus labios escuchen frases de cariño o agradecimiento; ni ellos una palabra dura, que ellas puedan estimar ofensiva; si tal sucede, el esposo es abandonado inmediatamente y para lograr recuperarla, tiene que darle una vaca o un ternero...

—¡Así los explotarán!—dijo el jovenzuelo.—

—¡Hasta que nada pueden ya darles!

—¿Y esos hombres son valientes?

—Tan valientes son que la tribu "beya" denominada "bixaría", sostiene sin quejarse, los duelos más raros.

—¿Cómo?

—Cuando dos se baten (y esto es muy frecuente), un gran número de ancianos los contempla, para alabar o censurar la actitud de los contendientes en el acto de recibir las heridas que recíprocamente se producen con afilados cuchillos, que van clavando por turno en sus cuerpos, cuidando siempre de que las heridas no sean mortales.

—¡Qué gente tan extraña!—exclamaron los exploradores.—

—Más extraños encontrarán ustedes la costumbre de los "beyas" del Kordofán, en lo que llaman "cuarto libre".

—¿Qué es eso?.

—Es que, allí la mujer se casa por tres días en la semana, recobrando al cuarto toda su libertad, con lo cual no pertenece ya a su marido ni a su hogar.

—¿Y qué más?—inquirió Charles.—

—También hay los "nuba" que matan a los viejos, a los achacosos y a los enfermos de contagio, para que hagan pronto el viaje a otro mundo mejor; para cuyo viaje le ponen en la fosa dos pares de sandalias...

—¿Creen pues, que el camino es largo?—interrogó Charles.—

—También le ponen armas...

—¿Entonces en ese camino hay de quien defenderse?—volvió a interrogar el inglesito.—

—Parece...—continuó el europeo—y también tabacos y víveres.

—Pues los preparan bien para el viaje—dijo Charles riendo.—

—Continúe usted—balbuceó Raúl—, y algo intrigado preguntó:

—¿Qué más vió en Kordofán?.

—Les diré que los "bakara", cuyas mujeres usan trenzas...

—¿Qué, esas negras tienen trenzas?—interrumpió el inquieto Charles.

—No son negros, tienen el color cobrizo, su cuerpo es bien formado y es muy notable la belleza de sus manos y pequeños pies.

—¡Ah! ¿Y son bonitas?—dijo interesado en el relato Raúl, llevado de esa innata curiosidad del bello sexo.

Raflo, al oirlo, no pudo menos que sonreirse, dándo una interpretación errónea a los sentimientos de la incógnita joven. En cuanto a Charles, éste rió abiertamente.

El europeo no dió importancia a aquello y continuó:

—Serían bonitas si no usaran un anillo dorado en un lado de la nariz, sujeto a la cabeza por una cadena, que semeja una rienda.

—¡Que feas se verán!—exclamó Charles mirando a Raúl.—

—Mas feas son sus costumbres—prosiguió el europeo—, pues estas mujeres que también son del "cuarto libre" y poliandras, no se pueden casar, sin antes haber tenido un hijo de padre ignorado, el cual servirá de esclavo al padre o tío de ella. Estas mujeres son compradas por sus maridos, pero ellas pueden elegirlo entre sus enamorados, lo cual se realiza de un modo muy singular.

—¿Cómo?—exclamó Raúl.—

—La pretendida se acuesta en el suelo entre dos jóvenes, armados sus codos de cuchillos, y así se ejercita en pararse y volverse a acostar repetidas

veces, clavando con fuerza los cuchillos en los muslos de sus pretendientes, y el que más resista aquella tremenda punción, será su elegido. Otras veces todos los pretendientes se presentan ante ella, armados de fuertes látigos, a que llaman "kurbax", y el que sufre mayor número de latigazos sin demostración de dolor, aquél es elegido.

—¡Qué estoicos son!—exclamó Raúl.—

Así hablando, notaron los exploradores que Tesoro caminaba con cautela.

—¿Qué podrá ser?—se dijeron.—

—¡Algo que nos interese!

En efecto, Tesoro parecía evitar que sus pisadas fuesen oidas.

Algunos minutos pasaron los exploradores en tensión nerviosa, anhelando saber el porqué de las precauciones del inteligente animal. Al fín llegó a sus oídos un ruído que se aproximaba y que tomó las proporciones de fuertes clamoreo. Se sentían fuertes voces muy cerca, voces humanas, sin que lograsen descubrir a nadie, no obstante ser la vegetación de ese contorno, compuesta de arbustos y matorrales, de los cuales podía sobresalir, medio cuerpo de un ser normal. Ansiosos estaban por ver los que tal algarabia formaban, y al fín, en vez de salir de su asombro, éste aumentó, al contemplar ante sí gran número de unos seres de tan pequeña estatura, de ojos grandes y brillantes y dientes de alabastro, cuya voz contrastaba con su pequeñez.

—¡Son niños!—dijo Charles al verlos de momento.—

—¡No Charles, no son niños, son enanos!—dijeron sus camaradas.

—¡Ah, sí! son los enanos "doko"—dijo el europeo mostrando un temor, que a los exploradores se les antojó infundado.—

—¿Qué, usted le teme a esos pigmeos?—interrogaron los tres a una.—

—¡Oh, es que ustedes no saben lo valientes que son...!

—¡Pero si podemos echarlos en nuestro morral!—dijo riendo Raflo.—

Mientras los tres jóvenes los miraban con curiosidad y simpatía, aquellos enanos se preparaban para atacarlos, dando muestras de su estado bélico, que a Raflo causaba risa.

—¡Vámonos!—gritó el europeo.—

Tesoro, que oyó aquello, no esperó otra voz, y emprendió veloz carrera en medio de la risa de los tres exploradores, que no podían comprender aquel miedo del hombrecillo, del cual parecía participar Tesoro.

Al volver la cabeza, notaron estupefactos, que el grupo de enanos corría tras ellos, enfurecidos de no poder darles alcance.

—¡Qué te parece! ¡Si serán valientes, cuando así nos persiguen esos pigmeos!

—Soy de opinión, que no son nada hospitalarios...—dijo Raúl.

—¡Yo digo: que cuando Tesoro huye... algún motivo tiene!—dijo sentenciosamente Charles.—

—¡Bien, Charles, bien; ya veo que reconoces el mérito de Tesoro!—exclamó Raflo.—

—Cada día lo encuentro mejor.

—¡Cómo que bajo esa rugosa y poco atrayente piel, y ese cuerpo falto de elegancia, hay un noble corazón y un inteligente cerebro!

—Bastantes pruebas nos ha dado ya para dudarlo,—añadió el inglesito, contento de que ya se le reconociera alguna importancia a sus palabras.—

—¡Si pensarán en nosotros Rea y Fred!—dijo distraídamente Raúl.—

Charles, con su mirada maliciosa miró a Raflo, y luego a Raúl, esperando encontrar en ellos algo que le permitiera bromear, pero aquél no lo miró y Raúl clavó en él una mirada que no distaba mucho de ser severa.

—¿Estaremos lejos de los enanos?—preguntó en aquel momento el europeo.—

—¡Ya lo creo! Puede usted hablar sin temor—insinuó Raflo.— Llegaban a la sazón a una especie de bosque formado por unos arbustos de color verde oscuro, cuyas ramas estaban cubiertas de bayas rojas.

Los exploradores los probaron y tenían un sabor agridulce; al partirlas vieron que cada una encerraba dos granos verdes.

—¡Si es café!—dijo Raúl.—

—Pues a juzgar por la presencia de los pigmeos y de esta planta en esta región, creo que el río que hemos pasado no es el Nilo, y que el lugar en que nos encontramos es Caffa.

—Tiene usted razón, yo me equivoqué al decir que era el Nilo, y aunque después me dí cuenta, no me atreví a decirlo—dijo apenado el europeo.—

—¡Nada hemos perdido!—dijo Raúl, siempre apaciguador.—

En medio de aquellos arbustos oíase de cuando en cuando un ligero ruído, que puso en espectación a los exploradores; pero el ruído cesaba con el silencio de éstos, para reproducirse tan pronto se ponían en movimiento.

Como habían levantado allí su tienda, Tesoro estaba libre vagando por la floresta, y, ¡oh sorpresa! regresaba junto a ellos con un mono que podía decirse, tenía cabellos negros y blancos.

—Es un colúbus guereza—dijo el europeo.—

Tesoro, con gran cuidado, depositó el mono a los pies de Raúl, y no tardó tanto el ágil simio en verse libre, como en desaparecer, entre la algarada que formaron los exploradores, por ver aumentada su velocidad.

Después de comer y saborear el exquisito café que hicieron; Raflo y Raúl se dedicaron a recorrer los contornos, a fin de dar movimiento a sus piernas; pues en la marcha no podían hacerlo, porque el noble Tesoro se negaba a caminar dejándolos por detrás. A orillas de estrecha corriente de un arroyuelo cercano, detuviéronse a contemplar algo que causó su admiración, y que los movió a risa, que a duras penas podían contener.

¿Qué vieron, que tanto los divertía?

En medio del riachuelo había unas grandes lajas, y éstas se veían ocupadas por media docena de madres, que a la fuerza bañaban sus hijos, los cuales daban grandes gritos y brincos para librarse de aquella ablución, que a juzgar por las demostraciones que hacían, nada grato les era. Al fín las madres terminaron de bañarlos y con las manos les escurrían sus cuerpos, y después con grandes hojas, que usaban en forma de toallas, los enjugaban, mientras con vivas muestras de cariño les prodigaban sus mimos.

El lector querrá saber de quien se trataba, y es ya tiempo que le diga, que aquellas madres, que así cuidaban del aseo de sus hijos, eran grandes monas...

Mucho rato pasaron los dos amigos observando sin ser vistos, cuando vieron que aquellos simios acostaban sus hijos en el hueco de un gran árbol que a la orilla opuesta se encontraba, sobre un colchón formado por la recopilación de hojarasca. Y después, las madres, acostándose también, cubríanse totalmente de hojas como si fueran sábanas.

—¡Qué inteligentes!

—¿Habrán visto a alguien hacer esa operación y la imitan?.

—¡Quien sabe! Mira, son las seis y todos están haciendo lo mismo.

—¡Qué dormilones! ¡Alejémonos sin molestarlos!

Cuando llegaron al campamento, se dieron cuenta de la agitación que embargaba al europeo; temía que los exploradores se hubiesen extraviado, quedando él perdido en aquel paraje.

En vano Charles, que había cobrado algo del valor de sus compañeros, hacía lo posible por convencerlo de que no tardarían en regresar, no lograba acallar al angustiado hombrecillo que repetía sin cesar:

—¡Estoy perdido! ¡No podré salir de aquí! Sin preocuparse en su egoismo, que no era solamente él, en tal caso, quien quedara en la triste perspectiva. Al verlo de lejos en tal estado de agitación, no pudieron por menos que reirse de un ser tan pusilánime.

Los exploradores contaron a sus compañeros lo que habían visto, y Charles expresó su sentimiento por no haberlos contemplado.

—Nos levantaremos temprano, Charles, y lograremos verlos aún en la cama.

—¡Yo no me quiero quedar solo!—dijo con acento lastimero el europeo.—

—¡No se quede. Nadie lo obliga!—contestó Raflo en cierto tono, que hacía mucho tiempo no usaba.—

La noche había cerrado por completo, y los grillos y chicharras entonaban su nocturno cantar, llenando el espacio de sus lúgubres sonidos. El europeo parecía algo amedrentado; no se creía estar lo bastante seguro en compañía de aquellos valientes jóvenes, que en tantos peligros se habían visto, en el transcurso de sus pocos años. y de los cuales, gracias a su astucia y valor, habían logrado salir ilesos.

El hombrecillo aquél pareció percatarse de la imperceptible sonrisa que jugueteaba en los labios de los exploradores, producida por su pueril miedo, y se apresuró a decirles:

—¡Oh, jóvenes inexpertos, que parece os mofáis del miedo justificado que experimento! ¡Bien se vé que jamás habéis pasado por las situaciones horribles que yo! ¡También yo en un tiempo, tenía suficiente coraje para desafiar el peligro...!

—¡Cuéntenos algo más de lo que haya visto o pasado!—le interrumpió Raúl.—cortando aquella peroración que iría más lejos de lo conveniente para él.

—Les hablaré de los habitantes del reino de Uganda.

—¿Un reino?—interrogó halagada como buena americanita, que tanto gustan de los títulos.—

—¡Sí, un reino...de negros!

—¿De veras?—interrogó Charles a su vez.—

—Sí, son verdaderos negros, con todas sus características.

—¿Embadurnados en aceite...?

—Nada de eso. Estos negros, que brillan por su color natural, son muy aseados y se bañan con agua.

—¡Qué extraño es eso aquí!

—¿Y son antropófagos?—preguntó Charles.—

—No, muchacho, si lo fueran, no serían tan negros como son, pues se sabe que los que comen mucha carne, aunque sea humana, no presentan ese bello color del ébano.

—¡Algo nuevo aprendí!—contestó el inglesito, satisfecho de aquella respuesta.

—¿Son vegetarianos?—interrogó Raflo.—

—Por necesidad, pues los únicos animales que comen es algún pescado, hormigas, saltamontes y moscardones.

—¡Puah!—dijo riendo Raúl.—

—¡Qué aseados!—dijo irónico Charles.—

—¿Y esa gente se casa...?—preguntó Raflo.—

—¡Y tanto! Sólo que esos desdichados se casan con treinta o cuarenta mujeres...

—¿Y a eso llama usted desdicha?—preguntó Charles, levantándose de su sitio y mirando a sus compañeros, de tal manera, que les hizo prorrumpir en sonora carcajada.—

—¿Ese número de esposas, las tendrá el rey?—interrogó Raflo.—

—¡Phs! ¡Ese, ese tiene a veces más de seis mil!—contestó en tono despectivo el pobre europeo.—

—¡Quien fuera rey! ¿Verdad Raúl?—dijo Charles.—

Raúl asintió con significado movimiento de cabeza, que acompañó de sonora carcajada. En aquel momento, lejos de sufrir por su incógnita, gozaba de poder darle a su amiguito aquel camelo.

No siempre el traje varonil había de causarle disgusto a la bella americanita.

—¿Y en que condiciones se verifica allí el matrimonio?.

—Comprando las mujeres...

—¿Entonces serán muy baratas?...

—¡No lo crean, las que son hermosas valen...hasta cuatro vacas!

—¡Ja, ja, ja!—fué la respuesta de los tres jóvenes y añadieron:

—¿Cuánto valen las feas?...

—¡Según, seis o siete...agujas!

Al oir esto, fué grande la hilaridad de todos, y los tres jóvenes se sentían ahora satisfechos de tener a su lado aquél hombre, que hasta entonces solo molestias les ocasionaba.

—¡Cómo acudían los hombres a comprarme agujas...!—musitó el europeo.

—Para invertirlas en mujeres...

—¡Feas!—interrumpió Charles a Raflo—, y la risa se generalizó, pues hasta el hombrecillo aquél, a quien no habían visto reir, participó de la espontánea y juvenil hilaridad de sus camaradas, que en medio de la selva plagada de peligros, reían como en un club, cuando se cuentan escenas chistosas.

—¿Y cómo se deforman esas... bellas?.

—No es que se deforman, pues allí castiga el rey con la muerte, toda mutilación, aunque ésta sea voluntaria.

—¡Ah, pues siendo así, no serán tan feas...!

—¡Si no fuera por la viruela que convierte sus caras en piedras de moler granos...!

—¡Las pobres!—dijo Raúl.—

—¡Entonces voy a encontrarlas caras por cuatro vacas!—dijo Charles riendo.

—¡Estoy pensando en cuantas viudas quedan al morir un marido...!

—Esa viudez no existe allí, pues el hijo hereda todas las mujeres, como esposas, con excepción de la madre, que queda en condición de aceptar a otro, que quiera comprarla.

—¡Cómo será de grande el palacio del rey para albergar tanta gente...!

—No todas viven dentro del palacio, sino que tiene sus cabañas alrededor para ellas.

—¿Cabañas?—preguntó Charles.

—Mejor dicho, colmenas, pues solo tienen por puerta una especie de gatera por donde entran arrastras; por eso tienen unas feísimas bolsas en las rodillas.

—¿Todas?—preguntó Raúl.—

—¿Hasta las que valen cuatro vacas?—añadió riendo Charles.—

—¡Sí!—afirmó el europeo con tono desdeñoso.—

—¡Pues...son caras!—exclamó el muchacho con un gesto de desaliento, que motivó nuevas risas.—

—¡Ya se lo había dicho yo!—añadió el europeo.—

—Pues mire, dejemos esas gentes con su reinado, y cuéntenos de otras —dijo Raúl, temiendo que Charles añadiera alguna imprudencia.—

—Sí, sí; ¿dónde más estuvo usted? ¿Y qué vió? ¿Qué le pasó?

—¡Pero Charles, no preguntes todo de una vez!—le reconvino Raúl.—

—Les hablaré de las tribus de los "nandi". Estos no son negros sino negricios, los cuales se untan el cuerpo con manteca y orines de vaca: su animal sagrado; también lo usan para teñirse el pelo...

—¡Qué sucios!—dijeron a la vez.—

—Pues eso es nada...comparado a que recogen esos orines no sólo para fregar, sino para cocinar. Esa es la sal que únicamente usan.

—¡Qué asco!—dijeron los tres jóvenes.—

—Esta tribu, como otras muchas, arranca dos dientes de la mandíbula inferior a los adolescentes.

—¿Y qué misterio es que sean los incisivos de la mandíbula inferior?.

—No lo sé...

—¿Cómo visten?—preguntó Charles.—

—Si esto se llama vestir, diré que los hombres están vestidos de cuchillos, pues los llevan atados a brazos, cintura, muslos y piernas.

—¡Qué manera de llevar cuchillos! ¿Y las mujeres?.

—No, ellas usan un taparrabo terminado por una larga corteza, como un rabo; el pecho y la espalda se lo dibujan con arabescos de colores.

—¿Y usted les vendió sus mercancías?.

—Tuve la prudencia de ver a la gente de los cuchillos sin dejarme ver de ellos.

—Hizo usted muy bien—dijo Raúl.

—En cambio, llegué a la tribu de los "ua-ñoros", que para diferenciarse de los otros, se arrancan los cuatro incisivos inferiores y se dibujan dos lineas en la frente. Esta gente sí se visten cuando llegan a la pubertad.

El rey de allí, tiene por propiedad, a todas las mujeres que no estén casadas, y le corresponde el producto del comercio a que las somete, sin que por nadie le sea censurado tal proceder. Para él son también las pieles de todo lo que cacen sus súbditos.

—También aquí los hijos heredan las esposas de sus padres, aunque entre éstas haya hermanas.

—¡Qué salvajismo!

—¿Qué creencias tienen?—preguntó Raflo.

—Creen en el mal de ojos y suponen que todas sus enfermedades provienen de él, por lo que cuando están enfermos escupen la cara a toda mujer que ven, y cuando se curan creen, que la causante de su mal es la última que escupieron.

Los jóvenes se rieron y Raúl tuvo que contenerse de algo que seguramente fué a decir: algo que quizás lo delataría ante sus compañeros.

—Entre ellos presencié la "danza nocturna de los magos", y aquello era algo, que aún me preocupa: el haber tenido antes valor para presenciar tan fantástica danza, que aún me conmueve.

Raúl quedó pensativo y un momento después aparecía a flor de labios una ligera sonrisa.

—¿De qué se ríe usted, Raúl?—preguntó el sempiterno preguntador.—

—Estoy recordando Charles, "la danza de los búfalos" que presencié en uno de los Estados Unidos.

—Y qué, ¿los búfalos de allá no son feroces como los de acá, sino que por el contrario danzan...?

—Los búfalos son bravíos en todas partes...

—¿Pero bailan...?

—¡Déjame terminar! La danza la ejecutan allá los jóvenes de ambos sexos, los cuales se visten en parte de pieles, y se colocan en la cabeza unas cornamentas...

—¿Y embisten...?

—Esa es la parte principal de su danza: embestirse. Pero llevan también una especie de lanzas terminadas en una plancha de metal, provistas de cascabel.

—De todas maneras, será más divertida que la de los africanos—asintió Raflo, y a la vez, deseoso de cortar la conversación dijo:

—Parece que ya es algo tarde y debemos descansar.

—En verdad que hemos prolongado bastante la velada—añadió Raúl.—

—Y hemos hecho derroche de luz, sin saber si podremos renovar pronto las pilas—terminó Raflo.—

Como sus camas de campaña estaban armadas, se tendieron en ellas; lo mismo el europeo, en el suelo, sobre un colchón de pajas que había preparado.

—El día que duerma en cama—decía—voy a tener miedo de caerme.

—No lo dudo—dijo Charles, que siempre estaba dispuesto a terciar en toda conversación.—

Y en poco tiempo reinó en aquella tienda el más absoluto silencio, entregados sus moradores en brazos de Morfeo.

Las aves canoras saludaban con sus melodiosos cantos el nuevo día, cuando los viajeros empezaron a desperezarse.

Raflo, recordando haber prometido a Charles, llevarlo aquella mañana al lugar en que dormían los monos dijo así:

—Estamos en pleno día, y ya los monos habrán dejado su dormitorio.

—Démonos prisa—dijo Charles—, quizás a algunos les haya pasado como a nosotros y duerman aún.

—¡Vamos...!

En pocos minutos estuvieron cerca del dormitorio de los monos y vieron con sorpresa, que aun permanecían en sus lechos.

Durante un buen rato estuvieron silenciosos esperando a que los simios despertaran por sí, pero como a Raúl le pareciera mucho esperar dijo a sus compañeros:

—Tengo deseos de tomar nuestro delicioso néctar, y me voy a prepararlo.

—Pues yo me quedo hasta que se levanten estos señores—dijo Raflo.—

—¡Y yo!—dijo resueltamente Charles—; en cuanto al europeo, aunque nada decía, parecía más resuelto por la compañía de Raflo, que reconocía el más valiente, que ir con Raúl.

—Puede usted quedarse—le dijo Raúl—pensando "para mal acompañado vale más estar solo". No obstante, algunas veces vale más estar aunque sea mal acompañado, porque cuatro ojos ven más que dos.

Pero Raúl, o sea nuestra Laura, como buena americana, era valerosa, y junto a Raflo, se había acrecentado su valor. ¿Qué podía temer?. ¿No tenía un par de pistolas y una canana llena de balas?. No obstante la confianza de si misma y los medios de defensa de que disponía en caso de necesidad, y la corta distancia que de sus compañeros la separaba, no pudo por menos que sentir alguna inquietud cuando se dirigía al campamento, al escuchar un ligero ruido, que no pudo definir lo que lo producía ni de donde partía.

Llegado que hubo a la tienda, tomó los anteojos, y escudriñó detenidamente sus alrededores, sin ver nada que la pudiera impresionar, por lo que se dispuso a hacer su café.

Cuando el aromático líquido estuvo y se disponía a tomarlo, sintió como si una mano se apoyase en su hombro, cuya sensación le hizo lanzar un ligero grito, y la taza se le escapó de sus manos vertiéndose su contenido;

mas, ¡oh sorpresa! al volverse para mirar quien la había tocado, no vió a nadie. Esto la hizo estremecer más que si hubiese visto un enemigo; pues segura estaba de haber sentido en su hombro la presión de una mano.

Después de mirar y remirar a todos lados con sus anteojos, trató de convencerse de que aquello era ilusión de su mente.

—¡Quizás sea una rama de este corpulento árbol, que mecida por el viento se inclinó hasta tocarme—se decía— y con esta idea se tranquilizó un tanto, y se dispuso a llenar los termos del aromático café, hecho lo cual tapó los de sus compañeros, y al hacer lo propio con el suyo, lo llevó antes a los labios saboreando su contenido; pero apenas tomados dos tragos, se sintió coger por la cintura y levantada en peso por nervudos brazos.

—¡¡Auxilioo!!—gritó desesperada.—

Trató de desasirse, pero aquellos brazos parecían férreas tenazas que la oprimían hasta hacerle daño.

—¡¡Suélteme!!—imploró —a la vez que miraba a su raptor, que caminaba sin hacer ruido, y...¡qué horror!, lo que vió fué un monstruo horrible que le enseñaba unos dientes más horribles aún...

Poco le faltó para desmayarse; estaba raptada por un gran mono, un terrible gorila, cuya ferocidad es proverbial. Por eso era que aquellos brazos apretaban sin compasión; por eso que en su carrera, a menudo tocaban los pies de ella al suelo, como si la tomara como apoyo.

En su afán de desprenderse de aquellos brazos, sintió que se le caía una de las pistolas y la otra la tenía el gorila en una de sus largas manos.

Al verse desarmada e impotente para desasirse de los membrudos brazos que la aprisionaban, desapareció toda su apariencia varonil, y aquella joven, que tan bien le sentaba su traje de explorador, rompió a llorar como lo que era: una tierna muchacha.

El horrible cuadrumano pareció enternecido ante el desolado llanto de la joven y sentándose en el suelo con ella entre sus peludas piernas, comenzó a prodigarle simiescas caricias, que llenaron de espanto a la pobre Laura, y le hizo perder el conocimiento.

Mientras esto acontecía, sus tres compañeros seguían a la orilla del arroyo, esperando a que los monos se levantasen, ajenos a la tragedia que se desarrollaba con el supuesto Raúl.

Como si los simios tuviesen reloj, a las nueve en punto se movieron las hojarascas que los cubría, y la tropa aquella se levantó dando alegres saltos y agudos chillidos.

—Duermen estos seres como los hotentotes, de seis a nueve—dijo Raflo —; mas apenas pronunciadas estas palabras, percibió las fuertes pisadas de Tesoro, que a todo correr se acercaba.

—¿Qué hay, viejo; nos vienes a buscar...?

La frase quedó cortada en sus labios. Tesoro, contrastando con su acostumbrada docilidad y sumisión de siempre, tomó bruscamente a Raflo, y poniéndolo sobre su lomo, echó a correr, sin preocuparse de los demás.

El europeo, en su egoismo de solo pensar en sí, gritó desesperado:

—¡Espéreme, espéreme...no me abandone!—Gemía el europeo.

—¡Calle usted y corra, que cuando Tesoro ha hecho eso, por algo será —decía Charles en tono de reproche.—

El inglesito tenía razón y reconocía en Tesoro toda su sagacidad.

En efecto: Laura al volver en sí y verse en los brazos del gorila, había lanzado un horripilante grito y vuelto a perder el conocimiento, no desconociendo el peligro que corría.

Tesoro, que no lejos de allí pastaba, echó a correr en aquella dirección, y el cuadrumano tan pronto lo avistó, trepó a un enorme árbol, llevando consigo a la desmayada joven.

Cuando el inteligente animal comprendió la imposibilidad de rescatar a su cariñoso amigo, corrió en busca de Raflo, seguro de que éste lo conseguiría. Por eso su llegada precipitada junto a él, y sin que lo esperase, colocarlo en su lomo y correr hacia donde se encontraba Raúl.

Al cruzar junto a la tienda, lugar donde Raflo creía que era llevado, éste se lanzó al suelo deseoso de saber lo que allí ocurría, que Tesoro no podía explicarle; pero inmediatamente y como en la vez anterior, volvió a encontrarse en el lomo del proboscidio, que continuó su precipitada carrera.

—¡Raúl, Raúl—gritó Raflo—, más, al ver que no le contestaba, pensó que algo muy desagradable, debía haberle ocurrido.

Más adelante encontró la pistola caida a Raúl, pero de nuevo la trompa de Tesoro impidió que tocase tierra.

—Sin duda tu me llevarás, viejo, donde está Raúl—dijo,—acariciando con la mano izquierda la rugosa piel del proboscidio, mientras en la diestra empuñaba una pistola, para no ser sorprendido.

Un momento después, el inteligente animal hacía alto bajo un árbol, y Raflo bajaba de él, sin que entonces tratara de impedírselo; el elefante siguió sigiloso unos cuantos metros más, hasta detenerse bajo unos árboles de tupido follaje, donde señaló con su trompa la frondosa copa de ellos.

—¡Tesoro: aquí estoy!—se oyó la voz de Raúl.—

—¿Qué haces allí Raúl?—interrogó su amigo, muy contento de encontrarlo.—

—¡Oh, Raflo; estoy preso por un gorila!

—¿Qué dices...? ¿Porqué no lo matas?

—El tiene mi pistola.

—¡¡Cómo!!

Mientras Raúl hablaba a su amigo, el enorme cuadrumano parecía furioso, pero no con él, a quien sujetaba por un brazo, sino con el ser para él invisible, que le contestaba.

Raflo empezó a subir tan rápido como le era posible.

—¡Cuidado Raflo! ¡El Gorila baja!

En efecto, el temible y feroz cuadrumano, venía dispuesto a despedazarlo.

Raflo, disparó rápidamente sobre la mano con que se sujetaba al descender de uno a otro gajo, con tan buena suerte, que el mono se desprendió de él y cayó precipitadamente hasta agarrarse a otro muy cerca del suelo, en donde Tesoro, alargando su trompa, lo arrancó de la rama y apretó hasta asfixiarlo.

—¡Ven Raúl, baja; ya está muerto!

La pobre Laura lanzó un suspiro de satisfacción y bajo.

—¡Ay, amigo mío... cuánto he sufrido en esta hora!—exclamó Raúl —, enjugándose las lágrimas, que bien a su pesar, corrían por sus pálidas mejillas.

Y allí relató detalladamente, cuanto ya conocen los lectores, y añadió:

—¡Te aseguro, amigo mío, que ni cuando nos vimos casi en la parrilla de los antropófagos brasileños, ni en el saco de los gauchos, he sentido tanto pánico, como el que me inspiró este feroz cuadrumano!

—¡Pero Raúl, cómo es que no te atacó?—dijo asombrado Raflo, y a la vez añadió:—¡Ah, sí, ya te veo dos golpes en la frente!

Raúl no contestó, pensando en lo que su amigo le había referido, acerca de un mono, que había descubierto el sexo de un hombre, vestido de mujer. ¿Estaría Raflo pensando en eso?. Raúl optó por mentir, porque le parecía que la conducta del antropomorfo descubriría su incógnita.

—De primera intención quiso matarme, y si me salvé, fué porque conociendo su gran instinto de imitación, apelé a él, con lo que estimulándolo,

conseguí distraerlo; pero estoy seguro que si tardas, me hubiese extrangulado.

Raúl casi no podía hablar, no solo porque estaba mintiendo, sino porque sentía unos movimientos antiperistálticos, como si hubiese tomado un emético, debido al nauseabundo hedor que despedía el nido donde lo llevó el cuadrumano, y por el nerviosismo en que se encontraba. Esto aumentaba su pesar, temeroso de que su amigo descubriera su naturaleza de femina.

Pero en realidad, Raflo no pensaba en tal cosa: solo veía en aquellas manifestaciones, lo delicado que era su amigo para los malos olores.

Cuando los dos amigos llegaron al campamento, Raflo fué movido a risa, al ver la actitud del europeo, creyéndose abandonado por ellos.

El mismo Raúl disipó su tristeza y sonrió, comprendiendo que aquel hombre era más pusilánime que él, y que más podía ser comparado aquél a una mujer.

Charles había tratado de consolar al europeo, haciendo el papel de protector de un hombre que podía ser su abuelo. En vano habíase esforzado en inspirarle la confianza que él tenía en los exploradores.

—¡Me han abandonado—decía,—como si el inglesito no estuviese con él.

—¡No lo crea. Pronto volverán—contestaba Charles.—

—¡No sea usted necio! ¡Nos han engañado, puestos de acuerdo!

—Puedo tolerarle que me llame necio, más no así que juzgue tan mal a nuestros protectores.

—¡Qué engañado está usted...! ¡Si al menos hubiesen contado conmigo!...

—Me habría usted abandonado ¿verdad?; pero ellos ¡jamás!— contestó con énfasis el jovencito.—

—¡Me han dejado solo en este bosque...!—seguía lamentándose el europeo. cuando aparecieron nuestros exploradores.

Era para causar risa las ridículas manifestaciones del mofletudo hombrecillo, con más aspavientos que los que pudiera hacer un niño de diez años, que estuviese realmente solo, en aquella floresta plagada de fieras.

Charles, que como los otros, ya había notado el defecto personal que padecía el europeo, no le dió importancia a sus egoistas manifestaciones, y solo se limitó a prodigarle consuelo, conmovido por la lamentable situación a que aquél hombre estaba reducido. Aunque aquél pobre, no hacía caso al inglesito, por quien desde el principio demostraba cierta antipatía,

si hubiese intentado alejarse de él, lo hubiese seguido por doquier; ¡tan medroso era!. Pero Charles, cuyos sentimientos de caridad y bondad, habían nacido al influjo de aquellas almas luminosas y benéficas, que, por decirlo así: habían tomado aquél ser oscuro, y cual cuerpo dúctil, lo habían plasmado a su imágen; no era capaz de abandonar a aquél infeliz, aparte de que él tenía la plena confianza de que sus protectores, si no habían muerto, volverían por ellos.

Cuando los exploradores hubieron contemplado aquella escena, de desolación por una parte y de solicitud por otr, que les reveló los sentimientos piadosos de Charles, hicieron acto de presencia, con gran contento de los actores de aquel sainete.

Mientras contaban lo acaecido, ante los asombrados oyentes, y cada cual hacía gestos según sus sentimientos: el europeo de terror y Charles de dolor por lo acontecido a su querido y predilecto protector, apareció Tesoro; y el inglesito, con esa espontaneidad de gratitud, de los seres vehementes, sin reservas mentales, se abalanzó al noble bruto, abrazando su sensible trompa, en un rapto de agradecimiento y afecto.

Como unidos por el mismo sentimiento, los dos exploradores se adelantaron abrazando a su vez al jovencito, que tanto afecto sentía por ellos; y, aquellos cuatro seres, (entre los que hacía número el coloso proboscidio, de fea y rugosa piel, pero de bellos sentimientos), formaron un lazo de indisoluble afecto, del que solo el europeo, no tomaba parte, por su concentrado egoismo.

Pasados los instantes de emoción en que aquellos seres exteriorizaron el afecto que entre sí les unía, Raúl, a quien no agradaba la permanencia en aquellos parajes, donde estuvo a punto de ser víctima del temible antropomorfo, dijo así:

—¡Bueno, amigos; hagamos provisión de éste originario y exquisito café, y partamos cuanto antes de Caffa!

—¡Sí, amigo mío, partamos; no hay razón para prolongar más nuestra estancia en el teatro de tan triste aventura, que pudo resultarte trágica!

—¡Y tanto...!—exclamó Laura con enfático tono de amargura.

—Voy a ensillar a Tesoro...

—Yo te ayudaré, mientras ustedes recogen el café—dijo Raúl—, impaciente por abreviar la partida de tan funesto lugar.—

—Fíjate Raúl, el europeo procura hacer lo menos posible...

—En cambio, Charles, parece multiplicarse. ¿Ves?.

—¡Qué buen chico...!

—¡Que buen afecto nos ha tomado!

—Ha recogido del fruto para hacer infusión durante un mes... ¡Basta Charles, ven ya!—le gritó Raflo.—

Un momento después aparecía el inglesito cargado de las bayas maduras que guardaban el precioso grano.

En poco tiempo adelantaron muchísimo, y más cómodos que antes, pues habían hecho sentar al europeo junto a la cabeza de Tesoro, como cornac.

—Parece que nuestro viejo, no le tiene buena voluntad al europeo...

—Reconocerá su carácter egoista—contestó Raflo.—

—¡Es tan inteligente este animal —añadió Charles.—

—Me alegro, amiguito, que ya reconozcas sus cualidades—le dijo Raúl.—

—Si no anduviera con ustedes, estoy seguro que jamás me hubiese fijado.

—¿Porqué?.

—Porque ustedes me han enseñado a pensar, a meditar y a observar —contestó Charles con sinceridad.—

—Pues nos felicitamos de ello—dijo Raflo—dándole unas palmaditas en la espalda.

El europeo oía estas manifestaciones de aprecio y reconocimiento, y en su egoismo sentía disgusto por ellas. Los exploradores así lo comprendieron y perdonaron al infeliz hombre, a la vez que se decían: ¡Cómo pronto nos separaremos...! Y esta idea persistía en la mente de ellos, que se iba agigantando a medida que sus actos les disgustaban.

¿Había dicho el europeo que se separaría de ellos? No, pero ellos así lo pensaban; no estaban obligados a viajar siempre con un hombre que tan mal se congratulaba. Habíanlo arrancado a la esclavitud, y esto era bastante.

—Con que, amiguito, ya te tomas el trabajo de pensar—dijo Raúl con amable sonrisa.

—Sí, ya pienso, ya medito, y si a ustedes no les molesta, les agradeceré me digan algo de ese Mar Muerto, que les he oído nombrar y que no se me quita de la mente.

—Son todas fábulas las que de él se cuentan—interrumpió el europeo.

Raflo no dió importancia a sus palabras, y como si nada hubiese escuchado contestó:

—El Mar Muerto, tiene unas noventa y dos mil hectáreas, y sus aguas se encuentran a trescientos noventa y cuatro metros bajo el nivel de los océanos.

—¡Qué dice...! ¿Es posible?

—Muy posible; sus aguas son muy saladas y pesadas, cargadas de betún.

—¿De betún...? ¿Y allí hay muchos peces?

—No, en sus aguas no hay vida animal ni vegetal.

—¡Qué triste será! ¿Y es profundo?

—Su profundidad media es de unos trescientos treinta metros...

LA BELLA ETIOPE

Buen rato hacía continuaban en su conversación, cuando divisaron a un hombre envuelto en una capa que a usanza de los antiguos romanos, llevaba con gracia y distinción. Era de estatura mediana y de anchos hombros; su frente elevada, labios gruesos, tez oscura y de cabellos crespos dispuestos en mechones.

—¡Es un etíope!—exclamó el europeo.

—Entonces, ya estamos en Abisinia—dijeron los exploradores en castellano.

Con gran asombro por su parte, el etíope les contestó en el mismo idioma, aunque poco correcto pero inteligible:

—En efecto, se encuentran ustedes en Abisinia. ¿Es que no lo sabían? ¿De dónde vienen? ¿Acaso no se dirigían aquí, o es que se han extraviado?...

Con esta serie de preguntas dejó casi atónitos a Raflo y Raúl, que eran los que lo entendían, y antes que éstos le contestaran, ya el etíope les había dicho:

—Vengan conmigo; yo tendré gusto en guiarlos.

—Raflo, tengamos cuidado, no me parece sincero este hombre—dijo Raúl en inglés.

—¿Porqué?...

—Fíjate como baja los párpados.

—Es indicio de falsedad, pero recuerda que no hay regla sin excepción.

—Pudiera equivocarme, pero vale más estar prevenidos.

—Tienes razón...

En tanto hablaban, el etíope los miraba de hito en hito, asombrado de oir un idioma que él no conocía.

—¡Guíenos...!—dijo Raflo dirigiéndose al indígena.

—¡Es mejor que no lo sigamos!—dijo medroso el europeo.

—¿Porqué?—le interrogaron.

—¡Yo temo por mi vida, en un país en que ni el rey la tiene segura mucho tiempo...!—contestó.

—¿Qué dice?... ¿Por usted solamente lo siente?—Dijo irónico Charles.

El europeo, algo apenado, no contestó, prosiguiendo:

—Aquí el rey se ve obligado a hacer que sus vasallos prueben cuanto ha de comer, pues es frecuente que lo envenenen, como también que su corona sea arrebatada por audaz vasallo.

—Pero no vamos por eso a dejar de visitarlo, para conocer sus costumbres.

El abisinio o etíope les dijo:

—No los voy a conducir a mi casa, porque hoy mi mujer tomará el hábito.

—¿El hábito? ¿De qué?—preguntaron a una. —

—De monja...

—¿Pero, quién?

—Mi esposa...

—¿Su esposa...su mujer?.

—¿Qué dice?

—¡Debe ser un loco!—exclamó Raúl.—

—¡Sí, mi mujer! ¿Qué hay en ello de extraño...?

—¿Pero... pueden ser monjas casadas...?

—Es lo natural—contestó con sinceridad el etíope, y añadió por toda explicación:

—Nuestros caracteres no ligan.

—¿Pero, es posible?—exclamó Raúl.—

—No le veo el porqué de tanto asombro—dijo a su vez el etíope.

—¿Cómo que nó?

—Si no fuera por los disgustos matrimoniales no podría haber monjas.

—¡Ah!, ¿esa es costumbre en el país?

—Creía yo—dijo a su vez el etíope—que en todas partes era igual.

—No está mal... no está mal—repitió Raúl como hablando consigo.—

—¿Qué había de estar?—contestó con marcado orgullo el abisinio.

Durante el camino, les contó como ellos eran descendientes de Menelik, el primer rey que hubo en Abisinia, el cual era hijo de Salomón y la reina de Sabá.

Como viera que desde las primeras palabras de su genealogía, Raflo había echado pie a tierra, marchando a su lado, cosa que también imitó

Raúl, interesados en su amena conversación; el etíope empezó a derramar entonces la sal de su raza: esto es, a mentir con una frescura inaudita.

—Pues como les decía: nosotros descendemos del hijo de Salomón, y aunque yo no soy rey, mi abuelo que lo era, a su vez era hijo de Menelik...

Al oir este desatino, poco faltó para que los dos exploradores le soltaran la carcajada en su cara.

El etíope, tan pronto lanzó tan descomunal mentira, volvió sus grandes y bellos ojos hacia los exploradores, y conoció, que veían a las claras su embuste, y a su vez sonrió y arreglándose su manto con exquisita elegancia, siguió mezclando sal, como ellos dicen, a su conversación.

—Voy a llevarlos al banquete funerario de un pariente mío.

—¿Banquete funerario?

—Sí , es suntuoso; imagínese que mi pariente ha trabajado durante veinte años con un buen jornal, el cual ha guardado íntegro para este banquete, a la muerte de su padre...

Poco faltó para que se les escapara una carcajada a los exploradores al oir tal cosa, pero, por fortuna, esta vez el etíope no los miró por tener gran parte de verdad lo que decía, y por lo tanto, según éste, carecía de sal.

Es cierto que esta gente al morir un deudo, dan un banquete lo más suntuoso que pueden, para que el alma del que murió entre al cielo; como también es verdad que ahorran durante toda la vida para poder cumplir con mayor esplendor, esta costumbre.

Al fín llegaron a la casa mortuoria, en cuyo corral había dos corpulentos bueyes atados. La casa estaba materialmente llena de gente, al extremo de no poderse caminar, y de primera intención pareció a los viajeros, que todos los que allí habían eran hombres, pues tanto éstos como las mujeres, vestían de blusa y pantalón corto y envueltos en su manto o xemma; pero apenas se fijaron distinguieron las ellas, que en su mayoría eran bonitas.

Cerca de Raúl quedó una joven de unos diez y ocho años, de asombrosa belleza en su tipo. Tenía la tez bastante oscura, a causa de las rosas rojas que emulaban sus mejillas; su boca no muy pequeña pero bellísima, simulaba hermoso estuche de rubí, que encerraba dos hileras de blancas perlas. Pero sus ojos, ¡oh, sus ojos! ¿habrá quien pueda describir, la belleza de unos ojos grandes y negros, de mirada en que por igual, se mezclaba el fuego de su alma de etíope y la dulzura y candor de sus juveniles años?, y añadamos la coquetería y vanidad de verse admirada no solo de sus compatriotas, sino de aquellos hombres blancos.

Cuando los exploradores llegaron, tenía la beldad aquella, una verdadera corte de adoradores, que se apartaron un tanto, para mirar a su vez a los recien llegados.

El etíope aquél, les dirigió la palabra con gran elocuencia, y Dios sabe la sarta de mentiras que diría, pues todos miraban a los blancos, con señaladas muestras de simpatía y admiración.

—¿Qué dirá de nosotros?—preguntó Charles.

—Despreocúpate, algo que nos favorece debe ser, pues nos hacen buena acogida—contestó Raflo.—

—¡Mira, Raflo, qué linda mujer!—dijo Raúl enseñando a la beldad.—

Seguramente su guía sirvió de intérprete a sus palabras, pues la joven sonriéndole, le hizo señas para que se acercara; lo que Raúl hizo de buen grado y que en cambio desagradó a muchos de los etíopes, y más aún, al ver las miradas y sonrisas que le dirigía la muchacha.

El abisinio que había servido de guía, se acercó a la pareja y empezó a servirles de intérprete; al principio, quizás repitiera sus propias palabras, pero al cabo de un rato, debió decirles, cuantas mentiras le ocurrían a su viva imaginación, lo que hizo que los hombres se fueran alejando del grupo, y dirigieran a Raúl miradas furibundas, que Raflo observó con pesar, no así Raúl, que estaba divertido, con lo que según su intérprete, le decía la joven de mirada sugestiva.

Por esta vez le divertía, que aquella joven de raza distinta, lo tomara por enamorado galán, sin pensar en las consecuencias, que aquello podría acarrearle.

Charles, también estaba divertido de contemplar la alegría de su joven amigo, y acercándose a Raflo le dijo:

—¿Sabe usted que pienso?

—¿Qué?—dijo Raflo preocupado.—

—¡Qué Raúl tiene corazón de pulpo!

—¿Qué dices?—interrogó Raflo, sin haber entendido las palabras del inglesito.—

—Digo, que Raúl tiene triple corazón, o al menos doble...

—¡Malo... muy malo es eso...!—dijo Raflo preocupado.

—No lo crea, por ésta olvida a Rea y por otra olvida a ésta.

—¡Qué muchacho...!

Se acercó a su amigo cuanto pudo, y mirándolo serio le dijo:

—Raúl, mira en esta joven a Aida la princesa etíope...

—Sí, pienso que así sería la belleza de Aida...—contestó, sin darse cuenta ni pensar en el sentido de las palabras de su amigo.—

—No busques que te pase lo que a Radamés...—dijo casi severo su amigo.—

Raúl soltó la risa y le contestó:

—No te preocupes, amigo mío, seguro estoy que no.

—Eso piensas tú, pero si fijas la mirada en los que nos rodean, verás que tienen actitud hostil...

Raúl palideció al darse cuenta de la realidad de lo que su amigo le decía, y poniéndose serio se levantó, a la vez que Raflo se inclinaba ante la bella etíope, y tomando de un brazo a su compañero, lo alejó de la funesta estátua de cobre.

El intérprete no entendió ni una palabra de lo que ellos en inglés habían hablado, y se quedó mirando pensativo como se alejaban del grupo y al parecer discutiendo.

Los abisinios rodearon al intérprete pidiéndole les explicara aquel cambio repentino. Este, claro está, no podía decirles, pero recurrió a su habitual sal, urdiendo una serie de mentiras para darse importancia:

—Sucede, que ese no es hombre, sino mujer...sí eso...la mujer del de los ojos bicolores, que al ver que su marido se acercaba a nuestra bella, se ha puesto celosa... Todos prorrumpieron en sonora risa, menos la defraudada beldad, que en nada le gustó la broma, y se prometió vengarse de la que le había hablado de amor; al menos, eso habíale dicho el embustero intérprete. Así pues, Raúl estaba salvo del furor de los hombres; pero se había enredado la madeja y lo había hecho caer en el despecho de una mujer, que, por muy etíope que fuera, no podía perdonar tal burla, a una de su sexo, por muy blanca que fuese.

Como vemos, Raúl escapaba de una; pero caía en otra no menos peligrosa.

Los cuatro blancos se dieron cuenta enseguida del cambio favorable hacia ellos, pero poco después, Raúl sintió terror de verse entre aquellos abisinios, que enterados por la verídica sal del etíope, lo miraban de manera nada tranquilizadora. ¿Qué podía haber operado aquel cambio?. Laura, en aquel ambiente, parecía sentir como si una mano de hierro le oprimiese el corazón.

Momentos después, vieron que la gente se dirigía precipitadamente hacia una plaza cercana, y se encaminaron a ella para ver de qué se trataba.

¿Qué vieron allí que tanto les conmovió?.

Era un día de justicia entre ellos, y contemplaron con horror, que a tres hombres les cercenaban su mano derecha; al primero se la colgaron al cuello; al segundo se la mojaron en manteca para que la conservara y al tercero, la asaron en su presencia, entregándosela después.

—¡Qué horror!

—¡Vámonos—dijo el europeo—, vámonos, que me parece que es mi mano la que han cortado...!

—No lo crea, esas son manos de ladrones—dijo una voz en castellano.—

Todos se volvieron y vieron que era el guía intérprete, que quería tener el honor de estar cerca de ellos, para explicarles sus costumbres.

—Vean si aquí no somos ladrones—continuó—, que le entregamos sus miembros para que el día del juicio, se puedan levantar completos.

En aquel momento le cortaban a uno la lengua.

—¡Ay, no puedo más...! ¡No quiero ver esas cosas!—dijo Raúl.

Al etíope le cruzó por su mente una idea que sazonó con su sal.

—¡Me han dicho que usted es mujer!

Una bomba que estallara no le hubiese hecho más efecto a Raúl.

—¡Ah, oh...!

—¡Ven Raúl—dijo su amigo, que había oído aquellas palabras con desagrado.

—¿Quién le ha dicho a usted que es mujer?—preguntóle Raflo cuando vió que su amigo no lo oía.

—¿Quién?. Ella misma, su esposa, si hasta me dijo el tiempo de matrimonio...no recuerdo...

Esta sarta de mentiras favoreció a Laura; Raflo comprendió, que aquel embustero empedernido, quería con mentiras, ver si descubría verdad. Mas como no sabía cual situación sería más beneficiosa a su amigo, se limitó a sonreir enigmático, y habló de otras cosas con aquel hombre.

Al llegar de nuevo a la casa, vieron que mientras varios hombres desollaban los bueyes casi vivos, las mujeres preparaban unos polvos de pimienta y pimentón. Los trozos de carne palpitantes vinieron a la mesa, y todos cortaban así cruda, sendos pedazos de ella, que untados de aquellos polvos, lo comían con deleite.

Laura estaba asqueada.

El intérprete les instaba a que comiesen de su brondo,—que así lo llaman ellos,—extrañándose de que hubiese mortales que no les gustara.

—¡Oye, Raflo, esta noche nos vamos!—exclamó Raúl angustiado.

—Sí, sí,—añadió Charles.—

—Yo me muero si sigo aquí—dijo tembloroso el europeo.—

—Hay que tener cautela y estar listos para cualquier cosa.

—¡Sí, pero nos vamos!—dijo Raúl.—

—No pretendo que pasemos más tiempo aquí.

Mientras tanto, los abisinios estaban entregados al deleite de saborear su sangrante brondo, con lo cual no sólo el delicado estomago de Laura se contraía, sino que sus compañeros después de haber visto las amputaciones que hacía un rato se verificaron, sentían también movimientos antiperistálticos, que les impedía estar por más tiempo en la gran mesa. Por fortuna, los indígenas que se encontraban en el apogeo de su gastronomía, no ponían atención a ellos, por lo que uno tras otro se fueron alejando de la mesa, caminando en dirección a Tesoro.

—¡Estamos cometiendo una gran imprudencia!—exclamó Raflo.

—Es verdad. Si notan que faltamos, nos vigilarán...

—¡Mira, Tesoro permanece aún ensillado!—advirtió con alegría Charles.—

—¡Es verdad! ¡Marchemos cuanto antes!—dijo impaciente Raúl.

—¡Necesitamos prudencia!—dijo sentencioso el prudente y experimentado Raflo.—

—¡Pero si nadie nos vé!—añadió Raúl, que ya no podía soportar más la mirada de aquellos hombres.

—Haremos lo siguiente: Charles y el europeo se irán caminando mientras tú y yo volvemos a la mesa para que nos vean...

—¡Yo no vuelvo a la mesa!—dijo con firmeza Raúl.—

Raflo sonrió, atribuyendo la negativa de su amigo, a la repugnancia que le causaba verlos devorar como fieras, su brondo.

—Bien, en ese caso iré yo...pero tú has de quedar a la vista...

—Haré lo que dices, pero... ¡ven pronto!—exclamó con vehemencia Raúl.—

—Cuando estés seguro de que han notado tu presencia aquí; haces que Tesoro te siga, pero sin subir a él, ni detenerte—le ordenó Raflo.—

—¿Y tú?.

—Yo te alcanzaré.

—¡Temo por tí!

—No temas; hablaré un rato con nuestro embustero guía, y después me alejaré con cautela, siguiendo las huellas de Tesoro.

—¡No debiera dejarte ir solo...!

—No corro ningún peligro...

—¡Es verdad!—dijo con sinceridad Raúl.—

Mientras los jóvenes sostenían esta conversación, no sospechaban que muy cerca de ellos, bajo un matorral, yacía oculto un hombre de aspecto cruel, y de un físico que difería en mucho de las bellas facciones de los etíopes, y que, arrastrándose cual sierpe vil, había llegado hasta aquel escondite. Este sujeto podía clasificarse entre los negros de otras regiones de Africa, aunque por su color no pudiera llamársele negro, pues era de un color amarillo verdoso. Era de fornido cuerpo, careciendo de la proverbial elegancia de los etíopes.

¿Qué hacía allí?. No podía haber venido por escucharlos, puesto que no entendía ninguno de los idiomas que ellos hablaban.

¿Era que lo habían mandado para que los espiase?. No era creíble. A los vanidosos etíopes no se les podía ocurrir que los exploradores no se encontrasen muy contentos entre ellos. Así pues, aquel monstruo obraba por cuenta propia y de...la émula de Aida, de la beldad burlada, según los embustes del intérprete; de la mujer despechada, que no podía tolerar ese insulto por parte de otra mujer... y menos blanca, en la que ahora encontraba supremacía en belleza.

Con tal rencor en su pecho, que no pudo disipar su apetitoso brondo, se encontraba malhumorada. Y aquél monstruo de fealdad, era quizás el único que la observaba. Sempiterno enamorado sin esperanzas, el cual había pagado ya varias multas (castigo que se impone allí, a los que abusan de las mujeres, sean casadas o no) y estaba anhelando reunir para pagar la futura multa, cometiendo una nueva felonía. Al ver así a la beldad por quien de continuo suspiraba, se acercó a ella a inquirir la causa de su pena; y como le volviese la espalda con desprecio, él, sin darse por ofendido, le juró hacer cuanto le ordenase, con tal de verla sonreir.

Por los bellos ojos de la etíope cruzó una idea siniestra, que los hizo aparecer más negros aún, y volviéndose al coloso le dijo:

—Si haces lo que te pido, te juro complacerte en lo que quieras...

Al decir esto escupió, como por casualidad, con lo cual y según costumbre, podía faltar a su juramento. Mas esto no lo vió el coloso, que, loco de alegría, se proponía cumplir su mandato.

Ella le habló así:

—¿Me viste hablando con la blanca?.

—Por cierto que al creerlo hombre y verlo tan bello...lo odié.

—Y siendo mujer ¿qué pensaste?.

—Que si no existieras tú, podía pagarse por ella la mayor multa...

Por estas palabras se comprenderá, qué clase de sentimientos animaban aquel ser rastrero.

La bella etíope, tuvo enseguida una idea infernal, y acudiendo a su proverbial mentir, le dijo así:

—Pues te vas a salvar de la multa, pues ella me decía, que amaría al hombre que en su presencia matara a su esposo, a quien odiaba con toda su alma.

Al oir estas palabras el degenerado aquél, sintió removerse toda su perversidad, y apretando con fuerza un brazo a la embustera, le hizo jurar solemnemente, que no lo diría a nadie más, temeroso de que otro realizase lo que él solo quería hacer. Le dijo a la muchacha, que la relevaba del cumplimiento de su promesa.

Por muy despreciable que aquel ser fuera, la vanidosa muchacha se sintió ofendida por aquel renunciamiento; si bien es verdad, que ella nunca pensó cumplir. Con este rencor lo lanzó de sí diciéndole:

—¡Anda, búscalo y mátalo...y si tú mueres, me habré vengado de tu injuria!

Aquel energúmeno infernal, no oyó las últimas palabras dichas por la etíope, pues habiéndose fijado antes en la dirección que tomaron los supuestos cónyuges, se dirigió prestamente hacia ellos, a la vez que procuraba no ser visto.

Cuando llegó al lugar en que lo dejamos oculto, ya hacía rato que Charles y el europeo habían marchado, y Raflo terminada sus últimas recomendaciones a Raúl, se alejó de éste antes que él tuviese tiempo de atacarlo. Ya ideaba perseguirlo cuando vió acercarse al intérprete, y temiendo que aquél pudiese tomar parte en su nefanda obra, y la blanca le diese la preferencia, decidió aplazar su crimen.

Raflo se dirigió a la casa con el intérprete, y Raúl se quedó en pie dispuesto a esperar el regreso de su amigo. ¡Tan noble! ¿Cómo he de abandonarlo?—se decía—¡Cierto que él no corre peligro cual yo, pero...!

No pudo terminar cuando sintió su cuerpo asido por nervudos brazos. Aquel degenerado, guiado por sus perversos instintos se había lanzado sobre ella.

—¡Tesoro...!—gritó—a la vez que una enorme manaza le cubría la boca cual férrea mordaza.

Esta horrible lucha fué cuestión de un segundo, pues el animal se volvió y de un solo paso se acercó al monstruo humano, y asiéndolo con su trompa por el cuello, apretó hasta extrangularlo, logrando así separarlo de la pobre joven, cuyo destino se complacía en hacerle pasar, una serie de angustiosas situaciones.

Aquella escena desarrollóse tan rápidamente y en tanto silencio, que pudo pasar desapercibida para cualquier persona que cerca de allí se encontrara de espaldas, terminando con un lento pisoteo del proboscidio sobre el inanimado cuerpo.

—¡Ven, Tesoro!—dijo tembloroso Raúl,—pero el animal indecise daba algunos pasos y se detenía a mirar para donde quedaba Raflo, no queriendo marchar sin él.

Cuando Raúl se convenció de que Tesoro no quería dejar atrás a su amigo, echó a correr cuan rápido se lo permitía el estado nervioso en que se encontraba. Tesoro, por el contrario se detuvo; miraba alternativamente hacia éste y al lugar por donde esperaba apareciese Raflo, sin decidirse a partir a uno u otro rumbo.

Si es cierto que estos animales piensan, según las pruebas que de ello dan: el noble animal sufriría en aquel instante, queriendo seguir a Raúl, y a la vez esperar a su amigo.

Durante un rato, Raúl corrió como si fuese perseguido por el coloso que aplastara su irracional salvador; pero después, algo calmado, acortó el paso, y entonces se dió cuenta que estaba haciendo el papel de hombre, y por tanto, debía demostrar más valor, aunque fuera, en presencia de su amigo.

Con estos pensamientos se detuvo, y tocándose el cuerpo, se dió cuenta que estaba perfectamente armado y libre, y que quizás, su amigo corría el riesgo de perecer a manos de aquella gente, si descubrían la muerte de aquel salvaje, que de manera brutal le acometiera. Con esta idea se revistió de valor, y retrocedió a buen paso, avergonzado de su carrera.

No había andado mucho, cuando sintió las pisadas de Tesoro.

—Ya viene—se dijo—pero yo seguiré hasta encontrar a Raflo.

Tesoro venía corriendo con gran velocidad trayendo a Raflo sobre su lomo; al ver a Raúl, no se detuvo como le ordenara su ginete, sino que, alargando su trompa, lo levantó en vilo, colocándolo junto a su amigo, sin dejar de correr.

Raúl estaba conmovido, y sintiendo en su gran tristeza, la necesidad innata de la mujer, de sentirse estrechada por un ser querido, se arrojó en brazos de su noble amigo, costándole mucho sofocar sus sollozos.

—Vamos, Raúl, amigo mío; no seas niño. ¡Tú eres fuerte, valiente...no te dejes dominar por los nervios!—decía su amigo cariñosamente.—

Al oir estas palabras, Laura se dió cuenta que ella era Raúl,—que Raúl era un nombre de hombre, y que por tal tenía que pasar.

—¡Qué cobarde me encontrarás!—exclamó con amargura.—

—No lo creas, amiguito, al contrario, bien que tengo pruebas. ¡Ahora mismo nos has librado de un coloso, que trataría de estorbar nuestra partida!

Raúl, comprendiendo que debía mentir a su amigo, para así conservar la integridad del sexo que representaba, le dijo:

—¡Pero no lo vencí yo...fué Tesoro!

—Ya comprendo que él te ayudara, no es posible que un adolescente, casi un niño como tú, venciera a un gigante. ¡Pero cuéntame, cuéntame lo sucedido!

—Según te separaste...

—¡Te atacó! ¿Verdad?.

—Sí...

—¡Te defendiste y Tesoro vino y lo acabó!

—Eso es—dijo Raúl—y al mismo tiempo, señalando hacia adelante exclamó:

—¡Mira, mira a Charles!

—¡Ah, qué buen muchacho! Ha regresado al ver nuestra demora.

—Y tú, ¿porqué tardaste tanto?.

—Cuando pude separarme del intérprete, salí en dirección a donde quedaste, y allí me encontré el cadáver: lo cargué a mis espaldas y lo llevé en dirección contraria al camino que teníamos que seguir; después regresé y me hice ver de nuevo, a fin de que no notaran pronto nuestra ausencia. Luego, eché a correr por las huellas de Tesoro, hasta que éste me salió al paso...

—¡Qué noble animal!, no te quería dejar y no me siguió.

—¡Mira, Charles viene solo!

—¡Qué le pasará al europeo!

Tan pronto Tesoro vió al jovencito, corrió a su encuentro y levantándolo en su trompa, lo colocó junto a sus compañeros, prosiguiendo su carrera.

—¿Qué es del europeo?—inquirió Raúl.—

—No quiso detenerse...¡Tiene un miedo...!

—¡Pobre hombre!—dijo Raúl.—

—Un hombre que solo piensa en sí...

No tardaron en divisar al europeo, que les hacía señas para que se acercasen. Pero Tesoro, al verlo, cambió la ruta, dispuesto a no recogerlo.

—¿Qué es eso, viejo? Vamos a recoger a nuestro amigo—le habló Raúl mientras lo guiaba hacia él.

Bien claramente demostró el noble bruto, su inconformidad por acercarse a un sér con quien no simpatizaba. Así es que, contra su voluntad, tuvo que aceptar la compañía del europeo.

Raúl, que no las tenía todas consigo, respecto al proceder a seguir por los etíopes, al darse cuenta de la muerte de un compatriota, por seres de otra raza, preguntó:

—¿Habrán notado nuestra ausencia?

—Supongo que sí, y por si acaso se les ocurriese seguirnos, he pensado no hacer parada durante lo que nos queda de día.

—¡Ni cuando llegue la noche!—dijo Raúl.—

—Tienes razón. Tesoro no se extraviará de seguro.

—Haremos alto solo cuando él dé muestras de cansancio.

—Para entonces, ya estaremos lejos de estos contornos—terció Charles.—

—No lo creas, el camino es accidentado, y tendremos que obligar al animal a alejarse.—Añadió el europeo.

—No hay que obligarlo—dijo Raflo.—

—¡Es que ustedes lo consideran mucho—terció el europeo.—

—¡Lo que merece!

—¡Si me obedeciera a mí, echaba las tripas corriendo!—añadió aquél.—

—Afortunadamente no le obedece...—dijo Raflo algo disgustado—.

Raúl que lo notó, disimuló diciendo:

—Estoy pensando en lo mentiroso que es el que nos hizo de intérprete.

—Es que eso es innato en los abisinios—le contestó Raflo.—

¡Si ellos hubiesen sabido, que por las mentiras de la bella, estuvieron a punto de perder la vida! Pero eso jamás lo sabrían, a menos que los alcanzaran, y ellos tenían buen cuidado en tomar distancia.

Cuatro o más horas habían andado nuestros exploradores ininterrumpidamente, y a Raúl pareció este lapso de tiempo, menor que el que pasó entre los etíopes, que no llegó a dos horas.

¡Cuánto vieron en tan corto tiempo...!

Después que los exploradores hicieron una parada para refrescar a Tesoro en un riachuelo, y tomar ellos algún alimento, se pusieron de nuevo en marcha, no queriendo que si los abisinios los seguían, lograsen alcanzarlos.

¿Los seguirían...?

¡Quizás!

Rendido que hubieron ya algunas jornadas y cruzado el caudaloso Nilo, se encontraron con una tribu, cuyos habitantes se arrancan cuatro de sus incisivos. El labio superior lo llevan perforado y cruzado con un pedazo de cristal o madera, que se les mueve al hablar. Esta gente que son los "xuli", gustan de pintarse de rojo y gris, formando las combinaciones que a cada cual se le ocurre.

Las mujeres solteras, estaban completamente desnudas. Las casadas se distinguían por un pequeño delantal o unas caídas de cuentas terminadas en una cola de animal. Pero los hombres, en abierta pugna con las costumbres de seres de su sexo de otras razas, llaman poderosamente la atención, por lo mucho que se pintan y adornan con argollas de hierro en los brazos y piernas, collares de cuentas, hierro y dientes de animales, y por el peinado que usan el cual constituye su principal adorno. Estos parecen torres de varios pisos, los cuales los separan perfectamente y los decoran con cuentas, hilachas, vidrios y todo lo que según ellos, signifique adorno. Estos hombres caminan lentamente para conservar bien sus altos peinados, que de otro modo caerían irremisiblemente.

Entre esta gente, las solteras acostumbran vivir aparte.

—¡Me parece que esta gente serán buenas!—dijo Raflo.—

—A juzgar por su aspecto, nada hay en ellos que acusen lo contrario, pues sus peinados, por el que se ve toman gran interés en conservarlo, denotan la ausencia en ellos de todo sentimiento bélico—contestó Raúl.—

No se detuvieron mucho tiempo entre los "xudi", siguiendo en marcha hasta encontrar la tribu de los nombrados "mangbattu", los cuales tienen el labio superior alargado por un trozo de marfil, que llevan incrustado en

él. Los hombres andas completamente desnudos, llevando las mujeres un manojo de hojas verdes atado a la cintura; y tanto éstas como los hombres, tienen las extremidades y el cuello cargados de anillos de hierro, mineral que trabajan muy bien.

Los hombres compran sus esposas pagando por ellas un determinado número de cuchillos de anchas hojas, que ellos fabrican.

Las mujeres se perforan el cartílago de las orejas, en cuyos huecos llevan trozos de hierro.

—¿Sabes que pienso?—dijo Raúl—, que esta gente son antropófagos...!

—Yo creo que nos miran y hablan de comernos—dijo Charles.—

—Me estoy fijando que tienen los dientes agudos como fieras—contestó Raflo.—

—Por eso más lo creo—añadió Raúl.—

—¡Ay, por Mahoma, vámonos; éstos son caníbales!...¡ay!...¡estoy perdido! —gemía el europeo—.

—¿Porqué dices que lo son?

—¿No ven aquellos grupos que se están limando los dientes...?

—¡Ahora me doy cuenta! ¡Se preparan Raúl!

—¡Pues ya ven que también tienen los peinados casi de media vara y... comen gente!—dijo Charles queriendo aparecer valiente.

—¡Cómo escaparemos...!

—¡Mira aquellos cuerpos de mujeres que parecen telas!—dijo Raflo.—

—¡Estamos perdidos!—repitió el europeo.—

—Aun estamos vivos—dijo Raflo por contestar algo—.

En aquel momento apareció un grupo de hombres, que a juzgar por los trofeos que presentaban, se encontraban de caza; traían algunos leones y serpientes, y esto bastó para que todos los de la tribu los rodearan llenos de júbilo.

Por las señas que se hacían, los exploradores comprendieron que los posponían, hasta acabar con la abundante caza, y que ponían poca vigilancia en ellos, si bien no los descuidaban en absoluto.

En el ambiente de alegría reinante entre aquellos seres, se notaba la tristeza infinita de una bella mujer, muy joven aún, cuyo cuerpo no lo cubría más, que los collares de cuentas, que llevaba en profusión.

Esa tristeza contrastaba con sus rasgos fisonómicos, que delataba un carácter alegre y firme.

Aquella joven era una especie de reinecita, o algo muy interesante en la tribu, pues era de verse el interés que se tomaban por su persona, a la que, al acercarse, hacíanlo trocando su algarabía en melancolía.

Raúl procuró acercarse a ella, y solo entonces pudo comprender la causa de su pesar: uno de sus pies estaba completamente tumefacto y rojizo. Por señas comprendió que obedecía a un traumatismo ocurrido hacía varias horas, y que, probablemente, había una luxación del tobillo, que le ocasionaba fuertes dolores.

También por señas le propuso hacer algo por mejorarla, lo que la joven aceptó con alegría, pues entre los salvajes, a los blancos se les considera como divinos, aunque esta creencia no los releve del deleite que ellos sienten al comerse esas divinidades.

Raúl, hábilmente preparado para estas curaciones. dispuso un baño de vapor, que aplicó al inflamado pie, no sin antes encontrar oposición por parte de aquella gente, que la enferma muchacha pudo al fin calmar.

El europeo, presa de indecible impaciencia decía:

—¡Esto es el colmo! ¿Qué pensará este hombre? ¿Querrá curarla para que después nos coman?—Y añadía para sí—¡Yo me voy!

¡Que se los coman a ellos!

Y, efectivamente, viendo que todos estaban entretenidos observando aquella rara curación, se dispuso a marcharse solo; pero comprendiendo que mejor sería tener un compañero le dijo a Charles:

—¡Oye tú! ¡Vámanos tú y yo! ¡Qué se los coman a ellos...ven!

—¡No abandonaré a mis protectores!—dijo Charles en tono airado.—

—¡Pues que te coman!—fué la respuesta que dió a la noble manifestación del agradecido jovencito, y emprendió la marcha, atento a salvarse él solo.

Mientras los compañeros de Raúl lo rodeaban, observando el tratamiento hidroterápico que ellos desconocían, el baño de vapor había surtido los efectos deseados. la inflamación iba decreciendo, y el semblante de la joven íbase alegrando, como indicio del alivio inmediato.

Raflo tuvo una luminosa idea, y la comunicó a su amigo para que la practicara:

—¡Raúl, haz como que imploras y oras!

Su amigo no se hizo repetir aquello y sonriendo imperceptible se arrodilló, y levantando las manos, púsose a orar...y oró de verdad, con fervorosa devoción; pero no por aquella joven, sino por ellos, para que les permitiese

salir ilesos de entre aquellos salvajes en quienes descubrían los instintos canibalescos. Fué tal el éxtasis a que llegó en su oración, que sus compañeros estaban maravillados de que, con aquella perfección, pudiera fingir.

Mientras tanto, a su alrededor, reinaba profundo silencio; los salvajes observaban con admiración creciente, como desaparecía la inflamación de aquel pie.

Raúl, salió de su éxtasis, cuando oyó a la muchacha hablar a sus paisanos, y hacer gestos de que no le dolía; entonces él, poniéndose de pie, tomó el de la muchacha y le hizo algunos movimientos a fin de corregir la luxación, desapareciendo ésta y con ella el derrame sinovial que tanto dolor le había producido.

Al verse libre de dolor, la joven empezó a saltar, y sus camaradas, llenos de regocijo, levantaron a Raúl sobre sus hombros y lo pasearon por todo el recinto, en medio de una gran algazara. ¡Raúl estaba en salvo de ser comido! Mas, ¿sus compañeros?...a éstos les impedían ahora acercarse a él! Lo querían para ellos... era su médico, y por nada lo dejarían marchar.

Terminada aquella explosión de regocijo; Raúl, libre de las manos de los salvajes, trató de unirse a sus compañeros y aquellos seres se lo impidieron, con manifiesta hostilidad para sus amigos.

La joven, por muy salvaje que fuera, comprendió el dolor que esto causaba a su benefactor, y mirándole a los ojos, le dió a entender, que ella ayudaría a la fuga de los otros, no así a la de él, de quien estaba dispuesta a no separarse jamás.

Raúl entendió la mímica, y aunque sentía terror al pensar que aquella gente lo quisieran retener por toda la vida, fingió aceptar en esa condición, y concibió la idea salvadora de hacerle comprender, que él no se iría jamás.

La joven en su alegría, se lo hizo saber a los de la tribu, los cuales dieron muestras de contento, lo que Raúl acogía con fingida sonrisa.

La noche llegó con la acostumbrada rapidez, y los exploradores vieron con terror, que los "mangbattu" formaban grandes hogueras.

Raúl, imposibilitado de acercarse a sus compañeros, tomó cierto instrumento como tambor, y golpeando sobre él malamente, se puso a cantar, diciendo en castellano a Raflo, lo convenido con la joven, y que ellos debían marcharse tan pronto se les facilitara, en la seguridad de que él iría a reunírseles.

Raflo, en igual forma, contestó a Raúl, que no se marcharía sin él.

Mientras tanto, Charles los miraba sin comprender lo que se decían, cosa que los exploradores deseaban.

Los "mangbattu" oían aquellos cantos, sin que en realidad les alegrara, y esto favoreció a los exploradores, pues uno de ellos tomando el tambor, empezó a golpearlo, primero lentamente y aumentando después su tono, y todos volvían sus ojos a la joven, como esperando a que ésta se decidiese a bailar. Y efectivamente, ¡era su bailarina!. La joven tomó en sus manos el pañuelo de Raúl, y estrechándolo contra su pecho, comenzó a bailar como si nada tuviera. El júbilo de los naturales no reconocía límites; hacíanle corro en derredor para contemplar llenos de arrobamiento, las vivas contorsiones de su frenética danza. Y ella, lejos de fijarse, poco ni mucho, en las muestras de aprecio de sus camaradas, buscaba, a cada vuelta, los ojos de Raúl, a quien quería interesar; y éste, algunas veces, haciéndose visible, le sonreía, y otras se ocultaba disimuladamente.

—¡Raflo, prepara a Tesoro y aléjate, yo te sigo enseguida!—dijo Raúl ténuemente a su amigo.

Raflo obedeció, y ya listo, alejóse lentamente de aquel lugar; contra la voluntad de Tesoro, que no quería marchar sin Raúl. Este que atisbaba el movimiento de sus compañeros, y que sabía no muy lejos de allí lo esperarían, volvió al grupo de los salvajes y sentándose en el suelo delante de todos, púsose a aplaudir aquellas danzas. La música hacíase cada vez más rápida y el contagio del baile empezó a producirse en aquellos seres; primero salió uno, luego otro y otro, hasta que, en pocos momentos, todos danzaban de manera desenfrenada, como si fuesen locos, y Raúl era pisoteado una y otra vez, hasta que, muy nervioso aunque sonriente, se levantó y deslizándose por entre ellos, corrió a unirse a sus compañeros, que ansiosos le esperaban, a quienes dijo angustiosamente: ¡Escapemos! ¡Ahora o nunca!

No se hicieron esperar, y Tesoro se alejó lo más silencioso posible, primero, y después corrió con la velocidad que su pesado cuerpo le permitía.

Mientras nuestros exploradores se alejaban, la tribu entera era presa de frenéticos vértigos por aquellas danzas, que parecía ponerlos fuera de sí, acompañándolas con frecuentes libaciones de cerveza, que acabó por embriagarlos completamente, olvidando por ello a los fugitivos, para pensar en que su bailarina ya podía danzar. En cuanto a ésta había notado la ausencia de los compañeros de Raúl, empero nada dijo de ello a sus camaradas, pues a esa escapatoria contribuía gustosa, no así a la de Raúl, en quien pensaba de

contínuo, y de quien no dudaba fuera correspondida. Por muy salvaje que fuese, tenía esa ingenuidad femenina; así, con tal creencia, no desconfió de su blanco galán, sino que pensó habría ido a encaminar sus compañeros, y pronto volvería a sus negros brazos.

Como esta idea no podía apartarla de su mente, a fuer de pensar en ella, le parecía que el joven tardaba demasiado, y fué languideciendo en su baile, al extremo de que por fín se sentó ya sin ánimo.

¡Para qué fué aquello! En un momento la rodearon hombres y mujeres, y enseguida, creyéndola enferma, comenzaron a buscar al joven para que la curase.

La beldad de bronce, con la intuición propia de su sexo, comprendiendo el peligro que corrían los exploradores, si se les descubría su fuga, intentó favorecerlos de algún modo, atrayendo sobre sí la atención de sus camaradas. Así es que, entonó un alegre canto, que a juzgar por el efecto producido entre los suyos, debió serles muy grato, y empezó una danza que a los pocos momentos había adquirido tal velocidad, que no parecía ejecutada por un ser humano. Su desnudo cuerpo, pintado a cuadros, como acostumbra la nobleza mangbutta, aparecía fantástico, iluminado por las rojizas llamas de las hogueras, que de continuo alimentaban, para ver mejor la ejecución de aquella danza, que quizás la joven había inventado. Pero aquella bailarina sin duda sufría...por sus tersas mejillas se veían correr líquidas perlas, que su broncínea tez hacía destacar más.

Pero nadie miraba aquel rostro, sino las rítmicas contorsiones del tatuado y bellísimo cuerpo.

¿Porqué lloraba? ¿Sufría por la ausencia de su amado? ¿Era que se había reproducido el dolorosísimo derrame sinovial? ¡Quizás ambas cosas, pues la ágil danzarina cayó al fin en tierra entre grandes lamentos!

Ya si que todo disimulo era inútil; los salvajes aquellos buscaban en todas direcciones a los exploradores, rugiendo de furor y rechinando sus limados dientes dispuestos a devorarlos.

En poco tiempo reunieron caballos, y montados en pelo se lanzaban en todas direcciones tras los fugitivos.

Mientras esto ocurría en la tribu, los exploradores eran conducidos a gran distancia, en cualquier dirección, tomada al azar por Tesoro; que si bien podía conducirlos a la salvación, lo mismo podían caer entre caníbales peores. Mas, ellos no pensaban en esto, sino en alejarse de los mangbutta.

En su pertinaz carrera, tropezaron con el mofletudo europeo, y los jóvenes, olvidando el egoismo de aquél, se dispusieron a recogerlo, cosa a que se negaba Tesoro, y que a duras penas pudo conseguirse. Logrado esto, prosiguió su precipitada marcha, sin que sus guías se ocupasen de consultar sus respectivas brújulas; así es que lo dejaron correr por donde mejor quiso.

Los caníbales en tanto, recorrían en todas direcciones el contorno, y regresaban repetidas veces a su tribu, para saber si habían encontrado a los blancos. Estas vueltas y revueltas, favorecían grandemente a los exploradores, que confiados al instinto de Tesoro, ganaban distancia protegidos por la oscuridad reinante.

¡Cuántas emociones en tan corto tiempo! ¡Cuántas persecuciones! Los cuatro permanecían callados, ninguno interrumpía el silencio de la noche, en el que repercutían las pisadas del elefante.

Cualquiera que hubiese visto aquellos cuatro rostros, hubiera notado la diversidad de sentimientos que los animaba.

Mientras Raúl, tenía en su boca un gesto de amargura y en sus lindos ojos una expresión de infinita tristeza, en Raflo podía notarse intensa satisfacción, que alegraba su rostro con feliz sonrisa. Y es que, aquel hombre amaba el peligro, y nada le producía tanto placer, como el desafiarlo y salir triunfante. En cuanto a los otros, fácil es comprender el afán que los dominaba.

Aquel silencio de largas horas fué al fin interrumpido por Charles, en quien, con la rapidez propia de sus pocos años, habíase disipado la triste impresión del gran peligro que habían corrido; y anhelando cambiar impresiones con sus compañeros acerca de lo acaecido, dijo:

—¡De buena nos hemos librado!

—¡Aún no me creo seguro!—contestó el europeo.—

—Pues ya hay mucha distancia entre ellos y nosotros, deponga su temor —contestó Raúl.—

—¡Pero, hombre...a usted nada más se le ocurriría ponerse a curar a una antropófaga!—dijo el europeo en tono de reproche.

—¡Gracias a los nobles sentimientos de Raúl, hemos podido escapar tan fácilmente!—reconvino Raflo.—

—¡Y que la bailarina se enamoró de Raúl!—exclamó Charles riendo.—

—Tienes razón, Charles, el amor contribuyó mucho a nuestra salvación —añadió Raflo—, mientras Raúl lanzaba un débil suspiro, que hizo reir al inglesito y exclamar:

—¡Cuando digo que tiene corazón de pulpo...!

Raflo sonrió ante tal símil, y Raúl, que no comprendió el alcance de esas palabras preguntó:

—¿Porqué dices que la salvaje tiene corazón de pulpo?

—¡La salvaje no...es usted!

—¿Yo? ¿Porqué dices eso?.

—Porque ustedes me contaron que los pulpos tenían triple corazón, y si es verdad que el que se enamora dá el corazón, he visto que usted con ésta lo ha dado tres veces.

El europeo, asaz envidioso, y por lo tanto deseoso de rebajarle mérito a los exploradores, con un sarcasmo inimitable le contestó:

—Mira, muchacho, todo eso que ellos te han dicho, lo he leído y oído leer, sin que por ello haga alarde de sapiencia...

—Tiene usted razón—contestóle Raflo—cuanto hemos dicho para instruir a este jovencito, no es invento nuestro; todo eso está en los libros, y el que los ha escrito, lo ha estudiado en otros muchos, cuyos autores aprovecharon los experimentos de centenares más...

En tanto Raflo así se expresaba, Laura, pensando en la comparación hecha por Charles, reía a solas, ya que la importunidad del europeo le impidió hacerlo cuando lo oyó.

A la sazón, Tesoro iba acortando su paso, por lo que Raflo dijo a sus compañeros:

—Creo que debemos pernoctar, tan pronto encontremos una aguada.

—Es lo mejor, Tesoro necesita de algún descanso, porque ya la jornada es demasiado larga—repuso Raúl.

—¡Bien lo tiene ganado el buen Tesoro!—terció Charles, que como sabemos había aprendido a amar al noble proboscidio.

—Podemos seguir algunas horas más, aunque se canse—se permitió decir el pusilánime hombrecillo.

Los jóvenes no dieron importancia a las palabras de aquel pobre, que a tal condición se veía reducido; pero Charles, que no tenía la prudencia de ellos, sustuvo con él una gran discusión en defensa de Tesoro.

Mientras tanto, Raflo y Raúl se habían entregado a sus meditaciones, rememorando dichas y dolores pasados, en que tanto gusta el corazón humano en solazarse.

—Siento como el rumor de una corriente—dijo Raflo que tenía un fino oído.

—Yo no percibo nada, pero debemos tener agua muy cerca, porque la humedad del aire me lo anuncia,—añadió Raúl,—cuya sensibilidad sustituía en parte su audición.

El europeo lanzó un suspiro, que más parecía un bufido. ¡Cuánto hubiera dado él porque los exploradores se equivocasen!

En cuanto a Charles, escudriñaba el terreno con la insistencia que lo haría Colón "cuando al fin veía morir la tarde tercera" y con la misma alegría, al descubrir un riachuelo, extendió el brazo y parodiando al gran descubridor dijo:

—¡Agua, agua!—a la vez que miraba vencedor al europeo.

Raúl y su amigo no pudieron menos que reir ante tan patético gesto.

—Hagamos alto—dijo Raflo.

Tesoro no esperó la órden de parar, y como si entendiese las palabras se detuvo al instante.

—Bien, viejo, ya querías descansar—dijo Raúl—mientras tiraba la escala a un costado del elefante. Este se arrodilló para abreviar la operación del desmonta, y tan pronto se vió libre de la ensilladura, corrió a darse su baño habitual.

Mientras los tres jóvenes se dispusieron a armar la tienda, el europeo se tendía en el suelo, como hacía tantos años que lo acostumbraba.

No tardaron los jóvenes en entregarse al descanso, que tanta falta hacía a sus nervios, que por tanto tiempo tuvieron en tensión.

SEPULTADOS VIVOS

El sol había salido hacía un buen rato, y nuestros exploradores no habían dejado su casa de campaña; por el contrario, dormían plácidamente, arrullados por el suave rumor de la corriente, que se deslizaba a pocos pasos de ellos. Los parleros pajarillos saltaban de rama en rama, en tanto las aves canoras entonaban sus dulces trinos como un himno elevado al Creador.

Raflo, como siempre, fué el primero en levantarse, siguiéndole el inglesito unos minutos después. En cuanto a Raúl, era en él habitual ser el último en levantarse, y aquella mañana se había excedido más que de costumbre, pues cuando salió de la tienda ya se veían, doraditas y apetitosas piezas de caza, cobradas por el buen Raflo.

—¡Ya está nuestro almuerzo, dormilón!—le dijo Charles con esa gracia y desenvoltura propia de los pilluelos.—

—Te aseguro que he de hacerle honor—contestó Raúl riendo, mientras bajaba al riachuelo.—

Momentos después, todos saboreaban su opíparo almuerzo y rico café, tendiéndose muellemente en el verde césped, que tapizaba la orilla del riacho.

—¡Qué bien se está aquí!—exclamó Charles, cuando hubo terminado de apurar un vaso de fresca y cristalina agua.—

—Por muy bien que se esté, debemos levantar nuestro campamento y seguir adelante... ¡siempre adelante!—contestó Raúl—en cuyo rostro se veía un velo de tristeza no exento de impaciencia.

—Sí, marchemos, no nos entreguemos a la holganza que el paraje invita —añadió Raflo.—

¿Porqué aquella momentánea tristeza e impaciencia de Laura?

El lector recordará, que ella había escrito a su amado Mario, y que esperaba encontrar en el Senegal la respuesta de éste, si vivía, o la devolución de su carta si había muerto; con lo cual saldría de una vez de la horrible

duda en que vivía. Y esta idea acababa de aparecer en su mente y de aquí aquella súbita impaciencia por seguir adelante.

Reanudada la marcha sobre el lomo del fiel elefante, de lo cual parecía muy satisfecho el europeo, cada viajero por sí, dejó vagar su imaginación por el rumbo de sus idealidades, llevando a Charles a la contemplación de la naturaleza, que a cada paso ofrecíale un bello paisaje que causaba su admiración. Parecía un ciego, que por primera vez, viera las maravillas de la creación; y era que, ese día, sentía en su ser ese optimismo, que a veces nos invade, y por el cual nos parece más bello, más encantador y sublime, lo que en cualquier otra ocasión nos es indiferente.

Varias jornadas habían rendido ya nuestros exploradores, sin que nada anormal les ocurriese en ellas, cuando se encontraron en una región habitada por unos negros de tez azabache, lo que en el momento les hizo perder todo temor de que fuesen caníbales, pues ya sabían por observación directa, que éstos tienen la tez más clara.

—Observaremos a estas buenas gentes—dijo Raflo—que al parecer son muy trabajadores.

—A juzgar por la prisa que se toman en terminar esa casa, deben serlo —asintió Raúl.—

—La obra que realizan, paréceme ha de ser para ellos un palacio, pues en nada semeja a ninguna de las otras construcciones...

—Quizás aquí no pasemos disgustos...más, yo observo en ellos un sello lúgubre que me intriga—dijo Raúl.—

—Ese será su gesto habitual...

—Pudiera ser, pero...

—¿Qué?—preguntaron sus compañeros—.

—¡Nada, nada!—contestó Raúl—tratando de ocultar cierto presentimiento que sobre ellos tenía.

Se encontraban en la tribu de los "huma" y por lo tanto, los presentimientos de Raúl no eran infundados, como luego se verá.

Seguidamente y sin ser por nadie molestados, los exploradores se dirigieron al interior de la aldea, compuesta de montículos redondeados de paja y arcilla, que constituía las chozas. Algunas eran más vastas, aunque en la misma forma; éstas las habitaban las mujeres de los jefes. ¡Pero qué mujeres! ¡Eran fenómenos de gordura! Los jefes huma, cifran su orgullo en llevar las uñas tan largas, que semejan garras de fieras, para indicar que no trabajan, y en tener sus mujeres lo más gordas posible, para lograr

lo cual, las hacen permanecer sentadas o echadas sobre unos bancos de tierra, que rodean el interior de las cabañas, y que les sirven de asiento y lecho. Sobre estos asientos hay colgados grandes calderos de leche, que sus mujeres tienen que beber a cada momento; operación que realizan con solo extender las manos e inclinar hacia sus grandes bocas aquellos recipientes.

—¡Qué glotonas!—exclamó Raúl.—

En una cabaña cercana, presentóse ante su vista una escena de la salvaje forma en que obligan a las mujeres a adquirir el hábito de la constante libación de la leche. En medio de varias mujeres que parecían cerdos cebados, se veía una joven que, aunque gruesa, conservaba aún líneas femeninas; junto a ella un hombre de alguna edad, que con un cuje en la mano, la azotaba rudamente, para que de contínuo estuviese ingiriendo leche de un negro caldero que ante sí tenía. La pobre muchacha parecía no poder tragar más de aquel líquido, pero el castigo la hacía llevar a sus labios los bordes del sucio caldero sin que apenas pudiera deglutir un solo trago. Cada vez que dejaba el caldero, el castigo se repetía y la infeliz muchacha tornaba a llevarlo a los labios, presa del pánico que el rudo castigo le producía.

Aquel acto de crueldad indignó a los exploradores, en tanto el europeo lo miraba indiferente.

—¡Pero qué salvajismo!—decía frenético Raflo.—

—¡Qué crueldad!—añadía Raúl.—

—¿Estará envenenada esa leche?—interrogó Charles.—

—No, joven, no está envenenada—dijo una voz en inglés a su espalda.—

Al volverse quedaron asombrados, pues el que así les hablaba, era un hermoso tipo de los huma, que apenas si tendría diez y seis años. Su aspecto era agradable, y su semblante envolvíalo una nube de tristeza, que no podía pasar inadvertida para ellos.

—No se asombren de que les hable en inglés,—decía—pues durante tres años estuve con una familia inglesa hasta que pude escaparme y volver a mis lares...

El asombro de los jóvenes, fué sustituído por profunda alegría, pues ya tenían quien pudiera informarles de aquellas costumbres y enseguida preguntaron:

—¿Porqué le pegan a esa mujer?

—Para que tome más leche.

—¿Con qué objeto se la hacen tomar contra su voluntad?

—Esa mujer es una de las de un jefe de aquí y se niega a engordar.

—¡Horror! ¿Pero aquí hay que engordar por obligación...?

—Las mujeres de los jefes sí...—contestó el interpelado dando un suspiro.—

—¡Pero eso es barbarie...!

—¿Y ese es el marido?

—No, ese es el padre de ella.

—¡Qué horror!—exclamó Raúl.—

—¡Oh, pero eso no es nada comparado con lo que le espera a mi amada! —dijo el mocetón en tono de amargura.—

—¿Qué le espera?—preguntáronle al mismo tiempo los jóvenes.

—Vengan hacia acá y les relataré la desgracia que me aflige.

En realidad, el rostro del joven huma, delataba un gran dolor y parecía anhelar el desahogo de sus penas con los extranjeros.

—¡No vayamos! ¡Caeremos en una trampa!—suplicó el europeo muy nervioso.—

—Sí iremos, éste hombre es sincero—contestó Raúl disponiéndose a seguirlo, por lo que los demás lo imitaron, aunque muy contrariado el timorato hombrecillo.

En una plaza no muy lejana, se levantaba una especie de palacio, junto al cual discurrían infinidad de personas con patéticos semblantes.

—¡El rey ha muerto...!—empezó acongojado el joven huma,—en momentos que, con los ojos desorbitados, miraba hacia un grupo de vacas gordísimas de brillante pelaje, que conducían hacia la plaza. ¿Porqué le impresionaba así la vista de aquel ganado?

—¡Míren, ya viene ella...! ¡Pobrecita mía...!

—¿Pero quién es ella?.

—¡Mi amada, mi novia, que va a ser sepultada!—dijo sollozando.

—Pero...¿cómo es eso? ¡Vamos, hable!—le decían los cuatro a la vez, mientras lo sacudían por los brazos.

El joven huma pareció serenarse y les dijo:

—Han de saber ustedes, que aquí existe la cruel costumbre, de que al morir el rey, se le construye un palacio, y allí se deposita junto con cinco doncellas de las más bellas.

—¡Qué crimen!—exclamó Raflo, que había comprendido todo.—

—¿Y qué tiempo están con el cadáver?—interrogó Raúl.—

—¡Hasta la eternidad! ¡Allí mueren ellas!

—¡Horror, no lo permitamos Raflo!

—¡No delires Raúl! ¿cómo vamos a impedir lo que en ellos es costumbre?

—¡No lo consentiré! ¡Mira, en realidad son bellas! ¡No, no morirán! ¡Expondré mi vida por salvarlas!

—¡Escucha, Raúl! No seas tan vehemente, que pudiera serte funesto.

—¡Lo que quieras, amigo mío, pero no dejaré que se cometa ese crimen!

—¡Piensa, Raúl, que eso es sacrificar tu vida inútilmente.

—¡De todos modos lo intentaré...será mas satisfecho que lo que yo pueda vivir después de ver enterrar a esas jóvenes vivas!

—¡Nos iremos ahora mismo para no verlas!—contestó Raflo.—

—Sí, sí, marchémonos—dijeron a la vez los otros.—

—¡Pueden ustedes irse si les place, yo me quedo para salvarlas o morir con ellas... ¿qué importa?; después de todo, vale más morir bien que vivir mal.

Raúl habíase transformado, sus mejillas estaban encendidas, sus ojos brillantes y sus largos cabellos en desorden orlando su frente, dábanle un aspecto de feminidad, que contrastaba con la virilidad que sus palabras denotaban.

El joven huma estaba asombrado al ver el arrojo de aquél joven, y Raflo parecía intranquilo por temor de no poder convencer a su vehemente amigo. En cuanto al europeo, estaba insultado con el generoso joven; y Charles por su parte pensaba: ¡éste Raúl se pierde por las mujeres!

La situación era embarazosa por demás, y se agravó cuando vieron que, formando dos filas con las vacas, colocaban entre ellas las cinco doncellas, víctimas de la inhumana costumbre.

—Pero, ¿porqué las ponen defendidas por esas vacas? ¿no son mansas? —interrogó Raúl nervioso.—

—No son para defenderlas, sino que esas cincuenta vacas, tienen la misión de acompañar el espíritu del rey, junto con las cinco doncellas, hasta encerrarlas en el mismo palacio—contestó el angustiado huma.—

—¡Qué salvajes! ¡Qué tremendo crimen y que ustedes no lo eviten!— exclamó con vehemencia Raúl, dirigiéndose a donde estaban las jóvenes.

Un grupo de humas que desde hacía rato observaban los gestos de Raúl, se aproximaron a él y lo sujetaron por un brazo. Raflo y Charles se abalanzaron; pero el joven huma les dijo que se tranquilizaran, que él lo arreglaría, para lo cual se acercó a los que habían detenido a Raúl, y con el propósito de defender al joven les manifestó, que aunque vestía Raúl como hombre, no era tal, sino una mujer.

Con tal embuste, aunque dicho con la mejor voluntad, solo logró empeorar la situación, que por su extrema sensibilidad y vehemencia se había creado la pobre Laura.

Tan pronto oyeron que se trataba de una mujer, decidieron que también acompañara el espíritu del rey, corriendo la misma suerte que las otros doncellas y las cincuenta vacas. Al oir tal cosa el pobre joven huma, se desesperó, y viendo que había contribuído a la perdición de Raúl, se propuso salvar a los otros.

En el momento que sacaban el cadáver del rey, Laura fué colocada entre las filas de vacas, junto a las otras víctimas. Tanto ella como sus compañeros, se dieron cuenta del grave peligro que corría, y éstos forcejeaban por abrirse paso para arrancarla de aquel grupo.

Raúl, comprendiendo que la situación de sus compañeros no era menos peligrosa que la suya, tuvo una idea luminosa y la expresó así:

—¡Tranquilízate, Raflo! ¡Tengo el recuerdo de Jak...y todo lo demás!

Estas palabras calmaron a Raflo, quien a su vez trató de tranquilizar al pobre Charles, que en aquellos momentos se sentía con valor para cualquier cosa, con tal de salvar a su querido Raúl.

El cortejo fúnebre avanzaba, y Raflo y sus compañeros procuraban ir lo más cerca posible de su infortunado amigo.

Era conmovedor el cuadro de aquellos seres que formaban tan heterogéneo cortejo. Las vacas bramaban, los dolientes sollozaban, las víctimas gemían, y Charles se deshacía en improperios contra aquella gente, solo entendido por el joven huma, que se daba frecuentes golpes de pecho, mientras la mayoría entonaba un lúgubre canto.

En medio de aquél caos, solo se veía un semblante sereno y sugestivo, por cuya mente debían cruzar sublimes pensamientos de liberación.

Ese rostro era el de Raúl, que aparecía con una belleza angelical en medio de las vírgenes negras. Tal era el nimbo que la circundaba en aquellos tétricos momentos. Raflo viendo así a su amigo, no pudo menos que pensar en Juana de Arco, cuando llevaba sus guerreros a la victoria.

—Pero ¡oh,! no cabe el símil—dijo en alta voz, mientras su semblante tomaba fiera expresión.

—¡Raúl, amigo del alma, no partiré sin tí!—le dijo con efusión.—

—¡Esta noche estaré a tu lado! ¡Dios me ayudará!—dijo Raúl— aunque parecía que las fuerzas le faltaban, y lo que es peor, la fé: esa fuerza invisible que nos sostiene y que en muchos casos nos hace vencer. Y era que la

joven había visto abrir la gran puerta del recinto, por donde entrarían para cerrarse luego tras sí, sin saber si podría trasponerla de nuevo, y un fuerte calofrío recorrió todo su cuerpo. No se puede uno sentir valiente ante la horrible realidad de verse sepultado vivo.

Al llegar a la puerta, el cuadro se hizo mas desolador. Las víctimas, que debían entonces cargar el difunto rey, gritaban y se negaban a entrar el cadáver, sabedoras de que nunca más saldrían de allí. Las vacas, como si conociesen el peligro y asustadas por la gritería formada por las doncellas, bramaban y trataban de escapar, siendo perseguidas y obligadas a entrar. Charles, en medio de aquella confusión, pensando libertar a su amigo, se acercó a él y tomándolo por un brazo lo arrastró tras sí; pero todo esfuerzo fué inútil, lo que consiguió fué ser empujado con su amigo al interior de aquél lúgubre recinto, que les serviría de tumba.

Raflo vió caer aquella maciza puerta tras la última res que entró. Buscó a sus compañeros y se encontró completamente solo, pues todo aquel acompañamiento se alejaba corriendo. Estaba desesperado por la desgracia de su amigo. Y de Charles ¿qué había sido?. El ignoraba que estuviese corriendo la misma suerte de Raúl. Triste y pensativo se dejó caer al suelo y se puso a meditar. Unos ahogados sollozos lo sorprendieron y descubrió al enamorado huma, que en un costado del palacio, lloraba su perdida novia. También, el fiel Tesoro, vino a reunírsele en aquel momento.

—¡Oh, venceremos, tengo mucha fé en ello!—exclamó Raflo.—

La noche cerró en medio del recio aguacero, y los relámpagos y truenos se sucedían; el viento mugía por entre los copudos árboles que parecían próximos a desgajarse, por el impulso del huracán. En la aldea de los huma no se distinguía una sola luz; ni un ser humano se veía por aquellos contornos, pareciendo aquello una región deshabitada, o mejor un cementerio, pues aquellas cabañas de forma redondeada, más parecían tumbas.

En aquella triste soledad y junto a una cabaña grandísima, de aspecto, mejor que las otras, se divisaban dos cuerpos que parecían fantasmas, ávidos de penetrar en aquella tumba, que no otra cosa era la inmensa cabaña, a que los naturales denominaban palacio; en donde yacían sepultos los seres de sus más caras afecciones.

A la luz de los relámpagos se veían las fantásticas figuras, negra una y blanca la otra, moverse febrilmente. Y junto a ellos un gigantesco proboscidio extendía constantemente su enorme trompa y arrancaba materiales de la gran cabaña, que dejaba caer a su lado.

No mucho tiempo invirtieron en su fatigosa tarea, cuando lograron abrir un boquete en el muro, casi a la vez que otro aparecía muy cerca, hecho desde dentro por Charles y Raúl en su afán de liberación.

No es para descrita la alegría que experimentaron aquellos seres al verse fuera del recinto, que como tumba les fuera destinado, como la del buen Raflo, que no esperaba un resultado satisfactorio tan pronto, en su afán de rescatar a sus compañeros.

Las muchachas huma, que de cerca seguían el movimiento de los blancos, tan pronto éstos estuvieron fuera, los imitaron, y hubo necesidad de correr tras ellas, para prevenirlas de lo infructuoso de su huída si se dejaban ver de los suyos, ya que serían de nuevo encerradas. Estas sugestiones hechas por el joven huma las convenció, y volvieron de nuevo frente a los boquetes por donde habían escapado, los que pretendían tapar antes de marcharse.

En tanto esto acontecía, las pobres vacas sacando por los huecos sus cornamentas, luchaban por abandonar también aquél recinto.

—¡Tapemos pronto, antes que se vayan!—dijo el huma—mientras las muchachas se disponían a trabajar.

—¡No, al contrario—dijo Raúl—no puedo permitir que esos indefensos seres mueran por inanición,—y se puso a ensanchar el boquete para unirlo al otro.

—¡Es que las muchachas no quieren que el rey quede solo!—dijo el huma.—

—Pues que entren y lo acompañen—dijo una voz detrás de ellos.

Al volverse se encontraron al europeo que se les acercaba.

—¡Ah, ya apareció usted!—dijo Raflo disgustado.—

—Todo lo he visto desde mi escondite; ya nos podemos marchar a escape!—contestó.—

—¡Hasta tanto no vea libre la última vaca, no puedo partir!—exclamó Raúl—que había probado el suplicio aquél.

El ganado, apenas, vió espacio suficiente, salió espantado. De no haber sido por el fuerte retumbar de los truenos, hubiesen sido descubiertos, por el ruido que aquellos pobres seres formaban en la huída.

—Ahora, jóvenes, ustedes deben marchar, que nosotros reconstruiremos esto a fin de no ser descubiertos—dijo el huma—dirigiéndose a los exploradores.

—Nosotros les ayudaremos—contestó Raflo—siempre generoso.

—No, no, ustedes no deben detenerse; no podrían escapar tan fácil como nosotros; conozco un lugar seguro en donde refugiarnos y vivir felices.

—El tiene razón, Raflo—añadió Raúl—debemos partir ahora mismo.

—Sí, sí, ellos se salvarán; huyamos—dijo Charles nervioso.—

—¡Partamos!—exclamó Raflo.—

En cuanto al europeo, desde hacía rato estaba en la tentativa de subir sobre Tesoro, sin que éste se lo permitiera. Gracias a que el noble animal no obedecía sus mandatos, no se quedaron los jóvenes abandonados en aquel peligro; porque de haberle obedecido, sin escrúpulo ninguno, los hubiese abandonado el europeo.

A la voz de partamos, Tesoro se acercó, y en un momento su enorme trompa transportó sobre sí a los tres jóvenes, negándose a dejar subir al europeo.

—¡Vamos, Tesoro, obedece!—le dijo enérgico Raflo.—

—¡Vaya, viejo, deja subir al pobre hombre!—repitió Raúl con ternura.—

El elefante seguía obstinado en no admitirlo, y Raflo tuvo que lanzarse a tierra para ayudar a subir al europeo, a la vez que también él lo hacía y ordenaba:

—¡Corre Tesoro!

Era inútil la orden. Tesoro mortificado por haberlo obligado a cargar con aquel hombre, que su instinto le hacía odiar, tan pronto Raflo subió, partió a todo escape, y corrió durante horas y horas, por bosques y sabanas, ríos y lagunas; nada lo detenía, ningún obstáculo lo amedrentaba, era el salvaje elefante que obedecía a su instinto. Nadie decía una palabra; se sentían sobrecogidos con tan fantástica carrera.

Al fin, a eso del amanecer, fué rebajando el paso como si se hubiese ya desfogado, e hizo alto bajo un frondoso árbol.

Los exploradores que sabían, que habían hecho una jornada de muchísimas leguas, y que por lo tanto estaban a salvo del alcance de los huma, decidieron reposar allí.

—¡Cómo has corrido, Tesoro!—le decían—mientras lo libraban de su ensilladura.

—¡Anda viejo, aliméntate ahora!—le decía Raúl—. Mas el animal dando media vuelta de manera que el europeo no le quedara en frente se echó.

—¡Estás muy cansado, pobrecito!—le decía Raúl—acariciando su rugosa piel.

—Yo le traeré yerba fresca—dijo Charles—y partió a buscarla.

Desde hacía muchas horas, la lluvia había quedado atrás, y en el lugar en que se encontraban, se notaba hacía tiempo que no llovía.

El cielo estaba encapotado; densos nubarrones veíanse unir formando uno solo, dando la sensación de una baja techumbre. Tesoro miraba aquellos nubarrones y levantaba hacia ellos su enorme trompa como en amenaza.

Charles se presentó con un gran mazo de yerbas, que Tesoro devoró en corto tiempo, y cuando se disponía a marchar en busca de más, fué alcanzado por la trompa de Tesoro y obligado a detenerse.

—¡Obedece Charles; creo que va a granizar muy pronto!—le dijo Raflo.—

—¿Porqué lo cree?—interrogó Charles—a la vez que se sentaba.

—Porque veo los cúmulos-nimbos y la actitud de Tesoro.

—Lo de Tesoro lo sé, pero...eso que usted dice nó: ¿dónde los vé? ¿Qué cosa son?.

—Charles, los cúmulos-nimbos son esas nubes que se ven, las cuales tienen centenares de metros de espesor, y es de las que proviene el granizo.

—¡Ah, yo no sabía nada!—dijo como siempre el inglesito—mirando al cielo.

—¡Quiera Dios no sea un pedrisco!—terció Raúl—mirando al espacio también.

—¿Un pedrisco?—interrogó Charles.—

—Pienso que no; pues no estamos muy al sur, que es donde caen—añadió Raflo.—

—¿Pero qué,...caen piedras...?

—De granizo, capaces de perforar cubiertas de hierro—contestó Raúl.—

—¡Ay!—se oyó decir al europeo, que hasta entonces no había hablado.

—¿Qué, algún pedrisco le perforó el hierro de su cabeza?—dijo el chusco jovenzuelo.—

Momentos después empezó a caer una terrible granizada. Aquello semejaba a millares de ametralladoras en función. Talaban montes, retumbaban los truenos; los gajos crujían y se partían, los animales corrían amedrentados, los monos chillaban; el viento mugía, silvaba, rugía; y los granizos, algunos del tamaño del puño, caían, caían sin cesar. Solo entonces se dieron

cuenta los viajeros, que aquel corpulento árbol tenía junto a sí otro con el tronco completamente ahuecado, que les sirvió de admirable refugio.

Por suerte, aquella horrible granizada duró solamente algunos segundos, siguiendo su ruta hacia el sur; pero en ese corto tiempo dejó transformado el paisaje. El suelo habíase convertido en esmeraldina alfombra formada por el cúmulo de hojas arrancadas por el viento, sobre las que brillaban inmensidad de piedras de granizo de todos tamaños.

Los cuatro hombres salieron de la oquedad en que habían permanecido como sardinas en latas. Charles, que, por la conducta del europeo, habíale tomado mala voluntad, correspondiendo así a la antipatía que le demostraba el hombrecillo, dijo:

—Si usted se hubiese quedado, no hubiéramos estado tan apretados.

—Mejor hubiera sido que usted permaneciera donde lo enterraron —contestó el aludido.

—¡No se hablen así!—terció Raúl—y añadió:—demos gracias a Dios y a Tesoro que nos condujo hasta aquí.—

—Lo que sería bueno es, que el europeo tomara otro camino...

—¡Calla, Charles...!

—Yo lo decía, porque si había otro pedrisco, no íbamos a encontrar otro tronco tan grande como éste—contestó Charles disimulando.—

—Podemos encontrarlo más grande aún...

—¿Qué dice? ¿Más grande?.

—Parece que has olvidado el que viste en Pretoria.

—¡Ah, no; pero ese es único!

—No lo creas Charles. En California los hay tan gruesos, que yo he pasado en automóvil por entre un árbol que le habían dado ese corte expresamente para dar paso.

—¡Oh, que lindura!—dijo el ingenuo joven.—

—¿Y qué más vió? ¡Cuénteme!—decía—mientras algunos granizos se deshacían en su boca.

—¡Vamos a tomar nuestro café!—dijo Raflo interrumpiéndolos.

—¡Qué olorcillo...!—exclamó Charles.

—Debemos preparar un buen almuerzo, ya que ayer no comimos nada —insinuó Raflo.—

—¡Qué será de las pobres muchachas huma!—dijo Raúl, algo contristado.—

—¡Ahora recuerdo que estuvimos enterrados vivos!—exclamó Charles.—

—¡Sepultados!—enmendó Raúl.—

—¡Ay, Raúl, qué terror pasé!... si usted no está a mi lado, soy el primero en morir...¡cómo bramaban las vacas!

—¡Qué cruel costumbre!—se oyó decir a Raflo, a la vez que, dirigiéndose a Raúl le decía:—En lo sucesivo tienes que ser más prudente amigo, de lo contrario estamos propensos a correr nuevos peligros.—

—¡Y menos enamorado...!—añadió Charles riendo.—

Estas palabras tuvieron la propiedad de provocar la risa en Raúl a la vez que decía:

—No hablemos más de esa aventura, que solo tristes recuerdos trae a nuestra mente.

—¡Sí, sí, lo triste darlo al olvido!—añadió Raflo.—

Raúl dió un giro distinto a la conversación diciendo:

—No debemos temer nueva granizada: ya Tesoro se va a comer.

En efecto, Tesoro había salido de bajo el gigantesco árbol, poniéndose a pastar tranquilamente. Su instinto le decía que el peligro había pasado.

Hacia las nueve de la mañana, ya los negros nubarrones habían desaparecido por completo, y solo se divisaba allá, en las profundidades del espacio, alguna que otra nube.

—¿Te parece Raúl, que reanudemos la marcha?—interrogó Raflo.

—Sí, ya Tesoro ha descansado...

Charles, que tenía muchísimo sueño, miró con seriedad el espacio, y con toda gravedad, como quien está seguro de lo que habla dijo:

—Parece que va a granizar otra vez...

—No Charles, no lo creas, mira los cirros.

—¿Y qué son cirros?.

—Esas nubes altísimas que se ven—contestó Raúl.—

—La verdad que se ven altas...¿a qué distancia estarán?

—A unos diez mil metros, poco más o menos.

—¡Oh, que lejos!...¡yo no sabía nada!—exclamó Charles repitiendo su cantilena, y se quedó pensativo.

En poco tiempo estuvieron listos y emprendieron la nueva jornada. Tesoro parecía haber cobrado nuevos bríos, marchando con paso firme y rápido, aunque sin llegar a la carrera, pero que, los alejaba mucho del territorio de los huma.

Los viajeros iban silenciosos, y aunque Charles ardía en deseos de que sus protectores le hablaran de algo, no se atrevía a insinuarlo. Intentaba preguntar al europeo, con tal de satisfacer su curiosidad; pero como siempre terminaban disgustados, se eximía de hacerlo. Mas, tan prolongado silencio era demasiado para el locuaz jovencito, así es que, resuelto a hacer las paces con él, tratando de empezar por algo que pudiese agradarle, comenzó:

—¿Dígame compañero, de qué país es usted?

El europeo, que así se había hecho llamar, y que era por demás rencorista, aprovechó esta oportunidad para zaherir al joven contestando:

—Me es lo mismo que opines que sea de cualquier parte...con tal que no sea de Inglaterra...

—Ya quisiera usted poder ser de mi país—contestó airado Charles.

El europeo, viendo que había herido el amor patrio del joven añadió:

—Estoy satisfecho de no haber nacido en una país tan...

Charles no le dejó terminar, interrumpiéndole para decir:

—¡Tan grande, noble y liberal; un país que posee la ciudad mas grande del mundo, la ciudad que cuenta con más puentes, pues en ella hay veinte que cruzan el Támesis, a cual más hermosos; Londres, la amada, la bella ciudad que tiene más habitantes que cualquier otra, la que cuenta con más casas, pues si se pusieran a continuación unas de otras, atravesarían toda Europa y Asia...la ciudad en que cada hora se levanta una casa...!

Esto lo había oido recientemente Charles de boca de sus protectores, y quedándole grabado en su memoria; pero no conforme con cuanto había dicho, continuó así:

—Y dentro de un año se le podrá dar, uniendo sus casas, más de cien mil vueltas al mundo..

Raflo y Raúl, que habían escuchado con simpatía la veraz y calurosa defensa, que con tanta verbosidad hacía de su patria, no pudieron por menos que prorrumpir en estrepitosa risa, al oir tal desatino.

Charles, que era listo, comprendió que aquella cifra,—lo único de su cosecha—era lo que movía a risa a sus protectores, por lo que, queriendo enmendar su exageración, dijo resueltamente:

—No será cien mil veces; pero sí un millón.

Este nuevo disparate promovió la hilaridad en todos. Charles, entre apenado y satisfecho, por haber provocado aquella risa que rompía el mutismo de los exploradores, dijo:

—¡Alguna barbaridad he dicho...! ¡Si yo no sé nada de nada!—Terminó triste.

—¡Pobre amiguito; es preciso que estudies!—Le dijo dulcemente Raúl.

—¡Oh, si usted fuera mi maestro!—Contestó con humildad.

—¡Lo seré!—Dijo con énfasis Raúl.

Aquella afirmación llenó de alegría a Charles. ¡Ya podía preguntar libremente. ¡Qué dicha, saber tantas cosas que ignoraba! ¡Al fín vencería la ignorancia!

Desde aquel instante, la Naturaleza fué el libro inimitable en que Charles agradablemente aprendía; aquellos bosques serían su academia, siempre variada, y el lomo de Tesoro, su pupitre. Con esta perspectiva. toda rencilla con el europeo había desaparecido.

Mientras tanto, Tesoro dejaba tras sí millas y más millas, y en varias jornadas se encontraron a la vista del lago Chad. Este es un hermoso lago, del que Raúl dijo a su amiguito tenía cinco mil quinientas hectáreas de superficie, y que solo en la época de lluvia llega a tener unos cinco metros de profundidad.

Mientras así hablaba, Raflo dirigía a Tesoro por la parte sur del lago, a fin de alejarse de tal lugar, en que había horrible plaga de mosquitos. Cuando estuvieron libres de ellos, hicieron alto para descansar, tanto ellos como el buen Tesoro, que después de la muestra de soberbia que les había dado con su carrera desordenada, aparecía más sumiso, y cada vez dispuesto a rendir más larga jornada. ¡Pobre ser...! ¡Cuántos inexpresados pensamientos bullirían en su tosca cabezota! Muchas veces mientras pastaba, parecía vesre triste, y vuelto al sureste levantar su trompa hacia allá, quizás recordando a Fred, Rea y los pequeñitos.

Hacía un rato que los exploradores contemplaban esa actitud del noble proboscidio, cuando lo vieron volverse hacia un lado y mirar con bastante atención, prueba inequívoca de que alguien se acercaba. Las jóvenes pusiéronse al acecho, logrando oir un leve y acompasado ruído, que les pareció un redoble de tambor lejano. Y no después de mucho esperar, presentóse ante su vista un grupo de negras como jamás habían visto, que motivó en ellos un silencio absoluto, deseosos de poderlas observar sin ser vistos.

El sonido acompasado que se oía, lo producían aquellas negras al andar. Sus enormes labios, cual si estuviesen provistos de flexibles muelles, movíanse al compás de su paso, formando al chocar uno con otro, el ruído que atrajo la atención de Tesoro y los exploradores.

Raúl, dándose cuenta de ello, exclamó asombrado: ¡Horror...! ¡Qué labios! ¡Si parecen panderetas...!

Los otros, a su vez, prorrumpieron en tales exclamaciones de asombro, que las negras detuvieron su paso, para después partir más ligeras, seguidas de cerca por los exploradores, ansiosos de conocer sus extravagancias y costumbres.

En realidad, había para asombrarse con esas mujeres que habitan el S. del lago Tchad, y que son tribu de los Saras-Djinges, a quienes Natura no las formó ni más ni menos feas que a las otras salvajes; pero ellas, voluntariamente se han deformado, al extremo de ser monstruosas. Según refiere Grandidier, Secretario General de la Sociedad Geográfica, esas mujeres sacrificaron su boca, para evitar la persecución de los blancos, que las tomaban como esclavas; y la fuerza de la costumbre les hizo creer que, mientras más deformadas, más hermosas se veían; por eso desde pequeñas se introducen en los labios unos trozos de madera, que van cambiando de tiempo en tiempo, y al llegar a la adolescencia ya el labio inferior parece un plato mediano, que se mantiene horizontal; pero como en toda su vida persisten en la misma idea de ampliación, cuando llegan a la edad madura, las más presumidas logran alcanzar setenta y cinco centímetros de extensión y aun más, que cayéndoles sobre el pecho les dá un aspecto horrible.

Mientras los viajeros seguían en silencio tras las negras, se oyó decir a Charles:

—¡Aquí si que no hay peligro para Raúl!

—¿Porqué?—le preguntaron.

—¡Porque no se enamorará de ningún adefesio de boca de palangana!—Dijo en tono de chanza.

—¡No te preocupes amiguito: de eso respondo yo!—Dijo Raúl, a la vez que dejaba escapar sonora carcajada.

Por fín, los exploradores se encontraron junto a las cabañas habitadas por aquellos seres, en donde Raúl, observador constante de cuanto encontraba a su paso, dijo a sus compañeros:

—¿Se han fijado en que solo las mujeres son las deformadas?...

—Sí;—contestó Charles—¿y usted lo siente?

—Me extraña, Charles, aunque no te niego que me causa pena ver tal deformación.—Replicó Raúl sonriendo.

—Tengo curiosidad por verlas comer—dijo Raflo.

—Y yo estoy contento porque veo que no podrán morder.—Añadió Charles.—

No tuvieron que esperar para ver satisfechos sus deseos. Las negras que habían vuelto cargadas de mijo, no tardaron en darle aquel espectáculo a los exploradores.

Es por demás curioso verlas comer, para lo cual depositan en su labio inferior, el mijo de que se alimentan, inclinando después la cabeza hacia atrás a fin de que les caiga en la cavidad bucal; las mujeres que han desarrollado tanto su labio que les cuelga sobre su pecho, lo sostienen por debajo con una mano, mientras con la otra echan el mijo de que se alimentan.

Esta escena causaba risa a los exploradores, en particular a Charles y el europeo; pero lo que más hilaridad les hubiese causado, era verlos acostados, la esposa con su bandeja carnosa sobre el hombro de su marido, como señal de fidelidad y de cariño.

—¡Pero si estas mujeres tienen un verdadero encaje en el pecho! —Exclamó Raúl lleno de asombro.

—¡Ya Raúl les encontró algo bonito!—Dijo riendo el picaresco Charles.

—Sí, me he fijado en que ese encaje está formado por cicatrices— terció Raflo, en tanto reía el chiste del jovenzuelo.

En aquel momento observaron un grupo de nativos que se dirigían hacia varias jóvenes, cuya poca edad se notaba, aparte de su frescura juvenil, en que sus labios apenas si llegaban a la circunferencia de un platillo.

Los jóvenes se mezclaron en aquel grupo y pudieron ver como se tatuaban de formas tan variadas y caprichosas. Un hombre—el artista—se colocaba frente a ellas y les hacía varias incisiones en la región pectoral, en las cuales iba introduciendo líquidos, ya blancos, ya rojos, que eran los colores que se destacaban más en su negra piel. Entre aquellas jóvenes las había que por primera vez se sometían a aquel bordado, y otras que los tenían empezados, mientras a otras solo les faltaba el toque final. Por lo cual los observadores pudieron comprender, que no los hacían de una sola vez, sino por sesiones, y cuando ya habían cicatrizado las primeras incisiones.

—¡Qué estoicas!—Exclamó Raúl.

—Quizás esos líquidos constituyan a la par que un ornamento, un lenitivo a su dolor.—Añadió Raflo.

—¡Vean que orgullosas lucen sus cicatrices de colores!—Observó Charles algo burlón.

—Sí, parecen estar satisfechas de que las miremos con curiosidad...

—Esos adornos constituyen sus vestuarios, aparte del manojo de hojas que usan las de más edad colgado de la cintura.

—Será una lástima para ellas, el que un ornamento que les cuesta sangre, quede al andar de los años, oculto por el colgante labio inferior.—Dijo Raflo.—

—Supongo que no les será motivo de disgusto, ya que ellos mismos procuran tener ese labio cada vez de mayores proporciones.—Contestó su amigo.

Nuestros exploradores, sin tener ningún acontecimiento desagradable que lamentar, sintiéndose optimistas salieron de aquella tribu, y durante el trayecto conversaron como hacía tiempo no lo hacían. Algunas horas de marcha llevaban, comentando las costumbres salvajes, cuando Charles preguntó:

—¡Raúl: ¿cómo será que habiendo pasado del medio día siento ahora más calor?.

—Es debido a que a medio día estabas junto a un lago y ahora estás lejos.

—Entonces, los que viven en el interior donde no hay agua, sienten más calor...

—En efecto... Por ejemplo: New York, que tiene una temperatura anual media de 11°, está en la misma latitud que Nápoles, y la de esta Ciudad es de 16°, debido a que una tiene clima marítimo y la otra continental.

—Lo que yo quisiera saber es en que consiste, que unas veces hay muchísimo calor y luego temblamos de frío...

—Las estaciones consisten, en que el eje de rotación de la Tierra, forma un ángulo de veintitres y medio grados con el plano del Sol.

Charles suspiró y se quedó pensativo, y Raúl, que no tenía ganas de hablar de tema tan conocido, guardó silencio.

Tesoro en tanto parecía más ligero en su marcha, como si tuviera prisa por llegar a determinado lugar, si bien demostraba estar triste a medida que el tiempo transcurría, lo que atribuían los exploradores a la mala impresión que le causara llevar sobre su lomo al europeo, con quien poco o nada simpatizaba.

Pudiera ser tal vez, porque conociera la proximidad de la región por la que tan difícil le era transitar, por no estar su naturaleza adaptada para los lugares arenosos,- carentes de agua y vegetación.

Raúl se sentía muy contento de las largas jornadas que cada día rendía el fiel Tesoro, pues como sabemos creía encontrar carta de su amado Mario,

en la ciudad de San Louis, donde creyó llegar mucho antes de lo que lo harían.

En cuanto a Raflo, nunca tenía prisa; el pensaba en que el destino se cumpliría tal cual estaba designado, y que la voluntad humana no lo modificaría en absoluto.

¿Sería la suya una teoría errónea? ¿Sería fundada?

¡Arcano! ¡Cada cual es feliz según sus creencias!

Raúl, por el contrario, creía que todo dependía de la oportunidad, a quien debía perseguirse incesantemente, por ser ésta esquiva y veleidosa. No obstante la divergencia de opiniones, estos amigos jamás discutían estos asuntos. Ambos respetaban sus ideas, sin que ninguno tratara de imponer la suya; única manera de obtener el respeto y estimación de los otros.

Aquella tarde se sentía un calor casi enervante. Tesoro se negó a caminar más, y movía sin cesar sus enormes orejas.

—Debemos prepararnos Raúl; paréceme que se nos va a presentar un simún.

—¿Es antropófago?—Interrogó Charles, que siempre tenía la cabeza llena de ellos.

—No, Charles, el simún es un viento muy caliente.

—¿Será como el favonio?

—Sí; pero no el favonio de los poetas, sino un viento seco y caliente, que baja con fuerzas de las altas montañas, de las cuales derrite los hielos, que cual desbordado torrente se precipita a los valles; viento que, arranca bloques de piedra, puertas y casas: que por una parte apaga el fuego en los hogares y por otra incendia las casas de maderas; un viento en fin, que los animales caen abatidos y el hombre siente una depresión y laxitud tal...¡un desfallecimiento!

—¡Ay, qué horror...!Y...¿cómo empieza?—Interrogó alarmadísimo Charles.

—Empieza por ráfagas frías, seguidas de gran calma. Sopla dos o tres días arrasando con los sembrados y dejando tras sí, ruina, desolación y muerte.—Contestó Raflo.

El inglesito estaba tan atento a lo que oía, que parecía contener la respiración, no por que en esta vez se propusiese aprender, sino por el pánico que de él se había apoderado.

—Esos vientos son como el Leveché, el Leste, el Harmattan de Guinea, el Chavasin y el Scirocco de Sicilia...

Raflo interrumpió a Raúl para decirle:

—Yo presencié una lluvia de sangre en Sicilia.

—¡De sangre! ¿Pero es que llueve sangre?—Preguntó el inglesito azorado.

—Se les llama así, por el color rojo del agua que cae, y el cual es debido al polvo rojo que trae en suspensión.—Explicó Raúl.

—¡Ah, tantas cosas raras les he oído a ustedes, que me creí era sangre de verdad!

Raúl agregó:

—Mi buena madre me contaba, que encontrándose ella en el Cairo, el 30 de abril de 1875 a las doce del día, estando el cielo completamente despejado, se presentó rápidamente la tempestad del Chamsin; oscureciéndose todo al extremo de tener que hacer luces; pero esta oscuridad duró muy poco, presentándose en su lugar una iluminación tan viva amarilla, que deslumbraba, por lo que había que cerrar los ojos, y aun a sí, persistía el deslumbramiento de la luz de azufre. No había relámpagos; pero las chispas eléctricas eran profusas, siendo un espectáculo impresionante oir el rugir del huracán, que arrancando puertas y ventanas las hacía volar por los aires. El sol no tenía brillo, estaba como la luna. Los animales parecían como si estuviesen muertos, y ante aquel horrible calor, aquel deslumbramiento, aquel cruzar de chispas eléctricas y aquel ruido ensordecedor, de árboles derribados, tejas que vuelan, puertas que caen, techos que crujen y huracán que silva, brama, ruge, las personas yacían con una agonía de asfixia.

Raúl se interrumpió al ver que el europeo sacando una imágen que en el pecho traía oculta, la colocó en el suelo y se puso a orar ante ella de rodillas.

Raflo, que era un verdadero iconoclasta, se abalanzó a él con ánimo de arrebatársela.

—¿Qué vas a hacer, amigo mío?—Le interrogó Raúl deteniéndolo.

—¡Pero no ves lo que hace ese necio!

—¿No ves que para rogar que nos libre de tal cosa tiene que postrarse ante... una cosa?

—¡Sí, lo veo, amigo mío; déjalo!

—¡No puedo ver esas cosas...! Y tú, Raúl, que no concibes a Dios como un hombre; ¿no te sientes indignado ante tal fanatismo?

—Permíteme que te explique, amigo mío; pero ven hacia acá donde solo tu me escuches.

—Yo no concibo a Dios como un hombre, no; aunque considero al hombre una maravilla de la creación, no le doy en mi mente al creador nuestra forma. Tampoco necesito para amarlo, ni lugares determinados, ni altares, ni imágenes. Pero no condeno que hayan lugares, altares e imágenes, sino que lo creo no solo oportuno, sino bueno y necesario...

—¡Te vuelves un enigma, Raúl... lo confieso!...Tú, que no eres antropomorfita, crees necesario las iglesias...

—¡Y altares e imágenes!—Añadió con firmeza Raúl.

—¡No me explico, amigo mío, como dices ser necesario, lo que afirmas que no necesitas!

—Y así es Raflo; yo no lo necesito; pero comprendo que la Iglesia es muy necesaria; con solo entrar en ella, sienten las almas un recogimiento, una sensación de dulzura y bondad, que fuera de ella, no todas las personas están preparadas para sentir. La iglesia, amigo mío, se siente como llena de buenos pensamientos, que nos hace amar el bien; los altares tienen algo de imponente y sugestivo, que inclina a la meditación; y las imágenes son necesarias para fijar la mente del que quiere invocar, implorar o dar gracias, y que sin estos requisitos, se encontrarían en el vacío y no sabrían a quien dirigirse, y por lo tanto su oración no sería con el fervor que esas imágenes les produce, ni el respeto que ellas les impone. ¿Me comprendes ahora?...

—¡Oh, sí, amigo del alma, te comprendo y te doy toda la razón... hasta hoy soy iconoclasta...estoy arrepentido de mi intransigencia, y abochornado de mi poca comprensión, de lo que tu tan diáfano me presentas !¡Voy a pedir al europeo que me dispense...!

—No tienes que decirle nada, Raflo, porque él, en su fervor no se dió cuenta de nada.

El sofocante calor había pasado, llevando de nuevo la tranquilidad a aquellos viajeros; por no haber llegado a presentarse el temido fenómeno; suaves ráfagas hacían mover las hojas de los árboles; las aves volvían a entonar sus dulces trinos, y el elefante a pastar. Raúl se abrochó rápidamente el cuello de su camisa, que, como los otros había tenido que abrir por el calor, dejando al descubierto su alabastrina y bien modelada garganta.

A pocos momentos se les presentó el europeo, sonriente como jamás lo había estado, y presentándoles su imagen les dijo:

—Es muy milagrosa. ¿Vieron que pronto pasó el peligro cuando la saqué? ¡Bésenla, que está bendita!

Raúl tomó aquella imagen y la llevó con respeto a sus labios; fué a devolverla al europeo; pero Raflo, tomándola de sus manos, también posó en ella sus labios, pasándola después a Charles, el cual viendo que aquellos hombres a quienes consideraba tan grandiosos lo hacían: los imitó con profundo fervor. El europeo estaba que no cabía de gozo, y volviéndola a besar, la guardó junto a su corazón lleno de amor.

Raúl dió unos pasos y haciendo señas a su amigo para que se le acercara le dijo:

—¡Ya ves, amigo mío: cuan poco cuesta llevar un poco de felicidad a un atribulado corazón!

—Siempre tienes razón, amigo mío—repuso Raflo—me parece increíble que siendo casi un niño, tengas ideas que en mi cabeza no tenían cabida...

—¡Es que las habías rechazado considerándolas supersticiosas!

—¡En verdad que así las juzgaba!

—El Autor del Universo, el Padre común, acepta todas esas manifestaciones como buenas, pues El sabe, que aunque no lo sepan expresar, van todas dirigidas a El. Tú y yó y miles más, que para adorar y reverenciar al Creador, no necesitamos de mirar estampas, ni de arrodillarnos ante los altares, porque le llevamos erigido un altar en el pecho y un culto en el alma, cosas que jamás fenecen; tú, que siempre dices, la Naturaleza y yo que digo Dios, amamos al mismo y Unico Ser, como los demás que se representan su Dios de distintas maneras...

—Admiro tu sincretismo Raúl, y trataré de imitarlo en lo sucesivo, porque ahora lo comprendo.—Dijo su amigo en tono de consideración y respeto.

Aquel hombre cuyas plantas habían pisado más de medio mundo; aquel hombre que era un políglota y que había oído hablar de tantas religiones, a hombres versados en cada una, no sintió soberbia ante los razonamientos expuestos por su joven amigo, sino que los aceptó de aquel chiquillo y lo admiró, como antes hicieran los doctores con el sapientísimo niño Jesús.

Y es que las almas grandes no sienten la envidia, esa víbora que corroe tantos humanos corazones; no sienten nacer la soberbia que ciega, que embota los sentidos, porque un ser modesto y aun humilde, les dé lecciones de alta moral. ¿Qué? ¿Acaso el inmaculado Jesús, no fué el más humilde de

los hombres? ¿Acaso no ha habido sabios esclavos? Y en nuestros días, no tenemos el vívido ejemplo de tantos grandes hombres, que han sobresalido ya en las ciencias, artes, etc., que han sido de humildísimas familias?

Así monologaba in menti Raflo, por más que en el caso de su amigo, si bien procedía de familia humilde, él lo ignoraba, y solo le admiraba que teniendo tan pocos años, hablara de modo tan sensato.

—Ya pasé el susto y ya estoy comiendo.—Dijo el inglesito acercándose y masticando a dos carrillos.

—¡Qué te aproveche, amiguito!—dijo Raflo dándole una palmadita cariñosa.

Sin duda alguna, Raúl había tenido el privilegio de transformar aquel antes escéptico hombre, que despreciaba a la humanidad. ¡Qué sugestión, que infinita dulzura ejercía en él!

Aquel poder, aquella dulce influencia que lo inclinaban al bien y al amor al prójimo, solo podía ejercerlo una mujer, aunque ésta vistiera traje de hombre. Pero Raflo ignoraba ésto, y quizás de haberlo sabido, no hubiese logrado tal metamorfosis en sus sentimientos, que en él eran embrionarios, y que quizás, de reconocer en Raúl, una mujer, no los hubiese desarrollado, por juzgarlos propios de nosotras.

¡Ah, hombres! ¿Cuándo os convenceréis de que el sexo es algo relativo y variable? ¿Cuándo os convenceréis de la bondad del Creador? ¿Creeis que nos ha de condenar por los siglos de los siglos a que tengamos todos los sufrimientos morales y físicos del sexo; a todas las molestias y prejuicios, mientras vosotros gozáis de supremacía?

¡No puede existir esa injusticia por los siglos de los siglos!

¡Hombres, pensad, que con la vara que midáis, seréis medidos, y estudiad, meditad la parábola que estas palabras encierran!

EL CLARIN DE LA MUERTE

Largas jornadas hacía Tesoro cada día, durante las cuales se estrechaban cada vez más, los lazos de amistad entre los tres jóvenes; no así el europeo, que aparecía encerrado en impenetrable mutismo, mostrando indiferencia hacia todo, y a quien quizás molestaran las manifestaciones de afecto y simpatía que los jóvenes se prodigaban entre sí.

La vegetación comenzaba a disminuir y los ríos a ser cada vez más escasos, prueba fehaciente de que se encontraban al borde del desierto; ese gran desierto que es como un mar de arenas, de cerca de seis millones ciento ochenta mil cuatrocientos kilómetros cuadrados.

Tesoro parecía cada vez más disgustado, seguramente porque veía aproximarse la estéril región, por donde tan difícil le sería transitar.

—Ya va siendo tiempo de que dejemos en libertad al noble animal—Dijo Raflo haciendo detener a Tesoro.

—En verdad que siento separarme de él—dijo Charles.

—También yo; pero ya es tiempo de que vaya con Rea y Fred.

Al oir estos nombres, el proboscidio levantó su trompa y movió las orejas.

—Vas a ir con Rea; ¿la recuerdas Tesoro?. Volverás con tus amos.—Le decía Raúl dulcemente, acariciando su rugosa piel.

Charles sonreía picaresco al oir hablar así a Raúl.

Durante algunos momentos Tesoro fué objeto de las palabras cariñosas de los tres jóvenes, que lo desensillaron, y dos horas después le ponían al cuello una banda de tela impermeable, en que Raflo y Raúl habían puesto unas cartas para aquel matrimonio, que tan aislados vivían.

Charles, el pobre inculto, que tenía curiosidad por saber qué le diría Raúl a Rea, le pasó por detrás mientras escribía, pudiendo leer la que decía: "Si el destino no me es adverso, algún día te sacaré de la horrible soledad en que estás". No pudo leer más; pero estas palabras alimentaban el equívoco, y Charles se dijo: ¡Cuando yo digo que tiene corazón de pulpo...!

Así que los exploradores terminaron de preparar a Tesoro, para la partida en pos de sus amos, lo ataron con un cordel y tomando a pie el mismo camino que habían traído, adelantaron por el gran trecho, dejándolo en libertad después de tratar de hacerle comprender que debía volver junto a Fred y Rea; y dándole repentinamente la espalda como indicación de que debía seguir sin ellos, tornaron a su campamento, en donde solo se demoraron para tomar sus morrales, y sin mirar atrás partieron dejando abandonada la ensilladura usada por Tesoro. Los tres jóvenes marchaban emocionados por la separación del noble animal, a quien tanto tenían que agradecer; mientras el europeo se sentía mortificado de tener que caminar a pie, pudiendo seguir en elefante.

Ya que habían andado gran trecho volvieron la vista atrás, y descubrieron a Tesoro en el lugar en que habían dejado la ensilladura.

Los viajeros rindieron una gran jornada y pernoctaron casi en el borde del desierto. Al levantarse vieron con asombro que cerca de ellos estaba Tesoro, llevando la ensilladura, que con su enorme trompa había cargado.

—¡Qué noble animal!—Exclamaron, e iban a acercarse a él, cuando descubrieron a dos viajeros que a gran velocidad se acercaban, cabalgando sobre camellos y llevando varias cabalgaduras más. Era un matrimonio tuareg, que rondaban siempre en busca de viajeros que fueran a atravesar el desierto, a quienes servirles de guía, mediante la consiguiente retribución. La tribu de que este matrimonio procedía, está formada generalmente de bandidos, que viven de lo que pueden robar a los viajeros, a quienes casi siempre desvalijan.

Los exploradores les alquilaron los camellos necesarios y se pusieron en marcha guiados por ellos. Entonces volvieron la vista hacia Tesoro, y éste comprendiendo que ya su presencia era inútil, levantó su trompa hacia ellos, con un triste sonido de despedida, y girando rápidamente emprendió veloz carrera por el mismo camino que había traído.

—¡Adios fiel amigo! ¡Ve hacia tu casa!

—Es seguro que irá—dijo Raflo—y en menos tiempo del que creemos.

—¡Qué contentos se pondrán los dueños cuando lo vean aparecer!

—Dijo Raúl—y Charles agregó con maliciosa sonrisa:

—Sobre todo cuando Rea vea su carta.

Raúl suspiró, pues él pensaba que si Mario vivía, los dos irían en busca de aquel matrimonio, que vivían condenados a la soledad.

Charles interpretó aquel suspiro a su manera; mas en esta vez fué prudente y nada dijo.

En tanto los exploradores iban ganando terreno en sus nuevas cabalgaduras, que fué motivo de diversión para Raúl y Charles, que por primera vez se veían ginetes sobre camellos, y no se acostumbraban a su paso.

—Estos animales si que son feos y repugnantes—dijo Charles.

—¡Mas no por eso dejan de ser inteligentes y nobles!—Contestó Raflo.—

—Se cuentan cosas muy curiosas de estos animales.—Añadió Raúl.

Raflo se volvió a la mujer tuareg y le habló en un idioma, que ninguno de los otros entendía.

La mujer sonrió satisfecha, y el marido dijo algo a Raflo en el mismo idioma.

—Detengámonos—dijo Raflo—; el tuareg me dice, que su mujer va a lucir las habilidades de su cabalgadura.

—¡Raflo, eres un verdadero políglota!—Le dijo su amigo asombrado.

—Me ha sido necesario por mi afán de viajar.—Contestó con modestia Raflo.

La tuareg colocó su camello frente a los exploradores, y tarareando una música, el animal empezó una serie de piruetas, dando a su desgarbada figura, toda la elegancia que podía.

Los exploradores estaban muy divertidos viendo danzar al camello, y Charles parecía que se iba a ahogar de la risa.

—¡Bailando es todavía más feo!—Exclamaba en el paroxismo de la risa.

—¡Pero fíjate, Charles, que sus pasos no están exentos de ritmos, demostrando con ello lo bien domesticado que está!—Le decía Raúl.

—Son muy hábiles en domesticar estas mujeres, y en ello cifran su orgullo.—Añadió Raflo.

—No le quito mérito, baila bien; ¡pero qué feo!—Repetía Charles.

—Pero en cambio poseen la belleza de la bondad; son los animales más útiles que te puedas imaginar—Le respondió Raúl.

Al terminar de danzar el camello, le fueron entregadas algunas monedas a la mujer, que no otra cosa buscaba ella al demostrar ante los viajeros las habilidades de su animal. De allí reanudaron la marcha, y al cabo de unos momentos, Raúl dijo a su amiguito:

—Ves Charles, si no fuera por estos animales, no pudiéramos atravesar este árido terreno. Mientras que sobre él...

—¡Voy como en un serrucho!—Terminó Charles soltando tan sonora carcajada, que hizo volver la cabeza a los tuaregs.

—¡Raúl, Raúl, he aprendido una cosa!—Dijo el inglesito.

—¿Qué has aprendido, muchacho?.

—¡Qué la risa no tiene idiomas!

Al oir tal cosa, dicha con cara tan seria, prorrumpieron en risa sus compañeros, menos el europeo, a quien nada le causaba gracia.

—¡La verdad que estos bichos son feos!—Repitió Charles sin tratar de contener su chanza.

—Muy feos, pero aun así, son más inteligentes que feos, y mucho más útiles que todo lo demás.—Añadió Raflo, tratando de cortar la risa del jovencito.

En aquel momento, y como para corroborar lo dicho, los camellos bajaron la cabeza enterrando las narices en la arena; en el instante los tuaregs se arrojaron al suelo y extendiendo unos lienzos en la arena, aplicaron en ellos la cara, indicándoles que los imitaran. Los viajeros hicieron lo propio con sus pañuelos, colocando su cara en ellos.

Apenas tuvieron tiempo de realizar tal operación, cuando pasó sobre ellos un viento abrasador, y sobre sus espaldas sintieron pasar una lluvia de cálida arena.

Tan pronto hubo pasado, Raflo se enderezó diciendo a Charles:

—¡Ya ves lo que te decía!... De no ser por los camellos, nosotros nos hubiéramos enterado de este fenómeno cuando las arenas nos hubiesen cegado y el caldeante viento nos hubiera medio asfixiado.

—¡Qué inteligentes son!

—Ya ves Charles, de los animales podemos aprender muchas cosas.

—Y que la belleza solo es buena cuando va aunada a la bondad.—Añadió Raúl, para completar la lección a su amiguito.

Al reanudar la marcha, aunque a Charles le causaba risa la locomoción de aquellos desgarbados cuadrúpedos, se contuvo, dando paso en su lugar a un sentimiento de estimación y simpatía hacia aquellas bestias.

—¡Qué lástima que tengan estas lomas, de lo contrario serían menos feos y más cómodos!

—No te digo que no, Charles; pero si no las tuvieran, no serían lo útil que son.—Le dijo Raúl.

—¿Qué dice? ¡Si estas lomas lo que sirven es de estorbo!

—Pon atención Charles, esas gibas, son las partes más interesantes del camello, pues que, sólo por ellas, este animal puede cruzar el desierto pasando muchos días sin tomar alimento, sosteniéndose de las sustancias cebasea que ellas encierran.

—¡Ah... si ustedes me permiten seguir en su compañía, dentro de poco seré un sabio!—Dijo el inglesito con una certidumbre que causaba risa.

—No digas tal cosa, amiguito, que para ser sabio se necesitan muchos años dedicados al estudio y observación.—Le dijo Raúl sonriendo.

El europeo, que hasta ese momento había permanecido en silencio, volviéndose de repente le dijo:

—Tú, ni así estudies cincuenta años, ¿qué digo? ni cien, podrás llegar a ser tan sabio como Aristóteles...

—Permítame que me tome la defensa de este muchacho—interrumpió Raflo—no quito ni pongo méritos, sino digo la verdad: Aristóteles era un sabio en su época; pero en la actualidad, este chico quizás sepa de ciertos tópicos, más que el gran filósofo griego...

El europeo, que parece conocía alguna de sus obras, contestó con una burlona carcajada.

—¿En qué, en qué, ni él ni ninguno de los sabios de ahora se le pueden siquiera comparar? Si él era sabio en todas las ciencias!...

—Sabio en su época,—repitió Raflo—; pero por ejemplo: en anatomía, este muchacho sabe más; puesto que él con toda su sabiduría, ignoraba la función del cerebro; ya que, "creía que el cerebro era un cuerpo húmedo y frío destinado a templar el calor cardiaco", y lo que es aun más triste, él afirmaba que el aire que respiramos pasaba de la traquea al corazón.

—¡Ja, ja, ja; claro que soy más sabio que ese!—Reía Charles, y hacía todas las mímicas y chanzas típicas en los pillos callejeros.

—¡Calla, Charles, ten más respeto para aquel ser, y más consideración para éste!—Le dijo Raúl con un tono que no admitía réplica.

El europeo había arreado su cabalgadura y no contestó una sola palabra.

—¡Pobre hombre, Raflo...¿porqué derrumbaste así su ídolo?—Interrogó Raúl con dulzura.

—No fué esa mi intención. Yo soy un admirador de un hombre que tantas ciencias abarcó; pero no me negarás que en ese punto tengo razón.

—No te la niego, y hablando de esos sabios me viene a la mente Newton, el gran observador, que mandó hacer dos entradas en el granero para sus dos gatos, una grande y una pequeña...

—¡Ja, ja, ja—volvió a reir el inglesito—, pues ese era más bruto que yo!

—¡Ay Charles, no hables así: te lo ruego!—Volvió a decirle Raúl.

—¡Pues me callo, si es que a los sabios no se les puede decir brutos!—Contestó el muchacho con su lenguaje callejero.

—¡No se les puede decir; no señor!—Exclamó Raúl con firmeza.

Raflo se divertía viendo aquellos dos chiquillos, como él decía, que mientras uno era todo ingenuidad el otro era todo prudencia.

Las jornadas se sucedían, sin tomarse mucho tiempo de reposo, con gran contento de Raúl, que deseaba cuanto antes llegar al Senegal; antes había deseado contemplar el caudaloso Níger; pero habiéndose remontado hacia el norte del desierto, lo dejaban varias millas atrás.

Hacia las doce del día, la atmósfera era sofocante, las arenas parecían que despedían llamas al reflejar en ellas el sol, y el poquísimo aire que soplaba, parecía proceder del interior de un volcán.

Los viajeros con la boca seca, el cutis tostado, la respiración jadeante, sufriendo una horrible depresión mental, un enervamiento que los incapacitaba para hablar y poder razonar; si tal hubiesen podido hacer, no hubieran permitido a los guías que los llevasen hacia el norte, cuando podían haber ido al Senegal por una región pródiga en hermosos ríos, pudiendo contemplar el caudaloso Níger y exuberante vegetación. Pero aunque ya habían partido al occidente, tenían que sufrir las angustias, que cruzar el candente desierto acarrea.

El viento se hizo más cálido, la respiración más dificultosa, la marcha más difícil; la garganta seca, no obstante tomar el agua de sus termos que pronto fue consumida, teniendo que humedecerla con el agua caliente de los depósitos. El aspecto de los viajeros era desolador, en particular el del pobre europeo cuya faz rubicunda, presentaba el síndrome de la congestión. El calor excedía de los 70°C cuando de pronto se oyeron como las notas de un clarín. Aquella música que podía haber llevado un poco de esperanza, pues que lo natural era pensar que estaban próximos a algún campamento nómada, en que poder reposar; hizo por el contrario extremecer no solo a los tuaregs, sino a los demás viajeros, y lo que es más raro aún, a los camellos. El clarín volvió a oirse más cerca y los tuaregs volviéndose a Raflo le dijeron:

—¡Hay un condenado, oiga el clarín de la muerte!

Raflo guardó un silencio solemne; pero como si todos entendieran aquel lenguaje, se volvieron al europeo; tenía convulsiones y los tres viajeros

fueron junto a él para auxiliarlo, pasándole agua por el rostro y haciéndole aire a fin de aliviarlo.

En efecto se mejoró y pudieron proseguir la marcha; pero a los pocos momentos de andar, se oyó un lúgubre retoque de tambor, que paralizaba la sangre en las venas: era como una marcha fúnebre que se acercaba, pareciéndoles oir cruzar un sonido indefinible sobre ellos, un sonido horripilador en que parecían mezclarse ayes, lamentos y sollozos...Y en aquel momento vieron caer desplomado al suelo al infeliz europeo.

Los tuaregs, seguros de que la muerte había batido sus alas sobre él, se abalanzaron a despojarle de todo cuanto llevaba. Los exploradores se opusieron a tal profanación, pudiendo observar entonces, como los tuaregs miraban en todas direcciones el desierto, esperanzados de encontrar compañeros que los ayudasen en su tarea de despojo, no solo al cadáver sino a los otros viajeros; pues no por otra causa se habían remontado en el desierto.

Nadie se veía, por fortuna...

Raúl tomó la imagen del europeo y cruzándole las manos en el pecho, la colocó entre ellas, conociendo que para aquel pobre ser, aquello era una divinidad, y oró un instante por el que había entregado su alma al Creador.

En pocos momentos las candentes arenas se ocuparon de sepultar aquel inanimado cuerpo, y los viajeros partieron con el corazón oprimido de angustia, por aquel hombre que como ellos, era un solitario, un ser para quien solo ellos tendrían un piadoso recuerdo.

El calor pasó, y pocas horas después llegó la noche con sus sombras, que parecían más intensas en la inmensidad del desierto. Apenas hacía unas horas que el disco solar había descendido por occidente, cuando la pálida febea mostró su faz, presentando al rielar en las arenas un espectáculo encantador, de una sugestividad, que nadie podía pensar que aquellas brillantes y movedizas arenas, proporcionaban horrible muerte. La temperatura comenzó a descender, aumentando el frío de tal modo, que a media noche, ya había descendido tres grados bajo cero, haciendo tiritar a los viajeros atrozmente.

¡Oh, gran desierto, cuántos misterios encierras! ¡Qué extraño y verídico es el fúnebre sonido de tus arenas, que unas veces parecen los sonidos del lejano clarín, y otras el fúnebre redoble de un tambor! ¡Cuántos escépticos te han cruzado, juzgando paradójicos los relatos de otros viajeros... unos no han escuchado nada, saliendo ilesos; otros han tenido la satisfacción

de oirte; pero esa satisfacción ha sido a costa de alguna víctima! ¡Oh, gran desierto... ¿qué arcano encierras? ¿Porqué tus arenas no suenan en todas partes? ¿Porqué viene aparejado ese sonido con la muerte? Pudiera ser porque causas profunda impresión en quien te escucha. Mas no analicemos este enigma, que son muchos los sabios que han querido descifrarlo, y pese a las teorías sustentadas y a las controversias surgidas, el enigma subsiste, el clarín resuena, reproduce el redoble, los camellos tiemblan y algún viajero pierde la vida.

La belleza de la luz lunar se borró para presentarse una aurora radiante de colorido, como si no quisiera ser menos bella, que el cuadro iluminado por la luna.

Cuando febo apareció luciendo su brillante faz, el tuareg habló así:

—En este momento están cantando las estatuas del desierto.

—¿Qué estatuas?—Le preguntaron.

—Las de piedra, que cantan al sol.—Respondió con convicción el guía.

—Ah, sí, ya sé!—Respondió Raflo; y volviéndose a sus compañeros, cuyos rostros cubría profunda tristeza, por el fin de aquel camarada perdido, les dijo:

—Me habla de las estatuas de piedra que les cantan al sol, lo que para mí no tienen tanto misterio después que he conocido los extremados grados de temperatura de estas regiones.

—¿Qué cree usted de eso?

—Para mí—dijo Raflo eso consiste en el cambio de la frialdad al calor... no sé otra cosa que decir...porque tampoco creía en el toque a muerte del desierto...

En tanto que los dos exploradores y Charles viajaban sometidos a los cambios bruscos de temperatura, a la sed consumidora, a los abrasadores rayos del sol y a las inmensas tundras u olas de arena movediza; había dos seres que sufrían desvelos y cavilaciones por ellos, dos amantes corazones que anhelaban saber de ellos, dos constantes pensadores que les enviaban sus corrientes telepáticas y recibían las vibraciones de las de ellos.

Inútil me parece decir quienes son; el lector varias veces habrá deseado tener noticias de la angelical Estrella, la bella camagüeyana, a quien el destino había cegado, para que no viese el rostro deforme de aquel hombre, cuyo corazón había latido por primera vez al influjo de una mirada...una mirada, que solo Estrella podía ofrecerle, porque su imagen no sería llevada a su cerebro.

Estrella no lo había visto, lo había adivinado prendado de sus hechizos, había presentido su pasión y aquellas en el pavimento del hermoso paseo, habían repercutido en su corazón... y Estrella amó... amó con el anhelo de un imposible, y cada día sentía crecentar aquella pasión que en su ser se desbordaba... Anhelaba poderle comunicar su desgracia y saber que era por él compadecida.

Así pues, una mañana en que el ambiente estaba saturado de las aromáticas emanaciones de madreselvas, rosas e hipomeas, Estrella sintió en su alma el infinito deseo de escribir...no en su diario como acostumbraba, sino a él...; él le contestaría y sostendrían correspondencia alimentando así su amor platónico y sería feliz... Ella no podría leer sus cartas; pero Justa, su amante madre, la negra aquella de alma blanca, se las leería, y ella en cambio podría estampar en el papel sus ideas, vaciar en él su corazón, sin necesidad de intervención de nadie. Con estos pensamientos en aquel hermoso amanecer, la joven, que vivía en el caos, se sentó y escribió frases que la hacían llorar; en aquella carta ella le confesaba su amor, al que no aspiraba ser correspondida, pero sí comprendida... Y le confesaba su desgracia...aquella desgracia que había llevado felicidad al corazón del joven sin que ella lo supiera.

Aquella carta estaba destinada a viajar, viajar siempre en pos de Raflo, que lo ignoraba. Aquella carta llegaría siempre como el pobre Mario, días después que su amada había partido; y así, meses tras meses, la carta tras Raflo y Mario tras Raúl, irían Dios sabe hasta cuando; siempre ignorándolo esos tres seres y esa carta que representaba a Estrella.

¿Qué misterio separaba a estos seres?.

Ya que los lectores han tenido noticias de estos personajes, cuyos corazones laten al unísono con el de nuestros exploradores, volvamos a los viajeros que cruzan el desierto.

Después de varias jornadas descendiendo al suroeste, los jóvenes llegaron al Senegal, ese vasto territorio donde con tanto afán deseaba llegar Laura, sin saber lo que allí le esperaba...se sentía optimista ignorando que la fatalidad se cernía sobre ella. Contaba que al llegar a aquella capital, encontraría noticias de su amado, que la llenarían de felicidad, cambiando así su destino y la ruta que seguía.

Los tuaregs se despidieron de los exploradores en el borde del desierto, sin haber podido lograr realizar el despojo en sus personas, que al principio de su recorrido pretendieron.

Los viajeros se introdujeron en el interior del territorio senegalés, dispuestos como siempre a conocer las costumbres de sus habitantes. En él encontraron una tribu de negros, que comían unos frutos extraídos de unas fundas de cincuenta centímetros de largo, por diez y seis de ancho, al que llaman pan de mono. Los naturales se los dieron a probar y tenían un sabor azucarado: este es el fruto del boabab, el árbol sagrado de los senegaleses, del que todo lo utilizan. Sus hojas y corteza son emolientes y mezclan sus hojas secas en las comidas para refrescarse y moderar su fuerte transpiración.

Los exploradores fueron recibidos con gesto hostil por parte de los senegaleses, y Raúl para agradarlos, comenzó a hacerle varios juegos de prestidigitación, que causó gran asombro en ellos; también sacó sus figuritas de papel de seda, que le hemos visto cortando en el vapor, de cuyo acto se mofaba la intrusa Nena, que ya conocemos.

Esas figuras fueron recortadas para hacerlas bailar bajo un cristal frotado, y al efecto Raúl lo realizó con gran alegría de aquellos negros, que lo condujeron ante su rey, para que a su vista realizara tales maravillas, que a todos habían encantado. Allí tenían un violín, adquirido Dios sabe como, que ofrecieron a Raúl suponiendo que él supiera manejarlo. Laura, que era una verdadera artista, tocó con inmensa alegría, arrancando a las cuerdas las notas más melodiosas imaginables; ya lánguidas y tristes, ya alegres y retozonas, ya sublimes. Los que la escuchaban estaban como electrizados, y en los grandes ojos de Raflo se veían líquidas perlas pugnando por salir de su estuche. ¡Oh, si él hubiese sabido que Estrella, su ídolo, sabía arrancar a las cuerdas sublimes armonías...qué gran contento hubiese sentido su alma! Mas dejemos estos pensamientos y volvamos a Laura, para saber el efecto que había producido sus habilidades en el ánimo del rey y de los negros senegaleses. Fué tomada como hechicera, pues sabido es que a sus poetas y músicos les llaman guriots, a quienes consideran poseídos de esas facultades.

La fatalidad no cesaba de perseguir a la pobre Laura, y en esta vez hízose sentir prontamente, pues cuando creyó que aquellos actos que había realizado le traerían beneficios, resultó todo lo contrario. El rey, ansioso de tener a su lado aquel guriot blanco, que tanto cautivara sus sentidos, dispuso se quedase a formar parte de la tribu, como favorito en todos los de su clase. Y los senegaleses hubiesen derramado su sangre por evitar que se les escapase, cortando así la libertad de la infeliz joven.

El rey y todos sus súbditos, henchidos de gozo, pedían a Laura que tocara sin cesar, queriendo escuchar siempre las melodiosas notas salidas de las cuerdas, jamás oídas por ellos; y el flexible arco diestramente manejado seguía hiriendo las cuerdas del instrumento, derramando sus cadenciosas notas, por horas y más horas, electrizando a aquellos seres, cuyos corazones palpitaban como jamás habían sentido. ¿Cómo pues, dejar partir un guriot así? ¡Imposible!

Pero he aquí, que la envidia, esa sierpe que corroe los corazones humanos y aun los de los salvajes, tocó al corazón de los guriots senegaleses, que se veían humillados por aquel blanco, que desde el primer instante había cautivado el corazón de su monarca; y que ya se veían preteridos por él.

¿Qué hacer?. ¡Allí no valía la calumnia, aunque ésta entre ellos como entre los demás humanos impera...ellos estaban convencidos de que su monarca no daría oídos a nada que contra el joven inventaran...

Laura desfallecía y a las claras lo demostraban las notas que a las cuerdas arrancaba, aquellas parecían un lamento, los ayes de su alma, escapados por el violín.

Raflo quiso interceder por su amigo y se le mandó junto con Charles salir de aquel negro reino, donde solo Raúl, por su calidad de hechicero, podía permanecer...obligado.

En tan triste situación, Raúl apeló al canto para expresar a su amigo sus pensamientos, sin que pudiera despertar sospechas. Raflo le contestó en el mismo sistema, prometiéndole no abandonarlo, y que las sombras de la noche contribuirían a su liberación. Con tal emoción y ternura cantó Raflo, que conmovió a aquellos negros, que solo sentían las vibraciones de su voz, sin conocer su significado; y fué lo bastante para que Raflo, también fuera consagrado griot, y lo hicieran cantar, cantar mucho, sin tregua ni descanso, para deleite de aquellos pobres seres.

¿Y Charles?. El pobre Charles no sabía cantar, no había sido favorecido por la naturaleza y por lo tanto, era un blanco que no debía permanecer en su territorio; así es que lo hicieron salir acompañado de dos senegaleses gigantescos.

El inglesito estaba desolado, no sabía como partir dejando a sus compañeros y protectores; ¿qué sería de él sin su apoyo?. Por fin los exploradores lograron conseguir se les permitiese acompañar a los dos negros hasta dejar lejos a Charles, y en el trayecto le aconsejaron subiese a un árbol cercano, después que quedase solo, y allí esperase hasta que ellos fuesen en su busca.

De regreso a la tribu se oyó decir a Raúl:

—¡Ay, Raflo...a qué triste situación nos ha reducido el arte!

—¡Nunca sabemos que es lo que nos va a convenir!—Le contestó su amigo en un tono no exento de tristeza.

—Yo tenía la idea—continuó Raúl—de que la ciencia recreativa nos iba a servir de arma salvadora entre estos salvajes.

—También lo creí yo al principio.

—¡Pobre Charles, cuántas horas de angustia va a tener!

—Pero aun así, estará en mejor situación que nosotros.—Contestó Raflo, a quien se le hacía intolerable que los retuviesen como hechiceros.

—Es menester demostrar que nos sentimos satisfechos por la elección... así no seremos vigilados.—Le dijo Raúl.

—¡Tienes razón... pero estoy de un genio...!

—¡Mira cuántos vienen a buscarnos!

—¡Trataré de aparecer amable; pero...!

—He notado que los guriots no sienten por mí ninguna simpatía.—Le interrumpió Raúl.

—También yo lo he notado... ¡si quisieran ayudarnos en la fuga!

—¡Se me ocurre una idea...voy a intentarla!—Repuso Raúl con el rostro iluminado de esperanza.

—Ponla en práctica.

—Pero tu has de entretener al rey y los de la tribu, mientras yo trabajo.

—Descuida...afirmaré la idea de que soy hechicero.

—Yo voy a procurar hacerme entender de aquellos temibles guriots que me lanzan miradas furibundas.

En efecto, dos de aquellos hechiceros, que se odiaban entre sí, disputándose a cual más los favores de su rey, habían unido su recíproco odio, para lanzarlo sobre la pobre Laura, dispuestos a hacerla desaparecer aun mediante el crimen. Laura así lo comprendió y se puso en guardia.

Mientras Raflo realizaba juegos de prestidigitación y ejercitaba sus cualidades de ventrílocuo: Raúl enseñaba a los guriots varios juegos, haciéndoselos repetir, con gran contento de ellos. Tocó el turno a las pompas de jabón irrompibles, cuyo tubo y materia prima había preparado en su camarote, cuando intentaba librarse de la charla insulsa de Nena. Al ver los adminículos, desearon con ansias de apoderarse de ellos, y se pusieron a deliberar. Laura, con esa intuición que le caracterizaba, comprendió el peligro que corría, y con fingida tranquilidad sacó una pequeña pistola y

mostrándola a los guriots, les indicó un ave que se cernía a considerable altura, sobre quien disparó, cayendo instantáneamente al suelo, ante los atónitos ojos de los guriots, que miraban asombrados el pequeño instrumento que producía la muerte.

Desde aquel momento sintieron por Raúl el respeto forzoso que tal adminículo impone, y en sus ojos se veía la codicia por adquirirlo. Raúl que lo comprendió, les dió a entender que se lo daría así como el tubo de cristal y demás utensilios que había usado en sus trabajos, siempre que ellos le proporcionaran la manera de salir de ese lugar.

Por extraño que parezca, los guriots lo entendieron admirablemente, y le prometieron ayudarle en su fuga, a cambio de tan preciosos objetos.

Cuando Raúl vió conseguido su objeto, se alejó satisfecho, deseoso de informar a su amigo el resultado de sus gestiones.

—Raflo, tenemos ya de nuestra parte los guriots.—Díjole Raúl.

—Entonces confiemos vencer, pues esta gente goza de influencia entre los suyos.

—Yo creo que lo que ahora necesitan es astucia.

—No les faltará. Por algo los creen hechiceros—dijo Raflo.

—Lo que si les sobra, es envidia y egoismo, y esto nos favorecerá.

—¡Ya ví, Raúl, cómo te miraban!

—Ahora la discordia quedará entre ellos...

No bien habían terminado de expresar sus pensamientos, cuando notaron que los guriots sostenian entre sí encarnizada lucha. ¿Qué había pasado?.

Los guriots ambicionaban cada cual para sí aquellos objetos, y animados de egoistas sentimientos se encontraban discutiendo la posesión de ellos, se acometieron brutalmente, hasta quedar uno de ellos fuera de combate... Raúl quiso intervenir para separarlos; pero Raflo lo detuvo diciéndole:

—No vayas Raúl, o estamos perdidos.

—¡No me harán daño...!

—¡Mira!... Uno ha caído exánime...no vayas...las apariencias engañan, y podrías aparecer como el victimario.

—¡Oh, tienes razón!—contestó Raúl, deteniéndose al recordar que antes fué acusado injustamente, y que de ser detenido, pudiera haber sido condenado, por las singulares apariencias en que se encontraba.

El guriot vencedor, les hizo una significativa señal, que en todos los idiomas se entiende por silencio, e inmediatamente se puso a gritar ante

el cadáver, dando inconfundibles muestras de desconsuelo, y no tardó en verse rodeado por los otros senegaleses.

—¡Cómo finge un dolor que no siente!—Exclamó Raúl lleno de asombro.

—¡Ah, mi joven amigo; la hipocresía reina en este mundo!—Dijo Raflo.

—¡Pero es que yo creía que solo era atributo de la sociedad civilizada!

—Aprende a conocer al género humano, amiguito, y aprovecha sus lecciones para precaverte.

—¡Tienes razón!...! Pero mira...traen hacia acá el cadáver.

—¿Qué querrán de nosotros?—Interrogó Raflo, aunque estaba seguro de que su amigo nada podía informarle.

Ellos se encontraban a la sombra de un gigantesco boabab, cuyo tronco medía solo cinco metros de altura; pero en cambio tenía de circunferencia como unos diez metros.

—Lo traerán para cobijarse del sol en la sombra que proyecta este árbol —Contestó Raúl.

—En efecto, aquí pueden estar cómodamente mucha gente, pues el follaje de este hermoso árbol, debe tener unos cincuenta metros de diámetro.

En esos momentos llegaban bajo el frondoso árbol, depositando el cadáver en el suelo cerca del tronco.

Raflo y Raúl, sirviéndose de una vara, tomaron dos flores del boabab y las colocaron sobre el guriot muerto. Los senegaleses vieron este acto con simpatía y reconocimiento, ya que es la flor más estimada por ellos, por ser aquel su árbol sagrado.

Los senegaleses empezaron a hacer en el gigantesco árbol, un hueco capaz para alojar un hombre, y cuando estuvo listo, introdujeron en él al hombre muerto, tapándolo con tablas y volviendo a colocar la corteza que habían quitado.

Los exploradores contemplaban llenos de asombro aquel acto; pero sin pronunciar una sola palabra.

Esta costumbre es antiquísima en los senegaleses; pero es de advertir que no es la corriente para todos los habitantes fallecidos, sino que está reservada a los guriots o hechiceros, los cuales se momifican admirablemente.

Luis Figuier, en sus exploraciones entre esa gente, pudo observar como sepultaban en los troncos de boabab a sus hechiceros, y creyó, "que todo

el respeto que sienten por ellos en vida, se cambia en horror cuando han muerto, y los creen indignos de los honores de la sepultura".

Y yo, contrario a la opinión de Figuier, pienso que no se trueca su admiración y respeto en horror, ni que los creen indignos de merecer una sepultura en la tierra, sino que por el contrario, considerándolos superiores a los demás, les tributan un honor póstumo, sepultándolos en su árboles sagrados, donde se conservan incólumes.

—Ya hemos visto Raúl, cual es la clase de sepultura que nos aguarda, sino logramos salir de aquí cuanto antes.—Dijo Raflo.

—¡Saldremos, oh, saldremos pronto!—Exclamó Raúl.

—¡Así me gusta oirte, Raúl...!

Pocos momentos después, el griot les hizo señas para que lo siguieran.

Los jóvenes no creyeron oportuno confiarse del todo en aquel hechicero, que había privado de la vida a su compañero, y tomaron sus precauciones.

El hechicero pretendía que inmediatamente le hicieran entrega de los adminículos que tanto habían llamado su atención, y que enseguida partieran. Los exploradores le indicaron que no tenían prisa, y cuidaron de que no se les separara más, temiendo una delación de su parte.

¡Cuán largas parecían a los jóvenes las horas que transcurrían, hasta la llegada de la noche!

—¡Pobre Charles...qué impaciente estará!—Exclamó Raúl.

—¡Anhelará aún más que nosotros, que llegue la noche!—Contestó su amigo.

Al fin, el sol desapareció del horizonte y las tinieblas reinaron, más densas por los negros nubarrones que formaban la bóveda celeste.

—¡La noche nos será propicia, Raúl!

—En efecto, la oscuridad es completa...—dijo Raúl a quien siempre tanto había desagradado la oscuridad, pero que en esta ocasión la bendecía.

Cuando ya los senegaleses se habían recogido, Raúl entregó al guriot los objetos estipulados, y Raflo creyó oportuno obsequiarlo con un frasco de coñac. El hechicero ingirió de una sola vez aquella agua ardiente, que pronto surtiría sus efectos.

Los jóvenes emprendieron una marcha rápida, y pronto pudieron reunirse con el pobre Charles, que temblaba como una hoja.

—¡Oh, cuánto lamento no tener alguna habilidad, para haber sido considerado digno de permanecer entre ustedes y esos negros, y no verme

apartado de mis compañeros...! ¡Cómo he sufrido en estas horas! ¡Raúl... yo quiero que usted me dé también lecciones de violín; y usted Raflo, de canto...! ¡Se lo ruego!

Por aflictivo que fuera el estado del jovencito, no pudieron menos que reir de sus pretensiones, aquellos dos jóvenes que hacía un momento habían escapado, y que quizás ya se les seguiría la pista.

—¡Sería eso hermoso, Charles, enseñar la música en plena selva?—Contestáronle a una.

—¡Oh, yo quiero aprender como ustedes, para que así no me obliguen a separarme más!

—¿Y crees Charles, que eso se aprende tan fácil?

Charles lanzó un suspiro y Raúl añadió

—No temas, amiguito, que no es probable que nos tomen de nuevo por hechiceros; además...

No pudo continuar, un ruido de carreras llegó hasta ellos.

—¡Nos persiguen!—Fué la triple exclamación.

—¡Ay; ¿qué nos hacemos?—Exclamó Charles.

—¡Chs!—musitó Raúl, y todos quedaron quietos y silenciosos.

El ruido se aproximaba; debían ser personas que corrían. Pocos momentos después se oyó un grito sofocado y el ruido parecido al de un cuerpo al desplomarse. De allí todo volvió a quedar en completo silencio.

Un momento después, los exploradores dejaron las precauciones tomadas y se alejaron del lugar con la premura que les permitían el lodo y los ramajes, pues a la sazón llovía y el campo estaba inundado, orientándose a la luz de los relámpagos.

—¡Ay, si tuviéramos a Tesoro!—Suspiró Charles.

—¡Bien que nos hace falta...!—Contestó Raúl.

—¡No hablemos en estos contornos!—Recomendó Raflo.

Los tres marchaban silenciosos como si fuesen sombras, llevando en sus mentes el recuerdo del día pasado entre los senegaleses.

Al empezar a aclarar, las lloviznas cesaron, y los exploradores pudieron ver a cierta distancia, como edificios de color rojo que se alzaban entre brumas.

—¡Tenemos cerca una aldea, Raflo!—Exclamó Raúl.

—Son casas de ladrillos.—Agregó Charles.

—¡Me parece que son como pirámides!—Observó Raflo, que miraba en tal dirección fijamente.

Al acercarse pudieron conocer que lo que creían edificios, eran unas especies de pirámides rojas, de unos veinte pies de altura, las cuales formaban las viviendas de las termes o térmites. El asombro de Charles no tuvo límites cuando descubrió los seres que habitaban esas pirámides. Estas eran unas hormigas blancas, que las ninfas encierran por parejas en celdas, donde la hembra pone unos ochenta y seis mil huevitos cada veinte y cuatro horas.

Solo así podrían subsistir en aquellas regiones, ya que ellas constituyen alimento para los pájaros, y los negros encuentran que fritas, hacen un plato delicioso. Pero lo que de estas hormigas constituye la parte más interesante, es, que los que de ellas trabajan para construir esas pirámides y almacenar alimentos, son sus larvas, seres pequeñísimos, que solo tienen dos líneas de longitud. y carecen de ojos.

—¡Pobrecitos, como no tienen ojos las obligan a trabajar!—Exclamó Charles compadecido.

—Fíjate, Charles, que quien las obliga son las ninfas, que tampoco los tienen.—Le dijo Raúl.

—Observa, Charles—añadió Raflo,— que así, careciendo de ellos, hacen las veces de policías y encierran a las que los tienen.

—En efecto, así es.—Afirmó Raúl.

Las termes son muy voraces, y en pocas horas ahuecan los troncos de árboles corpulentos, y aun el cuerpo de grandes animales que encuentran muertos, pues también son carnívoros.

Después de satisfacer la natural curiosidad que aquella especie de pirámides despertó en nuestros exploradores, prosiguieron la marcha a instancias de Raúl, que anhelaba llegar a la capital del Senegal, donde esperaba tener carta de su bien amado Mario.

No tuvieron que esperar muchas horas, cuando empezaron a divisar la ciudad de San Luis, lo que hizo latir aceleradamente el corazón de Laura, mientras sostenía en su interior un soliloquio lleno de fé.

¡Oh, quisiera tener alas en los pies, para llegar cuanto antes al lugar en que cesarán mis dudas! ¡Mario, mi bien, pronto leeré tu carta, que cambiará para siempre mi actual vida! ¡Qué dichoso sendero me espera! En el primer vapor saldré para New York. ¡Voy a comunicar a mis compañeros mi verdadero sexo!... ¡No, porque retardaríamos la marcha por conversar... mejor es que les muestre la carta...qué sorpresa! ¡Qué cara de asombro pondrán...!

—¡Eh, Raúl, cómo corre usted! ¡Si parece que va a ver la novia!—Le gritó Charles en broma.

Laura soltó una sonora carcajada y contestó:

—¡Ya verás Charles, ya verás que novia! ¡Te vas a quedar con un palmo de boca abierta!—Le contestó Raúl.

—Pero...¿será posible Raúl? ¡Usted tiene más corazones que los pulpos! —Bromeó el inglesito que no sabía decirlo de otro modo.

Raflo mientras tanto, limitábase a sonreir pensando: ¡dichosa edad!

Laura hablaba y reía mientras aceleraba el paso hasta encontrarse en los arrabales de la capital; entonces se detuvo para decirle a su amigo:

—Oye, Raflo, ¿dónde nos veremos?

Aquella salida dejó asombrado a su amigo, que jamás se habían separado antes de alojarse; pero discreto como era, se limitó a decir:

—¡Allí!; y señaló un edificio que acusaba ser un hotel.

Laura no se hizo repetir, y tomando el primer vehículo que le salió al paso, ordenó:

—¡A la administración de correos!

Los compañeros no oyeron la dirección, y Charles viendo alejarse a su querido compañero dijo:

—¿Pero dónde diablos irá Raúl con tanta prisa?.

—No pretendas averiguar lo que él ha tenido a bien no decir.

—¡Pero, es que...este Raúl...—Añadió el inglesito moviendo la cabeza.

—Ven,— le interrumpió Raflo—vamos a quitarnos este lodo y... a comer caliente.

Ante la perspectiva de una suculenta comida, Charles echó a andar diciendo:

—¡Qué Raúl, en vez de comer primero!

—Ya comerá, no te preocupes.

Aunque Raflo hablara así, no dejaba de estar preocupado, por la conducta siempre enigmática de su compañero.

Laura, mientras se dirigía a la administración en busca de su ansiada carta pensaba: ¡Qué sorpresa les voy a dar! Tan pronto lea su carta, voy a una casa de modas, y allí me despojaré de esta indumentaria que ya me estorba, y me presentaré a mis amigos, como una muchacha "bien"...! ¡Me parece verlos llenos de asombro...! Y reía nerviosamente.

Tan pronto se encontró en la administración de correos, revisó la lista de cartas detenidas dándole un vuelco el corazón; ¡allí estaba la anhelada carta...!

¡Cómo le parecía que el empleado demoraba en entregársela! ¡No me había engañado, Mario...—decía en tanto—al fin veo que vives y que pronto seremos felices...! Y Laura con un rostro radiante, sonreía a todo el que miraba, y todos fijaban su atención en el sonriente joven, cubierto de lodo.

Por fin, la ansiada carta llegó a sus manos, y un sollozo seco, desgarrador, brotó de su garganta...¡La carta aquella...era la que ella había escrito, que le había sido devuelta...!

Salió de aquel lugar con el corazón lacerado...¡Oh, dolor!: a la convicción de la muerte de su amado, que acusaba aquella devolución, seguía la angustia de tener que fingir... fingir siempre un sexo a que no pertenecía.

Ahora le parecía horrible seguir engañando a su amigo.

¡Oh, no lo engañaré más, se lo contaré todo, todo, hasta la decepción sufrida! ¡No seguiré más esta vida bohemia, iré a cualquier rincón a llorar, ya que Raflo no querrá que me exponga a nuevas aventuras!

En pocos momentos recorrió el trayecto que antes le había parecido largo, y se encontró frente al hotel, sin haber acabado de darle forma a sus pensamientos. Afortunadamente, sus compañeros se encontraba en el baño, y ella, firme en su deseo de dejar la indumentaria varonil, y empezar su vida de mujer, tomó una habitación sola, y pasándole la llave se arrojó sobre el lecho, rompiendo a llorar.

Tras la tempestad, siempre llega la calma, y esta llegó al fin a la pobre Laura, que se puso a meditar, como hablaría a sus compañeros. Charles la tenía sin cuidado; consideraba que para él solo era motivo de risa; pero a Raflo, a su amigo, que por tanto tiempo había engañado ¿cómo empezaría?. Se le hacía difícil; le causaba pena aquella confesión; pero, era necesario. Esta fué su última resolución.

Sintió que sus amigos volvían a la habitación, y que Charles decía riendo:

—¡Pero Raúl no ha vuelto aún! ¿Tendrá novia también aquí?

Raflo sonrió, a la vez que contestaba:

—¡Ya vendrá!

—¡Comamos ahora, no sea que Raúl demore mucho!—Dijo el gastrónomo jovencito.

—Vamos, muchacho; aunque por mí lo esperaría.—Contestó Raflo.

Laura, que los estaba oyendo desde la habitación vecina, sonrió amargamente diciéndose. ¡Oh, que bien sentada tengo mi fama de enamorado; pero hoy caerá para siempre este velo!

Sus compañeros salieron para el comedor, y Raúl suspiró profundamente.

Poco después pasos que se aproximaban por la galería, y oyó que decían a media voz:

—¡Aquí está!

—¿No se habrá marchado?—interrogó uno en el mismo tono.

—¡No! Desde que entró no se ha movido de aquí.

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo! Yo mismo la he vigilado, desde que le avisé su llegada.

—¡Está bien! Gracias. Entonces puedo estar seguro que no se me escapa.

Laura oía aquellas palabras siseadas, que llegaban claramente a sus oídos, y era presa de un terror indecible.

¡Tanto anhelar venir aquí, llena de esperanzas, para encontrar solamente la justicia y caer en poder de ella! ¡Oh, cómo es fatal mi destino!—gemía llena de desesperación.

Los que estaban vigilándola volvieron a reanudar la conversación, y Laura a duras penas podía contener los sollozos y apretaba su pecho fuertemente, pareciéndole que los latidos de su corazón podían oirse desde fuera. ¡Qué horrible situación la suya!

La interrogadora voz volvió a oirse así:

—¿Según llegó, dijiste?.

—No, yo la ví llegar al correo, y al salir de allí pensé seguirla; pero al escuchar que daba la dirección de aquí, me dije:

—¡Ya es nuestra!

—¡Y lo es, sin duda, no se me escapará!

—¡Toque...! ¡Abrirá sin sospechar que...!

—No; prefiero asaltarla cuando salga por sí. ¡Deja eso de mi cuenta... que yo sabré cumplir mi deber!...

¡Pobre Laura, cómo sufría entonces!

Aquellas palabras parecían dardos que se clavaban en su cerebro ofuscándolo de tal modo, que a su mente solo venía la idea de huir... escapar de cualquier manera. Notando que la ventana de su cuarto no tenía reja, intentó romper los cristales para saltar por ella. Y cuando dispuesta estaba a realizarlo, pensó con terror, que su perseguidor oiría el ruido de los

cristales al romperse, y su intento de fuga quedaría frustrado. Desesperante angustia la invadió entonces, y al unir sus manos para implorar al Altísimo, posáronse sus ojos en el hermoso brillante que lucía uno de sus dedos, y rápida como el pensamiento cortó con él el cristal sin hacer el menor ruido, e inmediatamente salió por aquel hueco echando a correr como loca. Afortunadamente, sus compañeros se asomaban en ese momento a la puerta, y pudieron verla desembocar de aquella callejuela solitaria, a que daban las habitaciones del hotel. No se detuvieron a pensar lo que sería; sino que, corrieron tras ella con el fin de alcanzarla. Laura en tanto, sintiéndose perseguida, se juzgó perdida y corría sin mirar atrás, con toda la velocidad que sus piernas le permitían, deteniéndose después de mucho correr y con la faz desencajada, cuando oyó que sus compañeros le gritaban:

—¿Eh, Raúl, qué te pasa?

—¡Estoy perdido, me persiguen!—contestaba fuera de sí.

—¿Pero quien? ¿Porqué?—Gritó Charles.

—¡Calla, Charles!—Dijo Raflo que conocía la historia de su desgracia, que Raúl le contara en forma de que viniera al sexo que representaba.

Poco tiempo después encontrábanse fuera de la ciudad, donde habían sido conducido por un coche que encontraron al paso; y allí Raúl, usando el idioma castellano, que Charles no entendía, refirió en breves palabras a su amigo, la conversación escuchada por él desde su habitación del hotel.

—¡Voy a informarme!—Dijo Raflo.

—¡No, Raflo, tú no irás. Eres demasiado notable...no vayas!

—Mandaremos a Charles...

—¡Bueno, que vaya por la "Dórida"...pero que no investigue nada! ¡Me basta con lo que oí para saber que la justicia sigue mi pista...!—Suspiró la pobre Laura.

El mismo vehículo que los había llevado fuera de la ciudad, volvió al hotel con Charles, que no encontró nada de alarmante en el hotel, y regresó junto a sus amigos trayendo su extraña maleta.

—¿Qué dicen por allí? ¿Te han interrogado respecto a nosotros? —Preguntó Laura ansiosa.

—Cada cual está como antes, y nada me han preguntado.

En efecto, no había motivo para alarma, pues solo se trataba de que el mozo del hotel la había visto llegar a la administración de correos, con sus ropas cubiertas de lodo, y con la alegría que la esperanza proporciona revisar la lista de cartas detenidas, en la que encontrando quizás lo que

buscaba, exteriorizó sin igual complacencia, y mientras le traían la carta solicitada, repartía dinero a manos llenas entre pobres y chiquillos que por allí había... luego, aquel grito, aquel desgarrador sollozo que salió de su garganta y aquella desesperación en quien antes todo parecía dicha, intrigó vivamente al mozo, que se propuso seguirla; pero al oir que daba la dirección del hotel donde él servía, fué a avisar a "El Mogo". Este era un periodista del cual decían que todo lo sabía. En todas partes tenía confidentes, y nadie como él podía suministrar a su periódico en menos tiempo las noticias más sensacionales y misteriosas de San Luis.

Al que Laura tomó por su perseguidor, solo era pues, uno que tenía por misión, dar a los lectores de su periódico, las más sensacionales noticias; y allí estaría aguardando en el corredor del hotel a que su vigilado abriese la puerta, para abrumarlo a preguntas.

Este acontecimiento hizo que Laura renunciara a la idea de separarse de sus amigos. Se creía perseguida. Necesitaba huir y ocultar su sexo, y de ninguna manera mejor que con tan fieles compañeros.

¡A veces, lo que nos parece un mal, trae aparejado un bien, que tardamos en reconocer!

Aquel célebre periodista, cubano por cierto, con su lenguaje criollo y chispeante, había hecho a Laura un beneficio, al tomarlo ella por su verdadero significado. Así pues, los tres jóvenes se marcharon sin que aquél lograra su propósito; pero esta misma desaparición le dió tema para un interesante trabajo, que se tomó por verídico, y que acrecentó la justa fama de "El Mogo", y el público tuvo por varios días el anhelo de leer sus informaciones, aumentando así la venta del gran rotativo.

Laura no llegó a enterarse de esto; pero desde entonces se le buscaba en San Luis como sospechosa; y lo mejor que pudo haber hecho, era desaparecer de la misteriosa manera que lo había efectuado, a fin de evitarse mayores sufrimientos. Como consecuencias de estos hechos, quedó en su ser una tensión nerviosa, que la hacía aparecer lo que realmente era. Raflo empezó a notar que a menudo sus lindos ojos se veían nublados, y a veces creyó ver desprenderse de sus largas y negras pestañas las líquidas perlas, y llegó a sospechar de la autenticidad de aquel sexo; pero desvirtuaba esta sospecha como falsa. Mas ya la duda había quedado sembrada en su mente y bien a su pesar, se fijaba en nimiedades que antes no había notado apesar de existir siempre...

Raflo hacía todo lo posible por no descubrir nada, por descartar aquella idea que a su mente había venido; y los mil incidentes de sus arriesgadas exploraciones, le ayudaban a distraer la idea, y se decía recordando su valor y heroismo demostrados en muchos casos: ¡Qué tonto soy! ¿Porqué he de pensar en que sea mujer?... ¡Fuera de mi mente erróneas ideas! ¡No quiero pensar así de quien tantas pruebas en contrario me ha dado! Este era su propósito; y sin embargo, la duda, esa mala simiente que corroe la humanidad, apesar de todos sus esfuerzos por desterrarla de sí, persistía latente en su imaginación.

EL MILAGRO DE MAHOMA

Una fresca mañana en que el céfiro acariciaba las testas a los tres viajeros, y el radiante astro enviaba sus tibios rayos, los exploradores lograron alquilar camellos, y unirse a una gran caravana que iba a cruzar el desierto por su parte norte.

Tanto Laura como sus compañeros, se alegraban mucho de ir tan acompañados; aquélla porque entre tantos podía estar más a solas con sus pensamientos, y éstos, porque como es natural suponer, era más alegre cruzar el desierto entre muchas personas, que no verse en número limitado en aquel inmenso mar de arenas, teniendo a la vista las horripilantes dunas, que parecen estar siempre dispuestas a sepultar al viajero en vida. Cada cual tenía una anécdota que contar, que distraía a los demás, haciendo menos fatigoso tan árido camino, mientras los pacientes y silenciosos camellos dejaban tras sí, millas y más millas. La presencia de algún oasis, constituía para los viajeros, un motivo de alegría, y en su sombra descansaban por algunas horas, refrescando y saboreando sus delicados dátiles.

Sin novedad alguna cruzaron el Sahara, y embarcando en Trípoli, surcaron felizmente el mar Mediterráneo; pero aun allí Laura permanecía encerrada en completo mutismo, que preocupaba a Raflo, y constituía la desesperación de Charles; mas, después que cruzaron el canal de Suez, y ya en pleno mar Rojo, Laura se sintió dueña de sí, volviendo a ser locuaz y comunicativa, como siempre lo había sido, y esto alegró muchísimo a Charles y no menos a Raflo, que veía con sentimiento el dolor que denotaba constantemente el rostro de Raúl, y el mutismo a que se había sometido, en tanto su cerebro trabajaba sin tregua ni descanso.

Cierta ocasión estando recostado a la borda de babor, con la vista fija en las rojas aguas, mientras pensaba en Mario exclamó:

—¡Sí, sí está vivo! ¡No debo dudarlo!

—¡Ya lo creo que está vivo!—Contestó Charles que se encontraba a su lado sin que él lo hubiese notado.

—¿Qué dices? ¿Tú lo sabes?—Inquirió Laura muy nerviosa, agarrándole un brazo.

—¡Cómo no he de saberlo, si hace tiempo nos sigue!

—¿Qué estás diciendo, Charles? ¡Habla...dí!—Repitió Laura ansiosamente sin comprender el equívoco.

—¡Fíjese si estará vivo!

—¿Pero cómo lo sabes...?

—¡Mire, mire, ya se engulló otro pez!

Estas palabras volvieron a Laura a la realidad, y comprendió que Charles al oir su exclamación, creyó se refería a un tiburón que él hacía rato venía observando, del que suponía había hablado.

En cualquier otra circunstancia este equívoco hubiese arrancado sonora carcajada; pero en tal ocasión sólo logró turbar un tanto a la desdichada joven. Afortunadamente, Charles, tomó aquella vehemencia de su amigo, como interés por sus progresos de observación, y añadió sonriente:

—Ya usted ve que me aplico a sus lecciones, y ya observo...

—Sí... ya veo...—dijo la joven sin acertar a decir otra cosa.

—Desde el principio me fijé en esa mancha negra rodeada de blanco, que tiene en el cuello, y que parece un gran ojo...

—Por eso les llaman escualos oculados.—Le informó Laura tratando de distraerse.

—¿Oculado? ¡Pues yo le llamaría tres ojos!—Agregó el jovencito.

Laura se limitó a sonreirle, y él, muy entusiasmado, le dijo señalando el agua:

—¡Mire, una banderita francesa, otra, otra!

—Esos son cebrados.—Le dijo Raúl.

—¡Cómo ponen los nombres! ¡Tan mal puestos!

—¿Cómo los llamarías tú?

—¡Bandera francesa! ¿No le ve sus colores?

—Sí, Charles, es verdad que los tiene.

—Raúl, lo que casi parece mentira, es, que estas aguas conserven todavía, la sangre de los faraones, que persiguieron a Moisés... ¡Mire que hace años...!—Dijo pensativo el jovencito.

—¿Dónde aprendiste eso, Charles?

—En la casa de maternidad, y no lo he olvidado nunca... ¡Ah, cuánto había deseado conocer este mar!

—Pues oye y no lo olvides: Al mar Rojo le dan color unas microscópicas plantas rojas...

—¡Ah!—exclamó asombrado—¿eso es verdad?

—Es verdad, Charles—añadió Raflo que hacía un rato estaba junto a ellos— lo que pasa es, que en aquellos tiempos en que no había miscroscopios, no sabiendo a que atribuir este color, creyeron los antiguos, que era por la sangre de los Faraones.

—¡Ah, ah, yo que tanto les había hablado a los pobres amigos míos de eso...!—Exclamó Charles con gran sentimiento, y agregó:

—En realidad que es triste ver destruir por la ciencia tan bellas cosas.

—No, amiguito, lo triste es que la ciencia hubiese estado tan atrasada en aquellos tiempos, que nada se podía investigar, y por eso tantas erróneas enseñanzas.—Contestó Raflo.

—No olvides tampoco, que en este mar no desagua ningún río.—Le informó su improvisado maestro.

Raflo se había quitado la gorra, y empezó a pasarse la mano por la cabeza, para alisar su lindo cabello que flotaba de manera inusitada; con rápido movimiento se volvió y miró con insistencia una nube que se distinguía en lontananza. Sus compañeros notaron su movimiento, que apesar de su simplicidad, no tenían nada de tranquilizadores. Raúl observaba sin decir nada, pero el invariable preguntón le dijo:

—¿Cree usted que va a llover?

—No. Fué la lacónica respuesta. Y como no bastara a satisfacer su curiosidad, se le oyó decir:

—¡Cómo veo que mira tanto las nubes...!

—Pero no todas las nubes indican agua.—Le contestó Raflo sin dejar de observar.

—¿Qué dice?

—Que las "colas de gato" lo que indican es viento.

—¿Cómo es eso? ¿Las colas de gato?.

—Sí, Charles, así llamamos aquella nube. Terció Raúl indicándosela.

—¡Ah, entonces las nubes de agua se llamarán colas de...

—Se llaman nimbos, Charles.— Le interrumpió Raúl evitando que dijese algún disparate.

Raflo siguió con la vista la dirección que seguía la blanca nubecilla, y sus compañeros vieron que poco después, desaparecía la preocupación de su rostro.

—Ya no hay temor al monzón.—Dijo Laura.

—Aun no sería muy extraño, pues se aproxima la época de los contrarios, y ya sabes los hórridos huracanes que en el mar Rojo ocasionan.

—¡Dios nos libre de ellos!—Exclamó Laura con emoción visible.

Raflo le miró a los ojos, y la joven sintió que el rubor le quemaba las mejillas. ¡Oh, la mirada de Raflo era investigadora! Ya ella había sentido sobre sí aquella mirada, varias veces, desde el día en que huyera del hotel en San Luis. Sí, su amigo dudaba de su sexo. Su situación habíase hecho embarazosa; pero Charles vino a sacarla de ella con una nueva pregunta:

—¿Qué son esos monzones de que ustedes hablan?

Raflo se apresuró a borrar la impresión que su imprudente mirada causó en Raúl, y dijo:

—Los monzones son unos vientos anuales que soplan seis meses de los continentes al mar, y seis de éste a aquellos.

—¡Ah, cuántas cosas hay que aprender!

—¡Muchas, amiguito, muchas!—Dijo Laura con un tono no exento de amargura, que hizo conmover a Raflo; quien se dijo: ¡Pobre muchacho; que triste historia guardará! No seré yo por cierto quien lo investigue; sea hombre o mujer, es digno de mi estimación y respeto...sobre todo, si es mujer, debo corresponder al cariño y confianza que ha puesto en mí. ¡Ea, fuera de mi mente toda idea de descubrir su misterio!

Cuando hacía un buen rato de enfadoso silencio, dijo de pronto Charles:

—Estoy pensando en que los vientos serán producidos por los movimientos que dicen ustedes tiene la tierra.

—Muy bien, Charles, bien pensado—le dijeron a la vez aquellos nobles jóvenes, y Laura añadió:

—También se le reconoce por causa, la desigualdad de la presión atmosférica, debido a que el calor no está debidamente distribuído...Raúl se interrumpió de pronto al ver los movimientos de los oficiales y marinos que corrían hacia los cañones de proa.

—¿Qué pasa, va a haber combate?—interrogó Charles asustado.

—¡Una tromba!—Dijeron al unísono los viajeros.

En efecto, allá en lontananza se veía un gran cono invertido, que a la vez que tenía movimiento de rotación, se veía claramente los tenía de traslación, y esto hacía el vapor en que viajaban. Sus efectos debían ser muy terribles, a juzgar por la excitación de la tripulación. De pronto oyóse el

tronar repetido de los cañones, y el fenómeno marino desapareció, y con él el terrible peligro que les amenazaba.

Entre los comentarios y narraciones de los oficiales y viajeros, quedó roto el hielo que por un momento había separado a los dos amigos, y Laura se dijo: ¡Qué tonta soy! ¡El no desconfía, es mi mente quien me lo hace creer! ¡No, no duda! Con esta idea quedó tranquila.

El viaje siguió sin ningún acontecimiento notable, hasta llegar a Hedjaz, para visitar la célebre ciudad de la Meca, donde iban en gran número musulmanes en peregrinación, y a medida que se iban aproximando a Hedjaz, la conversación de éstos versaba sobre los múltiples milagros verificados en la mezquita. Sabido es que esa religión en la antigüedad, fué extendida a fuego y espada, y que en nuestros días, todo musulmán quiere atraer a su religión a cuantos le vienen a mano, de aquí que, no duden contar sus milagros, hasta llegar a lo inverosímil. En una de sus conversaciones, Raflo que tenía un excelente humor les dijo:

—¡Pues me hago musulmán si Mahoma me pone los ojos del mismo color!

Esta exclamación hizo reir a varios viajeros y desconcertó a los musulmanes; cuando de pronto, un jovencito, casi un adolescente, llamado Alivá, que lo miraba fijamente, exclamó:

—¡Un creyente más!...

—¡Eh, poco a poco!—Aun mis ojos son anormales.—Dijo Raflo riendo.

—¡Mahoma hará que sus dos ojos sean azules!—Esto lo dijo con tal firmeza, que asombró a todos, y Raflo escéptico le dijo:

—¿Y porqué no negros?

—No, negros no, azules sí, te lo juro.

—¡Vamos a la Meca, Raflo! ¿Porqué no ir?—Le dijo Raúl.

—Si tu lo deseas iremos; pero yo no creo tal cosa.

—¡Por Mahoma, tenga fé o no vaya!—Le rogaron algunos.

—¡Sí, vaya, con fé o sin ella, es lo mismo...el milagro se hará!...—Dijo el jovencito mahometano con vehemencia.

—¡Muchacho...! ¿eres profeta?

—¡En este caso sí!—contestó con firmeza.

En aquel momento llegaban a la península más grande del mundo: Arabia, cuya costa carece de bahías y ensenadas. Los exploradores recorrieron los noventiseis kilómetros que separan la Meca del mar Rojo, en peregrinación con los musulmanes, asegurando Raflo, ser aquella la jornada

más agradable que en su vida había hecho. En todo el trayecto no se había separado de su lado el creyente que le asegurara tal metamórfosis, y aunque Raflo no creía en ella, sentía simpatía por el jovencito cuya amena conversación lo distraía. Ya en la Meca, el joven se apartó de los exploradores por unos minutos, viéndosele entrar en un establecimiento, en cuya puerta se veían abrir y cerrar de lindos ojos artificiales, demostración fehaciente de que allí residía un oculista. Saludó efusiva, pero rápidamente a un caballero de bastante edad, deslizando en sus oídos unas palabras, pocas, muy pocas; pero que hicieron sonreir a aquél. Después abrió un pequeño cofre, tomó un minúsculo tubito y salió con el joven hasta reunirse a los exploradores, a quienes presentó su amigo. Este dijo llamarse Alí, y que en un tiempo perteneció a la secta chiita. Tanto por sus finos modales y exquisita cortesía, como por su insustituíble fez, denotaban que aquel era un persa, en quienes la cortesía es proverbial.

Alí fué con ellos a visitar la mezquita de la Kaaba, que está rodeada de una inmensa galería donde se reunen muchos miles de mahometanos cada año. Alí y Alibé, que así se nombraba el joven pseudo profeta, no se apartaban de Raflo y sus compañeros, y con ellos fueron hasta el sagrado lugar. Alí se inclinó y besó su alto muro, rojo y cuadrangular, invitando a Raflo y sus compañeros a que lo hicieran igual. Raúl y Charles aunque no eran creyentes no dudaron hacerlo; pero Raflo, retrocedió sonriendo. Lo tomó Alí por una mano, y suavemente lo atrajo hacia la cuadrada mole, mientras Alibé decía:

—¡Oh, acérquese...Mahoma hará el milagro...!

Raflo sonreía, y Charles le dijo suplicante:

—¡Acérquese Raflo, pruebe, pruebe!

—Bien muchacho, nada me cuesta complacerte... ¡Agradezco tu interés!

Raflo sonriente posó sus labios en el muro, y Alí, que en ese momento movía una mano, introdujo su dedo en el ojo negro de Raflo. En el momento Alí le pidió que lo disculpara, a la vez que le extendía su diestra, que Raflo no pudo dejar de estrechar. En ella sintió un contacto viscoso, pero la buena educación le impedía mirarse la mano, aparte de que Alí no le dió tiempo diciéndole repetidamente:

—¿Qué tiene usted en el ojo derecho?

—Nada—contestó Raflo, pasándose un dedo por el referido ojo.

—¿Qué le pasa en ese ojo?—Preguntó Alibé.

—Nada—repitió Raflo, volviéndose a restregar el ojo, a cuyo contacto sentía una agradable sensación.

—¡Raflo, su ojo está más azul!—le gritó Charles.

—¡Vamos, muchacho, no juegues conmigo en lo que tanto anhelo! Y volvió a restregarse el ojo.

—¡El milagro, el milagro está hecho, oh Mahoma!—Decían el persa, Alibé y Charles mirando a Raflo.

Estas exclamaciones llegaron hasta Laura, que confundida entre los mahometanos no había presenciado los hechos, y mientras curiosa y escéptica se acercaba, su amigo seguía restregando su negro ojo.

—¡Ah, Raflo, amigo querido, tu ojo está azul!—Le dijo abrazándolo.

Raflo se quedó sin saber qué hacer ni qué decir. El no dudó de que su ojo estuviera azul, ya que Raúl se lo decía, y aunque esto lo llenaba de alegría, se quedó pensativo. ¿Porqué? Era que en los transportes de alegría de Raúl, había notado un destello de feminidad, como ya en sueño lo había visto.

—Pero Raflo, ¿no te alegras? ¿Porqué te quedas tan pensativo?

Raflo disimuló diciendo:

—¿Pero es verdad; no me engañan?

—¡Mírate!—Se apresuró a decir Raúl, mostrándole un bellísimo espejito, que jamás le había visto su amigo.

La alegría de verse Raflo sus ojos iguales, hizo que olvidara la impresión de feminidad que descubriera en Raúl. Su mente era un caos de conjeturas; pero al fin moviendo la cabeza dijo:

—¡Qué importa; ya esa anomalía desapareció, y le doy gracias a los musulmanes, a la Meca y a Mahoma...!—A la vez que sacaba un gran fajo de billetes y los distribuía entre Alí y Alibé diciéndoles:

—¡Tomen, tomen, bien ganados los tienen, y que Mahoma los proteja!

Por muy musulmanes que fueran Alibé y el persa, no quisieron esta vez asegurarle lo del milagro, limitándose a darle las más efusivas gracias por su donativo; y desde aquel momento procuraron apartarse de los exploradores y confundirse entre la muchedumbre de creyentes, a fin de evitar explicaciones, que quizás Raflo les pidiera.

Charles, lleno de entusiasmo gritó:

—¡Pero qué bueno es Mahoma, esto se llama milagro!

—Estoy buscando una explicación del caso y no acierto.—Decía en tanto Raúl.

Mientras dejaban el sagrado lugar, Raflo mostró a sus compañeros su mano derecha diciéndoles:

—En esta sustancia está el milagro; y aunque ahora veo menos con este ojo, me felicito.

—¿Qué es eso?—Le interrogaron.

—Esto es algo que tiene el poder de...no sé, no sé; pero a esta pomada debo el metabolismo realizado.

—¡Deja ver, deja ver!—Repetía Laura emocionada en tanto le tomaba la cabeza con ambas manos, y con la familiaridad que a un hermano, le miraba aquel ojo.

Después de un minucioso exámen le dijo convencida:

—¡Tienes razón, Raflo; esa pomada debe ser serine, y lo que hacía tu ojo negro, era una dilatación de la pupila, una parálisis de ella, con lo cual tu ojo aparecía negro. Pronto verás bien!

—¡Ah!—se limitó a decir Raflo, pensando que los ojos de Raúl eran bellísimos, cosa en que él antes no había fijado apenas su atención.

—¡Un milagro, un milagro!—decía Charles que no entendía la explicación de Raúl.

—No es un milagro, Charles, esto es puramente científico. Alibé será un estudiante de óptica y su compañero un profesional de ese ramo, por lo cual conocían la propiedad contráctil que la serine tenía que ejercer en esa paralítica pupila.

—Estoy satisfecho de tu explicación, que desde luego no es hipotética.

—Y yo,— dijo el simpático muchacho—aunque no entendió nada de lo dicho, no obstante rió de sí mismo.

Raflo habíase mirado repetidas veces en el espejo, temiendo reapareciera aquella metábola, que tanto le había hecho sufrir moralmente. Tantas veces se miró, que disculpó a Raúl de que llevara aquel coquetón espejito sobre su cuerpo, ya que sus ojos eran tan lindos, dignos de ser contemplados. ¿Acaso no se miraba él frecuentemente el azul purísimo de los suyos? En cambio no recordaba haber sorprendido a Raúl haciendo igual en ningún momento. Por tanto, Raúl era hombre...bien lo tenía demostrado. Aquí vino a su mente la escena de la hija del minero en Golivia, Rea en el sur de África y la bella etíope, quedando destruída toda idea de feminidad respecto de su amigo.

Pocas horas bastaron a los exploradores para recorrer la bella ciudad de la Meca, cuyos blancos y altos edificios terminados en azoteas, ofrecen

aspecto muy atrayente, quedando maravillados del número de piedras preciosas, que adornan la sepultura de Mahoma.

Raflo, dispuesto siempre a tomar sus resoluciones de acuerdo con la opinión de su amigo, preguntó a éste:

—¿Quieres que visitemos a Medina?

—Perderemos el vapor.—Contestó secamente Raúl.

Esta afirmación fué suficiente para hacer comprender a Raflo, que su amigo no deseaba perder el vapor, y se apresuró a decirle:

—¡Pues, hagamos el regreso!

—¡Ay, Mahoma! ¡Hazme dos milagros!—Exclamó Charles entre burlas y veras.

—¿Qué deseas?—Preguntaron sus amigos.

—Deseo, no separarme nunca de ustedes.

—¿Aunque vayamos a la India?...

—¡Aunque vayan a Cuba!—contestó.

—¿A Cuba?—Dijeron al unísono.

—¿Es qué no piensan ir?—Interrogó el pilluelo por toda respuesta.

—¡Quien sabe!—Contestó Raflo suspirando.

—¡Es posible!—se apresuró a decir Raúl sonriendo.

Raflo miró los lindos ojos y enrojeció.

—Estás complacido Charles. ¿Qué otro milagro deseas?—Interrogó Raúl.

—Deseo...deseo... ¡ser rico!—terminó el muchacho soltando una carcajada como quien ha dicho un disparate.

—¡Lo serás!—repuso solemnemente Raflo.

—¿Cuándo?...

—Desde este instante; serás mi hijo adoptivo; llevarás mi apellido, y eres mi heredero.

—¡Raflo!—se oyó decir al unísono, y Raúl estrechó con las suyas aquella noble diestra, y aquel apretón le mostró a Raflo tal virilidad, que se mortificó de sus dudas respecto a su amigo.

—¡Señor Raflo! ¿eso es cierto?—Balbució Charles.

—¡Sí, muchacho, sí, Charles Lórida, eres el heredero de los Lórida! ¡Hurra! Mi apellido no morirá conmigo.—Decía Raflo entusiasmado.

Charles con el pecho levantado por un sollozo y las lágrimas brotando de sus ojos, murmuró abrazándolo:

—¡Oh, Raflo; usted tan grande, tan noble, mi padre! ¡Qué dicha!

—¡Gracias Charles; agradezco tu exclamación! ¡Te conmueve más la paternidad, que mis millones y esto me hace feliz!.

Aquellos tres seres que se abrazaban emocionados, formaban un cuadro por demás conmovedor. En aquellas palabras, Charles había abierto su alma noble, que solo había necesitado los buenos ejemplos para hacerla brotar tal cual era, y que él mismo no conocía. Se sentía feliz de poder llevar un apellido que no fuera de la cuna, y sobre todo, que ese gran hombre lo prohijara. Para él no tenía importancia el dinero, ya que desconocía su valor. La mejor época de su vida era la que llevaba junto a los exploradores sin que su mente juvenil se viera empañada por su condición de parásito. Los tres estaban muy emocionados y Raflo, poniendo una mano sobre el hombro de Charles, le dijo:

—Antes que embarquemos, pídeme lo que quieras.

—Quisiera...quisiera que...

—¡Anda, dí, no temas; ¿no eres ya mi hijo?

—Eso es lo que quiero...quedar "apuntado" aquí como su hijo.

—¡Ah, ya...! ¿pero aquí... en la Meca?

—¡Ah! ¿es que tiene que ser en Inglaterra?

—Es que...—empezó Raflo.

—¡Nada Raflo, él vino aquí sin padre, aquí lo ha obtenido, justo es su deseo, de ser aquí legalizado!—Manifestó Raúl.

—Es que...si usted me lo permite, también quiero ser musulmán ... digo...Jehová se molestará...pero, de todos modos, El no me dió padre y Mahoma sí...

—No se enojará Jehová...sé musulmán si lo deseas!—Se apresuró a decir Raúl.

Fué reanudado su viaje por el mar Rojo, y los exploradores se divertían con Charles, que se había dado un aire de gran importancia, y se extrañaba de que todos no pusiesen su atención en él.

—Ya hemos pasado el estrecho de Bab el Mandeb, sin ser azotados por el monzón—dijo un oficial dirigiéndose a Raflo.

—¿Entonces, ya estamos en el golfo de Omán?

—En efecto,—contestó el oficial.

—Estoy pensando en desembarcar en vez de la costa del golfo de Gambay, en territorio de Beluchistán, para que nos sea más fácil ir a Afganistán.—¿Qué dice? Beluchistán está habitado gran parte por nómadas y salteadores de camino; sé muchas historias desagradables de ellos.

—¿No lo habitan los brahuis?

—Estos que son de raza mongólica, habitan las comarcas centrales.

El oficial dando prueba de su verbosidad y conocimientos de esas regiones, añadió:

—En cuanto a Afganistán, para mí no tiene importancia, ni por el hecho de tener los tres pasos del Asia central a la India, porque también cerca de uno de esos pasos, tuve apuros con leones, leopardos, osos y lobos, que creo son los más hambrientos y feroces del mundo.

—¿Fué usted atacado?...

—Tenía que serlo, porque el monarca de allí, me tomó a su servicio, para que le proporcionara esas peligrosas pieles.

—¡Ah!—Exclamaron a la vez Raflo y Charles.

—No sólo por eso es mi antipatía por ese país; sino por su extremado clima; bástele saber que en Herat, en una sola noche, murieron helados dieciocho mil hombres de un ejército.

—¡Horror...qué frío!—gritó Charles.

—¡Habrían bebido con exceso!—repuso Raflo.

—¡No lo creo...eran musulmanes del ejército de Ahmed Shah!

—¡Ah, sí... de eso hace más de siglo y medio!

—Pero escúcheme Raflo, y dispense; yo creo, que si esos hombres hubiesen bebido como usted supone, no hubieran muerto de frío, pues el licor dá mucho calor.—Terció Charles.

Raflo aprovechó aquella oportunidad, que así se le presentaba, para dar una lección a su hijo adoptivo, en quien había descubierto la afición a los licores.

—Escucha—le dijo—y graba en tu mente lo que te digo: el alcohol atolondra las células cerebrales; las engaña haciéndole sentir un efecto contrario a lo que en realidad es.

—Le voy a ser franco, Raflo; yo, en aquellos tiempos que le he contado, cogí dos buenas, y sentía un calor que me abrasaba la piel.

—En eso tienes razón, porque el licor hace fluir la sangre a la superficie, haciendo creer que no se siente frío, y para lo cual retira la sangre de las vísceras donde hace más falta. Te voy a poner un ejemplo: El Príncipe Patunkin de Rusia, siempre compadecía a los labriegos por que no podían tomar licores, dado a sus escasos recursos; en cierta ocasión hizo reunir miles de labriegos y les mandó servir una suculenta comida, acompañada de tal cantidad de licores, que pudieron tomar hasta no apetecer más.

Los labriegos bendecían al príncipe, que tan espléndido se mostraba. Entre risas y alegrías llegó la noche, y los labriegos ébrios de tanto licor como ingirieron, se quedaban en parques, portales y casas completamente dormidos. La noche fué muy fría; pero ellos no se preocupaban porque no lo sentían. A la mañana siguiente aparecieron dieciseis mil cadáveres de labriegos que se habían helado.

Ya podrás considerar el pesar del príncipe al comprender que sólo los que no habían querido tomar se salvaron.

—¡Qué horror, no tomo más!—exclamó con firmeza Charles.

—Me darás la mayor satisfacción—díjole Raflo.

El oficial, que como buen marino gustaba de "empinar el codo", no le hizo la mayor gracia la noticia aquella de Raflo y sus consejos, y se retiró en silencio.

—Bueno, Raflo; pero no vayamos a ese pueblo ¿sabe?.—Dijo Charles que asumía muy bien sus derechos de hijo.

—Te complaceré—contestó Raflo—satisfecho de que aquél tuviera confianza en él.

En ese momento se les reunió Raúl, que venía de la peluquería muy peladito. el que había tenido buen cuidado de que no le pusiesen polvos, limpiándose el que tenía en la nuca. Charles, con ese desparpajo que en él conocemos, le dijo:

—Ahora si pareces hombre; pero con los pelos largos me parecías una señorita.

—¡Charles!—le dijo severa Laura.

—¡No te pongas bravo...te lo decía porque como eres tan guapo y no tienes aún barba...!

—Tampoco tú la tienes...

—Pero soy más feo...no tengo tus ojos...

—¡Charles, no quiero que me hables así...te lo prohibo!

—Estás faltando al respeto que debes a Raúl y no te lo permito. Requirió Raflo en tono severo.

—¡Yo no lo decía por molestarlo...!

—¡Pero me molestas! ¡No soy responsable de tener un tipo que tanto me ha hecho sufrir, y no debes tú mortificarme haciendo alusión.

Laura sabía que su amiguito no lo hacía por ofenderle, sabía que el muchacho, lejos de creerlo mujer, lo tenía por un tenorio incorregible; pero

le habló así para escarmiento y porque ya se había fijado que Raflo le miraba a los ojos, como antes no lo había hecho.

Los días se sucedían con entera tranquilidad por parte de Laura, pues aprovechando aquella oportunidad había tenido la certeza, que si alguna duda había por parte de Raflo, estaba ya desvanecida y lo trataba como al camarada de antes.

En cierta mañana que Laura estaba recostada a la popa, viendo distraida la enorme estela que dejaba tras sí el gigantesco vapor, se le acercó Charles, que desde el día de la pesada broma, se sentía apenado y le dijo:

—¡Qué verde tan lindo tiene este mar!

—¡En eso me fijaba!

—Yo creía que todos los mares eran azules—dijo Charles.

—No sólo difieren en color las aguas de los mares, sino también la de los ríos.

—Eso sí lo sé. Todas no son claras.

—No me refiero a eso, sino a los colores que presentan. El Nilo, por ejemplo, tiene sus aguas verdes; el Hoanho amarillo; el Sanoko Lermejo; el Tang-tse- Kiang azul...

—¡Me gusta saber eso!—Exclamó Charles.

—Es que necesitas saber mucho, ya que has tenido la suerte de que Raflo te adopte.

Raflo se les reunió diciendo:

—Oye Raúl, ¿no te parece que desembarquemos por la desembocadura del Indo?

—Si quieres...

—No quiera, joven—dijo un anciano que estaba cerca.

—¿Porqué?—Preguntaron los tres con curiosidad.

—Ustedes quieren explorar la India, y si así lo hacen, van a empezar por un terreno insalubre, pantanoso, donde impera la malaria;—terminó haciendo un gesto como si el calofrío de la fiebre le recorriera el cuerpo.

—¡Entonces no,- Raflo!—Exclamó Charles haciendo el mismo gesto.

—Además—prosiguió el anciano—si se remontan por el río, tendrán que atravesar el desierto de Thar. Aparte de que llevarían mucho tiempo en recorrerlo, pues la India es un verdadero continente. ¡Tan grande es!

—Pues no alteraremos el itinerario. Desembarcaremos en un puerto del golfo de Gambay.—Dijo Raflo.

Raúl se había ido a su camarote y se tendió en su litera. A su mente había venido aquella mañana el recuerdo de Mario y su esperanza de que viviera cobraba forma en su cerebro. ¡Acaso la buscaba por esos mundos, y por eso la devolución de su carta! Después de todo, ella gozaba con esta idea aunque fuera falsa. ¿Porqué pues, no alimentarla?.

Al fin llegaron a la anhelada India; por fin pudieron pisar esa tierra llena de encantos y misterios. Raflo apenas si se conformaba a no surcar en su "Dórida" el caudaloso Indo, el hermosísimo río formado por la unión de cinco de éstos y al cual debe nombre el continente de la India. Sólo le consolaba de no visitar el Indostán, la idea de que su mayor interés estaba en la raza dravidiana, que es la que ocupa la parte meridional. Es curiosa la configuración de la India; tal parece que ha querido aislarse del resto del mundo, ya por mares, cosa que carece de importancia; ya por la inmensa cordillera del Himalaya que la hace inaccesible, a no ser por tres partes, y en particular por el paso de Bolán que hoy los ingleses tienen bien fortificado.

Los hindúes, como la configuración de su país, tienen entre sí, costumbres separatistas, ya que tienen castas que no se mezclan una con las otras. De estas castas las principales son: los rayaputras (hijos de reyes), que forma la nobleza de los chantrias; la de los brahmanes; la de los sudras, compuesta de artesanos y la de los mercaderes (Waishias). Estas cuatro castas jamás se casan entre sí; pero aun las dos últimas tienen diferencias en subcastas, según sus ocupaciones, que han levantado entre sí enormes barreras morales. Es notable el respeto o desprecio mútuo, que se descubre en estas castas y subcastas, que se subdividen a su vez.

Nuestros viajeros se internaron en aquellas regiones, unas veces áridas y otras de exuberante vegetación, pero siempre interesante y amena, llena de inmensos peligros, que tenían a los exploradores en constante atención, y hacían sentir a Raflo, las para él ansiadas emociones que sus asechanzas ofrecen. Aquellos tres interesantes personajes, llevaban un arsenal encima, cosa indispensable en las regiones que exploraban.

—Imitemos a los hindúes y vayamos moviendo la hojarasca con el cayado—previno Raúl.

—¡Ay!—gritó Charles retrocediendo asustado.

En el instante vieron que una serpiente clavaba en Raúl sus subyugadores ojos. El cayado de Raúl cayó sobre su aplastada cabeza y con fulminante movimiento, Raflo descargó su enorme cuchillo sobre el reptil, dividiéndola en dos.

—Ya ves Charles, esto es lo que tienes que hacer para librarte de estos seres—le dijo paternalmente Raflo y añadió: tampoco debes sentir ese pánico, pues tus botas al igual que las nuestras, están bastante protegidas por finas láminas de metal.

Laura no añadió una palabra, pero sentía en su espalda una sensación calofriante, que siempre le producían la vista de esos reptiles.

No habían andado mucho cuando descubrieron la pintoresca figura de un hindú, de raro calzón amarillo hasta las rodillas, con brazaletes en las pantorrillas y los pies descalzos. En sus manos, brazos y cuello, llevaba colgados multitud de instrumentos de música hindú. Entre otros varios artefactos llevaba un farolillo. El hindú pareció atemorizarse ante aquellos extranjeros, por lo que Raflo le habló en inglés, informándole quienes eran y a la vez inquiriendo de él, el lugar en donde podían conseguir un elefante bien domesticado. Aquel hindú que era un músico ambulante, demostró contento ante aquellas palabras y ofreció guiarlos.

—¡Mira Raúl, va descalzo!—Exclamó Charles.

—Por eso mueren anualmente miles de ellos, víctimas de las mordidas de las serpientes.

—Y de los tigres—agregó el hindú con gran tranquilidad, en correcto inglés.

No tuvieron que andar mucho para llegar a un caserío, en donde su improvisado guía los llevó ante un hindú al cual le dijo en bengalí, que los exploradores deseaban comprar un elefante; que él, que tenía varios para el mercado, que le dijera el precio del más viejo e inservible, para él ganarse algo en la venta. Hasta aquí, los tres viajeros habían permanecido mudos. El viejo hindú le dió el precio de un elefante, que éste duplicó al decírselo a Raflo en inglés.

Raflo sonrió, y con la mayor naturalidad del mundo, preguntó en bengalí al viejo hindú:

—¿Cuánto pide usted por su mejor elefante?.

Tanto los hindúes como sus compañeros quedáronse asombrados de oir esa lengua en boca de Raflo.

Los hindúes bajaron la vista, cosa en ellos habitual, y el viejo le dió un precio razonable, que Raflo pagó tan pronto examinó el ejemplar que le fué presentado. Su dueño le afamó sus buenas cualidades y valor para las cacerías de tigres, y el animal dió inequívocas pruebas de docilidad. Les dijo llamarse Thess y en efecto, el animal hizo demostraciones de que entendía.

—Thess, Thess...oro—repitió Laura emocionada.

—¡Thess no, Tesoro. Tesoro lo llamaremos!—Dijo Charles palmoteando.

Los otros asintieron y el nombre de aquel noble animal, en cuyo lomo atravesaron el continente africano, fué repetido varias veces mientras era acariciado por los exploradores. Esta era un hermoso ejemplar, bastante más alto y fuerte que Tesoro.

La circunstancia de que su nombre coincidiera algo con el del otro, hizo que el animal se acostumbrara pronto a su nuevo nombre.

—Ya ustedes ven que bueno es el oro—dijo Charles una mañana mientras tomaba el té.

—¿Porqué?—preguntó Raúl.

— Porque con el "oro" hemos comprado elefante y con "oro" hemos completado el nombre de nuestro buen Tesoro.

Los tres exploradores, conociendo como los elefantes gustan de los halagos, se extremaban en ellos, por lo que en poco tiempo lograron captarse el cariño del noble animal, de modo que, cuando despidieron al cornac, les obedecía de buen grado.

Frecuentes fueron los encuentros con osos, lobos, chacales, leopardos y onagros. Una mañana descubrieron unos cuadrúpedos de pelaje erizado y aspecto repugnante, que roían unos restos mal olientes que había.

—¡Qué bestias tan feas!...¿qué serán?.

—Esos nauseabundos animales son hienas, símbolo de crueldad...

—¡Corre, Tesoro!—exclamó Charles sin dar tiempo a más explicaciones.

—No tienes por que temerles con Thessoro, pues esos seres como casi todos los crueles, son cobardes y no nos atacarán; además, ellos prefieren carroña—dijo Raflo.

—Debemos procurarnos un cornac que sea práctico—observó Raúl, a quien tal profusión de fieros animales tenía amedrentado.

—En eso estoy pensando desde que el hindú nos dejó—contestó su amigo.

No tardaron en ver un hindú sobre un elefante, el cual cayó pesadamente al suelo. El cornac se bajó e hizo demostraciones de sincero dolor. El elefante que montaban los exploradores echó a correr con visible agitación y en un momento estuvo junto al caído proboscidio, dando inequívocas muestras de un gran sentimiento.

—¿Qué le ha pasado?—preguntáronle en inglés los exploradores.

El hindú los miró con lastimeros ojos y no contestó. Raflo repitió la pregunta en bengalí con el mismo resultado; entonces habló un lenguaje que hasta entonces no habían oído sus compañeros. El cornac se levantó vivamente y al parecer satisfecho de que aquel blanco le hablase en su lengua, y les informó que aquel elefante había muerto de puro viejo; que el alma que tenía y que ahora se le separaba, era la de su bisabuelo, por haber nacido el día que aquél había dejado de existir; y que su bisabuelo antes de morir, habiendo reunido a los suyos, les anunció que encarnaría en el hijo de la elefante.

Raflo lo dejó hablar y una ligera y escéptica sonrisa se dibujó en su rostro, que no en sus labios; pero fué lo suficiente para que Raúl lo notara.

El hindú volvió a sus demostraciones de sentimiento y Raúl dijo a su amigo:

—¡Raflo, amigo mío, sabía que eras un políglota, pero ignoraba que fuera al extremo de conocer todas las lenguas de los hindúes!

—No, amigo, no llego a tanto; pues has de saber que son más de cien los "grupos lingüísticos" que se hallan en la India, y mi maestro hindú solo me enseñó tres; éste que he hablado es el tamil; sé también el "telegu" que lo hablan más de dieciocho millones de hindúes; pero creo hacerme entender de los otros que ignoro.

Raúl le miraba con admiración no exenta de ternura, y por poco que Raflo conociera metoposcopia, no podía pasarle desapercibido lo que aquel rostro expresaba. Volvió a sentir la inquietud y duda, que antes le había asaltado. Además, aquella mirada tenía para él mucha semejanza a la de Estrella.

Con el fin de que su amigo no notara su agitación, le dijo:

—Vamos a acampar aquí, porque este cornac nos puede convenir, y ahora ni él ni nuestra cabalgadura, quieren separarse del muerto.

Luego que hubieron armado su tienda, le dijo Raúl:

—Raflo, ¿qué te decía el hindú?.

—¡Ah, te vas a reir!... ya sabes que los budistas creen en la metepsicosis; pues bien: él cree firmemente, que ese elefante encerraba el alma de su bisabuelo.

En contra de lo que creía Raflo, Raúl no se rió; en cambio Charles, lanzó tan sonora carcajada que hizo volver la cabeza al hindú.

—Phss—musitaron a una los exploradores, pero el jovencito no podía contener su hilaridad, y cuando logró dominarse exclamó:

—¡Lo dicho...la risa se entiende en todos los idiomas. ¿Conque el elefante es su bisabuelo? ¡Ja, ja, ja!

—¡No te rías, Charles! Esa creencia hace que los brahmanistas y budistas sean los seres más compasivos que existen. Los hindúes respetan todas las vidas, debido sin duda a la creencia de que el alma humana pasa a los animales—dijo Laura.

—Dicen que usan esa gasa en la boca, para evitar así tragarse mosquitos, con lo cual destruirían sus vidas; pero yo creo que los antiguos habrían observado, que el tragarse tres o cuatro mosquitos es el purgante más fuerte que hay, y de ese modo evitan tal inconveniente.—Añadió Raflo.

—Ja, ja, ja,—rió el jovenzuelo, y poniéndose serio de momento preguntó:

—¡Entonces no hay antropófagos aquí...?

—No solo no los hay, sino que los hindúes no son carnívoros, siendo su alimentación puramente vegetal.

—Me gusta pues, comer con ellos, porque todos los "rossby" serían para mí.—Dijo Charles riendo.

—¡Carnívoro...!en su mesa no los hay—dijéronle los exploradores.

—Dejando eso a un lado—dijo muy serio Charles—quisiera saber porqué hay tantas religiones; ¿quieren ustedes decirme?.

—Poco te diré, pero lo suficiente para que comprendas que todas son buenas y necesarias...

—¡Por eso yo soy mahometano!

Laura lanzó un profundo suspiro, y Charles tanto le interrogó, que le contestó así:

—Amiguito, has escogido la menos buena entre todas, ya que se funda en el fatalismo...no obstante, como tu la desconoces...solo tienes que practicar y obedecer su parte mejor, la abstinencia de licores.

—Eso está bueno, aunque... ¡me gustan más!. ¿Pero cual es la mejor religión?

—Las mejores son aquellas que nos enseñan la bondad. mansedumbre y amor...

—¡Esa es la tuya! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ay, muchacho!...amor al prójimo, "no hacer a nadie lo que no queremos nos hagan", no calumniar ni condenar las apariencias...

Al llegar aquí Laura, se detuvo asustada a mirar a Raflo, pero éste se hallaba hablando con el hindú. Entonces respiró satisfecha y continuó:

—Esta religión de fraternidad la enseñó el buen Jesús; pero mucho antes de venir Cristo, ya Budha había hecho nacer en sus creyentes el amor por el prójimo y por los animales, de allí salió la metempsícosis.

—¿La meensi... ¿qué?—preguntó el jovencito sin acertar a decir.

—La transmigración de las almas a los cuerpos de los animales —explicó Raúl—; por eso los hindúes los cuidan tanto, al extremo de contarse que tienen hospitales donde pagan hombres, que según se dice amarran, para que alimenten insectos...¡horror!—Terminó Raúl estremeciéndose.

—Pero si los amarran ¿cómo les dan de comer?—Inquirió Charles.

—¡Dejándose chupar la sangre!

Estas palabras hicieron que el muchacho se rascara por todas partes como si sintiese el efecto de las picadas.

—No te apures, chico, que no los estás alimentando.

—¡Ah, qué brutos! ¡Por eso en los almanaques hay cangrejos, carneros...

—Esos que dices, son los signos del zodíaco, debidos según asegura Plutarco, a las observaciones que los antiguos egipcios hacían del espacio y de la naturaleza en general.

—Pero un cangrejo... ¿qué importancia puede tener?

—Lo característico de su modo de andar, de ahí que habiendo observado que cada año en junio el Sol llegaba al límite del trópico y que en esa fecha retrocedería de lado, como el caminar de los cangrejos, llamó y representó con ese crustáceo a los astros que se veían en esa época.

—Bueno, eso está claro; pero...¿el carnero?

—Eso es más simpático, ya has visto que esos animales gustan de encaramarse en lo más alto de las peñas...

—Bueno, ¿y qué?

—Que ese es el motivo por lo que representan por un macho cabrío, a los astros que se veían en la época en que el sol está en la parte más alta del cielo. Pero no hablemos más y llama a Raflo y al hindú para almorzar, que ya está listo.

Charles hubiese querido (por primera vez en su vida) posponer la comida, con tal de que Raúl le siguiera hablando, de lo que él jamás había pensado, y resignándose a no preguntar más, dispúsose a trasmitir la orden de Raúl llamando así a Raflo:

—¡Padre, dice Raúl que venga a comer y traiga el biznieto del elefante!

Una triple carcajada hendió el espacio, pues aquel pillín hizo coro a su dicho. Raflo dió una cariñosa palmada al inglesito diciéndole: ¡muchacho, muchacho!...

En cuanto al hindú, después de haber sepultado al enorme proboscidio bajo informe montón de ramajes, que entre él y Raflo habían cortado, considerando cumplida su misión, vino junto a ellos. Mientras comían, el hindú miraba a todos lados como quien busca algo que sabe se encuentra cerca; de momento dió muestras de gran contento y señalando un ave muy grande, de color gris brillante, cabeza fina, cuello largo y pico muy corto para su tamaño, adornado de plumas rojas, dijo: "saras", palabra que todos entendieron, y continuó en su lengua hablando y mirando con ternura al pájaro aquel, el cual lanzaba lastimeros sonidos que semejaban lamentos, mientras de sus ojos parecían brotar lágrimas.

Todos miraban con atención aquel ave, y Raúl oyéndolo, sentía en su ser cierta emoción, a la vez que anhelaba la traducción por su amigo de las palabras del hindú, que consideraba interesantes.

Cuando el hombre terminó de hablar, Raflo les dijo:

—Dice que ese pájaro tiene el alma de su madre...

Charles iba a soltar una de las suyas, pero Raflo lo contuvo con una mirada, que si bien bastó a contener su risa, no impidió que el mozalbete, hiciese un gesto burlón a espaldas del nativo. Raflo continuó diciendo, que esas aves se llamaban "saras" y que son emblemas de la felicidad conyugal; que viven por pares y que ése, lloraba y se lamentaba así, porque había perdido su compañero, que sería el que tenía el alma de su padre.

Raúl se separó para que sus amigos no lo viesen llorar, pues aquel amor en dos seres irracionales, le sugería la comparación de lo que su buena madre había sufrido con tan infame marido, y el triste fin tenido.

Raflo propuso al hindú si quería servirles de guía y cornac; por unas rupias al mes, aceptó, muy contento de recorrer por cuarta vez la India, en las ventajosas condiciones que se le presentaban.

El "saras" remontó el vuelo y desapareció, dejando oir sus tristes lamentos, y momentos después todos se congregaban junto a aquel hombre, que hacía aspaventosas oraciones... ¿qué era?; simplemente un gusano de regular tamaño que se le había acercado. Después dijo, que según las reglas de Manú, ese gusano debía tener el alma de algún hombre, que debió ser el matador de un Brahman.

Los exploradores a duras penas podían contener la risa ante las manifestaciones del hindú, y al fin decidieron reanudar la marcha llevándolo por cornac, con la recomendación de guiarlos por los lugares mas notables que él conociera.

Apenas transcurridas un par de horas de marcha, el cornac les hizo notar la presencia de un gran león sin melena, de los que tan abundantes son en la India. Esta vez Charles no sintió deseos de preguntar de quien sería el alma de aquella fiera, como había hecho al ver los lindos ciervos nombrados "nilgó" y los "tevengas", cuyos grandes ojos,—les informó el hindú,—usan los brujos para hacer filtros. Pronto desapareció para Charles el terror que la presencia de la fiera le causara; un certero disparo hecho por Raflo le hizo lanzar un aullido de dolor, y cayó para no levantarse más.

Continuaron aun algunas horas de marcha, y cuando se dispusieron a hacer alto, el cornac los llevó bajo un árbol cargado de innumerables frutos ovalados, de tres o cuatro pulgadas de largo, a los cuales llaman "ham". Charles, sin esperar nada, tomó uno verde y lo arrojó lejos de sí, por despedir fuerte olor a trementina; el cornac viendo aquel gesto, se apresuró a entregar a Charles uno maduro, que el inglesito aseguró tenía un exquisito olor y sabor, por lo que sus compañeros comieron también. Después el nativo les informó, que el fruto verde producía erupción y fiebre.

Seguidamente dispusiéronse a los preparativos de la comida y el hindú se les ofreció a guisarles un "carre", lo que realizó diligente en poco tiempo; este es un guiso de carne, pescado, hierbas aromáticas y tamarindo, que agradó a los exploradores y a Charles hizo relamer de gusto.

De allí fueron a ver el "borasso", árbol de gigantescas proporciones, cuyo tronco mide quince metros y sus anchísimas hojas metro y medio de largo. El hindú partió varios tallos y recogió un líquido cuyo color y sabor les hizo recordar el vino. Todos lo tomaron y Charles exclamó:

—Esto si lo podemos tomar los musulmanes, pues ya viene hecho...

—Aun así no te excedas—le dijo Raflo.

—Ya no me voy a asombrar por nada—dijo Charles—antes me parecía grandioso que un coco tuviera agua...ahora otro tiene vino...se interrumpió de improviso por caer muy cerca de él un fruto del "borasso" casi del tamaño de un coco. En ese mismo instante el hindú se enderezaba y fijaba su atención hacia el frente del camino; algo había sentido y trataba de averiguarlo: pocos momentos después se hizo visible para todos la silueta de una carreta cubierta de gigantescas hojas, tirada por blancos cebúes, de

gran giba y retorcidas cornamentas, a la que el cornac denominó "dhunini", y en la que viajaba una familia vistiendo de amarillo. Este color llamó tanto la atención de Charles, que exclamó a toda voz:

—¡Una comparsa de canarios!...

Los exploradores inquirieron de su guía la causa del uso de aquella tela, siéndole informado por éste, que los pobres usaban el "romal" amarillo, por ser el color que resistía más al sol... Aquí se interrumpió el hindú, asegurándose la bolsa de rupias que llevaba, mientras señalaba con el dedo un flamenco que a cierta distancia dormitaba apoyado en una de sus patas. Los carreteros también aseguraron sus bolsas, como si temiesen ser despojados de ellas. Raflo preguntó el motivo de sus precauciones y le fué informado, que los que robaban dinero, sus almas al morir, pasaban a los flamencos. Repetido que fué a sus compañeros lo dicho por el cornac, fué tal la hilaridad producida en el antiguo golfo, que a duras penas sus amigos podían contener la risa que en ellos quería producirse.

Ya en marcha, el hindú miraba curioso a Charles, y más aún a Laura, que sentía molestia ante aquella mirada inquisidora, que ya antes había notado en él.

La marcha se prolongó por horas y horas sin novedad, descubriendo a veces los oscuros anillos de los azulados boas, o las sonrosadas serpientes "sulabis", con coralinas manchas, que enroscadas en sí, daban la apariencia de gigantescas flores. Atravesaban sombríos "pipales" y bosques de gigantescos árboles, descubriendo amenudo hermosísimos patos de alas primorosamente adornadas y cabeza con bella corona de rizadas plumas.

Aunque Charles estaba anhelando descubrir a quien habrían pertenecido aquellas almas, su padre adoptivo se negó a preguntar al cornac, que continuaba silencioso. De pronto el elefante se detuvo y luego continuó la marcha con la precaución que antes habían visto en Tesoro; el cornac parecia replegarse en su rodtro y dió la voz de alarma: un gran tigre andaba por allí, quizás los esperaría en la bajada del río, que distaba poco de ellos, pues el ruido de la corriente se percibía claramente.

De cuando en cuando el cornac posaba sus negros ojos en Laura, como para reanimarla; ésta se sentía desfallecer bajo aquella mirada, aun más que por la temida presencia de la fiera anunciada.

—¡Dios mío, habrá descubierto mi sexo!—se decía. ¡Su mirada es harto significativa! ¿Me confiaré a Raflo? ¡No, aún no, esperemos!

Un ligero ruido llegó a sus oídos seguido de un rugido espantoso, que hizo extremecer la fuerte y rugosa piel del elefante. Charles se arrojó al fondo de la ensilladura tapándose la cabeza, mientras escondía la cara entre las piernas. Raflo que lo vió, lo tomó fuertemente por un brazo, y mostrándole el rifle, le dijo autoritario:

—¡Así no son los Lóridas! ¡Defiéndete!

El jovencito entre medroso y apenado se enderezó, tomando su rifle. Unos segundos después, el estampido de dos detonaciones hizo levantar el ánimo del pusilánime Charles: muy cerca de ellos yacía moribundo un hermoso ejemplar de tigre de las Indias. Raflo y Raúl habían disparado casi a la vez, y bajaban confiados a contemplar de cerca la bella fiera. De buena gana se hubiese quedado Charles sobre el elefante, pero una mirada de Raflo lo decidió a bajar. Pocos momentos hacía que contemplaban el fiero carnívoro, cuando un rugido aterrador se oyó cerca de ellos. Charles sintió que las piernas le temblaban y Laura invadida por un sudor frío no sabía que resolver, cuando dos fuertes brazos la levantaban en vilo. Era el hindú que la llevaba hacía el elefante; quiso soltarse; mas al darse cuenta de la aparición de la terrible fiera a la que solo ella estaba de cara, pues todos corrían buscando refugio en el elefante, disparó repetidas veces su automático, y el terrible felino no pudo dar el salto para que se había preparado. Cuando Raflo se detuvo ya ella se encontraba en tierra, mirando con amenazadores ojos al hindú.

¿Se dió cuenta Raflo que aquel la tomara en brazos para salvarla? ¡Pudiera ser; pero no lo denotaba! En cuanto a Charles, seguira estaba que no lo había visto y esto le satisfacía. En Raflo podía confiar si descubría su sexo, no así le inspiraba confianza el jovencito, cuya vida del hampa, no le había hecho conocer sino lo que de innoble tiene sin cortapisas, de la moral que la educación impone. Ella sabía que su sexo dejaría de ser un secreto, tan pronto lo supiera el simpático inglesito, cuya vida vagabunda lo separaba tanto del carácter serio y diplomático de los de su raza.

El segundo tigre yacía tendido cerca del otro, y Raflo muy serio explicaba (sin sentir rubor al mentir) que Raúl también había matado el otro, ya que él no había tenido tiempo de disparar, encomiando a la vez el indomable valor de su amigo.

El hindú no sabía que pensar; él había tenido a aquel jovencito por una mujer, y su compañero lo presentaba como un hombre muy valiente; pues

aprovechando que Raúl no entendía su lengua, él había abultado mucho los acontecimientos.

Cuando de nuevo se vieron cabalgando sobre Tesoro, todos iban silenciosos; cada cual por distintas causas. Raflo sentía bochorno por las mentiras que había dicho. ¿Con qué objeto había mentido así? El mismo no se daba cuenta. ¿Acaso sospechaba que Raúl no era un Raúl? ¡No;—se decía— Raúl es hombre, no me cabe duda! Pero la duda estaba latente y ahora vigilaba las miradas del cornac, mas cuidando en no dejar traslucir algo a su amigo. No obstante, él confesaba que su amigo era un hombre; jamás a su mente vino en sustantivo opuesto; se hubiese asustado de sus pensamientos; aunque aquí es y no es quisieran decir lo mismo.

Una hermosa mañana en que el céfiro jugueteaba con sus cabellos y el Sol ponía en el horizonte una bella policromía, bajaron al río Nervuda y empezaron a costearlo hacia oriente, encontrando bellísimas rocas de mármol que les dificultaba el paso. Nuestros viajeros entonces, armando su inseparable "Dórida", se dieron el gran placer de sucar aquellas azules aguas, mientras el cornac lo vadeaba sobre Tesoro, no sin dificultad por parte de ambos, por la rapidísima corriente del encantador río. La animación reinó de nuevo entre los exploradores, mostrándose mutuamente las encantadoras creaciones de Natura, en aquellos blancos mármoles. ¡Cuántas figuras caprichosas! ¡Cuán bellas columnas!

Junto a las encantadoras obras naturales, hay bellísimos templos de una sola pieza, construídos con mármol, por la mano del hombre. Aquellas gigantescas moles de mármol han sido horadadas y cinceladas realizando obras, que dejan en éxtasis al que las contempla. Allí, reflejándose en el azul profundo de sus aguas, hay gigantescas estatuas de Budha y de Visnú, en sus varias encarnaciones; dioses con cuerpos de cuadrúpedos, cola de pescado y cabeza de león, elefante y jabalí.

Al salir de aquel río, que parecía encantado, volvieron a marchar sobre el lomo de Tesoro, con el alma henchida de admiración. El cornac se complacía en narrarles bellas leyendas hindúes, que no provocaban ya la risa en Charles, sino que las escuchaba entusiasmado al traducirlas Raflo.

De pronto se encontraron una gruta muy alta; de ella salió una bella mujer, ataviada de la más pintoresca manera, usando costosas telas y collares, que parecía inverosímil pudiera lucir en esas soledades. Aquella mujer, que apesar de su belleza, se descubría haber pasado sobre ella lo menos

medio siglo, era una sibila. Al escuchar su voz suave, insinuante y atractiva, no dudaron bajarse y pasar un rato junto a aquella sugestiva mujer.

Raúl se puso a recorrer salones y galerías mientras ella se quedó con sus compañeros, que al parecer decíales algo muy halagador. En un bellísimo salón estaba Laura extasiada cuando aquella mujer se le acercó y le dijo:

—¡Vuestro amado os sigue...y...

Un grito de Laura no la dejó continuar, ni tampoco después, ya que sus compañeros alarmados se precipitaron en aquel salón, y hubo que darles información satisfactoria.

La sibila, muy sonriente, tomó unas yerbas y acercándose a Raflo, las pasó con fuerza por ambas mejillas, desapareciendo inmediatamente. Sus compañeros notaban que Raflo reía demasiado, a la vez que su rostro poníase rubicundo, y en las mejillas se formaban dos vesículas que crecían a ojos vistos. No obstante aquella risa, Raflo denotaba ira, que no otra cosa era, que contracciones espasmódicas, producidas por la yerba "sardónica", empleada por la sibila. Cuando más violenta era aquella situación, apareció magestuosa y sonriente la bella mujer, provista de un largo alfiler de oro y una cataplasma de hojas machacadas, y de manera sugestionante se acercó al enfurecido y sonriente rostro, haciendo dos pequeños puntos en aquellas vesículas, por donde salió el líquido de las dos manchas que los chinos le habían inoculado en forma de ojos.

Al ver esto, desapareció la fiereza de los ojos de Raflo, mas no la espasmódica contracción muscular, que al contacto de la cataplasma comenzó a ceder, y cuando momentos después le fué retirada, no solo las vesículas y rubicundez había desaparecido, si que también las horribles manchas oculares.

¡Qué alegría la suya y de sus compañeros; ya no era un monstruo de fealdad, ya era un hombre como cualquier otro! Y henchido de felicidad entregó a aquella mujer todo el dinero que llevaba encima, cosa que en nada le afectaba, pues su firma era aceptada en todos los países civilizados, y los pequeños gastos los sufragaría Raúl.

La bella hindú les dijo, que aquella cataplasma componíase de hojas de "cinaglosa" usadas por los pordioseros para curarse las llagas, que para mover a piedad, simulaban con la "sardónica".

Los exploradores partieron llevando su mente llena de pensamientos de bondad hacia la solitaria dama. Raúl lamentaba haber lanzado aquel grito,

que le impidió escuchar, lo que la dama iba a decirle. ¿Se referiría a Mario? ¿Sería a Raflo?...

Charles henchido de gozo, no tenía nada que desear: tenía padre, nombre, dinero y se instruía de la manera más original y deliciosa; en plena naturaleza y recorriendo tierras, aprendiendo en pocas palabras, lo que se necesita muchos años de asiduos estudios. ¿Qué más podía desear? ¿Acaso no era pródiga la diosa Suerte con él?...

En cuanto a Raflo, renacía en él un vehemente deseo de embellecimiento, que lo hacía estar pensativo. Sabía que la torción de los nervios oculares, era defecto que podía habérsele ocurrido corregir, y no obstante, jamás lo había pensado; ahora este deseo se le presentaba con avasalladora insistencia; encontraba bellísimos los lindos ojos de Raúl, y los comparaba a los de la linda cubana, que había contemplado allá, en aquel sugestivo marco, que jamás olvidaría. Se hacía el propósito de volver a Cuba, y se decía:—¡no, no iré mientras mis ojos no sean perfectos!

Así pasaban las horas y los días, pensando cada cual en el objeto de sus ilusiones, recorriendo siempre extensas regiones, do admiraban las incontables bellezas que descubrían en aquel país de los misterios.

Cierto día les sorprendió un aguacero, que resultó una lección para los viajeros; en él pudieron apreciar, que en la India llueve a hilos y no a gotas, como es corriente en todas partes, y que un aguacero allí no se puede resistir a la intemperie, porque sus chorros lastiman.

Comentando Raflo este suceso con el cornac, éste le informó, que con ser la India tan grande recibe anualmente unos dieciseis metros de agua; y que un aguacero caído el catorce de julio de 1876 fué tan intenso, que se asegura en tal día llovió tanto en el Indostán, como en todo el año en una provincia europea.

—Pues yo creo que hoy va a llover más que en todos los años que pasé en Inglaterra—dijo Charles con su acostumbrada exageración,—animado esta vez, no del deseo de bromear, sino por el miedo que le producía ver llover así. En cuanto a los exploradores, en la puerta de su tienda gozaban con el bello espectáculo de ver caer la lluvia en masa, como si hubiesen abierto compuertas en el espacio; ¡jamás habían imaginado un espectáculo de lluvia igual!

Fenómenos como el descrito y otros varios incidentes, eran motivos para vencer la visible preocupación y reserva de los dos amigos, aunque volvieran a reincidir en ella poco después.

En su incesante vagar por aquel extenso territorio, visitaron bellísimas ciudades encontradas a su paso, donde admiraron variadísimas obras de arte, suntuosos monumentos y soberbios edificios de exquisitos mármoles, como verdaderas filigranas en marfil, en que tan hábiles son los hindúes, que lo trabajan desde tiempos remotos, después de ablandarlos por la ebullición con la raíz de mandrágora.

Pasaron por Agra, donde se destaca el bellísimo templo de blanco mármol, que lleva el nombre de Maj Mahal, y el no menos bello sepulcro de igual nombre, levantado en el agua, que el Shah Djihan, el inconsolable esposo, hizo construir para su adorada Taj Mahal, cuando la muerte los separó, dejándolo sin consuelo hasta lograr ver un "saras", en que juzgó se encontraba el alma de su amada.

Recordando Laura la idea de la metempsícosis de los hindúes, dijo:

—Seguramente Taj Mahal, ha habitado ya infinidad de cuerpos de "saras", así como su marido. Palabras estas que hicieron sonreir a sus compañeros, y que el cornac afirmó después de traducidas por Raflo.

Ya que hubieron descansado bastante y hecho provisiones en la medida de sus necesidades, Raflo dispuso marchar rumbo a Calcuta, y Raúl asintió a ello diciendo:

—¡Sí, ya hemos visto lo que más nos interesaba del interior y...

—¡Claro, hasta sus negros salvajes, que tan escondiditos viven! —interrumpió Charles.

—No hemos visto el Indo; pero hemos contemplado el Bramaputra y el Ganges, su río sagrado.—Agregó Raflo.

—¡Estos hindúes, no se salvarían de la muerte ni teniendo el corazón como Raúl!—Se aventuró a decir Charles.

—¿Cómo tengo yo el corazón, Charles?

—¡Tú...!; lo tienes doble o triple, digo...¡qué se yo!

Esta salida del alegre chico hizo reir a sus compañeros.

—¿Porqué lo dices?—Preguntó Raúl.

—Dicen que los enamorados dan el corazón; pero como veo tú lo lo dás a menudo, creo que tienes muchos.

—¡Tienes razón, Charles!—contestó riendo Laura—a la vez que preguntaba: ¿porqué dices eso de los hindúes?

—Porque primero se mueren, luego los ahogan en el Sagrado Ganges y después, si no los devoran los cocodrilos y gaviares "sagrados", se los

comen los no menos "sagrados" marabut—terminó muy serio Charles—y sus amigos rieron aquellas observaciones, añadiendo Raflo:

—Tienen razón en considerarlos sagrados, pues si no fuera por esos anfibios y esas grandes y feas aves que los devoran, estaría el aire infestado por los cadáveres putrefactos flotando en las aguas del gran río.

—¡Ah! ¡Es verdad!—Dijo muy serio Charles.

—Pero el porqué de ser sagrados, son muy pocos los hindúes, que lo saben—agregó Raúl—y la conversación se generalizó sobre los tópicos del viaje que a la sazón emprendían.

En las primeras horas de una bella mañana, llegaron a Calcuta los viajeros, con gran satisfacción por parte de Raúl, que anhelaba separarse del cornac, que fijaba en él sus inquisidores ojos, queriendo descorrer el velo del misterio que envolvía a la joven; la cual unas veces juzgaba hombre, y otras creía adivinar una mujer. Por fin llegó el ansiado momento de despedir al cornac, quien jubiloso los dejaba, pues Raflo le regaló su elefante, que con creces reponía al que había perdido.

Calcuta es una bella ciudad, con hermosos edificios. En la calle Stran una de sus arterias principales, ocuparon los exploradores un lujoso hotel. Luego recorrieron la ciudad que está dividida en dos: una parte formada por elevadísimos edificios, coronados por cabezas de animales representando las distintas encarnaciones de Visnú; en la otra, gran número de pagodas y las casas particulares de las gentes pobres, que generalmente son de un piso y mal ventiladas. Su comercio está compuesto de bazares; en sus callejas tortuosas están sentados los encantadores de serpientes, con sus cestos delante, de donde éstas sacan las cabezas atraídas por la rara música que aquellos hindúes tocan. Esta parte de la ciudad es llamada Black Town, que quiere decir "ciudad negra". Y en verdad que la pobreza tiene un fatídico manto negro, del que no pueden librarse los millones de pobres que habitan el orbe, de los que se apartan los favorecidos de la fortuna, sin que la mayoría de ellos haga por levantar una de sus pesadas puntas, para aliviar siquiera un poquitín, de parte de su peso, a los que resignados lo soportan hasta el fin de sus días.

Dejemos el barrio de la miseria y tristeza, y pasemos a White Town o "ciudad blanca", habitada por los ingleses, con bellísimos edificios rodeados de jardines y fuentes. Allí habitan también los hindúes ricos, en elegantes "bengalows", rodeados de "kundias", lindas rosas blancas de embriagador perfume. Estos felices moradores están vestidos con lujosos

y perfumados "dubgah", que son amplias túnicas de seda, ceñidas en la cintura por ancha faja bordada en oro, jaspeada de piedras preciosas de un brillo deslumbrador. El pantalón también de seda, bordado en plata, termina en dos cintas de oro, con lo cual forman lazos a la altura de los tobillos. Sus zapatillas y turbantes, adornados de preciosas pedrerías y rematando a este último con bellísimas plumas, forman la indumentaria masculina. Y junto a tanto esplendor, vése al humilde servidor, cubierto de la cintura a la rodilla por humildísimo "romal" amarillo y los pies descalzos, mirando indiferente el boato de sus señores, en tanto les sirve con una fidelidad incomparable.

Dos días pasaron los exploradores en esta ciudad, en que se descubren a la vez, aspecto de paraíso y reflejos del infierno. Laura comparó inmenti aquellos seres con Raflo, que poseyendo muchos millones, no se distinguía en nada de él que apenas contaba unos cientos de miles de dollars, vistiendo trajes iguales a los de Charles, que era aun más pobre que los hindúes de Black Town, y a quien ellos primero habían levantado una parte del "negro manto" y luego Raflo se lo había arrancado para siempre, y... ¡cuán feliz se sentía de haberlo hecho!

Los exploradores tomaron en Calcuta el tren, recorriendo medio continente hasta Madras. En esta ciudad bajó un bengalí, que viajaba en el mismo tren llevando un "arghilahs". Este es un ave sagrada para los hindúes, por creer que en ella encarnan las almas de los brahmanes, por lo que también las llaman filósofos. Estas aves, de cabeza como las auras y de ojos color bermejos, son repugnantes a primera vista, y más aún, si las contemplamos con su enorme pico engullir grandes ratas y hasta gatos enteros y cuantos desperdicios se encuentren a los alrededores de la ciudad.

Charles no podía disimular la impresión que le causaba ver volar esas aves de cuatro metros, o contemplarlas recorriendo las calles, cosa muy frecuente allí, así es que dirigiéndose al bengalí le dijo:

—¿La trae aquí para colocarla de barrendero?

El interpelado, habiendo entendido perfectamente lo dicho por Charles, se molestó de que tal ofensa se le infiriera a su querido "anghilahs", y le dirigió algunas palabras en tono airado.

—¡No debe usted molestarse, si lo digo es, porque ví en Bengala a esos pajarracos haciendo ese oficio!—Se apresuró a decir Charles haciendo un gesto desabrido.

—¿No sabe usted que nuestras leyes castigan con severidad al que se atreva a matar una de estas aves sagradas?—Le dijo el hindú.

—Lo sé;—dijo el muchacho—pero yo no la he matado.

—Pero le ha inferido grave ofensa.

—¿Está usted ofendido, señor barrendero zancudo?—Preguntó al ave Charles, con ese gesto de golfo callejero, o mejor, con la audacia de "señorito" millonario.

El hindú fué a castigarlo, a tiempo que se acercó Raflo, y como padre solucionó el conflicto, de la manera que en este mísero mundo se solucionan mejor los problemas de la vida: con el "sésamo ábrete" o "boca ciérrate" de todos los tiempos: el oro, en forma de cualquier moneda, y esta vez fué en forma de rupias, que hizo desaparecer la cólera del ofendido hindú, que se apartó muy satisfecho, bendiciendo quizás aquella gigantesca ave, de plumas rígidas y cenicientas, la que para él desde aquel momento, sería más sagrada aún.

Atardecía ya, con una de esas admirables puestas de sol, cuando regresaron al hotel en que había quedado Raúl, encontrándolo vestido a la usanza hindú, cuyo traje varonil difiere poco del de las mujeres. Laura no había podido resistir al deseo de dejar el duro traje de explorador para sentir en su piel el suave y delicioso contacto de la seda. Al verse así ataviada, comprendió que resaltaban más sus encantos femeninos; pero no queriendo privarse de ese placer, optó por seguir así vestida.

Además, si Raflo reconoce mi sexo—se dijo—no tengo nada que temer de él; seguiré viajando en su compañía como su hermana, y... después de todo, si llego a convencerme de que Mario no existe, bien puedo tomarlo por esposo...al menos, por algún tiempo... después...oh, siendo su esposa seré miss Lórida, y no tendré porqué huir; podré vivir en New York...! Y sus lindos ojos se animaron ante la idea de ser la dueña, mientras quisiera, de los millones de Raflo, y sonrió satisfecha. Mas, al instante palideció y un prolongado suspiro levantó su pecho ¿porqué?. ¿Era que había pensado en que Raflo no la amaba?. No, esto la tenía muy sin cuidado, puesto que ella tampoco a él. Sabía que ambos podían vivir sobrellevándose perfectamente, y que para él sería agradable presentarla y viajar con una esposa como ella; en cambio, dejaría su incógnita y podría vestir los trajes propios de su sexo. Entonces, ¿porqué palideció, tan intensamente? Por una ilusión de sus sentidos; porque cuando finalmente se hizo el propósito de propo-

nerle a Raflo matrimonio, se le representó en el espejo en que se miraba, el sugestivo y pálido rostro de Mario, que parecía reprocharle su conducta.

—¡Oh, Mario mío, no lo haré; tú vives sí, vives para mí y yo guardaré mi incógnita hasta que el destino nos una!

Con esta idea desistió en sus propósitos de darse a conocer y de tomar a su amigo por esposo. Sumida en estas meditaciones se encontraba a la llegada de sus compañeros, y Charles, que venía alegre como la primavera, le dijo de improviso:

—¡Eh, señor hindú o fakir, lo que seas!...

Laura volviéndose a él sonriente le contestó:

—Quise probar el vestuario...

—¡Pero si así pareces una mujer!—le interrumpió Charles—y prosiguió: sí, Raúl, pareces una linda muchacha!

—¡Charles, ya te he dicho que no te permito que me hables así!

—¡Pero...si no lo hago por ofenderte...! ¿verdad que parece una muchacha, Raflo?

Este, que se había quedado mirando a su amigo con asombrados ojos, se limitó a contestar:

—No te molestes Raúl, él quiere decir que ese traje...

El chico callejero, con su desenfado característico añadió, aunque sin malicia:

—No me refiero al hábito, sino a mi querido Raúl, que con él parece una linda señorita; luego, ese turbante...

Estas palabras hicieron que Laura lo arrancara de su cabeza y lo arrojara lejos de sí, cogiéndolo Charles en el aire y poniéndolo en su cabeza con tan poca gracia, que hizo reir a sus compañeros, en particular a Raúl; verdad que hacía un efecto horrible; su cabeza era más grande que el turbante y para colmo de contraste, éste era color escarlata claro, su cabello rubio y su faz rubicunda.

—¡Qué feo...qué feo me veo...!—decía el jovencito ante el espejo riendo de sí.

—¡Es porque no te sirve!— le dijo Raúl, satisfecho en el fondo de su corazón, por el placer que el reconocimiento de la belleza dá.

Raflo, aunque reía, se veía de hito en hito mirar algo curioso a Raúl. Este que lo notó, le dijo:

—Oye Raflo, si supieras que agradable es vestir así. Te aseguro que me voy a proporcionar otro traje para vestirlo en mi camarote y...en la biblioteca. ¡Qué cómodos!—terminó.

Raflo se sonreía oyendo a su amigo y le dijo:

—¿Quieres que viajemos de hindúes?

—¡Magnífico, Raflo! ¡Sí tuviéramos un yate... si sería bueno! ¿Eh?

Raflo la miró sonriéndole dulcemente, sin saber porqué lo hacía a la par que dijo:

—Voy a comprar para el chico y para mí unos "dubgah"... no te preocupes si tardo. Y ordenó a Charles quedara con Raúl o que lo acompañase si salía. ¿Porqué esta recomendación?.

—El turbante de Charles, que no sea escarlata—recomendó Raúl.

—¡No, no... que me veo muy feo...traigámelo blanco y grande! —le gritó Charles.

Raflo salió radiante de alegría; estaba dispuesto a complacer a Raúl en todo, y en aquellos instantes se había hecho el propósito de darle una grata sorpresa. Pensaba adquirir un yate a cualquier precio, para viajar solos en él. ¡Pobre Raúl—se decía—ha sufrido tanto en las travesías, que con gusto le proporcionaría ahora este placer. Después pensaba:

¿Pero Raúl será un Raúl o una mujer? Si fuera mujer...bien podía hacerla mi esposa y viajar sin preocupaciones...¡pobrecita! Al llegar Raflo a esta conclusión, se asombró de la audacia de sus pensamientos y se dijo: sea del sexo que fuere, velaré siempre por esa criatura y no le arrancaré su secreto, si su deseo es conservarlo. Su compañía me satisface y no quiero perderla.

En Raflo persistía latente el afán de embellecimiento desde que vió destruídas las manchas que en forma de ojos le afeaban el rostro, así que, al pasar por una casa de óptica, adquirió cristales para corregir su estravismo ocular. Luego se dirigió a distintas casas consignatarias en solicitud del ansiado yate que comprar, hasta que por fin consiguió uno espléndido, en el cual podían hacer largos recorridos marítimos, con tanta seguridad como en cualquier trasatlántico. Verdad que había sido construído para tal fin.

Cuando hubo adquirido varios "dubgah", entre los cuales se destacaban por su belleza y acabada confección, los destinados a Raúl, tomó rumbo al hotel, con la satisfacción del que tiene a su disposición esa maravillosa "lámpara de Aladino"—que no otra cosa es el dinero.

—¡Esto es lo tuyo, Raúl!—le dijo mirándolo con cierta ternura, en la perspectiva de la inmensa satisfacción que iba a proporcionarle.

—¡Oh, gracias, amigo mío; qué primor... qué delicia vestir esto!—decía Raúl, a la par que estrechaba fuertemente la mano de Raflo, hasta quedar en ella marcada la sortija.

Raflo sonrió pensando: ¡Qué doble personalidad la de este ser; por su vehemencia parece mujer; pero su presión denota al hombre, y ... al hombre fuerte. Y aquí terminaron por entonces sus conjeturas, dándose a los preparativos, necesarios a la excursión marítima que en breve debían emprender.

Una bellísima tarde que el sol llegaba al ocaso, tiñendo el horizonte con esa policromía encantadora que ningún pincel puede igualar, se veían tres jóvenes vistiendo trajes de hindúes ricos, que contemplaban la bellísima puesta, desde la cubierta de un elegante yate, que rápidamente surcaba las aguas del océano Indico.

—No puedes imaginarte Raflo, la satisfacción que me has proporcionado con la adquisición de este yate.

—Por eso lo compré, Raúl;—contestó amablemente el aludido.

—¡Y a mí!—afirmó Charles, que no desperdiciaba oportunidad para tomar parte en las conversaciones.

—Sí, hijo, lo comprendo; pero también creo que más te complacería viajar en un gran trasatlántico...entre muchos...

—Con ustedes me basta...solo que... ¡luego están tan pensativos, que casi no me atrevo a hablarles...!

—Pues háblame siempre, Charles...tú me distraes con tu charla.—Le dijo amable Raúl.—(1)

—Pues eso es lo peor...porque solo sé preguntar, y temo cansarlos—terminó el jovencito con cierta tristeza.

—¡No temas, pregunta...me distraes!—repitió Raúl.

—¿Porqué ustedes están algunas veces tan pensativos...tan serios?...

—Cada cual tiene sus motivos—contestó Raflo alejándose, mientras Laura lanzaba un profundo suspiro diciendo:

(1).—Véase el primer tomo "Aventuras de Raflo y Raúl Alrededor del Mundo".

—No, esas cosas no las preguntes, ¿sabes?

—Entonces preguntaré: ¿Porqué es que el agua de este océano, por parte es tan clara y ahora la noto de color lechoso?

—Porque en este océano que tiene quinientos cincuenta millones de hectáreas, vas a apreciar varios cambios; por ejemplo: este mar lácteo, que

se diferencia de las aguas transparentes que hemos surcado, débese a la existencia de unos infusorios gelatinosos que unidos por millones le dan a las aguas este aspecto.

—Ah, siempre son los bichos los que le dan color... y eso que no se ven! —dijo Charles—y en el momento exclamó: ¡Pero que animal tan grande ese negro...!

—¡Oh, ese es un melanoptero feroz: debe pasar de ocho metros!

—¡Entonces es como los tiburones! ¿Eh?

—Sí, es un tiburón...

—Pero ...¿hay muchas clases de tiburones?

—Sí, te falta ver los cabeza de martillo...

—¿Y aquello rojo oscuro, con manchas blancas, será un tiburón?

—¡Hola, ya pude ver uno!—exclamó Laura—ese es un "manto real"; que dicen abundan en este océano.

Laura buscó con la vista a Raflo, a tiempo que Charles decía riendo:

—Desde que mi buen padre usa cristales...¡está más serio...! parece que no le gusta estar con nosotros.

Esta vez Laura sonrió complacida. En realidad, la pobre joven se iba cansando de guardar su enojoso incógnita, y pensaba que no había motivo para ocultar por más tiempo su sexo. Raflo era un excelente hombre, y un buen partido que no era de despreciar.

Desde que Laura había vestido las suaves sedas, aparecía más femina; había decidido que el destino dispusiera sin oponerse a nada, y así se mostraba tal cual era en aquel yate. Si a veces tenía gestos varoniles, era en obsequio de su querido discípulo. Temía a que el simpático muchacho tornara su cariño en pasión, tan luego descubriera su sexo, y esto la contenía a declararse. En cambio, veía con satisfacción, que Raflo la contemplaba con atenta observación, sospechando quizás la verdad de su sér, y ésto la decidió a esperar los acontecimientos, sin precipitarlos con una innecesaria confesión.

En cuanto a Raflo, se alejó de ella pensando: este Raúl es mujer, ¡que duda cabe! ¿Cómo he podido pasar tanto tiempo junto a ella sin sospecharlo?... Entonces, lo que juzgábamos que hacía por enamoradizo, era por su justo deseo de estar con las de su sexo. Eso es, sí! ¡Por eso sus sonoras carcajadas a las alusiones de Charles! ¡Sí, sí, es mujer! Debí sospecharlo al oirlo filosofar...¿cuándo un imberbe ha hablado así? ¡Qué tonto he sido, y ella me juzgará así! ¿Porqué no decirle que conozco su secreto? ¿Porqué no

hacerla mi esposa? Es bella, buena, inteligente y culta... mas, ¿qué digo?...¿y si es hombre? ¡Qué pena! ¡Oh, no debo dejar traslucir una suposición que me ridiculiza, que me rebaja! Nada: es hombre y muy hombre. ¡Fuera de mi mente otra idea!

—¡Raflo, Raflo; venga a ver!—decía Charles buscándolo.

—¿Qué es, Charles?—le preguntó,— alegrándose de ser interrumpido en sus ideas.

—¡Venga para que vea unos animalitos que parecen una flota...!

—¡Ah, ya veo: son argonautas!—dijo Raflo recostándose a la borda.

—¿Argo...qué?—Interrogó el inglesito sin saber terminar el nombre.

—Argonauta tuberculado—terminó Raflo—fíjate en su modo de viajar: es retrocediendo, a la vez expulsan el agua que aspiran por un tubo que es el locomotor.

—¿Pero tienen velas? —volvió a preguntar...

—Dos de sus ocho tentáculos, los elevan enlazados, y es lo que imita las velas.

—Lo curioso es las chalupas que tienen—terció Raúl sonriendo.

—Pero qué ¿tienen chalupas?

—Así llamó Cuvier a las conchas onduladas que ellos se fabrican con una sustancia que segregan.

—¡Qué curiosos son estos seres!

—¡Muy curiosos! Si ellos quieren pueden separarse de esas conchas; pero no lo hacen porque les sirve de protección, pues cuando no están en la superficie del agua, recogen los tentáculos y la vuelven hacia arriba.

—¡Ja, ja! Muy bien; primero viajan en la chalupa y después la cargan—rió el inglesito.

—Eso mismo hacemos nosotros con nuestra "Dórida"—le dijo Raflo.

—¡Ja, ja; pues ahora sólo nos falta poner los brazos como velas... —rió de nuevo el alegre muchacho.

—¡Mira, Charles: aquellas aves son las fragatas—le indicó Raúl.

—¡Y aquellas con el cuerpo blanco y rosado, de alas tan negras, serán seguramente yates!—repitió chanceando Charles.

—¡Qué lindos!—repuso Raúl.

—Esos se llaman "cola de junco", y aquellos otros "albatros"—informó Raflo

—¡Qué nombres tan extraños!...

—Nos parecen extraños, porque no estamos habituados a oirlos, si los oyéramos repetir a menudo, se nos harían tan familiar como los demás que conocemos—observó Raúl.

Así hablando vieron acercarse al Capitán, quien dirigiéndose a Raflo le dijo:

—Señor: voy a disponer moderar la marcha, de lo contrario estaremos a media noche en Sumatra.

—¿Y qué?—Preguntó Raflo.

—Que si allí nos toman por enemigos, nos harán reos...

—¿Qué...?—Preguntáronle.

—Que según sus leyes, seremos comidos, con más placer que comiendo a sus deudos que son viejos.—Contestó fríamente el Capitán.

—¡Ay, pues no lleguemos!—Suplicó Charles.

—¡Uf, muchacho!—le dijo Raflo—no te pongas así, o te embarco en el primer vapor y te pongo interno en un colegio hasta que termine mi exploración; con eso aprenderás...

—¡Ay, no, Raflo; yo aprendo con Raúl; no me separe de ustedes!

El Capitán se alejó de aquella escena y Raflo contestó con firmeza:

—Pues no te opongas a que visite los lugares que deseo...

—¡Es que...!—balbució.

—Es que los muchachos y las mujeres siempre son un inconveniente para explorar—terminó Raflo mirando a Raúl.

—¡Oh, no todas las mujeres!—enmendó Raúl.

—¿Conoces tú alguna capaz de hacer lo que nosotros hacemos?

—¡Sí!—contestó Laura con una encantadora sonrisa.

—¡Pues yo no, ni quiero!—dijo Raflo, dando por terminada la conversación; y alejóse de ellos diciendo "in menti".

—¡Cáspita! ¡Ahora si que estoy convencido! ¡Vaya si es mujer! ¡Por poco se descubre! Ya no tiene interés en guardar su incógnita; ahora soy yo quien necesita crea que no la he descubierto. ¡Si no digo así...! ¡Vaya con la bella americanita...qué bien ha hecho su papel de hombre! Pero noto en mí cierta tristeza al saber que es mujer. ¿Porqué? ¿Acaso no pudiéramos ser compañeros? Sé que ahora ella me tomaría por esposo, le convengo... Pero yo no podré amarla nunca, me parecería que era un hombre... siempre veré en ella a mi amigo Raúl. No, no puedo tener por esposa una mujer como ella ¡casi un hombre!... Yo quiero una mujer que necesite de mi protección, de mis solícitos cuidados; de mis mimos para alejarle infundados temores; una

mujer exquisitamente femina; con sus ingenuidades ¡ay! así como Estrella... ¡Oh, si casi le guardo rencor por este descubrimiento; si siento que Raúl, mi querido amigo, se ha marchado, sí... Pero no; pobre muchacha...cómo ha sufrido...cuántas angustias ha pasado para guardar su secreto tanto tiempo... ¡pobrecita! Es mi hermana; así debo cuidarla y velar porque su secreto no se descubra. ¡Tanta confianza tiene en mí! No, Raula,—¿cómo dije? ya sé; se llama Laura; ese es el nombre que brotó de sus labios aquella aciaga noche. ¡Laura... hermana del alma; seguirás siendo Raúl...

Mientras Raflo pensaba así, Laura se había recogido en su camarote pensando: ¡No debo descubrirme! Si Raflo llega a enterarse, no querrá tenerme por compañera. ¡Oh, Laura... sigue durmiendo mientras vela Raúl, el fiel amigo de Raflo!

Al amanecer del siguiente día, ya Raúl estaba sobre cubierta con su traje de explorador, dispuesto a demostrar que era hombre ...y valiente.

—¡Hola, ya estás en traje de campaña!—díjole Raflo al verlo.

—Sí, ya tenía deseos de vestir mis trajes, pues ya el de fakir me disgustaba.

—¿Porqué?...

—¡Cáspita!... si a medida que me fijaba en él, me iba pareciendo de mujer —le contestó.

—¿Eh?—Preguntó asombrado Raflo.

—Que ya no lo podía soportar, y viéndote a tí con él también me parecías mujer—contestó en tono jocoso.

Raflo no supo que decir: aquellas palabras lo habían desconcertado.—Ahora Raúl pensaba de él, lo mismo que antes él pensaba de Raúl. ¿Sería o no lo que se había imaginado? Había contradicciones...

Raúl, con esa intuición femina que la caracterizaba, dióse cuenta de los pensamientos de su amigo, y para dejarlo más perplejo agregó:

—¡Cuánto deseo que desembarquemos!

—¿Pero no has oído que aquí comen gente, Raúl?—terció medroso Charles.

—Ten la seguridad que no nos comerán, Charles; los hombres debemos tener confianza en nosotros mismos, y desafiar el peligro, por la satisfacción de vencerlo.

—¿Pero Raúl...?—se le escapó a Raflo.

—¿Qué?—inquirió el interpelado.

—¡Que...que...ahora me fijo que Charles anda aún de hindú—masculló Raflo.

Aunque Raúl se daba cuenta que eso no era lo que pensaba decir su amigo, sonrió ordenando a Charles:

—Anda muchacho, quítate esas vestiduras que me pareces mujer.

—¡Oh, eso no!—respondió el jovencito mientras se despojaba del "dubgah", eso no; lo que pasa es que tu siempre estás pensando en mujeres...

—Ese es mi delirio...mi afán...mi esperanza de que algún día...

—¿Qué?—le interrumpió Raflo, incapaz de contenerse ya.

—Vivo con la esperanza de algún día encontrar una compañera capaz de compartir mis aficiones...

—¡Pero Raúl... es decir... quiero decir que si querrías casarte!—articuló Raflo todo confuso.

—Sí; pero con una mujer fuerte, valiente...capaz de afrontar el peligro.

Raflo se quedó un instante pensativo y al fin dijo sincero:

—¿Y serías capaz de traer a tu esposa por estos parajes?

—¿Porqué no? ¡Solo así tomaré esposa!

—Pues mira, chico, yo opino distinto; yo quiero una mujer dulce, medrosa, y mi mayor placer consistirá en alejarla de todo motivo de alarma; rodearla, de lujo y confort, donde las asechanzas de esta vida errante y peligrosa, no pudieran alterar la dulce quietud del hogar.

—Ya, ya veo lo diametralmente opuesto de nuestros pensamientos respecto a las mujeres...—Contestóle Laura sonriendo.

Mientras hacían el desembarco, Raflo iba pensando: ¡pobre muchacho!... anoche lo juzgaba mujer. ¡Si él lo supiera! Ahora veo que su afición a las mujeres fuertes, es la que corresponde a su temperamento casi femenino, es natural; los hombres fuertes preferimos las mujeres delicadas y gozamos con protegerlas; los hombres débiles se inclinan a las mujeres hombrunas, es la innegable ley de compensación. Este muchacho, aunque valiente—en el último extremo del peligro—es, no obstante, un hombre débil. ¡Pobre Raúl!; si sospechara que lo he juzgado mujer... y hasta analizado si me convenía por esposa...!

Ya los exploradores se encontraban pisando tierra de Sumatra, y los múltiples incidentes sucedidos, hacían que olvidaran las preocupaciones del sexo, que por el momento Raúl dejó bien definido.

—¡Qué casas tan extrañas!—exclamó Charles.

Con razón lo decía. Las casas de Sumatra están montadas en columnas, y la parte inferior de ellas es mucho más estrecha que la superior, cuyos techos provistos de dos pararrayos, forman pronunciada media luna.

—El que ve aquí una casa, ya puede darse porque las ha visto todas—dijo de nuevo el inglesito, algo disgustado por la monotonía arquitectónica.

—¡Mira las mujeres...!—insinuó Raúl—y Charles le interrumpió de esta manera:

—Todas parecen espanta pájaros...tan flacas, tan feas, tan...

—Basta, chico, de tantos defectos...fíjate bien, que quizás encuentres alguna que te guste—repitió Raúl en tono jocoso.

—¿Qué me guste...a mí? ¡No hombre, yo no soy tú...que te gustan todas!

De buena gana Raúl hubiera soltado la risa, pero se contuvo diciendo:

—Porque todas tienen algún encanto...mira aquella.

—Un saco de hueso...ja, ja.

—En realidad, la que Raúl le había mostrado, era una joven tan delgada, que daba la impresión de que sus huesos iban a perforar la piel que los cubrían, estaba adornada con profusión de prendas, hasta en sus pies descalzos.

—Menos mal que llevan tanta ropa y tan larga...—decía Charles—y a la vez: ¿pero Raúl, que le encuentras a ésta que no sea igual a las otras?

—Que lleva con mucha gracia esa especie de turbante...

—¡Ja, ja, fíjese Raflo: a Raúl le gustan tanto las mujeres, que cuando no puede celebrarlas por ser unos adefesios, les celebra el trapo de la cabeza...!

—Phss...—silenció Raflo—acuérdate que aquí...

—¡Ay, es verdad; es por este enamoradizo que he hablado así! ¿Me habrán entendido?—Preguntó medroso.

—No sé; pero debemos tener prudencia; estamos en un país extraño, cuyas costumbres desconocemos, y cualquiera indiscreción pudiera originarnos serios disgustos—contestó Raflo a su interlocutor.

Así hablando siguieron rumbo al bosque, donde Raflo deseaba encontrarse, para disfrutar de las delicias campestres, que hacía tantos días no disfrutaba. No habían andado mucho cuando junto a unas palmas llamadas "anu" de que los naturales extraen el azúcar chagarii, encontraron varios nativos sin muestras de hostilidad. Más adelante descubrieron unas matas cuyas flores de ocho pies de circunferencia, pesan quince libras, a que los naturales dan el nombre de "raflesa".

Una maliciosa sonrisa jugueteaba en los labios de Charles al escuchar este nombre; y no pudiendo reprimir su deseo de expresar lo que había pensado, se acercó a su amigo y le dijo:

—Oye, Raúl; te aseguro que ninguna de estas mujeres sería capaz de cargar a la de Raflo.

—¿Qué quieres decir, muchacho? ¿acaso Raflo tiene mujer?

—Chiss—que te va a oir él—me refiero a esta flor ¿no se llama raflesa?

—¡Ja, ja, ja!—rió Raúl.

—¿Qué dice Charles...?

—Dice que...

—Que las mujeres de aquí no podrán llevar esta flor...pesa tanto y son tan flacas...—le interrumpió el pilluelo—haciendo señas a Raúl para que no lo descubriera.

—Este Charles no es inglés.—Dijo riendo Raúl.

—¿Porqué?—Interrogó Raflo.

—Lo era antes de ser hijo de Raflo—anticipó el aludido.

—Porque su carácter difiere mucho del carácter inglés—y volviéndose a Charles continuó:—no hijo, ni lo creas, tú nacerías en Inglaterra como podías haber nacido en China; pero tú debes ser andaluz o... cubano...al menos lo pareces.

—Bueno, pues ni lo uno ni lo otro, era inglés y ahora soy... cómo se llama?...cretano...

—No se te vaya a ocurrir cambiar la a por la i. Dí cretense si quieres.

—Bueno, como sea, yo soy su hijo y nada más...pero, ¡padre mío!... salgamos ya de Sumatra! ¿quiere?.

—Me lo pides de una manera ¡pícaro! que me haces sentir paternal. ¡Vaya, te complaceré, aunque quería ver esta noche un "sunda matune".

—¿Quién es ese?—preguntó el muchacho.

—Es un árbol que florece de noche, y al que los naturales llaman árbol triste.

—¡Por Mahoma, mi padre, no quiera usted ver nada triste, hay muchos árboles alegres!—díjole en tono meloso Charles.

—Este muchacho...al fin me va a hacer creer que es hijo de verdad.—Dijo aquel gran hombre con voz no exenta de ternura.

—¿Usted ha ido a Inglaterra, Raflo?

—¿Eh?...—Exclamó el interpelado entre asombrado e interrogante.

—Quería preguntarle...si usted conocía el parlamento—contestó confuso.

—¡Mucho, muchacho...!—le dijo Raflo sonriendo—vayamos al yate.

Raúl tenía que adelantarse para reir a solas de las cosas del travieso rapaz.

Apenas salían del puerto vieron que entraba un hermoso trasatlántico y, cosa rara...Laura sintió que el corazón le palpitaba con violencia, sin poderse explicar la causa. Si ella hubiese estado en el muelle al desembarcar los viajeros, hubiese caído en brazos de su amado Mario. Pero no dió esa coincidencia. ¿Cómo iba Mario en ese vapor? Muy sencillo: Mario les seguía por doquiera; primero por la estela de sus aventuras y después, porque Raflo en cada administración, tenía el buen cuidado de indicar la ruta que seguía, para que le enviasen su correspondencia; dándose el caso que a veces esta quedaba atrás, debido a la rapidez con que cambiaba de país.— Esto acontecía con la carta de Estrella. Raflo pensó pasar varios días en Sumatra; pero, por complacer a su hijo adoptivo, había partido el mismo día; de aquí que, esos dos seres que Mario confiaba se unirían allí, se alejaban nuevamente sin sospecharlo. De nada servían las investigaciones de Mario; habían partido sin ningún incidente que hiciera fijar la atención en ellos. ¿De qué valía la telegrafía y el radio? Mario no podía hablarles, ¿con qué derecho? ¿Acaso él sabía si la exploradora era en realidad Laura? ¡No! Sólo la seguía por suposición y solamente viéndola, podría convencerse; y esta sola idea era la que lo hacía marchar hacia donde suponía podría encontrarlos.

El yate viajaba sin perder de vista la costa de Sumatra, es decir, por mar de poco fondo, cuando un día les dijo el Capitán:

—Estamos en el estrecho de la Sonda, ¿lo cruzo o hago escala en la isla de Java?

—Pasaremos el estrecho para ir a Borneos...no me interesa Java ni sus contornos.—Contestó Raflo, con gran contento de Laura, que apesar de lo dicho antes, traía muy a su gusto un traje de fakir hindú, alegando "que en la variación está el gusto".

—¡Es lástima que no conozcan a Batavia...hay tan bellas bailarinas...!—insinuó el Capitán—cuya expresión denotaba su deseo de ir allí.

—Mire, prefiero que no lo visitemos, pues no me haría gracia si se pusiera en erupción el volcán Karagatoa; quiero estar lejos— contestó Raflo sonriendo.

—¿Es temible, ¿verdad?—preguntó Charles.

—Figúrate, muchacho, que la terrible erupción del veintiseis de agosto de 1,883, fué lo más horrible que en el mundo ha habido—le contestó Raflo.

—¡Oh, eso fué sublime!—exclamó el Capitán, que era gran admirador de los fenómenos geológicos—¡qué bello espectáculo!...ese memorable día llegué a Java; el oleaje era imponente; el mar subió treintiseis metros de su nivel y sus olas se levantaban lo mismo en el Atlántico que en el Pacífico. ¡Qué emocionante día; jamás lo olvidaré! ¡La columna de lava se levantaba hasta unos diez y seis kilómetros de altura...!

Raúl miró a Raflo y sonrió escéptico, creyendo que el Capitán exageraba notablemente; pero aquél, que conocía y recordaba el fenómeno, le hizo un signo afirmativo y añadió:

—Bien recuerdo ese día; la conmoción atmosférica fué tan fuerte que se sintió en todo el planeta. Yo leía las noticias con un pánico indescriptible, y jamás hice idea de visitar a Java, pues aunque era niño nunca olvidé ese fenómeno.

—¡No quebrante su propósito, Raflo!—se precipitó a decir Charles.

—No temas, no iremos—terminó lacónico.

—Es lástima, Java es un paraíso; por su exuberante vegetación; por la riqueza de sus frutos; por su variada fauna; por sus bellas y antiquísimas ruinas; por...

—Por todo lo que usted quiera; pero yo detesto ese paraíso!—le interrumpió Raflo con firmeza, aunque sonriendo.

—Bueno, señor, bueno, excuse mi entusiasmo; ya estamos cruzando el estrecho de la Sonda—le dijo el Capitán y se retiró sonriente.

Una hora después empezaba a caer un aguacero torrencial, los relámpagos se sucedían deslumbradores, haciendo que los ensordecedores truenos retumbaran sin tregua; aquello era el diluvio; en el yate no se podían oir unos a otros apesar de hablarse a gritos. Laura se arrojó en su litera y Charles no tardó en imitarla; en cuanto a Raflo, presenciaba aquel fenómeno aguardando al Capitán. Por fin éste se presentó frotándose las manos de júbilo.

—¿Qué le parece?—le gritó:—en Java todo es grandioso, hasta sus aguaceros.

—¿Así es que esto no es sino un aguacero javanés?—le interrumpió Raflo.

—Ni más ni menos—contestó—así son todas sus cosas..

—¡Pués a toda máquina...aléjeme usted de Java!—ordenó Raflo ya terco, no por miedo, sino por su animadversión por dicha bella y rica isla.

Llevaban marcha forzada y cruzaron el mar de Java en menos tiempo que en ninguno de sus viajes lo hiciera el Capitán.

—Ya tenemos a la vista la isla de los "cazadores de cabezas"—dijo el Capitán—; ¡esta tierra si que es verdad que yo no la piso!

—¡Borneo!, muchachos, ya llegamos a Borneo, aquí no hay antropófagos, vamos!—decía Raflo a sus compañeros.

—¡Tengan cuidado de tocarse de cuando en cuando la cabeza, para ver si está en su puesto!—les dijo chancero el Capitán.

—¿Qué quiere usted decir?—le preguntó Raúl.

—Mire jovencito; no se descuide, porque estos "dayaks" tienen por gran hazaña "cazar una cabeza humana".

—¡Pero si no son antropófagos, ni son negros...!—Le dijo Raúl no muy conforme y esperando otra afirmación.

—Añada a eso, que son corteses y valientes...pero, ¡no se descuiden de sus cabezas!—le repitió ya serio.

No obstante las advertencias del Capitán, los exploradores tomaron tierra internándose en ella. No habían andado mucho aún, cuando a su vista se presentó un espectáculo por demás calofriante; un grupo de hombres blancos, desnudos y tatuados, de hermosos cuerpos, bellas facciones y ojos brillantes, pendiendo de sus orejas unos aretes compuestos de muchas argollas, otras en los brazos y piernas; en la cabeza un casco con gran plumaje sujeto a la barba. Estaban armados con lanzas de hueso, y combatían fieramente. La lucha duró poco; algunos fueron vencidos y sus vencedores, con la mayor tranquilidad y cuidado, cortaron las cabezas de aquellos, alejándose con ellas.

—¡Qué horror...!—exclamó Raúl.

—Psss...—musitó Raflo;— vamos a seguirlos, quiero ver lo que hacen con esas cabezas.

No tardaron en saberlo; algunos de ellos las ofrecieron a un guerrero de bello aspecto, vestido con un sayal hasta las rodillas, ceñido a la cintura. En sus fornidas pantorrillas y cuello, lucía gran número de collares y pulseras. Su cabeza estaba cubierta con un turbante adornado con gran penacho de plumas, con una lanza en la diestra, el que semejaba ser un jefe. Otros ofrecieron sus cabezas a jóvenes y bellas mujeres, que gustosas y sonrientes

las aceptaban, como si se trate de un rico presente. En realidad, aquellas cabezas constituían el mejor presente que los novios hacen a sus amadas.

Junto a una de esas muchachas se encontraba un hombre muy joven, cuyo cuerpo de bellas líneas aparecía exquisitamente tatuado. Su dama, que parecía una escultura viviente, se acercó con cierta envidia a sus compañeras, ansiando la posesión de igual trofeo. El hermoso galán que no había hecho aún, ningún presente de esa índole, prometióle complacerla prontamente. La joven sonrió complacida y en ese momento dirigió la vista casualmente hacia donde los exploradores se encontraban, y con el rostro radiante de alegría se los mostró a su amado. El galán hizo un gesto de asentimiento, y por la mímica realizada parecía decirle eligiera cual de aquellas, para él cortarla y ponerla a sus pies. La novia así lo hizo y Laura no pudo reprimir un ¡ay! angustioso salido de su pecho, a la vez que decía:

—¡Raflo, la salvaje ha elegido la suya!...

—¡Pues pienso no permitir que se la entreguen!—contestó pausadamente Raflo.

Laura estaba pálida y era tal la angustia de su alma, que ni un suspiro salió de sus labios, y tomó convulsivamente una pistola.

—¡No dispares!—ordenó Raflo—. Fíjate en que el "dayak" le hace señas a la joven de que no se enteren los otros...

—¡Si viene él solo...no se llevará su cabeza...lo juro!—exclamó solemnemente Charles.

—Les voy a proponer una salvadora solución—dijo Raflo—váyanse al yate!

—¡Qué te dejemos! ¡oh, no lo esperes!—dijo con vehemencia Raúl.

—!Yo no me voy sin usted!—añadió Charles.

Raflo, que había concebido su combinación salvadora, sintió en aquel momento subir a su cabeza su condición de jefe, y su antigua costumbre de mando, así es que volviéndose rápidamente, les dijo lacónico:

—¡¡Lo ordeno!!

Charles bajó la cabeza atribulado; pero Raúl, irguiéndose en lo posible, contestó con firmeza:

—¡No obedezco esa orden, si no me das una explicación satisfactoria!

Raflo sonrió ante aquel rasgo viril, y le dijo convincente:

—¡Es preciso que se vayan para que el "dayak" me vea solo y no busque compañeros! Esa es la única salvación, de lo contrario invitará otros novios

para las cabezas de ustedes. ¡Ya ves, solo, puedo escapar... reunidos pereceríamos todos!

—Comprendido... ven Charles! ¡No tardes en seguirnos, Raflo! —dijo Raúl alejándose.

Raflo vió que dos enormes lágrimas se desprendían de las mejillas de su hijo adoptivo y le dijo conmovido:

—¡No temas, hijo, cuidaré bien mi testa...vete tranquilo!

Raúl se alejaba a grandes pasos en dirección al río en que habían entrado su yate, y casi arrastraba al pobre Charles; en tanto Raflo observaba la satisfacción que había producido en el galán y la dama, que su cuerpo quedaría allí solo, para ofrecerle su cabeza, que tan fácil juzgaba separar del tronco. Y la pareja reía el incidente que iba a simplificar la operación.

Cuando Raflo vió desaparecer sus amigos, empezó a alejarse lentamente, y observó que el hermoso dayak, como al azar tomaba aquella dirección, sin prisa alguna, ocultándose tras los árboles de alcanfor con el fin de cazar su cabeza.

Raflo pudo librarse de él con suma facilidad; pero prefirió no hacerlo sino en caso extremo, seguro de que sabía guardar su bella testa; casi que le divertía aquella especie de cacería, en la que él constituiría la codiciada pieza. De buena gana aquel hombre excepcional hubiese prolongado tan original diversión; pero pensando en la impaciencia de sus compañeros, optó por ocultarse bien, y después emprender precipitada carrera, hasta llegar al río donde sus compañeros lo esperaban ansiosamente. Charles abrazaba con efusión a su protector, mientras éste ordenaba:

—Embarquemos pronto, no sea que nos veamos obligados a disparar sobre ese bello tipo, que no tardará en aparecer, y al que no quiero matar.

En efecto, tan pronto se puso en marcha el yate, apareció el dayak, que al ver alejar su pieza, tenía el aspecto del desolado cazador; no obstante tuvo una galante sonrisa de despedida.

—¿Eh? Don desnudo—le gritó Charles—otra vez elija cabeza más fácil de arrancar...!

El dayak, con su sonrisa de desconsuelo, hacíales una significativa mímica, respecto a sus cuellos.

El Capitán, aprovechando la oportunidad para recordar sus recomendaciones sobre otro país, dijo a Raflo:

—Ya usted ve, si hubiese llegado a Java, no le habría pesado.

—¡Pero si no me ha pesado, créame usted...en Borneo he sentido una sensación jamás conocida! Si usted supiera el placer que he experimentado al sentirme así cazado...y seguro de que no lo conseguiría...

—Es verdad que ellos sólo usan lanzas...!—contestó sonriendo el Capitán.

—Pues ya usted ve si yo sentía segura mi cabeza, con razón.

—¡No lo sentía yo igual en Nueva Zelanda...!

—¿Qué... ha estado usted allí—

—He visitado casi todas las islas Polinesias, igual que las Melanesias, y conservo recuerdos desagradables de algunas.

—¿Quiere usted contarnos algo de esas gentes?

—Les referiré, que en cierta ocasión que había ido con mi padre a la isla de Tasmania, éste tuvo que ir a Wellinton (Nueva Zelandia); pero los rigores de un mal tiempo nos alejó del puerto civilizado, llevándonos a un lugar de salvajes, donde desembarcamos en los precisos momentos en que los naturales iban a enterrar a un caudillo. A causa de mis pocos años, hube de reirme del muerto, que al contrario de los vivos, lo llevaban muy envuelto en su manto, que cubría sus piernas, por encontrarse amarradas éstas a su cuerpo en la posición de cuclillas. En una palabra: el muerto había sido colocado en una parihuela sentado, con las rodillas casi llegando a la cabeza, muy empenachada. Aquella grotesca figura me hizo reir... ¡en mal hora!; los dos que cargaban el muerto no me vieron, pero en cambio algunos de sus compañeros sí, y esto bastó para que separándose del grupo varios de ellos, que con gesto hostil vinieron hacia nosotros. A poco rato habíase entablado una lucha horrible entre éstos y los marineros que nos acompañaban, muriendo en la refriega algunos de nuestros hombres, como también de ellos; y ví con espanto sacarles el ojo izquierdo —donde ellos creen reside el alma, a que llaman "waidua"— y se los tragaban.

—¡Horror!—exclamaron Charles y Raúl.

—Aquellos hombres se disponían a asar los cadáveres, pues son antropófagos a espalda de los ingleses, de los cuales huyen.

—¿Pero son negros?

—No, su tez es casi blanca, la cual llevan los hombres tatuada con espirales y arabescos, su cabello es como el de cualquier blanco; son de carácter recto y alegre y no obstante, tienen delirio por la carne humana.

—¿Cómo escaparon ustedes?

—Sólo unos pocos, combatiendo rudamente, pues son valientes y no cejan ante el peligro. Alguno escapó y contó lo ocurrido y poco después nos vimos perseguidos por gran número de ligerísimas piraguas llenas de guerreros, que entonando el "pihé" (su himno de guerra) pretendían alcanzarnos; y créanme, que nos tenían subyugados con tan emotiva música y el aspecto gallardo que sus altos penachos le daban. Sus musculosos cuerpos estaban tatuados de tal manera, que delataban ser muchas sus hazañas.

—Y... ¿estamos cerca de los tragadores de ojos?—preguntó Charles receloso.

—No, contestó el Capitán—pero en cambio su padre quiere visitar a los terribles melanesios.

—Llegaremos solo a alguna isla, pues éstos no me interesan tanto como los polinesios; pero no quiero ir tan al Sureste de Australia, así que queda descartada Nueva Zelandia.

—En realidad, los polinesios son más agradables que los melanesios, que su mayoría son negros feroces, cuyas narices y orejas están atravesadas por huesos y conchas, que los hace más feos aún—les informó el Capitán.

—¡Qué bueno que a Raflo no les interesen!—exclamó jubiloso Charles.

—Claro que debes alegrarte, vale más ser comido por polinesias bonitas...—advirtió Raúl.

—¡Eso opinas tú... que te gustan las mujeres aunque coman gente!—decía Charles en tono muy serio, que hizo reir a sus compañeros.

En tanto se desarrollaban los acontecimientos narrados, Mario recorría a Sumatra, expuesto a mil peligros, siempre en busca de informes que determinaran la existencia de los exploradores; pero estos habían pasado por allí como estrella fugaz, y nada pudo averiguar que lo alentase a continuar sus pesquisas. Decepcionado al fin por tan infructuosa búsqueda, decidió embarcarse para los Estados Unidos, y desde allí, por medio de la prensa, hacer lo posible por encontrarla. Todo fue inútil, Laura no podía aparecer como él confiaba, porque no leía periódicos. No obstante lo estéril de sus esfuerzos, Mario seguía confiando encontrarla uno u otro día, y leía asiduamente las noticias de la prensa, esperando encontrar en sus columnas la esperada sorpresa que habría de colmar su felicidad. Con esta esperanza volvió a encargarse de sus negocios, que algo abandonados tenía, y esperó confiado en el Destino.

Los exploradores visitaron Celebes y Timor, isla esta última de las "esculturas vivientes", observando que en ambas hay aún antropófagos, y

que apesar de las religiones a que han tratado de someterlos, todavía hacen sacrificios humanos.

Por fin llegaron los exploradores a la anhelada Australia, al gran continente casi sin explorar; pues si bien Brisbane, Sydney, Melbourne y Adelaida son bellas ciudades, dotadas de los adelantos modernos de la civilización, son sus únicas ciudades y el resto está aun habitado por los seres más degenerados, más torpes y más feos que en el mundo existen.

Según costumbre de Raflo—de no desembarcar en esas islas por sus puertos, sino introducirse tierra adentro por un río—, ordenó al Capitán que entrara por el primer río grande que encontrara, a lo que le contestó:

—Se conoce que viene usted por primera vez a la tierra más rara del mundo. Para encontrar un río, necesitaríamos muchísimos días de circunnavegación al suroeste hasta llegar a Adelaida.—El Capitán recalcaba las palabras para acentuar el asombro que notaba en los rostros de los exploradores. En realidad, ellos no conocían nada de ese territorio, lleno de anomalías.

—Pero... Capitán... ¿cómo va a ser posible que no haya ningún río aquí? —preguntó Raúl.

—No es preciso que sea caudaloso; tenemos la "Dórida"—enmendó Raflo.

—Es que no hay ninguno por aquí.

—¡No lo creo... usted perdone!—exclamó Raflo incrédulo.

—¿Cómo van a vivir aquí sin agua?—interrogó Charles.

—Sin agua no; ésta, aunque escasa, la hay; lo que yo repito, es que solo hay un río navegable que desemboque al mar...

—Pero... ¿y los otros? ¿Todos se unen a ese?—preguntó ansioso Raúl.

—No, el Murray, que es el único navegable algunas leguas en época de lluvia, pues en la seca queda cortado; los otros pocos no merecen el nombre de ríos, ya que en la seca es frecuente se queden sin agua, igual que sus lagos. Muchos de estos ríos desaparecen en los arenales.

—¡Cáspita!—exclamó Raflo.

—¡Qué vida más triste llevarán aquí!—se oyó decir a Laura.

—¡No diría usted eso si desembarcara en una de las lindas ciudades de los ingleses!

—Ya lo conocemos de otros países, por eso preferimos desembarcar sin tocar esos puertos.

Mientras así hablaban Capitán y exploradores, Charles aparecía acodado en la borda, mirando hacia tierra con suma curiosidad. De pronto, con gesto de sobresalto preguntó vivamente:

—¿Qué es aquello colorado que se ve allá? ¡Fuego!...

—¡Ah, no...—dijo pasivamente el Capitán—esas son flores, que por esa apariencia, los ingleses llaman flamígeras.

—¡Qué belleza...!—articuló Laura.

En la perspectiva de descubrir otras cosas que pudieran recrear su vista, Laura y Charles seguían mirando a tierra, mientras el yate continuaba marcha junto a la costa. Por fin, al cabo de un rato llegaron a una ensenada donde el yate quedó anclado, y los tres exploradores en la "Dórida" se internaban por un arroyuelo, que a despecho de lo dicho por el Capitán, Raflo había descubierto.

—El Capitán me dijo que no procuremos internarnos mucho, porque hay un desierto donde nunca ha llovido, al que llaman "Never Never", que quiere decir (nunca jamás)—informó Laura.

—No, aquí no permaneceremos mucho tiempo—le contestó su amigo.

Al fin dejaron aquella corriente y pisaron aquellas tierras. A eso del medio día se encontraban jadeantes por efecto del calor; el sol abrasador secaba el sudor que brotaba de sus cuerpos. En vano buscaban la sombra de un árbol, no porque éstos faltaran, sino porque la sabia Naturaleza los ha enseñado a protegerse de los ardientes rayos del sol, y todos tienen sus hojas de filo, a fin de evitar la evaporación. Los exploradores estaban asombrados de que allí los árboles no pierden las hojas, sino—cosa extraña—la corteza. Su asombro creció de punto cuando vieron unas zorras que vuelan... infinidad de aves y pájaros de vistosos colores, pero de sonidos tan desagradables, que crispaban los nervios a Laura; no obstante encontraba muy interesante aquella tierra tan rara.

—¡Míren,—les dijo—los flamígeros son flamboyanes, esos sí que nos darán sombra!

Se dirigieron hacia ellos, que formaban un bosque en una altura, y aunque su sombra distaba mucho de ser la que ofrecen en otros países, no dejó de ofrecerles alguna, que les permitiera refrescar algo. Al otro lado había una laguna que presentaba un aspecto encantador, Laura estaba complacida en su afán. Allí había cientos de cisnes negros, cuyas azabachinas plumas, rizadas por la brisa, brillaban al reflejo de los ardientes rayos

solares. Aquel era un espectáculo bellísimo, que Laura impresionó en su inseparable cámara fotográfica.

—¡Este pedazo de tierra forma un paraíso, Raflo!...

—¡Te atreverías a permanecer mucho tiempo aquí—le preguntó Charles.

—¡Oh, en determinadas circunstancias sí!—contestó Laura pensando en su amado.

—¡Ah, ya sé! ¡Estando casadito...!—Díjole Charles.

—¡Acertaste!—suspiró Laura.

—¡Cuidado no elijas una negra australiana y te quedes ¿eh?

—¡Charles...!

—Vamos, chico, no pongas esa cara, que a tí también te gustan las negras...no lo puedes negar.

Esta salida hizo estallar en risa a los amigos y al mismo Charles, y el encanto de la laguna quedó roto en el momento. Las negras navecillas que la surcaban, se elevaron al aire como por magia y desaparecieron.

—¡Ay, mis cisnes negros!—exclamó Laura contristada.

—Pero...¿eran tuyos?—preguntó en son de chanza el inglesito.

—Chiss—musitó Raflo—e indicó un gran ave muy rara que lentamente se aproximaba, sin haberlos visto; sus alas estaban completamente atrofiadas, y por lo tanto, al ver a los exploradores, no voló sino que huyó.

—¡Otra rareza de este mundo—!Exclamó el inglesito.

—Esta ave es el "emú" del cual había oído hablar.—Dijo Raflo.

Se levantaron perezosamente y empezaron su caminata, descubriendo por doquier cosas extrañas que los tenía en constante expectación. No anduvieron mucho cuando pudieron solazarse en la contemplación de una pareja de pájaros lira, cuyo aspecto es encantador; pero, por mucho sigilo que tuvieran, pronto fueron descubiertos por las bellísimas aves, que remontaron el vuelo perdiéndose de vista. Más adelante encontraron algo muy raro: un "kiwi".

—¡Qué pájaro...! ¡Si es un diablo! ¡Tiene pelo en vez de pluma, y lo que es peor, no tiene alas y sin embargo es pájaro!

Estas exclamaciones de Charles, muy verídicas por cierto, hicieron que aquel pájaro áptero echara a correr con gran disgusto de los exploradores, que hubiesen deseado contemplarlo mejor.

—¡Eres el menos inglés de todos los ingleses!—balbució Raflo.

—¡Sí señor!—contestó el jovencito con firmeza.

—¡Es preciso que aprendas a contenerte...!

—¡Sí señor!—repitió apenado.

—De lo contrario no podremos observar nada, y tendremos que estar aquí mucho más tiempo.

—¡Ay, no señor...!—exclamó con vehemencia.

—¿Qué quieres decir, muchacho?

—¡Que si estamos aquí mucho, se nos gastarán las piernas como a esos pájaros se les han gastado las alas...éste no tiene ninguna y al emú casi no le quedan...!

—No se nos atrofiarán porque hacemos buen uso de ellas...

—¡Pues, caminemos!— exclamó— y como lo dijo lo hizo, imitándolo sus compañeros. De pronto retrocedió espantado. Un enorme cocodrilo salía perezosamente de su sueño y se les venía encima con sus fétidas fauces horriblemente abiertas, en la cual fueron a alojarse instantáneamente dos proyectiles.

—¡Tira, Charles!—le gritó su padre adoptivo—disparando a su vez, hasta abatir al enorme anfibio. Charles también había disparado pasando su proyectil a varios metros de distancia.

—¡Mira, Charles, aprende a hacer buen uso de tus armas!

—¿Para que no se me gasten?—Dijo chanceramente para hacer reir a sus compañeros, deseando olvidasen el pánico por él demostrado al aparecer el cocodrilo; pero no lo logró así, y Raflo le habló en tono parternal:

—Podrías gastar con el uso las armas, pero sin el uso de ellas en situaciones como esta, podrías dejar de ser quien eres.

—¿Eh?... ¡No entiendo!

—Es fácil; si vinieses tú solo y no usaras tus armas, el cocodrilo si que te gastaría muy pronto—se anticipó Laura a contestar.

Al oir esto Charles, volvióse rápidamente hacia el animal y disparó sobre su inerte cuerpo, como si tratase de conjurar un gran peligro. Raflo rió de aquella banalidad, y le mandó a hacer algunos disparos más, hasta conseguir hacer blanco.

—¡Pobre de nosotros si esto sucediera en Timor!—arguyó Raúl.

—¡Esa pobre gente que tan orgullosos están con sus creencias de que descienden de cocodrilos!—objetó Raflo.

—¡Y lo más triste es que los alimentan con las más lindas doncellas!—repitió Raúl.

—¡Qué lástima...! ¡Debían mejor dejarlas para ti!—Exclamó riendo Charles.

—Tienes razón, muchacho; con gusto me haría cargo de todas con tal de...

—¡Tener un harem...!—terminó el travieso chico.

—¡Eso es...!—se limitó a contestar con fastidio Laura, y una mirada de Raflo contuvo a Charles, que pensaba continuar en su diversión.

—No hemos visto aún ningún salvaje, tomemos otra dirección.

Aunque Laura prefería contemplar solo la flora y la fauna australiana, no podía poner reparo al deseo de su amigo, y lo siguió en silencio.

A poco de andar oyeron un estridente "cuiii", que Charles imitó incontinente con tal perfección, que hizo reir a Raflo, no así a Raúl, que no sabiendo de que provenía aquel sonido, no juzgó prudente imitarlo. Unos segundos después se oyó mas cerca el mismo desagradable sonido y cuando el muchacho se disponía a imitarlo, sintió de improviso que una mano le tapaba la boca. Se volvió rápidamente y al ver que era Raúl, iba a sonreir y sus músculos faciales quedaron contraídos por el terror; detrás de un corpulento eucaliptus apareció un salvaje horrible, que los miraba con asombro.

Aquel grito que habían oído era el "Bush Call", o sea el grito que lanzan los australianos cuando se encuentran perdidos; ya los exploradores tenían conocimiento de este grito, por habérselos anunciado el Capitán; así que, por muy caníbal que el horrible australiano fuese, estando solo y perdido, los exploradores no podían temerle, y se acercaron confiados, deseosos de contemplar de cerca aquella cara que aparecía monstruosa, pintada como estaba de blanco, alrededor de los ojos, formando sendos espejuelos; su desnudo cuerpo y piernas estaban tatuados y pintados de ocre y grasa. El enmarañado pelo se unía a la sucia barba y bigote formando amalgama, dándole una expresión bestial y tímida a la vez.

—Vamos a seguir con este salvaje hasta su aldea—propuso Raflo.

Sus compañeros, aunque mal de su agrado, asintieron. El australiano repitió su grito varias veces mientras caminaban y al fin se oyó reproducir a alguna distancia, en cuya dirección echó a correr el salvaje, seguido siempre de los exploradores; por fin aquella carrera cesó; el australiano había desaparecido de su vista sin que se dieran cuenta del lugar en que se habían ocultado.

—Mira Raflo, debe haber entrado en esta gruta—dijo Raúl.

No bien había terminado de decirlo, aparecieron por la boca de la caverna varios hombres y mujeres y frente a ellos el salvaje que ya no tenía el aspecto medroso, sino que en sus ojillos se veía brillar la gula que aquellas blancas carnes le producían. Poco después aparecían por distintas grutas otros salvajes y los exploradores comprendieron que aquellas eran sus casas. Todos empezaron a pintarse anchas bandas blancas y rojas en el desnudo cuerpo; el cuello aparecía adornado con collares de canuto y dientes de distintos animales y aún de ellos mismos; y en la cabeza varias plumas de vistosos colores. Por un sendero lejano, viéronse aparecer varias mujeres cargadas de leña.

—Por lo que veo, aquí también las mujeres son también bestias de carga. —Observó Raúl.

—¡Deja que lo sean; son salvajes y no dudo que nos miran con ganas de comernos!—Exclamó Charles algo nervioso.

—Eso piensan ellos!—dijo con flema Raflo.

Estas palabras hicieron caer sentado al inglesito y de su rifle se escapó un disparo cuya detonación hizo huir despavoridos a los salvajes.

—¡Para eso lo hice yo!—exclamó para congraciarse el inglesito, como si hubiese sido de intento, e instantáneamente sintió que algo se le abrazaba a las piernas: era una vieja salvaje que asido a su cuerpo le decía en chapurreado inglés:

—¡Soy tu esclava, tú me has salvado... llévame contigo!

—¡Ay, suélteme; yo no quiero esclava, suélteme!—gritaba de manera desesperada.

—¡Calla, Charles!—le dijo Raflo, a la vez que dirigiéndose a la vieja le preguntaba:

—¿De qué te ha salvado?...

—De ser hoy comida,—contestó con naturalidad la salvaje.

—¡Vamos, Raflo, huyamos de aquí!—suplicó Charles.

—Es prudente que nos marchemos—asintió Raúl.

—¡Yo quiero ir con ustedes...!

—¡No, vieja, no, con nosotros no!— gritó Charles.

—¿Cómo es que hablas inglés?—preguntáronle los exploradores.

—Fuí esclava de una familia inglesa—contestó—a la vez que proseguía: huyamos de este lugar, pronto vendrán muchos y nos comerán a todos.

—¡Huyamos... pero sin la vieja.—Decía Charles.

—¡Uf, Charles! ¡Eres tan medroso, que temes a una infeliz anciana!

—¡Infeliz... infeliz... y come gente!—contestó .

—¡Pero muchacho, si no te voy a comer! Lo que quiero es que me salven — decía la salvaje.

—Venga, venga con nosotros, la salvaremos y nos hará la historia de esta gente.

Charles iba delante para no oir lo que decía la vieja australiana, que empezó por comunicarles que aquel día era de fiesta en la tribu, y serían considerados como hombres unos cuantos muchachos.

—¿Cómo... hay dia determinado para juzgar hombre a los jóvenes?—le preguntaron.

—Sí, el día en que se les saca cuatro dientes ya son hombres—respondió.

—¿Y por qué pensaban comerla a usted hoy?

—Porque soy la más vieja y la caza no es abundante,—contestó como la cosa más natural.

—¿Cómo tú, estando entre familias civilizadas volviste entre los tuyos?

—¿Cómo no volver? Había entonces en este lugar muchas viejas y sabía que ya las estarían comiendo.

—Así es que tu querías comer de ellas ¿verdad?—preguntó Charles.

—Eso es...—contestó secamente.

—Mira Raflo, esta buena mujer, que se quede donde ella guste; que no siga con nosotros—dijo Raúl a su amigo.

La australiana lo miró de tal manera, que aumentó su desagrado y le hizo repetir: ¡sí, que se quede!

En aquel instante aparecía ante su vista un animal que los dejó atónitos; el cuerpo como el de un pez, cubierto de pelos, cola de castor, pico como el de un pato, cuatro patas en forma de paletas terminadas en fuertes uñas, que al verlos se hizo todo un ovillo.

Charles gritó:—¡Un diablo!

La australiana les informó que ese animal cava grandes madrigueras, en donde habita generalmente; pone huevos y los incuba, y cuando han nacido sus hijos los echa en una bolsa donde los amamanta.

—¡Ah, entonces es el ornitorrinco!—exclamó Raflo.

—Sí,—dijo la salvaje, mientras golosamente miraba las tiernas carnes de Charles

—¡Por Jehová, Raflo, huyamos de este país, en que todo es raro; este no es nuestro mundo, además...aquí comen gente!!—repetía Charles angustiado.

—Pero si yo sola no me los puedo comer—dijo la vieja con cierto sentimiento.

En aquel momento se oyó una carcajada burlona, luego otra y otra más.

—¡Ay, cuántos salvajes vienen!—dijo Laura asustada.

—No, no son gente—suspiró la vieja—ese es el "dacelo gigante"; suena así.

—¿Un animal que ríe...? ¿Qué parece burlarse?

—¡Vengan, volvamos donde mis compañeros, ellos se alegrarán de verlos, vengan!—decía la australiana contemplando las blancas carnes de los exploradores, como si por su mente hubiese pasado la idea de que teniéndolos a ellos, ella se salvaría y podía a la vez darse el gustaso de saborear sus delicadas carnes.

—¡Mire, vieja, vaya a que se la coman a usted, y no siga con nosotros, porque sinó...—decía Charles—a tiempo que sobre ellos pasaba en raudo vuelo un ave, sobre quien disparó al acaso, bastando esto a que la mal intencionada vieja echara a correr despavorida, y no volviese más a donde ellos se encontraban.

Después de comentar alegremente la genialidad del muchacho que tan fácilmente los librara de la indeseada compañía de aquel ser, Raúl se dirigió a su compañero diciendo:

—¿Porqué no nos alejamos de esta tierra donde me parece estar en otro mundo?... Ya hemos visto sus más raros habitantes y creo nada puede quedar por ver que halague nuestros sentidos...

—En realidad, hemos tenido la fortuna de contemplar en tan pocas horas, lo que quizás otros exploradores necesitaron meses de fatigosas excursiones; podemos irnos, no obstante...

—Chiss—musitó Raúl;—en aquel momento un extraño animal pasaba dando grandes saltos cerca de ellos. Un certero disparo de Raflo lo hizo rodar inerte, y allí fueron los viajeros a examinarlo.

—¡Miren si es raro, este animal se ha hecho una bolsa para cargar sus hijos!—Exclamó Charles lleno de asombro.

—Esa bolsa se la ha hecho la Naturaleza, y todos los animales que la tienen se llaman marsupiales.

—De todos modos eso es muy raro...y más raro todavía ese enorme rabo que parece no una tranca, sino el tronco de un árbol—exageró Charles.

—Ahora si podemos partir, ya he visto lo que deseaba, el canguro, que es el que examinamos.

Después de breves comentarios más, marcharon decididamente hacia el riachuelo, y no les fué muy difícil dar con la "Dórida", que aconchada a la orilla por efecto de la corriente aparecía inmovilizada. Grata impresión les causó la vista de su tan apreciado bote, que Charles y Raúl tomaron por asalto, como si temiesen no encontrar cabida en él, caso de que se demorasen en hacerlo. Poco tiempo después, favorecidos por la corriente, llegaban al yate ante el asombro del Capitán, por tan rápido regreso.

—Ya vimos bastante de Australia, ahora a Nueva Guinea—ordenó Raflo.

—Pero... ¿tan pronto? ¿No habrán visto casi nada de esta región...

—¿Qué no hemos visto nada? Le parece poco ver un pájaro sin alas y con pelo, una vieja que nos quería comer y un bicho que nos echó carcajadas burlándose de nosotros.—Interrumpió Charles al Capitán.

—¡Ah, ah, pues vieron más de lo que creía!—afirmó éste, mientras daba las órdenes oportunas de levar anclas.

Poco tiempo después el yate comenzó a navegar pausadamente sin fijar rumbo. El Capitán informó a los exploradores la dificultad de la navegación por aquellos lugares, motivado a los abundantes zoofitos que allí existen; miren hacia allá y verán un arrecife que parece una isla, el cual mide cuatrocientas leguas y al sur tiene de espesor casi cuarenta.

—¡Oh, en la unión está la fuerza!

—¡La verdad que esos bichos solos, no son nada, y unidos lo que pueden! —dijo Charles pensativo.

—Oiga, Capitán: ¿Usted ha visto en Nueva Zelandia el lago Taupo?— preguntó Raflo.

—Sí, está en la isla del Norte.

—Dicen que es un volcán apagado, ¿verdad?

—Bien pudiera ser; ese lago tiene treinta leguas cuadradas y está materialmente rodeado de montañas, teniendo aquella especie de muro, una brecha, la del río Waikato. Yo he costeado ese río y unos cuarenta kilómetros más allá del lago, empieza una hermosísima serie de cascadas de agua hirviente, cuyos vapores forman espesas nubes que el sol le refleja sus iridiscentes colores; las lindas e hirvientes cascadas alternan con los no menos hirvientes lagos, cuyos vapores sofocan; y si añadimos a esto el gran número de surtidores de agua caliente, de solfataras y volcanes de fango, se comprenderá lo inhabitable de tal región.

—Pocos serán los que visiten ese lugar—aventuró Charles.

—No faltan quienes deseen verlos, pues apesar del calor y del desagradable olor que despiden las solfataras, es curioso el espectáculo de los volcanes cuyos cráteres arrojan un fango, que parece una pintura de un lindo color amarillo.

—Yo he podido apreciar esas bellezas en Yellowstone—dijo Raúl—son muy bellos los colores que representan, por lo que les llaman los "Potes de pintura del Diablo".

—¿Pero tienen varios colores?—inquirió Charles.

—Tan variados, como no te puedes imaginar; yo he pintado un paisaje con ellos en ese mismo lugar.

—¡Qué curioso!—exclamó Raflo, animado del deseo de visitarlos.

—Lo más curioso de ese fenómeno, es, que esos potes son unos pequeños tanques, que a nuestra vista vense agrandar con los más bellos colores, y a nuestra vista también, desaparecen para luego reaparecer.

—¡Ah, son intermitentes!—dijo Raflo interesado.

—¡Pues está muy bien eso de llamarlos del Diablo—exclamó Charles.

—Casi voy a creer—dijo escéptico el Capitán—que es verdad que allí hay una gruta, que tiene no sé cuantos salones, qué se yo cuántas galerías y no sé que disparate de número de lagos...

—Puede usted afirmarlo, pues yo he visitado esa célebre gruta, que en la actualidad es la más grande que se conoce—contestó Raúl.

El Capitán, que conocía mucho del mar y poco de la tierra, sonrió escéptico y dijo:

—¡Tantas cosas puede el hombre...!

—¡Pero si eso es obra de la Naturaleza!—exclamó con vehemencia, Raúl.

—Yo me refiero a ese porta toalla—disimuló el Capitán señalando una de madera de un azul profundo.

—¿El color azul, es de los potes de pintura del Diablo?—interrogó Charles.

—No es del Diablo, es obra de mis compatriotas—contestó con énfasis el Capitán—y añadió:—en Alemania, donde tantos secretos se han arrancado a la Naturaleza, y donde tratamos de aumentar las bellezas que ella olvidó ofrecernos, se le dá a las hayas, el color a voluntad; ese porta toalla, es de esa madera coloreada.

—¿Cómo lo hacen?

—Colocándole un recipiente con el color elegido, y el líquido es absorvido por las raíces que se comunican con tubos de caucho, por donde a presión baja el líquido.

—¿Qué tiempo dura la operación?—volvió a inquirir Raúl, que como sabemos, tanto le gustaba la botánica.

—Pasadas cuatro semanas, ya el árbol ha adquirido el color que se le ha querido dar, y entonces se derriba.

—¡Ah; eso es muy interesante! Me gustaría hacer experimentos por mí.

Raflo apenas si se había enterado de la conversación; estaba muy abstraído en la borda del yate, contemplando un gran molusco, que de vez en cuando asomaba a la superficie. Cuando notó que la conversación había terminado, llamó a sus compañeros para mostrárselo.

—¿Pero qué es eso tan extraño?—se oyó decir a Charles.

—Es un molusco acéfalo—le informó Raúl.

—¡Pues debe ser el bisabuelo de todos los moluscos acéfalos!—exclamó el muchacho con su espontaneidad habitual.

—¿Porqué lo crees?—preguntóle Raflo.

—¡Pues...porque es el más grande de todos...digo yo...!

—¡Ahora sí!—dices tú—pues yo he visto en París, en una iglesia de San Sulpicio, unas conchas de moluscos tan grandes, que forman dos hermosas pilas de agua bendita.

—¿La llevarían de aquí?—preguntó Charles, como si en ningún otro lugar pudieran encontrarse.

—No sé; lo que si te puedo decir, que fué un obsequio de Venecia, y que hay tridacnas que pesan más de trescientos kilogramos y pasan de dos metros.

Raúl, que al oir nombrar París, sintió el deseo de que le hablasen de aquella gran ciudad, dijo a su amigo:

—Cuéntame algo de París, Raflo. ¡Cuánta belleza habrá allí!...

—¡Oh, sí, muchas! Empezaré por lo que más me agradó: su jardín zoológico, que tienen más de mil cuatrocientos ejemplares. Da gusto ver los más grandes avestruces, de lindísimas plumas, tirando de los cochecitos en que pasean los niños. ¡Allí he pasado horas amargas y horas de solaz!

—¿Visitaste el palacio de Versalles?

—Sí; es lo más lujoso y sugestivo que puedas imaginar. Sus encantadoras fuentes presentan la más bella policromía en sus múltiples proyecciones del precioso líquido. Uno de sus salones,—llamado "de los espejos" porque

en él hay dieciseis que quedan frente a cada uno de los amplios ventanales —tiene de largo cerca de sesenta y dos metros, por diez de ancho.

—¡Qué salón...!—exclamó Charles.

—¿Es ese el palacio donde habita el Presidente?

—No, allí está el Museo Nacional, en que lucen las maravillosas habitaciones de los reyes, tal como ellos las usaron.

—¡Pobre María Antonieta...!—suspiró Raúl—y en seguida, queriendo distraer la imaginación del tristísimo fin de la bella reina, preguntó:

—¿Qué tal el Obelisco?

—Es maravilloso, Raúl; es un monolito de granito, que tiene veintitres metros de alto, donde los rayos solares hacen resaltar su lindo tono color rosa. Dicen que fué regalo de un célebre embajador de Egipto.

—¿Y fuiste a la Opera?... Yo de París sólo conozco los nombres... ¡me atrae tanto!

—¡Oh la Opera! ¿Cómo no ir?... Ese es un soberbio edificio, considerado con razón, como el teatro mayor de la Tierra. Y no sólo es grandioso por su tamaño y belleza, sino por los espléndidos sótanos de su subsuelo, en donde según se dice, eran encarcelados y sometidos a tortura, los presos políticos. En ese magnífico coliseo, se encuentra también la Academia Nacional de Música.

—Otro de los más bellos edificios de allí—siguió diciendo Raflo—es el Louvre, célebre palacio de los antiguos reyes de Francia, situado a orillas del Sena, destinado actualmente a museo de pintura, escultura y antigüedades. Pero si he de emitir mi opinión en materia de bellezas, justo es que confiese, que el Alcázar de Sevilla, en España, me ha gustado más que todos, por su bello estilo morisco, por sus preciosos patios denominados de "Las Doncellas" y "Las Muñecas" y por el dormitorio de los reyes moros, que es de gran interés.

—¿Has estado en Granada?

—Sí; y visité el gran palacio Alhambra, en el que está representado el exquisito arte moro. El salón "Dos Hermanas" es precioso, y contiguo a éste, el famoso "Patio de los Leones", en que estas fieras parecen realmente que se escapan de bajo la hermosa fuente que sostienen. La sala denominada "Reposo del Baño", es lindísima, y en ella se respira un no sé qué de enervador, que invita a reposar.

—¡Yo quisiera ver esas grandezas!—dijo Charles, que se aficionaba más a las bellezas arquitectónicas, que a los encantos campestres.

—Puedes verlas, hijo, eres joven y tienes dinero: el mundo es tuyo.

—¡Oh, gracias, padre! ¡Cuán bueno es usted!

—¿Acaso hay padre que no lo sea?

—¡Pero usted es el mejor!—Exclamó Charles con sincera ternura.

Aquella conversación fué cortada por la presencia del Capitán, que anunció las costas de Nueva Guinea a la vista, noticia que alegró mucho a Raflo, no así a sus compañeros, que se sentían muy satisfechos a bordo, libres de los peligros y molestias de las selvas. Ambos se cruzaron una rápida mirada y sonrieron resignados.

ENTRE POLINESIOS

Serían las diez de una espléndida mañana, cuando el yate entró por un ancho río, que presentaba un aspecto encantador; desde sus orillas contemplaban gigantescos árboles de doscientos pies de altura, cuyos follajes estaban unidos por lindísimas cortinas, que formaban las guirnaldas de lianas. Los exploradores quisieron desembarcar en un bosque en que abundaban casuarinas, missoras, ficus, tecks, hibiscus, palmeras, pendames y gran cantidad en sus troncos de plantas parásitas, destacándose entre ellas las más bellas variedades de orquídeas, con lo cual Raúl no cabía de gozo y dijo:

—¡Oye, Raflo, que gusto se darían aquí aquellos simpáticos muchachos brasileños, con estas orquídeas!

—Si supieras que desde que las ví, me recordé de ellos.

—¡Son encantadoras; qué bellos colores!—decía Laura mientras recogía tal cantidad de ellas, motivando las constantes bromas de Charles.

—¡Vamos, Charles, déjate de chanzas y ayúdame a recoger éstas... ¡mira qué lindas...!

—¿A cuántas muchachas piensas obsequiar con orquídeas? ¡Mira, te voy a ayudar; pero, paréceme que ya tienes para bastantes salvajes!

—¿Crees tú que yo las tomo para los salvajes?

Charles dejó sin respuesta la pregunta para decir:

—¡Mira que frutas tan lindas!—Siempre era él el primero en descubrirlas, y aunque muchas veces llevó grandes chascos al probarlas, esta vez pareció complacido de su sabor.

Aquel árbol se elevaba a unos cuarenta pies ;su follaje de forma redondeada y sus grandes hojas multilobuladas; los frutos, a que llaman rima, tienen forma exagonal y un color amarillo. Todos los viajeros que lo han comido, le llamado "árbol del pan", porque tostado tiene ese sabor.

Raflo, que conocía por referencias aquel árbol, les dijo que se llamaba "articarpus", y que durante ocho meses de cada año, produce fruto, motivo porqué, es muy apreciado por los naturales.

El sol llegaba al ocaso cuando los exploradores armaron su tienda a orillas de la floresta y comieron con gran apetito; todos estaban contentos y Laura se dedicó a seleccionar y clasificar sus lindas orquídeas, sintiéndose satisfecha de haber pisado aquella tierra. Mientras tanto se hacía las más dulces ilusiones respecto a su porvenir; de pronto interrumpe el hilo de sus meditaciones con esta pregunta; ¿Pero es posible que aun persista en mí, la idea de que Mario vive?... De todos modos, si él no vive, yo procuraré hacerme la vida más agradable; tendré un lindo chalet, que convertiré en un delicioso nido, cuyo jardín embellecerán estas orquídeas. ¡Quiero conquistar la felicidad!

Al amanecer fueron despertados por los roncos gritos de los papagayos y cotorras. Al salir de la tienda quedaron ante tal cantidad de periquitos rojos, que contrastaban con los papuas azules y las alabastrinas cacatúas. Extasiados estaban en la contemplación de tan lindos y multicolores seres, cuando descubrieron un indígena que los contemplaba desde cierta distancia; su aspecto era nada pintoresco. El cabello teñido de encarnado, lucía un peinado muy alto rematado por un ave del paraíso; la cara horriblemente pintada; su ancha nariz con una gran argolla igual a la de sus orejas; en el cuello multitud de collares de dientes y una gran placa formada de un parietal. De negro y alto cuerpo, fornida musculatura, mirada a la vez feroz y medrosa, hacíanlo imponente en medio de las selvas.

Raflo adelantó algunos pasos hacia él, y en seguida huyó deteniéndose a corta distancia, lo que repetía cada vez que se le aproximaban.

—¡Raflo, fíjate, nos quiere conducir a algún lugar!...—advirtióle Laura, tratando de aparentar tranquilidad.

—Eso creo—contestó Raflo—no obstante lo seguiremos, quiero ver lo que hace y a donde se dirige.

—¿No comerá gente?—preguntó Charles, que de mala gana lo seguía.

—Todos los polinesios son antropófagos—contestó Raflo con naturalidad.

—Entonces...¿porqué lo seguimos?

—Para observar sus costumbres—dijo lacónico su protector.

En aquel momento llegó a sus oídos unos ayes lastimeros, como si un ser lanzara sus últimos gemidos, y estos parecían acompañados de golpes en

un cuerpo humano. Efectivamente, así era; un salvaje cumplía su bárbara costumbre de matar una mujer a palos. Esta costumbre está muy arraigada entre ellos, como la de poner a escoger a los ancianos el morir así, estrangulado o enterrados vivos, y esos infelices, que antes lo han hecho a otros, eligen la muerte que juzgan mejor.

—¡No quiero ver más estas cosas, Raflo!—exclamó Raúl con energía, a la par que repetía:

—¡Qué horrores...! y así cree la gente cuando estas cosas lee, que ya esas costumbres no existen, que son cuentos...

—¡Cómo que ellos solo visitan los lugares en que la civilización ha entrado!—contestó su amigo.

El salvaje había llegado junto al que acababa de rematar a palos a la pobre mujer, cuyos ayes habían guiado los pasos de los exploradores, poniéndose a hablar con éste. Momentos después entablóse entre ambos una riña feroz.

Raúl, que en la actitud de los combatientes parecióle descubrir el ardiente deseo de la posesión de sus cuerpos, dijo a su compañero:

—¡Vayamos a levantar nuestro campamento y volvamos a la "Dórida", páreceme que nos disputan...!

—Hagamos lo que dices—contestó Raflo.

Los exploradores comenzaron a alejarse, y aunque los salvajes se dieron cuenta de ello, no se preocuparon; seguros estaban de no escapárseles y de comer sus pieles tostaditas.

En poco tiempo los viajeros tuvieron su tienda desarmada y marcharon rumbo al río; ya próximos al bote vieron cerca de él un indígena de negra y pintorreada piel y pelos amarillos, que miraba con curiosidad al río unas veces, y otras a la copa de un árbol de nuez moscada.

—¡Mira, mira otro salvaje!—exclamó Raúl nervioso.

—No debe estar solo, en la copa de ese árbol debe haber más.

—¡Ya nos vió...!—dijo medroso Charles.

—¡Prepárate a defenderte!—repuso su padre adoptivo.

En el momento el indígena, que era un jovencito, casi un niño, se arrojó temeroso al suelo, como para pedir misericordia; un segundo después una "gran esmeralda" o ave del paraíso caía junto a él; éste cogiéndola se la extendió a los exploradores, que no atinaban a comprender el motivo de su caída, y la creyeron domesticada.

A pesar de que el muchacho no les inspiraba confianza, Raúl se aventuró a tomarla, sugestionado por la belleza y mansedumbre del ave; medía ésta

tres decímetros y sus vistosos colores parecían más brillantes que las de todas las que hasta entonces había visto. Pero... ¿porqué aquella bellísima ave se dejaba tocar de ellos mansamente? Esto era lo que extrañaba a los exploradores, ignorando que el ave había comido tanta nuez moscada, que se había embriagado; fenómeno muy corriente en esas multicolores aves, cuando ingieren con exceso la aromática nuez, lo que conocido por los naturales al advertir alguna en uno de esos árboles, se sientan pasivamente a esperar que la nuez haga su efecto y caiga para apresarla.

Laura, ante la belleza y adquisición de aquella "gran esmeralda", perdió todo temor acerca del jovenzuelo salvaje, haciéndole presentes de collares bisuterías que alegraron de tal manera al nativo, que desliando unas fibras, sacó algo muy extraño y se lo ofreció. ¿Qué cosa era que Laura lo rechazó con horror? Era... una cabeza humana trabajada...! Estos salvajes asan las cabezas de sus enemigos; para ellos constituye un plato delicioso el cerebro y mejillas asadas. Los cráneos los trabajan admirablemente, colocando arcilla en lo que antes fué músculos, decorando aquella caprichosamente con pedacitos de nácar, con lo cual forman los ojos. Para este trabajo tienen especial gusto y esas cabezas son monedas valiosas entre ellos, que cambian a los extranjeros por diversos objetos.

Raflo, según vió aquél cráneo, quiso adquirirlo como recuerdo de sus exploraciones, y entregó al salvaje distintos objetos, de los cuales parecía muy satisfecho al principio; más, poco después empezó a notarse en sus ojos la codicia que había despertado la posesión de los morrales de los exploradores, de los que no aparta su vista, ilusionado quizás con las bellísimas cosas que su mente le hacía concebir, y que creía contenían aquellos morrales.

Mientras Raflo y Raúl estaban admirando sus valiosas adquisiciones, Charles permanecía atento al menor ruído que sintiera, porque tenía el presentimiento de que serían atacados. El había observado en el salvaje que parecía esperar algo, y cuanto hacía era para entretener a sus compañeros, cosa que ellos no suponían. Al fín, algo inquieto por sus temores, dijo dirigiéndose a Raflo:

—Mira, padre, lo mejor que debemos hacer, es irnos de este lugar, si no queremos ser atacados dentro de poco; paréceme que este tunante nos está entreteniendo para dar tiempo a que lleguen sus compañeros...

—¡Ay, hijo, no seas tan medroso...!

Casi no había terminado, cuando se oyó a bastante distancia, un grito que participaba de el "Busk Call" australiano y el "aukalarien" hindú.

—¡Ya vienen!—se oyeron al unísono las angustiosas voces de Raúl y Charles—mientras Raflo se limitó a un sereno: ¡Tenías razón, muchacho!

—¡Pronto a la "Dórida"—gritó Raúl sin soltar su preciada ave.

—¡Saltemos a ella! ordenó Raflo, aunque ya su órden era inútil, pues sus compañeros no la esperaron para hacerlo.

En tanto los exploradores tomaban esta determinación, el pequeño salvaje corría a unirse a los suyos, que eran dos indígenas de negros cuerpos, con altos peinados, cuyos pelos lanosos llevaba uno teñido de amarillo, y de rojo el otro, uno de los cuales parecía ser un jefe, y junto a éstos un chiquillo menor que el que ellos habían encontrado. Tan pronto supieron que los blancos se les escapaban, corrían hacia el río aullando de furor.

Los exploradores optaron por no disparar una sola vez, sino que acudieron a cerrar la cuartela de la salvadora "Dórida" y se dejaron llevar por la rápida corriente.

¡Cuál sería el asombro de los salvajes al ver que aquel monstruo se tragaba a los blancos!

Cuando hubieron andado mucho, Raflo detuvo su mágica embarcación y de ella surgieron los tres, convenciéndose que los salvajes no pudieron seguirlos en su rápida navegación.

—¡Esta "Dórida" debía llamarse Salvadora!—Exclamó Charles, con su habitual costumbre de querer cambiar los nombres, por el que creía más adecuado.

—Es nuestra gran salvadora, hijo; pero también por serlo le llamo "Dórida"—le contestó Raflo.

—Estoy muy contento de tí, Charles, porque observaste lo que nosotros no habíamos supuesto del salvaje.—Dijo Laura.

—Sin duda, él mandó al otro muchacho a avisar del encuentro de la "Dórida" y se quedó a su cuidado mientras venían. —Contestó Charles con una seguridad tal, que aquella hipótesis podía darse por verosímil.

—Así debió ser, Charles; ya vas siendo sagaz.—Le dijo Raflo, dándoles palmaditas que denotaban la satisfacción que le producía oir expresar así a su hijo adoptivo, aquel muchacho que meses antes, no se tomaba la molestia de pensar, de meditar...

Los exploradores volvieron a desembarcar internándose en sus vírgenes selvas, en las cuales encontraron gigantescos árboles, que jamás en otras

regiones habían visto. En aquella exhuberante vegetación, abundaba la Nuez moscada, de la cual hicieron gran acopio, para nutrir la bellísima ave, que en tanta estima tenía Laura.

Entrando por un hermoso afluente, descubrieron unas habitaciones lacustres, cuyos habitantes que andan casi desnudos, eran de piel muy clara y cabellos lisos; sus ojos bastante oblícuos, los hacían semejantes a los chinos, aunque no pertenecen sino a la Australasia, como los otros papúes, nombre que se les dá, en referencia a los altos peinados que usan.

De una de aquellas habitaciones descendió un nativo, y les habló en un chapurreado alemán, invitándolos a alejarse de aquel lugar, en atención a que sus habitantes son antropófagos, siempre que la ocasión se les presenta. Les manifestó que él era su jefe, y aunque quería desterrar esa funesta costumbre, burlaban sus vigilancias. Al ser preguntado por Raflo, que como ellos no eran negros como los otros que habían visto, le dijo con énfasis:

—¡Somos alfuras!

—¡Ah, ya; bien había oído hablar de los alfuras de Nueva Guinea! —exclamó Raflo, y haciendo un ligero saludo se alejaron de allí, diciendo a sus compañeros:

—Ahora, en cuanto veamos a los arfakis, podemos salir de esta inmensa isla.

Después de varios días, encontraron otra habitación sobre horcones, pero en tierra firme, y en ella había un hombre, una mujer y varios niños de hermosos ojos claros, muy grandes, y de correctas facciones, semejantes a la de los europeos.

—¡Arfakis a la vista!—Exclamó Raflo, mientras Charles miraba en dirección al río donde había quedado la "Dórida".

Aquellos arfakis, hicieron lo contrario que el alfura que les habló en alemán, quien denotaba conocer las costumbres civilizadas; éstos los invitaron a subir, cosa que los exploradores no creyeron prudente aceptar. Entonces el arfakis se ciñó un parag, y un largo pavés se dispuso a bajar seguido de su mujer, también armada, como quien se dispone a una cacería.

—¡Huyamos!—gritó Charles—y como lo dijo lo hizo seguido de Raúl.

Raflo se detuvo un instante, y luego, lanzando una burlesca carcajada, echó a correr tras sus compañeros, sin dejar de reir. Cuando estuvieron a salvo, Raúl preguntó:

—¿De qué te reías así, Raflo?

—De que tres hombres bien armados, huyéramos a un salvaje carente de armas de fuego.

—Sí, pero sabe manejar el parang.

—¡Y comer gente!—agregó Charles.

—¡Pero que no podía con tres!—repuso Raflo.

—Tienes razón, amigo mío; pero, ¿crees justo que nosotros hubiésemos dejado viuda esa pobre salvaje...? ¡Mejor era huir!

—Es verdad, Raúl, eres más compasivo que yo.

—¡Es que yo creo que no debemos arrebatar vidas, pudiendo salvar las nuestras por la fuga!

—Como siempre, tienes perfecta razón.—Contestó su amigo algo apenado, a la vez que admiraba a su joven compañero, y de nuevo la fatídica idea de su feminidad surgió a su mente; mas, como siempre, trató de rechazarla.

Ya alejados de todo peligro por parte de los salvajes, dijo Raúl a su compañero:

—Y bien, Raflo, ya hemos visto los distintos salvajes de Nueva Guinea, conocido sus costumbres, tienes un cráneo trabajado, y yo un Ave del Paraíso, ¿no te parece que ya podemos dejar esta rica y exuberante floresta y dirigirnos a otra parte?

—Sí, sí, Raflo, ya basta de alfaquis y alfuras... ¡no esperemos a los alferez! —Añadió aun nervioso Charles.

—Sea como ustedes quieran; pero, por mí, me pasaría más tiempo aquí. —Contestó sonriendo Raflo.

Su bondadosa sonrisa dábale gran atractivo a su hermoseada faz, y Laura contemplábalo fijamente pensando: ¡Pero si ahora Raflo es bello! ¿Cómo se ha operado esa metamorfosis a mi lado, sin que hasta ahora me hubiese dado cuenta?... ¡Sus ojos son perfectos... ¿qué digo? son bellos! Y al momento apartó sus asombrados ojos del rostro de su amigo, el cual aparecía encarnado. Raflo había visto el exámen que de su faz hiciera Raúl, constatando que el resultado había sido favorable. También él había encontrado a su amigo demasiado bello; pero fué interrumpido en su idea por la voz de Raúl que decía alegremente:

—¡Tenemos que ir a Cuba!

—¡¿A Cuba?!—interrogó Raflo entre asombrado y complacido.

—¡Sí...!—afirmó sonriente Raúl.

—¡A Cuba, sí, sí, a Cuba!—Repetia Charles dando saltitos y batiendo palmas.

Si Raflo no hubiese querido bastante al inglesito, este entusiasmo por visitar la Perla de las Antillas, era más que suficiente para hacer nacer el cariño hacia él. Con un arrebato de que nadie lo hubiera creído capaz, abrazó al inglesito, a la par que con entusiasmo inusitado exclamaba:

—¡Charles, hijo mío, sí iremos!

Alguna nube debió cruzar por su frente al pronunciar aquellas palabras, que la suspicacia de Laura no dejó de advertir, por lo que dijo:

—¡Ten fé, Raflo, tu perla cubana te amará; serás su esposo!

—¡Oh, amigo mío, si así fuera...!

—Lo será, y...en Cuba podré presentarte a Laura...¡oh, sí, te lo juro...! allí verás a Laura...

Los ojos de Raúl no expresaban amor ni asombro, ni siquiera alegría... aquellos lindos ojos solo expresaban firmeza, resolución.

Esta convicción turbó a Raflo, que no acertando el porqué, se quedó pensativo. ¿Cómo era que Raúl, no decía con entusiasmo, allí veré a Laura, sino que, por el contrario afirmaba, que allí se la presentaría?...¿Qué quería decir aquello?

Laura se dió cuenta que en la mente de su amigo bullía alguna idea, y esta no era precisamente la de Estrella, y cayó en cuenta que se había significado demasiado; por lo que añadió con un sincero suspiro:

—El corazón me dice que serás feliz con Estrella, y que yo...¡oh, al fin encontraré allí a mi anhelada Laura...sí, allí será!

Estas palabras hicieron borrar toda incertidumbre de Raflo, y la poca duda que quedó en él, como siempre, trató de disiparla; así es que volviéndose a su hijo adoptivo, le interrogó sonriente:

—Díme, Charles, ¿porqué deseas tanto ir a Cuba?

—No sé... será porque mi nodriza era cubana...

—¡Ah, ya, ya... si es lo que yo decía! ¡Eres un cubanito, muchacho!—Le dijo Laura alegremente.

—¡Razón tenía Raúl, al decir que tu tenías algo de cubano!

—¡Sí, Charles, si no podía ser de otra manera, esa chispa, esa vivacidad de imaginación, esa broma a flor de labios...no podía ser sino de cubano!

Raflo, complacido en lo más recóndito de su alma, le dijo:

—¡Pero Raúl, qué entusiasmo el tuyo...¿es que son así los cubanos?... ¿has tratado muchos?

—¡La madre de Mario era cubana!—Exclamó con vehemencia Raúl; pero se confundió cuando le preguntó, aunque sin interés su amigo.

—¿Quién es Mario?...

—¡Mario, oh, Mario es...es el padre de mi amor!—Contestó con énfasis.

—¡Ah!—Dijo convencido Raflo.

Pero el inglesito, que estaba siempre dispuesto a la broma, se aventuró a decir:

—Entonces, los padres de todas las mujeres...se llaman Mario?

Esta pregunta despertó la hilaridad de los exploradores y Raúl se alegró infinitamente de ella; así pues, su respuesta fué la risa.

Mientras conversaban, había recorrido enorme distancia la "Dórida", y en poco tiempo se encontraron en su yate.

—¡Creía que se los habían comido los salvajes!—Les dijo el Capitán.

—No les faltaron deseos, pero nosotros no somos bocados fáciles de tragar.—Contestóle Raflo.

—¡Ya veo, ya!—exclamó sonriente y añadió: ¿Vieron los distintos salvajes que habitan esta inmensa isla?

Charles se apresuró a contestar:

—¡Ya lo creo, vimos pelos amarillos y pelos rosados que formaban torres!

El Capitán prosiguió:

—Los más bellos son los de Guebarear, sus musculosos y hermosos cuerpos, sostienen una testa teñida de rojo que contrasta con la brillante negrura de su tez, en la que se destacan blanquísimos sus dientes. Se perforan las orejas de las que penden aretes de huesos y se adornan con infinidad de collares, que hacen juego con sus dientes y cabellos. Las hojas de plátanos, que en esa región son gigantescas, sirven de manto a los grandes jefes.

—¡Qué fresco sentirán!—Dijo Raúl que se sentía arder la piel, por las insolaciones soportadas.

—También las mujeres lo sentirán, ya que sus únicos trajes consisten en faldas hasta las rodillas, formadas por hojas frescas.

—¡Si todos vistiésemos así...qué buen desaire le haríamos a don dinero! —Exclamó Charles.

—¡Cuánta razón tienes, amiguito!—dijo entre suspiros Laura. Ella no podía olvidar, que por causa del funesto metal, su madre había sufrido tanto, en la compañía del hombre, que sólo por enriquecerse se casó con ella.

—En lo que sí me he fijado—dijo Charles—es en que todos esos salvajes tienen orgullo en sus pelos, que usan tan pintados y tan altos.

—Todos no—aseguró el Capitán—los "mincopias" de las islas Andamán, se afeitan el cráneo con lascas de pedernal, untándose aceite de coco, que les dá brillo, que contribuye a aumentar la fealdad de la impuesta calvicie.

En ellos no hay matrimonios, ni familia, ni nadie sabe quien es su padre; todos son considerados como "descendientes de la tribu". Estos salvajes, tan degenerados, presentan un aspecto macabro en sus ceremonias, pues para éstas, usan un enorme collar con cráneos humanos.

—¡Qué costumbres!—Dijeron a una los exploradores.

—¡Vaya que adorno...! ¡Esos salvajes tienen unas costumbres más raras! —comentó el inglesito.

—Si que tienen costumbres extrañas...por ejemplo, los aetas cuando mueren, tienen sus deudos el mayor cuidado en enterrar con el cadáver, sus armas de caza, que creen necesitará en la nueva vida.

—En esas costumbres se distinguen varios pueblos, entre ellos los egipcios, que no solo cuidan de ponerle todos sus objetos de valor, sino que les construían estatuas, que ponían en los sepulcros, para que el espíritu tuviera un cuerpo en que habitar.—Añadió Raflo.

—Con esas costumbres si que sería desesperante ser muy pobre, y no poder ofrecer un cuerpo donde habitara el espíritu de sus muertos.—Manifestó Raúl.

—Por pobre que fueran, cada uno iba preparando el suyo con antelación; así los hay de los más rústicos en madera hasta los más suntuosos en oro. —Explicó Raflo.

—Claro, los infelices, que habían llevado una vida de perros—como yo hasta hace poco—tenían que conformarse sus espíritus, con una burla de estatua.—Dijo Charles sentencioso, y suspiró.

—No te apenes, Charles, el espíritu, cuando se liberta del cuerpo, no necesita que se le prepare otro—le dijo Raúl—el espíritu es la esencia que se eleva. Pero no he de hablarte aún de esto, tu no estás preparado, y mis palabras podrían producirte risa; así pues, sigamos hablando de cuerpos de salvajes...

El Capitán, ignaro en el asunto, quedóse unos momentos pensativo, y después se encogió de hombros, dispuesto a no profundizar, a permanecer en la ignorancia; lo cual es más cómodo que investigar, estudiar o meditar...

—¡La Isla Salomón a la vista!—gritó el Capitán a sus compañeros, que no otra cosa parecían los exploradores—ya pueden ustedes prepararse a ver los mejores tipos de los melanesios, que casi todos son repulsivos.

—Me alegro que sean los menos feos—dijo Laura distraída.

—Ya usted dijo eso, y Raúl está pensando encontrar una venus negra.—Dijo Charles en son de chanza.

—¡Ay, Charles, eres incorregible!—Ripostó Laura.

Apenas desembarcados descubrieron un grupo de salvajes, negros unos y de piel achocolatada los otros, que ornamentaban su piel, con nervaduras de coco incandescente, introducidas en la piel, que despedían un fuerte olor a carne asada. Su único traje consistía en un cinturón en forma de T.

—Son papúes—dijo Charles—miren que altos sus peinados.

—¡Vaya, Charles, ya veo que aplicas la lógica!—Le dijo su amigo, que veía con satisfacción los progresos de su discípulo.

—A tí lo debo, Raúl.—Contestó reconocido el jovencito.

—Procuren hablar lo más bajo posible a fin de no ser descubiertos—insinuó el Capitán.

—Estos salvajes tienen unos hermosos cuerpos...—dijo a media voz Raflo.

—Así y todo, son feroces caníbales y tan belicosos que si permanecemos algún tiempo aquí, veremos terribles riñas entre ellos—le interrumpió el Capitán.

—¿Qué religión tienen?—preguntó Raúl.

—La brujería y toda clase de supersticiones. Creen también en otra vida, conforme a la actual.

—¿Esta gente se casa?—inquirió Raúl.

—Más que nosotros; para tener muchas esclavas, que no otra cosa son sus esposas—informó el Capitán.

—¡Ah, practican la poligamia!—exclamó Raúl.

—¡Vaya, ya Raúl quisiera ser salomonese, con tal de...

—¡Ay, Charles, ya me cansa esa broma...no estoy para bromas...

Todos quedaron callados pensando, sin poder adivinar el motivo que Raúl tenía, para estar tan mal humorado. En cuanto a Charles, sintió gran pena de haber molestado a su amiguito y se propuso suprimir una broma que hasta entonces le causaba risa.

El Capitán rompió aquel silencio para enmendar:

—No, Charles, no creas que la poligamia se limita solamente a los de esta isla, sino que todos los melanesios lo son. En lo que se distinguen es en el lenguaje; pues aun en las islas cercanas, no se entienden unos con otros; lo contrario de los polinesios.

—Los polinesios se han civilizado más que éstos—añadió Raflo.

—Aquellos no son negros, y de los melanesios los más adelantados son los habitantes de esta isla y los de Vanikoro, que son de hermosísimos cuerpos y largas cabelleras...

—Pero así y todo, se comieron al Capitán Laperouse y los suyos...

—El monumento a Laperouse está allí... pero... no es muy seguro...hay quienes creen que fueron los feroces antropófagos de Viti Levu, que también dieron muerte al Capitán Bureau y otros. Le aseguro a usted que fuí una vez allí y no deseo volver; son repulsivos: sus cuerpecillos enclenques y raquíticos...sus flacas y cortas piernas tal parece que no pueden sostener la descomunal cabeza, en cuya repulsiva faz se abre una horrible boca, que parece una herida sangrante.

—¡Ay, si me parece que siento sus mordiscos en mi piel!—Exclamó Charles estremeciéndose.

—¡No seas impresionable, muchacho! No los visitaremos... ahora iremos derecho a...

—¡A Cuba!—interrumpió el muchacho.

Raflo se estremeció al oir lo que tan dulce recuerdo le evocaba.

—¡A Cuba...!—repitió como un eco...a Cuba... aún distamos mucho, hijo... estamos en un océano y ella está en otro, y nos separa un gran continente.

—Pero nos une un canal...—se apresuró a decir Raúl sonriendo.

—Tienes razón... esa es la obra del hombre más valiosa...

—¡Oh, sí, la obra de canalización es la obra de más utilidad que puede hacerse; es completar lo que la Naturaleza se olvidó de hacer!—decía con entusiasmo el Capitán.—Hay muchos canales, pero la obra maestra, la más grandiosa, es la del Canal del Ganges; este canal fertiliza el territorio de Doab.

—Hemos podido apreciar las grandiosas obras de ingeniería de los hindúes, que trabajan para cientos de generaciones; hemos visto diques, que tienen mil quinientos años, y que aún durarán muchos más.

—¡Allí no se construye solo para el presente!—añadió Laura.

—Bueno, señores, ya hemos visto los habitantes de Salomón y podemos contar, que aun quedan en sus bosques los perfumados sándalos; si ustedes gustan podemos retirarnos.

—Sí, vayamos al yate...que...—dijo Laura que parecía fatigada. La valiente joven quería poder reposar y estar a solas, y esto no podía conseguirlo sino cuando se encontraba a bordo.

—Nos vamos sin haber visto ningún animal—lamentó Raflo.

—No se preocupe usted, la fauna de aquí no tiene importancia—aseguró el Capitán—hasta los puercos, que es lo que más abunda, son importados.

Cuando de nuevo estuvieron confortablemente instalados en su yate, navegando por entre escollos, y contemplando tantos arrecifes que parecían islitas, diseminadas; Raflo, volviéndose a su amigo le dijo:

—No sé porqué se me ocurre pensar en Venecia y en Estocolmo.

—¿Porqué a la capital de Suecia le llaman la Venecia del Norte?—preguntó su amigo.

—Porque como Venecia, está edificada sobre isletas y unidas por puentes; sus canales aparecen surcados por ligeros vaporcitos, que son para sus habitantes, lo que para nosotros los ómnibus y tranvías.

—Raflo, dicen que las casas de Venecia están todas hechas entre el agua —dijo Charles.

—No lo creas hijo, Venecia está construída sobre setenta y dos islotes.

—¡Ah, eso sí!—dijo el ingenuo jovencito.

—¿En qué estación estuviste en Suecia?—Interrogó Raúl.

—He ido dos veces ,para disfrutar de dos estaciones opuestas. Primero fuí en verano al norte, y pude contemplar el bello espectáculo del Sol alumbrando toda la noche.

—¿Toda la noche?—interrumpió Charles.

—Entonces razón hay para que sus cosechas se hagan en la mitad del tiempo que en otras partes,—insinuó Raúl.

—Volví en el invierno y... ¡qué cambio tan notable, amigo mío; no te dije, que mientras en la parte norte en el verano era todo luz solar: en la parte sur del país durante los días del 17 al 21 de junio no hay verdadera noche, sino que ésta está limitada a un crepúsculo, que dura solo tres horas.

—¡Oh, que país tan pesado; allí no se podrá dormir...mire que ser siempre de día!—exclamó Charles, y añadió:—¡A mí que me gusta tanto dormir!

—Pues, hijo, si vas en el invierno, bien puedes dormir sin que el Sol te moleste, pues solo verás la luz de las estrellas, la de la luna y la bellísima luz de las auroras boreales—contestó Raflo.

—¡Qué encanto, Raflo, qué dulce país ese!—dijo Laura suspirando.

Charles sonrió, como él sabía hacerlo, y ya iba a soltar una de las suyas, cuando una oportuna mirada de su padre adoptivo lo contuvo.

Laura continuó:

—Mi madre me había hablado de Noruega, y siempre sentí deseos de visitarla, para contemplar el Sol de media noche.

—Es encantador, Raúl, saber uno que es la media noche, y ver los pajarillos que gorgean y todos los seres estén en actividad, como si fuera en pleno día.

Charles prorrumpió entusiasmado:

—Es tal el gusto que me proporciona oirles hablar así, de todas las cosas que les oigo, que si para seguir con ustedes, tuviera que trabajar... ¡trabajaría gustoso!

Estas palabras dichas con toda sinceridad por el ingenuo jovencito, en quien el terror al trabajo era ya proverbial, hizo reir de buena gana a los exploradores y al Capitán.

—¡Pobre Charles!—dijo Raúl, a la par que añadió:—afortunadamente, la bondad de Raflo, te ha puesto a cubierto del trabajo.

—Entonces...si ya no soy pobre ¿porqué me lo dices?

Raflo se adelantó a contestar por su amigo:

—Puede decírsele pobre, aunque sea como tú, rico, a todo el que desprecia el trabajo.

—¡Quisiera no ser así...!—añadió apenado el muchacho.

—¡Ya amarás el trabajo, Charles, ya lo amarás: te enseñaré a trabajar!—Le contestó cariñosamente su padre adoptivo.

Al oir estas palabras, el muchacho hizo un gesto tan expresivo, que cuantos lo miraban prorrumpieron en risa. Afortunadamente, no hubo que dar a Raflo explicación del motivo que la producía. En ese momento llamó su atención un islote sin vegetación alguna, en que se veían unos hombres de aspecto salvaje, y ordenó dirigirse allí el yate, motivando la huida de los hombres que estaban pescando.

—No lleguemos—dijo el Capiátn—estos hombres viven bien en esa estéril soledad.

—¿Pero es posible que allí se pueda vivir?—interrogó Charles.

—Sí pueden, viviendo a su manera.—Contestó el Capitán.

—¡Yo creía que estarían allí esperando a que algún barco los recogiera! —Terció Raúl.

—Ahora viene a mi mente la isla de Helgoland, situada en el mar del Norte de Alemania; en esa isla, que es una alta meseta, desprovista de toda vegetación, en donde no se ve ni la más pequeña planta; hay una ciudad con cerca de tres mil habitantes.

—¿Es posible?—Se oyó la triple pregunta.

—Yo la he visto—afirmó Raflo.

—¿De los países que has visitado, cual es el más montañoso?

—El más montañoso de Europa, es Suiza; allí he podido admirar los más bellos panoramas, que la mente pueda imaginar.

La noche se presentó oscura; negros y tupidos nubarrones surcaban el espacio, que de vez en cuando aparecía iluminado por la viva luz de los relámpagos, y a largos intervalos escuchábase el sordo retumbar de los truenos, lo cual denotaba que aquella tempestad se desencadenaba lejana.

Raflo y Raúl, muellemente reclinados en los sillones de proa, contemplaban silenciosos el espacio, el cual simulaba ya bellas montañas coronadas de fuego, ya ríos de luz y otras igneas formas caprichosas. El espectaculo era grandioso e invitaba a la muda contemplación.

Charles miraba a los exploradores, esperando una oportunidad para interrogar, como siempre hacía; pero el tiempo transcurría y sus amigos continuaban sumidos en el mismo ensimismamiento.

¡Cuántos recuerdos vendrían a sus mentes; cuántos proyectos se harían para el porvenir! ¡Cuántas esperanzas bullirían en sus cerebros! Parecían en éxtasis, olvidados de sí mismos, y, sobre todo, de su otro compañero, que ávidamente ansiaba escuchar sus palabras, porque ellas le transmitían conocimientos, despertándolo a la vida, la que para él antes había sido horrible pesadilla.

Así pensaba Charles, cuando oyó tras sí la voz del Capitán que decía:

—Ya navegamos en mares de la Polinesia.

Los exploradores parecían arrancados de un dulce sueño, que por nada hubieran querido interrumpir; mas el inglesito experimentó inmenso placer con aquella intervención, que le permitía hablar a sus anchas, y enseguida esbozó la idea que bullía en su mente.

—¡Pero... la verdad que hay agua en el mundo!

El Capitán, con una juguetona sonrisa en sus labios se adelantó a contestar:

—¡Oh, sí; mi elemento es más extenso que el de ustedes!

—¿Qué quiere decir?...

—Quiero decir: que mientras ustedes los de tierra, sólo tienen doce mil novecientos diez y seis millones de hectáreas; nosotros los "acuáticos", podemos disponer de tres millones ochocientos treintiocho miriámetros cuadrados...

—¡Bueno, Capitán, tiene usted perdida la partida!—le interrumpió Charles, sin poner atención a las cifras.

—¿Por qué he de perderla?

—Porque nosotros tenemos más que usted donde movernos; pues, somos anfibios. ¿Verdad, Raúl?...

Esta broma del muchacho hizo reir a todos, y el Capitán le contestó alegremente:

—¡Tienes razón, muchacho, me has derrotado!

Charles ponía siempre una nota alegre entre los exploradores, haciendo más llevadera la existencia a Laura, que ya había tomado la resolución de quedarse en Cuba, y volver a su vida femina. A Raflo, parecíale más agradable la vida, después de haber dado esa vuelta al mundo, y pensar que se aproximaba cada día a la hermosa tierra, en que viera la luz y habitara su encantadora Estrella. Nada era capaz de disminuir la dulce emoción que por ella había sentido, acrecentada por la idea de que pasados algunos días, podría encontrarse en este anhelado paraíso, en esta pequeña y bellísima tierra, donde impera el verdor primaveral, con su cielo siempre azul, y sus campos perfumados, con la profusión de florecillas silvestres, que en ellos nacen.

Y era también, que Raflo se encontraba satisfecho, por la desaparición de las manchas y torciones oculares; y sonreía ruboroso, como la mujer que observa ha despertado admiración.

Charles era cuanto feliz se puede ser, siempre que no se encontrara en tierra de antropófagos; allí, la felicidad huía de su lado, para dar paso al horrible temor que le producía el constante pensar en servir de alimento a los salvajes; pero en la ocasión que nos ocupa, ni la más leve huella de temor le inquietaba.

También debía sentirse doblemente satisfecho el Capitán; la más cara ilusión de su vida, iba a verse pronto convertida en realidad: Raflo le

había ofrecido hacerlo dueño del yate tan pronto llegaran a Cuba. Con tan lisonjera perspectiva ¿cómo no hacer surcar los mares a toda velocidad?

Raflo sonreía satisfecho, pues había notado que desde el día que le hizo tal ofrecimiento, el yate se deslizaba con la vertiginosa rapidez de que era capaz. ¡Dichoso el que puede llevar felicidad a otros corazones...el que puede convertir en bellas realidades, lo que habían juzgado quimeras!

Por fin llegaron a la primer isla polinesia que debían visitar; el Capitán les dijo:

—Debo participarles, que los habitantes de esta isla, no son civilizados, como los de Tonga, Hawai y Timor.

—Eso es lo que nosotros buscamos; verlos en su estado salvaje, sin que sus costumbres hayan sido modificadas por la civilización—contestó Raflo.

—¿Ustedes han visitado a Timor?—preguntó Raúl.

—Sí. Allí hay relativa civilización; sus habitantes no llevan mucha ropa, y las mujeres solo se visten de la cintura a los pies... pero son bellas y bien formadas, y gustan de la música y la sociedad.

El Capitán, después de esta explicación, se dirigió a la gente de servicio, y dispuso echar el ancla; estaban frente a la boca de un río, y por él podían los exploradores remontarse en la "Dórida" hasta donde lo creyeran oportuno.

—Charles, encárgate de poner alimentos suficientes en el bote—dispuso Raflo. Y Charles ejecutó el mandato de tal modo, que cuando los exploradores dispusieron su primera comida, rieron a más y mejor, de la enorme cantidad de provisiones acumuladas. El joven, algo apenado por lo que entonces juzgó exceso, balbució:

—¡Es que...pensé... que si nos extraviáramos...

Los exploradores le interrumpieron:

—Ea, no hay que apenarse...—y a la vez le señalaron un hermoso pájaro que se presentó ante su vista, a fin de alejar su bochorno.

—Desde que dejamos el yate, estoy lamentando no haber invitado al Capitán a venir con nosotros.—Dijo Raúl pensativo.

—En verdad, que nos hubiese dado informes valiosos—contestó Raflo, al parecer preocupado por la misma idea.

Siguieron río arriba, hasta encontrar un gran recodo donde ocultar la "Dórida", y echaron pie a tierra, después de abastecer sus morrales.

DECLARADOS TABU

Caía la tarde; las aves empezaban a dirigirse silenciosas a sus dormitorios, las plantas presentaban una quietud enervante, ni una hoja se movía, ni un ave cantaba; todo parecía adormecido antes que el crepúsculo tendiera su manto; los tres exploradores que habían caminado durante muchas horas, se sentían abatidos, no por la fatiga, sino por aquel silencio que presentaba Natura, que los contagiaba. Por fin Raflo hizo alto, y dispuso lacónico:

—Comamos...

Se sentaron en la fresca yerba, sin que ninguno osara romper aquel mutismo; tal parecía que Natura les anunciara algún tétrico suceso, y que ellos lo presentían.

Terminaban ya su frugal y silenciosa comida, cuando sorprendieron a corta distancia dos nativos, que en arrogante posición y con los brazos cruzados sobre el pecho, los contemplaban. Aquellos hombres al ser descubiertos, no hicieron gesto alguno, parecían dos bellas estatuas, primorosamente cinceladas y pintadas...pero estatuas que los escudriñaban minuciosamente.

Su aspecto era sugestivo, y esta impresión causaron en nuestros exploradores, que también los contemplaron por algún momento sin decir palabra.

Aquellas, al parecer, pétreas figuras, estaban desnudos con una banda en T y una corta capa de burdo lienzo echado hacia la espalda, no exenta de elegancia. El hermoso cuerpo completamente tatuado de tan maravillosa manera, no dejaba ver la piel, sino que ésta simulaba un caprichoso traje ceñido a su cuerpo.

Sus arrogantes cabezas, aparecían tocadas de elegantes cascos decorados con finísimas plumas, que caían hacia abajo cual blanca cascada.

Después de un momento de muda contemplación, Raflo se levantó, y dijo lacónico:

—Voy a saludarlos.

Raúl se levantó para seguirlo, recomendando antes a Charles, a quien veía atónito:

—Espera un momento aquí.

—¡Tengan cuidado!—pudo al fin balbucir el chico.

Cuando estuvieron cerca, Raflo extendió su diestra a uno, mientras Raúl al otro; solo entonces las estatuas vivientes se movieron, extendiendo también su mano, para chocar su carpo con los de ellos, a la vez que adelantando un pie lo cruzaron con el de los exploradores, y acercando sus caras les frotaron las narices. Los jóvenes se dejaron hacer sin demostrar temor, pero Charles gritó como si se los estuvieran comiendo.

Los exploradores comprendieron que tenían buena acogida, aunque el Capitán se había olvidado de advertirles del saludo polinesio.

Ya tranquilizados respecto a la acogida, invitaron a Charles a que se les reuniera, pero el temor lo tenía paralizado, y no se movía de donde estaba; entonces sus compañeros y los salvajes fueron hacia él, alargando éstos su brazo para saludarlo, lo que él aceptó; pero en cuanto al frote de narices, no había forma que lo permitiera, y retrocedía volviendo la cara a uno y otro lado, con ojos de espanto. Los polinesios renunciaron a confundir con él sus almas, que es lo que su saludo significa, al mezclar sus alientos. Así es que Charles sin saberlo, había caído en desgracia con los salvajes, lo que bien a su pesar desconocieron sus protectores y se lo hicieron saber, recomendándole enmienda.

Los salvajes, que a juzgar por su tatuaje eran dos valientes guerreros, los invitaron por señas a seguirlos, y éstos aceptaron la invitación En el trayecto cada uno dijo una palabra, que debía equivaler a su nombre, y a fuerza de señas, los jóvenes comprendieron que les preguntaban los suyos, que después de escuchados, los salvajes tomaron para sí señalando a Raflo el de "Nikoa" y el de "Kaota" a Raúl, que eran los de ellos.

Charles, a quien nada gustaban las costumbres de los salvajes, dijo a sus compañeros:

—¿Pero es decir que los despojan a ustedes de sus nombres, para usarlos ellos?

—Eso debe ser un honor polinesio, muchacho; ahora nos dirás Nikoa y Kaota.—Advirtió Raflo.

Pero todo inútil; Charles no podía acostumbrarse a tal cosa, y repetía los nombres de sus compañeros cada vez que intentaba hablarles, consiguiendo solo que los salvajes lo atendieran, pues los exploradores tomaban

muy en serio el nombre de los guerreros, sabiendo que de lo contrario estaban mal en ese lugar, resultando por tanto la desesperación de Charles, que no podía o no quería llamarlos de otro modo. Pero lo que a éste más intimidaba de los salvajes, eran las rodillas; en ellas llevaban caras tatuadas, que al caminar, antojábasele abrían y cerraban la boca, como si lo quisieran devorar.

Casi de noche llegaron a una especie de plaza alumbrada por cuabas atadas en cono, que producían viva luz. En el centro de la plaza, rodeados por multitud de salvajes, varios hombres sostenían ruda lucha, hasta quedar uno vencido.

—¡Ah, aquí también boxean, Raúl!—dijo Charles volviéndose a su amigo —; pero el que se volvió fué el guerrero que había adoptado tal nombre, quien miró con disgusto la risa del joven, en los momentos culminantes de la lucha y de mayor espectación para ellos, no encontrando la causa de ella; y más aún le indignó que el muchacho no le hablase apesar de sus contínuas llamadas.

Pocos momentos después empezó la "Danza de las Antorchas", ejecutada por todas las doncellas de la tribu, las cuales con medio cuerpo desnudo, coronadas de flores y alumbradas por centenares de antorchas, presentaban un espectáculo bello y original.

Charles cometió varias imprudencias haciendo allí su situación cada vez más difícil, pues aquellos seres, aunque no eran negros sino de blanca tez, demostraban a las claras, que les gustaría saborear las carnes de los exploradores. Las de Raflo y Raúl estaban descartadas, por el hecho de llevar los nombres de los principales jefes, que los ponía a cubierto de toda eventualidad; mas, por esta circunstancia, todas las miradas posábanse en las tiernas carnes del inglesito, que constituiría un asado exquisito para sus paladares.

A la sagaz mirada de los exploradores, no se ocultaba el deseo de aquella gente, por sacrificar a su compañero, y no sabían como salir de tan angustiosa situación. Raúl, cuya impaciencia rayaba en desesperación, dijo a su amigo:

—¡Raflo, si no actuamos pronto, tendremos que sostener titánica lucha para rescatar a Charles, y aún así corremos el riesgo de perderlo!

—La verdad es, que su situación se está haciendo difícil!—contestó su amigo, algo pensativo.

—Escucha:—dijo Raúl dirigiéndose a Charles:—es preciso que mientras nos encontremos en este territorio me nombres siempre Kaota y a Raflo Nikoa, ¿entiendes?...

—¡Si es que no puedo acostumbrarme!

—¡Piensa que de allí depende tu vida!

—¡Oh, Nicoa y Kaota...!—dijo suplicante volviéndose a los salvajes; pero éstos no lo atendieron.

—¡Kaota y Nikoa!—dijo entonces a sus camaradas—¡huyamos!

—¡Esperemos! ¡No podemos hacerlo sino con mucho sigilo!

—¡Pero si me quieren comer!—gesticuló el mozalbete.

—¡Creo que se preparan...! ¡Ven, cambia tu nombre con este salvaje que será un sacerdote!—le indicó Raflo.

Charles no se hizo repetir y parándose o mejor arrojándose sobre él, después de haberlo saludado, le frotó infinitamente la nariz, a la vez que le ofrecía su nombre repitiendo: ¡Charles, Charles!

Por muy salvaje que el sacerdote fuera, comprendió la magnitud del pánico que embargaba al joven, y sonrió complacido de aquella demostración. Mientras tanto, la "Danza de las Antorchas" continuaba; las muchachas hacían contorsiones con sus esculturales cuerpos, en tanto miraban insistentemente a los exploradores. ¿Era que sentían admiración y simpatía por ellos? ¿Era que pensaban que tras la danza sería el banquete?... Su mirada no era expresiva, por tanto, los exploradores, apesar de toda su perspicacia, no podían acertar el significado de las que les dirigían.

Mientras las doncellas danzaban, los salvajes habían preparado una gran hoguera, extendiendo después las brazas. Un momento después, aparecieron con tres infelices encajados en púas, a semejanza del uso que hacen nuestros campesinos para asar los lechones. Un triple grito de horror se oyó, y los exploradores pusiéronse de pie esgrimiendo sus armas. Ninguna impresión causó su actitud en el ánimo de los salvajes, que no podían sospechar, que aquellos adminículos, desconocidos para ellos hasta entonces, fueran capaces de vomitar la muerte. Así es que se limitaron a repetirles: Kaota, Nikoa, con lo cual querían demostrarles el respeto a sus personas, no así a su compañero a quien pretendieron echarle mano, y el infeliz, casi muerto de miedo, se abrazó al sacerdote, con lo cual aumentaba su mala suerte, pues en esa tribu constituía un delito tocarlos. Por fortuna, en el fondo de cada ser, hay latente un rasgo de compasión, y en el salvaje

sacerdote brilló en aquella ocasión, en forma de una palabra, al parecer mágica.

Cuando ya las salvajes manos se posaron en el cuerpo del infortunado muchacho, y los exploradores estaban dispuestos a sembrar la muerte entre ellos, batiéndose a la desesperada por salvarlo, se oyó decir al anciano sacerdote:

—¡"Tabú"!

Este nombre hizo retirar a todos instantáneamente, como si hubiesen sido tocados por un áspid. El anciano extendió el brazo hacia los exploradores, repitió solemnemente:

—¡Tabú!

Esta vez se apartaron de ellos, y los guerreros les devolvieron sus nombres, indicándoles que recobraban los suyos. Desde aquel momento el sacerdote también se apartó, quedando en unos instantes completamente solos. Y se consideraron libres, pues ninguno de los salvajes parecía demostrar que para ellos existiesen.

—¡Raflo, en el primer momento creí que Tabú era el nombre del sacerdote...

—Y debe ser...—interrumpió Raflo a su amigo.

—¡Huyamos!—Pudo al fin articular Charles.

¿Qué les pasaba? ¿Porqué permanecían allí como clavados?... Eran libres; nadie los vigilaba y no obstante, no se les ocurría que podían irse.

—¡Huyamos, Tabú!—Repitió Charles.

Entonces los tres amigos emprendieron la retirada, sin que al parecer ninguno pusiera atención en ellos.

—Si Tabú es el nombre que nos ha puesto para salvarnos, ese es el nombre que debemos adoptar en estos contornos.

—¡Sí, sí, díganme Tabú!—Exclamó Charles.

—Tabú nos nombraremos todos,—enmendó Raúl, que aún no había acabado de pasar la impresión sufrida.

Caminaron hasta el amanecer, hora en que decidieron descansar de las fatigas producidas por tan larga jornada. Después que reposaron algunas horas en completa tranquilidad, reanudaron la marcha sin rumbo fijo; habíanse extraviado durante la noche y ahora trataban de orientarse. Muchas horas más tarde, diéronse de improviso con un grupo de salvajes, que con sus mazas en alto, se les venían encima.

—¡Tabú!—gritó Charles al verlos, y aquellos seres, como movidos por resortes, huyeron en dirección contraria.

—¡Tenemos un nombre que es un arma vencedora!—Exclamó Charles lleno de júbilo.

Y los exploradores compartieron su idea ,enfrascándose después en innumerables comentarios respecto a su desorientación, y en la dificultad de conseguirlo, por impedírselo las intrincadas selvas por que atravesaban.

Charles, acostumbrado como estaba a las favorables resoluciones de sus protectores en todos los casos, nó alcanzaba a comprender la dificultad del momento, y mucho menos pensaba en que pudieran tardar muchos días en conseguirlo, si seguían la obligada ruta que la naturaleza del terreno les imponía; así es que, tomando aquello como algo sin importancia, dijo a sus compañeros:

—¡No hay que ocuparse, tenemos que comer y estamos salvos!

—lo cual no acababa de satisfacer a los exploradores.

Vagaron días y días, y las provisiones de sus morrales se consumieron. Habían llegado a una región estéril, en donde no encontraban ni una corriente para mitigar la sed. Hallábanse desesperados por la falta de agua y alimentos, que un sol abrasador extremaba con sus rigores, cuando a lo lejos distinguieron un grupo de indígenas, y a ellos se dirigieron sin recelo, ansiosos de conseguir el preciado líquido y apetecido alimento. Los indígenas, que sentados en cuclillas, comían frutas y tomaban agua de una especie de güiros que portaban, a la vez que con ella refrescaban sus cabezas, no se movieron a la proximidad de los viajeros. Estos, al ver el agua, no pensaron más que en su posesión, y corrieron hacia ellos para implorar un poco del ansiado líquido. Raflo logró hacerse entender, y cuando ya casi tenía en sus manos un güiro que le ofrecían, Charles exclamó triunfante:

—¡Tabú...!

Al mágico influjo de esta palabra, los salvajes echaron a correr, sin que los sedientos exploradores pudieran catar el agua que tanto deseaban.

Los desolados viajeros vieron alejarse los fugitivos, llevando consigo lo que tan caro les era, y un agudo y mudo dolor los embargó. No pronunciaban una sola palabra; sus ojos fijos en los salvajes, no se apartaron de ellos hasta que los vieron desaparecer; entonces... un triple suspiro se escapó de sus pechos. Comprendían que los salvajes huían por la palabra "tabú", que tan importunamente pronunciara Charles, y todos lamentaron el incidente, que tan amarga experiencia les dejara.

A Charles preocupaba lo hecho, esperando de sus protectores la reconvención que creía merecerse, y se propuso en lo sucesivo, ser más parco en su uso, ya que no en todos los casos, les era de utilidad. Pero aquellos buenos amigos se limitaron a decir:

—¿Qué será Tabú?... huyen al oir este nombre!

—¡Oh, amigos míos; ahora recuerdo que mi maestro hindú me informaba, que había unos salvajes que al que declaraban tabú, se les juzgaba sagrado, y nadie podía tener contacto con él!—dijo en tono melancólico Raflo.

—Eso ha de ser; "tabú" y tapú significará lo mismo.—Sugirió Raúl.

Charles, lanzando un profundo suspiro exclamó:

—Fuí un torpe... pero en lo sucesivo, no seré yo quien primero lo diga.

Su amigos nada dijeron, y acto contínuo emprendieron silenciosos su pesada jornada, jadeantes y debilitados por el ayuno, y lo que es más triste, con la boca seca... poco después empezaron a ver que los resecos matorrales iban desapareciendo, encontrando al paso verdes y lozanas plantas, cuyas hojas masticaron para aliviar la sequedad de sus gargantas; pero ni aun el cambio que paso a paso se iba notando que era suficiente para animarlos a la charla. ¡Tal era el estado de ánimo en que se encontraban! Mas, como los dolores y angustias pasan, al igual que los placeres; la penumbra de sus almas empezó a disiparse y el jadeante paso fué tomando impulsos, hasta que al escuchar el ruido de corriente cercana convirtióse en denodada carrera, que jadeantes y extenuados los llevó junto a un arroyuelo, en donde apenas si tuvieron fuerzas para arrastrarse hasta su cauce, y sus labios tocar el líquido vital, que los volvió a la vida.

Después que reposaron lo suficiente y refrescaron su ardiente faz, siguieron la corriente, para ver si aquel era un afluente del río en que dejaran su "Dórida". (1) ¿Qué sería de ellos sin su ligera embarcación, donde tenían provisiones en profusión? Así pensaban Charles y Raúl, mientras que Raflo solo pensaba en la temida posibilidad de perder su bote.

Aquel riachuelo resultó ser el último afluente que ellos habían visto en el río, y siguiendo por él, pudieron llegar a tan deseado lugar. Ya cerca de la ensenada en que dejaran oculto su bote, sintieron voces humanas, aunque ininteligibles para ellos.

—¡Hay salvajes junto a nuestra "Dórida"!—Exclamó Raflo contrariado.

—¡Mientras podamos recuperarla... menos mal!—Contestó su amigo.

—¡Ya lo creo que podremos!—dijo airadamente Charles—; y al momento recordó su promesa de no ser el primero en pronunciar la mágica palabra, que tan desastroso resultado había tenido la última vez que lo hizo.

Ninguno de sus compañeros parecía recordarse de ella, solo atendían a preparar sus armas, lo cual indicaron a su protegido.

No tardaron en descubrir una veintena de salvajes, que asomados al río, examinaban con detenimiento la extraña embarcación, tan distinta de las suyas, que consistían en gruesos troncos horadados. Aquella lustrosa embarcación, herméticamente cerrada, que se

(1).—Véase el primer tomo "Aventuras de Raflo y Raúl Alrededor del Mundo." movía sobre las aguas, parecíales un monstruo desconocido. Y tal era su creencia, que cuando el bote era llevado por el remolino de las aguas al centro de la corriente, se aproximaban, y cuando impulsado de nuevo sobre la orilla, huían vociferando, cual si se hubiese lanzado al ataque contra ellos.

Varios minutos hacía que los tatuados salvajes se entretenían en su contemplación, huyendo unas veces, acercándose otras, conforme al movimiento del bote. Los exploradores permanecían ocultos sin saber que determinación tomar, hasta que fueron descubiertos. Un alarido salvaje se escapó de sus gargantas, y todos dejaron la contemplación del monstruo acuático, para disponerse a la caza de los blancos, que tan suculento asado les ofrecía. Habíanse diseminado por la maleza formando un ancho cerco, que iban reduciendo de contínuo, arrastrados por la hojarasca como las sierpes. Todo auguraba un fatídico desastre para los viajeros. Estos, arma en ristre, esperaban la oportunidad de disparar vendiendo cara sus vidas; mas, antes que fuese lanzada la primera flecha o escuchada alguna detonación, se oyó un angustiado grito, seguido de la palabra ¡tabú! Era Charles, que apesar de haberse prometido no ser jamás el primero en pronunciarla, no había podido contenerse, viendo que sus compañeros habían olvidado ante el peligro el salvador vocablo, recurriendo a las armas.

El resultado de aquella frase, no tuvo el resultado que Charles esperaba; pero fué lo suficiente para que los salvajes bajaran sus arcos y deliberasen entre sí.

Los exploradores comprendieron que entre los salvajes había encontradas opiniones, por lo que repitieron: ¡Tabú! haciéndoles coro Charles. Entonces cambió la escena; los más fanáticos daban la nota cómica de no querer pisar la tierra que ellos, y retrocedían hacia el río; mas, en ese

momento, el para ellos monstruo acuático, daba una embestida a la orilla, y huyeron en dirección contraria lanzando repetidos aullidos. Otros retrocedían con paso más o menos rápido, para alejarse de aquellos hombres que confesaban haber sido tabuados, lo cual significaba para ellos "castigado" o "sagrado". Pero un grupo de tres o cuatro se retiraban de mala gana, deteniéndose a cada paso para discutir.

En todas partes hay escépticos y hombres dispuestos a desobedecer las leyes, por más tabuadas que éstas sean; así este grupo participaba de ambas cosas, estimando una tontería, dejar escapar lo que constituía suculento asado. Esa opinión bastó para que dejasen alejar a sus camaradas y después ellos, apoderarse de los blancos.

Raúl, nada tranquilo por la actitud de estos hombres, dijo a su compañero:

—Vamos a acercarnos a la orilla, para saltar a la "Dórida" en la primera oportunidad...así nos veremos seguros, y libres de temer que disparar nuestras armas.

Mientras se dirigían al bote, Raflo dijo:

—¿Supones que estos hombres nos atacarán?

—Tengo la seguridad, de que solo esperan, que los otros se alejen lo bastante.

—Déjelos venir—dijo Charles confiado—; cuando estén cerca les digo la palabrita, y salen huyendo.

—Te equivocas; para ellos esa palabra es falsa, y nada los detendrá en su afán de devorarnos.

—¡Huyamos! ¡ya se acercan!—gritó Charles.

Los tres saltaron a su "Dórida" y en un momento desaparecieron Raúl y Charles bajo la cuartela que Raflo había abierto, quedando en pie éste unos instantes para dirigir el bote, y después ocultarse en su fondo. Los arcos se levantaron y algunas flechas pasaron sobre ellos sin molestarlos, en tanto los salvajes lanzaban desaforados gritos de combate. La "Dórida" deslizábase veloz al impulso de la corriente, mientras los exploradores comenzaban su colación, bendiciendo ahora la innata glotonería de Charles, que les permitía poder saborear lo que tantos días hacía no probaban.

Apenas Raflo había degluído algo abrió las cuartelas, seguro de que por mucho que los salvajes corrieran por la orilla del río, como era su costumbre, no podrían alcanzar la "Dórida", que, aunque su motor no funcionaba en el momento, la corriente bastaba a alejarlos.

Llegaron por fin al lugar en que dejaran el yate, y ¡oh sorpresa! éste no estaba allí. Los exploradores cruzáronse entre sí miradas inquisidoras, sin que por ello ninguno pronunciara una sola palabra. Charles en cambio, pensando ser el primero en notar la desaparición del yate, dijo alarmado:

—¡Por Jehová, por Mahoma, fíjense en que el yate no está!

El mutismo de los exploradores no se alteró, en cambio, en la bella faz de Raúl, se acentuó más la nube de tristeza que lo cubría, y la arruga que surcaba la frente de Raflo se hizo más profunda.

—¿Pero ustedes no recuerdan que por aquí fué donde quedó el yate?—interrogó Charles.—¿Dónde estará?...

Raflo contestó la última pregunta diciendo:

—El Capitán se habrá cansado de esperar, y juzgando que habíamos corrido la suerte de otros exploradores, se ha marchado.

—¿Qué suerte?—Interrogó el muchacho.

—¡Haberlos devorado los polinesios.—Dijo con flema Raflo.

—¡Pero a eso llama usted suerte...!—dijo de nuevo, y enseguida se arrepintió, notando la seriedad con que sus compañeros escrutaban el horizonte.

Convencido ya que no encontrarían el yate, dijo Raúl a su amigo:

—¡Supongo que ahora pondrás proa a Cuba!

—¡Sí, sí, a Cuba!—afirmó alegremente el jovencito, que constituía la única nota de distracción en el piélago azul.

—La dirección que llevamos nos lleva al Canal de Panamá...pero estamos tan lejos aún!—Contestó Raflo con desaliento.

Era la primer vez que sus compañeros lo veían así, y esto los preocupó; no obstante él sonrió, cuando su hijo adoptivo le dijo asustado:

—¿Lejos? padre: es esta la primer vez que oigo tal palabra en sus labios. ¡Cuando usted lo dice...!—terminó acongojado—Y a la vez pensaba que las provisiones por él acumuladas, no tardarían muchos días en terminarse y eso, usándolas con parsimonia.

Raflo lo tranquilizó diciéndole:

—Digo lejos, hijo, por mi afán de llegar, que parangono al de Raúl; pero en realidad, estamos muy cerca, ya que tocamos el fin de la vuelta al mundo.

—¿Qué? ¿al fin del mundo?... ¿Eso es lo que usted dice?

—No tienes que alarmarte así, Charles, el fin del mundo es relativo... cada cual tiene el suyo... es decir, el fin toca el principio.—Terminó distraído Raflo.

—¿Qué, qué? ¡No entiendo!

Esta vez fué Raúl, el que sonriendo, después de su largo mutismo contestó:

—Mira Charles, el fin para nosotros está en estas aguas, que ya antes habíamos surcado, casi al principio de nuestra vuelta al mundo.

—¿Pero ustedes habían andado antes por aquí?...

—En este lugar no; pero en las aguas del Pacífico sí.

—¿Y es muy profundo ese Pacífico?...

—Por término medio tiene cuatro mil metros...

—¡Jehová, Mahoma, sálvennos de caer aquí!—imploró emocionado.

—Lo mismo da caer aquí, que en un bajo de algunos metros, como entre las islas Tonga y Samoa, que tiene ocho mil doscientos ochenta metros de profundidad.—Le contestó sonriente Laura.

—¡Misericordia, pobre el que caiga allí! Y Charles exageró su asombro, con mayores aspavientos, tratando de alegrar a Raflo, que tan preocupado se encontraba.

Pero aquel gran hombre, optimista en grado sumo, veíase en medio del piélago inmenso sobrecogido de cruel pesimismo. Cuando iba en camino de la tierra de su Estrella, cuando sus ojos eran perfectos y su faz recobrado su varonil belleza; cuando en fin, creía habían desaparecido todos los obstáculos que antes le impedían decirle que lo amara, se veía impotente, y casi perdido en la inmensidad del océano, escaso de agua y alimentos...y pensaba que perecería en la contienda, sin ver por última vez los lindos ojos de la mujer que con caracteres indelebles se había grabado en su cerebro.

Laura, la dulce amiga, conocía como él, el peligro que los amenazaba, y sin embargo, trataba de distraerlo de aquella preocupación. Ella no temía morir; solo le contristaba la idea de que su tumba no se vería cubierta de flores; ¡oh! si cayera en un lugar en que hubiesen...ella sabía que en el fondo del mar también hay, aunque muy distintas de las terrestres; pero al fin flores. Laura temía más, que sus amigos muriesen: a ellos les esperaba la felicidad y debían vivir. Con esta idea, la noble y valiente joven, apenas si probaba alimentos, con tal de que a ellos no les faltaran más tarde.

Esta inteligente mujer, que parecía un adolescente, estaba lo bastante evolucionada espiritualmente, para no temer a la muerte; y si temía la de sus compañeros, era porque comprendía que sus vidas podían ser útil a la humanidad, pues no dudaba que Charles, teniendo por modelo a Raflo, aliviaría muchas miserias. Además, para ellos la vida en lo sucesivo sería

muy dulce. Les aguardaba la felicidad que el amor, el dinero y los buenos sentimientos proporcionan. Pero ella, que se juzgaba sola en el mundo, sin la esperanza de poder reunirse a sus hermanitos, ya que éstos le temerían y odiarían, porque su padrastro habría tratado de presentarla como un monstruo, ¿qué le esperaba?... Desdichas y sufrimientos. Ella no tenía medios para borrar de sus mentes aquella creencia, más que demostrando la monstruosidad de su padre, y...ella no podía hacer ésto sin ofender la memoria de su buena madre y herirlos en lo más íntimo...Así pensaba Laura en los momentos de meditación, en el verde de aquel verde piélago, bajo la comba azul del infinito.

Charles, que sentía verdadera devoción por su joven amigo, cuya superioridad intelectual reconocía; lo observaba silencioso, dándole miles vueltas a sus pensamientos, por adivinar lo que en sus largos silencios meditaba, ya que descubría alteraciones en su faz. En cuanto a Raflo, que aparecía impertérrito, no le inspiraba la curiosidad que su amiguito, si bien hubiera querido romper el silencio que lo embargaba, que por el momento respetara.

Por fin después de mucho esperar a que sus protectores hablasen, sin que lo hicieran, empezó a sentir temor de morir y lanzó hondo suspiro, tan conmovedor, que Laura se dió cuenta del tiempo que hacía no distraía con su charla a sus compañeros, siendo ese el motivo porqué a aquella juvenil cabeza habrían acudido quizás, tristes ideas; así es que sonriéndole con su afabilidad peculiar, le dijo:

—¿Porqué tan gran suspiro, amiguito?

—Estoy pensando en la muerte.—Contestó secamente.

—¿Y qué piensas, vamos a ver?—Le preguntó más sonriente aún.

Charles fijó en ella sus asombrados ojos un instante, y al fin dijo:

—¡Pero Raúl, tú te sonríes cuando oyes hablar de la muerte!

—¿Y porqué no, Charles?

—¡Porque eso es lo más triste que hay...!

—Según...Eso es bajo el punto de vista que se mire.

—¡Pues, chico, si eso no tiene más que un punto!

—Me refiero, Charles, a que encontramos muy triste la muerte, porque nos separa corporalmente del ser que queremos...

—¡Mira, todo lo que tu quieras; pero lo que yo encuentro triste ahora, es morir yo...y ustedes... de hambre... de sed, en este mar...sin que nadie sepa de nosotros...eso de acabarnos así...para siempre...!—Terminó balbuciente.

—Voy a decirte algo que te servirá de consuelo, algo que todas las religiones admiten, y que es un hecho indubitable. ¿Qué importa que nuestros cuerpos sean sepultados por las aguas, o consumidos en las llamas, si nuestra alma, nuestro espíritu, nuestro yo no perece?

—Pero...¿eso será verdad?

—¡Sería injusticia el dudarlo!

—Pero...yo para qué quiero eso, sin tener cuerpo...—terminó riendo, y después de un momento añadió:—oye, Raúl, ¿y a los que matan se les muere el alma?...

—¡Claro que no; el alma es inmortal!...

—Pues, chico, entonces le tendrán odio a quienes lo han matado...y si saben que el alma es inmortal ¿cómo es que la ley mata? ...Mira, yo no creo eso... Uno se muere de verdad.

—Vale más que creas en la inmortalidad, pues suponiendo que solo sea una hipótesis, es una hipótesis moral, que beneficia a la sociedad en general. —Suspiró Laura.

—Por eso es que tu eres tan contrario a la pena de muerte...yo creía que era por lástima...

—Y no te equivocas, amiguito; me causa lástima que priven del cuerpo que Dios nos concedió, para recorrer el mundo: sin que el ego se haya perfeccionado; me causa lástima mirándolo en todas sus faces. Si como la Teosofía afirma: "el cuerpo no es más que un traje desechable", la pena de muerte es un gran error, pues nosotros somos lo mismo con el vestido que sin él o con otro nuevo. Aparte de esto: si el alma es un espíritu, la Química nos enseña que mientras los espíritus corrosivos están encerrados en un frasco, ese espíritu solo afectará a quien lo destape, esto es, a pocos; pero si ese frasco lo rompemos, el espíritu en él contenido se esparcerá y alcanzará un gran radio ¿verdad?. Pues bien, amiguito; apliquemos el símil al hombre y veremos en el frasco el cuerpo del delincuente y en el espíritu su ego. Bajo este punto de vista, la pena de muerte es en contra de la sociedad, a quien daña en vez de favorecer. Y esto amigos míos, sólo lo digo aquí, donde únicamente ustedes m. escuchan, y no les causará la risa que al pobre ignaro; lo digo así bajo el cielo y sobre el mar, afirmando ante todos, que considero la pena de muerte no solo errónea, sino...¿cómo diré para no ofender la memoria de los primeros que sobre ella legislaron?... Desde el principio la sociedad la implantó, no dándose cuenta en primer lugar; que matando a quien mata, se comete el mismo delito que el que se quiere

castigar, con el agravante de la meditación, que en vez de mejorar la condición moral de un delincuente (el verdugo) se le hace más degenerado; se le paga por matar, se le rebaja la condena... y naturalmente, el infelíz ministro ejecutor, está anhelando una oportunidad de realizar su triste oficio, que le proporciona remuneración y lo acerca cada vez más, a obtener su ansiada libertad. ¡Oh, Charles, amigo mío, qué camino tan equivocado llevamos para nuestra evolución...más día llegará en que todos se den cuenta de estas sacras verdades, y en ninguna parte del mundo se aplique la pena capital, respetándose lo que no podemos devolver.

—¡Es verdad, Raúl, es verdad!—dijo Charles contristado.

—Deja amigo mío, que desahogue un poco mi alma en tu juvenil corazón, tú que eres el hombre de mañana, permíteme que en tí siembre esta simiente, para que a su tiempo la hagas germinar.

—Pero Raúl, ¿cómo es que yo, que jamás me había preocupado por la pena de muerte, que la encontraba justa y leía los periódicos sin sentir la más ligera emoción...¿qué digo? solo sentía la curiosidad por los detalles,... ahora...—Y el jovencito calló, estaba emocionado y casi no podía hablar, pasándose la mano por la garganta como si quisiera hacer bajar un cuerpo extraño.

Raflo había permanecido absorto escuchando a Raúl, pensando con duda sobre su sexo, y se adelantó a contestar a Charles:

—Sé lo que vas a decir, hijo, y te voy a explicar: lo que tu sentías, esa curiosidad y falta de compasión por un reo, la sienten todos los niños, en los países donde se aplica; todo porque la fuerza de la costumbre de oir hablar y leer sobre las ejecuciones, ha insensibilizado su piedad, haciéndoles comprender que es un acto natural y justo el que se realiza.

—¡Tan digno de compasión es si ha cometido el delito, como si no lo ha cometido!—Interrumpió Laura.

—Siempre tienes razón, amigo mío; y en cuanto a tí, Charles, la emoción que hoy sientes, es debido a que Raúl te ha hecho pensar en lo que por tí no hubiese hecho...Muy bien Raúl, muy bien en llevar esas ideas a los juveniles cerebros; en cuanto a tí, en cuyo país se aplica ¿quien te enseñó?...

—¡Dios!—dijo lacónicamente prosiguiendo:—aun no he dicho todo lo que siento respecto a la pena capital. ¿Crees tú, Raflo, que es justo arrebatar un padre, un hermano, un esposo, un hijo? ¿Crees que todo el árbol genealógico de un ajusticiado debe sufrir no solo el dolor sino la afrenta de perder una de sus ramas o tronco de tan ignominiosa manera?

—En verdad que es triste.—Murmuró pensativo Raflo.

—Pues mas triste es aún,—si se quiere—que priven a los hijos y ancianos de su ayuda material, y queden en el desamparo, abandonados por la sociedad, a la que acaban por maldecir, llenando de veneno sus almas, para quienes lo han sumido en tan triste condición ...para una sociedad que tras el dolor y la afrenta que les impone, los desprecia.

—Todo lo que quieras, amigo mío; pero todo tiene que seguir como está, de lo contrario ¿qué sería el mundo? Hay que poner trabas, y solo la pena de muerte puede conseguirlo.—Contestó Raflo.

—Claro, Raúl, sinó, todo el mundo mataría.—Dijo Charles como tratando de mitigar su angustia.

—Se equivocan los que así piensan. El que estafa, rapta y roba, sabe que tales cosas están penadas por nuestras leyes, y no obstante, esos delitos se cometen cada día. En cuanto al matar, la pena capital no contiene a nadie, pues ese es un acto violento cuyas consecuencias no se miden ni se pesan... Países hay, donde tal pena no existe y no por eso es mayor la criminalidad.

Raflo permaneció pensativo y Charles preguntó:

—¿Qué crees Raúl, que debe hacérseles en vez de matarlos?

—Mi humilde opinión es, amigos míos, que aquel que ha privado a otro de la vida, en vez de quitarle la suya, debe condenarse a trabajar para el sostenimiento de aquellos seres a quienes su víctima atendía, y para los suyos si lo necesitan; obligándoseles también al estudio por medio de capacitados maestros, que a diario los instruyan con los mejores escritos sobre moral y amor a la humanidad; enseñanzas que les hagan ver que no todo lo han perdido, que aun pueden llegar a ser psíquicamente, como el más bueno y estimado de los hombres, si quieren perfeccionarse. En una palabra, amigos míos, creo que por el amor únicamente puede conducirse hacia la senda del bien.

—¡Es mejor la cadena perpetua...!—Dijo Charles.

—Estimo que la cadena perpetua no debe existir, sino para aquellos tan degenerados, que aun después de muchos años en prisión no hayan mejorado su condición moral e intelectual, que puedan constituir una amenaza para la sociedad su libertad. Con la perspectiva de poder ser libre algún día, por medio del arrepentimiento de corazón y la buena conducta, muy pocos serían los que permanecieran condenados hasta el fin de sus días.

Aquí llegaba Raúl en su conversación, cuando no muy distante de ellos, al Norte de las islas Galápagos, a cuya altura se encontraban, descubrieron

un bulto tras una ola, el cual no parecía un pez, porque emergía demasiado del agua; los dos exploradores pensaron enseguida que sería un náufrago y decidieron acercarse poniendo proa hacia él. Charles por el contrario recomendaba:

—¡No, no nos acerquemos, será un animal y quizás nos haga naufragar!

—No temas, Charles, haremos uso de nuestros rifles en caso de necesidad; bastante deseos tengo de escuchar sus detonaciones—contestó Raflo, sintiendo su corazón latir más acelerado que nunca. El mismo se preguntaba la causa de aquella emoción, que tan pocas veces en su vida había sentido.

Miró Laura con sus anteojos y gritó:

—¡Un náufrago, Raflo!...

—¡Un náufrago!—gritó éste a la vez que pretendía hacer volar la "Dórida".

Y Laura tomando el porta voz, gritóle:

—¡Ea, hermano, allá vamos!

Ya estaban muy cerca de aquel bulto, que tan grande era para ser de un hombre; ya se veía perfectamente, se oía su voz... un momento más y estaba en salvo. Laura le hablaba incesante para darle ánimo, y cuando con solo extender el brazo podían alcanzarlo, lo vieron desfallecer. Ardua resultó la empresa de subirlo a la "Dórida"; aquel infeliz estaba fuertemente atado con correas a un original salvavidas. Por fin después de algunas tentativas lograron separarlo y colocarlo en el fondo del bote, donde le prodigaron sus cuidados para volverlo a la vida.

—¡Mira lo que puede la voluntad, Raúl, este hombre se sostuvo por ella en su conocimiento, hasta que tuvo el socorro cerca...

—Es verdad; lástima es que la humanidad no reconozca esta fuerza, y la emplee para bien de sus semejantes—contestó éste.

Mientras los exploradores hacían porque volviera en sí el desmayado náufrago, Charles se obstinaba en averiguar lo que contenía en su interior aquella larga bolsa. Por fin logró su anhelado deseo y de sus entrañas surgieron un sin número de cartas. ¡Era una valija de correos! Charles se rió de su afán por descubrir lo que sólo era una simpleza, y se entretuvo leyendo los sobres. Después de haber repasado varios, se encontró con uno que aparecía escrito por todas partes, formando una prominencia en la inferior, por papelitos adheridos para estampar nuevas direcciones. Un

grito de alegría se escapó de sus labios: aquel sobre era para su padre adoptivo.

Volviéronse los exploradores asombrados y Charles les mostraba la carta gritando:

—¡Padre, es para usted!

—Has hecho mal en abrir esa valija, que es sagrada,—díjole con ceño adusto Raflo, sin estirar la mano para tomar el sobre.

El muchacho estaba contrito y sin saber que hacer dábale vueltas al sobre.

Raúl, que se había fijado en sus muchas adherencias y en las varias direcciones que presentaba, le dijo a su amigo:

—Raflo, esa carta ha viajado mucho...¡Te sigue!

Una sensación desconocida se produjo en su ánimo al fijar su vista en el sobre, y con mano trémula la tomó de las de su hijo adoptivo y tembloroso la abrió. Una deliciosa imagen había venido a su mente y buscó la firma antes de leerla; del fondo de su pecho más que de sus labios se escapó: ¡Estrella!

—¿De veras, es de Estrella?—le decía Raúl con alegría.

Raflo había palidecido hasta la lividez al leer aquellas líneas; sus manos temblaban y dos gruesas lágrimas corrían por sus pálidas mejillas.

—¿Qué es, amigo mío? ¿Es casada?

—¡Oh, no!—suspiró Raflo—y extendió la carta a su amigo, que leyó con avidez, y también dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—¡Pobre amigo mío!—Exclamó abrazándolo.

—¡Oh, no; pobre Estrella!

Charles guardaba silencio sin comprender nada, en tanto sentía en su pecho mortal angustia. ¡Cómo le pesaba haber sacado aquella carta, que así hacía sufrir al noble ser, que lo había arrancado a la miseria; en medio de su arrepentimiento balbució: ¡Oh, padre, perdóneme usted!

Raflo, que hasta entonces no había pensado en él, lo abrazó diciéndole:

—¡Nada tengo que perdonarte, sino bendecirte por haber encontrado esa carta, que es para mí la joya más preciada!

La mente del muchacho era un caos. ¿Cómo Raflo parecía desesperado y aseguraba tal cosa?

En cuanto a Raúl, trataba de averiguar el pensamiento de su amigo, para saber qué resolución tomaba. En aquella carta, la bella cubana le confesaba con dolorosas palabras su desdicha, a la par que decía, que como él no la

vería jamás, quería tener la dicha de poderle decir, que sus pisadas y su voz repercutían siempre en su corazón, estando segura de que esa impresión, solo la muerte podría borrar.

La joven creyó que en cuanto Raflo supiera que era ciega, la olvidaría, y quiso tener el placer de comunicarle el efecto que él había producido en ella. ¿Qué le importaba aquella confesión si jamás se volverían a encontrar?

Las lágrimas habíanse secado en la faz de Raflo; pero hondos suspiros levantaban su pecho de continuo.

Laura lo compadecía y se aventuró a decirle:

—Y bien, amigo mío: ¿no vas a Cuba?

—¡Quisiera tener alas para volar hacia ella!—le contestó.

—¿Entonces... es decir...?

—Que haré a Estrella mi adorada esposa, si ella lo acepta.

—¡Muy bien, amigo mío, muy bien!—Dijo emocionada la americanita.

—¡Sí, Raúl, sólo ella me dará felicidad...no quiero vivir más sin mi pobre cieguecita...!

De nuevo las lágrimas nublaron los ojos de los exploradores, y Charles pasábase repetidas veces las manos por la garganta, como lo hacía cada vez que se emocionaba.

Era conmovedora aquella escena de tres hombres que lloran ante una carta, los mismos que estoicamente tantos peligros y privaciones habían sufrido y seguirían sufriendo, pues los víveres escaseaban y los comensales aumentaban; además, el motor de la "Dórica" se encontraba escaso de combustible...¿Cuál sería su fin en aquél océano?

El náufrago se había sentado y miraba con reconocimiento a sus salvadores. Al fin dió las gracias en holandés, idioma que conocía el políglota explorador.

Cuando con más entusiasmo les demostraba su reconocimiento vió aterrorizado la valija abierta y la carta en manos de Raflo, y todo su agradecimiento se trocó en furor; el honrado funcionario había querido a toda costa salvar la correspondencia destinada a su custodia, y protestaba violentamente de aquella violación, intentando arrebatar la carta a su poseedor. Este, naturalmente, no lo permitió, y se produjo una lucha cuerpo a cuerpo; el holandés pretendía recuperar la carta y Raflo la defendía como algo sagrado. En cuanto a Raúl, hablaba al holandés en los idiomas que conocía, tratando en vano de convencerlo. Por fin, la superior resistencia de Raflo, hízole dominar al obstinado holandés, conservando su carta. En-

tonces, tratando de convencerlo de que la misma le pertenecía, le mostró sus papeles, y aunque en realidad lo comprendió, no por ello cejó en su empeño de recuperarla, alegando que en Panamá se la entregarían, que era el lugar de destino. Raflo por el contrario, inflexible a sus ruegos, no se la entregaba, causando la indignación del honrado funcionario.

Para Rafflo aquella carta valía lo indecible y estaba dispuesto a no separarse de ella; más, la actitud de aquel buen hombre, que tan alto concepto tenía del cumplimiento de su deber, le hacía mirarlo con simpatía, no atreviéndose a ofrecerle, para zanjar la discrepancia de sus pareceres, lo que a cualquier otro hubiera hecho: dinero. Con tal motivo quiso aplacarlo diciendo:

—Mire, hermano; esta carta vale para mí una fortuna...

—¡Pero si yo no se la voy a quitar; sólo que han de entregarla en Panamá!

—Está bien—dijo Raflo, comprendiendo la dificultad en convencerlo, y apeló a la astucia, preguntándole cuando había naufragado.

El holandés le informó, que aquella noche se había producido un incendio en el vapor en que viajaba, y para salvar la correspondencia se la había atado al cuerpo, arrojándose al mar.

Raflo tuvo palabras de elogio por su celo, las que escuchó sin darle importancia, por entender que sólo había hecho lo que debía. Mientras tanto no quitaba la vista de la carta, como un perro de la pieza marcada.

Esto divertía a los compañeros de Raflo, que confiaban saldría vencedor.

Después de algunos preámbulos, Raflo preguntó al holandés por su familia, y su celosa mirada fué dulcificándose por instantes, hasta hacerse tierna cuando habló de sus pequeñuelos. ¡Los quería tanto!—decía—Pero no podía nunca estar cerca de ellos, por el empleo que desempeñaba, y solo cada tres meses pasaba quince días a su lado; el resto del tiempo en el mar.

Raflo encontró oportunidad de hacer algo por aquel honrado empleado, sin herirlo en su dignidad; y viendo que al hablar de sus hijos había retirado su vigilante mirada de la carta, le preguntó:

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—¡Ocho!—contestó suspirando.

—Pues bien: yo quiero entregar a usted, mil florines para cada uno de sus hijos...

El holandés abrió desmesuradamente ojos y boca y balbució tembloroso:

—¡Ocho mil florines...! ¿Y qué quiere usted de mí?

—Solamente que me deje conservar esta carta.

—¡Pero señor...si es de usted...si en Panamá se la entregarán!

—Ya lo sé; pero yo quiero hacerle este obsequio a sus hijos...

—¡Señor...esa sería nuestra felicidad...pero yo no debo aceptar a usted esa fortuna...Deme algunos guillermos solamente para llegar a mi patria, y le quedaré eternamente agradecido.—Dijo el pobre hombre enjugándose sendas gotas de sudor, y murmuró por lo bajo: ¡Los hijos, ah, por los hijos!

—Le entregaré, buen hombre, los ocho mil florines para sus hijos; en cuanto para llegar a su patria, tendrá los guillermos.

—¡Pero...señor ¿cómo puede ser? ¿Usted se burla...?—Decía ansioso el pobre hombre.

—Su honradez y sus canas, no merecen semejante ofensa...caso que yo fuera un...

—¡Usted perdone, señor!—gimió interrumpiéndole—pero usted comprenderá, que en mi larga existencia, jamás había oído un caso semejante... ¿cómo poder creer? ¡Usted perdone!

—Pues no se hable más del asunto; ya usted no se tendrá que separar de su familia.

El buen viejo cayó de rodillas intentando besarle la mano. Raflo lo impidió guardando la carta en un bolsillo, mientras lo hacía levantar.

Raúl y Charles ignoraban de qué se trataba, comprendiendo sin embargo, que algo magnánimo le ofrecía Raflo.

Mientras estos acontecimientos se sucedían, la "Dórida" había ido consumiendo el combustible hasta dejar de funcionar su motor. Al conocer el holandés de qué se trataba, empezó a lamentarse, mesándose los cabellos. Ahora sentía morir, cuando el porvenir le sonreía y quedaba asegurado, gracias a la filantropía de aquel hombre, que pronto sería sepultado en el océano, sin poder realizar su hermosa promesa.

—No se apure, buen hombre, no pereceremos—dijo el optimista cretense—la "Dórida" tiene velas de que servirnos. Así diciendo el valiente explorador, ayudado por sus compañeros, empezó a prepararlas, quedando colocadas en poco tiempo y el holandés más tranquilizado.

El sol casi llegaba al ocaso, y parecía hundirse ya en el Pacífico, cuando divisaron un vapor por occidente.

—¡Salvos...!—Gritaron a la vez.

—¡Ya puedo comer más!—decía Charles, que desde hacía días estaba a tercio de ración, y en ese había bajado a cuarto—y como lo dijo lo hizo,

mientras los demás atisbaban la marcha del vapor, que les parecía muy lenta.

Por fin, Raflo en su impaciencia hizo algunos disparos, imitándolo sus compañeros, con lo cual llevaron una nota de alegría y estrépito al silencio que hasta entonces reinara.

Los tripulantes de la "Dórida" habían sido vistos mucho antes que disparasen sus armas, y para hacérselos comprender, desde el vapor le contestaron con nutrida salva. Poco tiempo después se encontraban a bordo del espléndido trasatlántico, que los conduciría a la Perla de las Antillas; pudiendo antes admirar las maravillosas obras del canal panameño, con sus varias y portentosas presas.

En Panamá vió cumplido el náufrago holandés, el ofrecimiento de Raflo; allí recibió el donativo que constituiría para siempre su felicidad y de los suyos, que bien dejaba traslucir, causando la más íntima satisfacción en aquel gran hombre, cuya cuantiosa fortuna le permitía poder cumplir sus sentimientos humanitarios.

Raúl, cuyo pequeño capital, aparecía improductivo encerrado en hermético cofre, no podía permitirse las satisfacciones que la filantropía y cuantiosa fortuna de su amigo le proporcionaban; sin embargo, no dejaba de experimentarlas también: los pequeños servicios e inmediatos socorros salían amenudo de sus manos. Por eso quiso en esta vez tener su parte, encargándose de los gastos de traslado a su patria del buen holandés, y Raflo, siempre generoso, no intentó escatimarle este placer.

EL ENCUENTRO

Ya el vapor navega por el Mar de las Antillas, y nuestros viajeros sienten el alborozo que la proximidad de la tierra deseada produce; pronto se divisarían las costas de Cuba, que era el ideal añorado por ellos. Por fin, al atardecer de un hermoso día, ven colmados sus anhelos; han tomado tierra por el puerto de Casilda, dirigiéndose en auto a Trinidad, la antigua ciudad cubana, cuna de bellas mujeres, que en un tiempo fuera emporio de riquezas, y hoy yace adormida en el precioso valle en que se levanta.

Los exploradores tuvieron que esperar allí a la mañana siguiente, en que al amanecer subieron al tren que los conduciría a la ruta central, para allí tomar el que los llevaría a Camagüey.

Tan abstraído aparecía Raflo, que no reparó, como Raúl, en la curiosa estación,—en tiempos coloniales cuartel—donde tienen albergue numerosas familias, que le dan no sé qué raro atractivo. Tampoco se fijó en los bellos paisajes de allí, ni en las verdes montañas, cuyas cimas sobresalen de las nubes matinales que las circundan; nada le atraía; todo su sér estaba en el paradisíaco jardín en que conociera a la encantadora cieguecita.

Raúl en cambio, era todo ojos para contemplar los bellos paisajes cubanos. Su atención se fijó más, en una loma que se eleva cerca de la ciudad, no con la gallardía de las altas montañas, pero sí con el encanto que le presta el derruído edificio que en su cima se divisa, y que en un tiempo constituyera la atalaya del vigía. "La Vigía", que así se llama, es amada por los trinitarios, y es allí, lugar favorito de excursiones.

Al desaparecer de su vista "La Vigía", el encanto se deshizo, y nuevamente Laura, sintió el deseo de llegar; de conocer a Estrella; de contribuir a la felicidad de ellos; para luego conquistar un poco de paz para su espíritu. Pero el bellísimo valle por donde corre el Agabama, como ancha cinta, de plata, llamó de nuevo su atención, y disfrutó ampliamente de los bellos panoramas de esta bendita tierra. Mas tarde, cuando allá en las altas montañas, por donde hábiles ingenieros tiraron las paralelas que uniera una

de las partes más montañosas de Cuba, con el resto del país; sintió verdadera sensación. Recordó cuando en compañía de su amado Mario, recorría California, y miró con simpatía el Agabama, que durante tanto tiempo bordea las montañas, simulando el reptor de gigantesca serpiente. Por un instante su cuerpo fué recorrido de inexplicable estremecimiento; pensó en un descarrilamiento; mas, sonrió ante esta puerilidad. ¿Cómo podía sentir temor quien había cruzado mayores alturas?... Recordó el puente sobre el Zambezí, en África, el más alto del Mundo, y volvió a sonreir tratando de disipar su preocupación... Pero bien a su pesar, una extraña emoción la embargaba, aun después de viajar por la llanura; trató de dormir como desde el principio hacía Charles, y cerró los ojos, permaneciendo largo tiempo así.

El tren marchaba despacio, por el mal estado en que las recientes lluvias habían puesto la linea. Ya se divisaba la estación de Cumbre, en la línea Central; el tren de la Habana, al que debían trasbordar, se avistaba también, y los viajeros que debían seguir a Oriente, hacían sus preparativos para estar listos al llegar al andén; de momento, el convoy queda parado; uno de sus carros sufría un ligero descarrilo y el maquinista aplicó los frenos de aire, causando tan repentina parada la caída de aquellos que se encontraban de pié, lesionándose Laura y otros varios viajeros con los cristales de los ventanillos

Varios pasajeros del tren de la Habana, corrieron a curiosear, destacándose entre ellos un elegante joven, que corría como si algo suyo estuviera allí. A su llegada encontró un grupo que atendía a uno de los lesionados, y oyó una voz que decía:

—¡Mire, Raflo, ya Raúl vuelve en sí!

Estas palabras hicieron acelerar los latidos de su corazón y se inclinó para ver aquel Raúl, que desde tanto tiempo anhelaba encontrar para identificar. En aquel momento se abrían los lindos ojos de Laura, y un doble grito salió de aquellos labios:

—¡Laura...!

—¡Mario...!

El joven se precipitó a levantar su amada ante la estupefacción de Raflo y Charles, mas la del primero no duró mucho; todo se aclaró prontamente y sonriendo emocionados se confundieron entre el grupo de curiosos que los rodeaba.

Ambos jóvenes, que tanto habían sufrido y suspirado el uno por el otro, permanecían fuertemente abrazados, mientras Charles, todo azorado y despertando la hilaridad en los espectadores, gritaba tirándole de la ropa:

—Pero Raúl... ¿tú no eres Raúl?... Anda, por Jehová, por Mahoma, dime ¿te has vuelto loco?... ¿Pero tú no eres hombre?...

Ninguna de sus palabras obtenía respuesta, consiguiendo únicamente hacer estallar en risa, a los mismos que se enjugaban furtivamente las lágrimas.

—Ven, Charles, no hables más—le dijo Raflo a media voz.

—¡Pero Raflo, si Raúl no es Raúl, si es..

—¡Calla, te digo! ¡Yo lo sabía!—Le contestó.

—¡Aaah...!—Se limitó a exclamar.

—Ahora que hay menos curiosos, dile a...Laura...

—¿A Raúl...quiere decir?—terminó Charles.

—¡El pobre Raúl, ya no existe, hijo; murió en el accidente; el que sobrevive es Laura!—Le dijo sonriendo y algo emocionado.

—¡He perdido mi querido amigo!—gimió Charles.

—¡Pero tienes una amiga...!—Dijo tras ellos Laura, que venía apoyada en el brazo de Mario.

—¡Y un amigo!—agregó el joven, poniéndole una mano en el hombro, mientras se inclinaba ante Raflo, que en un momento de transporte lo estrechó contra su pecho diciéndole:

—¡Y en mí vea usted un hermano!

—Al momento se inclinó ante Laura, que sonreía y le dijo ceremonioso, como buen cretense:

—Señorita, ante todo mi felicitación, y...perdón por mi ignorancia...

Laura, con gracioso movimiento, se arrojó en sus brazos murmurando:

—¡Raflo...hermano del alma...noble amigo...aquí tienes tu hermana Laura.

Lágrimas de felicidad se veían en los nobles rostros, mientras Charles lloraba desconsolado la metamorfosis de su querido amigo. La escena se habría prolongado más, a no ser porque la campana del tren de la Habana, anunciara su próxima partida.

En pocos momentos estuvieron instalados en el salón en que viajaba Mario, con gran descontento de los demás viajeros, que hubiesen querido poder disfrutar en todos sus detalles, sobre la escena que acababan de presenciar. Allí les relató Mario cuanto había viajado tras ellos, los anuncios

que tan infructuosamente había hecho colocar en los mejores rotativos extranjeros, y cuantas inútiles pesquisas realizara para encontrarlos.

—¿Pero Mario, tú sabías que Raúl era tu Laura?—Le preguntó ésta.

—¡Oh, no!... solo lo sospechaba, y anhelaba verte para ver si podía confirmar mi suposición. Por los periódicos panameños supe se dirigían a Camagüey, y no perdí momento para salirles al encuentro, alcanzando el fin que perseguía.

—¡Oh, Cuba, país encantador...bendita seas!—Exclamó Laura en su transporte de alegría.

—¡Oh, sí, bendito sea el país que por igual nos proporciona felicidad!—Dijo su amigo visiblemente emocionado.

Un sollozo entrecortado se oyó: partía del pobre Charles, del sensible muchacho, al que en su felicidad parecían haber olvidado sus compañeros. Laura se dió cuenta, y con esa espontánea ingenuidad, característica de las americanas, tomó entre sus manos la adolescente y blonda cabeza, y besándolo por primera vez, le dijo:

—¡Anda, tontuelo, no llores; ahora que soy feliz, te quiero más! ¿ves? ¡Mira a Laura!

—¡Yo quisiera decirle siempre Raúl...!—Sollozó Charles.

Mario se adelantó a contestarle:

—¡Oh, eso no...ese es el nombre adoptado cuando sufría!

—Mira Charles, si antes me has tenido que llamar Kaota y Tabú, con mayor alegría me debes llamar por mi nombre de felicidad, por mi verdadero nombre.—Dijo la americanita.

—¡Sí, Laura, sí pobrecita!—contestó el chico, sonriendo por primera vez, mientras compadecido recordaba los trabajos que había pasado su amiguita.

—¡No podré perdonarme jamás, no haber tratado de investigar el misterio que en tí veía!—Dijo a su vez Raflo, algo contristado.

—¡No te recrimines una cosa que tanto te agradecía, amigo mío! —Le dijo Laura dulcemente.

—Por mi parte le estoy a usted muy reconocido, caballero; a no ser por usted, nunca más hubiese vuelto a saber de mi adorada Laura. ¡Pobrecita mía!—Dijo Mario, mientras oprimía entre las suyas, una mano de Laura.

—¡Olvidemos esa pesadilla amor mio...Pensemos, Raflo, que tu sueño se ha realizado... que ya somos felices!

—¡Oh sí, sé que Estrella me quiere...! ¡Soy feliz!

En aquel momento habían llegado a una estación donde Charles había comprado mantecado y decía saboreándolo:

—¡También yo, ya soy feliz!

Los tres jóvenes, que tanto habían sufrido, celebraron la ingenuidad de aquél, cuya vida se había deslizado entre privaciones.

El tren recorría magestuoso la llanura de Camagüey, mientras los enamorados se contaban sus cuitas, insensibles al tiempo y lugar.

En cambio Raflo, acodado en el ventanillo, contemplaba extasiado la belleza de las multicolores florecillas que ornamentan nuestros campos, dándole un aspecto encantador, que al noble cosmopolita se le antojó inigualable, y su corazón rebozó admiración y cariño, por la tierra cuna de la mujer amada, que aunque faltos de luz sus ojos, conservaban en cambio, toda la ternura de su alma.

Siguieron pasando ante su vista, unos tras otros, los bellísimos paisajes de este amado terruño, que en las horas matinales parecíanle salpicados de nieve; pero no de esa nieve que en otros países deshoja los árboles, y cual helado sudario soportan sus ramas, no; Raflo contemplaba los esmeraldinos follajes decorados de nívea blancura, por los preciosos aguinaldos y perfumados alelíes, emuladores de la nieve en los meses invernales, y aspiró con deleite, el perfumado ambiente.

—¡Qué paraíso!—exclamó, pero sus compañeros no escucharon sus palabras. Los novios cual los tórtolos se arrullaban, y Charles, con los ojos entornados, fingía dormir para observarlos.

Momentos después, por sobre las copas de las frondas, se veían sobresalir las torres de las iglesias de una próxima ciudad, y la voz del conductor se sintió sonora y vibrante que decía:

—"¡Camagüey!"

Raflo, que no se había provisto de itinerario y no sabía por donde se encontraba, dió un salto tan grande, que hizo soltar la carcajada al simulado dormido inglesito, que le dijo:

—¡Ah, Raflo, parece que lo llaman a usted para tomar mantecado!

El interpelado no lo entendió, en cambio, los enamorados, rieron del símil que Charles hacía.

Han llegado a la estación; un mozo de hotel vistiendo reluciente uniforme les presenta sus tarjetas, que ellos aceptan gustosos, decidiendo hospedarse allí; es uno de los mejores hoteles de la Ciudad, del que ya tenían referencia. Mientras el mozo se ocupa en recoger sus equipajes, los

viajeros dirígense a la calle para tomar los autos que han de conducirlos al hospedaje. Laura y Mario se han instalado en uno, mientras Raflo y Charles suben a otro más allá. El tránsito ha quedado interrumpido unos momentos, y Raflo ve pasar a Julián, el simpático padrino de Estrella, que vistiendo un blanco terno, comunicaba a los amigos que encontraba al paso, venía en busca del novio de su Estrellita de Sol, que llegaba de la Habana para casarse enseguida.

La máquina ocupada por Raflo partió, y éste quedó descorazonado. ¿Sería posible que el destino se mofara así de él. ¿Es decir... que en el mismo tren que él, viajaba el novio de su amada? ¡Oh, dolor...mas él iría a verla! ¡Necesitaba contarle cuando y en qué circunstancias había recibido su carta, y, después...

Aquí llegaba en sus reflexiones cuando la máquina se detuvo: habían llegado. El otro auto les seguía de cerca; la faz de sus ocupantes radiaba alegría. Laura corrió hacia Raflo, y al ver su rostro descompuesto por el dolor, exclamó:

—¿Te sientes mal, amigo mío?...

—¡Soy muy desdichado...!—Contestó.

—¡Desdichado! ¿Porqué? ¿No vistes a Julián?...

—¡Sí, para mi desgracia...!

—¿Qué dices? ¿Te arrepientes ahora, Raflo?

—Me arrepiento, sí, de haber venido en el mismo tren que el hombre que ha de hacerla su esposa...

—¡No lo oiste todo, amigo mío...era a tí a quien buscaba,—preguntaba a todos por tí...!

—¿Lo oiste Rau...Laura?

—También yo,—afirmó Mario—pero no pudimos informarlo por haber emprendido la marcha.

—¡Ah, qué equívoco...cómo he sufrido en este corto trayecto!

—¿Así es, que ya usted es feliz, padre?

—¡Voy en busca de la felicidad, hijo! Me daré un baño y a vestirme, y vuelvo a su lado.—Contestó Raflo radiante.

—¡Pero...a qué hora comemos?—preguntó sobresaltado el muchacho, viendo que anochecía y la comida no se mencionaba.

—¡Hijo, come tú...cuando quieras, lo que quieras y donde te parezca. Nunca me esperes para comer!—Contestó sonriendo nervioso.

—¡Ah, bueno, bueno, está muy bien; ahora si que estoy contento! —Dijo frotándose las manos.

—Oye, Raflo, quiero ir contigo a ver tu Estrella.

—¡Bien, pero no te demores!

Esta advertencia la esperaba y sonrió.

—Supongo que Estrella por el accidente supo de la llegada...

—Así debió ser...

MILAGRO DEL AMOR

Mario había partido para abastecerla de ropa femenina y casi al salir del baño, ya en su cuarto se encontraba todo lo que la elegancia y buen gusto requiere. Laura estaba encantada; no sentía el dolor de las heridas, que provisionalmente le habían curado, y no quiso ocuparse de que un médico la viera. Mario no quería contradecirla, no se las había visto y las juzgó ligeros rasguños sin consecuencias.

Cuando Laura estuvo ataviada, llamó a su amado, y nuevos transportes de cariño se cruzaron. ¡Habían sufrido tanto!

En ese momento entró Charles, que ya había comido, y se quedó lleno de asombro ante Laura.

—¡Pero...si usted es muy linda...Laura!

—¿Cómo usted?—Le interrogó sonriente.

—¡Es que...!—balbució.

—Nada, nada, a mí tienes que tratarme como a Raúl y a Kaota.—Le dijo riendo.

—¡Oh... pobrecita! ¡Si usted supiera, Mario!—Dijo mirándola con admiración y lástima.

En aquel momento llegó Raflo, vistiendo elegante terno panameño. Laura pensó, que aquel acicalamiento era inútil, supuesto la mujer que él amaba no lo podía ver.

Por su parte Raflo, quedó admirado de la belleza y elegancia de Laura; al fín pudo balbucir:

—¡Pero...señorita... quien creyera...!

—¿Eh, Nikoa, así hablas a Kaota?—Dijo Laura con gracia, recordando a su amigo, la vida de azarosa intimidad que habían llevado.

—¡Es verdad, Laura; tienes razón...! mas, con permiso de Mario te diré, que eres muy bella...Pero anda, date prisa, vamos!

—Mientras tanto, voy al baño para estar listo para la mesa a su regreso. —Dijo Mario.

La pareja lucía elegantísima y partieron dando la dirección que la carta de Estrella indicaba.

Al llegar, una criadita bella y pizpireta les abrió.

—Dígale a la señorita del Sol, que aquí está Raflo Lórida...

No esperó más la muchacha. Corrió donde Estrella diciendo:

—¡Estrella...sí vino, allí está con su señora... ¡mas linda!

Al oír estas palabras, Estrella, que durante tanto tiempo se había hecho la ilusión de que vendría, y ahora resultaba que venía casado, sintió que el corazón le daba un terrible vuelco, y las imágenes de todas las cosas que tanto tiempo no veía, saltaban ante sus ojos de manera confusa. Le pareció que la muchacha la miraba con ojos de espanto y cayó desplomada. Aquella impresión era demasiado fuerte para ella. La muchacha avisó a Justa, y después pasó a la sala y dijo:

—¡Estrella se ha desmayado...!

—¡Oh!—Exclamaron a la vez Raflo y Laura.

Un momento después apareció Justa, y parándose en jarras delante de ellos, les dijo en tono de reproche:

—¡Pero señor mío...si usted era casado, porqué ha venido a sonsacarme la muchacha...!

—¡Si no somos esposos...!—Contestaron ambos.

—¿De veras? ¡Vengan pues!—les dijo—llevándolos al virginal cuartito de Estrella, donde aun permanecía desvanecida. Allí todo estaba exquisitamente ordenado, y blanco como la faz de la desmayada.

Laura empezó a prestarle valiosos auxilios, y Raflo imitaba a Justa, la buena negra, que le daba calor en una mano. De pronto Estrella abrió los ojos, y lanzando un grito, se llevó las manos a ellos diciendo:

—¡Ay...!

—¡Oh, Estrella, amor mío; soy yo que vengo a hacerte mi esposa!—Decía Raflo estrechando su mano, sin interpretar aquel ¡ay!

—¡Díme, por Dios, Estrella! ¿Te lastima la luz?—Preguntó anhelante Laura.

—¡Sí, sí...!—Contestó.

—¡Estás curada, Estrella, estás curada!—Decían ambos amigos radiantes de alegría, mientras Laura apagaba la luz.

—Ahora estoy bien.—Dijo sentándose.

—¡Amiga mía, la impresión te ha devuelto la vista!—Le dijo Laura abrazándola.

—¿Será posible, virgencita?—Decían Justa y Julián, que llegó en ese momento.

En cuanto a Estrella, aquellas eran demasiadas emociones y rompió a llorar. Justa, interpretando a su manera aquel llanto le repetía: "Raflo no es casado"; lo que, dado a las costumbres en que somos educadas las cubanas, hacían aumentar la pena y turbación de la joven, por haberle demostrado su amor a aquel hombre.

Laura había vuelto a la sala, porque sentía una sensación de ahogo. Allí la encontró Justa momentos después, con la faz desencajada y presa de intensa fiebre. Al enterarse Estrella, quiso ir junto a la compañera de su amado, pero nuevamente la luz hirió sus pupilas y retrocedió.

Horas después, ambas eran atendidas por especialistas. Laura fué instalada en la habitación contigua a la de Estrella, que necesitaba oscuridad absoluta.

Varios días después, se veían dos jóvenes recorrer las llanuras que rodean a Camagüey, comentando sobre si sería conveniente sembrar yute o henequén. Raflo comunicaba a Mario, su acompañante, su decidido propósito de instalar una fábrica para elaborar esas plantas textiles, encontrando que Cuba necesita convertirla en sacos, en vez de invertir tantos millones en su importación. El cosmopolita estaba dispuesto a cambiar su vida de aventuras por la de industrial. Durante varias horas conversaron sobre el pro y contra de tal idea.

Mientras ellos se engolfaban en tales conversaciones, que tan lejos parecía de cristalizar, Charles recorría las calles de la ciudad, en unión de varios chicos callejeros y desheredados de la fortuna, quienes lo conducían por todas partes, encantados de oirle contar la suerte que le había cabido.

En tanto Laura y Estrella se restablecían rápidamente, gracias a la felicidad que disfrutaban. Constantemente hablaban de sus próximas bodas, que efectuarían a la vez.

Laura, desde el primer momento había tomado cariño a la bellísima Estrella, pero ésta, sentía en su fondo, algo así como celos, por el tiempo que la bella americanita fuera compañera de aventuras de su amado, y, durante algún tiempo parecía no corresponder al afecto de aquella; más, la bondad de Laura la venció.

Mientras las jóvenes hablaban y se preparaban para sus bodas, dos seres aparecían tristes. Estos eran Charles, que se veía separado de su amiga y Justa que veía aproximarse el momento de la partida de su Estrella; varias

veces esta la sorprendió secando las lágrimas de sus mejillas con la punta de su delantal, y abrazándola le decía:

—¡No llores, mi buena Justa, mi querida madre...piensa que soy feliz!

—¡Sí, mi niña, yo me alegro, pero...con esa felicidad olvidarás esta pobre negra, que tanto te quiere!

—¡No, jamás olvidaré a quien ha sido mi madre!

—¡Es por decir, mi niña, es un decir! Y la buena Justa se enjugaba las lágrimas sonriente.

En cuanto a Julián, era tal la alegría que experimentaba, que se había olvidado de decir alguna que otra vez la verdad, y sus palabras eran un cúmulo de embustes que divertían a Laura, y hacían ruborizar a Estrella.

Un bellísimo amanecer, en que el espacio se veía iluminado por la suave claridad vespertina, que hace ver la comba azul, salpicada aquí y allá de relucientes estrellas; esa dulce y melancólica hora, en que el vivificante Febo no ha presentado aún su radiante faz, que eclipsa la suave luz de las estrellas matinales; en esa hora en que los pajarillos empezaban a cantar a la aurora, y las flores abrían sus perfumadas corolas, embalsamando el ambiente: aparecieron en la puerta de una elegantísima iglesia, las dos felices parejas de los tiernos enamorados. Ellas, ataviadas de nítida blancura, coronadas con los simbólicos azahares, lucían encantadoras, y sus pálidos rostros, émulos de las azucenas, aparecían sonrientes, bajo los albos velos de desposadas, que cual tenues nubes las cubrían, dándoles esa apariencia casi inmaterial, de ángeles o hadas, que una sola vez en la vida, presenta la mujer.

Tras ellos, formando el contraste de luz y sombra, iban Justa y Julián, aquella acongojada, éste, conteniendo a duras penas la alegría que sentía, que quería desbordarse en forma de chistes y embustes, que la sensata Justa tenía el buen cuidado de acallar.

¿Cuál era el motivo de tal alegría?...

El más grande que puede sentirse en tales circunstancias. El buen Julián había sido invitado por Laura, para visitar el Africa, su tierra natal, de donde fué cruelmente arrebatado, en aquellos terribles años, en que el desarrollo del amor fraternal estaba tan atrasado, que no sabían ver en aquellos selváticos seres, al hermano que necesita civilizarse, sino fardos que podían mover a voluntad, sin reconocer la de ellos. Julián, pues, con razón, estaba contentísimo, al poder efectuar lo que nunca creyó realizable.

¡Ver su patria, el suelo donde nació! ¡Qué dicha! ¡No habrá mortal que en otro suelo, por favorable que le haya sido la fortuna, no suspire por volver al terruño amado!

Justa, en cambio, nadie logró jamás moverla de su querido Camagüey, en que nació y siempre vivió. No necesitaba otra cosa: Allí esperaría el regreso de Estrella y Raflo, que le habían prometido fijar su residencia en la ciudad de su amada esposa. Justa era pues, feliz. Raflo la había puesto en posesión de los bienes de Estrella. ¿Qué más podía ella apetecer?...

Laura no había olvidado escribirle a Lilia anunciándole su felicidad.

En cuanto a Charles, bien a su pesar, Raflo lo internó en un colegio donde adquiriría los conocimientos necesarios para su nueva vida. El alegre pajarillo, que libre había volado de rama en rama, quedaba enjaulado para su futuro bien.

Los primeros días que Estrella y Raflo lo visitaron, lo encontraron triste; pero un día volvió a ser el alegre jovencito que tanto lo había distraído en las salvajes regiones, los recibió alborozado diciéndole:

—¡Oh, Raflo, qué contento estoy, soy el héroe del día!

—¿Qué quieres decir, hijo?

—¡Que soy "el rey de los alumnos"; primero me hacían burlas, pero ahora todos y aun los maestros, me rodean para que les cuente nuestras tétricas aventuras, y por eso me han dado ese título!

El joven matrimonio lo congratuló, ofreciéndole volver por él, tan pronto retornasen, sus amigos del Africa, acompañados del matrimonio Fred.

—¡Pobre Raúl, digo Laura... cómo lo mortifiqué por Rea!—Dijo suspirando el muchacho.

—¡Las apariencias, hijo, las apariencias nos engañan!

—¡Aprovechemos la lección!—Dijo Estrella con encantadora sonrisa.

—Ahora, Charles, que estás convertido en un rey—le dijo bromeando Raflo—te anuncio que Estrella y yo, partiremos a dar una vuelta por mi patria, y liquidar mis intereses allá.

—Está bien,—contestó el jovencito, aunque en realidad lo encontraba mal.

—Probablemente estaremos aquí, para la época que nuestros amigos.

—Te traeré de allá todo lo que crea que te gustará.—Le dijo dulcemente Estrella.

Charles sonrió, pero a las claras se veía que sufría por su partida.

Días después, Estrella y Raflo, en la cubierta del vapor que los conduciría a la isla de Creta, hablaban animadamente.

—¡Cuán feliz has hecho mi regreso, Estrella! ¡Cuán distinto mi partida!

—Por mucha felicidad que yo te proporcione, mucha mayor es la que tú me has dado, devolviendo con tu amor, la luz a mis ojos.—Contestó ella.

—En esto no me corresponde a mí la mayor parte, querida, aun teniendo mi amor, hubieses permanecido en la oscuridad visual, a no ser por nuestra amiga Laura. Jamás dejé de pensar en ti, Estrella mía; eras mi faro, mi luz y guía en medio de las selváticas regiones, y confiaba que el destino nos uniría algún día. ¡Cuántas horas pasé hablando de ti con Laura...ella, era la que más me animaba a tener fé en que día llegaría que serías mía!

—¡Es preciso, esposo mío, que me confiese a ti!—Dijo algo apenada la bella joven.

—¿Qué tienes que confesar, bien mío?

—Mis celos por Laura.

—¡Ah, tontina!—Exclamó Raflo, besando la blanca mano que entre las suyas tenía, mientras la miraba sonriente.

—Aun hay más, Raflo, no me des la absolución tan pronto.

—Sea lo que sea, no te la retiro.—Contestóle.

—Bien, pues apesar de comprender que a la emoción de creerla tu mujer debo la vista, de saber que ella amaba a Mario, sentía por ella... ¡tan noble! cierto resentimiento, cierta antipatía, que en vano trataba de vencer.

—¡Oh, Estrella...duéleme oirte hablar así! ¡A Laura lo debo todo...solo a una mujer de su temple, hubiese debido yo la transformación total de mi carácter, que tu mirada había esbozado.

—Pero díme francamente, amor mío...¿nunca se te ocurrió que fuera mujer?

—¡Oh, sí, muchas veces; pero siempre deseché tal idea!

—¿Cuándo venía a tu mente tal idea?—Preguntó aun recelosa.

—Siempre que la oía filosofar y dar consejos de alta moral, lo cual no era compatible con la edad que representaba.

—¡Oh, Raflo, bien mío; ya disipaste la única nube que se cernía en el cielo de mi dicha; ya puedo ser tu digna compañera, y procuraré parecerme moralmente a tan excelsa mujer, que para bien de ambos, Dios colocó en tu camino! ¡Bendigámosla siempre y procuremos estar en lo posible lo más unido a ella!—Dijo Estrella emocionada, abrazando a su esposo.

—¡Pobre Raúl, cuánto sufrió... pero al fín obtuvo el premio merecido. —Agregó Raflo.

En tanto el hermoso trasatlántico en que viajaban, surcaba gallardo la inmensidad de las aguas, para conducirlos al antiguo mundo, anhelo inmarcesible de la bella Estrella, que por el amor de su esposo iba a ver convertido en hermosa realidad; Laura y Mario habíanse dirigido al Africa, acompañados de Julián, en busca del matrimonio Rea y Fred, por quien la bondadosa americanita tanto cariño sentía y se proponía sacar del destierro en que vivían.

Su llegada allí, no es para descrita; el alborozo más intenso rebozó aquellos nobles corazones, que también la amaban, y cada uno expresaba a su manera, la infinita dicha que disfrutaba. El buen Tesoro, paseábase inquieto de uno en otro lado de la casa, queriendo penetrar en ella, para también demostrar su complacencia por la llegada de Laura; y ésta, solícita, y amable, fué hacia él diciendo: "¡Tesoro, mi buen Tesoro, estás aquí! Y era de verse al enorme proboscidio la manera de demostrarle su regocijo: la rodeaba con su trompa, se arrodillaba, le recostaba su cabeza, en tanto Laura lo acariciaba; y todos, menos uno, se hallaban emocionados ante la tierna actitud del noble bruto. Julián, en cuya mente no había entrado la idea de un encuentro con semejante sujeto, habíase escurrido furtivamente por detrás de la casa, y subido a una gran barbacoa, que para secadero había construído Fred, como si aquella frágil posesión, bastara a librarlo del alcance del animal, caso de que contra él iniciase persecución. Nadie se había dado cuenta de su actitud, hasta que notando Laura su ausencia, empezó a llamar: "¡Julián, Julián! ¿Dónde estás?... Y después de repetir estas palabras, se oyó la voz del negro contestar:

—¡Aquí tá yo, niña!

—¿Dónde, Julián...?

—¡Aquí en brambacoa!...

Y allá fueron todos, riendo a más y mejor, costando no poco trabajo que digamos, hacer bajar al asustado Julián, que con ojos desorbitados, miraba y señalaba a Tesoro.

La partida de allí, fué algo cómica y emocionante a la vez: Julián se negaba a subir sobre Tesoro, y no había manera de persuadirlo; por fin, decidieron marchar y que él siguiera detrás. Pero apenas comenzaron la marcha, tuvieron que regresar; Ternura y Bondad, las dos amantes cabras, que amamantaran los hijos de aquel matrimonio, balaban lastimosamente,

al notar que se alejaban sus amos. ¡Y Rea y los niños lloraban, como si dejaran tras sí, algún familiar muy querido! Entonces Fred, emocionado también, ante la actitud de los animalitos, abrió la puerta del sólido recinto que circundaba el sao, que dejara cerrada al partir, por el hábito de hacerlo siempre, y las dos cabras y Julián, formaron el cortejo que habría de seguirlos, hasta la más próxima ciudad.

El viaje por mar fué delicioso; ninguna tormenta vino a alterar el encanto de la travesía. Admiraron las hermosas y claras noches, en que la luna riela sobre el líquido elemento, que unas veces aparecía como océano de plata, y otras como torrente de luz, debido a los pirosomos, cuyo bello espectáculo encanta a los viajeros, que han tenido la suerte de contemplar los fosforescentes tunicados en los mares tropicales.

EPILOGO

Algunos años después, se veían reunidos los dos matrimonios y Charles, en una elegante casa de campo, residencia de Fred y Rea, que saboreaban la dicha de verse entre gente civilizada, sin privaciones ni angustias, gracias a la esplendidez de aquellos nobles y generosos amigos, que se disputaban por hacer lo más delicioso posible, la vida de aquel matrimonio, cuya alegría se veía aumentada, con el advenimiento de una preciosa niña, a quien pusieron por nombre Laura.

En un riachuelo cercano a la residencia, refrescando su rugosa piel, se solazaba un tanto el buen Tesoro, el elefante que tan grandes servicios prestara a los exploradores y a aquel matrimonio inglés, que convirtiera en paraíso, un sao de la inextricable floresta africana. Ahora dábales brillantes resultados en la finca americana, la adopción de la geoponía allí adquirida.

Aquellos siete seres, que tanto habían sufrido durante muchos años, se veían ahora felices, unidos por indisolubles lazos de fraternal cariño y amor desinteresado, disfrutando amenudo la dicha de llevar alegría a otros corazones y felicidad a muchos hogares.

Charles, era ya un correcto joven, cuyos buenos sentimientos despertados al calor del buen ejemplo de sus protectores, habían desterrado de sí, el odio, gula y envidia, de que antes estaba emponzoñado.

En cuanto al bello trío formado por Laura, Estrella y Rea, que amenudo se reunían, constituían la adoración de sus respectivos esposos y el consuelo de los afligidos.

FIN

POR LA MISMA AUTORA

(INÉDITAS)

LA VENGANZA DE UN ESPOSO.
EL LUNAR o LA HIJA DEL MILAGRO.

EL PODER DE LA RISA.

¡SIN MADRE!

DOBLE ESPOSA.
LEA o LA SONRISA DE UNA MUERTA.

ESTRELLA Y NESTOR.
Véase el Primer Tomo "AVENTURAS DE RAFLO Y RAUL."

ÍNDICE

TOMO PRIMERO

El Talismán de la Maga 1
PRISIONEROS DE LOS INDIOS CANIBALES 33
BAJO LAS GARRAS DE UN JAGUAR 47
"LA HORRIBLE PROMETIDA" 55
FLOR DE LOTO 78
EL CASTILLO DE LOS FANTASMAS 115
¿QUIEN ERA RAL? 137
EN LA LAGUNA DEL INCA 159
"EL ESPECTRO DE VILLA JUANA" 192
"PRISIONEROS DE LOS GAUCHOS" 220
UNA NENA EN ALTA MAR 235
"UN MATRIMONIO DE HOTENTOTES" 250
DESENTERRANDO UN VIVO 294
UN HOMBRE MISTERIOSO 298
"EL TESORO DE FRED" 309
FE DE ERRATAS 326

TOMO SEGUNDO

FALSA APARIENCIA 1
COMO LLUEVE EN CAFRERIA 21
HORRIDAS COSTUMBRES DE LOS GALLAS 88
LA BELLA ETIOPE 117
SEPULTADOS VIVOS 138
EL CLARIN DE LA MUERTE 160
EL MILAGRO DE MAHOMA 183
ENTRE POLINESIOS 243
DECLARADOS TABU 260
EL ENCUENTRO 281
MILAGRO DEL AMOR 288

EPILOGO 296

Texto de la primera edición (Camagüey, 1928),
compuesto de nuevo en 2026
a partir del ejemplar conservado por la familia.

Hoefler Text · Typst